SANTORAL ESPAÑOL,

ó

N DE BIOGRAFIAS DE TODOS LOS SANTOS NACIDOS EN ESPAÑA,

arreglado por meses en forma de

AÑO CRISTIANO,

POR

)N EUSTAQUIO MARIA DE NENCLARES.

TOMO I.

MADRID.
Imprenta de M. Tello, calle de Preciados, núm. 86.
1864.





SANTORAL ESPAÑOL.

Al Sr. D. Enrique Bisco en prueba de gratitud y respeto.

El Editor

Manuel Rovira y Gómez

Julio 1866

SANTORAL ESPAÑOL

ó

COLECCION DE BIOGRAFIAS DE TODOS LOS SANTOS NACIDOS EN ESPAÑA,

arreglado por meses en forma de

AÑO CRISTIANO.

REDACTADO POR CONOCIDOS Y COMPETENTES ESCRITORES, CUYOS NOMBRES VAN AL FRENTE DEL MES QUE CADA UNO HA ESCRITO:

publicado por

DON MANUEL ARROITA Y GOMEZ,

EDITOR.

Con licencia del Ordinario.



MADRID.

IMPRENTA DE LA REGENERACION, GRAVINA, 21,

á cargo de D. F. Gamayo.

—

186[illegible]

AL PUBLICO.

Al anunciar esta obra dijimos en el prospecto que no seria perfecta, porque nada lo es en lo humano; pero que seria la más exacta de las conocidas, la más completa y la más acercada á la perfeccion histórica.

Obligados nos creemos á repetir lo mismo al frente de ella; pero manifestando á la vez la razon en que nos fundamos para apreciarla y calificarla de tal modo.

Ninguno de los Redactores del SANTORAL ESPAÑOL se cree, no solo con mayor, sino ni con igual suficiencia que los escritores que les han precedido en trabajos de la propia clase: ninguno se considera capaz de hacer por sí solo más, ni tanto como aquellos hicieron, y, sin embargo, no duda ninguno en afirmar que esta obra será mejor que todas las publicadas hasta hoy. ¿Cómo se esplica, pues, esto? Muy fácilmente.

Los escritores antiguos carecian de guías seguros para sus investigaciones sobre historia eclesiástica, y sus fuerzas propias, por muchas que fueran, no podian bastarles para despejar un camino obstruido por inmensas dificultades é impenetrables abrojos: los abrojos y las dificultades han ido desapareciendo en su mayor parte, y hoy existen muy pocas y poco difíciles de vencer. El sábio

Jesuita aleman, P. Juan Bolando, y su compañero, P. Godefrido Henschen, con su *Acta Sanctorum*, y el ilustre español religioso Agustino, Fray Enrique Florez, con su *España Sagrada*, hicieron practicable el camino de la verdad, y allanaron la senda que conduce á la perfeccion histórica. A estos eminentes escritores, y á los ilustradísimos españoles y estranjeros que despues de muertos aquellos continuaron, y en la actualidad continúan, las dos monumentales espresadas obras, se debe que nuestro SANTORAL ESPAÑOL sea mas exacto y mejor que los libros existentes que se ocupan de los Santos españoles. Nuestros redactores, con tan buenos guías, han podido llegar hasta las fuentes indicadas por aquellos sabios, beber en ellas las verdades históricas, y formar una obra esclusivamente española, como no se hallará ninguna, porque las publicadas hasta el presente, tanto las terminadas por completo, con los títulos de *Martirologio Hispano, Historia eclesiástica de todos los Santos de España, Año Cristiano de España*, y otros, como la que hace un año y medio próximamente se comenzó y no continuó, con el título de *Vidas de los Santos Españoles*, todas, absolutamente todas, contienen Santos estranjeros y omiten muchos notoriamente españoles, no siendo, por consiguiente, su fondo lo que anuncian y prometen sus portadas. El fondo de la nuestra respondemos desde ahora que justificará completamente su título, pues aunque, para que sirva tambien de Calendario perpétuo, se ponen todos los Santos del mes, segun el Calendario comun de Castilla, solo se dan biografías de los españoles.

Hay, sin embargo, bastantes Santos de naturaleza tan controvertida y dudosa, que ni Florez, ni los Bolandos, ni sus eruditos continuadores, ni otros historiadores de gran reputacion, se atrevieron á dar decididamente por españoles, ni por hijos de otro pais. Negarles sitio por completo en el SANTORAL ESPAÑOL, no estando reconocidos por estranjeros, pareció injusto, é incluirlos mezclados con los españoles no estando probado que lo eran, falseaba la mente y el plan de la publicacion. Para conciliar, pues, ambos estremos, determinó la Redaccion reunir todos los Santos que se hallan en este caso, y dar sus biografías en un apéndice con el que se cerrará la obra, y de este modo, sin omitir el dar á conocer los Santos de patria dudosa, que pudo ser la nuestra, el fondo de la obra será español sin vacilacion ni duda alguna.

Debemos, finalmente, manifestar que considerando por de más difícil, si no imposible, que tuviera suscricion ni venta, mas que muy lenta y paulatina, una obra tan costosa como necesitaba serlo la coleccion de las vidas detalladas de nuestros Santos, por los muchos tomos de que por fuerza tenia que constar para ser desempeñada cumplidamente, y siendo nuestro principal objeto que el SANTORAL ESPAÑOL circule por todas las clases de la sociedad, hasta por las menos acomodadas, sembrando la santa semilla del Evangelio, difundiendo sus divinas luces, y presentando heróicos ejemplos de todas las virtudes cristianas, determinamos crear una obra poco voluminosa, una coleccion de biografías en dos tomos, para que

con corto desembolso, y cómodo por pagarse mensualmente, pudiera ser adquirida por personas de escasa fortuna. En las biografías se han consignado, aunque sin reflexiones ni comentarios, para los cuales no dan lugar las dimensiones de la obra, todos los hechos interesantes de la historia general y pública de los Santos, tomados de los escritos mas autorizados y de los documentos mas fehacientes, dando además de todos los Santos que se han podido conseguir, aquellas noticias necesarias para conocer tambien su vida privada. Si nuestros redactores han hecho, con respecto á la parte histórica, más ó ménos que los escritores que les han precedido, y si nuestras biografías son más ó menos ricas de noticias, puede fácilmente saberlo todo el que se tome la pequeña molestia de compararlas con las que corren en los diferentes *Años Cristianos* existentes. El público juzgará. Los Redactores aceptan desde luego y por completo su juicio y su fallo, y como ellos lo acepta asimismo por la parte de publicacion

El Editor,

MANUEL ARROITA Y GOMEZ.

SANTORAL ESPAÑOL.

MES DE ENERO,

(por D. Eustaquio Maria de Nenclares.)

DIA 1 [1].

La Circuncision del Señor.

DIA 2.

San Isidoro, Obispo y Mártir, *Sirio.*

DIA 3.

San Antero, Papa y Martir, *Griego.*

DIA 4.

San Aquilino, Mártir, *Africano*, y San Timoteo, Obispo, *Egipcio.*

DIA 5.

San Telesforo, Papa y Mártir, *Griego.*

SAN ATANASIO Y SAN TEODORO, ESPAÑOLES.

Entre las envidiables glorias con que brilla nuestra patria, una de las mas envidiadas por las naciones católicas

1 Para las Conmemoraciones, Santos, Vírgenes y demas incluido en el Calendario comun de Castilla, seguimos el que va al frente de la *Guia Eclesiástica.*

es la de haber sido la preferida por el Apóstol Santiago el Mayor para sembrar sin tardanza la salvadora semilla del Evangelio, que tan fecunda se desarrolló, echando las hondas é imperecederas raices, que, constantes multiplicadoras de divinos frutos, vivirán lozanas tanta vida como ella.

Situada España en la parte mas occidental del mundo antiguo, y habiendo nacido con Jesucristo su salvadora doctrina en Oriente, natural parecia que España hubiera tardado muchos años en conocerla y dar al mundo nobles y valientes campeones del cristianismo, que tremolaran su gloriosa bandera humillando el orgullo de sus perseguidores, de sus tiranos y de sus verdugos. Y sin embargo, á pesar de los miles de leguas que mediaban entre la cuna de la Religion del Crucificado y nuestra patria, de las primeras fue esta en ofrecer gloriosos frutos de la predicacion del Evangelio á los pies del Divino Redentor.

Muerto Jesus en el año 33 de su vida humana, y en tremendo desarrollo la primera persecucion contra los cristianos, permanecieron retirados en Jerusalen los Apóstoles, y sus discípulos se diseminaron, quedando inactivos en diferentes puntos de Judea. Un decreto de Tiberio mandando que nadie persiguiese ni inquietase á los cristianos, dió nuevos bríos á los discípulos, y determinó á los Apóstoles á emprender la promulgacion del Evangelio por el mundo conocido, verificándose en el año 37 de Jesucristo la llamada dispersion de los Apóstoles, y la espedicion de Santiago, segun asienta La Haye en su *Cronicon sacro,* inserto en el tomo v de la *Biblia Magna.*

Santiago se dirigió á España acompañado de sus discípulos Hermógenes, Fileto y Josías, y con ellos recorrió varios puntos, permaneciendo más ó ménos tiempo en unos ú otros, segun lo juzgó conveniente, para dejar discípulos instruidos que continuasen su salvadora obra. Galicia fue el teatro principal de sus glorias, y donde perma-

neció mas tiempo. Eligió nueve discipulos, quedando fija tradicion del nombre de siete: Calovero, Basilio, Pio, Crisógono, Teodoro, Atanasio y Maximiano. Habiendo determinado regresar á Judea, dejó encomendada la predicacion del Evangelio en Galicia á ATANASIO y TEODORO, llevando en su compañía á los otros siete discípulos españoles. No encontró el Santo Apóstol tan propicio á los cristianos el pueblo de Judea como cuando la dejó; pero ni la saña de las autoridades ni de sus subordinados le intimidaron ni amenguaron en lo mas mínimo su santo celo, y continuó la predicacion del Evangelio en varias ciudades, sin esceptuar Jerusalen. En esta sufrió el martirio el año 42 de Jesucristo, á presencia de los siete discípulos españoles que llevó de Galicia, siendo degollado por órden de Herodes, y abandonado su cuerpo en el campo para que lo comieran los perros. Aquella misma noche recogieron sus discípulos el santo cuerpo, y llevándolo al puerto de Jope se embarcaron, dirigiéndose á España para depositar en Galicia su precioso tesoro. Llegados felizmente á Villa Patroni, hoy el Padron, llevaron los restos del Apóstol su maestro á una heredad cercana, llamada *Liberum donum*, en la que encontraron una cueva ó gruta adornada con diversas herramientas de cantero, y en medio un ídolo. Derribaron y deshicieron este, y fabricaron una bóveda, en que pusieron el cuerpo de su maestro, que honraban diariamente orando ante él y cantando salmos en su alabanza. En el año de 43 determinaron los discípulos continuar la obra de su maestro, y se repartieron por España, propagando el conocimiento de la doctrina de Jesus. ATANASIO y TEODORO quedaron para velar constantemente el cuerpo del Apóstol, lo que verificaron sin interrupcion hasta el último momento de su santa vida, habiendo dispuesto que sus cuerpos fuesen enterrados en dos sepulcros mas modestos, labrados por ellos, uno á cada lado del que contenia los

preciosos restos del glorioso Apóstol Santiago el Mayor, hoy Patron de España.

DIA 6.

La Adoracion de los Santos Reyes, Melchor, Gaspar y Baltasar, y el

BEATO JUAN DE RIBERA, ESPAÑOL.

Sevilla fue la patria de este ilustre español, que con su vida aumentó las ya abundantes glorias y timbres de su preclara familia. Nació en marzo de 1532, hijo de D. Pedro ó Perafan de Ribera, primer duque de Alcalá de los Gazules, segundo marqués de Tarifa y sesto conde de Morales, uno de los españoles mas importantes y distinguidos de su época, y de los que mas servicios prestaron á su patria con el celo, prudencia y lealtad con que desempeñó los altos cargos de Adelantado mayor de la Andalucía, Virey y Capitan general de Cataluña, y despues del reino de Nápoles, en donde falleció á los catorce años de vireinado, querido y respetado de propios y estraños.

JUAN recibió por nombre en la pila del bautismo el hijo de D. Pedro, siendo criado con el esmero que es de presumir de un amoroso padre, y que disfrutaba de una posicion tan brillante.

Salido de la infancia, le rodeó su padre de ayos y maestros dulces, amables, y que á su reconocida moralidad unian sana y profunda ciencia y práctica constante de todas las virtudes cristianas. A los diez años era un gran retórico, y á los doce, acompañado de su ayo, pasó á Salamanca á cursar ciencias mayores.

Las alegres y bulliciosas costumbres de los estudiantes no tuvieron cabida en el corazon ni en la mente de JUAN DE RIBERA. Con todos sus compañeros fue siempre cariñoso, amable y tolerante; pero sin tener con ninguno in-

timidad, ni otras relaciones y contacto que el indispensable en las aulas. Observó constantemente en Salamanca el género de vida y las costumbres que tenia en Sevilla. Lo primero que colocó en su cuarto fué un altar construido por él, como el que adornaba su estancia en casa de su padre, no permitiendo jamás á su ayo ni á ningun criado que le tocasen para limpiarlo ni adornarlo. Conservó siempre la costumbre de asear y cuidar su habitacion, y aun en los últimos años de su vida, siendo Arzobispo, y uno de los hombres mas importantes de España, barria todos los dias su cuarto, limpiaba los muebles y hacia su cama.

Bajo la direccion de los célebres Lectores Melchor Cano, Domingo Soto y Pedro de Sotomayor, hizo rápidos y sorprendentes progresos en las letras y ciencias, á pesar de la poca salud que disfrutaba, y de una gravísima enfermedad que tuvo en Salamanca, y que le puso á las puertas de la muerte. Su padre marchó en seguida á ponerse á la cabecera de la cama de tan apreciable y querido hijo, llevando consigo de Sevilla dos famosos médicos, los cuales, como todos los de Salamanca, opinaron que el gravísimo estado en que se hallaba el jóven era producido por sus trabajos, por sus vigilias, y por la penitente vida que hacia, orando de rodillas delante del altar muchas horas todos los dias, disciplinándose, y observando un casi constante y rígido ayuno.

En cuanto pudo ser puesto sin peligro en camino, le llevó su padre á Sevilla, y, aunque poco á poco, fue convaleciendo y recobró la salud. Las dulces y amorosas reflexiones y consejos de su padre y de toda su familia le contuvieron algun tanto en su afan y constante deseo de penitencia, y restablecido completamente volvió á Salamanca para continuar los estudios. Brillantemente terminó los universitarios, tomando el grado de Doctor á los veinte y

cinco años, recibiendo las sagradas Ordenes el dia 7 de mayo de 1557.

Contando solamente treinta años de edad, fue presentado por el Rey D. Felipe II al Pontífice Pio V para Obispo de Badajoz, despachando Su Santidad las Bulas en su favor en 20 de junio de 1562. Su padre, que se hallaba ya de Virey de Nápoles, le remitió un magnífico servicio de iglesia y mesa, de oro y plata, y una tiernísima y notable carta con su bendicion.

Tomada posesion de su alta dignidad, mandó ir á Badajoz á todos los curas del Obispado, y les dió las mas sábias y prudentes instrucciones para el mejor desempeño de su salvadora mision; les recomendó muy especialmente la amabilidad y humildad, la paciencia para la instruccion del pueblo, el celo para aumentar el amor á Dios en los tibios, para con los cuales debian emplear siempre con preferencia la persuasion á la reprension, el amor al despego, y los favores á la persecucion y al castigo; y siguiendo, finalmente, la doctrina y práctica que el Apóstol San Pablo seguia con su discípulo Timoteo, les enseñó el modo de predicar, para introducir mas dulcemente la doctrina de Jesucristo en el corazon de sus oyentes.

Hizo grandes reformas en su diócesi, encaminadas todas al mayor lustre de la Religion, y á suprimir gastos innecesarios, aumentando con las economías los fondos para atender al auxilio de los necesitados. Además de las infinitas limosnas que de contínuo hacia, mantuvo constantemente de todo lo necesario á los doce pobres mas ancianos de la ciudad.

En el año de 1564, con motivo de haberse perdido la cosecha de cereales en la mayor parte de España, tuvieron los granos tal subida que se elevó el precio del pan en Badajoz á cuatro tantos mas de su valor ordinario; y no bastando los fondos del Obispado para auxiliar á los po-

bres, como su virtuoso Obispo deseaba, vendió todos los muebles, ropas y demas efectos propios, quedándose solo con lo absolutamente indispensable, y el producto lo empleó en trigo para repartir pan á los pobres. Supo su padre la noble y santa accion de su querido hijo, y que en la venta habia incluido la vajilla de oro y plata que le regaló, y con una buena limosna en dinero para los pobres, le remitió otra vajilla desde Nápoles. El admirable JUAN DE RIBERA recibió con el mas profundo placer y agradecimiento la limosna y el presente de su padre; pero la carestía continuaba, los pobres morian de necesidad, y no podia resignarse á ver en su mesa plata, mientras no habia pan en la de aquellos: vendió tambien esta vajilla para comprar trigo, escribiendo á su padre una carta, que, segun decia el mismo D. Pedro de Ribera, fue el escrito que llegó á sus manos en toda su vida que mas conmovió su corazon.

Procurando tener siempre presente que era mortal, que su cuerpo estaba destinado á la tierra, y que su alma tenia que presentarse ante el Supremo Hacedor á dar cuenta de sus actos en el mundo, mandó pintar un cuadro con dos retratos suyos, el uno, que lo representase muerto, tendido en tierra, revestido con los ornamentos pontificales, dispuesto y amortajado para ser conducido al sepulcro; y el otro, presentándose en alma al tribunal del Divino Juicio, á dar cuenta de su vida y del cumplimiento de las obligaciones de su estado y episcopal empleo, llevando por defensor á su ángel custodio y por fiscal acusador á un infernal ministro. Durante su estancia en Badajoz tuvo el cuadro en su cuarto, y cuando pasó á Valencia lo colocó en el altar en que decia Misa todos los dias.

En 29 de enero de 1568 vacó la dignidad de Patriarca de Antioquia, y la de Arzobispo de Valencia, por muerte del ilustre valenciano Sr. D. Fernando de Loázes, y ha-

biendo sabido por su tio D. Federico Enriquez que el Rey D. Felipe le habia designado para el Arzobispado de Valencia, le escribió inmediatamente suplicándole que, por cuantos medios estuviesen á su alcance, procurase disuadir á S. M. de honrarle con tan alto cargo, que estaba dispuesto á no aceptar. Su humildad y modestia le proporcionaron una nueva y poco comun honra, pues al poco tiempo recibió la siguiente carta de S. M.

EL REY.

«Reverendo en Cristo Padre Obispo de nuestro Consejo: D. Federico Enriquez nos ha dicho de vuestra parte los inconvenientes é impedimentos que se os ofrecen, para no poder aceptar el Arzobispado de Valencia, al que os he elegido y nombrado, teniendo en consideracion que así conviene al servicio de Dios y bien universal de aquella Iglesia, por ofrecerse al presente en ella cosas en que mas particularmente puede ser servido de vuestra persona, y yo recibir gran contentamiento. Atendiendo lo cual, os rogamos mucho que no rehuseis en esto el trabajo, pues, por las razones dichas, vos teneis obligacion de aceptarlo, y yo de volverlo á encargar, como aquí lo hago. Dada en Madrid á 16 de junio de 1568. — YO EL REY.»

En vista de tan honrosa carta no pudo ménos de prescindir de su humilde propósito, y contestó al Rey aceptando el Arzobispado. La satisfaccion del Rey por la aceptacion de JUAN DE RIBERA, la manifiesta cumplidamente la siguiente carta:

EL REY.

«Muy reverendo en Cristo Padre Patriarca, electo Arzobispo de Valencia, del nuestro Consejo: He recibido vuestra carta, y holgado cuanto se puede que hayais aceptado la Iglesia de Valencia, por el servicio que podreis hacer,

residiendo en ella, á Nuestro Señor, y por el contentamiento que me habeis dado; y así, os lo agradezco mucho, y espero que os hallareis bien allí, y con el tiempo os podeis mejor resolver en lo que apuntais. Con esta se os envia la presentacion de la dicha Iglesia de Valencia con correo yente y viniente, para que vista, y hecho hacer las procuras y otros recaudos necesarios, que vos habeis de proveer, torne con todo ello en diligencia, porque lo pueda llevar un correo que mando despachar á Roma, y conviene que se haga con brevedad, para que podais más presto pasar á la Iglesia de Valencia, y atender á lo que allí se ofrece, que lo deseo mucho. Dada en el Escorial á 1.° de julio de 1568. — YO EL REY.»

El profundo sentimiento de todos los habitantes del Obispado de Badajoz es comparable solo á la entusiasta alegria de los del Arzobispado de Valencia, que no se cansaban de dar gracias á Dios y bendecir al Rey por la merced que les dispensaban, dándoles un Arzobispo cuya fama de virtud y santidad les autorizaba para esperar de él inmensos bienes para el Arzobispado. No se engañaron, y en mucho escedieron los beneficios á la esperanza.

Idénticas pretensiones, idéntico celo é idénticos desvelos que en Badajoz empleó en Valencia desde el momento que tomó posesion de la Silla; y contando con mayores recursos, mayores fueron tambien los auxilios, las limosnas y las fundaciones de iglesias y conventos en la capital y pueblos del Arzobispado. En ninguna de las iglesias que fundó permitió que se pusieran las armas de su familia ni su nombre; solo se grabó este en la piedra que habia de cubrir su sepultura, hecha en el suelo á la entrada de la capilla mayor del célebre Colegio del *Corpus Christi*, creacion suya, en cuya edificacion empleó cuatrocientos mil ducados. Nunca antes, ni nunca despues, se habia empleado ni empleó dinero alguno que tantas glorias reportase

á la nacion, por los eminentes hombres que dió el Colegio, para honra de España y de su fundador. La rígida observancia de todos los preceptos del Evangelio, la previsora organizacion interior, la modestia en el trage, el sábio plan de enseñanza, los premios por virtudes y aplicacion, tan clara y terminantemente designados, hicieron imposibles durante la vida del Arzobispo RIBERA toda clase de trastornos, disgustos y animosidades en este Colegio, creado para la educacion religiosa y científica de sus pajes. Gran número de ellos tuvo siempre de la más noble y florida juventud de todas las provincias de España, y no por vana ostentacion de grandeza, ni para emplearlos en el cuidado de su persona, pues jamás se sirvió de ninguno sino en los actos solemnes de Consagraciones, Ordenes ó en Misa pontifical, cuyas sagradas ceremonias procuró siempre, sí, que se celebrasen con la más posible ostentacion y grandeza, para mayor honra de Dios y de la Iglesia.

Los maestros, ayos y criados de sus pajes fueron siempre elegidos con la mayor escrupulosidad, y nunca toleró la menor falta en ellos, especialmente si la falta afectaba á la Religion ó la moral.

La más alta y preclara nobleza de España buscaba solícita influencias y recomendaciones para lograr que sus hijos fuesen admitidos en el Colegio de Pajes del Arzobispo de Valencia, porque además del constante ejemplo de las más santas costumbres, era la mejor escuela de letras y ciencias que habia en España. En ella, y en clase de pajes, se criaron é instruyeron entre otros infinitos el Emmo. Sr. Cardenal D. Gaspar de Borja, Embajador ordinario de la Córte romana, Virey de Nápoles y Arzobispo de Toledo, despues de haber sido Obispo de Sevilla; su hermano D. Baltasar, canónigo de Valencia, arcediano de Játiva, y despues Obispo de Mallorca; con sus tios D. Alonso, arcediano de Alcira, y D. Leonardo, canónigo y dignidad

de maestrescuela de la catedral de Valencia; el marqués de Malpica, D. Francisco, y su hijo D. Pedro de Ribera; los condes de Concentaina, D. Gaston de Moncada y Don Gaspar de Corella; el marqués de Auñon, D. Iñigo de Velasco, y el conde de Orgaz, D. Estéban de Mendoza Rojas y Guzman; el hijo de los marqueses de Villanueva del Rio, D. Francisco Enriquez, y el conde de los Arcos, D. Pedro Laso de la Vega, con el de Castro D. Gomez Manrique de Mendoza; D. Diego Vique, D. Hernando Ponce, D. Raimundo Monsoriu, D. Juan de Monsalve, D. Alvaro Ladron de Guevara, D. Pedro Carvajal, D. Juan Boil y el arcediano de Madrid y canónigo de la Santa Iglesia de Toledo, D. Antonio Coloma, hijo de los condes de Elda.

Otra de las importantes fundaciones de este Santo Prelado fue el monasterio de San Gregorio el Magno para pecadoras arrepentidas, al que constantemente dedicó un esquisito cuidado, visitándole todas las semanas, confesando á las acogidas, escitando su celo religioso, inflamando sus corazones en amor divino, y aliviando sus aflicciones con dulces, tiernas y consoladoras pláticas.

La conversion de los muchos moriscos que residian en su diócesi era otra de sus ocupaciones predilectas, y para la que no economizaba trabajo ni fatiga alguna, recorriendo los pueblos y visitando hasta las moradas mas humildes y hediondas, en las que gozaba de la mayor delicia si hallaba un alma que sacar del error y de las garras de Satanás.

Siempre viajó con la mayor modestia, sin séquito ni ostentacion. Una pequeña arca con la ropa mas indispensable para mudarse, y una pobre cama, era todo su equipaje. Si en alguna de las casas en que se hospedaba, se empeñaba el dueño en que habitase un cuarto lujoso y con buena cama, por no disgustar al que queria honrarle y darle motivo á creer que despreciaba el obsequio, habitaba el cuar-

to y arrugaba las ropas de la cama para que creyeran que habia descansado en ella; pero nunca lo hizo mas que en la incómoda y pobrísima que llevaba.

Siendo constantemente para él la honra mayor y la mas grande riqueza la virtud, solo distinguió con su afecto y amistad á los que estaban adornados de ella: la posicion social de las personas, los honores, timbres, blasones y el oro jamás llamaron su atencion: el afecto y la compañía de un mísero pastor, si era virtuoso, la preferia mil veces á la amistad de los mas elevados personajes, si no practicaban los preceptos de la Religion cristiana, y daban los ejemplos de virtud que están mas obligados á dar los que por su posicion en el mundo son más visibles, y pueden, por consiguiente, enseñar á mayor círculo de gentes el camino de la gloria.

Innumerables fueron sus actos de humildad y caridad: no se contentaba con visitar á los enfermos, consolarlos y confortar su espíritu con tiernas frases y amorosas palabras, sino que los curaba las llagas y heridas, los daba las medicinas, los limpiaba y aseaba, los mudaba de ropa y los arreglaba la cama, y mil veces se le vió por las calles dando el brazo y sosteniendo á débiles ancianos ó impedidos que habia encontrado, y que ni abandonaba ni encomendaba á otra persona hasta dejarlos en su casa consolados y socorridos.

Comia poco, y siempre la vianda mas mala y ordinaria que ponian en la mesa. La confianza que tenia con él su antiguo camarero Gonzalo Suarez, y el interés que se tomaba por la salud y conservacion de tan virtuoso amo, le permitian aconsejarle algunas veces que se alimentase más y eligiese mejor plato; pero siempre le decia: «Te aseguro, Gonzalo, que como de lo que mas me gusta.»

Nadie podia dudar de que Dios le habia dotado del don de profecía, pues anunciaba cosas tan poco al alcance de la

imaginacion humana, tan poco presumibles y tan sorprendentes, que su realizacion no dejaba duda de que la mente del Santo Arzobispo estaba alumbrada por la luz divina. Sin embargo, jamás él convino en que era Profeta; y cuando alguno se lo llamaba, le decia inmediatamente: «No juzgue V. de mí tal cosa, porque aquello que parece profecía, no es sino adivinar de viejos, de quien comunmente suele decirse que si no adivinan alguna cosa son viejos que no valen para nada.»

No consentia que nadie se arrodillase para besarle la mano, ni admitió jamás tratamiento mas que en los actos oficiales, á pesar de tenerlo desde la cuna.

Setenta y nueve años de edad, y con vida tan trabajada y penitente, comenzaron á resentir su naturaleza, y el temor de perderle hacia que todos sus amigos y súbditos le aconsejasen más quietud y cuidado de su persona; pero nada consiguieron: ni un minuto aumentó á las cinco horas que daba de reposo á su cuerpo, invirtiendo las diez y nueve restantes en sus habituales trabajos, diciendo que lo que sentia era que fuesen tan cortos los dias, porque jamás habia podido conseguir, no que le sobrase tiempo, sino tener el suficiente para hacer todo lo que deseaba.

Estando orando en la capilla del Colegio el dia 6 de diciembre de 1611 se sintió malo, y tanto, que tuvieron que ayudarle á subir á su cuarto y meterle en la cama. No quiso que llamaran al médico, y por no disgustarle así lo hicieron; pero su camarero dió aviso secretamente al doctor D. Antonio Barberán, que era el médico del Colegio, y á la siguiente mañana temprano se presentó en el cuarto del Arzobispo. Así que este le vió, le dijo: «Hermano, os han incomodado sin necesidad, porque vuestra ciencia nada puede hacer aquí. Esta será la última enfermedad, y de esta cama no tengo de levantarme sino para la sepultura y dar cuenta á Dios.»

Un mes justo permaneció en el lecho, sufriendo con la mayor y dulce resignacion los dolores de su penosa enfermedad, sin consentir que nadie se quedase de noche en su cuarto para cuidarle: pero habiéndose caido de la cama dos dias antes de su muerte y heridose en la cabeza, no volvió á quedar solo, por mas que él mandaba retirar á sus afligidos amigos y dependientes.

No hubo medio de convencerle para que recibiese el Viático en la cama: arrodillado en el suelo y revestido con una ropa larga, roquete y estola, recibió el Sacramento de la Penitencia, pronunciando en seguida una corta y sentida plática, que hizo correr abundantemente las lágrimas de los que se hallaban presentes. Entre tres y cuatro de la mañana del jueves 6 de enero, dia de Reyes de 1611, voló su santa alma á las moradas celestiales.

Fue enterrado en el suelo á la entrada de la capilla mayor de su Colegio, tan pobre y humildemente como lo habia dejado dispuesto; pero el entierro fue el más solemne y majestuoso que se habia visto en Valencia, rivalizando todas las clases de la sociedad en demostraciones de sentimiento por la muerte de tan virtuoso y querido Prelado. Durante nueve dias vistieron luto todos los habitantes de la ciudad, y los establecimientos públicos no abrieron mas que media puerta, ni colgaron ramos, muestras ni géneros fuera de las tiendas.

Tan generalmente aceptada era la creencia de la virginidad del Patriarca y Arzobispo JUAN DE RIBERA, que el marques de Caracena, D. Luis Carrillo, Virey y capitan general á la sazon del reino de Valencia, acompañado de toda la nobleza, colocó sobre el féretro una corona y una palma, con una inscripcion que decia: *Corona et palma merenti.*

Muchos milagros tuvieron lugar en el dia del entierro y despues de él, y diferentes apariciones, todas las que debi-

damente justificadas obran en los procesos para la Beatificacion, que tuvo lugar en el año de 1796, rigiendo la Silla de San Pedro en Roma el Papa Pio VI, y el trono de Pelayo en Castilla el Rey Carlos IV.

DIA 7.

San Julian Mártir, *Sardo*, y San Teodoro, Monge, *Egipcio*.

DIA 8.

San Luciano y Compañeros, Mártires, *Romano*.

DIA 9.

San Julian, Mártir, y su esposa Santa Basilisa, Vírgen, *Sirios*.

DIA 10.

San Nicanor, Diácono y Mártir, *Egipcio*, y San Gonzalo de Amarante, Confesor, *Portugués*.

DIA 11.

San Higinio, Papa y Mártir, *Ateniense*.

DIA 12.

San Benito, Abad y Confesor, *Italiano*.

SAN MARTIN DE LEON, CONFESOR Y DOCTOR, ESPAÑOL.

Leon, capital de la provincia del mismo nombre, en España, fue la dichosa cuna de este Santo. Hijo de Juan y Eugenia, descendientes de ilustres y acomodadas familias, fue educado con el mayor esmero y ejercitado constantemente en obras de la mas rigida cristiandad y sublimes virtudes, dando desde muy pequeño ejemplos diarios de santas costumbres, que eran las delicias de sus virtuosos padres y la admiracion de la ciudad. Desde los mas tiernos

años descubrió un talento privilegiado y grande aficion á las letras, aprendiendo con la mayor facilidad cuanto le enseñaban los maestros. Deseoso de visitar las Reliquias de los Apóstoles y recibir la bendicion del Santo Padre, partió para Roma, viendo satisfechos sus deseos, y habiendo logrado, ademas, aumentar algun tanto su instruccion con el contacto de las ilustradas personas cuya compañía buscaba siempre con el mayor anhelo. Concluido el tiempo de la licencia que le concedieron sus padres, regresó á Leon, y continuó preparándose para la carrera de la Iglesia. Ordenose de Sacerdote, y tomó el hábito de Canónigo Regular en San Isidoro de Leon, alcanzando al poco tiempo la consideracion del mas perfecto religioso y santo sacerdote del convento.

No habia estudiado la Sagrada Escritura, y tenia grandes deseos de saberla y entenderla; pero sus deseos se estrellaban en la falta de maestros. Constantemente oraba pidiendo á Dios que le concediese un maestro, ó la comprension necesaria para aprender sin lector. Hallábase una noche en oracion dirigiendo fervoroso al Señor su constante súplica, y de pronto se ilumina la estancia, y se le aparece San Isidoro con un libro en la mano: «Toma, le dice, este libro, cómele, y darte há el Señor ciencia de la Sagrada Escritura.» Asombrado quedó SAN MARTIN con la presencia del Santo Patrono del convento, sin poder contestar una palabra; pero viendo que el Santo le alargaba el libro para que se lo comiera, y repuesto de la primera impresion, contestó que no podia comer el libro porque era dia de forzoso ayuno, á lo que le dijo San Isidoro: «No te quitará el mérito del ayuno aunque le comas, porque yo soy Patron de este lugar, y me envia Dios á que te diga esto de su parte.» Tomó SAN MARTIN el libro y le comió en presencia de San Isidoro, el cual desapareció en seguida que SAN MARTIN concluyó de comer. Desde aquel momento

SANTORAL ESPAÑOL



SAN MARTIN DE LEON (Confesor)

se iluminó su mente de Divina Sabiduría, de tal manera, que fue el mas grande teólogo de su tiempo, el que mas controversias sostuvo con los principales hereges, venciéndolos á todos con la suma facilidad, y volviendo al santo rebaño innumerables ovejas descarriadas. No habia ciencia ni imaginacion que resistiese á su brillante y razonada palabra, y los sectarios de la impiedad y del error huian de él por temor de verse combatidos y derrotados.

Ademas del don de ciencia, le dotó Dios de la gracia de sanar enfermos desahuciados por los médicos, curándolos milagrosamente en el acto de presentarse ante ellos, aumentando á esta gracia el espíritu iluminado de profecía, por el cual anunció sucesos que siempre se realizaron, entre ellos su última enfermedad, y el dia de su muerte, acaecida en 12 de enero de 1203, que fijó mucho antes de verificarse, y hallándose en completa salud.

Escribió dos libros titulados *Concordia*, en que se concuerdan autoridades del Nuevo y Viejo Testamento, y se recopilan las sentencias de los Santos Padres.

SAN NAZARIO, ESPAÑOL.

Conformes están los historiadores, así antiguos como modernos, en que este Santo fue español; pero ninguno señala el pueblo de su nacimiento. Todas las noticias que sobre su existencia hemos podido reunir son las siguientes, bien pocas por cierto:

Siendo todavía muy jóven, y persuadido de los grandes peligros que constantemente rodean á las almas en el mundo, determinó retirarse de él, y lo verificó tomando el hábito de religioso en el monasterio de San Miguel de Cuxán, en el cual hizo una vida admirablemente ejemplar y penitente. Con heróica constancia se ejercitó en todas las virtudes, sobresaliendo en la caridad, dando de comer al hambriento, vistiendo al desnudo, asistiendo á los enfermos y

hospedando á los peregrinos. Queriendo el Señor premiar las virtudes de su Santo siervo, obró por su intercesion muchos milagros, entre ellos el de apagar el voraz incendio que consumia un horno de pan contiguo al monasterio, y que amenazaba consumirlo tambien, con solo echar encima de las llamas su manto, sin que este sufriera el mas leve detrimento. Murió anciano, lleno de merecimientos, y su cuerpo fue enterrado, y se venera en el espresado monasterio de San Miguel de Cuxán.

DIA 13.

SAN GUMERSINDO Y SAN SIERVO DE DIOS, MÁRTIRES, ESPAÑOLES.

A principios del siglo IX nació en Toledo el glorioso SAN GUMERSINDO. Siendo todavía niño, pasó con sus padres á Córdoba, ciudad que, aunque imperada por los sarracenos, abrigaba inmenso número de cristianos, contaba muchas iglesias y monasterios, donde se enseñaban sagradas letras, teniendo Obispo que conferia los Sacros Ordenes á los que seguian la carrera de la Iglesia. A esta se dedicó GUMERSINDO con gran contento de sus padres, que desde antes de nacer tan amado hijo tenian hecha á Dios la promesa de dedicarlo al templo. Ingresó, pues, en la Basílica, tan célebre por aquel tiempo de los célebres Santos Mártires Fausto, Januario y Marcial, y con gran renombre de santidad y ciencia fue ordenado sacerdote en cuanto tuvo la edad competente.

Conocidas por el Obispo las grandes dotes que adornaban al jóven sacerdote, y convencido de los inmensos bienes que con su santo celo, prudencia y ciencia podia hacer á la cristiandad, llevando á ella nuevos soldados de la fé, aumentando de este modo los adoradores de la Cruz, le mandó de cura á un pueblo de la Sierra, abundante en sectarios del error. No se engañó en sus cálculos el prudente

Obispo, porque diarias, y no escasas en número é importancia, eran las conversiones á la fé que conseguia el santo sacerdote GUMERSINDO, acrecentando prodigiosamente en el territorio de su parroquia el número de cristianos.

Varios asuntos de su ministerio le llamaron á Córdoba, y al llegar supo que habia comenzado otra vez en ella la persecucion contra los cristianos, á consecuencia de un decreto dado, hacia pocos dias, por Abderramen, mandando matar á todos los que hablasen mal de Mahoma y bien de Jesus. Afectado con tan triste nueva se dirigió á la Basílica, donde habia estudiado y habitado, con el fin de visitar á sus amigos y condiscípulos, y consolar su afliccion en santas pláticas con ellos. Al primero que encontró fue á su mejor amigo, llamado Paulo en el siglo, y SIERVO DE DIOS desde que se hizo monge. No ménos afectado que GUMERSINDO estaba SIERVO DE DIOS, que se arrojó á los brazos de su amado condiscípulo así que lo vió. Surcando sus mejillas abundantes lágrimas, y con el corazon traspasado de dolor, repitió á GUMERSINDO la noticia del decreto de Abderramen, manifestándole que desde su publicacion el temor á la muerte habia hecho perder en la ciudad infinitas almas, porque muchos cristianos nuevos habian renegado, y casi todos los infieles que se sentian dispuestos á ingresar en el cristianismo habian renunciado á ello. Estas tristísimas nuevas inflamaron de santo fervor el corazon de GUMERSINDO, y dijo á su amigo que era preciso hacer algo para alentar á los cristianos y á los que deseaban serlo, y contrariar las órdenes del tirano. Iguales sentimientos hervian en el santo pecho de SIERVO DE DIOS, y de comun acuerdo convinieron en salir predicando por las calles, y hacerlo hasta en presencia de los jueces, para convencerles de que no habia poder bastante en la tierra para concluir con la predicacion de la

doctrina del Crucificado. Así lo verificaron en seguida, dirigiéndose al sitio llamado Campillo del Rey, y haciendo alto allí delante de la inmensa muchedumbre de cristianos y mahometanos que les habian seguido, espusieron las verdades de nuestra santa Religion y los absurdos de la de Mahoma. Temiendo los jueces que la elocuente palabra de aquellos dos héroes tuviese eco en los corazones de sus sectarios, y aumentara los brios de los cristianos, sin prévia formalidad de ninguna clase mandaron degollar inmediatamente á los dos Santos, que con la más inefable alegría entregaron su alma al Criador el dia 13 de enero de 852. Sus cuerpos fueron secretamente recogidos por los cristianos, y sepultados en el monasterio de San Cristóbal, Mártir.

DIA 14.

San Hilario, Obispo y Confesor, *Francés*.

DIA 15.

San Pablo, primer ermitaño, *Egipcio*, y San Mauro, Abad, *Romano*.

DIA 16.

San Marcelo, Papa y Mártir, y Santa Estefanía, *Romanos*.

SAN FULGENCIO, OBISPO Y CONFESOR, ESPAÑOL.

Severiano, caballero de ilustre linage y abundantes bienes de fortuna, vecino de la ciudad marítima de Cartagena, correspondiente á la provincia de Murcia, fue el venturoso padre de los llamados cuatro Santos de Cartagena, Leandro, Isidoro, Florentina y de FULGENCIO, Santo de este dia. Tanto el padre como los cuatro hijos profesaban la Religion cristiana; pero la madre, á quien unos llaman Turtura y otros Teodora, sin poderse asegurar cuál de es-

tos nombres llevaba, ó si tenia otro, como descendiente de godos, aceptaba y seguia los errores de Arriano. Las ideas religiosas del padre y los hijos escitaron la saña del Monarca reinante á la sazon, Leovigildo, decidido partidario y protector de la heregía arriana, y Severiano, con toda su familia, fue desterrado de Cartagena. La madre, como arriana, pudo quedarse en su pais natal; pero no solo prefirió á ello el seguir á su marido y á sus hijos, sino que ingresó en el gremio del cristianismo, aceptando por completo la doctrina de Jesus. De modo que el destierro que se presentó como una desgracia se convirtió en dicha, pues llevó al seno de aquella familia la paz y armonía que le proporcionaba la Religion cristiana, cuyos dulces y consoladores preceptos todos ya seguian.

Apenas salido de la infancia quedó FULGENCIO huérfano de padre y madre, á quienes las penalidades y trabajos del destierro habian resentido y debilitado tanto la naturaleza, que apenas gozaron un dia de salud en Sevilla, donde prematuramente sucumbieron con el sentimiento de dejar á sus tiernos hijos solos en el destierro, sin protector ninguno, y sin familia.

Leandro, el mayor de los cuatro hermanos, que aunque jóven comenzaba á tener en Sevilla la importancia social que siempre dan la virtud y el talento, se encargó de la tutela y direccion de FULGENCIO. Era este de natural dócil, aunque de genio muy vivo, y de una gran comprension y notable aptitud para ciencias y toda clase de asuntos. Con tan buenas disposiciones naturales, y con tan santo y sabio director como su hermano Leandro, creció FULGENCIO en ciencia y virtudes, desarrollándose admirablemente su privilegiada imaginacion, al propio tiempo que su robusta y gallarda persona.

La escasez de recursos que en Sevilla esperimentaban, sugirió á Leandro la idea de mandar á su hermano

FULGENCIO á Cartagena, su pais natal, para, arreglando varios asuntos que quedaron pendientes cuando fueron desterrados, allegar algunos recursos para atender á la subsistencia. Apenas partió de Sevilla FULGENCIO, comenzó á entristecerse y sufrir acerbamente su hermano Leandro por el temor que le acometió de lo que podria suceder á su hermano, temor muy justificado, pues aunque el talento y la virtud de FULGENCIO eran una garantía contra las asechanzas de la desmoralizacion y perversidad que reinaban, era al fin demasiado jóven para conocer y poder defenderse de todas las arterías y seducciones del vicio. Arrepentido ya de haberle enviado, y tristemente afectado su corazon, escribia á su hermana Florentina: «¡Triste de mí, triste de mí! que he enviado inconsideradamente á Cartagena á nuestro hermano FULGENCIO, cuyos peligros me tienen con un contínuo sobresalto.» Propicio el Supremo Hacedor, y escuchando benigno las constantes y fervorosas súplicas que en favor de FULGENCIO le dirigian sus tres hermanos, defendió de toda clase de peligros al jóven, que regresó sano y salvo á Sevilla.

Continuó allí instruyéndose al lado de Leandro, viviendo constantemente en su compañía, hasta que Leandro entró en un monasterio para dedicarse en la soledad del claustro á la mas completa y constante contemplacion de lo divino. FULGENCIO quiso tambien ingresar en el monasterio; pero renunció á ello por consejo de su hermano, que le manifestó la conveniencia de que permaneciese en el mundo, libre de dependencia de superiores, por si reclamaba su presencia en otra parte el cuidado de sus otros dos hermanos.

La separacion de Leandro en nada modificó las santas y estudiosas costumbres de FULGENCIO; las mismas horas conservó destinadas á la oracion y al estudio; á recorrer las casas, consolando á los afligidos, y socorriendo necesi-

dades; á perfeccionar en el conocimiento de la Religion á los cristianos, y á predicar el Evangelio y convertir hereges.

Cada dia era mayor entre los católicos su prestigio y la fama de su virtud y talento, y habiendo vacado la Silla de Écija, inmediatamente fue elegido Obispo con la mayor alegria de todos los cristianos. «Luego que se sentó en la Silla Astigitana, comenzó á esparcir rayos de luz y de doctrina, á manera de una luciente antorcha puesta sobre el candelero. Dedicose primeramente á desterrar los abusos que se habian introducido en la disciplina eclesiástica, y como conocia que el primer móvil de las acciones del pueblo es la conducta de los eclesiásticos, velaba incesantemente sobre sus costumbres, reformando sus estravíos, corrigiendo sus yerros, y castigando con misericordia los escesos imprescindibles de una naturaleza frágil y corrompida. Poco hubiera esto aprovechado sin el ejemplo y la práctica de lo mismo que enseñaba y persuadia, porque cuando un Prelado contradice con sus costumbres á las leyes, es muy dificultoso que sea obedecido, y mucho mas que los inferiores no conciban en sus trasgresiones otros tantos salvoconductos para dispensarse de la ley ó para traspasarla. Pero cuando el superior es justo é irreprensible, su mismo ejemplo predica, persuade y corrige en el secreto de los corazones de sus súbditos. Nada creia FULGENCIO que le era permitido, que no pudiese ser de ejemplo y de provecho positivo á sus ovejas. Recreaciones de ánimo estrepitosas, empleos indiferentes del tiempo, muestras esteriores de fausto y de poder que suelen adoptarse con pretestos especiosos de utilidad comun, jamás pudieron lograr en FULGENCIO otro concepto que el de verdaderos delitos.»

Si para los eclesiásticos, personas obligadas en primera línea á ser las mas virtuosas y morigeradas de los pueblos, el constante ejemplo de su Obispo era tan eminentemente santo y moralizador, fácil es de deducir cuánto más lo seria

para el resto de los habitantes de la diócesi, que llegó á ser, á los pocos años de regida por FULGENCIO, la mas observadora de los preceptos del Evangelio, y la mas abundante de soldados de la fé.

Abarcando su imaginacion y su celo el cuidado de toda clase de mejoras en su Obispado, y de desterrar de él todo género de abusos, puesto de acuerdo con su hermano San Isidoro, que á la sazon gobernaba la Bética, solicitó que se tuviese un Concilio. Verificose este en el año de 619, reinando Sisebuto, y siendo el segundo de Sevilla, en el cual se acordaron medidas de grande importancia y trascendencia en bien de la Religion y de la moral. Desde entonces desapreció, entre otras, la corruptela introducida en el Obispado de ordenar de Diáconos á los casados con mujeres viudas, declarándose ilicitas por el Cánon IV las Ordenes conferidas á sugetos que se hallasen en este caso, quedando privados del ejercicio de sus ministerios.

Arregló además el Concilio, con su Cánon II, la contienda por la pertenencia de una parroquia, suscitada entre nuestro SAN FULGENCIO, Obispo de Écija, y Honorio, Obispo de Córdoba. No por interés particular reclamaba FULGENCIO la parroquia para su diocesi: muy lejos de desear mas latitud de territorio para ella, la hubiera querido mas pequeña, para poder vigilarla mas personalmente y tener menos número de almas de que dar cuenta á Dios: pero como velador de los derechos de su Obispado, no podia prescindir de reclamar lo que le pertenecia, en virtud de la distribucion de la Iglesia hecha por los Apóstoles en representacion de Jesucristo.

Arreglados los asuntos mas interesantes del Obispado, desterrados los abusos y reformada la disciplina, se dedicó á visitar y examinar la organizacion de los monasterios de religiosas, gestion que habia ido aplazando, considerándola poco urgente, porque el gran renombre de santidad de to-

dos los monasterios de su diócesi le permitieron creer que podia retardar la visita á ellos, aprovechando el tiempo en trabajos mas perentorios. Justa y merecida encontró la fama de los monasterios de religiosas: ni una sola reforma de importancia tuvo que hacer en ninguno de los varios que existian, sujetos todos al magisterio y obediencia de su hermana Santa Florentina, y que contaban mas de mil vírgenes, que á porfia rivalizaban en amor á Dios y á su virginal y Sacratísima Madre.

Rindiendo FULGENCIO un testimonio de admiracion á los superiores talentos de su hermano San Isidoro, Arzobispo de Sevilla, le pidió que escribiese un libro sobre el orígen de las cosas pertenecientes á los oficios eclesiásticos. El Santo Arzobispo, Doctor, accediendo gustosísimo á la súplica de su hermano FULGENCIO, escribió dos tomos titulados *De origine Officiorum*, que dedicó al mismo FULGENCIO, rogándole que orase y pidiese á Dios por él.

La instruccion del pueblo, la predicacion del Evangelio, la oracion y la penitencia eran su constante y asídua ocupacion, dando apenas descanso á su cuerpo. Los trabajos y los años le debilitaron estraordinariamente; pero queriendo, como una luz al apagarse, producir mas resplandor, multiplicaba cada dia sus desvelos y su celo en favor de la Religion cristiana, sin que le impidiera para continuar su salvadora mision el hallarse en un estado tal de debilidad, que varias veces se desmayó y cayó al suelo estando celebrando el Santo sacrificio de la Misa. Se apagó por fin aquella brillante antorcha del cristianismo, entregando con la dulzura y tranquilidad del justo su alma al Criador, por los años del Señor 626.

Universalmente fue sentida y llorada la muerte de un Prelado á quien todos los habitantes de su diócesi respetaban y amaban como á un tiernísimo y amoroso padre. Su cuerpo fue sepultado en Écija, en donde permaneció vene-

rado y constantemente visitado como Santo, hasta la entrada de los moros en España. Los cristianos, que amenazados del feroz acero sarraceno huian dejando sus haciendas y cuanto poseian, nunca pudieron por aquel tiempo resignarse á dejar las imágenes de Jesus y de María, y las sagradas reliquias de sus Santos, para que fueran profanadas por los bárbaros vencedores: así fue que al abandonar á Écija se llevaron el cuerpo de SAN FULGENCIO á las montañas de Guadalupe, escondiéndole cerca de la villa de Berzocana, á la que se trasladó despues reinando D. Alfonso XI. Deseosa Cartagena de poseer alguna parte de las reliquias de SAN FULGENCIO y de su santa hermana Florentina, recurrió suplicando esta gracia al Rey D. Felipe II, por cuyo mandado se sacaron en 1593 cuatro huesos, dos para el monasterio del Escorial, y otros dos que fueron llevados á Cartagena, donde todavia se veneran.

DIA 19.

San Canuto, Rey y Mártir, *Dinamarqués*, y San Mauro y compañeros, mártires, *Persa*.

SANTA GERMANA, VIRGEN Y MARTIR, ESPAÑOLA.

Mediado apenas el siglo II, hallábase representando el imperio romano en la parte de España llamada Galicia, Lucio Catelio Severo, en calidad de Presidente, Régulo de aquella comarca. Innecesario es decir que como súbdito fiel de suprema autoridad gentil, gentiles y ciegos idólatras de los dioses del paganismo, eran Catelio y su mujer Calzia. Hallándose esta en cinta, tuvo necesidad de salir su marido del pueblo de su residencia, llamado entonces Balchagia, y despues Bayona de Tuy, y llegole la hora del parto antes de que Catelio hubiera regresado. El parto fue feliz; pero notablemente asombroso, pues dió á luz nueve niñas, bellas todas y llenas de vida y de salud. Grande era la admi-

racion de la comadre Sila al ir recibiendo los frutos de la fecunda Calzia, y no lo era menor la de esta, á la que acometió al mismo tiempo tal miedo y temor á su marido por el terrible efecto que, en su concepto, habia de producirle la presentacion de nueve hijos de una vez que determinó no presentarle ninguno, encargando á la comadre que se llevara las niñas y las arrojase al rio La comadre era cristiana, pero de ánimo apocado y cobarde: fingió aceptar el encargo, y sacó las niñas, asegurando á la Régula que iba inmediatamente á ejecutar su mandato. Muy lejos de perpetrar tan horrible crimen, repartió las niñas secretamente entre varias amigas suyas, cristianas y virtuosas, para que las bautizasen, criasen, y despues las educasen segun los preceptos de la Religion cristiana.

Las nueve gemelas fueron efectivamente bautizadas, poniendo á cada una uno de los nombres Genivera, Librada, Victoria, Eumelia, GERMANA, Gemma, Mártia, Basilisa y Quiteria.

Ignoradas y desconocidas completamente de sus padres, fueron creciendo en gracias y virtudes, llegando á ser el modelo de las jóvenes de la poblacion. Sus madres adoptivas, de acuerdo con la comadre Sila, las revelaron el secreto de su nacimiento; pero encargándolas el sigilo mientras una necesidad muy imperiosa no las obligase a declararlo.

Arreció por este tiempo la persecucion contra los cristianos, decretada por el Emperador Antonino Vero, y activamente secundada por los sectarios del error. Lucio Catelio Severo, Presidente de Galicia, como fiel y sumiso ejecutor de los mandatos de su Emperador, fue de los primeros en procurar complacerle, regando el distrito de su mando con sangre de cristianos.

Fueron llamadas las nueve vírgenes al tribunal, y comparecieron ante su padre para ser juzgadas y castigadas como enemigas de los dioses y contraventoras de los man-

datos del Emperador. Catelio Severo, primero con frases persuasivas, y luego con terribles amenazas, intentó apartar á sus hijas, todavía sin saber que lo eran, de la senda del paraiso, queriendo que á su presencia ofreciesen incienso á los dioses, y renegasen del nombre de Jesus; pero firmes en la fé las santas hermanas, nada fue suficiente á hacerlas titubear ni siquiera un instante. Sus madres adoptivas y la comadre Sila revelaron entonces al Presidente el secreto del nacimiento de las jóvenes, intentando de este modo librarlas de la muerte que veian rápida acercarse; pero Catelio, aunque las reconoció por hijas, no desistió de su propósito de hacerlas renunciar á sus creencias y que adorasen á los dioses. Conociendo las santas vírgenes que nada seria capaz de modificar la resolucion de su padre, y queriendo evitarle el nuevo crímen de decretar su muerte, procuraron contemporizar, ganando tiempo para huir á otra comarca fuera de la jurisdiccion del Presidente, su padre. Lograron efectivamente parte de su objeto, pues Catelio las mandó retirar y volver al tribunal al siguiente dia, y en aquella noche salieron de la ciudad, marchando cada una por diferente punto. No todas lograron el deseo de evitar á su padre el crímen de decretar é intervenir su martirio, como se dirá en las respectivas biografías; pero GERMANA, objeto de esta, fue mas dichosa. Con los trabajos y penalidades que pueden fácilmente presumirse, y venciendo toda clase de peligros, se refugió en África, librando por su parte á su padre del nuevo crímen; pero no librándose ella de la muerte, pues conocidas su Religion y sus virtudes, y mas firme cada dia en la fé, consiguió al fin la gloriosa palma del martirio, muriendo degollada, y aumentando el catálogo de las Santas Vírgenes de España, y mas tarde el rezo de la Iglesia de Tuy.

SANTORAL ESPAÑOL



D.º y Lit.º barcala.

SANTA GERMANA VIRGEN Y MARTIR

DIA 20.

San Fabian, Papa y Mártir, *Romano,* y San Sebastian, Mártir, *Milanés.*

DIA 21.

Santa Inés, Vírgen y Mártir, *Romana.*

SAN FRUCTUOSO, OBISPO DE TARRAGONA, SAN AUGURIO Y SAN EULOGIO, SUS DIÁCONOS, MÁRTIRES, ESPAÑOLES.

Hasta nosotros han llegado las actas auténticas del martirio de SAN FRUCTUOSO y sus dos diáconos AUGURIO y EULOGIO, y, sin embargo, nada podemos decir de sus ascendientes: solo sabemos que Tarragona, capital de la España citerior en aquel tiempo, fue la madre patria de estos gloriosos Santos, y que SAN FRUCTUOSO debió nacer hácia fines del siglo II, pues en el sermon escrito y predicado por San Agustin para su festividad, dice que era *trémulo anciano* cuando padeció el martirio, que fue el viernes 21 de enero del año 259. Ni de los padres y su posicion social, ni de la familia de ninguno de los tres Santos hace mencion la historia.

FRUCTUOSO era de amabilísimo y dulce carácter, y suavemente compasivo: donde habia una desgracia, una necesidad, una lástima, allí acudia presuroso para socorrer en lo que posible le fuera á los desgraciados y menesterosos. Orar, remediar desgracias y cuitas, y estudiar, eran sus invariables y constantes ocupaciones desde los primeros años de su vida; añadiendo á ellas la predicacion del Evangelio en cuanto su edad se lo permitió, y muy especialmente desde que se vió revestido con la sagrada dignidad del sacerdocio.

Habiendo vacado el Obispado de Tarragona, y siendo

FRUCTUOSO el sacerdote que mas alta reputacion de ciencia, prudencia y virtud tenia entre el clero y el pueblo, fue elegido Obispo por aclamacion, con alegria hasta de los gentiles, pues como para ejercer la infinita caridad, que siempre le distinguió, no hacia diferencia entre las personas, y los menesterosos y desgraciados de cualquier clase que fuesen, encontraban en él remedio á sus males y consuelo á sus penas, todos los habitantes de Tarragona le profesaban un especial y profundo cariño.

El disgusto con que su humildad le hizo admitir el elevado puesto de Obispo, le compensó la mayor actitud en que se encontraba en él para dispensar auxilios á los necesitados, y proteger á los cristianos, aunque la proteccion de los Obispos en aquellos calamitosos y terribles tiempos podia estenderse á poco, porque eran ellos generalmente los primeros blancos de la saña de los infieles.

Entre los mas ardientes servidores de la fé se distinguian en Tarragona los referidos AUGURIO y EULOGIO, y no titubeó un momento FRUCTUOSO en llevarlos á su lado, porque comprendió que, ademas de su talento é instruccion, estaban adornados del heróico valor que se necesitaba para colocarse en la primera línea del peligro. Los Obispos y sus inmediatos servidores eran siempre las primeras víctimas, y en las que mas se cebaba el furor de los paganos; y el reciente ejemplo de San Lorenzo, sacrificado dos años hacia por ser el confidente del Santo Papa Sixto II, justificaba la prevision de FRUCTUOSO en querer en sus diáconos fé ciega y valor cristiano á toda prueba.

Era Emperador de Roma por este tiempo el feroz y sanguinario Valeriano, aquel Emperador cuya insaciable ambicion y horrorosos actos de inhumanidad tuvieron espantado al mundo, hasta que su vencedor, el hijo de Artajerjes I, ejecutó en él el aterrador castigo de llevarle á la vergüenza metido en una jaula de hierro, y hacerle des-

pues desollar y echar en sal. Este Emperador, pues, decretando una nueva y sangrienta persecucion contra los cristianos, que fue la octava, nombró los presidentes mas á propósito para llevarla á cabo, y como de los mas aptos, mandó á Tarragona un confidente suyo llamado Emiliano. Queriendo este corresponder á la confianza que su digno Emperador habia depositado en él, y demostrar públicamente que merecia el alto puesto qne se le habia encargado, comenzó desde su arribo á Tarragona á perseguir sin tregua ni descanso á los cristianos, espidiendo las órdenes mas opresoras y terribles, señalando pena de muerte para las mas pequeñas faltas en que incurriesen.

Alentados los cristianos de Tarragona por las palabras y el ejemplo de su Obispo y sus dos diáconos, muy lejos de suprimir ninguna de las prácticas de la Santa Religion del Crucificado, aumentaban cada dia su celo y fervor religioso para probar al tirano que en los pechos de los verdaderos cristianos los alardes de crueldad no entibian el amor á Dios.

Irritado Emiliano por la firmeza de los cristianos, y conociendo que quien la alimentaba y acrecia era su Obispo, el domingo 16 de enero del año 259 mandó que se le prendiera, y á sus dos diáconos, y llevasen los tres á su presencia. Indecible es la alegría que se apoderó del pecho de FRUCTUOSO al ver en su casa los soldados con la órden de prenderle, porque conoció en seguida que iba á ser martirizado, y que de su sacrificio habian de seguirse grandes bienes al cristianismo, porque con su voz y su ejemplo robusteceria la fé en su diócesi y arraigaria mas profundamente la doctrina cristiana. No dudaba del amor de sus diáconos á Jesus, y de su valor para confesar su ley y morir por ella; mas, sin embargo, para que ni por un instante se entibiase su ánimo, les fue exhortando por el camino, diciéndoles: «Hijos mios, seguidme, no os aparteis de mí.

Ahora mas que nunca necesita vuestro corazon del valor y de la constancia. La serpiente infernal prepara á los ministros de Dios terribles penas; pero para que la muerte no os amedrente ni intimide, fijad vuestros ojos en la palma que nos ofrece la victoria. La cárcel misma, cuando se padece por motivo tan glorioso, es escalon para subir al cielo, y nos reconciliará eternamente con Dios en bienaventuranza eterna.»

Emiliano los recibió sin testigos, y los reprendió dura y acremente el menosprecio que hacian de sus órdenes, y les exigió la promesa de abstenerse en lo sucesivo de demostracion alguna de su ley. FRUCTUOSO y sus diáconos se negaron á obedecer toda clase de mandatos, emanasen de él ó del Emperador, que estuvieran en la mas pequeña contradiccion con la ley de Jesucristo, que era la primera para ellos. Emiliano comprendió que nada conseguiria en aquel momento, ni quizás tampoco nunca; pero intentando probar vencerlos aterrándolos antes, por la gran honra que se le seguiria de vencer al Obispo y sus dos mas principales y fuertes servidores, mandó que los retirasen y los encerraran en la cárcel. En ella permanecieron llenos de gozo por conocer que se les acercaba la hora de dar la vida por Jesucristo, y practicando todos los preceptos de su Santa doctrina. El lunes bautizó FRUCTUOSO á un gentil convertido por él á la fé católica, llamado Rogaciano, y el miércoles recitaron en alta voz las oraciones acostumbradas y guardaron el ayuno de *Estaciones*. Llamábase así al ayuno ó abstinencia absoluta que guardaban por aquel tiempo los cristianos todos los miércoles y viernes del año, no comiendo ni bebiendo nada hasta la *hora nona*, ó sea hasta las tres de la tarde.

Entre ocho y nueve de la mañana del viernes de la propia semana, dia 21 de enero del año de 259, mandó el Presidente Emiliano que llevaran á su presencia al Obispo y

sus diáconos, recibiéndolos en público, sentado en el tribunal, rodeado de guardias y sayones, y lleno el tribunal de cristianos é idólatras, afligidos todos y temiendo por la vida de los tres presos, que eran las tres personas mas queridas en la poblacion.

Así que se presentaron, preguntó Emiliano al Obispo en voz alta, pero sin áspera espresion:

—«¿Has oido lo que tienen mandado los Emperadores?

—No sé lo que tienen mandado, respondió FRUCTUOSO; lo que sé decirte es que yo soy cristiano.

—Lo que los Emperadores han mandado, añadió el Presidente Emiliano, es que todos adoren á los dioses.

—Yo adoro á un solo Dios, esclamó FRUCTUOSO, que es el que hizo el cielo y la tierra, el mar y cuanto en ellos existe.

—¿Sabes que hay dioses?

—No lo sé.

—Ya lo sabrás despues.

Y volviéndose á AUGURIO, esclamó dirigiéndose á él.

—¿Quiénes han de ser obedecidos, temidos y adorados, si no se reverencian los dioses y se adoran las estátuas de los Emperadores? AUGURIO, no des crédito y ni te dejes seducir de las palabras de FRUCTUOSO.

—Yo solamente adoro á Dios omnipotente, dijo AUGURIO.

—Y tú, EULOGIO, preguntó Emiliano á este: ¿adoras tambien á tu Obispo FRUCTUOSO?»

Conoció el Santo EULOGIO la insidiosa pregunta de Emiliano, que buscaba una contestacion por la cual pudiera probar que los cristianos no adoraban solo á Dios, sino tambien á los hombres, y contestó con firmeza, y mirándole con el mayor desprecio:

—«Yo no adoro de manera ninguna á mi Obispo; pero al

mismo tiempo confieso que adoro al mismo Dios que él adora.»

Persuadido Emiliano de que no lograria vencer el heroismo cristiano de estos bienaventurados, se dirigió á FRUCTUOSO, preguntándole con satánica sonrisa:

—¿Eres Obispo?

—Lo soy, contestó con dignidad el Santo.

—Lo fuiste, dijo con voz de trueno, y levantándose furioso Emiliano.

Mandó que fueran conducidos inmediatamente los tres al anfiteatro para ser arrojados vivos en una hoguera preparada. Así que salieron del pretorio y se presentaron en público, se vieron rodeados de inmensa muchedumbre de cristianos é idólatras, afligidos y llorosos, y sintiendo todos la horrible muerte á que caminaban. La amabilidad y dulces prendas del Santo Obispo, y sobre todo su infinita caridad para con toda clase de necesitados y menesterosos, le habian hecho querido, como ya hemos dicho, de los habitantes de Tarragona, sin distincion de creencias ni religiones, é idólatras marchaban, y no pocos, en el triste acompañamiento, mas llorosos y afligidos que los cristianos, porque no les consolaba como á estos la idea de la recompensa que Jesucristo tiene reservada en el cielo á sus heróicos servidores. En testimonio de amor se acercaron muchas personas ofreciendo á los Santos mártires viandas y bebidas para fortalecerlos y refrescarlos; pero SAN FRUCTUOSO y sus diáconos, aunque agradeciendo con todo su corazon tan señaladas muestras de afectos, nada tomaron, diciendo SAN FRUCTUOSO á los que le presentaban el obsequio: «Hoy es dia de ayunar, y no es llegada la hora nona. No quiera Dios que yo quebrante sus santas leyes, entre tanto que me dura la vida, por mas cierta y cercana que tenga la muerte. Jesucristo, mi Redentor, murió con su sed; yo quiero llevarme la mia de obedecerle.»

Cuando llegaron á la hoguera, se acercó á SAN FRUCTUOSO un discípulo suyo llamado Augustal, y anegado en lágrimas le suplicó que le permitiese descalzarle; pero el Santo no lo consintió, diciendo: «Déjalo, hijo, que yo me descalzaré; quiero yo mismo ponerme muy libres y sueltos los pies para andar tan buenos pasos como serán los de entrar en el martirio.»

Otro cristiano, tambien discípulo suyo, llamado Félix, se le acercó, y besándole la mano derecha, le suplicó que le tuviese presente en el acto de aquel sacrificio, y cuando despues de él estuviese gozando de Dios en el cielo, á lo que le contestó el Santo: «Lo que conviene es que tenga presente en mi memoria á toda la Iglesia católica estendida desde el Oriente al Occidente. Si quieres que ore y pida por tí, no te separes de ese místico cuerpo, de esa Iglesia católica por quien oro.»

Oyendo los lamentos y los sollozos de los cristianos y sus palabras de angustia y desconsuelo por quedar sin Prelado y Pastor que les cuidase y vigilase por su bien, con voz clara y firme entonacion, les dijo: «Hijos mios muy amados, estad ciertos de que ya de aquí adelante no os ha de faltar Pastor, ni ménos podrá faltaros la caridad del Señor y su promesa, tanto ahora como en lo futuro. Estos tormentos que veis es cosa ligera y transitoria, que a lo mas podrá durar una hora.»

Puestos sobre la pira los tres Santos, fueron atados á tres grandes palos que estaban en medio, y los feroces ministros del tirano dieron fuego á la leña, que en seguida elevó consumidoras y voraces llamas. La admiracion fue general al ver que, quemados los cordeles con que los Mártires estaban sujetos á los palos, en lugar de caer en la hoguera, se arrodillaron estendiendo los brazos en cruz, y así continuaron un buen espacio de tiempo orando, con rostro sereno, revelando la mas inefable alegría, sin

contraccion ni la mas pequeña muestra de que esperimentasen sus cuerpos dolor ni mal alguno.

Los cristianos, confesando á voz en grito su Religion, daban las mas espresivas y fervorosas gracias al Redentor por su amor á los valientes campeones de la Cruz, y los verdugos bramaban de furor al contemplar su derrota é impotencia. El Señor, por fin, llamó á sí á los tres Santos Mártires para colocarles la corona del martirio, y permitió que el fuego terminase su vida. Llenos los cristianos de fé, de amor y de solicitud piadosa, fueron aquella noche al anfiteatro y recogieron todos los huesos de los Santos que no habia consumido el fuego, con ánimo de distribuir entre sí y conservar tan preciosas reliquias; pero se les apareció SAN FRUCTUOSO y les manifestó su deseo de que las reuniesen todas y las conservasen en un solo lugar. Obedeciendo la indicacion del Santo, á la mañana siguiente las reunieron y colocaron en un arca de mármol, y las depositaron debajo del altar mayor de la iglesia donde tantas veces habian escuchado la divina palabra de boca de su querido Pastor.

Allí permanecieron algunos siglos veneradas por los cristianos, que recibian contínuos favores de la Divina Providencia por la intercesion de los Mártires, ante cuyos santos restos oraban implorando la gracia del Eterno en todas sus cuitas y calamidades. Cuando el saqueo, guerra y destruccion de la ciudad por los sarracenos, San Justino y otros piadosos cristianos, guiados por un ángel, trasladaron las reliquias á una montaña situada entre Génova y Portafino, en cuyo sitio se edificó más tarde un monasterio del Orden de San Benito. La Emperatriz Adelagia, mujer del Emperador Othon III, hizo á este monasterio una cuantiosa donacion en reconocimiento de que el Todopoderoso habia libertado de un naufragio á su hijo Cárlos por la intercesion de SAN

FRUCTUOSO, á quien en medio del peligro se habia encomendado.

DIA 22.

San Anastasio, Mártir, *Persa.*

SAN VICENTE, MARTIR, ESPAÑOL.

Eutiquio, natural de Zaragoza, y Enola, nacida en Huesca, fueron los nobles padres de VICENTE, que como su madre vió la luz primera en Huesca, en cuya ciudad residian habitualmente por tener en ella no escasos bienes de fortuna. El cuidado de los que tambien poseian en Zaragoza los llamó á este punto á los pocos años de nacer VICENTE, y el haber en Zaragoza más elementos de educacion y enseñanza que en Huesca, determinó á los padres de VICENTE á fijar en Zaragoza su residencia para educar como deseaban á su tierno y amado hijo.

La carrera de la Iglesia fue la elegida por VICENTE, y á la que con gran complacencia le dedicaron sus padres, tomándole los maestros más aptos para prepararle á ella. Mucho aprovechó en poco tiempo, y para que sus conocimientos fuesen más profundos y su virtud más sólida, le confiaron sus padres á la sábia direccion del Santo Valerio, Obispo entonces de Zaragoza. Con el constante ejemplo y la doctrina de tan preclaro varon, muy pronto se encontró dotado VICENTE de las virtudes y conocimientos en letras sagradas y profanas para ser el jóven más apreciado en Zaragoza por su virtud y ciencia. Ordenole de diácono el Obispo Valerio, confiándole varios cargos á cual más honoríficos, uno de ellos la predicacion, que iba siendo ya bastante difícil de desempeñar á Valerio. De nacimiento era este algo tartamudo, y aunque con mucho trabajo y suma constancia venció algo este defecto físico durante su juventud, los trabajos y los años debilitaron su

naturaleza, y le privaron de las fuerzas que necesitaba emplear para hacer oir su voz bien inteligible desde el púlpito, falta que suplió VICENTE con la mayor brillantez, enseñando y fortaleciendo en la fé á los cristianos, y convirtiendo gran número de gentiles.

Por el año de 303 comenzó la persecucion de Diocleciano contra los cristianos, y queriendo el Presidente Daciano demostrar á su Emperador que en España secundaba con el mayor celo sus más pequeños deseos, espidió órdenes rigurosísimas imponiendo terribles penas á los que siguiesen practicando los preceptos de la doctrina de Jesus. Entre las personas que fueron presas por su órden en las diferentes ciudades de su jurisdiccion, lo fueron en Zaragoza el Obispo Valerio y su diácono VICENTE, y mandados conducir a pie y cargados de cadenas á Valencia para comparecer ante su tribunal. Horrible trato recibieron por el camino los dos Santos; pero ni los golpes ni los insultos, ni el hambre y la sed, debilitaron sus fuerzas físicas ni morales, y con asombro de todos llegaron ágiles y sanos, y con el júbilo y satisfaccion retratada en sus semblantes.

Con afable rostro los recibió Daciano, intentando atraerlos por la amabilidad, y hasta comenzó á hablarles con cortesanía enseñándoles una estátua de Diocleciano allí colocada, delante de la cual habia un brasero con lumbre y un almohadon en el suelo, y en seguida les dijo:

«Los Emperadores de Roma han mandado que se conserve la antigua religion de los dioses, entre los cuales, por sus hazañosos hechos, merece Diocleciano ser puesto y adorado. Aquí está su estátua, conviene que de rodillas en aquella almohada le ofrezcais incienso, en el brasero que allí está puesto.

»Comenzó el Obispo Valerio á responder á Daciano; pero advirtiendo VICENTE que su voz entrecortada y balbu-

ciente producia gran contento en Daciano y los demás idólatras, traduciendo por miedo el defecto físico de su Prelado, le dijo:

—¿Por qué, ¡oh padre mio! hablas entre dientes, que das muestra que tienes temor á este tirano? Levanta la voz para que todos te oigan, y la furia de este enemigo sea quebrantada. Y si no, dáme licencia, que yo le responderé.

—Yo te la doy, dijo Valerio, para que vuelvas por la fé, pues antes de ahora te encargué la predicases.

Con esta licencia, el valeroso levita dijo á Daciano:

—Esos tus dioses, séanse para tí, adorálos tú, ofréceles incienso, y derrama delante de ellos sangre de animales, que nosotros los cristianos, al Padre Eterno, autor de la vida, y de esta luz que gozamos en ella, adoramos, y á El confesamos por Dios, á su Hijo Jesucristo y al Espíritu Santo, consolador, á quien ofrecemos incienso de nuestras almas, á quien tenemos en nuestros corazones, y á quien confesamos en la boca, y por quien de muy buena gana estamos aparejados á dar la vida, derramando por Él nuestra sangre. Y no hacemos mucho, pues Jesucristo Dios nuestro la derramó por nosotros.»

Estas palabras echaron completamente por tierra el plan de Daciano, y comprendió que nada lograria de aquellos fieles servidores de Dios, y convirtiéndose en rabiosa saña, especialmente contra VICENTE, su aparente dulzura y tranquilidad, decretó que fuera en seguida puesto en el tormento, y marchase desterrado el Obispo Valerio.

Poniendo inmediatamente los verdugos en ejecucion los mandatos de su señor, tendieron á VICENTE sobre la *catasta*, atáronle las manos y los pies, y poniendo en juego aquella horrible máquina, se percibió en seguida el ruido producido por los huesos del Santo cuerpo al dislocarse. VICENTE, con los ojos elevados al cielo, conservaba el

más sereno y apacible rostro, sin demostrar en lo más mínimo sufrimiento ni dolor ninguno. Viendo Daciano que este tormento no producia el efecto que él se prometió, y que el Santo, en lugar de sufrir, parecia complacerse y gozar de un inefable placer en la infernal máquina, mandó que le rasgasen las espaldas con uñas ó garfios de acero; lo que se ejecutó en el acto, de manera tan cruel y horrible, que le descubrieron las costillas hasta el espinazo. Esperaba Daciano que el Santo Mártir lanzase siquiera algun suspiro; pero sorprendido al más alto grado, vió que el Santo sufria con tanta constancia y alegría este segundo suplicio como habia sufrido el primero.

Daciano estaba fuera de sí, frenético, loco de soberbia, y bramando de furor: hubiera dado en aquel momento cuanto poseia al que le hubiera presentado una máquina de atormentar capaz de vencer la santa tranquilidad y cristiano valor de VICENTE. Sabiendo que las heridas en dejándolas enfriar son más dolorosas al volverlas á abrir, gritó á los verdugos:

—«Dejadle reposar un poco; resfriense las heridas; cuájese la sangre sobre ellas, y volvereis á herirle como de nuevo.

San VICENTE le decia:

—Desvélate, malaventurado, en inventar nuevas crueldades, pues ves lo poco que te valen las pasadas. Mira que te engañas, que piensas que me castigas, y me das alguna pena con despedazarme el cuerpo, y darle cruel muerte, á que él naturalmente de suyo está sujeto. Este esterior que tú pretendes destruir con tanto furor y fuerzas, es un vaso de tierra que de una manera ó de otra al fin se ha de quebrar. Otro hombre hay acá dentro de mí. Otro yo hay en mi alma muy diferente de este que tú ves en estar entero, en ser libre, y no poder ser dañado con ajenas fuerzas. Aquel es el que con tanta alegría sufre las

penas y tormentos. Aquel es el que te menosprecia en ellos.»

Persuadiose por completo el tirano de que cuanto hiciera seria de todo punto inútil para lograr que VICENTE adorase la estátua de Diocleciano, y deseando lograr algo que disimulase su derrota, mandó á los verdugos que suspendiesen los tormentos, y dijo á VICENTE que todo quedaria concluido si le entregaba los libros que usaba para sus rezos, y que contenian la doctrina de Jesus, para arrojarlos al fuego.

—«No esperes de mí semejante traicion, dijo el Santo. Empleado estará mejor el fuego en acabar mi sacrificio en las llamas; y tambien me veo obligado á prevenirte que algun dia arderás tú por toda la eternidad en las del infierno, si no renuncias al culto de los falsos dioses.»

Esta contestacion resolvió á Daciano á concluir con la vida del Mártir, y puesto que de fuego se habia ya hablado, que el fuego concluyese el martirio, y mandó que al instante estendiesen á VICENTE en una cama de hierro hecho ascua, aplicándole por todo el cuerpo láminas ó planchas enrojecidas.

Renovose la alegría de VICENTE á vista del nuevo tormento, aumentando el furor de Daciano, que trémulo de furor no podia ya ni hablar. Los espectadores, hasta los más feroces y empedernidos idólatras, apartaban la vista horrorizados de aquel santo cuerpo, casi desollado por completo, viéndosele los huesos, especialmente de las espaldas, y amarrado con cadenas á las rojas parrillas, debajo de las cuales ardia un voraz fuego, en el cual echaban los verdugos gruesos granos de sal, para que al saltar hiriesen las carnes del Mártir.

El apacible rostro de este, la alegría que reverberaba, y su dulce sonrisa, hicieron temer á Daciano que su derrota iba á ser completa ante tan inmenso número de espectado-

res, pues principió á temer que VICENTE fuera inmortal, y que no iba á poder concluir con él ni estinguir su vida de ningun modo. Para evitar, pues, los efectos que esto produciria, dispuso que cesase el tormento y fuese VICENTE conducido á la cárcel, en la cual se proponia acabarle de cualquier manera, y, si no lo conseguia, evitar su triunfo público, teniéndole encerrado perpétuamente. Para no alargar, sin embargo, el resultado, y que muriera cuanto antes el Mártir, si mortal era, dispuso que en el calabozo mas oscuro é inmundo hicieran un lecho de pedazos de hierro sobre el cual le dejasen tendido con los pies metidos en un cepo, y sin darle absolutamente nada de comer ni beber. «Pero el Señor tuvo providencia de su siervo, porque de repente bajó una celestial luz que disipó las tinieblas del calabozo, y al mismo tiempo derramó Dios en el alma de aquel héroe una divina dulzura, un consuelo de superior órden, que le inundó de alegría. Hallose de repente restituido á su antigua robustez, y mejorado en su natural hermosura, exhalando de su cuerpo un suavísimo olor que llenaba de fragancia aquel lugar hediondo. Bajaron á hacerle compañía escuadrones de espiritus angélicos, y se dejaron percibir los celestiales cánticos con que entonaban alabanzas al Señor, de manera que aquella horrorosa prision se convirtió en paraiso de delicias.

»La fragancia, la música y el resplandor llenaron de admiracion á los guardas; pero quedaron atónitos cuando vieron á VICENTE sin la mas leve señal de los tormentos pasados, y convertidos en rosas los pedazos de hierro de que estaba sembrado el calabozo. No era fácil resistir á tanto tropel de prodigios. Convirtiéronse á Cristo el alcaide con los guardas.»

Trastornado por completo quedó Daciano al tener noticia de tan pasmosos sucesos, y dejando para despues el pensar lo que convenia hacer en tan comprometida situacion para

él y sus creencias, mandó que sacasen á SAN VICENTE de la prision, le llevaran á una cómoda estancia, y le colocasen en el mejor y mas mullido lecho que pudieran arreglar, cuidándole y asistiéndole con el mayor esmero. Así que circuló por la ciudad la nueva de este cambio del Presidente Daciano, corrió casi en masa el pueblo á ver al Mártir, y admirar el patente milagro obrado en él por el Supremo Hacedor. Pero no queriendo Este permitir que su heróico hijo VICENTE disfrutase de ningun bien procedente de las impías manos del tirano, le llamó á su seno para colocarlo en el lugar que le tenia destinado en el Paraiso, y el cuerpo del glorioso Mártir VICENTE quedó sin vida en el momento de ser colocado en la cama.

La ténue ráfaga de piedad que dejó ver Daciano, desapareció con la muerte de VICENTE, y concluido el temor de la inmortalidad de este, dispuso que fueran inmediatamente sus guardias y verdugos al sitio en que se hallaba el santo cuerpo, condujeran al tormento á cuantos cristianos cogieran adorándole, y echasen el cuerpo en un barranco fuera de la ciudad, para que sirviese de pasto á las aves y perros. Acto contínuo se presentó un cuervo de estraordinario tamaño, y situándose en el borde del barranco, quedó como de centinela ó guarda, impidiendo que se llegase al cadáver ningun otro animal. Conservándose este despues de varios dias sin señal ninguna de putrefaccion, y queriendo evitar Daciano que los cristianos se apoderasen al fin de él para conservarle y darle culto, dispuso que le metiesen en una piel de buey, y con una grande piedra le echasen en alta mar. Fue encargado de esta comision un marinero llamado Euformo, el cual cargó en su barca el santo cadáver metido en la piel, y amarrado á una gran piedra, é internándose en la mar lo arrojó al agua; pero al volver á tierra lo primero que vió en la playa fue el cuerpo de SAN VICENTE sin la piel y sin la piedra. Iluminada en aquel instante

su mente con la gracia divina, adoró de rodillas al Santo, le cubrió de arena para que no le encontraran, y dió secretamente parte á los cristianos, en cuyo gremio ingresó en seguida. Los cristianos á la noche siguiente recogieron aquel precioso cadáver y lo enterraron fuera de las murallas de la ciudad, en el mismo lugar en que hoy es venerado en su magnífica iglesia.

Por los años de 542 trajo sus armas á nuestra Península Childeberto, Rey de Francia, contra Theudis, Rey godo de España, y tomó algunas ciudades de Aragon. El Obispo de Zaragoza, pretendiendo ganar propicio el ánimo del Rey de Francia en favor de los cristianos españoles, le regaló una túnica y estola del Santo Mártir VICENTE, en la que se veian distintamente las señales de su sangre. Childeberto llevó á Paris tan preciosas prendas, y se las entregó á San German, Obispo de París. Consérvanse en la iglesia de este Santo, que antiguamente se llamaba de *San Vicente.*

SAN VICTOR, SANTA AQUILINA, SU MADRE, ESPAÑOLES, Y COMPAÑEROS MÁRTIRES.

Era el año de Cristo 304, vigésimo y último del imperio de Diocleciano, que cansado del gobierno, y perdida la esperanza de lograr su feroz deseo de concluir con el nombre y Religion de Jesucristo, renunció en Milan el imperio, y se retiró á la vida privada, sucediéndole en el mando Constancio. Continuaba de Presidente en España el sanguinario perseguidor de los cristianos, Daciano, quien, para que la horrible matanza no tuviera tregua ni de un momento, habia nombrado tenientes ó delegados en todas las provincias que secundasen sus deseos, dedicando su primer cuidado á la persecucion y estincion de los cristianos. Uno de estos delegados, digno verdugo de tan feroz é inmunda autoridad, era Rufino, el cual fijó su residencia en el castillo ó fortaleza de Granollers, cerca de Gerona, antiquisima

ciudad del Principado de Cataluña. La mayor parte de los cristianos de la ciudad y de las comarcanas huyeron al despoblado, refugiándose en cuevas y grutas, en donde practicaban los preceptos de la Religion cristiana, y daban hospedaje, amparo y auxilio á sus hermanos en Cristo, que llegaban huyendo de los verdugos. Entre los notables que habitaban en grutas de piedras, se hallaban, ademas del Obispo Poncio, su ilustre Diácono VICTOR, varon de eminentes virtudes, muy conocido por su ardiente fé, por su ejemplar vida, y por la celosa y esquisita caridad con que asistia á los afligidos, esmerándose sobre todo en la piadosa tarea de recoger y hospedar peregrinos y transeuntes en las estaciones rigurosas de aguas, nieves y hielos. De los varios peregrinos que llevó á su pobre estancia, y quedaron en ella por algun tiempo, hubo dos ilustres jóvenes italianos, naturales de Cimena, fervorosos adoradores de la Cruz y ardientes propagadores de la fé, llamados, uno Vicente, y Oroncio el otro. La identidad de miras y deseos que existia en el pecho de estos dos virtuosos jóvenes y en el de VICTOR, hizo que en muy poco tiempo les ligase y estrechase la mas pura amistad. Juntos oraban, juntos lamentaban la persecucion que sufrian sus fieles hermanos de Religion, y juntos derramaban tristes lágrimas por los obstáculos que oponian los tiranos á la propagacion de la doctrina de Jesucristo. La satánica imaginacion de los idólatras habia producido tan aterradoras máquinas, instrumentos y artes de atormentar, que hacian perder el valor á muchos cristianos para confesar sus creencias, y la Religion del Crucificado principió á tener *traidores*, como eran llamados entonces los que la vendian entregando los libros sagrados á los idólatras, y ofreciendo incienso á los idolos y á las estátuas de Diocleciano.

Ardiendo en santo celo, determinaron VICTOR y sus dos huéspedes italianos, Vicente y Oroncio, predicar á los

cristianos fortaleza y valor para confesar su Religion, despreciando la efímera, triste y pasajera existencia en el mundo, para lograr la eterna en la gloria; y poniendo inmediatamente en ejecucion su santo proyecto, alzaron su voz entre los cristianos de la comarca, trabajando al propio tiempo en la conversion de idólatras.

Pocos dias tardó en llegar á noticia de Rufino la predicacion de los héroes del cristianismo, y furioso por el menosprecio que hacian de sus mandatos, se dirigió al retiro en que acompañados de los padres de VICTOR habitaban los tres Santos, con ánimo de prender primero á los dos estranjeros, y obligarlos á que adorasen á los ídolos ó matarlos, para que, en vista de este castigo, escarmentaran los cristianos del pais, y volvieran cuando menos á su inaccion y silencio.

A la puerta de la habitacion se hallaba VICTOR conversando con sus padres, cuando llegó á ella el teniente Rufino, que con severo rostro y brusca entonacion, le dijo:

—«Dí, infidelísimo á los dioses, tú que no contento con despreciar los mandatos de los Príncipes del mundo, y de confesarte siervo de aquel que crucificaron los judíos, ¿recibiste en tu hospicio á ciertos seductores del pueblo? Dí, ¿dónde ocultaste á estos malvados? Manifiéstalos inmediatamente; pues te aseguro que cuando no los descubras, he de hacer que padezcas los tormentos mas crueles.»

Procuró VICTOR sosegar la cólera de Rufino con el fin de dilatar la existencia de sus amigos, que tan necesaria en aquellos momentos la creia en el mundo para continuar la obra de redencion que tenian comenzada. No ocultó que eran cristianos, y que practicaban todos los preceptos de su Religion: pero le dijo que eran unos nobles estranjeros inofensivos, y que hacia poco habian salido solos á hacer oracion en el monte.

A este, sin perder momento, se dirigió Rufino en bus-

ca de Vicente y Oroncio, algo mas templado su enojo con las palabras de VICTOR; pero siempre resuelto á obligarlos á que rindieran sacrificio á los ídolos. Hallolos efectivamente orando solos en el monte, y les dijo:

—«Público y notorio es que los augustos Emperadores me han concedido la facultad para que persiga á aquel que confiese por Dios á Jesucristo; y así os amonesto que siendo vosotros nobles y sábios, segun estoy informado, no olvidándoos de vuestro ilustre nacimiento, sacrifiqueis á nuestros dioses, en lo que os aseguro que hareis el mayor obsequio á los Príncipes del mundo.

—»¿Por qué procuras, respondieron á Rufino, obligarnos á una accion tan sacrílega, cuando los que llamas dioses son unas vanas estátuas representativas de deidades quiméricas, cuya cualidad solo puede atribuirles una necia credulidad, como es la que ocupa al entendimiento de los gentiles? Nosotros únicamente adoramos por verdadero Dios al único criador del cielo y de la tierra, y de todas las cosas visibles é invisibles; el que tiene poder para conducirnos á una eterna felicidad en compañía de los bienaventurados.

—»Yo creia, les dijo Rufino, que hablaba con algunos sugetos inteligentes; pero ahora noto vuestra ignorancia, y así os mando que ofrezcais sacrificios á los dioses, á quienes venera por tales nuestro Emperador Diocleciano, pues de lo contrario os haré sufrir una muerte afrentosa.»

Sin articular una palabra, y mirando con desden al tirano, permanecieron Vicente y Oroncio, despues de haber oido la amenaza de muerte. Viendo Rufino que los dos cristianos prolongaban su silencio, les dijo:

—«¿Qué pensais dentro de vosotros mismos? Resolved inmediatamente.»

Vicente y Oroncio se concretaron á repetir lo mismo que habian dicho, en vista de lo cual mandó Rufino que

fueran decapitados, cuyo acto tuvo lugar en aquel mismo instante.

Supo en seguida VICTOR el glorioso triunfo de los dos Mártires, y marchó con algunos cristianos á recoger los cadáveres que habian quedado abandonados para que sirvieran de pasto á las aves carnívoras y á los perros: los llevó á su morada, ocultándolos en su mismo aposento, y pasando despues gran parte de los dias y de las noches orando arrodillado ante aquellos santos cuerpos, que permanecian sin la mas leve señal de descomposicion.

Manifestó el Obispo Poncio á VICTOR que era la voluntad de Dios que aquellos preciosos restos fuesen llevados á Italia, y pueblo de su nacimiento, y depositados y conservados en él. Sin perder un momento comenzó VICTOR á disponer lo necesario para la conduccion; pero no pudo hacer los preparativos tan de secreto que no llegasen á noticia de Rufino, y herido este profundamente en su orgullo de autoridad al ver cómo se menospreciaban sus mandatos, y la veneracion con que miraba aquellos cadáveres el que se negaba á adorar á sus dioses, mandó que inmediatamente prendiesen á VICTOR y le condujesen á su presencia. Hallábase cuando llegaron los soldados de Rufino en compañía del Obispo Poncio, de su padre, cuyo nombre no nos ha legado la historia, y de su madre, llamada AQUILINA. Conociendo la feroz crueldad de Rufino, previeron todos que estaba muy próxima la muerte de VICTOR, y angustiados y llorosos le siguieron sus padres hasta el tribunal.

Con adusto ceño fue recibido el Santo por Rufino, reprendiéndole con la mayor dureza por la infraccion de las leyes del imperio y de sus particulares mandatos, y pronunciando terribles amenazas le ordenó adorar y ofrecer incienso á los dioses en aquel mismo instante; pero VICTOR, invariable en su fé y sin titubear, se negó á rendir ninguna clase de obsequio ni culto á los ídolos, confesando su Reli-

gion y proclamándola como la única verdadera. Furioso el tirano mandó que inmediatamente le cortasen los brazos, le llevasen al sitio en que fueron decapitados Vicente y Oroncio, y allí le degollasen.

Aterrado el padre de VICTOR iba á huir queriendo llevarse á su mujer AQUILINA; pero esta, con un valor que dejó admirados á todos los presentes, le detuvo exhortándole á que diera gracias á Jesus por la honra que le dispensaba con tener un hijo mártir de la fé, que desde el cielo los protegeria, á ellos y á todos los cristianos. El heroismo de esta santa mujer y madre, que hubiera producido admiracion y afecto en cualquier pecho medianamente noble y humano, produjo la mas rabiosa ira en el villano y feroz de Rufino, y ordenó que fueran tambien degollados el padre y la madre de VICTOR, cuyo mandato fue ejecutado en seguida.

Por algunos siglos permanecieron los cuerpos de Vicente y Oroncio en el mismo sitio en que los depositó VICTOR, trasmitiéndose de una en otra generacion de cristianos la tradicion de la voluntad de Dios, manifestada por el Obispo Poncio, de que aquellas santas reliquias fuesen llevadas á Italia, y habiendo llegado la paz para la Iglesia, se dispuso la traslacion. Las reliquias fueron colocadas en un carro tirado por bueyes, y con grande acompañamiento de clérigos, monges y vecinos de toda la comarca, se emprendió la marcha. Al llegar á los Alpes, y al pueblo llamado Edredunio, quedaron inmóviles los bueyes sin haber medio de hacerles dar ni un paso mas. Sospechando la comitiva si aquella inmovilidad de los animales podria significar que la voluntad de Dios fuese que las reliquias no pasaran de allí, y se habria equivocado, ó el Obispo Poncio en el sitio designado para su colocacion definitiva, ó en la tradicion habria algun error de sitio, dieron parte á Marcelo, Obispo de aquel territorio, que se presentó en seguida en

el lugar en que estaban detenidas las reliquias, y despues de orar arrodillados delante de ellas el Obispo y cuantos se hallaban presentes, rogando á Dios y á los Santos Vicente y Oroncio iluminase sus mentes, y les hiciesen conocer la voluntad suprema, se persuadieron todos de que aquel era el sitio en que debian quedar las reliquias, y en aquel pueblo quedaron.

De SAN VICTOR y de sus padres no se conocen reliquias; pero no olvidó Gerona el glorioso triunfo de sus tres ilustres Mártires, y determinó el Cabildo eclesiástico, en 6 de junio de 1522, que se celebrase perpétuamente fiesta anual en honra de ellos.

DIA 23.

SAN ILDEFONSO, ARZOBISPO DE TOLEDO, ESPAÑOL.

Veinte y tres años hacia que, abjurando el Rey godo Recaredo los errores del arrianismo, y aceptando por completo la doctrina de Jesus, habia ingresado en el gremio de la Iglesia, y comenzado España á tener Monarcas cristianos, cuando vino al mundo ILDEFONSO. El Supremo Hacedor, que jamás envia á la tierra una calamidad para castigo de los malos sin alivios y consuelos para los buenos, pródiga se mostró en aquel siglo de favores y consuelos para los cristianos de España, aterrados de contínuo con los espantosos crímenes que casi sin interrupcion se perpetraban por todas las clases de la sociedad, y especialmente por las mas elevadas. Desde mediados del siglo VI, á igual fecha del VII, hubo cuatro Reyes asesinados, y otros destronados y echados del reino. A los lamentables efectos que tales sucesos producen siempre en la moral de los pueblos, traspasando de dolor el corazon de las personas virtuosas, se agregó en diferentes años de este periodo de tiempo el hambre, la peste y las reñidas y sangrientas con-

tiendas de los Reyes contra los grandes y de estos contra aquellos. Pero Jesus, en compensacion de estos horrores, mandó por el mismo tiempo, para consuelo de los buenos y redencion de almas, al católico Rey Recaredo, á Leandro, Fulgencio, Isidoro, Eladio, Justo, Eugenio, ILDEFONSO, y otros tan santos varones, ángeles de paz y de consuelo.

Los nobles, ricos y estraordinariamente queridos y considerados, Estéban y Lucía, vecinos de Toledo, vivian en la mas envidiable paz y armonía, no alterada ni un instante desde el dia de su casamiento, que contaba algunos años de existencia, en este de 608 de Jesucristo, en que vino al mundo SAN ILDEFONSO. Solo amenguaba la dicha de este virtuoso matrimonio el disgusto de no tener sucesion y directo heredero de sus cuantiosos bienes: ambos lo deseaban con grande anhelo; pero el de Lucía era mucho mayor que el de Estéban, y por consiguiente mas constantes sus súplicas á la Vírgen, las limosnas, vigilias y santas obras que hacia para merecer del cielo la gracia que solicitaba. Vieron por fin cumplidos sus deseos dando Lucía con toda felicidad á luz un robusto niño, que recibió con el agua del bautismo el nombre de ILDEFONSO.

Su niñez hizo presumir á cuantos le conocieron que estaba destinado á ser un modelo de santidad y dulzura en el mundo. Afable y cariñoso como lo fue toda su vida, obediente á la mas pequeña indicacion de sus padres ó de cualquier persona, era la humildad y obediencia personificadas. Desde la mas tierna infancia le enseñó su madre á persignarse y á invocar el nombre de la Vírgen, de modo que lo primero que pronunció perceptiblemente fue *Ave María*. Con la edad y el ejemplo de su madre creció su devocion á la Virgen, y no se pudo dudar de su vocacion á la Iglesia.

Creciendo en virtudes y santidad, aprendió sin trabajo ni fatiga las primeras letras, y hallándose en Toledo San Eugenio, sin la dignidad todavía de Arzobispo, se encargó

de la enseñanza del jóven ILDEFONSO, que cada dia hacia más rápidos progresos en las letras sagradas y profanas, y á tal altura de instruccion se halló muy pronto el jóven, que considerando San Eugenio que muy poco más podia enseñar ya á su discipulo, aconsejó á sus padres que le enviasen á Sevilla al lado de San Isidoro, cuyos escritos y santidad le hacian considerar á la sazon, dentro y fuera de España, como la más refulgente antorcha del cristianismo. Ni un momento dudó el padre de ILDEFONSO en seguir el consejo de San Eugenio, deseando la mayor instruccion de su hijo, para que realizase las esperanzas que en él fundaba, y con particular escrito de recomendacion de San Eugenio y de otras personas importantes de Toledo para el Obispo y Doctor San Isidoro, marchó el jóven sin perder tiempo á Sevilla. No hay para qué decir cómo fue el recibimiento: las circunstancias del enviado, la calidad de las personas que le recomendaban, y el talento y bondad del que le recibia y su predileccion por los hombres de virtud y letras, nos dispensan de describir una escena al alcance de todos los lectores. Sin omitir ni descuidar en lo más mínimo la práctica de ninguno de los preceptos de la Santa Religion del Crucificado, se entregó tan de lleno al estudio, que con su constancia y el claro talento de que le habia dotado la Providencia, llegó á un grado de ilustracion y ciencia que era la admiracion hasta de su propio maestro.

Corria el año de Cristo 632: contaba veinte y cuatro ILDEFONSO, y no teniendo ya nada que aprender en Sevilla, regresó á Toledo al lado de sus padres y de San Eugenio. Ancha senda de honores, goces y deleites brindaba el mundo á un jóven ilustre, de tanta ciencia, con cuantiosos bienes de fortuna, y de bella y simpática presencia; pero ningun atractivo tenian para ILDEFONSO los mundanales goces ni sus bienes. El estudio en la soledad, la oracion en

el templo y la contemplacion de lo divino en retirada celda, eran su constante anhelo, su perpétuo deseo. Mas de una vez se lo indicó á sus padres; pero siempre los encontró decididamente opuestos á que encerrase su vida en un Monasterio. Gran lucha sostuvo por algun tiempo en el corazon de ILDEFONSO el temor de desagradar á sus padres y su decidida vocacion al claustro: venció esta, y se decidió á abandonar el techo paterno y tomar el hábito de monge Benito en el Monasterio Agaliense, situado á unos doscientos cincuenta pasos de la ciudad, entre Norte y Poniente, y fundado en honor de los Mártires San Cosme y San Damian. Inmenso fue el disgusto que recibió Estéban con la determinacion de su hijo, y hasta trató de emplear la fuerza para volverle á su casa; pero vencido por las reflexiones y ruegos de ILDEFONSO y de su madre, aunque con gran sentimiento por ver terminada su descendencia en el único hijo que tenia, dió su aprobacion á lo hecho y su beneplácito para lo consiguiente, que fue recibir ILDEFONSO en aquel mismo año, 633, las Ordenes de diácono por mano de San Eladio.

Feliz y sin igual dichosa vida pasó por espacio de algunos años el monge ILDEFONSO. Dando de cuatro á cinco horas, cuando mas, de descanso al cuerpo, repartia el resto del dia en la oracion, la penitencia y el estudio; y el renombre del monge mas sabio y perfecto de su época voló bien pronto de convento en convento de España. Murió Deodado, abad de su Monasterio, y conociendo todos los monges que ninguno poseia en tan alto grado las dotes que resplandecian en ILDEFONSO, por unanimidad le eligieron para Prelado. Gran trabajo les costó el que aceptase el cargo; pero suplicáronselo en bien del mejor servicio del culto de Dios, de su Santísima Madre y prosperidad del Monasterio, y aceptó resignado la honra que le dispensaban.

Como tierno hermano de los monges profesos, y amoroso

padre de los novicios, desempeñó su cargo de Abad, siendo jefe solamente para, como benéfico y celoso padre, procurar el bien espiritual y corporal de sus hijos. Dedicó horas para la instruccion, trasmitiendo su ciencia en sagradas letras á sus hermanos, y enseñando la música, en la que fue estremado, á aquellos que consideraba mas á propósito para desempeñar sus composiciones, que fueron muchas y muy celebradas, especialmente una Misa y las antífonas en alabanza de la Vírgen, y dos Misas á San Cosme y San Damian.

El dia 13 de noviembre del año 657 pasó á mejor vida su primer maestro de sagradas letras, San Eugenio, tercer Arzobispo de Toledo, y desde luego se fijó espontáneamente la vista de todo el clero en el Abad ILDEFONSO para suceder á aquel Santo Prelado. Por unanimidad fue electo, con tanta alegría de la diócesi, como sentimiento del elegido, que se negó terminantemente á aceptar, habiendo sido necesario para obligarle á que se sentara en la Arzobispal Silla, que interviniese el Rey y le sacasen á la fuerza, sin escuchar sus razones, del santo Monasterio que tanto amaba, y le condujesen á la ciudad.

Solo ILDEFONSO pudo haber enjugado las copiosas lágrimas que corrian en toda la comarca por la muerte del Arzobispo San Eugenio; mas puede decirse que solo cambió de presencia ó persona la Silla del Arzobispado, pues en la esencia en nada varió. Iguales, completamente iguales virtudes brillaron en San Eugenio que en SAN ILDEFONSO, distinguiéndose únicamente este último por su mayor ciencia y el especial culto que consagró á la Madre de Dios, pues un amor tan encendido hácia la Vírgen y una devocion como la suya, no se habia visto en nadie hasta él. A su devocion se atribuye el cánon primero del Concilio X toledano, en que se instituye en la Iglesia de España la fiesta de la Espectacion.

Por muerte de sus padres quedó poseedor de inmensos bienes, que le proporcionaron satisfacer en mayor escala su constante anhelo de aliviar á los menesterosos. Como las rentas solas no bastaban para lo que deseaba, realizó el capital, vendiendo todas sus propiedades, hasta la casa en que nació, que pasó primero á ser propiedad del caballero D. Estéban Illan, de los Condes de Orgaz despues, siendo destinada mas tarde para colegio de la Compañía de Jesus. Fundó en honor de la Vírgen, Madre del Salvador, un Monasterio en el heredamiento llamado Dalbiense, para doncellas pobres.

Todos los dias celebraba Misa y predicaba, haciendo esto con tan elegante y dulce persuasiva, que parecia que Dios hablaba por su boca, segun dice San Julian en la Vida que escribió de este Santo Prelado.

Llegaron á España de la Galia gótica algunos hereges sectarios de la doctrina de Helvidio, haciendo infernal propaganda, y negando la perpétua virginidad de la Madre del Salvador. Entre ellos distinguíanse por su malvado teson y su talento Pelagio y Heladio, á quienes buscó SAN ILDEFONSO para tener pública controversia, derrotándolos completamente, y anonadándolos todas las veces que argumentó con ellos; y no contento con esto y con echarlos de España, para desvanecer y alejar cualquiera duda que la impía doctrina hubiera podido suscitar en alguna imaginacion, escribió un libro en defensa de la virginidad de María Santísima, que fue universalmente considerado como la mas preciosa joya producida por la ciencia de las Sagradas Escrituras. «Agradose tanto la Madre de Dios de este servicio, que estando el Santo en fervorosa oracion, se le apareció la piadosa Vírgen con el libro en la mano, y se dignó dar gracias á su siervo por el valor, celo y sabiduría con que habia defendido su virginidad.»

«A este celestial favor, que el Santo habia recibido en

secreto, se siguió otro sumamente público: concurrieron al templo de Santa Leocadia á celebrar su dia el Rey, la clerecía, é inmensa multitud del pueblo, y estando SAN ILDEFONSO orando inmediato al sepulcro de la Santa, que entonces se ignoraba, hé aquí que repentinamente se levanta por virtud superior una losa del pavimento, que dificultosamente podrian moverla treinta jóvenes robustos. Sucesivamente sale del sepulcro la Santa, cubierta de un delgadísimo y cándido velo, y llegándose á ILDEFONSO, le abrazó, y dijo con sonora y perceptible voz: *Por la vida de* ILDEFONSO *vive mi Señora*. El pueblo se conmueve todo, absorto de admiracion y de alegría: todo era dar á Dios gracias y bendiciones; y el clero entonaba *alleluias*, repitiendo el cántico que el Santo Prelado habia compuesto para la solemnidad de la Vírgen María, y de que usa hoy toda la Iglesia. Tenia SAN ILDEFONSO asido el velo de la Santa Vírgen, y clamaba con ánsia que le diesen con qué poder cortarle un pedazo para memoria de milagro tan portentoso. Recesvinto, el Rey, que lo advirtió, alargó un cañavete que traia á la cintura, con el cual cortó SAN ILDEFONSO una porcion del velo que tenia asido, custodiando despues la reliquia y el cuchillo en una caja de plata. Desapareció la Santa, y celebraron su solemnidad con el fervor, alegría y devocion que es fácil concebir, despues de haber recibido favores de tan superior órden.»

Estos celestiales obsequios aumentaban cada dia en el santo pecho de ILDEFONSO el amor á Dios y á su Sacratísima Madre, y multiplicaba los ayunos, las vigilias, las obras de piedad, y todos los actos que podian ser gratos á Jesus y á su Madre. Deseando que el pueblo se preparase dignamente para la nueva solemnidad de la Espectacion, establecida por gestion suya, mandó que los tres dias anteriores á la fiesta se celebrasen con letanías y ayuno. Ejecutose así, y la Santísima Vírgen, agradeciendo el constan-

te amor y los obsequios de su siervo, quiso dar nuevas y patentes pruebas de la ternura con que le amaba y distinguia, y hacerle un regalo de inestimable valor.

«Yendo, pues, el Santo, acompañado de mucha gente que le precedia con hachas encendidas, á cantar los maitines de media noche, llegaron todos á la iglesia, abrieron las puertas los que precedian con las hachas, y vieron tal golpe de luz estraordinaria y divina, que no pudiendo sufrir con ojos mortales el escesivo y desusado resplandor, se quedaron medio muertos: cayéronseles de las manos las luces, y absortos, atónitos y sorprendidos, solo tuvieron espíritu para huir, dejando á SAN ILDEFONSO solo. Entró el Santo en la iglesia, y aunque la luz celestial que le iluminaba no dejó de llamarle la atencion, con todo eso se dirigió á donde acostumbraba, y puesto de rodillas, comenzó á hacer oracion. Sorprendiole la celestial armonía con que los espíritus angélicos entonaban cánticos á su Reina, y volviendo los ojos hácia la silla en donde acostumbraba sentarse y predicar, vió sentada en ella á la Madre de Dios, María Santísima, cercada de resplandecientes y purísimos coros de vírgenes, quienes, con infinita multitud de ángeles, alababan á su Señora. Quedose el Santo suspenso, clavados los ojos en los de la Madre de Dios, la cual, con semblante benigno y amoroso, le dijo estas palabras: *Ven acá, buen siervo de Dios; recibe de mi mano este pequeño don que te traigo de los tesoros de mi Hijo, que es justo tengas un vestido sagrado y bendito en los cielos, para que uses de él solamente en mi dia. Y sabes que por haber tenido siempre los ojos de la fé fijos en mi servicio, y haber inspirado dulcemente en los corazones de los cielos mis alabanzas, no solo te adornarás en esta vida con este precioso vestido de la Iglesia, sino que en la vida eterna te regalaré con otras dádivas, en compañía de otros siervos de mi Hijo.* Lo cual dicho desapareció la piadosa Reina, juntamente con la luz, los ángeles y vírgenes que la habian acompaña-

do, dejando al Santo absorto y anegado en la delicia incomprensible de tan divinos favores.

»Los que habian acompañado á SAN ILDEFONSO, volvieron solícitos de saber qué cosa le habia pasado en aquella celestial vision, y le hallaron orando, y dando á Dios humildes gracias por su dignacion y la de su Madre Santísima. Vieron tambien la casulla celestial; y divulgando por toda la ciudad el milagro, concurrió al dia siguiente infinita multitud de pueblo á la iglesia, celebrando los divinos Oficios con tanta devocion y tan copiosas lágrimas de ternura, que parecian los fieles mas ángeles que hombres. En la iglesia de Toledo se conserva todavia una piedra en donde es tradicion puso sus virginales plantas la Reina Soberana, la cual adora todo cristiano como preciosa reliquia. La casulla fue custodiada en el Sagrario de Toledo hasta la perdicion de España, que se trasladó con otras preciosas reliquias á la catedral de Oviedo, en donde permanece. Se refieren muchos milagros de esta preciosa vestidura; entre ellos, que habiéndosela querido poner Sigisberto, Prelado de Toledo, acabó mal, pues en el Concilio XVI de Toledo fue depuesto de su dignidad, en pena de su soberbia, que le condujo al execrable delito de rebelion contra su Monarca.»

Despues de la descension de la Vírgen, vivió poco tiempo SAN ILDEFONSO, empleándose, como siempre, en el mas perfecto desempeño de sus deberes, como Prelado y amoroso y constante amparo de pobres. Su contemplacion era casi contínua, aumentando cada dia la oracion y amor á la Santa Madre de Dios, que tanto le habia distinguido. Entrado, finalmente, en el año sesenta de su edad, siendo el diez y ocho del reinado de Recesvinto, y habiendo gobernado la Iglesia de Toledo nueve años y dos meses, pasó á mejor vida el martes 23 de enero del año 667. Su santo cuerpo fue sepultado en la iglesia de Santa Leocadia, á los pies de su predecesor y maestro San Eugenio, en cuyo sitio

permaneció hasta la irrupcion de los sarracenos, con cuyo motivo fue trasladado á la iglesia de San Pedro de Zamora, en donde al presente se venera.

Dejó escritas muchas obras, parte de las cuales se han dado á la prensa. La *Biblioteca de los Padres* contiene todas las que se conocen por auténticas de este Santo, á escepcion de un tratado de *Hombres ilustres*, que ha sido inpreso con las de San Gerónimo, y algunas *Cartas* publicadas en el *Espicelegio* de Achery. Se han atribuido á San Isidoro las vidas de catorce hombres ilustres, que se hallan en las ediciones de este Santo, y en otras; seis sermones de la Asuncion; dos de la Natividad de la Vírgen Santísima, y otro de su Purificacion. Las principales obras que se reconocen como suyas, sin duda ni controversia, son: 1.ª *De illibata de perpetua virginitate Sanctæ ac gloriosæ Genitricis Dei Mariæ*: 2.ª Dos *Cartas* incluidas en la *Coleccion de los Concilios de España*. 3.ª *Opusculum de pane Eucharistico*: 4.ª *Liber adnotationum de Ordine baptismi*: 5.ª *Liber de itinere diserti quo pergitur post baptismum*: y 6.ª *Liber de scriptoribus ecclesiasticis*.

SAN RAIMUNDO DE PEÑAFORT, CONFESOR, ESPAÑOL.

No hay entera conformidad en los escritores antiguos que se han ocupado de este Santo acerca de la fecha de su nacimiento: la admitida por los mas concienzudos é ilustrados historiadores es la de fines de 1174, ó principios de 1175, pues aceptando su muerte en 1276, á la edad de noventa y nueve años y cuatro meses, aquella debió ser la fecha de su venida al mundo. Nació en el castillo de Peñafort, situado cerca de Villanueva del Panadés, en el Principado de Cataluña, siendo sus padres los señores de aquel castillo, y aliados de los Reyes de Aragon. Apenas salido de la infancia, quedó huérfano de padre y madre, haciéndose cargo de él en calidad de tutor un pariente llamado Bernardo Ponce, que le distinguió con afecto verdadera-

mente paternal. Era RAIMUNDO sencillo, bondadoso, alegre, de rostro agraciado, y tan simpático, que su sola presencia, aun sin el conocimiento de sus buenas dotes, le hacian querido de cuantos le veian. Su aficion al trabajo y al estudio le hizo dejar muy complacidos y airosos á los maestros que su celoso tutor le proporcionó; y á tal altura se colocó en la filosofía, que la enseñó públicamente en Barcelona antes de cumplir los veinte años de edad. Concluir su carrera con la filosofía, constituyéndose en maestro solo de ella, pareció poco á un jóven tan ansioso de letras, y su tutor y otros parientes, prefiriendo á ellas las armas, le aconsejaban la carrera militar; pero RAIMUNDO, á pesar de su carácter alegre y jovial, era mas amante del retiro y del silencio que del bullicio y estruendo, y mas partidario de las luchas intelectuales que de las corporales. En su virtud, pues, eligió el estudio de los Cánones y las leyes, al que se dedicó con gran provecho; mas, sin embargo, para perfeccionarse y conocer ambos derechos mas profundamente, pasó en compañía de su íntimo amigo y virtuoso clérigo de Barcelona, D. Pedro Ruber, á la Universidad de Bolonia, en la que muy pronto se hizo admirar, recibiendo en su claustro con la mayor brillantez el grado de doctor, y ordenándose muy en breve de sacerdote. Vacó á poco tiempo una cátedra, y aprovechando la Universidad la buena ocasion que se le presentaba para contar en su seno tan privilegiado talento, se la confirió en seguida con general aplauso; y tanto mas, cuanto que RAIMUNDO, que no era mas pequeño en caridad que en letras, cedió en beneficio de los pobres la renta con que estaba dotado su destino.

Al regresar de Roma á su diocesi el Obispo de Barcelona, D. Berenguer, pasó por Bolonia con solo el objeto de conocer al doctor RAIMUNDO DE PEÑAFORT, de quien con tanto elogio habia oido hablar en la capital del orbe cristiano. Encantado quedó el Obispo del carácter y ciencia del

catedrático de Bolonia, y formó acto contínuo el propósito de llevar tan rico manantial de ciencia á Cataluña. Bien hallado se encontraba RAIMUNDO en Bolonia, y el agradecimiento á las distinciones que todos á porfía le dispensaban le impidió el aceptar desde luego la proposicion de D. Berenguer; pero insistiendo este en su pretension, é interesando el amor patrio de RAIMUNDO, diciéndole que la instruccion de sus paisanos y el mayor lustre de su pais natal reclamaban en él su presencia y cuidados, le convenció y se le llevó consigo. Proveyó en él al instante un canonicato, y despues una de las primeras prebendas de la catedral. Grandemente sirvió á Dios y á aquella iglesia con el ejemplo que daba de sublimes virtudes, con el que obligaba á los tibios á aumentar su fervor religioso, y cumplir con los deberes cristianos, de manera que al poco tiempo se reconoció muy clara y distintamente la reforma del Cabildo.

Desde que se ordenó de sacerdote se fue obrando en su carácter un cambio notable: sin dejar de ser dulce y amable, perdió la jovialidad, y aparecia siempre meditabundo y contemplativo, aumentándose dia por dia su devocion á la Santísima Vírgen, animado de un ardiente deseo de estender su culto é inspirar en todos los corazones el santo amor que el suyo profesaba á la virginal Madre del Redentor. Siendo, en su concepto, muy poca la solemnidad con que en Barcelona se celebraba la fiesta de la Anunciacion, consiguió que se hiciese el oficio con mayor celebridad, y dejó una fundacion para que fuese esta fiesta una de las más solemnes.

Hacia algun tiempo que por sus consejos habia renunciado un pariente suyo á entrar en la religion de Santo Domingo, recientemente creada, diciéndole que toda novedad es sospechosa, y debia mirar con prevencion, por entonces al menos, la nueva institucion, y que entrase en una de las antiguas. El pariente no entró en ninguna, se enfrió su

vocacion al claustro, y apegándose demasiado á las cosas del mundo, no era tan constante ni perfecta su contemplacion de las del cielo. Este cambio de su pariente afligió sobremanera á RAIMUNDO, y creó en su corazon un escrúpulo y remordimiento por el consejo dado, y determinó para alejarle entrar él en la misma religion de Santo Domingo, de la que en su concepto á la sazon no habia hablado á su pariente como merecia. Firme en su propósito, y cerrando completamente los oidos á los consejos y amonestaciones de todos los individuos del Cabildo, que sentian muchísimo perder la compañía de tan santo y sábio compañero, y procuraban evitar su retiro al claustro, verificó su ingreso en él, tomando el hábito en el convento de Barcelona el dia de Viernes Santo del año de 1222, cerca de los ocho meses despues de haber muerto el Patriarca y Santo fundador de la Órden.

Innecesario es encarecer la santa y penitente vida que hacia en el convento, habiendo dado á conocer su santidad, sus ideas y sus escrúpulos: solo diremos que noviciado mas penitente y perfecto no se habia conocido, ni se conoció en la Órden. Al poco tiempo pidió con instancia á sus superiores que le impusiesen una severa penitencia por las vanidosas complacencias que habia tenido en el siglo cuando oia alabar su sabiduría, y recibia los aplausos de la Universidad de Bolonia. Consintió en ello el provincial, y le mandó que en penitencia compusiese una Suma de moral, que es la que se conoce hoy con el título de *Suma de Raimundo*, y que fue la primera obra que salió á luz en la materia.

El notable y heróico desprendimiento con que un hombre tan distinguido por su cuna, por su talento y por su posicion, habia dejado el mundo para vivir en retirada y humilde celda, le hizo mucho mas célebre, y de todas partes acudian á consultarle como á un oráculo.

«Escogiole Dios para contribuir mas que ningun otro á

la fundacion de una nueva Órden, célebre en la Iglesia católica por su instituto de redencion de cautivos, con el título de nuestra Señora de la Merced. Una maravillosa vision que en una misma noche tuvieron Jaime, Rey de Aragon, San Pedro Nolasco y nuestro SAN RAIMUNDO, unió el celo de todos tres para promover este sagrado instituto. San Pedro Nolasco fue el fundador, el Rey de Aragon el apoyo, y RAIMUNDO fue como el alma de esta grande empresa, que tuvo despues tan asombrosos sucesos.

»Por este tiempo vino á España á predicar la cruzada contra los moros el Cardenal Juan de Abbevilla, Obispo de Salina y legado de la Santa Sede. Pareciole al Cardenal que no desempeñaria bien su legacía, si SAN RAIMUNDO, tan poderoso en obras como en palabras, no le ayudaba con su consejo y con su santo celo. Predicó la Cruzada con tanto espíritu y con tanta felicidad, que el legado le atribuia principalmente, y con mucha razon, las grandes ventajas que las armas cristianas consiguieron de los infieles. Vuelto á Roma el Cardenal, dijo tantas maravillas de SAN RAIMUNDO, que el Papa Gregorio IX le llamó para que asistiese cerca de su persona: hízole su capellan, escogiole por su confesor, y le nombró penitenciario mayor de la santa iglesia de Roma. Despues que esperimentó su rara capacidad, le mandó compilar todas las Decretales ó Constituciones pontificias de sus predecesores, con los decretos de los Concilios. Esta coleccion de las Decretales, en cinco libros, hecha por SAN RAIMUNDO, es la mas autorizada y la mas generalmente recibida en todas las Universidades. Ni las grandes ocupaciones, ni los continuos estudios alteraron nunca su piedad, ni mucho menos se dispensó por eso en los ejercicios de la vida religiosa. Instole el Papa para que aceptase el arzobispado de Tarragona, y otras dignidades eclesiásticas con que le brindó; pero todo fue en vano: porque fue tan invencible su resistencia como su

humildad, y habiendo juzgado los médicos que le convenia restituirse á Cataluña para reparar su salud, se volvió á su convento de Barcelona como un fraile particular, sin beneficio, sin título, sin pension, considerándose en todo como el menor de sus hermanos.»

La enfermedad que le obligó á regresar á su pais natal, fue producida por la austerísima vida que pasaba, multiplicando cada dia las penitencias, como si tuviese que purgar muchos pecados. La enfermedad le obligó á modificar algun tiempo la rigurosa mortificacion de su cuerpo; pero así que convaleció volvió á los rigurosos ayunos y á las disciplinas.

Corria el año de 1238, y retirado en la solitaria celda de su convento de Barcelona, se hallaba sin acordarse para nada del mundo ni de sus pompas y vanidades, cuando le llegó la noticia de haber sido electo General de toda la Órden, en lugar de Luis Jordan, que habia sucedido al fundador Santo Domingo. Gran pena le causó esta eleccion, y mucho trabajó para no aceptarla; pero esta vez no pudo conseguir su deseo, porque le hicieron presente la necesidad de algunas reformas, que solo su sabiduría y especial tino y prudencia podia llevar á cabo. Aceptó, pues, el generalato, en provecho de Dios y de su Religion, á condicion de dejarlo tan luego como el lustre y esplendor de la Órden no estuviese tan interesado en ello. A pesar de sus sesenta y cuatro años cumplidos, emprendió en seguida el camino á pie para girar una visita á todos los conventos de su Orden, la que verificó, enterándose prolijamente en cada convento de todo lo que en él se hacia, del género de vida de los religiosos, de sus necesidades, y de las del culto, para subvenir á todo con el celo y santa liberalidad que siempre le distinguió. Terminada la visita, arreglados los asuntos de la Órden, y habiendo renovado en los corazones de todos sus súbditos el primitivo fervor, renunció el generalato, volviendo á la soledad y retiro de su celda.

No gozó, sin embargó, por mucho tiempo el aislamiento apetecido. El Rey de Aragon, D. Jaime I, le nombró su confesor, cargo que no podia renunciar, ocupándole al propio tiempo en varias comisiones y negocios importantes del reino, habiéndole enviado tambien á Roma á conferenciar con el Sumo Pontífice Alejandro acerca de la boda de su primogénito D. Pedro con la Infanta Constanza, hija de Manfredo, Rey de Sicilia.

Proverbial era su dulzura y amabilidad y su caridad para con el prójimo y sus faltas; pero ninguna consideracion humana fue nunca capaz de hacerle prescindir del exacto cumplimiento de los preceptos del Evangelio, y proverbial era tambien su rigor con los pecadores empedernidos. Habiendo observado que el Rey andaba distraido con una dama casada, le amonestó dulcemente, y conociendo que el Rey estaba demasiado prendado de su favorita, le aconsejó como primer remedio que la apartase de la córte. Prometió el Rey hacerlo así; pero no lo verificó: aumentaban las murmuraciones y el escándalo, y SAN RAIMUNDO se retiró de la cámara real, diciendo á D. Jaime que no volveria á pisarla mientras siguiera sus relaciones con aquella dama. Creyó el Rey que se le pasaria el enfado á SAN RAIMUNDO, y como los demás cortesanos, prescindiria de todo, por tener el cariño de su Soberano; pero pasaban dias y dias y RAIMUNDO no se presentaba en la córte. El Rey lo queria verdaderamente, y le eran ademas muy necesarios sus consejos, y mandó á buscarle por fin, ofreciéndole dejar aquellas relaciones, y asegurándole que no lo hacia en el acto por ciertas razones de conveniencia política; pero que iba á marchar á Mallorca inmediatamente, que se detendria allí algun tiempo, cortándose por de pronto las relaciones con la ausencia, y que á su regreso evitaria el reanudarlas. No dudó SAN RAIMUNDO ni un instante de la sinceridad del Rey, y alegre por su santo triunfo se prestó

gustoso á acompañar al Rey á Mallorca. Llegados á esta, ademas del desempeño de los asuntos que el Rey le encomendaba, se dedicó á la predicacion del Evangelio y á la conversion de los muchos judíos y moros que allí habia, consiguiendo notables y numerosos triunfos. Al poco tiempo se presentó en Mallorca y en la córte la dama favorita de D. Jaime, y SAN RAIMUNDO le recordó inmediatamente su promesa de cortar aquellas relaciones y alejar de la córte aquel objeto de mal ejemplo y constante murmuracion. El Rey le iba entreteniendo con buenas palabras y disculpas, hasta que persuadido SAN RAIMUNDO de que el Rey le engañaba, y no tenia ni voluntad ni intencion de renunciar á sus ilícitos amores, le pidió licencia para volverse á su convento de Barcelona: el Rey se la negó, y para impedir que se marchara, así que salió de su cámara dió las mas rigurosas órdenes para que ningun buque recibiese á su bordo á su confesor RAIMUNDO.

«Fue este al puerto para embarcarse; pero se le dijo que habia órden del Rey, pena de la vida, para que ninguno le pasase. Entonces, lleno el Santo de una gran confianza en el Señor, hizo la señal de la cruz, estendió su capa sobre el agua, tomó el báculo en la mano, montó en aquella embarcacion de nueva especie, tomó la mitad de la capa, atola al mango del báculo, haciendo mástil de este y vela de aquella, y á favor de un viento fresco que se levantó, hizo en ménos de seis horas el viaje de cincuenta y tres leguas que hay desde Mallorca á Barcelona. Al llegar á su convento, se le abrieron por sí mismas las puertas, que estaban cerradas, y hallose sin la menor humedad la capa que le habia servido de embarcacion y de vela.

»Como fueron innumerables los testigos de milagro tan estupendo, presto se estendió la fama por todas partes. Creció la estimacion y la veneracion que se tenia al Santo; el Rey se dió por entendido; al instante echó de sí aquella

cortesana, y se volvió á entregar con mayor confianza en manos de su director.»

El resto de su vida lo pasó en sus habituales actos de caridad, en el constante ejercicio de todas las virtudes, y en auxiliar con sus sabios consejos al Rey D. Jaime, que le distinguió con tan respetuoso cariño, que mas podia llamarse santa y profunda veneracion.

Suplicó SAN RAIMUNDO á Santo Tomás de Aquino que escribiese contra los infieles, y á sus instancias se debe la *Suma* contra los gentiles que dejó escrita este Santo.

Por fin, consumido de trabajos y lleno de merecimientos, entregó su alma al Criador á los noventa y nueve años y cuatro meses de su santa vida, en el convento de Barcelona, el año de 1275. Su muerte, que fue la del verdadero justo, reposada, tranquila y dulce, hizo verter copiosas lágrimas, especialmente á los desvalidos, que siempre encontraron en él un amoroso padre y un decidido protector. Durante su enfermedad le visitaron diferentes veces los Reyes de Castilla y Aragon, y honraron el entierro con su asistencia, acompañados de los Infantes é Infantas, Prelados y altos dignatarios de los dos reinos. No se habia visto jamás en Barcelona rendir tal tributo de reconocimiento, admiracion y cariño á persona de ninguna clase, ni que se reuniesen para honrar su memoria tan elevados personajes. Perpétua continuó la devocion de todos los Reyes de España y la de los pueblos, especialmente catalanes, al glorioso RAIMUNDO: infinitos milagros se refieren obrados por la intercesion de RAIMUNDO en los últimos años de su vida y despues de su muerte, y movido por ellos y por la general devocion de los fieles, le canonizó por fin, á los trescientos veinte y seis años de su glorioso tránsito, el Papa Clemente VIII el dia 2 de abril del año de 1601, y su fiesta se fijó el dia 23 del mes de enero.

DIA 24.

Nuestra Señora de la Paz, y San Timoteo, Obispo y Mártir, *Asiático*.

DIA 25.

La Conversion de San Pablo, Apóstol, y Santa Elvira, Vírgen y Mártir, *Romana*.

SAN PONCIO, OBISPO, ESPAÑOL.

Nació este Santo á mediados del siglo III, en una parroquia ó lugarcillo llamado entonces Fontajau, y despues San Narciso de Tayala, perteneciente al territorio de Gerona, no muy distante de esta ciudad, á la otra parte del rio Ter, ó sea al Poniente de esta, segun asienta Estéban Corvera en su *Cataluña ilustrada*. Su celo religioso, su piedad y su no comun instruccion en aquellos tiempos, le dieron una grande y merecida importancia entre los cristianos, que le condujo naturalmente á la primera dignidad de aquel territorio, siendo elegido Obispo con general aplauso de los cristianos.

Como dejamos apuntado en la biografía de los Santos Mártires Víctor, Aquilina su madre, y compañeros, la horrible persecucion decretada por el sanguinario Emperador Diocleciano, secundada en España por Daciano, gobernador de la provincia Tarraconense, ayudado de su digno subordinado Rufino, habia aterrado de tal modo á los cristianos, que huyendo de las poblaciones, en donde diariamente eran ferozmente sacrificados, se refugiaban en los montes para poder observar los preceptos del Evangelio y enseñar á sus hijos á dar á Jesus y á su Sacratísima Madre el culto que debia irse aumentando y perpetuando de generacion en generacion. El Obispo PONCIO fue de los últimos

que abandonaron á Gerona: su voluntad era permanecer en la ciudad, y como valiente soldado de la Cruz, rendir su vida en defensa de la doctrina de Jesucristo, antes que demostrar la menor tibieza ó temor á los tormentos del tirano: pero tanto le suplicaron los cristianos, tanto le encarecieron la falta que su consoladora voz les hacia en el monte, que al fin se resolvió á constituir tambien su morada en él, comprendiendo que efectivamente, para la direccion de las conciencias y para la instruccion de aquella colonia cristiana, su residencia entre ella produciria mas bienes al catolicismo que su estancia en Gerona. Admirable y fervorosamente secundado por el español Víctor y los dos ilustres italianos Vicente y Oroncio, se dedicaba á la predicacion del Evangelio y á la instruccion de aquellos perseguidos cristianos. Muertos por el tirano Rufino los gloriosos Mártires Vicente y Oroncio, y puesto á orar en el momento que le llegó la noticia del sacrificio, le reveló el Señor que los cuerpos de los dos Mártires italianos debian conducirse á su tierra para ser allí depositados y venerados. Como queda espresado al ocuparnos de San Víctor, inmediatamente comenzó éste á practicar las diligencias para verificar la traslacion de los dos cuerpos de los Mártires italianos, y conocidos sus pasos por el implacable Rufino, decretó la muerte de San Víctor, que tuvo lugar en seguida.

La ancianidad de SAN PONCIO le defendió la vida por entonces, pues el tirano le desdeñó como demasiado débil enemigo, creyendo que muertos los heróicos jóvenes y fervorosos apóstoles de la fé, Víctor, Vicente y Oroncio, la palabra divina no tendria en el monte boca humana que la hiciese llegar á los oidos; pero se engañó en su cálculo. El Supremo Hacedor dió la robusta entonacion de la juventud á la voz del anciano PONCIO, y la palabra del Espíritu Santo resonó por todas las concavidades del monte, inflamando los corazones y multiplicando el valor para confesar

la fé, y morir por el que dió su vida en la cruz para la redencion del género humano.

No existe acta ninguna del martirio del Santo Obispo SAN PONCIO, ni se sabe fijamente la fecha de su muerte, ni cómo ocurrió; pero se cree generalmente que murió mártir en alguna de las diferentes matanzas de cristianos, que disponia de tiempo en tiempo el mónstruo Rufino, irritado al ver que nada bastaba para concluir como queria con la raza cristiana, que cuanto mas perseguida, mas alto tremolaba el sacrosanto pendon de Jesucristo.

DIA 26.

San Policarpo, Obispo y Mártir, *Asiático*, y Santa Paula, viuda, *Romana*.

SAN ANSURIO, SAN BIMARASIO Y SAN VILIULFO, OBISPOS, ESPAÑOLES.

SAN ANSURIO, de nacion español, es uno de los Santos que constan en el catálogo de Obispos de Auria, hoy Orense, despues de la entrada de los moros en España. El noveno lugar ocupa en el catálogo, siendo la primera mencion que de él hacen los códices antiguos en el año 915, y desde este al 922 aparece su nombre en varios privilegios del Rey D. Ordoño II y de su mujer Doña Elvira, concediéndole territorios para fundaciones en su diócesi auriense. Guardando completo silencio la historia acerca de sus padres y familia, y de su posicion antes de ser revestido con la alta dignidad episcopal, solo hace mencion del esquisito celo con que procuraba el mayor lustre de la Religion cristiana, propagando su salvadora doctrina, y dedicando al culto divino la mas constante atencion.

Fue contemporáneo, y, á pesar de la diferencia de edades, muy amigo de San Rosendo, cuyas virtudes y santidad apreciaba tanto, que en seguida que se ordenó de sacerdote

le dió la iglesia de Santa María de Barrata, en la que comenzó á demostrar en público las altas dotes de ciencia y virtud que en tanto grado tenia, á pesar de su juventud, y que tan perfectamente conocia su Prelado SAN ANSURIO.

Varias concesiones, todas en beneficio de la Religion y para su mayor lustre y esplendor, debió SAN ANSURIO al cariño y munificencia de los Reyes D. Ordoño y Doña Elvira. Fue una un vasto y hermoso terreno junto al Monte Serio, para la construccion del Monasterio conocido con el nombre de *San Pedro* y *San Pablo de Tria-Castela,* y otra el terreno tambien para erigir el tan célebre Monasterio de San Estéban de Rivas de Sil, levantado por el Santo Abad Franquila en el año de 920, sétimo del reinado de D. Ordoño II.

La principal celebridad del Monasterio de San Estéban la adquirió por ser tumba de nueve Obispos, que, imitando el ejemplo de sus antecesores, renunciaron su alta dignidad, y fueron al Monasterio en busca de la solitaria paz en retirada celda, y á trocar las episcopales vestiduras por el burdo y áspero sayal. El primero fue ANSURIO, al que siguieron BIMARASIO, VILIULFO y Pedro, Obispos tambien de Orense; Gonzalo, Osorio y Fralengo, de Coimbra; Servando y Pelagio, de Iria, y Alfonso, de Astorga. Enamorado ANSURIO de la contemplativa y santa vida del Abad Franquila y de los monges, abandonó el mundo y su bullicio, y se retiró al Monasterio, en el que pasó, dedicado á la oracion y la penitencia, los dos últimos años de su vida, verificándose su dichoso tránsito el dia 26 de enero de 925.

SAN BIMARASIO, que le sucedió en el obispado de Orense, y del que se encuentran menciones desde el año referido 925 al 942, se retiró tambien á concluir sus dias en el citado Monasterio. La historia tampoco nos da noticias de los ascendientes de este Santo, colocándole solo en el número de los españoles ilustres en santidad y celo por

la propagacion de la fé, pero sin detalles que poder consignar aqui.

SAN VILIULFO, Obispo igualmente en el año 986, y de cuya vida y circunstancias tampoco nos da noticias la historia, imitando á sus antepasados en la dignidad episcopal, terminó su santa y penitente vida en el referido monasterio de San Estéban, siendo tambien como aquellos sepultado en él.

En el año de 1463, reinando en Castilla y Leon D. Enrique IV, el administrador de la Abadía de San Estéban, D. Alfonso Pernas, deseando honrar la memoria de los nueve Obispos, exhumó sus restos, que permanecian en el claustro del Monasterio, y metidos en un arca, fueron colocados sobre el retablo del altar mayor. Se asegura que el dia de la exhumacion se realizaron varios milagros, especialmente los de recobrar la salud y la agilidad algunos tullidos que besaron los anillos hallados entre los huesos de los Santos. Creció la devocion con la repeticion de los milagros que Dios obraba por la intercesion de sus Santos siervos, y cada dia era más visitado el Monasterio y veneradas las reliquias que poseia. En el año de 1594, reinando en España y Portugal el católico D. Felipe II, determinó el Abad á la sazon del Monasterio, Fr. Víctor de Nájera, colocar más dignamente las tan veneradas reliquias de los nueve Obispos, pues aunque elevadas sobre el altar, no tenian adorno ninguno, y las encerraba á todas una humilde arca. Al efecto mandó construir nueve cajas iguales, no tan buenas como su devocion deseaba, pero todo lo que sus recursos se lo permitieron, y en cada una depositó los preciosos restos de un Santo Obispo, poniendo cinco cajas á un lado del altar mayor y cuatro á otro, y celebrando una notable funcion el dia de la colocacion de las cajas, á la que asistió un inmenso gentío, habiendo el Señor obrado tambien en aquel dia muchos milagros por la intercesion

de los Santos en varios enfermos que acudieron á adorar los restos de los nueve Obispos.

DIA 27.

San Juan Crisóstomo, Obispo y Doctor, *Sirio.*

DIA 28.

La Aparicion de Santa Inés, Vírgen y Mártir.

SAN JULIAN, OBISPO, ESPAÑOL.

Prodigiosa cual pocas es la vida del glorioso Obispo de Cuenca, SAN JULIAN. Muchos Santos ha habido que asombraron al mundo con portentosos hechos, admirables prodigios y milagros durante su vida y despues de su muerte; pero muy pocos que anunciasen su venida á la tierra como SAN JULIAN, y que desde el mismo instante de su entrada en el mundo revelase la sublime santidad á que el Señor le tenia destinado.

No nos ha legado la historia el nombre de sus padres, ni noticia de la posicion social que ocupaban en Búrgos por el año de 1128, en que nació tan esclarecido Prelado. Marineo Sículo solo dice que fueron corteses, afables, caritativos, muy devotos del culto Divino, y grandes veneradores de la gloria, fama y servicio de Dios; añadiendo á esto Gil Gonzalez Dávila, que fueron nobles y con abundantes bienes de fortuna. En lo que están conformes todos los autores, es en que pasaban una triste y apenada vida por no tener sucesion, despues de llevar bastantes años de matrimonio, y que para conseguir que Dios se la concediese le hacian constantes ofrendas, y á su Santísima Madre, poniendo por intercesores á los padres de esta Nuestra Señora, San Joaquin y Santa Ana, que tambien pasaron, segun San Gerónimo, veinte años rogando al cielo les concediese sucesion.

Así iban pasando su vida los padres de SAN JULIAN, cuando una noche, estando durmiendo, le representó la fantasía al marido que la habitacion en que se hallaba estaba llena de rojas y aterradoras llamas, rodeadas de negro y denso humo, y plagado el espacio, cruzando por entre las llamas y el humo, de infinidad de aves nocturnas, repugnantes animales y horribles sabandijas, que producian un atronador ruido con desconocidos é ingratos alaridos. Pero saliendo de repente del seno de la esposa un hermoso cachorrillo, blanco como la nieve, arrojando trasparentes y apacibles rayos de luz por la boca y por los ojos, se lanzó al espacio persiguiendo á los repugnantes animales que lo cruzaban, y que desaparecieron en seguida, con el humo que rodeaba las rojas llamas, convirtiéndose estas en clara, diáfana y trasparente luz, volviendo el cachorrito al seno de que habia partido, y desapareciendo en él. En cuanto despertó el marido refirió la vision á su mujer, y sobre ella cavilaron, sin atreverse ninguno de los dos á negar ni conceder si aquel sueño podria tener alguna significacion, ó el valor de algun aviso del cielo.

No tardaron mucho en persuadirse de que el sueño era un aviso, cuya completa significacion no podian, sin embargo, esplicarse. Sintiose la esposa con síntomas seguros de embarazo, y enajenados de alegría corrieron marido y mujer al templo á dar gracias á Jesus y á su divina Madre por el beneficio que les dispensaba, repartiendo en seguida entre los pobres una cuantiosa suma.

Llegó por fin el deseado dia del nacimiento de tan esclarecido burgalés, ocupando á la sazon el trono de Castilla D. Alonso VIII, y la Silla de San Pedro el Pontífice Onorio II, en el citado año de 1128, y teniendo lugar un prodigio, que dejó maravillados á todos los que le presenciaron. Al presentar el padre el recien nacido á los parientes y amigos que habian acudido á su casa al tener noticia del

parto, levantó el tierno brazo, y echó la bendicion á los circunstantes, como lo verifican los Obispos cuando bendicen al pueblo, percibiéndose en seguida una tiernísima y melodiosa música, que acompañaba á un coro de celestiales voces, que repetia: «Hoy ha nacido un niño que en gracia no tiene igual.» *Puer natus est hodie, cui, in gratia similis non est.*»

Segun el P. Fr. Antonio de Santa María, cronista del Santo Obispo JULIAN, «pasados los ocho dias de tan dichoso nacimiento, con admiraciones comunes de tan populosa ciudad, como lo es Búrgos, y aumentándose los gozos de tan dichosos padres, viendo los prodigios que el cielo iba obrando, trataron de llevar al templo al recien nacido infante, para hacerlo valeroso soldado de la milicia cristiana por medio del Santo Bautismo.»

Llena de espectadores se encontraba la iglesia, deseosos de presenciar el bautismo del prodigioso niño: apenas pudo penetrar en ella la mitad del cortejo que acompañaba á los padrinos, y al poner estos el pie en el templo, oyóse la misma celestial música que en el momento de salir al mundo, y una dulce voz que decia: «JULIAN *ha de ser su nombre:* y al mismo tiempo que le estaban bautizando se dejó ver sobre la pila un ángel en figura de un niño hermoso y corpulento, con una mitra en la cabeza y un báculo pastoral en la mano.»

Por espacio de muchos dias fue inmenso el número de personas, así de la ciudad como de los pueblos inmediatos, que acudió á contemplar el Santo niño, besarle las manos, considerándose dichosísimos los que por sus relaciones con los padres ó parentesco podian tenerle algunas veces en sus brazos, estrecharle entre ellos, y besarle el lindísimo rostro.

Si admirable fue su nacimiento y bautismo, admirable continuó siendo su niñez, y como preelegido para el

ayuno y penitencia, era tan parco en el alimento y tan paciente y sufrido, que apenas mamaba: ni se impacientaba, ni lloraba por las frecuentes incomodidades, contrariedades y dolores inherentes á la infancia, destinados por la divina Providencia á primera enseñanza, ó preparacion de sufrimiento y paciencia para la carrera de la vida.

Creciendo en virtud y belleza, llegó á la edad de dar principio á su instruccion, y sus padres le mandaron á la escuela, en la que fue constante modelo de aplicacion, obediencia y respeto á los maestros, distinguiéndose en comprension y adelantos, teniendo repartidas las horas del dia solo entre el estudio y el rezo de las oraciones que le habian enseñado sus piadosos padres, sin reservar hora ni momento alguno para los comunes juegos de los niños, en los que jamás se ocupó.

Terminada con gran provecho la latinidad, y resuelto con general contento de toda su familia á seguir la carrera de la Iglesia, le envió su padre á Palencia, en donde entonces existia la Universidad, que tanto honraron los ilustres españoles SAN JULIAN y Santo Domingo de Guzman, y que en el año 1240 fue trasladada á Salamanca por disposicion del Santo Rey D. Fernando. En Palencia, pues, tomó el grado de doctor en Teología, regentando diferentes cátedras con aplauso universal de lectores y discipulos, y con gran renombre ademas de músico y poeta.

Murió á la sazon su madre en Búrgos, sintiendo estraordinariamente JULIAN la ausencia del mundo de tan amada persona, mitigando, sin embargo, el dolor la creencia de que sus virtudes y ejemplar vida habrian conducido su alma al Paraiso. Pero considerando la aflictiva soledad en que se hallaria su padre, determinó dejar la Universidad, y marchar á su lado para acompañarle y cuidarle, haciéndole menos dolorosa la falta de su mujer, y mas soportables los trabajos de la ancianidad.

No tuvo que emplear por mucho tiempo su celoso cuidado en la asistencia de su padre, pues antes del año de muerta su esposa dejó de existir, quedando JULIAN heredero de un regular patrimonio, del que empleó una gran parte en seguida en sufragios por las almas de los que le habian dado el ser, y en auxiliar á los desvalidos. Mandó construir una humilde casita, lindando por una parte con el convento de San Agustin, y por otra con la ermita que habia sido morada de Santo Domingo de Silos, y se retiró á ella para dedicarse en la soledad á la penitencia, á la oracion y al estudio. Esta casita, despues de la muerte del Santo, fue convertida en templo de su advocacion. Llevó en su compañía á un pobre sirviente, llamado Lesmes, á quien trataba mas bien como hermano que como criado. Merecíalo Lesmes, en verdad, pues su honradez, virtud, devocion y caridad rayó tan alto, que hoy está colocado en el catálogo de los Santos, como diremos mas adelante.

Algunos de sus parientes, deseando dar á la familia sucesores de tan preclaro y sabio varon, le importunaban de contínuo para que se casase, y renunciara la carrera de la Iglesia, diciéndole que el matrimonio era un sacramento que creaba un estado en el cual se podia servir á Dios y ganar el cielo como en otro cualquiera. No lo negaba el Santo; pero tenia hecho voto de castidad, y para concluir con las demandas y consejos de sus parientes, determinó ordenarse, lo que habia ido dilatando, porque nunca se creia con bastante virtud y ciencia, y bastante digno para el alto ministerio del sacerdocio. Para prepararse dignamente, dejó la casita al cuidado de Lesmes, y se retiró al convento de San Agustin, y allí, en apartada y solitaria celda, se dedicó á los ejercicios mas penitentes y devotos, asistiendo al còro con los religiosos, recibiendo, por fin, con el mayor placer y alegría el Orden sacro de manos del Obispo de Búrgos, D. Víctor, único de este nombre, que

murió en el año de 1160 en el cerco de Córdoba, siendo enterrado en aquella iglesia. La primera Misa la celebró SAN JULIAN en el altar del Santo Cristo de aquel convento, llamado generalmente en España el Santo Cristo de Búrgos, de cuyas maravillas y prodigios están llenas nuestras historias.

Terminados sus ejercicios, y cantada ya la primer Misa, dejó el convento y volvió á su casita y á la compañía de Lesmes. Al rayar el dia marchaba al convento, decia Misa en el altar del Santísimo Cristo, al que tenia particular devocion; despues marchaba á los hospitales y á la cárcel, á consolar á los enfermos y á los desgraciados, y mas tarde á predicar el Evangelio por los pueblos inmediatos á Búrgos. Nunca hizo mas que una comida al dia.

Envidiosa con santa emulacion la ciudad de Búrgos de que los habitantes de las aldeas tuvieran la dicha de oir la palabra divina de boca de un hijo suyo, y ella no le hubiera oido todavía, le suplicaron rendidamente las personas mas notables que ejerciese en la ciudad que le habia visto nacer el mismo sagrado ministerio con que distinguia á las aldeas. Vencida su modestia y cortedad por las instancias de lo más ilustrado de su pueblo natal, comenzó á predicar en todas las iglesias, siendo siempre crecidísimo el número de sus oyentes, y grande el fruto de su predicacion, por las numerosas conversiones que verificó con su elocuencia y su dulzura.

Su infinita caridad habia concluido completamente con su patrimonio y con todos sus recursos: no poseia absolutamente mas que la pequeña y tosca casita que ocupaba, una mesa, un arca, dos asientos de madera, dos pobres lechos, sus libros, estampas de Santos, algunos miserables útiles de cocina, y las ropas puramente indispensables, y para ganar el sustento se dedicó con su compañero, mas bien que criado, Lesmes, á hacer cestas, que vendia este en la plaza y por

las calles, viviendo con su producto, y aun destinando algo de él á socorrer á los pobres.

La fama de su ciencia en sagradas letras y su virtud habia corrido por toda España, y deseando la Iglesia de Toledo remunerar tantos merecimientos y ganar al mismo tiempo para sí á tan ilustre varon, le ofreció el arcedianato; pero JULIAN, amante siempre del retiro, de la soledad y de la vida humilde, aunque muy agradecido, se negó á aceptar tan honorífico encargo. Fue en comision á Búrgos un clérigo distinguido de Toledo, á llevar la súplica verbal; pero JULIAN ni aun así accedió á servir un destino, para el cual, decia, que ni tenia merecimientos ni la necesaria aptitud. En vista de esta fuerte resistencia, y aumentados cada vez mas los deseos de los habitantes de Toledo de tener entre ellos á tan santo y modesto eclesiástico, apelaron á fuerza mayor hablando al Rey D. Fernando II de Leon, que se hallaba entonces en Toledo gobernando la Castilla, á nombre del niño Rey D. Alfonso IX, su sobrino, el cual envió un espreso á JULIAN mandándole que arreglara en seguida sus cosas en Búrgos, y se pusiera al punto en camino para Toledo, en donde le aguardaba. A mandato tan superior y esplícito no pudo resistir el humilde JULIAN: vendió la casita y distribuyó el producto entre los pobres, asi como las dos camas y demas efectos que tenia. Dijo una fervorosa Misa de despedida en el altar del Santo Cristo de su constante devocion, y despedido con tiernas lágrimas y bendiciones de gran número de sus paisanos, acompañado de Lesmes, sin mas equipaje que la ropa puesta, el breviario y un báculo, emprendió á pie el camino á Toledo el año de 1167, teniendo cerca de cuarenta de edad.

Sabido en Toledo, al regreso del mensajero del Rey don Fernando, el dia de la salida de Búrgos del deseado JULIAN, y calculando cuándo llegaria próximamente, salieron á esperarle tres dias, y solo por un milagro del Todopode-

roso está esplicado el que SAN JULIAN, con su criado, pasase por medio de aquella muchedumbre de pueblo en la tercera tarde sin que ninguno los viese, quedando todos notablemente admirados al saber, cuando llegada la noche se retiraron á la ciudad, que estaba ya dentro de ella el anhelado huésped, alojado en una pobre posada. A ella corrieron inmediatamente las personas mas notables y gran número de pueblo, ansiosos todos de conocer y de admirar al preclaro sacerdote cuyos talentos y virtudes habia dado á conocer el eco dulce de la fama. Fue obligado á cambiar inmediatamente de hospedaje, y eligió uno que, por lo modesto, desagradó á todos sus admiradores, y por demasiado bueno para sus costumbres le desagradó á él. A la mañana siguiente se vió confundido y anonadado con la honra que le dispensó el Sr. Arzobispo, D. Pedro de Cardona, pasando á visitarle, y recibiendo un paje del Rey D. Fernando, enviado á informarse de si habia llegado con salud y continuaba con ella. Todos á porfía se esmeraban en honrar y distinguir al arcediano JULIAN, que recibiendo en su profunda humildad toda mundana gloria como tormentos, los ofrecia á los pies del Redentor en compensacion de las horas que sus actuales ocupaciones le robaban á la penitencia y oracion á que en Búrgos las tenia destinadas.

El alto renombre que gozaba de sabio y justo hizo que los fieles servidores del legítimo Rey D. Alfonso IX fijasen la vista en él para que les ayudase á sacar á su Soberano de la triste y precaria situacion en que se encontraba. Cuatro años tenia de edad el Infante D. Alonso cuando murió su padre D. Sancho III, dejando encomendada la tutela del niño y la regencia del reino á D. Gutierre Fernandez de Castro, que habia sido su ayo, ordenando al mismo tiempo que hasta que D. Alonso cumpliese los quince años todos los castillos y ciudades continuasen en poder de los

señores y capitanes que á la sazon las mandaban. La rivalidad que de antiguo existia en Castilla entre las dos mas poderosas familias de ella, Castros y Laras, produjo en el reino, así que falleció D. Sancho, grandes revueltas y disturbios, porque los Laras, ofendidos de que no les hubiera el Rey D. Sancho dejado participacion en la regencia del reino, se negaron á obedecer á Castro, ejemplo que siguieron casi todos los partidarios y amigos de los Laras, que mandaban fortalezas y ciudades. Fácil es de comprender el cúmulo de males que este desacuerdo y rivalidades produciria en el reino, y todos los dias regaba su desgraciado suelo la sangre de los castellanos. D. Fernando II, Rey de Leon, tio del Rey niño D. Alonso IX, tambien se mostró ofendido porque D. Sancho no le hubiera dejado participacion en la regencia y tutoría de su sobrino é intervencion en los asuntos de Castilla, y determinó tomar, en cambio de la parte de mando que echaba de menos, el todo de la regencia, y ser el verdadero Rey de Castilla. Con este ánimo, y pretestando que iba á poner en paz y órden á los señores castellanos, entró con un grueso ejército y se hizo dueño de Castilla, aunque siempre en nombre del Rey niño D. Alonso IX. No sujetó, sin embargo, todas las voluntades, ni se le rindieron todas las fortalezas, ni mandó en todas las ciudades, ni tuvo siempre en su poder al Rey. Tanto este como aquellas pasaron de unas á otras manos desde la muerte de D. Sancho hasta el año en que vamos de 1167. Para atajar, pues, tantos males, determinaron los señores de Castilla, imitando lo recien practicado en Aragon, declarar mayor de edad á D. Alonso, á pesar de contar con poco mas de once años. Residia este en Ávila, ciudad muy fuerte por aquellos tiempos, en poder de los contrarios del Rey D. Fernando, que trataban y respetaban á su legítimo Rey como á su dignidad correspondia, siendo de derecho y hecho Soberano en Ávila, por lo que

desde entonces se comenzó á llamar *fieles* á sus vecinos. Por acuerdo unánime de los mas importantes señores de Castilla aprobado por el Rey, se determinó declararle hábil y en aptitud para regir el Estado, y que saliera inmediatamente de Ávila á visitar el reino, llevando él mismo á las ciudades la noticia de encargarse del mando. Pero sospechando que en muchos puntos encontraria oposicion por los amigos del Rey D. Fernando, su tio, se entablaron secretas negociaciones, pareciendo conspiracion lo que era solo proteger y defender el legítimo derecho.

Asi se hallaban las cosas en Castilla cuando llegó SAN JULIAN á la ciudad de Toledo, que estaba, y casi siempre estuvo, en poder de D. Fernando. Como hemos indicado, el renombre de sabio y justo que le habia precedido, hizo que los sugetos principales de Toledo, leales servidores de su legítimo Rey, se dirigieran á él manifestándole el estado de los asuntos, y le pidieran su consejo y ayuda en favor del Rey D. Alonso. Que JULIAN se prestó á servir á su legítimo Rey, no hay para qué decirlo, pues está de más sabida la recta santidad y la justicia que presidia á todas sus acciones y pensamientos; y puesto de acuerdo con los leales servidores del Rey de Castilla, y muy particularmente con el esclarecido toledano D. Estéban Illan, comenzó á trabajar en favor del Soberano. D. Fernando Ruiz de Castro, que tenia la ciudad de Toledo en nombre de D. Fernando, se negó á entregarla al Rey D. Alonso mientras no cumpliese los quince años, edad señalada en el testamento de su padre para encargarse de las riendas del gobierno; y en vista de esta negativa determinaron esplorar la voluntad de los habitantes, y saber si preferian ser mandados por su Rey y Señor antes de la edad prescrita por su padre, ó continuar obedeciendo al Rey de Leon, que, valido de la fuerza, se habia abrogado facultades que ni tenia ni nadie le habia concedido. El resultado de la esploracion

fue, como no podia menos de ser, favorable al mando del legítimo Rey, y en su virtud determinaron hacerle dueño de la ciudad: más para evitar desgracias, efusion de sangre y las siempre tristes consecuencias de un combate, por consejo de SAN JULIAN y de D. Estéban Illan se determinó que el Rey entrara solo y secretamente en Toledo, y, ya dentro, se alzasen los pendones por él. No se dudaba del éxitc; pero sin embargo aconsejaba la prudencia que en una ciudad cuyo jefe era contrario, no estuviera ei Rey tan indefenso y aislado que no pudiera resistir á una brusca y momentánea acometida. D. Estéban Illan habia construido los años atras á sus espensas la iglesia de San Roman en la parte más elevada de la ciudad, y pegada á la iglesia una fuerte torre almenada que servia de ornato y fortaleza, y acordaron que á esta torre, bastante fuerte para resistir cualquier acometida, se llevase al Rey. Salió secretamente de Toledo D. Estéban y se dirigió á Maqueda, en donde se hallaba el Rey aguardando el resultado de las gestiones de sus fieles vasallos: manifestole lo acordado y dispuesto, garantizando sus palabras con cartas de SAN JULIAN y otros señores, y sin titubear, se disfrazó el Rey, y acompañado solo de D. Estéban salió para Toledo, y sin tropiezo en el camino ni ser conocidos entraron al oscurecer en la ciudad, dirigiéndose en seguida al llamado castillo de San Roman, donde estaban aguardándole SAN JULIAN y gran número de nobles fieles á su Rey. Como á toda empresa á la que preside la razon y la justicia, y cuyo éxito se encomienda de todas veras al Juez Divino, protegió Dios á esta, y los desvelos y los pasos empleados por los leales castellanos en favor de su Rey fueron coronados por el más completo éxito. Enarboláronse inmediatamente en la torre las banderas por D. Alfonso, se alzó el grito de aclamacion, y mil y mil voces repitieron por la ciudad: *¡Toledo, Toledo por el Rey D. Alonso!* á las que otras

contestaban con entusiastas *vivas*, corriendo todos á jurar fidelidad y rendir homenage al Rey. Decia este, despues de muchos años, que de cuantos triunfos habia conseguido, ninguno produjo tanto placer y satisfaccion á su pecho como esta victoria conseguida sobre sus contrarios sin más armas que el amor de sus vasallos.

Todas las ciudades de Castilla fueron siguiendo el ejemplo de Toledo, y en muy poco tiempo quedó D. Alonso IX en plena posesion de su reino, marchando al suyo de Leon su tio el Rey D. Fernando.

Rodeose el jóven Rey de las personas que con mas adhesion le habian servido, y cuyos talentos garantizaban el acierto en los Consejos, siendo una de las que mas apreciaba, y con la que mas frecuentemente consultaba, el arcediano SAN JULIAN, el cual, si bien tenia notable complacencia en inspirar sentimientos de virtud y justicia en el corazon de D. Alonso, huia cuanto le era posible del contacto de los grandes, y de asistir en público á la cámara real, porque sus costumbres, su humildad, y sobre todo su leal franqueza, eran muy poco apropósito para la sociedad de los palacios.

Arregladas poco á poco las cosas del reino y la paz interior, determinó D. Alonso reconquistar la ciudad de Cuenca, que á la sazon se hallaba en poder de los moros. Reunió su Consejo con asistencia de SAN JULIAN, y todos aprobaron tan cristiana determinacion: pero queriendo el Rey que la prudencia y el talento ayudasen á las armas, determinó llevar á la conquista de la ciudad sus mas bravos capitanes y sus mas sabios consejeros. Los pertenecientes al clero que asistieron á la conquista y acompañaron al Rey, sin separarse de él un momento, fueron: D. Rodrigo, Obispo de Osma; D. Pedro, de Búrgos; D. Sancho Sanchez, de Sigüenza; D. Raimundo, de Palencia; D. Pedro, dignidad de Toledo; D. Gonzalo, arcediano de Talavera,

y nuestro SAN JULIAN, arcediano de Toledo. El Todopoderoso coronó con un feliz éxito la santa empresa del Rey D. Alonso, y aunque no sin trabajos, fatigas y dolorosas pérdidas de bravos castellanos, fue por fin ganada la ciudad el miércoles, dia de San Mateo, 16 de setiembre de 1177. Nombró el Rey para Obispo de Cuenca á D. Juan Yañez, y siendo muy necesaria la predicacion del Evangelio en una ciudad recien ganada á los infieles, quedó el arcediano SAN JULIAN en Cuenca para propagar en ella y su comarca el conocimiento de la doctrina de Jesus.

Seis años permaneció en Cuenca SAN JULIAN con su inseparable Lesmes; pero habiéndose aumentado el clero en la diócesi, y no siendo tan necesarios sus servicios, regresó á Toledo, encargándose nuevamente de su arcedianato.

Habiendo fallecido en el año de 1195 el primer Obispo de Cuenca, D. Juan Yañez, puso el Rey D. Alonso los ojos en el arcediano SAN JULIAN para sustituirle. Humilde y rendidamente suplicó SAN JULIAN á su Soberano que desistiese de tal idea, porque no se reconocia con fuerzas para tan alto cargo, y mucho menos despues de haber sido desempeñado por un varon tan virtuoso y sabio como don Juan Yañez; pero el Rey, que conocia las altas dotes de santidad y ciencia que residian en SAN JULIAN, no desistió ni un momento, y acatando la voluntad tan esplícitamente manifestada por su Rey, se resignó SAN JULIAN á aceptar el obispado. Envió el Rey por las correspondientes Bulas, y despachadas por el Sumo Pontífice Celestino III, en el siguiente año de 1196 fue SAN JULIAN consagrado en Toledo por mano del Arzobispo de aquella iglesia, don Martin Lopez Pisuerga.

Sabidas en Cuenca la eleccion, aprobacion y consagracion de su Obispo, salieron inmediatamente para Toledo nobles y caracterizados representantes de la ciudad y dió-

cesi, clérigos y seglares, con el encargo de hacer presente al nuevo Obispo la alegría general que embargaba los corazones por tener un Prelado cuyas virtudes conocian, y del que tantos bienes espirituales y materiales esperaban. SAN JULIAN recibió á la comision con su acostumbrada dulzura y afabilidad; pero se negó á emprender el camino en su compañía, y con las comodidades y ostentacion que deseaban, y prohibió que la ciudad hiciese el mas pequeño festejo á su entrada, como estaba ya preparando. A los tres dias de haber partido de Toledo la comision de Cuenca, y despues de haberse despedido del Rey D. Alonso, salió para su diócesi el Santo Prelado, sin mas compañía que su inseparable Lesmes, sin mas que su breviario y su báculo, y á pie, como hizo el viaje de Búrgos á Toledo para encargarse del arcedianato, sin embargo de haber trascurrido desde aquella fecha veinte y nueve años, y contar á esta sazon la avanzada edad de sesenta y ocho.

A pesar de la fatiga del camino, antes de pasar á la casa episcopal, ni descansar un instante, así que entró en Cuenca se dirigió á la iglesia á visitar á la Vírgen del Sagrario, de la que fue siempre especial devoto. Despues de haber orado, marchó á su habitacion, que encontró adornada con demasiada riqueza, sin embargo de la humildad con que se dispuso, teniendo en cuenta los encargados de hacerlo las costumbres del que la iba á ocupar. Mandó á Lesmes que sacase todos los muebles innecesarios, dejando su cuarto tan desembarazado y humilde, como lo estuvieron siempre todos los que ocupó. A Lesmes le dió el cargo de su limosnero, y admitió á su servicio, porque él y Lesmes solos no podian de ningun modo atender á todo, á D. Ginés Chirmo, que siendo niño asistió con su padre á la toma de Cuenca, y desde cuya fecha le apreciaba SAN JULIAN, reconociendo en él grandes dotes de prudencia y santidad.

Despues de arreglar las cosas del clero, se ocupó de mo-

ralizar las costumbres del pueblo, y una de las cosas para que más trabajó fue para desterrar de Cuenca las corridas de toros, introducidas en Castilla con motivo de las bodas del Rey D. Alonso el VI, en que tuvieron lugar por primera vez en la ciudad de Búrgos. Sus gestiones para esto fueron inútiles, pues, á pesar de los pocos años que contaba la costumbre de correr toros en las grandes fiestas y solemnidades, era tan del agrado general esta fiesta, que la peticion de SAN JULIAN al Rey y á los grandes no produjo el deseado efecto: en vista de ello, y no considerando dignas de los sacerdotes tan sanguinarias diversiones, prohibió á los de su diócesi que asistieran á ellas, ejemplo que fueron siguiendo los demas Obispos.

En las primeras Ordenes que dió, elevó á la dignidad de sacerdote á su familiar D. Ginés, emprendiendo en seguida el camino en su compañía para girar una visita al obispado, quedando en Cuenca esta vez Lesmes solo para atender al cuidado de los pobres y á la construccion de una casita que habia dispuesto SAN JULIAN fabricar para su morada, y que, trazada por él, se edificó, dirigida la obra por Lesmes, en el sitio que luego se levantaron las casas Episcopales.

Colmado de bendiciones regresó SAN JULIAN á Cuenca para proseguir en ella su salvadora mision, y dedicarse á llevar á cabo las infinitas mejoras que le debió la ciudad, siendo una de ellas la casa de Espósitos, llamados *Niños de San Julian*, con cuyo establecimiento comenzó á evitar los continuos crímenes que se cometian en los recien nacidos, para ocultar la intemperancia de malvadas madres.

Hizo quitar las armas que su antecesor colocó en la iglesia, y que consistian en un castillo, sustituyéndolas con una jarra de azucenas, y en medio de estas una Vírgen, significando el Misterio de la Concepcion. Despues de su muerte se quitó la jarra, poniendo en su lugar la Vírgen dando una palma á SAN JULIAN, en memoria de la milagrosa apari-

cion que tuvo el Santo Prelado poco antes de morir, como se dirá en su lugar.

Todos los dias se hacia en su casa la olla para los pobres, que se distribuia por Lesmes en una gran pieza hecha apropósito para refectorio. El pan, despues de bendecirlo, lo repartia el mismo SAN JULIAN; y mientras comian los pobres pronunciaba una plática exhortándolos á la paciencia y resignacion en los trabajos y penas de la vida, recordándoles que más sufrió Jesus por la redencion del género humano. Se enteraba de la clase de vida que hacia cada pobre, y en qué ocupaba el tiempo, para evitar que su caridad en lugar de bienes produjera males; pues cuando la limosna recae en vagos y holgazanes, sobre robarse á los virtuosos á quienes pertenece, se fomenta la holgazanería, madre legítima de todos los vicios y crímenes que afligen á la humanidad. El hombre trabajador puede cometer faltas, delitos y hasta crímenes en momentos dados, y por circunstancias especiales; pero nunca tendrá el hábito del vicio, como le tiene siempre en mayor ó menor grado el vagabundo y ocioso.

SAN JULIAN tenia dedicadas todas las rentas de su obispado al lustre del culto divino y al socorro de los necesitados, y volvió á dedicarse con Lesmes, como en Búrgos, á fabricar cestillas, para con su producto atender al parco alimento suyo y de Lesmes, pues D. Ginés asistia al cabildo, del que recibia racion, y aun les sobraba con el producto de la venta de las cestas para aumentar las limosnas. «Era mucho el despacho de estas cestillas, dice la historia, porque en cada una de ellas llevaban los compradores un seguro depósito de milagros, como se esperimentó en una furiosa peste que afligió en tiempo del Santo Obispo á la ciudad, en la cual ningun enfermo las tocó que no hubiese encontrado en ellas la salud, prodigio que, aun despues de muerto el Santo, se esperimentó por largo tiempo en mu-

chas enfermedades, supliendo las cestillas de SAN JULIAN lo que faltaba al acierto de los médicos ó á la eficacia de las medicinas.»

Lesmes era el encargado de ir al campo por sarmientos; pero, sin embargo, no pocas veces los iba á buscar y cortar el mismo SAN JULIAN, y la tradicion ha dejado señalados varios sitios en las orillas de los rios Júcar y Güecar, donde el Santo Obispo cogia mimbres y confeccionaba cestas, orando al propio tiempo. Gustaba mucho de retirarse á un risco, distante como unos cuatrocientos pasos de la ciudad, y de una elevacion de ochenta, en el que habia un pequeño manantial, y para facilitar al vecindario el acceso á este, costeó la abertura á pico sobre la roca de una bastante cómoda escalera, conocida despues con el nombre de *El escaleron de San Julian.*

Ademas de los socorros públicos á los pobres de solemnidad, destinaba una gran parte de su renta á las limosnas privadas ó secretas, en las que era notorio gozaba mas que en las públicas, porque estas, háganse como se quiera, tienen que llevar siempre un cierto tinte de ostentacion que ofendia á su modestia y humildad. Tambien destinó crecidas sumas al rescate de cristianos cautivos; y para abreviar, pues seria inmensamente largo el relato de sus actos de caridad, diremos con el Padre Escudero: «No habia necesidad pública ni secreta que no remediase, ni afligido que no le consolase: moraba con los atribulados, y para todos era el universal consuelo: era manos del tullido, pies del cojo, y ojos para el ciego: las viudas hallaban en él sombra y amparo, y los huérfanos padre, siendo hartura de los hambrientos, y remedio universal de todos: en todo género de piedad resplandecia; ninguna cosa se pudo buscar en algun Prelado que no se hallase en SAN JULIAN.»

Grandes contrastes de pena y alegría sufrió el corazon del ejemplar Prelado. La falta de aguas por espacio de mu-

chos meses redujo al último estremo á la clase pobre de toda la provincia. Hiciéronse rogativas y públicas penitencias para conseguir del cielo el alivio á tan apremiante necesidad; pero el Señor desoia las plegarias, y la sequía era tal, que muchas fuentes cesaron completamente de correr, y los rios apenas llevaban el agua necesaria para beber. Los habitantes del campo y de diferentes pueblos se acogieron á la capital buscando un pedazo de pan, aumentando el conflicto, que ya era grande, pues estaban agotadas todas las existencias de granos. Acudian en tropel los pobres á casa del Obispo; pero este habia barrido hacia algunos dias sus cámaras, habia entregado á los pobres el último grano de ellas, y ni tenia dinero para comprar más, ni aunque dinero hubiera tenido, podria haber comprado trigo, porque ya nadie en Cuenca lo vendia. En tan ahogadora situacion, y cuando estenuados y famélicos se hallaban sentados en el suelo delante de la casa del Obispo muchísimos pobres, se presenta á SAN JULIAN una infeliz madre con un niño en brazos espirando de necesidad, pues á la madre se le habia retirado la leche por falta de alimento, y no tenia absolutamente ninguno que tomar ni que dar á su espirante hijo. Traspasado de dolor el corazon de SAN JULIAN con tan aflictivo espectáculo, se hinca allí mismo de rodillas, y con la vista elevada al cielo, dirige al Todopoderoso una ferviente súplica en favor de aquellos desdichados. En seguida manda á Lesmes, que, tan afligido como él, oraba tambien de rodillas, que suba al granero á ver si podia recoger siquiera un puñado de trigo para remediar aquella desdicha; pero Lesmes dice á su señor que es inútil subir, porque barrió tan perfectamente los graneros, que no quedó ni un solo grano de trigo. Insistió SAN JULIAN, obedeció Lesmes, subió, abrió la puerta del granero, y no pudo menos de gritar: ¡milagro! al contemplarle tan lleno como jamás lo habia visto. Bendiciendo con el mayor fervor á

Dios y á SAN JULIAN por tan asombroso milagro, comenzó á llenar costales y repartir trigo á los pobres, continuando por todo el dia en esta faena, que le produjo la dolorosa relajacion de los riñones, enfermedad que se fue agravando con los años, y de la cual al fin murió, segun afirman todos los que se han ocupado en escribir de su vida y virtudes. Al abundante socorro en grano que dispensó el Todopoderoso á los habitantes de Cuenca, por intercesion de su Santo Obispo, unió el consuelo de las lluvias al siguiente dia, llevando la alegría al seno de aquellos infelices, en quienes aumentó este suceso la fé y la esperanza en la Divina misericordia y el amor al Santo Obispo.

Aunque con diferentes variaciones en las formas, se repitieron en la esencia iguales prodigios por la oracion é intercesion de SAN JULIAN, pues en otra escasez de granos, casi tan estremada y aflictiva como la referida, llegaron milagrosamente recuas cargadas de trigo, que al dejar caer los costales á los pies del Santo, desaparecian sin que nadie viera por dónde.

El agrado con que el Supremo Hacedor veia la infinita caridad de su amantísimo siervo, lo demostró haciéndole tan distinguidos favores, que seria obra de muchísimas páginas el poderlos referir; pero una biografía no es una historia, y la pluma del biógrafo no puede ser tan detallada como la del historiador, ni correr como esta, y mucho menos cuando tiene una barrera insuperable en las dimensiones de la obra, anticipadamente marcadas, y ofrecidas al público. Sin embargo, consta en todos los autores antiguos que se han ocupado de SAN JULIAN, Obispo de Cuenca, una tan asombrosa demostracion de afecto que le dispensó Jesus, que no debemos pasarla en silencio. Para celebrar el primer dia del *Corpus* siguiente al milagro de haber Dios llenado de trigo los graneros, dispuso SAN JULIAN un gran banquete para los pobres, en el que se les servirian

muy abundantes y escogidas viandas. Llegada la hora, y llena la mesa de convidados, comenzaron SAN JULIAN y Lesmes á servir: SAN JULIAN ponia y quitaba los platos que Lesmes iba llenando; repartian entre los dos el pan y el vino, asistiendo con el mas solícito esmero á los convidados para que nada echaran de menos. Desde el principio de la comida llamó la atencion de SAN JULIAN un pobre desconocido, de aspecto venerable, que no hablaba una palabra, pero cuyo rostro parecia complacido de las viandas y el servicio: enterneciose SAN JULIAN al contemplarle, juzgando por sus maneras que debia ser alguna persona noble, á quien la fortuna habria puesto en aquel misero estado: contemplábale con respeto, y no se atrevia á preguntarle su nombre por no desagradarle, si por alguna causa queria que no le conociesen. SAN JULIAN deseaba no molestar al pobre, demostrando que habia fijado su atencion; pero al mismo tiempo una fuerza mayor que su voluntad le llevaba hácia el sitio que el pobre ocupaba, sin poder apartar la vista de él. Arrastrado últimamente por fuerza mayor, y sin poderse oponer al impulso de su alma, se sentó á su lado, y para animarle y agradarle se puso á comer con él. Muy complacido parecia el pobre con la distincion de SAN JULIAN, pues llegó este á honrar tanto á su convidado, que comia en el mismo plato que él.

SAN JULIAN sentia en su alma una alegría y placer indefinible, y un cariño hácia aquel pobre, cual no habia sentido jamás hácia ninguna persona humana: el pobre callaba, y solo de cuando en cuando bendecia la comida y á los convidados, y SAN JULIAN, absorto y contemplando á su huésped, fluctuaba en dudas iguales á las que tuvieron los Apóstoles cuando se les apareció Jesucristo en el camino del Castillo de Emaus, y cuando le conocieron en el modo de partir el pan. SAN JULIAN, lo mismo que los Apóstoles, no se atrevia á preguntarle quién era; pero Jesus, lo mismo tam-

bien que á sus discípulos, se dió á conocer á SAN JULIAN, y acabada la comida, le dijo: JULIAN, YO HE VENIDO HOY Á TU MESA Á SER TU CONVIDADO, PARA AGRADECERTE LO QUE HACES POR MIS POBRES: MIRA QUE TE LOS DEJO ENCOMENDADOS. Y concluidas estas palabras desapareció, dejando asombrados á todos por el compañero de mesa que habian tenido, y á SAN JULIAN con el alma encendida en amor divino por una distincion tan admirable.

No escasearon, por cierto, en Cuenca por aquellos años las calamidades públicas para acrisolar el celo y caridad de su Santo Prelado: al hambre que repetidas veces aquejó á la ciudad y á la provincia, sucedió una terrible peste que diezmaba horrorosamente la poblacion. Lo primero que hizo SAN JULIAN fue procurar abastecer la ciudad de los artículos de primera necesidad, para que la falta de alimentos no recrudeciese la dolencia, de suyo ya bastante mortífera, y señalar grandes sueldos á los médicos y cirujanos, y en seguida acompañado de Lesmes y D. Ginés, recorrer constantemente la ciudad, asistiendo á los enfermos, socorriendo á los que lo necesitaban, confesándolos y consolando á todos. Fue por algunos dias tan grande la mortandad, que faltaban brazos para conducir los cadáveres y darlos sepultura: á uno y otro ayudaba SAN JULIAN, llevando á la iglesia los cadáveres de los niños, porque sus fuerzas no le permitian otra cosa, y dándolos sepultura él mismo.

Envidioso Satanás de la gloria de este Santo Prelado, y furioso por la multitud de almas que le quitaba, apartándolas con su ejemplo y su palabra de la senda del infierno, y colocándolas en la del Paraiso, determinó trabajar para vencer su virtud con tentaciones de todas especies. Ya presentaba á su vista montones de oro para hacerle caer en la tentacion de poseerlos por malas artes, aunque fuera para emplearlos despues con los pobres; ya se disfrazaba de her-

mosa penitente que iba á pedirle consejos con palabras seductoras y escitantes confianzas, ó ya le mandaba doncellas desvalidas que solicitaban servirle y asistirle permaneciendo en su compañía; pero la virtud de SAN JULIAN salió siempre triunfante de las arteras mañas y traiciones de Luzbel y sus secuaces.

La divergencia de opiniones de los señores que componian el Consejo del Rey D. Alfonso IX, obligaron á este á llamar desde Guadalajara, en que se encontraba la corte en el año de 1207, al Obispo SAN JULIAN, para que le diese su dictámen en los graves asuntos pendientes á la sazon, y de inmensa trascendencia para la suerte de Castilla, como que eran entre otros el ir preparando las alianzas, armamentos y recursos para la guerra contra los moros, que á poco mas de los cuatro años dió por resultado la célebre batalla de las Navas de Tolosa. En un todo siguió el Rey los consejos de SAN JULIAN, dados ante todos los señores que componian el Consejo, con tal modestia, dulzura y tacto, que hasta los que con mas teson habian antes defendido contrarias ideas, aceptaron las de SAN JULIAN sin esfuerzo ni mortificacion.

Terminadas las Conferencias en la corte, y habiendo hecho el Rey importantes donaciones al obispado de Cuenca, regresó á esta ciudad el Santo Prelado, muy acabada ya su salud, y comenzando á despedirse su cuerpo de la vida. Lesmes, D. Ginés, los canónigos y cuantas personas notables encerraba la ciudad, instaban constantemente á SAN JULIAN para conseguir que aminorase el trabajo y la penitencia, se alimentara mas convenientemente, y diera descanso á su cuerpo en un lecho levantado del suelo; pero nada consiguieron: continuó el mismo género de vida, y no abandonó su cama en el suelo, á pesar de la perpétua calentura que iba consumiendo apresuradamente aquella preciosa vida. Hizo testamento, dejando renta fija para los ni-

ños espósitos, para dar todos los dias pan á los pobres á la puerta de la casa episcopal, y para dotar cierto número de doncellas pobres; disposiciones todas que se respetaron y guardaron religiosamente despues de su muerte. Á los niños espósitos los vistieron de azul, poniéndolos por distintivo una cesta bordada en el pecho; al pan que diariamente se repartia á los pobres, le distinguieron con el nombre de *El panecillo de* SAN JULIAN, y á las doncellas pobres que se casaban, se les entregaba el dote en la iglesia catedral el dia de SAN JULIAN.

Despues de arregladas las referidas y otras limosnas perpétuas, mandó que todo cuanto habia en la casa se repartiese entre los pobres, reservando solo para sí las vestiduras pontificales, para con ellas recibir mas dignamente al Señor. Colocado en el suelo, en un lecho de ceniza, y por cabecera una piedra, vió acercarse su última hora; mandó disponer un altar en la estancia, con una imágen de la Vírgen que tenia en su oratorio, muy venerada despues en Cuenca con el nombre de Nuestra Señora del Socorro, y se dispuso á recibir el Santo Sacramento, que fue acompañado de todo el clero y nobleza de la ciudad, recibiéndolo de rodillas sobre la ceniza, sostenido por Lesmes, anegado en llanto, pues la debilidad no le permitia sostenerse de rodillas sin ayuda, y no fue posible conseguir de él que recibiese echado ó sentado el Santo Viático. Recibido éste, se despojó de los ornamentos de su dignidad, se vistió un áspero cilicio, y se tendió sobre la ceniza á esperar orando su último momento. «Entrando ya en la agonía, vió en éxtasis venir hácia sí una hermosísima doncella. de blanca vestidura, y despidiendo torrentes de luz, coronada de rosas, y acompañada de multitud de vírgenes, que cantaban con dulcísima armonía aquel verso del Eclesiástico: *Veis aquí al gran sacerdote, que en sus dias agradó al Señor.*

»Diole milagrosas fuerzas la visita celestial: hincose de

rodillas, rindió mil gracias á la Madre de Dios por aquel inestimable favor, y alargándole una palma la benignísima Señora, le dijo: *Toma, siervo de Dios, esta palma en señal de la virginidad y pureza que siempre has guardado.* Desapareció la vision, y poco despues se fue tambien tras ella la purísima alma de nuestro Santo, desprendida de su cuerpo un domingo 28 de enero del año de 1208, á los ochenta de su edad. Al mismo tiempo que espiró, vieron cuantos se hallaron presentes que salió de su boca un hermoso ramo de palma más blanco que la nieve, el que se fue elevando por el aire hasta esconderse en los cielos, los cuales se rasgaron á vista de todos, y se oyó una música celestial.»

Así que espiró le levantaron del suelo, y depositándolo en una cama le quitaron la ceniza que habia echado sobre sí para morir, y que repartieron como reliquia: le pusieron el vestido sacerdotal, capa y mitra, en la mano derecha la palma que le dió la Vírgen, y en la izquierda el báculo, y despues lo depositaron en una decente caja.

Inmensa era la concurrencia de afligidísimos amantes de SAN JULIAN que de la ciudad y pueblos inmediatos acudian á adorar el Santo cuerpo: la iglesia de Cuenca, á fuer de agradecida y obligada á los beneficios de su Prelado, celebró en su obsequio solemnes honras por espacio de nueve dias, con asistencia completa del clero. Segun todos los historiadores, obró Dios durante el novenario infinito número de milagros en los enfermos que acudieron á visitar el Santo cuerpo, quedando sanos instantáneamente. Fue sepultado en la capilla de Santa Águeda, no sin ser esta abundantemente regada con las lágrimas de todos los presentes, que se consideraban solos en el mundo al perder de vista el Santo cuerpo del Prelado que los habia regido, enseñado y consolado por espacio de doce años.

Al siguiente dia del entierro, reunido el Cabildo, las autoridades y la nobleza de Cuenca, acordaron por unanimi-

dad declarar á SAN JULIAN patrono del obispado y la ciudad, y su abogado para con Dios. Pusieron en las armas y sellos un óvalo, dentro del cual se veia á la Vírgen dando la palma á SAN JULIAN, y alrededor una inscripcion latina que, traducida, dice así: «JULIAN, *Obispo de Cuenca, á quien María, Señora nuestra, honró con el triunfo de su palma.*»

El recuerdo de los prodigios obrados por Dios en el nacimiento y bautismo de JULIAN, sus admirables virtudes, los milagros durante su vida y despues de su muerte, le dieron la opinion universal de Santo; y como á tal, todos le honraban y acataban, dándole culto, celebrando su fiesta, y teniendo lugar en el Calendario.

Trescientos once años permaneció el santo cuerpo de SAN JULIAN en el mismo sitio en que fue sepultado en la capilla de Santa Águeda, sin haberse entibiado ni un solo dia la devocion al Santo Obispo patron de Cuenca, que iba trasmitiéndose de una en otra generacion, continuando hasta la nuestra. Pasado dicho tiempo, es decir, por el año 1518, ocupando el Solio Pontificio Leon X, reinando en España el Emperador Cárlos V, y siendo Obispo de Cuenca D. Rafael Ricario, Cardenal de la Santa Iglesia de Roma, con el título de San Jorge y Balebro, se pensó formalmente en llevar á cabo el antiguo y general propósito de trasladar el santo cuerpo de SAN JULIAN. Dos causas se unieron por esta época al constante deseo de la traslacion: era la una, el estado en que se hallaba la sepultura, el cual se manifiesta en las siguientes líneas, que copiamos del historiador Fr. Antonio de Santa María, uno de los escritores que mas latamente se han ocupado de SAN JULIAN.

«Uno de los motivos que tuvo la Santa Iglesia para tratar con mucha viveza de esta traslacion, fue que la piedad de los fieles, como esperimentaban tantos prodigios, ya que no le podian ver, cada uno procuraba llevar tierra de

su sepulcro, para su devocion y remedio de sus enfermedades; y esto con tanta porfía, que venciendo la veneracion al culto, se valian, no solo de cuchillos, sino tambien de picos, para llevar, no solo tierra de su sepultura, sino es tambien pedazos de piedra de la laude que tenia sobre sí, de calidad que ya metian los brazos por la piedra quebrantada, y sacaban astillas e la caja á donde estaba el Santo cuerpo, para traer por la misma reliquia, y los polvos los guardaban para las enfermedades; y siempre se esperimentaban nuevos prodigios, de lo cual podia referir muchos milagros.»

La otra causa eran las alarmantes voces que corrian por Cuenca, sin saberse de dónde procedian, de que los burgaleses, queriendo tener en su ciudad el cuerpo de su paisano SAN JULIAN, como tenian el del limosnero San Lesmes, habian sacado furtivamente el cuerpo del Obispo y se lo habian llevado á Búrgos.

En vista, pues, de uno y otro, determinó el Cabildo que se procediese á la traslacion, comisionando para disponer lo necesario á los canónigos de aquella Santa Iglesia D. Gomez Carrillo y D. Eustaquio Muñoz. Prudentes y previsores estos, y deseando evitar un tumulto y conflicto, si por casualidad era cierta la sustraccion del cuerpo del Obispo, determinaron hacer un prévio reconocimiento de la sepultura, acompañados de personas autorizadas y respetables, y al efecto invitaron á los inquisidores de Cuenca D. Pedro de los Rios y D. Juan Yañez, y á varios prebendados. Puestos todos de acuerdo, pasaron juntos á la iglesia, entrada bien la noche del domingo 17 de enero, llevando un notario para que diese fé de cuanto se hiciera, y los operarios convenientes para levantar la piedra, y trabajar lo que fuese necesario en la sepultura. Teniendo cada uno un hacha encendida, rodearon el santo sepulcro, mientras los obreros trabajaban para desembarazarlo de la losa y

tierra. Al levantar la primera, salió un fuerte golpe de viento, que apagó algunas hachas, y en cuanto removieron la tierra que cubria la caja, embalsamó la iglesia una suave y deliciosa fragancia, desconocida para todos ellos. Esto les bastó para convencerse de que existia allí el santo cadáver, y sin llevar mas adelante el reconocimiento, se volvió á cerrar la sepultura. Al dia siguiente los dos referidos comisionados mandaron construir una hermosa caja de sabina, guarnecida de terciopelo carmesí, con clavazon dorado, y estando concluida á los once dias, el 29 del propio mes de enero, volvieron á la iglesia, tambien de noche, los mismos que habian asistido al primer reconocimiento. Levantada la piedra quitaron la tierra que cubria la caja, y que se repartió como reliquia entre los fieles, y sacaron la caja, que exhalaba la misma deliciosa fragancia que la vez primera, dentro de la cual hallaron el santo cuerpo incorrupto, completamente entero, el rostro agradable, sin la mas leve mancha, y el cabello cano y tan conservado como si acabaran de sepultar el cuerpo. Las vestiduras asimismo enteras sin el menor desperfecto, y tan fuertes, que para poder quitar una pequeña reliquia que tenia cosida, fueron menester tijeras. Estaba vestido de pontifical, con mitra de raso blanco bordada de oro, y este, tan hermoso y brillante, como si saliera en aquel momento de manos del artista ; cáliz y vinajeras de plata; sobre el pecho una cruz, y en las manos la palma que le dió la Virgen, y el báculo. La cabeza descansaba en una almohada de plumas, tan perfectamente conservada como todo lo demas.

Cubiertos convenientemente con las vestiduras sagradas los dos referidos canónigos, D. Gomez Carrillo y D. Eustaquio Muñoz, sacaron el Santo cuerpo de la primitiva caja, que, partida en pequeños pedazos luego, fue repartida como reliquia, y le colocaron en la nueva, depositándola provisionalmente en la capilla del Sagrario, hasta que se verifi-

case la pública y solemne traslacion, para la cual se señaló el dia 5 de setiembre, espidiéndose las órdenes convenientes para que en dicho dia se hallara en Cuenca todo el clero del obispado, y los párrocos con sus cruces.

Inmenso fue el gentío que acudió á esta solemnidad, y pueblo hubo en la provincia que quedó completamente solo, pues aun los enfermos é imposibilitados se hicieron llevar á Cuenca para pedir la salud al Santo, que largamente repartió sus celestiales dones haciendo innumerables milagros. Hallábase á la sazon en Roma el Cardenal Obispo de Cuenca, D. Rafael Ricario, y en su defecto celebró la Misa de Pontifical el Obispo titular D. Juan de Tapia, y terminada la Misa salió la procesion, llevando el cuerpo de SAN JULIAN por las calles principales, que tantas veces habian cruzado las santas plantas del ilustre Prelado, para llevar los auxilios espirituales y corporales á los desvalidos y necesitados. Bien entrada la tarde volvió la procesion á la iglesia, pues aunque no fue demasiado largo el terreno que recorrió, era tal el gentío que apenas se podia dar un paso. Los vecinos de Cuenca agotaron todos los recursos de su imaginacion para colgar y adornar las casas y los altares que pusieron en diferentes calles, y para iluminar tres noches la ciudad con una profusion de luces tal que á muchas leguas de distancia se percibia la claridad.

Para evitar irreverencias estaba depositado el cuerpo en la capilla del Sagrario, y cerradas las dos puertas, que era necesario abrir para llegar hasta él, pues sin tal precaucion hubiera sido imposible conservar nada de cuanto le rodeaba, ni aun el mismo cuerpo, porque era universal el ardiente anhelo de poseer reliquias de tan admirable Santo.

A los cuatro dias de la procesion, viendo un vecino de Cuenca, llamado Juan de Moya, que un hijo pequeño que tenia se moria por momentos, y que los médicos no daban la mas leve esperanza de salvarle de la dolencia que venia

hacia tiempo padeciendo, le tomó en brazos y lo llevó á la iglesia para tocarlo á la caja que contenia el cuerpo de SAN JULIAN. La iglesia estaba abierta, pero cerrada la capilla, y por mas que suplicó no quisieron abrirla para él ni para dos mudas que tambien aguardaban con el fin de rogar al Santo que les concediese el habla, sin la cual habian nacido y vivido hasta entonces. No pudiendo, pues, entrar en la capilla y acercarse al cuerpo del Santo, llorosos y afligidísimos los tres se pusieron á orar fervorosamente delante de la puerta; y al poco tiempo, dirigiéndose á Juan de Moya uno de los mudos con el rostro radiante de alegría, le dice con clara y sonora voz: *Abra vuestra merced la puerta, que ya han abierto por la parte de adentro*. Llegó Juan, la empujó, y encontró que efectivamente estaba abierta, y al llegar á la segunda dijo el otro mudo: *Abramos, que quien abrió la primera abrirá la segunda*; y así sucedió efectivamente; no habiendo dentro nadie, ni puerta por donde poder entrar ni salir ninguna persona. Puso Juan el niño á los pies del Santo, cubierto con el paño de brocado que caia hasta el suelo desde la caja, y de rodillas al lado de esta, en compañía de los dos, que fueron mudos y ya hablaban con soltura y facilidad, se puso á orar, pidiendo á SAN JULIAN la vida y salud de su moribundo hijo. No hizo muy duradera el Santo Obispo la angustia de Juan de Moya, pues á los pocos instantes levantó el mismo niño el paño con que estaba cubierto, y comenzó á llamar á su madre y á su padre, que enloquecia de contento á vista del milagro, volviendo á tomar en brazos á su hijo completamente bueno, y tan cariñoso y animado como antes de caer enfermo. Sin tregua ni de un solo dia se repitieron tan asombrosos milagros durante la permanencia provisional del Santo cuerpo en la capilla del Sagrario, hasta que fue colocado en el lugar que hoy ocupa. El dia que menos, segun afirma el referido cronista Fray

Antonio de Santa María, obró Dios, por intercesion de su Santo siervo SAN JULIAN, diez y seis milagros, elevándose este número en varios dias hasta treinta.

Con respecto á la reliquia que desde aquella época se guardó en la capilla del Sagrario, dándose á adorar á los fieles dos veces al año, consistente en parte de un dedo de la mano de SAN JULIAN, metido en un relicario de oro, hay dos versiones: Dicen unos que los canónigos é inquisidores citados arriba, á cuya presencia se abrió la sepultura y se sacó el Santo cadáver, determinaron, al pasarle á la caja nueva, tomar una parte de su cuerpo para tener una reliquia manuable que dar á la adoracion pública de los fieles, y que al efecto cortaron una falange de dedo, que es la que contiene el relicario. Y otros dicen: «Dos dias despues de haberse celebrado la procesion general sucedió un caso bien notable, y fue que dos caballeros, llamados Pedro de Valdés y Gil Muñoz, pidieron con instancia que les enseñaran el Santo cuerpo para venerarlo y adorarlo; consiguieron lo que deseaban, y llegando Pedro de Valdés á besar las manos del Santo, le quitó con los dientes un pedazo de carne y un artejo del dedo anular: salió de la capilla del Sagrario muy contento de haber hecho aquel piadoso hurto: fuéronse los dos amigos á la plaza, y no sé por qué embarazos se formó una pendencia, y sacaron las espadas, pero á los primeros tiempos le dieron una cuchillada á Pedro de Valdés y le cortaron de su mano tanta carne como él habia cortado de la mano del Santo: conoció que aquello era pedir SAN JULIAN lo que era suyo, y restituyó luego la reliquia del Santo, que algunos son de parecer que esta es la reliquia que adoramos el dia de SAN JULIAN.»

Pocos sepulcros se han visto tan honrados como el de SAN JULIAN, Obispo y patron de Cuenca, y tarea sumamente larga seria el poner la lista de los Reyes, Infantes,

Cardenales, Obispos, Grandes de diferentes reinos y altos personajes que le han visitado, doblando ante él la rodilla en testimonio de veneracion á los santos restos de tan sublime Prelado.

SAN LESMES, LIMOSNERO DE SAN JULIAN, ESPAÑOL.

En la anterior biografía de San Julian, Obispo de Cuenca, dijimos que muertos sus padres realizó la herencia, repartiéndola entre los pobres, reservándose únicamente lo necesario para construir una casita junto al Santuario del Cristo de Búrgos, en la que fijó su residencia sin mas compañía que LESMES. Refiriendo esto mismo D. Alonso Nuñez de Castro, se esplica en estos términos: «Tenia San Julian en su compañía un Santo clérigo, natural de la ciudad de Búrgos, llamado Adalelmo, que en Cuenca llaman LESMES.» Esta esplicacion del nombre, y la circunstancia de haber muerto en Búrgos dos Santos LESMES en enero, con solo dos dias de diferencia, aunque con mucha respecto al año, produjo equivocaciones y errores en la aplicacion de algunos hechos á las vidas respectivas que han venido siguiendo algunos historiadores, esceptuando por supuesto el fundador de la nunca bien ponderada *España Sagrada*, Maestro Enrique Florez, y el de las *Acta Sanctorum*, P. Juan Bolando, y los ilustrados continuadores de ambas obras. SAN LESMES ó Adalelmo, como le llamaban en Francia, su patria, nació en Leon, fue uno de los más célebres Abades Benedictinos: vino á España llamado por el Rey de Castilla D. Alfonso el VI, que le puso en el Monasterio de San Juan Evangelista de Búrgos, del que fue Abad, y donde murió en el año de 1097, segun la *España Sagrada*; es decir, mucho antes de que naciera SAN LESMES, el limosnero de San Julian, que en el Calendario español corresponde á este dia en que vamos, 28 de enero, y al dia 30 el San Lesmes ó San Adalelmo, Abad, francés de nacimiento, pa-

trono y abogado especial de Búrgos, en cuya honra se edificó un templo.

SAN LESMES, el limosnero de San Julian, fue natural de Búrgos, é hijo de padres humildes, que ganaban su sustento haciendo cestas, á cuyo oficio dedicaron desde muy niño á su hijo. Siendo todavia muy jóven entró al servicio de los padres de San Julian, mientras se hallaba este estudiando en la Universidad de Palencia. Cuando muerta la madre de San Julian regresó este á Búrgos para consolar y asistir á su padre, encontró en la casa al sirviente LESMES, que á pesar de sus pocos años, pues era bastante mas jóven que San Julian, desempeñaba los quehaceres que le estaban encomendados, con un juicio, aplomo y celo por agradar, que revelaban desde luego escelentes inclinaciones. Los informes que dió á San Julian su padre del esmero con que LESMES asistió á su madre en la última enfermedad, y la amorosa solicitud que empleó despues con él en la aflictiva soledad en que quedó, predispusieron de tal modo el ánimo de San Julian en favor del jóven doméstico, que mas le trataba y consideraba como á un compañero y amigo que como á criado.

Era LESMES de ingenio vivo y clara inteligencia, pero ajeno completamente á toda instruccion; y queriendo San Julian recompensarle los cuidados que habia empleado con su madre y su padre, determinó instruirle, y comenzó por enseñarle á leer y escribir, lo que aprendió con suma facilidad y en poco tiempo. Contento cada dia mas San Julian de su discipulo, continuó sus lecciones con ánimo de prepararle para el servicio de la Iglesia, al que LESMES manifestaba decidida aficion. Muerto el padre de San Julian, se retiró este con LESMES, como ya sabemos, á la casita pegada al Santuario del Santísimo Cristo de Búrgos, y nada nos vuelve á decir la historia sobre los estudios de LESMES. No hay conformidad en los autores sobre si fue

ó no ordenado: los que lo niegan, fundan su opinion en que si hubiera sido sacerdote no se hubiera ocupado en vender cestas por las calles y plazas, ni hubiera medido y repartido el trigo llevando á hombro los costales, trabajo que le produjo la relajacion de riñones, de cuya enfermedad murió. Nosotros no controvertimos; pero aceptamos lo que dice la *España Sagrada* en el tomo XXVII, y copiando al erudito Maestro Florez, decimos:

«Era, pues, LESMES *presbítero*, porque así convenia en el que era único compañero del Santo Obispo, para ayudarle en las cosas sagradas del ministerio, y en los desahogos de su espíritu y conciencia. La humildad, la pobreza evangélica y santidad de los dos, no se deslucia por falta de ostentaciones esteriores: y como ni en San Julian ni en el Apóstol San Pablo fue indecencia el mantenerse con el trabajo de sus manos, tampoco desdecia del Presbítero SAN LESMES el medir y repartir trigo á los pobres, á fin que otro no llevase el mérito de tan humilde y caritativo ejercicio, como lo era tambien el de vender las cestillas y labores con que se mantenian, porque en aquel tiempo envidiable del restablecimiento de las iglesias, renovaban el primer fervor apostólico en humildad, pobreza y predicacion, con ostentacion de espíritu, no mundana esterior, y así les honraba Dios con muchas maravillas, porque ponian su honor en mirar por la Casa de Dios, no por el lucimiento de sus casas.»

Las mismas privaciones, las mismas penitencias, los mismos caritativos desvelos por los pobres y desgraciados distinguieron á LESMES que á San Julian, y esceptuando aquellos actos en que la alta dignidad de Prelado y su superior inteligencia tenian que hacer precisa distincion entre San Julian y SAN LESMES, la santidad de vida fue idéntica en un todo.

El trabajo corporal, como queda ya dicho, relajó de los

riñones á LESMES, y cuando murió San Julian, sufria ya mucho, y habia tomado su dolencia un carácter sumamente grave, que se hizo todavía mas penoso al poco tiempo, porque á la relajacion de los riñones se agregó un constante é intenso dolor de estómago, que no le dejaba descansar un momento. A pesar de tan débil y lamentable estado, fue á pie á Búrgos, su pueblo natal, en el que continuó la misma santa vida que siempre hizo. Aunque encorvado constantemente y con vacilante paso, visitaba los hospitales para consolar á los enfermos y asistirlos en lo que podia, y su mayor sentimiento era no poder trabajar y ganar para socorrer á los pobres. Diez años sobrevivió á San Julian, muriendo en el de 1218, despues de haber soportado con la mas admirable paciencia y resignacion su larga y dolorosa enfermedad. Es invocado por los que padecen dolores de riñones, y gran número de enfermos y devotos de muchos pueblos acudian á Búrgos á pedir al Santo alivio para sus dolencias, habiéndose verificado infinitas curas instantáneas y milagrosas. En el año de 1680, reinando en España D. Cárlos II, fue solemnemente trasladado su cuerpo de la capilla del Arzobispo D. Enrique á la de Santa Catalina, que fue despues de San Juan de Sahagun.

SAN VALERIO, OBISPO, ESPAÑOL.

VALERO, segun unos, y VALERIO, segun los mas, fue el nombre de este Santo Obispo de Zaragoza, que floreció y murió á principios del siglo IV. Las grandes vicisitudes porque ha pasado la célebre ciudad de Zaragoza desde la mas remota antigüedad, y las repetidas quemas de sus archivos, son causa de la lamentable escasez de sus noticias históricas de los primitivos tiempos, en los que tan grande y gloriosa se ostentó, produciendo infinitos héroes de la Religion cristiana, que fueron asombro de los gentiles y alien-

to vivificador de los soldados de Jesus. Ignórase del todo la série de sus Prelados anteriores á VALERIO, siendo este el primer Obispo de quien con seguridad habla la historia, aunque dando muy reducidas noticias, pues sin decir mas que era descendiente de una de las esclarecidas familias naturales, como él, de Zaragoza, nos le presenta estudiando ya letras sagradas y profanas.

Fue de carácter afable y humilde, y muy desconfiado de su entendimiento, no fiándose de sus propias luces, y consultando con todas las personas de letras, á las que consideraba y respetaba con la mayor sumision. Pero tanto estas como todos los habitantes de la ciudad, contemplaban admirados los rápidos progresos del jóven en las ciencias, á lo que se unia un género de vida tan puro y unas costumbres tan santas, que nadie dudaba de que VALERIO estaba llamado á dar dias de mucha gloria á su patria.

A medida que aumentaba en años, aumentaba en ciencia y virtudes, siendo proverbial su tino, prudencia y honradez; y como en aquellos tiempos, especialmente para las dignidades y oficios sagrados, la virtud y aptitud era la única recomendacion, fue por aclamacion colocado en la Silla episcopal.

Grandemente correspondió á la confianza que todos en él tenian, pues inmediatamente comenzó á difundir la luz de su sabiduría y los bienes de su infinita caridad. Era el auxilio y amparo de todos los necesitados y afligidos, y no vió jamás correr lágrimas que no se apresurase á enjugar. Y si gran celo y esmero ponia en proporcionar remedios corporales y bienes materiales, su cuidado por los morales era todavía mas prolijo y esmerado, considerando que el alimento puro para el alma que tiene vida eterna, merece mas atencion que el del cuerpo, que, mas tarde, mas temprano, ha de convertirse en tierra.

Conociendo que el principal medio, y acaso el único, de

conservar y afirmar en los corazones del pueblo el espiritu del Evangelio es dotarle de aptos y virtuosos apóstoles, que con su voz y su ejemplo dirijan las almas por el camino de la gloria, tuvo un especial cuidado en conocer las costumbres de los sacerdotes, á los que nada toleró jamás que pudiera redundar en perjuicio de la santa doctrina del Crucificado.

La eleccion para su diácono del glorioso Mártir San Vicente, su discipulo, cuya biografía va en el dia 22 de este mes, prueba cumplidamente el acierto de SAN VALERIO para atraerse ilustres campeones de Jesus, instruirlos é inflamar sus corazones con el santo fuego de la fé cristiana.

El cuidado particular de su diócesi no le hacia olvidar sus deberes generales de proteger la masa comun de defensores del cristianismo, teniendo presente que imperaba el feroz Diocleciano, perseguidor constante y sanguinario de los adoradores de la Cruz. Puestos de acuerdo los Obispos, determinaron reunirse con el fin de conferenciar y elegir los medios más oportunos y seguros para fortalecer en el pecho de los fieles la doctrina del Redentor, y el valor para confesar sus creencias en todo trance y peligro. Se reunió, pues, Concilio, que fue el primero de España, en la ciudad de Iliberis, hoy Granada, al cual asistió el Obispo SAN VALERIO y firmó en sesto lugar. Se establecieron en él canones muy oportunos para confundir la idolatría y dar ánimo y santos brios á los que habian recibido el bautismo.

Terminado el Concilio regresó á Zaragoza, y poniendo por obra todo lo en él acordado, dió las órdenes é instrucciones convenientes á sus diocesanos para proseguir con más energia la propagacion de la fé, predicando constantemente el Evangelio.

De nacimiento era VALERIO algo tartamudo, y como digimos en la biografía de su diácono San Vicente, aunque con mucho trabajo y suma constancia venció algo este de-

fecto físico durante su juventud; mas los trabajos y los años debilitaron su naturaleza, y le privaron de las fuerzas que necesitaba emplear para hacer oir su voz bien inteligible desde el púlpito, cuya falta suplió Vicente con la mayor brillantez, enseñando y fortaleciendo en la fé á los cristianos y convirtiendo gran número de gentiles.

Por el año de 303 comenzó la persecucion de Diocleciano contra los cristianos, y queriendo el Presidente Daciano demostrar á su Emperador que en España secundaba con el mayor celo sus mas pequeños deseos, espidió órdenes rigurosísimas, imponiendo terribles penas á los que siguiesen practicando los preceptos de la doctrina de Jesus. Entre las personas que fueron presas por su órden en las diferentes ciudades de su jurisdiccion, lo fueron en Zaragoza el Obispo VALERIO y su diácono Vicente, y mandados conducir á pie y cargados de cadenas á Valencia, para comparecer ante su tribunal. Horrible trato recibieron por el camino los dos Santos; pero ni los golpes, ni los insultos, ni el hambre y la sed, debilitaron sus fuerzas físicas ni morales, y con asombro general, llegaron ágiles y sanos, y con el júbilo y satisfaccion retratada en sus semblantes.

Con afable rostro los recibió Daciano, intentando atraerlos por la amabilidad, y hasta comenzó á hablarles con cortesanía, enseñándoles una estátua de Diocleciano allí colocada, delante de la cual habia un brasero con lumbre, y un almohadon en el suelo, y en seguida les dijo:

—«Los Emperadores de Roma han mandado que se conserve la antigua religion de los dioses, entre los cuales, por sus hazañosos hechos, merece Diocleciano ser puesto y adorado. Aquí está su estatua, conviene que de rodillas en aquella almohada le ofrezcais incienso en el brasero que allí está puesto.»

Comenzó el Obispo VALERIO á responder á Daciano; pero advirtiendo Vicente que su voz entrecortada y balbu-

ciente producia gran contento en Daciano y los demás idólatras, traduciendo por miedo el defecto físico de su Prelado, le dijo:

—«¿Por qué ¡oh padre mio! hablas entre dientes, que das muestra que tienes temor á este tirano? Levanta la voz para que todos te oigan, y la furia de este enemigo sea quebrantada. Y si no, dame licencia, que yo le responderé.

—»Yo te la doy, dijo VALERIO, para que vuelvas por la fé, pues antes de ahora te encargué la predicases.»

Con esta licencia el valeroso levita contestó confundiendo á Daciano, y echando por tierra completamente su plan. Furioso el Presidente, resolvió emplear en el castigo y tormento de Vicente todos los recursos é instrumentos de su diabólico arsenal para martirios, dejando con vida al Obispo VALERIO, y disponiendo que inmediatamente saliera desterrado. Pero no fue piedad lo que le movió á dejar con vida á VALERIO; por el contrario, queria su existencia para acibararla constantemente. Era anciano, débil y achacoso el Obispo; inofensivas por consiguiente sus facultades corporales: su predicacion no era tampoco temible, porque su balbuciente voz no podia llegar inteligible y persuasiva á los tardos y rebeldes oidos de los paganos: era compasivo, misericordioso y amante de los cristianos, y los tormentos de estos tenian que afectarle profundamente, y atormentando de contínuo á estos, lograba vengarse del anciano VALERIO, dilatando sus tormentos, y acreciéndolos dia por dia. A este feroz cálculo de Daciano debió la vida SAN VALERIO.

Fue llevado, pues, sin la menor tardanza, para cumplir con la sentencia de destierro, á un lugarcillo miserable llamado Enet, á una legua próximamente de Barbastro, en la ribera del Cinca, desde cuyo punto podia casi presenciar los terribles y sangrientos sacrificios de cristianos, que con tanta frecuencia se sucedian en aquella comarca. En se-

guida llegó á su noticia el glorioso triunfo que su diácono Vicente habia alcanzado en Valencia, confesando la fé entre los horribles tormentos que sufrió, no con paciencia y resignacion, sino con el mas inefable gozo y alegría. El piadoso y amantísimo Prelado pedia á Dios constantemente no le quitase la vida sin haber logrado medios de edificar una iglesia en honra del Santo Mártir Vicente. Dios le concedió ver realizado un deseo que humanamente parecia imposible; pero el Altísimo predispuso las voluntades de manera, que en medio de las calamidades del destierro, y hallándose destituido VALERIO de toda posicion para alcanzar recursos, acudió á él la piedad de los fieles, y le proporcionó los fondos que eran necesarios.

Satisfecho este deseo y consolada su alma, dedicose á pedir constantemente al Señor que le llevase á ver en la gloria á quien dejaba en la tierra un monumento de veneracion. Conoció finalmente que propicio Dios á sus súplicas, iba á satisfacer muy pronto tambien este deseo, y se dispuso con el mayor fervor á dejar el mundo, ejercitándose perpétuamente, á pesar de su ancianidad, en ayunos, penitencias y meditacion de las grandezas divinas, rogando sin tregua al Redentor y á su Santísima Madre que cuanto antes rompieran los lazos que le unian con la humanidad, para ir á gozar de las eternas recompensas.

«Sucedió por fin su dichosa muerte en el año del Señor de 315, habiendo vivido en el destierro con invicta paciencia once años. Su cuerpo fue sepultado por los cristianos en el castillo de Estrada, en donde se mantuvo con gran veneracion, obrando Dios contínuamenta por la intercesion de su siervo muchos portentos y maravillas con los que sencilla y devotamente imploraban su patrocinio. En la venida de los sarracenos pereció con la destruccion del castillo de Estrada la memoria de las preciosas reliquias, hasta que en el año de 1050 se dignó Dios revelar el lugar

donde reposaban al devoto Arnulfo, Obispo de Roda, quien trasladó el cuerpo del Santo á su Silla, colocándolo en la iglesia de San Vicente. Poco despues de la conquista de Zaragoza, sucedida en diciembre de 1118, obtuvo su Obispo y Cabildo, á fuerza de ruegos, del Obispo de Ribagorza, Raimundo, que habia ido á felicitarlos, la gracia de que les diese un brazo entero de su Santo Prelado. Hízose la traslacion con tanta pompa y aparato, y manifestó el pueblo tan estraña alegría, que salian todos, sin distincion de clases, edades ni sexos, al camino, dando saltos de contento, y haciendo otras demostraciones que llenaron de sorpresa á los mahometanos, no pudiendo ver sin risa que se hiciesen tales fiestas por un hueso de hombre muerto.

»Dios, que tiene gran cuidado de honrar á sus siervos, y de manifestar á los infieles con prodigios las verdades de la Religion cristiana, quiso cumplir uno y otro, haciendo que á la presencia de la Santa reliquia saliese el demonio del cuerpo de un infeliz energúmeno, á quien atormentaba con horrorosos dolores y contorsiones, que ponian espanto á cuantos le veian. En el año de 1170 fue el Rey Don Alonso II á celebrar la fiesta del Nacimiento de Cristo á la iglesia de San Vicente de Roda, y suplicó á su Obispo Don Guillen Perez y al Capítulo que le hiciesen merced de darle la cabeza de SAN VALERIO. Condescendieron gustosos con la devocion del Príncipe, quien entregándola al Obispo de Zaragoza, hizo que se trasladase á esta ciudad, donde se venera con suma devocion en la iglesia de Seo. Otras muchas iglesias se honran con alguna reliquia de este Santo Prelado, especialmente Castellon, lugar perteneciente al ducado de Hijar, al cual manifestó una particular proteccion cuando vivo, y mucho mas despues que reina con Dios en los cielos. Los prodigios que han visto sus devotos, y las mercedes señaladas que por su intercesion han recibido de la divina mano, dificultosa-

mente pueden reducirse á número determinado; y solo los preciosos dones con que la casa del duque de Hijar ha manifestado su agradecimiento por los favores que ha recibido de este Santo, son una prueba de la largueza con que socorre á sus devotos, y del alto grado de gloria con que Dios ha coronado sus merecimientos.»

DIA 29.

San Francisco de Sales, Obispo y Confesor, *Saboyano.*

SANTA RADEGUNDIS, VÍRGEN, ESPAÑOLA.

SANTA RADEGUNDIS ó RIDEGUNDIS, pues con ambos nombres se encuentra en la historia, aunque mas aceptado el primero, honró con su venida al mundo y su santa vida nuestra provincia de Búrgos, en la que vió la luz primera, al comenzar el siglo XII. Algun escritor la hace natural del pueblo de Villamayor: nosotros ni lo aceptamos ni lo rechazamos por completo: solo diremos que no hemos encontrado justificada esta noticia en Florez, Bolando, Gonzalez Dávila, Rivadeneira y otros tan autorizados, aunque todos, sí, están conformes en que nació en la provincia de Búrgos. No hay noticias del nombre y calidad de sus padres, y la historia nos la presenta por primera vez jóven todavia, pero ya religiosa Premostratense en el Monasterio de San Pablo, habiendo sido la última religiosa de él, pues se suprimió por pobreza, incorporándose al de San Miguel de Treviño, situado cerca de Villamayor, en el mismo Obispado de Búrgos. Envidioso Luzbel de la virtud de esta Santa y virginal esposa de Jesus, trabajó con todas sus fuerzas para vencer su castidad, presentando á su mente y á sus ojos las más tentadoras escenas. Triunfante salió de todas las luchas la Santa vírgen; pero creyendo ella en el rigor con que juzgaba sus acciones y pensamientos, que debia ser muy mala cristiana cuando Satanás se atrevia á

presentarla tales imágenes, multiplicó las penitencias y la maceracion de su cuerpo, dándose dos sangrientas disciplinas por dia, y arreglando en su celda un lecho de sarmientos y abrojos con agudas espinas para atormentar constantemente su cuerpo. No bastando, sin embargo, todos estos rigores para tranquilizar su espíritu, pidió al Prelado licencia para ir en peregrinacion á Roma y confesar con el Sumo Pontífice, obteniendo de él la bendicion y el perdon de sus pecados. Fuele acordado el permiso, y á pie descalzo, y pidiendo de limosna el pan y agua, que eran su único alimento, fue á Roma, satisfaciendo su santo deseo, y contentando su profunda devocion con la humilde visita que hizo á todos los santos lugares que allí se veneran, por haber sido regados con la pura sangre de tantos Mártires. Regresó á España y á su Monasterio con la bendicion del Sumo Pontífice, y enriquecida con muchas y preciosas reliquias; y á pesar de volver más consolada y tranquila, continuó la misma penitente y rigurosa vida que hacia antes de su peregrinacion. Deseando más retiro y soledad que el del claustro, para dedicarse perpétuamente y sin la menor tregua á la oracion y contemplacion de lo divino, con permiso de la superiora se encerró en una humilde habitacion que habia á la parte esterior de la puerta de la iglesia, desde donde podia ver por una ventana los santos sacrificios que se celebraban en el templo. Aislada allí, y fuera completamente de todo trato humano, castigaba su cuerpo con las más asombrosas penitencias, renovando en su persona aquellas imágenes de aterradores castigos á la carne que nos refiere la historia de los célebres y gloriosos solitarios de Oriente y Occidente.

Asi continuó algunos años, siendo la admiracion asombro de la comarca, entregando por fin su pura alma al Supremo Hacedor el dia 29 de enero de 1152, á los treinta y tres años de la fundacion de la Orden Premostratense, y rei-

nando en Castilla D. Alfonso VIII. Queriendo el Señor manifestar el aprecio en que tenia la virtud de su Santa y virginal sierva, obró el admirable prodigio de convertir en preciosas y fragantes rosas los abrojos sobre que siempre descansó su cuerpo, y sobre los que murió. Estas rosas fueron inmediatamente arrebatadas por la multitud de fieles que acudió á contemplar y venerar el santo cadáver. Fue sepultada en el suelo del claustro del referido convento de San Miguel de Treviño; pero admitida por Santa, en vista de los repetidos milagros que el Señor obraba por su intercesion, fue sacado de aquel lugar el cuerpo, que se encontró entero é incorrupto, y colocado en el altar de la iglesia, metido en un arca.

DIA 30.

Santa Martina, Vírgen y Mártir, *Romana*, y San Lesmes, Abad, *Francés*.

DIA 31.

San Pedro Nolasco, fundador, *Francés*.

SANTA POTAMIA, VIRGEN, ESPAÑOLA.

A mediados del Siglo VI floreció en la Rioja una esclarecida jóven, hija del pais y de nobles padres, llamada POTAMIA, de cuya eminente virtud escribió San Braulio, aunque sin dar noticias detalladas de su vida. Fue, con San Aselo, de quien hablaremos en su dia, 12 de noviembre, discípula del grande San Millan, y se cree generalmente que el tránsito de este glorioso Santo se verificó en presencia de SANTA POTAMIA y San Aselo.

Muerto San Millan, se retiró sola SANTA POTAMIA, decidida á pasar el resto de su vida en el yermo, entregada por entero á la oracion y á la penitencia. Así lo verificó, eligiendo un sitio apropósito inmediato al lugar llamado

entonces San Turde, y luego San Jorge, en donde hizo la vida del mas santo y perfecto anacoreta, negándose completamente á todo contacto y trato con el mundo.

Despues de algunos años de no interrumpida contemplacion de lo divino, voló su santa y pura alma al lugar que en el Paraiso tiene destinado el Señor para las Santas vírgenes. En el sitio que honró con su vida y con su muerte, quedó una ermita consagrada á su nombre, enmedio de la cual estaba su sepulcro. Mas de nueve siglos permanecieron allí los santos restos de la virginal POTAMIA, constantemente venerados por los fieles de aquella comarca, que en sus cuitas y necesidades iban á la ermita á implorar arrodillados ante la sepultura de la Santa su proteccion y amparo. Muchos prodigios obró Dios por su intercesion, y en vista de ellos, fueron elevadas sus reliquias, y metidas en una magnífica caja de plata, se llevaron en el año de 1573, reinando en España D. Felipe II, al Monasterio de San Millan, y se colocaron junto al cuerpo de este Santo y el de San Felices, en el altar mayor de la iglesia.

SANTO DOMINGO SARRACINO, Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES, ESPAÑOLES.

El ilustrado Sanchez de Feria, en el tomo IV de su *Palestra Sagrada*, es el escritor que da mas noticias de este Santo; y no pudiendo nosotros aumentarlas ni mejorarlas, nos decidimos á honrar su memoria, copiando su escrito, que dice así:

«Al tiempo que los moros dominaban la mejor parte de España, teniendo el real cetro Issen, segundo de este nombre, hombre inútil para el gobierno, y dado á las delicias y torpezas que permite su infame secta, era gobernador del reino Mahomad Almanzor, el mas valiente y soberbio enemigo de la Religion católica. Asoló este bárbaro capitan casi todos los paises cristianos, entrando en ellos á sangre

y fuego cincuenta y dos veces con su ejército. Destrozó el reino de Leon, Castilla y Galicia: puso fuego á Barcelona, convirtiéndola en cenizas; devastó muchas ciudades, quedando envueltas en sus ruinas, y teñidas con la sangre de sus moradores: taló los campos con soberbia audacia, y al fin no dejó piedra que no revolviese su furor. Entró en Compostela, arrancó las puertas de la iglesia del Santo Apóstol Santiago, y las campanas de sus torres, y ambas cosas hizo traer á Córdoba en hombros de cautivos cristianos, poniendo en la mezquita mayor las campanas por lámparas, y dejando allí las puertas por trofeos y dedicacion á su pseudo Profeta, donde permanecieron hasta casi el siglo pasado; pero las campanas fueron llevadas en hombros de moros á la iglesia de Santiago, cuando San Fernando las halló allí al tiempo de la conquista.

»Entre los destrozos que á la cristiandad causó el furor de este bárbaro Almanzor, fue notable el que padeció la noble ciudad de Simancas: púsole cerco con su ejército, repartida la gente en trozos y en estancias. Apretó con tanta crueldad, que puso á la ciudad en el último aprieto: sus valientes moradores despreciaron mas bien la vida que rendirse á la vil servidumbre de un infiel y tirano señor. Resistiéronse con valor; pero los enemigos, aumentando su ferocidad, entraron en la ciudad, derribaron sus muros, y pasaron á cuchillo sus habitantes, é hicieron cautivos á algunos. Entre estos fue uno SANTO DOMINGO SARRACINO YAÑEZ, hombre poderoso, natural de la ciudad de Zamora, donde tenia sus rentas y posesiones. Trajeron estos cautivos (cuyo número y nombres, á escepcion del de DOMINGO, se ignoran) á Córdoba, y encerráronlos en oscuras mazmorras, donde permanecieron dos años y medio, tolerando con paciencia hambres, desnudez, malos tratamientos, y otras penalidades que se pueden inferir en un tan miserable estado y bajo de un dominio tan inhumano.

»Entre tantos trabajos se mantenian los Santos bendiciendo á Dios, sin querer apartarse de su ley: no fue motivo para entibiarles el cruel furor de sus enemigos, ni las promesas de su apetecida libertad, que en otra circunstancia pondera sobre todo. Cansados los enemigos de mantenerlos, ellos no se cansaron de padecer por Cristo, que piadosísimo, como siempre, les preparó en premio de su constancia la corona del martirio. Mandó el Rey se les hiciese saber que, ó negasen á Cristo, ó se les diera cruel muerte, para acabar con aquel largo cautiverio. Noticiosos los Santos del decreto, se prepararon á una voz para dar la vida con gusto antes que apartarse de Jesus, que es la verdadera vida de las almas. Y en vista de esta determinacion fueron todos degollados, pasando sus almas al descanso eterno, que les merecieron sus trabajos, y donde por sus intercesiones espero verme. Amen. Fue su muerte por los años de 982, y nuestros historiadores señalan el mes de diciembre.

»Era SANTO DOMINGO SARRACINO hombre principal y muy hacendado en Zamora, y habiéndole cautivado, el Rey D. Ramiro III de Leon se alzó con todas sus posesiones, sin acordarse del rescate de su dueño. Murió D. Ramiro, y sucedióle D. Bermudo II, llamado el Gotoso: este piadoso Rey no quiso mantener esta injusta posesion, y al punto que fue coronado envió á Córdoba mensajeros para el rescate de SANTO DOMINGO y sus compañeros; pero cuando estos llegaron á la ciudad, ya todos habian recibido la corona del martirio. Volvieron á Leon, y dando al Rey esta noticia, no quiso mantenerse en la posesion de los bienes de SANTO DOMINGO; hizo donacion de ellos á la Santa Iglesia de Santiago de Galicia, en prueba del amor que tenia á Dios y al Santo Mártir DOMINGO. Nombra el Rey muchas tierras, viñas, lagares, casas, aceñas, alquerías tiendas, bodegas, con todas sus alhajas, términos, de-

rechos y acciones, y de este modo hizo la donacion en honra y memoria del Santo Mártir.

»El cuerpo de SANTO DOMINGO SARRACINO, aunque se ignora el modo y el cuándo, fue trasladado á Zamora, y á su nombre edificaron sus paisanos una ermita donde fue colocado. Está hoy existente esta ermita junto al vado que llaman de D. García, como testifica el Padre Roa, y donde SANTO DOMINGO tenia sus aceñas. En ella se ve un antiquísimo sepulcro, donde los naturales, y las antiguas memorias de aquella ciudad, refieren está el cuerpo de este Santo, y con la tierra de él, usada con devocion, tienen remedio muchas dolencias. Posible es que el piadoso Rey D. Bermudo por sí, ó á peticion de los de Zamora, rescatase despues estas reliquias, ya que no logró su rescate vivo.

»No habia noticias de estos Santos, hasta que la descubrió nuestro piadosísimo y doctísimo Morales en un privilegio que conserva la Santa iglesia de Compostela, que él mismo copió y volvió en castellano (lib. XVII, cap. II). En este instrumento consta todo lo que referimos en la historia de estos Santos, pues contiene la donacion que D. Bermudo hizo á dicha iglesia de los bienes de SANTO DOMINGO en 4 de febrero de 986.

»El año del martirio de estos Santos no se sabe con individuacion, pues el instrumento citado no lo dice; pero habiendo sido cautivos en tiempo del Rey D. Ramiro III, y habiendo sido muertos cuando D. Bermudo los quiso rescatar, luego que subió al trono, parece debe señalarse el año de 982, en el que comenzó á reinar, ó á lo mas el año siguiente.»

MES DE FEBRERO.

(Por D. Eustaquio María de Nenclares.)

DIA 1.

San Ignacio, Obispo y Mártir, *Sirio*; Santa Brigida, Vírgen, *Escocesa*, y San Cecilio, Obispo y Mártir, *Romano*.

DIA 2.

La Purificacion de Nuestra Señora.

DIA 3.

San Blas, Obispo y Mártir, *Armenio*, y el Beato Nicolás de Longobardo, *Calabrés*.

DIA 4.

San Andrés Corsino, Obispo, *Florentino*, y San José de Leonisa, Confesor, *Napolitano*.

DIA 5.

Santa Agueda, Vírgen y Mártir, *Siciliana*; San Felipe de Jesus, Mártir, *Mejicano*, y

SAN PEDRO BAUTISTA; SAN FRANCISCO DE SAN MIGUEL; SAN MARTIN DE LA ASCENSION, Y SAN FRANCISCO BLANCO, ESPAÑOLES, Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES DEL JAPON (1).

En San Estéban, pueblo perteneciente á la provincia de Ávila, tuvo su cuna SAN PEDRO BAUTISTA, y vió la luz primera el año de 1546, ocupando la Silla de San Pedro, en Roma, el Papa Paulo III, y el trono de España el Emperador Carlos V. Sus padres, Pedro Blazquez, y Maria, tambien Blazquez, aunque de distinta familia, criaron á su tierno hijo con el desahogo y comodidad que les permitia su posicion de labradores medianamente acomodados, é inculcando en su mente las virtudes cristianas, que ellos en alto grado poseian, para lo cual no tuvieron que esforzarse, porque tan dispuesto á la virtud y Santidad nació PEDRO, que desde la más tierna infancia reveló lo que habia de ser despues, y su vocacion á la Iglesia, de la que no salia mientras estaba abierta, siendo la ocupacion que más le complacia ayudar al sacristan en todo lo concerniente al servicio y aseo del templo.

Mucho complacia á sus padres la vocacion de PEDRO, aunque amenguaba algun tanto su contento la idea de separarse de tan amado hijo, porque en el pueblo no podia adquirir la instruccion necesaria; pero anteponiendo el

---

(1) Estas cuatro biografías, en unos períodos son estracto y en otros copia de las escritas por el mismo que ha redactado este mes de SANTORAL, y que formando parte de la obra, se publicaron el año próximo pasado con el título de *Vidas de los Mártires del Japon*.

bien del hijo á su ternura de padres, se decidió que marchara á cursar las aulas.

Los primeros años de su juventud los pasó en Oropesa y en Avila: en Oropesa, en compañía de un pariente de su madre, y en Avila, en casa de un antiguo amigo y protector de su familia. Se dedicó, especialmente en el último punto, al estudio de la latinidad y de la música, habiéndose hecho notable de muy corta edad en el canto llano y en el órgano. Quince años contaba solamente cuando pasó á Salamanca á cursar artes y teología, haciendo rápidos y sorprendentes progresos, debidos, además de á su natural despejo y talento, á la constancia y asiduidad que empleaba en el estudio, sin tomar jamás parte en las diversiones y bromas de los estudiantes, que no por ello dejaron de considerarle y distinguirle con respetuoso cariño.

Su decidida aficion á la vida contemplativa y solitaria, le hacia desear vivir en el claustro, y las santas costumbres de los frailes Franciscos eran su constante pensamiento. Anhelaba ardientemente pasar la vida como ellos, y nada le contentaba en el mundo comparándolo con el santo y solitario retiro de una celda: procuraba vencer este deseo por no disgustar á su familia, porque siendo tan querido de toda ella, y en especial de sus padres, presumia que, aunque amantísimos de la Religion católica, y por consiguiente de los Ministros de ella en todas sus clases, habian de sentir el no poderle tener cerca de sí, desde que perteneciendo á los claustros tuviera que abandonar por completo el siglo. Pero no siendo bastantes cuantas reflexiones se hizo á entibiar su ardiente afan de soledad y retiro, y aumentándose cada vez mas su disgusto por el mundo, se decidió á solicitar el permiso para retirarse de él. Su padre se lo concedió, más con la condicion de que habia de pensarlo todavía otros seis meses. Trascurrieron estos sin disminuir la vocacion del jóven, y en su virtud, con la aquiescencia de toda

la familia, en el año de 1565 tomó el hábito de San Francisco en el Convento de San Andrés del Monte de la villa de Arenas. Cumplido el año de noviciado, profesó en manos del Guardian Fray Gabriel de la Soledad, ofreciendo la puntual observancia de los tres votos esenciales y veinte y cinco preceptos formales de la Seráfica Regla; y siendo costumbre en las profesiones mudar de nombre ó reunir el sobrenombre de algun Misterio de la Religion, Vírgen ó Santo, eligió el de Bautista, llamándose desde aquel dia FRAY PEDRO BAUTISTA.

Habia perdido ya hacía tiempo la aficion á la música, y desde que ingresó en la religion franciscana renunció por completo á ella, dedicándose solo á la oracion, al estudio y á la mortificacion de su cuerpo; observando tan rigurosos ayunos, que temiendo los superiores por su vida, tuvieron que prohibírselos. Era tan callado, que jamás desplegaba sus labios sin absoluta necesidad; y no seria por temor de desagradar, porque era tan dulce y simpática su voz, tan melodioso y argentino su acento, y tan pura, razonada y persuasiva su diccion, que estasiaba á cuantos le oian. Comprendiendo los Prelados cuán honroso habia de ser para la Seráfica Orden el dar al púlpito un campeon de la Religion católica con tales dotes oratorias, espidieron en su favor las patentes letras, y ordenado de sacerdote subió á la cátedra del Espíritu Santo, inaugurando su brillante carrera de predicador con un sermon sobre el Misterio de la Encarnacion, que dejó admirados aun á los que mas se prometian de él, pues sobrepujó con mucho á las mas latas esperanzas.

Habiendo profesado en el convento de Peñaranda varios jóvenes de gran disposicion para las letras, y queriendo utilizar los Prelados aquellos talentos en beneficio de la Religion y honra de la Orden de San Francisco, eligieron á PEDRO BAUTISTA para su lector de artes, y marchó á

aquel convento á encargarse de la enseñanza. Concluido el curso de artes comenzó uno de teología, que tuvo que suspender porque llegó á Peñaranda la noticia de que habia sido elegido Guardian del convento de Mérida, que llegó á ser, bajo su direccion, modelo de santidad y de rigurosa observancia de la Seráfica Regla.

Con autorizacion del Sumo Pontífice Gregorio XIII, y el correspondiente beneplácito del Rey D. Felipe II, estaban por aquel tiempo recorriendo los Conventos de España varios encargados de afiliar religiosos á una mision que propagase en América el cristianismo y la civilizacion; y considerando FRAY PEDRO BAUTISTA que podia hacer allí mas servicios á la Religion que en España, se adhirió á tan elevado pensamiento, y marchó á América incluido en el número de los cuarenta y ocho misioneros de que se compuso la primera espedicion.

Grandes y lisonjeros frutos recogió la Iglesia católica del celo de este sublime apóstol, pues fueron innumerables las conversiones que consiguió en Méjico y demas puntos que recorrió, casi siempre solo, constantemente á pie descalzo, viviendo de limosna, y siendo la admiracion de aquellos naturales por la austeridad de su vida y la pureza y rigidez de sus costumbres. Pero lo que no podian de ningun modo esplicarse era el que hubiese hombres que ni tuvieran ni quisieran poseer oro, plata ni bienes de ninguna clase, pues no solo no pretendia PEDRO adquirirlos, sino que siempre se negó á aceptar los presentes de sus admiradores y apasionados, que, viéndole en tal pobreza, querian librarle de las que ellos consideraban desgracias y trabajos, y que eran para él deliciosas y envidiables prendas de amor divino que humilde ponia á los pies del Supremo Hacedor.

Grandes riesgos corrió en muchos puntos de Michoacan, y muy cerca se vió de la muerte, especialmente en el

territorio habitado por los Chichimecos, gente bárbara y feroz, dedicada sola y esclusivamente al asesinato, al robo y á toda clase de violencias, y de cuyas manos salió con vida porque le consideraron demente. Su ardiente fé y amor á Dios le hacia sufrir toda clase de trabajos y peligros con la mas santa alegría, siempre que pudiera ensanchar el círculo del cristianismo.

Dispúsose por este tiempo en Méjico la marcha de religiosos á Filipinas, de donde los pedian con insistencia, por no bastar los que allí habia para atender á las necesidades del culto, manifestando además que era indispensable tener Capítulo para arreglar los asuntos y servicio de aquella Custodia.

Reunidos los de la de Méjico para la designacion de los religiosos que habian de marchar á Manila, y nombramiento de jefe, fue el virtuosísimo FRAY PEDRO BAUTISTA elegido por unanimidad Comisario y Prelado, con autoridad para visitar todos los Conventos de Filipinas y presidir el Capítulo. El viaje á este punto fue largo y penoso, y cuando llegaron los religiosos á la capital del Archipiélago, ya habia tenido lugar el Capítulo; pero viendo FRAY PEDRO cuán acertadas habian sido las elecciones y la redaccion de los nuevos Estatutos, dió su completa aprobacion á todo lo hecho.

Bien pronto se captó en Manila la voluntad general, dedicándose especialmente al púlpito y al confesonario, siendo tan buscado en este, que tenia que permanecer en él todos los dias desde el amanecer hasta hora muy avanzada de la mañana. Sus dulces y cariñosas observaciones, su lenguaje perfectamente acomodado á la inteligencia de cada clase de penitentes, sus sábios, oportunos y hacederos consejos, y su paternal interés, dejaban tan consolados á todos, que el confesarse con frecuencia llegó á ser una imperiosa necesidad en Manila, donde se llamó por mucho

tiempo al Sacramento de la penitencia *dulcísimo Sacramento del consuelo*.

Fue el confidente íntimo y consejero del Arzobispo (primero de Filipinas) D. Fray Domingo de Salazar, y del gobernador D. Gomez Perez de las Mariñas, los cuales ningun asunto grave resolvian sin haberlo consultado con FRAY PEDRO BAUTISTA. El Obispo de Cagayan, ó Nueva-Segovia, D. Fray Miguel de Benavides, en una carta que dirigió á Madrid, hablando de las cosas y de las personas del Archipiélago, decia que si en sus manos pusieran la eleccion de Sumo Pontífice, no eligiria otro que el Padre FRAY PEDRO BAUTISTA, porque reconocia en él dotes suficientes para tan alta dignidad. El Católico Rey D. Felipe II le distinguió muchísimo tambien, y le estimó tanto, que le propuso para Obispo de Camarines, habiendo llegado la cédula del Obispado cuando ya FRAY PEDRO habia partido para el Japon, y cuando principiaban á precipitarse los sucesos que prepararon el glorioso martirio de este Santo y sus compañeros.

Por unanimidad fue electo Custodio de la de San Gregorio, cargo que aceptó forzado de los ruegos é instancias de los religiosos y autoridades de Filipinas. Terminado el tiempo de este cargo, fue nombrado tambien por unanimidad Guardian del convento de San Francisco de Manila; pero cuantos ruegos emplearon sus amigos y los Religiosos, no fueron esta vez bastantes para hacerle permanecer de Guardian mas que el tiempo indispensable para construir y dejar perfectamente montado, junto al Convento, un desahogado y bien provisto hospital para transeuntes. Ademas de que su modestia y humildad no le permitian distinguirse, sirviendo cargos honoríficos y elevados, mientras hubiera personas aptas para desempeñarlos, queria estar entonces libre de compromisos, porque tenia la vista fija en el imperio del Japon, en el cual consideraba que podia

prestar mas servicios que en Manila á la santa causa del catolicismo.

Hasta el año de 1549, ó sea cuarenta y tres antes de este de 1592, en que renunció el cargo de Guardian FRAY PEDRO BAUTISTA, no habia sido conocida en el Japon la Religion cristiana. Á principios del referido año de 1549, un japonés, llamado Angero, natural y vecino del pueblo de Cangoxima, mató á un amigo y compañero suyo: se refugió en un Monasterio de *bonzos*, que son los ministros servidores de los ídolos; pero habiendo llegado á su noticia que los parientes del muerto le buscaban para matarle, huyó, y se embarcó en una nave tripulada por mercaderes portugueses que se dirigian á Malaca. Confió su posicion á los mercaderes, manifestándoles los terribles remordimientos que abrumaban su alma, y estos le aconsejaron que en cuanto llegasen á Malaca se fuese á ver con un sábio y santo varon que allí habitaba, y que de seguro le consolaria. Sin perder un instante fue Angero en busca del santo varon en cuanto saltó en tierra, y el Padre Francisco Javier, de la Compañía de Jesus, luego San Francisco Javier, que era el santo varon indicado, le consoló efectivamente, y dándole á conocer las doctrinas de Jesus, le hizo cristiano, con el nombre de Pablo de Santa Fé. Puestos ambos de acuerdo, marcharon en seguida al Japon á predicar la doctrina cristiana, llegando felizmente el dia de la Asuncion del espresado año al pueblo de Cangoxima, patria del nuevo cristiano Pablo.

Gran número de prosélitos hizo desde luego el P. Francisco Javier, y la Religion cristiana hubiera indudablemente llegado á ser la general del imperio si los bonzos, en quienes la sed insaciable de oro era su esclusivo sentimiento, no hubieran calculado que la propagacion del cristianismo iba á concluir con las ofrendas á sus ídolos, y por consiguiente con su riqueza. Pusieron, pues, en juego su influen-

cia, y consiguieron que se prohibiese la predicacion de la doctrina de Jesus, teniendo los cristianos que reunirse secretamente, y de oculto practicar los preceptos del Evangelio, más ó ménos perseguidos segun la mayor ó menor tolerancia de los Emperadores que se fueron sucediendo hasta Cabucondono Taicozama, que imperaba por este año de 1592. No contenta la desmedida ambicion de este Emperador con la quieta posesion de su dilatadísimo imperio, y con sus inmensas riquezas, formó el descabellado proyecto de hacerse dueño de la China y de Filipinas, y á ambos puntos envió en seguida embajadores portadores de su pretension en arrogantes escritos. La carta que dirigió á Filipinas decia así:

«Más de quinientos años que este imperio de Japon no se ha gobernado por un solo Señor, y así los pareceres y las leyes eran disconformes entre sí, y tantas las guerras y contiendas, que no se podia enviar un pliego de una parte á otra, hasta que llegó la hora en que yo habia de salir al mundo, y que sea todo uno, y yo Señor de todo, porque no ha quedado reino que no se sujetase á mi obediencia. Habiendo sido antes pequeño y de poca estima, el cielo me ha sido tan favorable con evidentes señales que hubo en mi nacimiento, que en obra de diez años, hasta hoy, no entré en batalla que no saliese vencedor. Los que debajo del cielo están y encima de la tierra, todos son mis vasallos: tienen paz y viven sin miedo, y á los que no me reconocen, envio luego mis capitanes y soldados para que les den guerra, como ahora ha sucedido á los del Kororay, que por no haberme querido reconocer los he tomado el reino, hasta la tierra que confina con Liauthon, cerca de la China. Ya he tomado las fortalezas y tierra de Partho, y la Isla de Ilokio, que estaban fuera de mi obediencia, y los tengo muy en paz con mis buenas trazas, pensadas de un dia para

otro, y les dí leyes y mandamientos con que se gobiernan, porque amo á mis vasallos como padre y madre á sus hijos, y no soy como otros Reyes, que aunque me den poco, lo recibo. De la India Oriental tambien me enviaron embajador, y ahora quiero ir á ganar la gran China; y no entendais que esto es obra mia, sino que viene de los altos cielos, que me lo tienen prometido. Espántome mucho que de esa tierra de la Isla de Luzon (como sabeis) no me han enviado embajador, ni dado la obediencia, por lo cual estaba determinado como habia de ir á la China, ir a Manila con mi ejército á destruir ese reino: más porque Faranda, que por via de mercaduria va y viene, dijo á un privado mio el buen tratamiento que ahí hacen á mis vasallos, y que el que gobierna esas tierras es mi amigo, que sin duda enviando yo alguna embarcacion y cartas para él, me darian luego la obediencia y pagarian tributo, y cuando no, estándome yo en mi reino asentado, soy tan poderoso, que tengo gentes que vayan á conquistar cualesquier reinos; y esto es conforme al dicho de los sábios antiguos del Japon, que son dignos de grande loor los Señores que sin salir de sus tierras adquieren nuevos reinos y provincias: por esta causa, aunque este es hombre bajo é indigno de crédito, yo se le he dado por la buena razon que dá, y no quise enviar mis capitanes y gente como pensaba: más determino esta primavera ir al reino de Figen y hacer allí córtes, y dentro de dos meses bajaré de donde estoy á mi puerto de Nangoya, donde tengo fuerza de mi ejército: y si de allí me viniere embajada de esas Islas, y supiere que el que las gobierna es mi amigo, bajaré mi bandera en señal de paz: por tanto, sin tardanza bajad la vuestra, y reconoced mi señorio, porque si no viniéredes luego á hacerme reverencia, y postrados delante de mí, pecho por tierra, sin duda enviaré mi ejército y os haré destruir y asolar: y mirad que despues no os arrepintais. Estas letras te escri-

bo en este papel, para que te sirvan de memorial: diráslo con presteza al Rey de Castilla. Los que me agravian no se me pueden escapar, y los que me oyen y obedecen, viven en descanso y duermen con sosiego. Esa espada llamada *Guihaccan* te envio por presente: ven luego, y no te detengas: no soy en esta más largo. A los 19 años de Tenjo, la undécima luna.»

Entregó el Emperador la carta con las mas absurdas instrucciones á Faranda Quiemon, con órden de partir en seguida en calidad de embajador. Faranda no se atrevió á decir nada al Emperador, pero tuvo miedo, y fingiéndose enfermo, se quedó en Nangasaki, y mandó en su lugar á un pariente llamado Gaspar Faranda, y que debia ir con él en calidad de secretario.

Muy desagradable efecto produjo en Manila la llegada del embajador de Taicozama, y las pretensiones de este, porque el Japon disponia de grandes fuerzas que los filipinos no podian contrarestar con sus propios recursos, y los auxilios de España tenian que llegar tarde. En su consecuencia, el parecer general de las personas importantes de Manila fue ganar tiempo, y para lograrlo, consiguieron que el embajador Gaspar Faranda, hombre ordinario y de pocos alcances, se prestase á permanecer en Manila hasta que volviese del Japon un comisionado que iba á mandar el Gobernador de Filipinas para que conferenciase con el Emperador Taicozama. El Gobernador D. Gomez Perez de las Mariñas redactó una carta, que fue confiada al Padre Fray Juan Cobos, de la Orden de Santo Domingo, varon sabio y prudente, muy á propósito para empresas y negocios delicados.

La carta decia literalmente :

«*Gomez Perez de las Mariñas, caballero del Hábito de Santiago, Gobernador y Capitan general en estas Islas Filipinas, gran Archipiélago y parte del Poniente, por el Rey nuestro Señor D. Felipe II, Rey de Castilla, de Leon, etc.*

»AL MUY ALTO Y PODEROSO PRINCIPE Y SEÑOR CABUCONDONO, DESPUES DEL DEBIDO ACATAMIENTO, SALUD Y PERPETUA PAZ DESEA.

»Aquí llegó Faranda, Japon, vuestro vasallo y cristiano : trájome nuevas de vuestra real persona, de que me huelgo mucho, porque por su valor y prudencia de que Dios le ha dotado, le soy grandemente aficionado. Diome ahora catorce dias Faranda una carta, que, aunque parece papel y despacho de un tan gran Príncipe, por la forma y autoridad de ella y en la gravedad y estilo de las palabras, por no ser el mensajero de las partes y calidad que requeria el real nombre de quien le envia, la persona á quien viene, y la importancia y grandeza de la embajada, he dudado si estas cartas las habia escrito este hombre de su mano, ó de otra, para algun fin particular suyo, para por este medio ser acá mas estimado. Demas de esto, como acá no tengo yo lenguas fieles que sepan la japona y la española, y él mismo me ha declarado la carta y embajada, dudo tambien del verdadero entendimiento y sentido de las palabras, y paréceme que si el Rey del Japon me escribiera, teniendo allá como tiene algunos españoles, que, por medio de ellos, me enviara por lo menos un traslado de ella en mi lengua. Por lo cual, puedo con verdad decir que aun no he acabado de leer ni entender la carta ni embajada que me trajo este hombre. Y porque no haya hecho algun embuste á vuestra real persona, ó á la mia, he querido tenerle acá hasta saber la verdad y voluntad del Rey del Japon, y lo que me manda y quiere. Y en esta duda, por lo que debo á solo sombra y parecer

de ser carta y embajada suyas, he guardado este respeto y cortesía, sin ver yo esta, respondiendo á la suya en lo poco que de ella he entendido, que no ha sido mas de lo que Faranda me ha querido interpretar. Envio al Padre Fray Juan Cobos, persona de mucho valor, con quien yo comunico las cosas mas importantes, el cual, en mi nombre, hará á vuestra Grandeza el acatamiento debido por la merced de la embajada, si es cierta. Yo beso vuestras reales manos, asegurando que soy y seré cierto amigo, y que en nombre de mi Rey y Señor, que es el mayor del mundo, me holgaré de vuestro bien, y me pesará de vuestro mal, del que el Rey del cielo os aparte. Y presupuesto que deseo vuestra amistad en nombre de mi Rey, por las buenas obras que de vuestras manos reciben los españoles, que por via de la India Oriental y estas partes acuden al Japon, y así á los vuestros se ha hecho aquí, con el mismo amor, el buen tratamiento posible, recibiré merced en ser avisado si la embajada que este nos trajo es cierta, porque, siéndolo, corresponderé á lo que se debe á un tan gran Príncipe, sin apartarme de la intencion y obligacion que tengo á mi Rey y Señor, al cual luego daré cuenta de esto, para ver lo que me manda. Y porque el Japon me ha enviado ahora algunos regalos, que he estimado en mucho, quisiera yo estar apercibido de algunas cosas curiosas y ricas de nuestra España que enviar en su retorno; pero como entre soldados las cosas de mas estima son las armas, os envio esa docena de espadas y dagas, las cuales, con la voluntad que se ofrecen, y en señal de amor, aceptareis de mi mano. Y porque solo va el portador de estas para certificarme de lo dicho, de él se podrá informar vuestra Grandeza de lo que guste saber. — De Manila á 29 de junio del año del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo 1592.»

En Nangasaki se reunió al Padre Cobos el embajador, fingido enfermo, Faranda Quiemon, y juntos se dirigieron á ver al Emperador Taicozama, que mas morigerado en sus aspiraciones, por un descalabro que habia sufrido en la China, recibió afablemente al Padre Cobos, modificando tan notablemente sus pretensiones, que se estendió un proyecto de contrato de comercio en que las ventajas eran en su mayor parte de Filipinas, dando el Emperador Taicozama nuevas instrucciones pacíficas y muy amigables á su embajador Faranda, que debia acompañar á Filipinas al P. Cobos.

En un mismo dia se embarcaron este y Faranda con rumbo á Manila, aunque en distintos buques, que navegaron juntos algun tiempo; pero habiéndolos separado un fuerte temporal, tuvo la desgracia el que conducia al Padre Cobos de embarrancar en la isla Fermosa, cuyos feroces habitantes pasaron á cuchillo á cuantos le tripulaban, esceptuando solo dos marineros que pudieron escapar en un bote mientras los indios estaban ocupados en el saqueo del buque.

Faranda arribó felizmente á Manila, y manifestó las buenas disposiciones de su Emperador; pero como los pliegos habian desaparecido con el Padre Cobos, nada podia oficialmente concluir el Gobernador de Manila. Y, sin embargo, era preciso hacer y concluir algo, y asegurarse de que el Emperador Taicozama obraba de buena fé, pues de sus costumbres y antecedentes era de temer que tales cambios ocultasen algun proyecto artero y villano. Entre dudas y recelos pasaba el tiempo sin resolverse nada: la mente del Gobernador y de todas las personas notables de Filipinas, era mandar al Japon un embajador de ciencia y prudencia con ámplios poderes para arreglar los asuntos de una vez; pero la eleccion de la persona que habia de marchar de embajador era la que tenia aplazada la cuestion. El designado por la opinion general era FRAY PEDRO

BAUTISTA; pero este se negaba á marchar con la alta consideracion de embajador: y aunque deseaba mucho marchar al Japon, habia de ser en el humilde concepto de solo misionero, de los que habia gran falta, y que pedian constantemente y con la mayor insistencia los cristianos de aquel imperio.

Comenzó á parecerle larga su estancia en Manila al embajador Faranda, y á manifestar sus deseos de regresar á su pais. El gobernador de Manila se veia apurado porque no tenia persona bastante apta para el caso que enviar al Japon, y PEDRO BAUTISTA no aceptaba el cargo de embajador. En este estado las cosas, se presenta una mañana Gaspar Faranda, el pariente y secretario del embajador Quiemon, y entrega una carta de este al gobernador D. Gomez, concebida en estos términos:

«Faranda Quiemon, embajador de estas islas y reinos del Japon, digo: Que en los dichos reinos hay muchos cristianos que han comenzado á recibir esta ley, y por falta de ministros y sacerdotes que la enseñen no se ha dilatado, y yo sé del dicho mi Rey y Señor, Cabucondono Taicozama, que tendrá por bien, y gustará mucho, que yo lleve algunos Padres de esta tierra, con tal que sean de la Orden de San Francisco, porque será para él cosa muy nueva, y como maravillosa, ver hombres de tan áspera vida, y lo recibirá por merced, y tambien por el menosprecio que profesan de las cosas de este mundo, serán en el Japon muy bien recibidos. A Vuestra Señoria suplico dé órden como vayan conmigo algunos de estos Padres Descalzos; que en nombre de mi Rey me obligo á que serán bien recibidos y tratados, y que no se les hará molestia alguna; y que si de su ida no se siguiere este efecto, me obligo tambien á volverlos á Vuestra Señoria á esta ciudad como me los diere.»

En vista de esta peticion de carácter ya oficial, y que una autoridad católica no podia dejar de atender, llamó el Gobernador á FRAY PEDRO BAUTISTA, y mostrándole la carta de Faranda, le hizo comprender la necesidad de que prescindiera de la modestia de sus ideas y aceptase el cargo de embajador, con el cual podia servir mucho mejor la causa del cristianismo que con el de solo misionero, porque Taicozama no podria menos de comprender, si sus intenciones eran dañadas, que de arrollar á un embajador y misionero habian de seguírsele mayores males que de arrollar á solo un misionero. Tales razones adujo D. Gomez, que por fin accedió FRAY PEDRO BAUTISTA á marchar de embajador. Se comunicó la resolucion á Faranda, que manifestó la suya de regresar á su pais con PEDRO BAUTISTA, y el Gobernador escribió á Taicozama la siguiente carta:

«*Gomez Perez de las Mariñas, caballero del hábito de Santiago, Gobernador y Capitan general, etc.*

»AL MUY ALTO Y PODEROSO PRINCIPE Y SEÑOR CABUCONDONO.

»El año pasado escribí á Vuestra Grandeza con el Padre Fray Juan Cobos, en respuesta de una que aquí me dieron en vuestro real nombre, aunque yo dudé, y con razon, así de la verdad de la embajada, como del sentido de las palabras, y aguardando casi un año la declaracion y respuesta, no la veo, sino una carta muy breve del dicho Padre, que dice que partió de allá muy favorecido y bien despachado de vuestras reales manos, las cuales beso por ello. Y aunque han llegado aquí dos navíos del Japon, y en el uno de ellos Faranda, que dice ser vuestro embajador, ni trae chapa ni carta vuestra en respuesta de la mia, ni declaracion de la duda que tenia, y así estoy mas confuso y con mas deseo de saber vuestra real intencion y voluntad; por-

que aunque Faranda no trae papel que le acredite, no puedo creer que un vasallo vuestro, y tan honrado como parece, se atreviese á usar de vuestro real nombre sin órden para ello, y en esa duda no puedo dejar de oirle y despacharle bien y responder al memorial que me dió. Ahora, para salir de toda confusion y duda, envio al P. Fray Pedro Bautista, que es Padre muy grave, de mucha sustancia y calidad, y con quien yo me aconsejo en las cosas más importantes de mi Rey, y es el consuelo de toda esta república. Lleva las cartas pasadas y traslado del memorial de Faranda y mi respuesta, para que, tratado allá todo con vuestra real persona, traiga el asiento y resolucion que de vuestro real pecho se espera. Y va con facultad de mi parte para aceptar y asentar la paz y amistad que en vuestro real nombre me ofrece y pide Faranda con toda seguridad, en el entretanto que el Rey mi Señor es avisado de esto y me ordena lo que se ha de hacer; y espero que todo sucederá muy á vuestro gusto, y procuraré yo dárosle en cuanto fuere de mi parte. Y particularmente me incliné á enviar con este despacho persona que, ademas de su mucha estimacion, fuese de la sagrada Religion del glorioso P. San Francisco, por habérmelo pedido en un memorial Faranda, diciendo que seria particular gusto y contento vuestro ver allá Padres de esta bendita Órden, y de ellos este es uno de los de mas estrecha y santa vida, que le hace por sí solo venerable. Dios guarde vuestra real persona con mucha prosperidad. De Manila á 20 de mayo del año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo 1593.»

A esta carta acompañaba un presente, como condicion indispensable en aquella época, ya se consignasen ó no en la carta los objetos que le componian. Esta vez no fueron armas las enviadas: el presente consistió en un hermo-

sísimo caballo ricamente enjaezado, un vestido castellano, un espejo grande y un escritorio dorado.

Eligió FRAY PEDRO BAUTISTA tres Religiosos para que le acompañasen: á Fray Gonzalo García, Fray Bartolomé Ruiz, y á FRAY FRANCISCO DE SAN MIGUEL, conocido hoy por SAN FRANCISCO DE SAN MIGUEL, del cual no se separaba hacia algunos años.

SAN FRANCISCO DE SAN MIGUEL nació en el año de 1546, en un pequeño lugar no lejos de Valladolid, y correspondiente á su provincia, llamado La Parrilla: fue su padre Francisco Andrada ó Andrade, y su madre Clara de Arco, pertenecientes ambos á familias muy honradas y queridos de sus vecinos. Labrar su mediana hacienda y cuidar á su hijo FRANCISCO era su única ocupacion, esmerándose en inculcar en la mente del niño las mas perfectas ideas de religion y moral; pero sin darle ninguna instruccion, porque ellos carecian completamente de ella, como todos los habitantes de aldeas y pueblos pequeños en aquel tiempo, y aun en el presente, y llegó á la juventud sin saber mas que malamente deletrear, lo que le enseñó el sacristan del pueblo, del cual era muy amigo por la decidida aficion que tenia á las cosas de iglesia.

La pérdida consecutiva de varias cosechas rebajó considerablemente la fortuna de los padres de FRANCISCO, y determinaron que marchase á servir á alguno de los labradores ricos de la comarca. Primero estuvo en Medina del Campo, y luego en Valladolid, muy estimado por su laboriosidad y honradez. En esta fue siempre estremado, y nadie pudo conseguir jamás de él que hiciera cosa alguna que comprendiese no era justa y razonable: no disputaba ni entraba en cuestiones, pero se negaba á hacer lo que le mandaban, sin mas observacion que decir: *eso no es conciencia*. Esta invariable contestacion produjo el que le pusieran el sobrenombre ó apodo de *Conciencia*, por el que no

solo le distinguian cuando era mozo de labor, sino que despues de ingresar en la Religion de San Francisco, en varios Conventos le llamaban *el Padre Conciencia.*

Con intermedio de pocos meses murieron en 1566 su padre y su madre, contando él poco mas de veinte años, y sintiendo esta pérdida con dolor tan profundo, que era la admiracion de cuantos le trataban. Solo orando templaba su sentimiento y cesaban de correr sus lágrimas, y repugnándole todas las cosas y costumbres del siglo, determinó tomar el hábito en un Convento de Franciscos, presentándose al efecto en el de Valladolid, en el que, vista su robustez y conocida su aptitud para los trabajos peculiares á los legos, fue admitido en seguida y destinado al cultivo de la huerta. Estimado y querido cada dia mas, profesó al año, lleno su corazon de la más inefable alegría, tomando el sobrenombre de SAN MIGUEL, y proponiéndose firmemente imitar toda su vida á los legos de la primitiva Religion Franciscana, Fray Gil y Fray Junípero, cuyas vidas sabia de memoria, y cuyos actos de abnegacion cristiana repetia siempre que iguales ocasiones se le presentaban.

Del Convento de Valladolid pasó al de San Francisco del Abrojo, en el que permaneció tres años estimado y querido como siempre de los superiores y respetado de los iguales.

Su constante anhelo de vida laboriosa y penitente le sugirió la idea de pasar á un Convento de la provincia de la Rávida en Portugal, que era la que entonces tenia la fama de ser la mas rigurosa observante de la primitiva Regla de San Francisco, y con licencia del Prelado marchó en compañía de otro Religioso sacerdote del mismo Convento, á quien animaban iguales sentimientos y deseos que á FRAY FRANCISCO DE SAN MIGUEL, llevando la observancia de la Regla de San Francisco hasta tal punto por el camino, que para hacerlo completamente á pie, y no tener que montar en caballerías para pasar rios, andaban

muchas leguas hasta encontrar puentes ó vados que pudieran cruzar sin ayuda.

Hallándose en Lisboa el P. General de la Órden, se dirigieron á este punto FRAY FRANCISCO DE SAN MIGUEL y su compañero, á quienes cupo el gran sentimiento de no ver realizados sus deseos, porque el P. General, por razones justas que les espuso, no creyó conveniente acordar el permiso para que ingresasen en ningun Convento de la citada provincia de la Rávida, y tuvieron que regresar á España, yendo á morar al Convento de la villa de Coca.

Poco tiempo despues de haber ingresado en este llegó un Comisario pidiendo Religiosos para una mision de propaganda católica en América, y uno de los primeros que se afilió fue FRAY FRANCISCO DE SAN MIGUEL, que con el mas esquisito celo, abnegacion y humildad sirvió durante el camino por tierra y el pasaje por mar á los diez y siete Religiosos de que se componia la mision, siendo destinado á la portería del Convento de San Francisco de Méjico así que llegaron á este punto.

Bien pronto fue la portería el refugio de necesitados y menesterosos. La caridad y dulzura de FRAY FRANCISCO á nadie dejaba sin consuelo: con los niños, especialmente, era tal su amabilidad y paciencia, que siempre estaba llena de ellos la entrada del Convento, y no podia ir por ninguna parte sin que le rodeasen y acompañaran infinidad de niños, tanto hijos de cristianos como de idólatras. Dice Fray Rivadeneira, que parecia un gran padre de familia que vivia siempre acompañado de todos sus pequeños descendientes.

Por este tiempo fue cuando FRAY PEDRO BAUTISTA marchó á Michoacan, y dando muy alarmante cuidado su tardanza y la noticia que se tuvo en Méjico de que le habian visto entrar en el territorio de los feroces chichimecos, se ofreció en seguida FRAY FRANCISCO á marchar en su busca, lo que verificó acompañado de otro Religio-

so, no encontrando á FRAY PEDRO, y sufriendo horribles trabajos y peligros, y quedando resentido de los pies para todo el resto de su vida.

Al poco tiempo de su regreso á Méjico, fue nombrado FRAY PEDRO BAUTISTA Comisario de Filipinas, y FRAY FRANCISCO DE SAN MIGUEL le suplicó que le llevase en su compañía, á lo que accedió aquel, á pesar de no enviarse á Manila legos, pues lo que necesitaban eran sacerdotes predicadores. Al Convento de San Francisco de Manila, y de portero como en Méjico, fue destinado FRAY FRANCISCO, siendo bien pronto conocido de los habitantes de la poblacion, y especialmente de los niños y de los indios, que le llamaban *el Padre bueno.*

Considerando FRAY PEDRO BAUTISTA más útiles é interesantes los esmerados servicios de FRAY FRANCISCO para los enfermos que para la portería, le destinó al hospital llamado de *Naturales,* fundado por el lego Franciscano Fray Juan Clemente, que tanto renombre dejó por su caridad y por los prodigiosos bálsamos que confeccionaba con yerbas y aceite de coco, á los que se debieron asombrosas curas de leprosos.

Sin suceso digno de mencion, continuó dedicado á la asistencia de los enfermos hasta el 26 de mayo de 1593, á cuya fecha llegamos ahora, y en que se verificó el embarque de FRAY PEDRO BAUTISTA, con el cargo de embajador de España en el Japon. Aunque en el mismo dia y al mismo tiempo, no se embarcaron en el mismo buque: el embajador FRAY PEDRO BAUTISTA y Fray Bartolomé Ruiz lo verificaron en el del capitan portugués, vecino de Manila, Pedro Gonzalez de Carvajal, y FRAY FRANCISCO DE SAN MIGUEL y Fray Gonzalo García, en el buque del embajador Faranda Quiemon, haciendo compañía á este.

Grandes peligros corrieron ambos buques, que aunque zarparon juntos, se perdieron bien pronto de vista, porque

el viaje fue una constante sucesion de temporales á cual más duros. El buque que conducia á FRAY FRANCISCO llegó antes al Japon y puerto de Nangasaki, y el que llevaba á FRAY PEDRO BAUTISTA tuvo que arribar á Firando. Á este punto marcharon FRAY FRANCISCO DE SAN MIGUEL, Fray Gonzalo García, y el embajador Faranda, tan luego como supieron el arribo de FRAY PEDRO; y el Emperador Taicozama desde Nangoya, donde á la sazon se hallaba, envió á su favorito Fugen para que acompañase á los embajadores, y á los tres dias de la llegada de estos á Nangoya recibió al embajador FRAY PEDRO, que se presentó seguido de los que le habian acompañado de Filipinas.

Bruscamente y con desmedida altivez recibió Taicozama á FRAY PEDRO BAUTISTA; pero el lenguaje y maneras nobles y dignas del embajador español no solo contuvieron al japonés, sino que le convirtieron en obsequioso protector. Los hizo comer en Palacio; se estendió en seguida un proyecto de contrato sumamente beneficioso para España; concedió licencia para predicar la Religion cristiana en el Japon y edificar iglesias, todo lo que llenó de estraordinario júbilo el corazon de los dos Santos SAN PEDRO BAUTISTA y SAN FRANCISCO DE SAN MIGUEL.

Haciendo uso desde luego del permiso de Taicozama, comenzaron los frailes Franciscos la predicacion del Evangelio y á enseñar la doctrina cristiana, cuyos verdaderos preceptos estaban en su mayor parte desfigurados por la ignorancia, á tal punto, que dos ó tres años mas sin instructores hubieran hecho en el Japon de la Religion católica una particular con mezcla de preceptos de todas las allí conocidas. Pero sus esfuerzos, si bien daban gratos y no escasos resultados, no podian ser tan importantes y rápidos, porque sin iglesia para el culto ni puntos á propósito para hacer oir su voz, la luz de la verdad no podia estender sus salvadores rayos. El Emperador los habia ofrecido casa para

hacer iglesia y congregar á los cristianos; pero el Emperador habia marchado hacia meses á recorrer el imperio, sin dejar nada prevenido con respecto á esto á sus ministros, y los Franciscos continuaban hospedados en casa del favorito Fugen, atendidos y considerados si, pero sin los principales elementos necesarios á su mision.

En este estado, llegó la Cuaresma de 1594, y FRAY PEDRO BAUTISTA pidió permiso á Fugen para congregar á los cristianos y celebrar los Oficios de Semana Santa, el que le fue acordado desde luego. Dos veces por semana se reunian los cristianos en un departamento interior de la casa, en el que esplicaba FRAY PEDRO BAUTISTA la doctrina, y despues pronunciaba una santa y fervorosa plática. Llegada la Semana Santa, determinaron los Franciscos poner un pequeño monumento en el altarito que habian hecho, y FRAY FRANCISCO DE SAN MIGUEL fue el encargado de verificarlo, ayudado por algunos japoneses cristianos. Ni estos ni varios de los sirvientes de Fugen que acudieron por curiosidad á ver armar el monumento, entendian lo que este significaba: unos y otros abrumaban con preguntas á FRAY FRANCISCO, que no poseyendo todavía el idioma del pais, le era imposible esplicarlo en términos bastante espresivos para que los japoneses lo comprendieran; mas no queriendo dejarlos con dudas, determinó significarles en accion lo que no podia hacerles comprender bien de palabra. Esplica, pues, con esta lo mejor que le es posible la Pasion del Redentor del mundo, y desnudándose en seguida de medio cuerpo arriba, hace que le aten las manos á un pilar, y manda á un japonés que le azote; el cual lo hizo con tanta violencia, que le abrió por veinte partes las espaldas, inundando de sangre su cuerpo. De esta manera hizo comprender á los japoneses una parte de la Pasion de Jesus, debiéndose á esta tan elocuente manera de esplicar el ingreso en el cristianismo de gran nú-

mero de idólatras. En más de una ocasion repitió hechos parecidos á este, supliendo con la elocuencia de la accion lo que faltaba de elocuencia á su palabra. Como en el púlpito y en público no podia hacer escuchar su voz con gran fruto, y queria contribuir á la conversion de infieles, se dedicó á llevar la doctrina del Evangelio á las cárceles y convertir malhechores, para hablar con los cuales se consideraba bastante apto, y éralo en efecto, porque atrajo á la fé gran número de ellos.

Entre las varias devociones que tenia, ninguna dominaba su alma tanto como la de oir Misa todos los dias que le era posible; y como no siempre lo era en el Japon, y mucho ménos cuando iba de una ciudad á otra por mandado de su Prelado FRAY PEDRO, para no quedarse sin ella, especialmente los dias de fiesta, adoptó el medio de aprender de memoria toda la Misa, y puesto delante de una cruz, recitar la Misa en un tono de voz y ayudarla en otro, haciendo las respectivas ceremonias, con lo cual quedaba su devocion cumplida y su alma consolada.

Una tentacion que él mismo confesaba le habia hecho sufrir por espacio de muchos años, le hizo tan cauto en mirar á las mujeres, que solo por una absoluta necesidad dirigia su vista al rostro de alguna. Las amaba como prójimos, las socorria y auxiliaba con ternura y con bondad cuando imploraban su auxilio y proteccion; pero huia constantemente de ellas, y durante los últimos años de su vida jamás habló á ninguna sin que ella le hablase antes.

Si bien no era hombre de iniciativa, para ejecutar órdenes con interés y prontitud ninguno le igualó, siendo por consiguiente uno de los mas importantes auxiliares que en el Japon tuvo el Comisario y embajador SAN PEDRO BAUTISTA.

Regresó por fin Taicozama al cabo de algunos meses de espedicion, y FRAY PEDRO se resolvió á hablarle y recor-

darle su oferta de darles terreno para edificar iglesia. Muy difícil era hablar al Emperador; pero yendo un dia hácia Palacio FRAY PEDRO, tuvo la buena suerte de encontrarlo, y parando la carroza Taicozama le llamó, y «dándole una queja amorosa, le hizo cargo de que no le visitaba, preguntándole cómo les iba, y si tenian necesidad de alguna cosa, que la pidiesen.» Vista la buena ocasion, le dijo FRAY PEDRO: «De la casa, señor, que vuestra alteza nos prometió tenemos gran necesidad, porque para entender en nuestro ministerio es mucha descomodidad vivir huéspedes tanto tiempo en casa ajena.—No tengas pena, dijo el Emperador, que yo tendré buen cuidado de proveer en eso con mucha brevedad.» Y le tuvo en efecto, pues al siguiente dia muy temprano pasó Catana, uno de sus pajes, á ver á FRAY PEDRO, manifestándole que tenia órden de Taicozama de poner á su disposicion cuanto necesitasen los frailes Franciscos por de pronto, y señalarles renta suficiente para vivir. No aceptaron esta, haciendo presente sin embargo su mucho agradecimiento, manifestando que su Regla les obligaba á vivir de limosna; pero sí tomó FRAY PEDRO, lleno su corazon de reconocimiento, un campo solitario, aunque dentro de la misma ciudad de Meako, próximo al rio, y rodeado de algunas casas de cristianos, suficientemente capaz para edificar iglesia con casa y huerta.

Inmediatamente comenzaron los frailes Franciscos á edificar con las limosnas que recogieron de los cristianos, y con una no despreciable que les remitió Taicozama, y el dia de San Francisco de Asís, 4 de octubre de 1594, se celebró la primera Misa en el Monasterio de la Porciúncula, construido al estilo dc Europa, con iglesia muy desahogada, un altar mayor muy lindo, y dos colaterales, claustro alto y bajo, con celdas, enfermería y demas dependencias necesarias.

Acrecia por momentos el número de cristianos, y

érales ya imposible de todo punto á los Franciscos atender á ellos como deseaban y necesario era, y el dia que moria un cristiano sin haber recibido la absolucion de sus pecados, se partia de pena el corazon de SAN PEDRO BAUTISTA y SAN FRANCISCO DE SAN MIGUEL. Escribió, pues, á Filipinas pidiendo Religiosos; habiendo ocurrido la desgracia de morir en la travesía uno de los cuatro que le enviaron. La llegada, sin embargo, de los tres regocijó mucho á los dos Santos, á sus compañeros y á todos los cristianos, y proporcionó el celebrar solemnemente la Nochebuena de aquel año con Misa, acompañada de villancicos, cantados por niños, adiestrados por FRAY PEDRO, autor de la letra y música.

Sin enemigos ostensibles habian trabajado hasta aquí en su empresa de salvacion los dos Santos FRAY PEDRO y FRAY FRANCISCO: pero viendo los *bonzos* ó sacerdotes de los falsos dioses del Japon que las ofrendas á estos disminuian estraordinariamente, y que aumentaba en igual proporcion el número de cristianos, comenzaron á trabajar contra los frailes Franciscos, y paso á paso fueron llegando hasta entibiar el afecto que el Emperador tenia á SAN PEDRO BAUTISTA, en términos que mandó se suspendiese la limosna de arroz que le tenia señalada. Mucho afectó á los Santos esta órden, y no por interés personal, sino por la importancia que podia tener con el pueblo, y por lo que podia influir en la propagacion de las doctrinas del Evangelio.

En reemplazo del Religioso que murió en la mar, envió por este tiempo al Japon el Gobernador de Filipinas á los dos héroes Religiosos, tambien de San Francisco, FRAY MARTIN DE LA ASCENSION y su discípulo FRAY FRANCISCO BLANCO, que son los otros dos Santos españoles de este dia.

SAN MARTIN DE LA ASCENSION nació en Vergara,

villa perteneciente á la provincia de Guipúzcoa, obispado de Calahorra entonces, y correspondiente hoy á la nueva diócesi de Vitoria, el dia 11 de setiembre de 1567, siendo sus padres los nobles y acomodados *pobladores* D. Pedro de Aguirre y Doña Marina de Aríjola, cuya caridad y amor al prójimo lo manifiesta el haber tenido constantemente en su casa cama para peregrinos y transeuntes. Con la particular circunstancia de mediar tres años, poco más ó ménos, entre uno y otro alumbramiento, dió á luz cinco hijos doña Marina. Juan se llamó el primogénito, al que siguió nuestro héroe SAN MARTIN, y á este, por el órden que se apuntan, Estéban, Marina y Catalina.

Desde la infancia manifestó MARTIN un caracter pacífico, conciliador y dulcísimo, y grandes facultades intelectuales, habiendo aprendido con suma facilidad y prontitud hasta el latin, que era lo único á que podia llegar en su pais natal. A cursar artes y teología le envió su padre á Alcalá de Henares, en donde no desmintió en lo mas mínimo su crédito de virtuoso, morigerado y buen estudiante. Su única distraccion era ir de paseo al Convento del Angel, situado en un pequeño cerro estramuros de la ciudad, y allí pasaba algunas horas de la tarde en santas pláticas con el portero Fray Sebastian de Santa María, ó Fuente-Escusa, varon de insigne santidad, que tantos recuerdos y ejemplos dejó de sublimes virtudes, por las cuales mereció ser sepultado en la iglesia de aquel Convento, en un nicho de la capilla mayor, al lado de la Epístola.

Las edificantes conversaciones con el virtuoso Fray Sebastian, y la contemplacion diaria de la santa vida que hacian los frailes de la Seráfica Orden, inspiró á MARTIN el deseo de ingresar en ella. Comunicó á su familia este deseo, y con el beneplácito general tomó el hábito de San Francisco á los diez y siete años y ocho meses de edad, el dia 16 de mayo de 1585, en el Convento de San Sebastian

de Auñon, siendo Guardian Fray Gabriel de la Soledad, el mismo que hallándose tambien de Guardian diez y nueve años antes en el Convento de Arenas, habia recibido los votos de profesion de SAN PEDRO BAUTISTA. Cumplido el año de su ejemplar noviciado, profesó en 17 de mayo del año siguiente 1586, en manos del mismo Guardian Fray Gabriel, uniendo á su nombre, segun costumbre, un sobrenombre, que fue el de la *Ascension*.

Cuarenta y un años permaneció en el libro de profesiones del Convento de San Sebastian de Auñon la hoja que comprendia la de FRAY MARTIN, firmada por él; pero al llegar al Convento, en el año de 1627, la noticia de la beatificacion de los Mártires del Japon por Su Santidad Urbano VIII, arrancaron los Religiosos la hoja y la pusieron en un relicario, que fue colocado en la capilla mayor de la iglesia de este Convento, sobre una pintura de cuerpo entero de SAN MARTIN DE LA ASCENSION, á cuyo pie se leia: *San Martin, Proto-mártir del Japon, natural de la villa de Vergara, profesó en este convento año de* 1586, *á* 17 *de mayo.*

A los dos años de profeso, la fama de sus virtudes y talento habia llegado á todos los Conventos de la Órden de San Francisco, y deseando el Ministro Provincial, Fray Juan de Santa María, tenerle á su lado, le llamó desde el Convento de San Bernardino de Madrid, en el que permaneció cuatro años. En él cantó la primera Misa seis meses despues de haber dado su firma para ser incluido en la lista de una mision que se estaba á la sazon formando para ir á predicar la doctrina de Jesus en Filipinas, China y el Japon, y en él desempeñó el cargo de lector de artes con tanta lucidez y aprovechamiento de los discípulos, que dicen las crónicas de su Órden que parecia infusa su ciencia, haciendo tan clara y comprensible su esplicacion, que hasta los más torpes admiraban al poco tiempo de estudio á los más

ilustrados Religiosos de aquel y otros Conventos que conferenciaban con ellos.

Avisados los Religiosos que se habian inscrito para la mision de que esta iba á partir, marchó á incorporarse con ella en Sanlúcar, habiendo permanecido algunos dias en el Convento de San Francisco de Sevilla. Zarpó en junio la galera con los Religiosos, tomando rumbo á Nueva-España: siete meses estuvieron en la mar sufriendo los más espantosos temporales, perdiendo la galera completamente todo el aparejo y el timon, caminando á la ventura cerca de un mes, y volviendo milagrosamente al cabo de tantos al mismo puerto de donde habia salido para América.

Postrado en el lecho permaneció por muchos dias en Sanlúcar FRAY MARTIN DE LA ASCENSION, luchando su naturaleza contra una peligrosísima enfermedad que le puso á las puertas de la muerte. Convaleciente todavía pasó á Sevilla, en donde recayó; pero los mayores recursos del arte en esta poblacion alejaron pronto el peligro, y á los pocos dias estuvo en disposicion de marchar á Cádiz. Dedicado á la asistencia de los enfermos, al estudio de las sagradas letras y á la penitencia y oracion permaneció, hasta que, reunida de nuevo la mision, volvieron á hacerse á la mar los Religiosos. Los elementos esta vez fueron propicios, y el 19 de agosto de 1593 llegaron felizmente á Nueva-España, no habiendo sido el pasaje del todo feliz para FRAY MARTIN por unas calenturas rebeldes que se le desarrollaron á bordo, no bastando á vencerlas los mas solícitos cuidados de todos los Religiosos, especialmente de FRAY FRANCISCO BLANCO, que desde entonces no volvió á separarse de él jamás.

Contra lo que era de esperar, probó perfectamente á FRAY MARTIN el clima de América, y á las pocas semanas de su estancia en el Convento de Santa Bárbara de la Puebla, recuperó por completo su salud y robustez.

Fue nombrado lector de artes, el primero que tuvo la provincia de San Diego, y se abrió el aula en el Convento de Nuestra Señora de Chirubusco, á la que asistian, no solo Religiosos, sino tambien seglares. Uno de los discípulos que mas brillaron en esta aula, y que fue nombrado lector suplente, fue el constante compañero de SAN MARTIN, SAN FRANCISCO BLANCO.

Las continuas comunicaciones que llegaban de Manila en demanda de Religiosos determinaron al Provincial á enviar algunos, entre los cuales fueron nombrados SAN MARTIN y SAN FRANCISCO, de lo que recibieron ambos estraordinario contento.

SAN FRANCISCO BLANCO fue natural de Pereyro, pueblo perteneciente al partido de Monterey, en la provincia de Orense. Vino al mundo en el año de 1569; pero se ignora el nombre y circunstancias de sus padres, diciendo solo la historia que eran nobles de antiguo solar y de mas que mediana fortuna.

De muy corta edad pasó á Monterey, y bajo la proteccion del conde de este título, que distinguia con su afecto á la familia, estudió latinidad en el colegio de la Compañía de Jesus, pasando despues á Salamanca á cursar leyes, á cuya carrera, elegida por sus padres, no tenia él la mas pequeña inclinacion.

Era FRANCISCO de carácter sumamente franco, animado, y hasta alegre muchas veces; pero siempre con marcadas tendencias á la soledad y al retiro. Huia por lo general de la concurrencia y del bullicio, evitaba el crear relaciones; pero, una vez en contacto con las gentes, sostenia amena conversacion, que le hacia uno de los jóvenes mas simpáticos de su tiempo. Respetaba las costumbres de todos, con tal de que no ofendiesen á la moral, y escuchaba sin desden hasta las más sandias conversaciones, toda vez que no se mezclase en ellas la

murmuracion, de la cual fue desde muy jóven el más decidido enemigo.

La educacion religiosa que recibió de los Padres Jesuitas, unida á la predisposicion de su alma, le sugirieron la idea de seguir la carrera de la iglesia, y su amor á la soledad y al retiro, le decidieron á seguirla en el claustro. Al efecto pidió el consentimiento á sus padres, y habiéndole obtenido, se dirigió al Padre Fray Francisco Aldrete, Provincial de la de Santiago, solicitando el hábito de la Seráfica Órden, que tomó en el Convento de Villalpando, en el mismo que profesó despues de trascurrido el año de noviciado.

Desde su ingreso en el Convento varió completamente su carácter, y perdió por entero su animacion, haciéndose silencioso, reflexivo, y tan humilde, que parecia destinado á ser el último sirviente del último novicio y lego.

Del Convento de San Francisco de Villalpando, pasó al notablemente recoleto de San Antonio de Salamanca, al que deseó pertenecer desde que conoció las rígidas costumbres de sus moradores; y á tal grado llevó en él la austeridad, penitencias y las mortificaciones corporales, que cayó gravemente enfermo, á punto de tener que administrarle todos los Sacramentos. La juventud y buena constitucion del enfermo triunfaron de la muerte; pero le quedaron unas rebeldes cuartanas que nada bastaba á cortar, y deseosos los superiores de conservar la vida de un jóven tan apreciable y que tanta honra prometia á la Órden de San Francisco, determinaron trasladarle á un punto en que hubiera bastante diferencia de clima, á ver si con el cambio se cortaba la rebelde dolencia. En su virtud, fue enviado al Convento de Pontevedra, al que tuvo que ir montado en una mula, á pesar de las prescripciones de la Regla y de su deseo, porque su debilidad no le permitia andar ni media legua.

Bien probó el clima de Pontevedra al jóven fraile FRANCISCO, y muy pronto cobró fuerzas, pero sin desaparecer las cuartanas. No contribuyó poco á su alivio el santo placer que esperimentaba en este Convento, por haber vivido, muerto y sido enterrado en él Fray Juan de Navarrete, cuyas sublimes virtudes tan perpétua memoria habian dejado en Pontevedra, y porque ademas moraba en él á la sazon el célebre y virtuoso predicador Fray Juan Alvarez, que á los pocos dias consagró al jóven FRAY FRANCISCO un cariño paternal.

Era el sepulcro de Fray Navarrete por aquel tiempo constantemente visitado por infinidad de devotos, no solo de la ciudad de Pontevedra, sino de pueblos distantes, que acudian á presentar ofrendas ante él, y á invocar la intercesion del venerado Navarrete para remedio de desgracias y enfermedades. Las sorprendentes curas que se habian visto despues de penitencias y actos de fé y religion, practicados delante del sepulcro, sugirieron la idea á Fray Alvarez de aconsejar á FRAY FRANCISCO que hiciera una novena implorando la intercesion de Fray Navarrete para que el Señor le librara de las intermitentes, si así convenia á su mejor servicio. Desde luego aceptó el jóven Religioso tan santo consejo, é hizo la novena, durmiendo las nueve noches sobre el sepulcro de Fray Juan, no habiendo vuelto á presentarse la cuartana. El agradecimiento al Todopoderoso y al intercesor Fray Juan de Navarrete no tuvo límites en el corazon de FRAY FRANCISCO BLANCO, tomando gran parte en su entusiasmo religioso Fray Juan Alvarez, que se deleitaba pasando las horas en oracion en compañia del jóven FRANCISCO.

Llegaron por este tiempo de los Conventos de Muros, Noya y la Puebla diez y seis Religiosos, que se aposentaron en el Convento de San Francisco de Pontevedra, y que marchaban á embarcarse, para llevar la luz del Evangelio

á América, China y el Japon. Solicitó en seguida FRAY FRANCISCO ser admitido en esta mision; pero tuvo el gran sentimiento de ver denegada su pretension, porque todos los misioneros le consideraron demasiado jóven y delicado. No renunció, sin embargo, y habiendo sabido al poco tiempo que en Sevilla se estaba reuniendo otra mision, de la que formaba parte Fray Marcelo de Rivadeneira, que tanto le habia distinguido en el Convento de Villalpando, confiando en que este Religioso no le desdeñaria como los otros, con la correspondiente licencia de sus superiores emprendió á pie el camino, y tuvo la suprema alegría de ser recibido con el más tierno cariño por Fray Marcelo, é incluido en el número de los misioneros, dedicándose en Sevilla, Cádiz y Sanlúcar, mientras se reunia toda la mision, á cuidar de los enfermos en los hospitales. Llegó por fin el tan deseado dia, y dudando aun de que le cupiese tanta dicha, pasó á bordo de la nave que le ausentaba para siempre de su patria, como igualmente á su constante compañero desde este dia, SAN MARTIN DE LA ASCENSION, á quien, como queda dicho, asistió en la enfermedad que tuvo durante el pasaje á Nueva-España, de quien fue discípulo en el Convento de Nuestra Señora de Chirubusco, sirviéndole de lector suplente, y con quien partió para Manila poco despues de haber cantado Misa en el referido convento de Nuestra Señora de Chirubusco.

Á fines de mayo de 1594 llegaron felizmente á Manila, donde SAN MARTIN fue nombrado inmediatamente lector de artes, y luego de teologia, á cuyas lecciones asistia siempre SAN FRANCISCO BLANCO, dedicando el resto del dia al cuidado de los enfermos de los hospitales, que fue siempre su predilecta ocupacion.

Habiendo muerto, como dijimos mas arriba, uno de los cuatro Religiosos que mandaron desde Manila al Japon, y contraido otro una enfermedad que le inutilizaba para toda

gestion, y continuando SAN PEDRO BAUTISTA sus pedidos de Religiosos, determinó el P. Provincial que marcharan al Japon SAN MARTIN y SAN FRANCISCO BLANCO, satisfaciendo los ardientes y constantes deseos de estos, que, llenos de santo júbilo, emprendieron el pasaje al Japon, desembarcando sin contratiempo en el puerto de Nangasaki, donde permanecieron algunos dias en compañía de Fray Gerónimo de Jesus, dirigiéndose despues á presentar su obediencia al embajador y Comisario SAN PEDRO BAUTISTA, que enloquecia de gozo al ver á su lado dos tan refulgentes antorchas de la luz del Evangelio.

La idea que formó del Japon SAN MARTIN DE LA ASCENSION se manifiesta en la siguiente carta, que, segun afirma el venerable Montilla, se guardaba con otras del mismo, cuando él la publicó en el Convento de Araceli de Roma:

«Los Padres de la Compañía en estos reinos del Japon nunca han tenido pasados de sesenta de su Compañía, y agora tienen ménos, ni pueden sustentarse más, por el grande gasto y por la gran compañía de Hermanos Japones y familia que sustentan: y en este Japon hay sesenta y seis reinos, porque es un Archipiélago grande de islas, á la traza de las Filipinas, entre las cuales hay tres grandes, que ternán de circuito todas tres tanto como España, Inglaterra y Flandes; y hay en ellas ciudades de á treinta, cuarenta, sesenta y de á noventa mil casas; la gente es tanta, que hierven como hormigas, y en la ciudad de Meako tiene el demonio diez y ocho mil bonzos ó sacerdotes de dos mil templos, donde es adorado, y no hay mas de dos Padres de la Compañía, que están encerrados en una casa, disimulado ó disfrazado el traje; y en esta casa de Usaca y en la de Sacay, que ambas son como Sevilla y Lisboa, tres leguas la una de la otra, hay solamente un Pa-

dre de la Compañía, que acude á entrambas de secreto, con ayuda de algunos Hermanos y Dóxicos Japonés; y es cosa clara que por falta de ministros predicadores se pierden muchas almas, y que no enviarlos, es cerrarlos las puertas del cielo.»

Sin disminuir ni un instante su católico celo la enemistad de los bonzos y la tibieza que iba demostrando demasiado el Emperador Taicozama, continuaban con el mismo ardor todos los Franciscos su salvadora mision, y queriendo proporcionar á los japoneses bienes materiales, al propio tiempo que los espirituales, con limosnas que recogieron fundaron al lado del Convento de la Porciúncula de Meako una escuela y dos hospitales, dedicado el uno á Santa Ana y el otro á San José, que llegaron á contener reunidos hasta cincuenta leprosos en muchas ocasiones.

A peticion de los cristianos de Nangasaki, pasó á este punto FRAY PEDRO BAUTISTA, y con el beneplácito del Gobernador Tarazara compró un edificio ruinoso que en su principio habia sido pequeña ermita dedicada á San Lázaro, y luego hospital, y arregló una decente y espaciosa iglesia, reedificando para Convento el resto del edificio. Poco duró el culto en esta iglesia, porque ganado el gobernador Tarazara por los bonzos, pidió á FRAY PEDRO BAUTISTA la chapa ó licencia escrita del Emperador para el establecimiento de la iglesia, y como no la tenia FRAY PEDRO, le obligaron á que cerrara la iglesia, y saliera inmediatamente de Nangasaki.

Grande fue el sentimiento de FRAY PEDRO y de todos los cristianos; pero tuvo que cerrar la iglesia y permanecer oculto con Fray Gerónimo de Jesus en casa de un portugués, situada á la salida de la ciudad, en el interior de la cual hicieron un oratorio, y celebraban Misa casi todos los dias con asistencia de buen número de fieles cristianos.

Como ninguna clase de contrariedades era bastante para acobardar á estos Santos y hacerles desistir de su propósito firme é invariable de propagar el conocimiento de la salvadora doctrina de Jesus, y establecer el culto divino en cuantos mas puntos pudieran, puestos de acuerdo todos los frailes Franciscos con los demas importantes cristianos japoneses, determinaron establecer otra iglesia en Osaka, y habiendo conseguido licencia, aunque solo verbal, del gobernador de esta ciudad para fundar templo y predicar, pasó á ella inmediatamente FRAY PEDRO, FRAY MARTIN y FRAY FRANCISCO BLANCO, acompañados de varios Japoneses cristianos, y arreglaron una iglesia pequeña y pobre, como el resto del edificio, que por esta causa fue llamado el *Convento de Belen*. La iglesia tenia un solo altar con un Niño Jesus de talla, llevando en una mano la cruz y en la otra los clavos.

La misma enemistad de los bonzos encontraron los Santos Franciscos en Osaka que habian esperimentado en Meako y en Nangasaki, y pronto hubieran esperimentado los efectos de su saña, si el Supremo Hacedor, queriendo anunciar al mundo el gran suceso que se aproximaba, no hubiera obrado por aquellos dias en el cielo, en la tierra y en el mar los aterradores prodigios que quitaron á los habitantes del Japon la facultad de ocuparse de otra cosa que de lo presente.

El 30 de agosto, á las ocho de la noche, hubo un fuerte temblor de tierra, anuncio del espantoso que tuvo lugar á la media noche del 4 de setiembre, con tan violentas sacudidas, que era imposible tenerse en pie, ni aun andar á gatas, para salir de las casas. Grande fue el número de edificios y *barelas* ó templos de los ídolos que se arruinaron, concluyendo con la vida de multitud de personas de todas clases, é innumerables bonzos. El magnífico templo de Daybut, edificado por el Emperador Taicozama, vino á tierra,

matando ochenta bonzos; siendo digno de saberse que cuando se sacó de entre las ruinas al dios Daybut hecho pedazos, dijo Taicozama que aquello les probaba la existencia de otro Dios mas fuerte que Daybut. Tambien se convirtió en ruinas el monasterio de Tizo, uno de los mejores edificios de Meako; sufriendo igual suerte el templo de Yanzu, que fue el mas sentido, por contener mil y doscientos ídolos, número bastante para contentar toda clase de gustos. Del mismo modo rodaron por el suelo los siete famosos templos de Alango y Torambo, situados en lo mas alto de la ciudad, y otros muchos de ménos importancia y renombre.

Á las once de la noche del siguiente dia repitió el terremoto sus estragos con ménos fuerza en Meako; pero infinitamente mayor en Osaka, donde se hallaba el Emperador á la sazon. Desde la referida hora duraron las sacudidas, con el intérvalo más largo de media hora, hasta el amanecer, aminorando la violencia del movimiento, pero aumentándose en cambio el espantoso ruido subterráneo. Asombroso fue el número de edificios arruinados en Osaka, y uno de los primeros que besó el suelo con sus elevadas torres fue el marmóreo y alabastrino alcázar donde se encontraba el Emperador. Setenta de sus mujeres perecieron entre las ruinas, é infinito número de personas de su servidumbre. Taicozama, con uno de sus hijos en brazos, permaneció toda la noche en una cocina baja, cuyo techo habia caido minutos antes de entrar en ella. Al ser de dia marchó al campo, en donde le construyeron una casa de cañas.

La mar, invadiendo furiosa la tierra en la provincia de Bungo, arrasó tres pueblos distantes dos leguas de la costa.

Ninguna de las iglesias de los Jesuitas ni de los Franciscos sufrió el más pequeño detrimento.

Sucesos tan espantosos hicieron por de pronto á los

bonzos olvidar su enemistad, y dejaron tranquilos á los Franciscos, que no desperdiciaron el tiempo en beneficio de la Religion cristiana, á lo que contribuyó poderosamente la sublime caridad y dulce amor con que auxiliaban á los heridos y enfermos, haciendo curas admirables, en particular SAN FRANCISCO BLANCO, que poseia un riquísimo recetario para toda clase de enfermedades, siendo tal la confianza que inspiraba su ciencia, que hasta le buscaban para resucitar difuntos, especialmente despues de una cura que hizo, que fue tenida por todos los habitantes de Meako por una verdadera resurreccion.

Habitaba á corta distancia de la ciudad, en una magnífica casa, un japonés notable por su cuna y sus riquezas. A poco tiempo de casado quedó en cinta su mujer, que tuvo un embarazo penosísimo. Cuando se presentó el parto se hallaba la japonesa tan débil y estenuada, que todos, con inclusion de su marido y de ella misma, creyeron que moria. No fueron ciertamente las primeras horas las más á propósito para desvanecer la lúgubre idea, porque la parturiente carecia completamente de fuerzas. En este estado, y en un momento que quedó sola con una amiga, que profesaba la Religion cristiana, la aconsejó esta que pidiese de todo corazon á María, la Celestial Reina de los cristianos, que la sacase con felicidad, prometiéndola hacerse cristiana en cuanto se restableciese. Aceptó el consejo la japonesa, imploró la proteccion de la Madre de Jesus, ofreciendo de todas veras abrazar en seguida el catolicismo. El parto fue feliz, y la japonesa cumplió su oferta, á pesar de que su marido le negó el permiso para hacerse cristiana. El bautismo se verificó de oculto. Cuatro años contaba la niña que dió á luz la japonesa, único fruto de su matrimonio, cuando cayó gravemente enferma. Los padres, que la amaban con un delirio sin igual, apelaron á la ciencia de los mejores médicos de Meako, é hicieron ir á todos los que gozaban

de crédito en las ciudades y pueblos vecinos: la niña, sin embargo, empeoraba de dia en dia, y el desconsuelo de sus padres no tenia límites. Indicó la japonesa á su marido llamar á FRAY FRANCISCO BLANCO; pero el marido se negó abiertamente, tanto por el desden y menosprecio conque miraba á los Franciscos y á los que seguian su religion, cuanto por no atraerse la enemistad de los médicos de Meako, con inclusion de Jacuyn, médico del Emperador, que tambien visitaba á la niña. El mal de esta crecia por momentos, y los médicos no daban esperanza ninguna: finalmente, un dia, al amanecer, declararon que la niña habia dejado de existir, y todos se retiraron. En aquel momento la madre confiesa á su marido que es cristiana, y le suplica que llame á FRAY FRANCISCO, y que ya que por la Religion de Jesucristo salió con felicidad al mundo su hija, la misma Religion la vuelva la vida. La desesperacion de un amoroso padre que ve en el lecho el inanimado y todavía caliente cuerpo de un adorado hijo, hizo que el japonés, aunque altamente sorprendido y admirado, accediese á la súplica de su mujer, y él mismo fue á buscar á FRAY FRANCISCO. La mujer, mientras tanto, puso al lado de la cama que ocupaba su difunta hija una imágen de la Virgen, alumbrada por dos pequeños cirios.

Llegó el caballero japonés acompañado de FRAY FRANCISCO, el cual se acercó á la cama y reconoció la difunta, mientras la madre de rodillas, y el padre de pie, esperaban angustiosos y anhelantes que la voz del Santo anunciase su dicha ó su desgracia. FRAY FRANCISCO, despues de unos momentos de contemplacion, poniendo su mano en la frente de la niña, dijo:—¡*Vivirá*!—«¿Vivirá?» preguntaron ansiosos los padres. Y haciendo FRAY FRANCISCO la señal de la cruz sobre la frente de la niña, contestó:—*Ya vive*. Y así era en efecto: el rostro de la niña comenzó á tomar movimiento, y á poco abrió los ojos.

Este y otros sucesos semejantes producian el consiguiente y lógico efecto del engrandecimiento del gremio católico; y con gran provecho de la Religion cristiana hubieran continuado su santa mision los Franciscos, aun á pesar de la enemistad de los bonzos, si la codicia, dominando por completo el corazon y la mente de Taicozama, no le hubiera hecho cerrar los ojos para la razon, la justicia, la humanidad, y hasta para su decoro como hombre y Soberano.

En 12 de julio de este mismo año de 1596 habia salido del puerto de Cabite, distante tres leguas de Manila, con rumbo á Nueva-España, el galeon *San Felipe,* mandado por el general D. Matías de Landecho, llevando á su bordo algunos oficiales y soldados españoles, varios mercaderes, cuatro Religiosos de San Agustin, uno de Santo Domingo, y dos Franciscos. El galeon, ademas de los pasajeros, conducia un enorme cargamento de ricas y preciosas mercaderias. Á poco de salir del puerto se vió combatido por una horrible tempestad, á la que sucedieron otras y otras á cual más violentas, poniendo la nave en el estado más lastimoso. Á los noventa y nueve dias de constante lucha con las embravecidas olas arribó á la isla Tossa, pocas leguas distante de Meako, territorio del Japon, reino llamado de Urando. En cuanto dió fondo el *San Felipe* pasó á su bordo el secretario del Rey Turungami, y ofreció al general Landecho toda clase de auxilios en nombre de su Rey y en representacion del Emperador Taicozama. Aceptó el general muy reconocido tan generosa hospitalidad, manifestando, sin embargo, que hasta el dia siguiente no pasarian á tierra. Antes tuvieron que verificarlo, pues en las primeras horas de la noche comenzó á hacer tanta agua el galeon, que viendo se iba á fondo por momentos, trataron de salvar lo más precioso del cargamento echándolo á la playa, y antes de amanecer se sumergió por completo el *San Felipe.* El Rey de Urando proporcionó maderas, con las que se formó

en la playa un cobertizo para resguardar el cargamento salvado, que todavía era de gran valor. En el cobertizo quedaron los soldados y gente de mar, y los demas fueron alojados en la poblacion.

Manifestó el Rey de Urando al general D. Matías que era preciso arreglase dos presentes, uno para el Emperador y otro para el Gobernador de Meako, donde á la sazon se hallaba Taicozama, y que pasase inmediatamente á aquella ciudad una comision que pidiera al Emperador licencia para vender las mercancías ó trasladarlas á punto donde pudieran ser vueltas á embarcar, porque él no tenia facultades para conceder ni lo uno ni lo otro. Se arreglaron inmediatamente los presentes, por valor de unos siete mil pesos, y marchó la comision en busca de FRAY PEDRO BAUTISTA, que, como embajador de España, Comisario y jefe de las misiones, debia presidirla. Pero ya no era tiempo: los bonzos habian por fin conseguido su deseo. Tanto directamente, como por conducto de amigos influyentes, habian trabajado cerca de Taicozama para persuadirle de que los desastres que habian tenido lugar en el imperio del Japon eran un castigo de los dioses por permitir que se predicase la Religion del Crucificado, y aseguraban que habian tenido diferentes revelaciones de que iguales sucesos se repetirian muy pronto si no se sacrificaba á los predicadores: unidas estas alarmantes gestiones á lo que á Taicozama le aconsejaba su vil codicia, produjo la órden de confiscar el cargamento del galeon *San Felipe* y de que murieran los cristianos. La primera sentencia de muerte comprendia á todos los que seguian la Religion de Jesucristo; pero siendo ya inmenso el número de estos, y temiéndose un conflicto en el imperio, la modificó Taicozama, concretándola á los predicadores y sus inmediatos servidores; entre todos veinte y cuatro, segun la lista unida á la sentencia modificada, en la cual estaban comprendidos los cuatro Santos espa-

ñoles de este dia: SAN PEDRO BAUTISTA, SAN FRANCISCO DE SAN MIGUEL, SAN MARTIN DE LA ASCENSION y SAN FRANCISCO BLANCO.

Para poder llevar á cabo la sentencia, comenzaron por asegurar á los tan ligeramente juzgados y arbitrariamente sentenciados por Taicozama. En la noche del 8 de diciembre, al aparecer en el horizonte la vigésima luna Bonlocú, como ordenó el Emperador, pusieron guardias los respectivos Gobernadores en las Casas-conventos de los Franciscos de Osaka y Meako, sin sorpresa de nadie, porque todos lo esperaban, con gran sentimiento por parte de los japoneses cristianos y gran alegría por la de los Religiosos, que veian avanzar rápido el momento de dar gloriosamente la vida por el que dió la suya para la redencion del hombre.

Á la mañana siguiente pasó el Bunjuyo, ó sea teniente de gobernador, al Convento de la Porciúncula de Meako, en donde se hallaban FRAY PEDRO BAUTISTA, FRAY FRANCISCO BLANCO, FRAY FRANCISCO DE SAN MIGUEL, Fray Gonzalo García, y Fray Felipe de Jesus, pasajero este del galeon, y encontrándolos acompañados de gran número de japoneses cristianos, que á porfía habian acudido á compañar y asistir á los Religiosos, dispuso que se retiraran inmediatamente, y quedasen solos estos y los predicadores japoneses, intérpretes de la doctrina. No poco trabajo costó al teniente y á sus soldados hacer retirar á los cristianos: todos en alta voz confesaban su Religion, y se empeñaban en morir por ella en compañia de los frailes Franciscos.

Para no dilatar demasiado esta relacion, y no dejar por otra parte en silencio los sucesos acaecidos desde el 9 al 29 de diciembre, copiamos al historiador Fray Juan de Santa María, que en el lib. III, pág. 85 de la segunda parte de la Crónica de la provincia de San José, dice:

«Entenderse há mejor lo que pasó por dos cartas del Santo Comisario, que resumiré en una, para el Santo Fray Martin, que estaba preso en Osaka.

»Recibí mucha consolacion con la de V. C., hermano carísimo, por saber de su salud, y que Dios Nuestro Señor le dé ánimo para animar á los cristianos y padecer por su amor: tambien acá nos hace la misma merced, bendita sea Su Divina Majestad, que estamos muy alegres y consolados en el Señor; aunque dentro y fuera de casa cercados de guardas, tenemos por merced muy grande padecer por su amor. Díjonos nuestro hermano Cosme que estaba dada sentencia de muerte contra nuestros cristianos, y escritos sus nombres, y que otro dia sin duda nos habian de matar á todos, y toda aquella noche, sin dormir sueño, nos aparejamos para morir. Confesamos á todos los cristianos que pudimos, y dije Misa una hora antes del dia, creyendo que esta seria la última. Comulgué á todos nuestros hermanos y á otros cincuenta cristianos que se habian confesado: otros muchos la oyeron con mucha devocion y lágrimas de alegría, por la merced que Dios les iba prometiendo. El hermano Fray Gonzalo les hizo una plática, animándolos á padecer por Cristo, á lo que ellos, muy enteros, respondieron que deseaban tener cien vidas para darlas todas por aquel Señor que dió por ellos la suya en la cruz, y que ellos eran pecadores, que aunque diesen las vidas, hacian poco en satisfaccion de muchos pecados que contra este Señor tenian cometidos. Acabada la Misa, de allí á poco vinieron muchos japoneses y ministros de justicia, y anduvieron mirando toda la casa, oficinas y sacristía; luego oimos decir que traian sogas y cadenas para llevarnos presos y maniatados, y despues vino un sustituto de Xibunojo, Gobernador de Meako, acompañado de mucha gente. ¡Quién podrá decir la alegría y contento que hubo en todos nosotros, las gracias que dábamos á Dios, pareciéndonos que ya era

llegada la hora en que nos queria hacer partícipes de su reino, y que luego nos quitarian las vidas! Echaron mano solamente de nuestros predicadores japoneses, Leon, Pablo, Ventura, Tomé y Gabriel, y los llevaron presos. Fueron predicando á los gentiles por el camino con grande ánimo, y de la cárcel me escribieron una carta, diciendo que sin duda los matarian por ser cristianos; mas que estaban muy alegres y contentos de padecer tormentos; que ya tenian gran deseo de ir al cielo á gozar de aquella bienaventuranza para donde fueron criados; que pidiésemos á Dios que les diese firme propósito para padecer por su amor. Yo les respondí que el Señor, por quien deseaban padecer, los ayudaria en tan honrosa batalla. Los que quedamos, toda el alegría se nos volvió en tristeza, viendo que el juez se iba sin nosotros, juzgando que por nuestros pecados no éramos dignos de tan grande merced; mas todavía no desconfiamos de que Dios nos la hará de cumplir nuestros deseos, porque aun estamos presos y con guardas, y no dejan entrar cristianos en nuestra iglesia, y por ser mucha la gente, guardas y otros gentiles, no podemos enviar fuera una carta. V. C. nos encomiende á Dios, que lo mismo hacemos acá, y tenga mucho ánimo y confianza en su Divina Majestad, que ahora parece que comenzamos el oficio apostólico, y en medio de estas angustias y trabajos envia Dios sus divinas consolaciones, y nos da esfuerzo y ánimo para padecer tormentos y afrentas por su divino amor. *Benedictus Deus, et Pater Domini Nostri Jesu Christi, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra.* Y estamos con mucha alegría. *Quoniam digni habiti sumus pro nomine Jesu contumeliam pati.* Y por hacernos esta merced de padecer con alegría por su amor, el Señor le dé su divino espíritu, y adios, carísimo hermano, que no hay lugar para mas.— De esta prision de Meako, etc.»

En otra al mismo, y á otros que estaban con él, dice así:

«Gloria á la Majestad divina: Habemos celebrado el Santo Nacimiento del Hijo de Dios con mucha alegria espiritual, entonamos las Vísperas, Maitines y Misa del gallo, y hubo incienso; acudieron muchos cristianos, y solamente les dieron licencia para estar en el patio de la iglesia, donde los pobres padecieron harto frio. Entonose tambien la Misa del alba, porque ellos lo pidieron, y en un altar tuvimos un pobrecillo portal, y hubo coplas á nuestro modo. El hermano Fray Gerónimo se puede ir á Nangasaki, pues lo pide el General. El hermano Fray Juan Pobre se volverá á Manila á dar cuenta de lo que pasa, que por ahora bastan los que acá estamos, hasta ver en qué para este negocio. Si entendiera que nos habian de martirizar á todos, yo los detuviera que no se fueran; mas no creo que recibiremos todos esa merced. Si á nuestros cristianos que allá tienen presos matan, y nosotros tenemos libertad, hemos de ir á predicarles y esforzarles, y de allí podrá ser que den tras nosotros, y si no nos matan, entiendo que nos echarán del reino. El Señor ordene lo que ha de ser más para gloria suya, que no le suplico otra cosa. Á los pobres de los hospitales no les dejan salir; no sé qué se han de comer si dura esta prision: de lo que nos dan, les damos, y no me pesa sino que no tengo buen golpe de arroz que gastar con ellos, aunque, bendito Dios, los cristianos nos acuden con sus limosnas. Esta sea para todos, que no hay para escribir á cada uno; encomiéndennos á Dios, que acá hacemos lo mismo.»

El dia 30 de diciembre, hallándose en el coro cantando Vísperas los Religiosos de Meako, entró en la iglesia un juez, seguido de gran número de soldados, para conducir á la cárcel pública al Comisario FRAY PEDRO BAUTISTA

y á sus compañeros. Con el mayor regocijo se abrazaban unos á otros dando gracias al Supremo Hacedor porque tan latamente les proporcionaba la bienaventuranza de la persecucion. FRAY PEDRO tomó un Crucifijo que habia en el coro y se le colgó del cuello, y juntos todos los frailes, menos Fray Gonzalo, bajaron á la iglesia á entregarse al juez y á los soldados, que los trataron con la mayor crueldad, golpeándolos con las sogas y cordeles que llevaban, y que por último les echaron al cuello, atándoles las manos á la espalda. Observando el juez que faltaba un Religioso, que era el referido Fray Gonzalo, mandó á los soldados que le buscasen, y le encontraron en la huerta abrazado á una gran cruz que allí habia. Le arrancaron de ella, y le llevaron á la iglesia á incorporarle con los demás, que puestos de rodillas, y con placentero rostro, cantaban el *Te-Deum*. Al salir de la iglesia, última que pisaron, se despidieron, entonando el himno *O gloriosa Domina*.

Por un camino regado con el amargo llanto de los japoneses cristianos que los acompañaban, marcharon directamente á la cárcel, alabados y bendecidos de los católicos, y admirados de los idólatras. A los dos dias, 1.° de enero de 1597, tuvieron el inefable placer de abrazar á sus compañeros de hábito y á los tres del de San Ignacio de Loyola, traidos de Osaka para que juntos fueran muy luego recibidos en el amoroso seno del Salvador del mundo.

Reunidos ya los veinte y cuatro que espresaba la lista adjunta á la primera sentencia, el viernes 3 del mismo mes los sacaron á todos á una gran plaza, y en frente de una barela cortaron á cada uno un pedazo de la oreja izquierda, suprimiendo el Gobernador de Meako la amputacion de las narices, que tambien prevenia el mandato, á ruegos de las personas influyentes de la ciudad.

El resto de la sentencia, que era el paseo á la vergüenza por las calles de Meako y demas importantes ciudades

del reino, ni podia, ni pretendió suprimirlo ni aplazarlo el Gobernador. Inmediatamente fueron colocados los veinte y cuatro mártires de tres en tres en ocho carretas tiradas cada una por un buey, y paseados por las calles mas públicas de Meako, siendo despues conducidos á la cárcel, para dar principio en el siguiente dia á su último viaje por el mundo.

Al amanecer fueron sacados de la cárcel, y montados en caballos unos, y otros á pie, marcharon rodeados de una fuerte escolta camino de Osaka, en donde entraron á media tarde. Pocas horas antes que los mártires habia llegado escrita á Osaka la última sentencia pronunciada por Taicozama, cuya literal traduccion es la siguiente:

«Por cuanto estos hombres vinieron de los Luzones, con título de embajadores, y se quedaron en Meako predicando la ley de los cristianos, que yo prohibí muy rigurosamente los años pasados, mando que sean ajusticiados, juntamente con los japoneses que se hicieron de su ley; y así estos veinticuatro serán crucificados en Nangasaki; y vuelvo á prohibir de nuevo la dicha ley para en adelante, por que venga á noticia de todos; y mando que se ejecute; y si alguno fuese osado á quebrantar este mandato, sea castigado con toda su generacion.—El primer año de Queycho, á los diez dias de la undécima luna.—Sello real.»

Sin conocimiento, traslado ni notificacion á las partes de esta sentencia, continuaron llevando de ciudad en ciudad á los mártires, haciéndolos recorrer un camino de mas de cien leguas, que los frailes Franciscos, en observancia de su Regla, hicieron constantemente á pie, esceptuando las salidas y entradas en las poblaciones, en las que les obligaban á subir en carretas ó caballos para que marcharan mas visibles á la vergüenza. Sin incluir gran número de

pueblos pequeños, y las ya citadas ciudades de Meako y Osaka, tocaron hasta llegar á Nangasaki, lugar de la ejecucion, en Fugimi, Zakay, Tiongo, Akaxi, Ximonogeki, Fakata, Karazu, Nangoya, Zukaseki y Sononki.

El cristiano japonés Francisco Faleñame, de sobrenombre *Gallo*, carpintero, hermano de la Órden Tercera, y apasionadísimo de FRAY PEDRO, se propuso, á pesar de los innumerables golpes que de contínuo le daban los soldados, servir á los Mártires, y en Osaka se incorporó á ellos, ayudándolos á bajar y subir á las caballerias y carrretas, sosteniendo á los que fatigados caminaban á pie, levantando al que caia, limpiándoles el sudor, y prestando á todos cuantos auxilios y servicios le eran posibles. En Nangoya se unió á Francisco Faleñame otro japonés cristiano, con objeto de servir tambien á los Mártires, y en especial á los tres Jesuitas. Este nuevo servidor, llamado Pedro Saquexiro, era enviado por el P. Organtino, de la Compañía de Jesus, para aliviar cuanto pudiese la suerte de los Mártires, á cuyo efecto le proveyó de plata y oro. Queriendo Pedro utilizar inmediatamente este en beneficio de los Mártires, hizo ofertas á algunos soldados de la escolta: descubierto su tesoro, se lo arrebataron en el acto, y por sentencia pronunciada por los mismos rapaces soldados, y confirmada despues en todas sus partes por el Gobernador de Nangasaki, fueron Pedro y Francisco condenados á muerte, é incorporados á los Mártires, componiendo en su virtud todos el número de veintiseis.

Cuando llegaron á Nangoya no estaba en ella el Gobernador, y su hermano Fazamburu, que le representaba en el cargo, aunque gentil y enemigo de los cristianos, y de los frailes en particular, pasó á verlos, y tuvo con FRAY PEDRO una larga conversacion, manifestándole que sentia sus trabajos y la muerte que se les preparaba; pero que le era imposible evitarla, y que lo único que podia hacer era

facilitarles cuanto de alimento y ropa necesitasen hasta Nangasaki.

Aprovechando FRAY PEDRO la buena disposicion de Fazamburu, le suplicó que influyera para que le concediesen las dos únicas cosas que deseaba con todo su corazon: la primera, morir en viernes, y la segunda, que cuando llegaran cerca de Nangasaki permitiesen á los Padres de la Compañía de Jesus que los confesasen, dijeran Misa y comulgasen. Algunas esperanzas le dió Fazamburu, sin duda para consolarle; pero ninguno de los dos deseos vió cumplidos FRAY PEDRO, teniendo estas dos contrariedades más que ofrecer al Señor.

A las primeras horas de la tarde del dia 4 entraron en Sononki, á cuya cárcel los llevaron, despues por supuesto del paseo á la vergüenza. Les permitieron recibir á los Padres Jesuitas, y á los muchísimos cristianos, particularmente portugueses, que fueron á visitarlos, entre los que repartieron las cruces, escapularios, rosarios, y hasta los mas insignificantes objetos que llevaban, pues todos querian conservar alguna prenda de los Mártires. FRAY PEDRO entregó su breviario, con la fecha y firma puesta en esta cárcel, á un portugués, con encargo de dárselo de su parte á Fray Marcelo de Rivadeneira, que lo recibió y conservó como un don del más inmenso valor.

Mientras en la cárcel tenian lugar las edificantes y conmovedoras escenas que pueden presumirse, en Nangasaki se estaba acabando de disponer el Calvario para la crucifixion del dia siguiente, pues el Gobernador no quiso de ningun modo conceder los dos dias de espera para satisfacer los deseos de los Mártires de morir en viernes. A lo que accedió, á peticion de algunos españoles y portugueses, fue á que la ejecucion no se hiciera en el sitio donde se verificaban las de los malhechores. En su virtud fueron colocadas las cruces en un cerro lindante con el camino de

Nangoya, á unas doscientas varas de la mar, y quinientas de Nangasaki.

La manera de crucificar de los japoneses no era la misma que la empleada por los judios, ni la cruz era igual tampoco. Se componia la cruz que empleaban los japoneses de un madero vertical, cruzado por otro horizontal en la parte superior, para estender sobre él los brazos, y otro inferior mas corto, tambien cruzado, para asegurar los pies, quedando colocada la víctima en figura de aspa, disminuida ó mas cerrada en la parte inferior, y en medio del árbol habia un pequeño madero, en el que se sentaba el crucificado. Tendidas las cruces en el suelo, colocaban sobre ellas á los sentenciados, y con argollas de hierro aseguraban á la cruz el cuello, muñecas y las gargantas de los pies. Cada cruz estaba servida por dos sayones, y levantada, quedaba uno á cada lado, y despues de algunos minutos destinados á que los espectadores vieran vivo al reo, le daba el verdugo dos lanzazos, introduciendo el hierro por el costado y en direccion al hombro opuesto, por donde salia, formando de este modo las lanzas otra aspa, cuyo centro de union quedaba dentro del pecho del crucificado.

FRAY PEDRO BAUTISTA, viendo que no habia ya esperanza ninguna de que los complaciesen dilatando hasta el viernes su muerte, y conociéndose muy débil y desfallecido para poder hacer su voz bien perceptible en el Calvario, encargó al brioso héroe FRAY MARTIN DE LA ASCENSION pronunciara en él una plática, lo que efectivamente hizo con clara, sonora y tranquila voz.

Inmensa multitud cubria las inmediaciones del Calvario de Nangasaki, rodeado de un fuerte cordon de soldados, desde las primeras horas de la mañana del 5 de febrero de 1597, dia de Santa Agueda, tambien mártir. Anhelante el pueblo, dilataba su ávida mirada por el camino de Nangoya, temiendo unos y deseando otros percibir la comitiva de

los Mártires, á los que se habia prohibido, bajo muy rigurosas penas, salir á esperar. Una aclamacion unánime de la muchedumbre anunció por fin á las nueve y media la presencia de los Santos, y otra de gozo y suprema alegria de estos anunció tambien que habian visto la ansiada cima del Calvario que los acercaba al cielo. Al contemplarla se animaron los semblantes de los veinte y seis Mártires, se duplicaron sus fuerzas, y hasta los mas débiles, que venian en los cestos, continuaron desde allí á pie, tan ágiles como si en aquel momento comenzaran el camino.

Mientras iban los sayones colocando á los Mártires en las cruces, pronunció SAN MARTIN la plática que le habia encomendado SAN PEDRO BAUTISTA.

Un sepulcral silencio reinaba en torno del Calvario: ni aun movimiento tenian aquellos millares de espectadores, que, convertidos en estatuas de humana carne, no se permitian ni respirar: la potente voz del sublime héroe MARTIN DE LA ASCENCION era lo único que revelaba la presencia de vivientes: en el desierto de Sahara no podia reinar mas profundo y absoluto silencio.

La plática que pronunció por encargo de SAN PEDRO BAUTISTA, cuyo manuscrito fue hallado dentro de una manga de su hábito, dice así:

«No sé cómo paguemos los veinte y seis compañeros que aquí venimos (hermanos mios) á nuestro Señor tan grandes mercedes como las que hoy nos hace en dejarnos llegar á este estado tan dichoso. Muchos Santos antiguos, principalmente nuestro P. San Francisco, deseó mucho ser mártir; pero no pudieron alcanzar el martirio de la Cruz. Y aunque nosotros venimos desde Meako á este lugar arrastrados y sufriendo otros trabajos, no podemos con todo eso pagar á Dios Nuestro Señor tantas mercedes, como esta que nos hace. Bien entendimos que nos habian de dar alguna muer-

te más diferente que aquesta. Pero ¿qué mercedes son estas, Señor mio Jesucristo, tan grandes que hoy nos haceis? Tan altas y favorables, que por mostrarnos mayor amor permitís Vos, Señor, que muramos en cruz. ¡Oh cruz tan dichosa, y muy indignos nosotros para ella! Muchos Santos desearon ser crucificados y alcanzar un martirio tan alto; pero nunca lo pudieron alcanzar; solos fueron algunos pocos entre tantos. Unos fueron despeñados, á otros cortaron las cabezas, á otros frieron en aceite, otros fueron asados, otros metidos en estanques de agua muy fria, otros desollados, y otros muchos fueron pasados por diferentes martirios; y todos con mucho contento recibian el martirio por Cristo, y siempre mostraban mucha humildad, valor y ánimo. Mas con nosotros hoy se muestra el Señor amoroso, benigno, misericordioso, manso, liberal y favorable, pues para mostrarnos lo mucho que nos quiere, hoy permite que nos pongan en cruz. Dichoso dia, dichosa suerte, dichosos los pasos que hemos dado, pues hoy padeceremos la muerte de cruz para recompensar en algo su mucho amor. ¿Qué milagro es este tan grande, que á nosotros, sin merecerlo, nos hace tantas mercedes? ¡Oh glorioso P. San Francisco, que alcanzando del Señor tan regalados dones, tan altos y tan célebres, que Cristo Nuestro Señor, por vuestra grande humildad, esculpió sus santísimas llagas en vuestro Santo cuerpo, por el mucho amor que os tenia, y vos como humilde las escondíades, porque nadie os las viese, y á nosotros, que aun no somos merecedores de nada, quiere el Señor que se compare con su santa muerte la nuestra. Preso fuistes, mi Dios, en aquel huerto, á donde sudastes gotas de sangre, y de allí llevado á casa de Anás, Caifás y Herodes, y de casa de Herodes vuelto á casa de Pilatos: así, pues, Señor, no habeis querido mostrar vuestras misericordias en que fuésemos presos, amarrados y metidos en cárceles (de donde nos sacaron para cortarnos

las orejas), y traidos por toda la tierra del Japon, como pecadores que somos. Pero vos, Señor, justo, manso y humilde fuistes siempre, y con todo eso fuistes maltratado, y puesto en una cruz; qué mucho que lo seamos nosotros, que somos grandes pecadores: dichosa cárcel la nuestra, dichosa la sangre que hemos derramado, y dichosos los pasos que fueron por Cristo Nuestro Señor con amor y buena voluntad dados: pero no somos merecedores de tanto bien como el Señor nos hace; y aunque todos veniamos con propósito de recibir el Sacramento de la Comunion llegados á Nangasaki, no hemos podido alcanzar tan alto don como este. Por lo cual debemos ofrecer esta muerte á Nuestro Señor con mucha humildad, buena fé y sana intencion, para que le sea grata: acordémonos, hermanos, que Nuestro Señor se puso en la Cruz para salvar á los pecadores y derramó su sangre por ellos. Y ya que no nos dejaron, ni dieron lugar á que alcanzásemos tan grande beneficio, como el celestial manjar de la Santa Comunion, consideremos que no lo debiamos de merecer por nuestros pecados, y ofrezcamos cada uno la muerte con limpio corazon y ferviente caridad, con gran arrepentimiento de nuestros pecados. Y no porque no la hayamos recibido dejemos de tener mucha confianza en Nuestro Señor, porque cada uno de nosotros debe dar la vida con todo contento y amor, pues la suya nos la dió Su Divina Majestad para nos redimir. Demos, pues, cada uno de nosotros muchas gracias al Señor por tan grandes mercedes como nos hace, pues así nos cumple hoy el deseo que traiamos de que no fuese nuestra muerte con cuchillo, sino en cruz, lo que no pudieron alcanzar muchos Mártires que ha habido en el mundo; y tomamos en descuento de nuestros pecados, si algun trabajo habemos pasado, que no son sino regalos del cielo. Sufrámoslo todo con paciencia, porque nuestros pecados aun merecen muchos mas tormentos y martirio, que esto

no es nada en comparacion de lo que Nuestro Señor pasó por nuestros pecados en su muerte y pasion, sin ser pecador como nosotros. Padezcámoslo todo por su amor, que pasándolo por Dios, él lo recibirá por los méritos de su pasion en descuento de nuestros pecados. Y bien sabemos que por cualquier pecado mortal, el menor que hayamos cometido contra su Divina Majestad, merecemos el fuego eterno del infierno, y así nadie se ensoberbezca, ni diga que porque muera en cruz como Cristo le deben de ser perdonados sus pecados, porque de la cruz puede ir al infierno por la soberbia. Nadie tema la muerte, no desmaye, aunque se vea cortar las uñas ni las carnes, ni que le hagan cualquier martirio; antes como hombre cristiano tenga un ánimo varonil, para sufrirlo todo por Cristo, aunque nos hagan pedacitos. Y pues tan dichosa fue nuestra suerte que mereciésemos morir en cruz, pida cada uno con humildad á nuestro Señor lo tenga de su mano, y no mostretremos flaqueza; encomendémonos al Padre Eterno, tomemos por abogada á la Vírgen María, para que ella sea nuestra guarda, y al bienaventurado Padre nuestro San Francisco, y al Angel de nuestra guarda, y á todos los Santos del cielo, que asimismo sean en nuestra guarda, que mediante su intercesion nuestros pecados serán perdonados, y nuestras almas irán á gozar de la eterna morada, *ad quam nos perducat*, etc.»

Calló el héroe español, y al verle echarse sobre la cruz para ser amarrado á ella, un frio glacial crispó los nervios de los espectadores, que aunque conmovidos y anhelantes continuaron en silencio; pero cuando á la señal convenida se elevaron las cruces y se vieron los santos cuerpos pendientes de ellas, no pudieron contenerse por mas tiempo los sentimientos de la naturaleza, y una desgarradora esclamacion de dolor de los cristianos, retumbando de cerro

en cerro y dilatándose por la plana superficie de los mares, voló á anunciar á los apartados pueblos la agonía de aquellos veinte y seis Mártires del cristianismo. FRAY PEDRO BAUTISTA comenzó el *Benedictus*, que continuaron todos, callando á medida que iban entregando su alma al Criador, á impulso del hierro del verdugo.

FRAY PEDRO fue alanceado el último, para que, como jefe, presenciara la muerte de los demas. A pesar de la argolla que le sujetaba el brazo, iba bendiciendo con la mano derecha á cada uno que espiraba, y en la forma que se pone la mano para bendecir, quedó la de este Mártir despues de muerto. Un portugués cristiano, llamado Paulo Gonzalez, se apoderó en seguida del manto, y por la noche cortó la mano al Santo, que, conservando la misma forma, fue llevada al Convento de San Francisco de Manila.

En la muerte de SAN FRANCISCO DE SAN MIGUEL nada ocurrió de particular; pero en la de MARTIN DE LA ASCENSION y en la de SAN FRANCISCO BLANCO hubo un suceso que creemos deber consignar.

Al introducir el verdugo la lanza en el costado del primero, se separó el hierro del asta, quedando aquel metido casi todo en el cuerpo: el verdugo intentó sacarle, dándole á uno y otro lado con el palo; mas viendo que no caia, subió sobre el madero horizontal, en el que estaban sujetos los pies de SAN MARTIN, y arrancó con la mano el hierro, que al salir dió paso á un torrente de sangre, sin que el agudo dolor que esta operacion debió producir al Mártir le hiciese exhalar ni un suspiro.

La argolla con que estaba sujeta al brazo de la cruz la muñeca derecha de SAN FRANCISCO BLANCO era algo ancha, y el natural estremecimiento y contraccion que sufrió el Santo cuerpo al recibir la primera lanzada, hizo que la mano se saliera de la argolla. El heróico FRANCISCO BLANCO, á pesar de tener el cuerpo traspasado y la lanza

dentro, no queriendo sin duda dejar de espirar en cruz como el Salvador del mundo, levantó la mano, y volvió á meterla en la argolla, entregando en seguida su pura alma al Criador.

SAN PEDRO BAUTISTA fue colocado en la cruz que estaba en medio de la cima del monte, teniendo á la derecha á los cinco Religiosos Franciscos y diez japoneses, y á la izquierda los otros diez. El órden de colocacion de los Mártires, principiando á contar por el último de la izquerda, que era el primero de la subida al Calvario desde el camino de Nangoya, es el siguiente:

«1. *Gallo*, el carpintero, por otro nombre llamado *Francisco*, natural de Meako, de edad de veinte y siete años.

»2. *Cosme Lacuxia*, predicador, de edad de treinta y ocho años.

»3. *Pedro Saquexiro*, el que mandó el P. Organtino, de edad de treinta y seis años.

»4. *Miguel Casaqui*, padre de Tomé, el niño, de edad de cuarenta y cinco años, natural de Meako.

»5. *Diego Quita*, de la Compañía, de edad de cincuenta años.

»6. *Michi Pablo*, hermano de la Compañía, de edad de treinta y cinco años.

»7. *Pablo Barique*, predicador, hermano mayor de Leon, natural de Meako, de edad de cincuenta y cuatro años.

»8. *Juan*, dóxico (1) de la Compañía, de edad de veinte años.

»9. *El niño Luis*, dóxico de los Santos Frailes, natural de Meako, de edad de once á doce años.

---

(1) Acólito.

»10. *El niño Antonio,* natural de Nangasaki, dóxico de los Frailes, de doce á trece años.

»Estos diez estaban á mano izquierda del Santo Comisario. Luego estaban por su órden, el Santo Comisario y los Religiosos.

»11. El Santo FRAY PEDRO BAUTISTA, Comisario, natural de San Estéban, obispado de Avila, de edad de cincuenta años.

»12. El Santo FRAY MARTIN DE LA ASCENSION, sacerdote, natural de Vergara, en la provincia de Guipúzcoa, junto á Vizcaya, de edad de viente y nueve años.

»13. El Santo *Fray Felipe de Jesus,* corista, natural de Mejico, en Nueva-España, de edad de veinte y seis años.

»14. El Santo *Fray Gonzalo García,* lego, gran predicador, natural de Bazain, en la India, de edad de cuarenta años.

»15. El Santo FRAY FRANCISCO BLANCO, sacerdote, natural de Pereyro, junto á Monterey, en Galicia, de edad de veinte y ocho años.

»16. El Santo FRAY FRANCISCO DE SAN MIGUEL, lego, natural de la Parrilla, junto á Valladolid, de edad de cincuenta y dos años.

»Estos Santos Religiosos estaban en el medio de los Santos Mártires japoneses, y á su mano derecha tenian los siguentes:

»17. El electo *Matías* por otro de edad de treinta y ocho años, natural de Meako.

»18. El valeroso *Leon Carasuma,* hermano de Pablo Barique, natural de Meako, de edad cuarenta y ocho años.

»19. *Ventura,* dóxico de los Frailes, y predicador, de edad de veinte y seis años, natural de Meako.

»20. *Tomé,* dóxico de los Frailes, hijo del Santo Mártir Miguel, natural de Meako, de edad de trece á catorce años.

»21. *Joaquin Jacabibir*, cocinero de Belen, de edad de cuarenta y seis años.

»22. *Francisco*, médico y predicador, de edad de cincuenta y cinco años.

»23. *Tomé Iglo*, predicador, natural de Meako, de edad de cuarenta y dos años.

»24. *Juan Imbia*, tejedor, natural de Meako, de edad de treinta y seis años.

»25. *Gabriel*, dóxico de los Frailes, natural de Meako, de edad de diez y ocho años.

»26. *Pablo Susuqui*, predicador, compañero de Leon, natural de Meako, de edad de cuarenta años.»

La muerte de estos Mártires renovó en el Japon las escenas de los antiguos martirios romanos, que en lugar de acobardar á los cristianos, inflamaban su fé y les hacian confesar públicamente su Religion, anhelando morir por ella. Arrollando á los soldados subieron los cristianos al Calvario á mojar lienzos en la sangre de los Mártires, cortar pedazos de sus vestiduras y hasta de sus carnes. El Gobernador de Nangasaki tuvo que desplegar todas sus fuerzas para dejar despejado el Calvario, mandando cerrarlo inmediatamente con una alta y fuerte barrera; mas á pesar de esta y de los guardias que constantemente permanecieron, á los nueve meses del martirio, que llegaron los embajadores de España á pedir los cuerpos de los Mártires, ni estos ni las cruces existian ya, porque los cristianos saltaban por las noches la barrera, é iban llevándose poco á poco aquellas preciosas reliquias, que se distribuyeron por todo el Orbe católico.

Es tradicion constante en el Japon que ni una sola vez se vió ni notó que las aves carnívoras, que tanto abundan en aquel pais, tocasen á los Santos. Las llamadas *Masangues*, que son las que más se ceban en los cuerpos muertos,

se posaban sobre las cruces, y permanecian en ellas contemplando los cadáveres, sin ofenderlos en lo más mínimo. Pintados y canoros pajarillos anidaron entre los cuerpos y las cruces, para cantar todos los dias al despuntar la aurora con dulces trinos y suavísimos gorgeos el heroismo de los campeones de la Religion cristiana. Con las cruces desaparecieron los alados habitantes; pero bien pronto tuvieron más duradera morada. En los hoyos en que habian estado las cruces pusieron los cristianos plantas de vistosas y aromáticas flores, entre las cuales colocaron en seguida sus nidos los melodiosos cantores de las cruces.

Los portugueses, á quienes tanto debió la cristiandad en el Japon, compraron en Meako una casa para morada de las viudas é hijos de los Mártires casados. A las viudas les pasaron cuanto necesitaban para vivir hasta que fallecieron, y á los huérfanos hasta que estuvieron en edad de ganarse la subsistencia. Solo murió de ellos, al poco tiempo del martirio, Máximo, hijo de Cosme Lacuxia, que contando solo diez años de edad, hizo con su madre, ambos á pie y con las angustias que pueden presumirse, las mismas cien leguas de camino que los Mártires, pues ni la mujer ni el hijo se separaron un momento de Cosme, hasta que entró en el círculo formado por los soldados en el Calvario.

La solemne beatificacion de FRAY PEDRO BAUTISTA y sus veinte y cinco gloriosos compañeros tuvo lugar en los dias 14 y 15 de setiembre de 1627, siendo Cabeza de la Iglesia católica el Papa Urbano VIII, y la canonizacion el dia 8 de junio del año último 1862, ocupando la Silla de San Pedro en Roma nuestro actual Sumo Pontífice Pio IX.

DIA 6.

Santa Dorotea, Vírgen y Mártir, *Armenia*.

DIA 7.

San Romualdo, Abad, *Italiano,* y San Ricardo, Rey de Inglaterra, *Inglés.*

DIA 8.

San Juan de Mata, Fundador, *Francés.*

DIA 9.

Santa Polonia, Vírgen y Martir, *Egipcia,* y

SAN NEBRIDIO, OBISPO DE EGARA, ESPAÑOL.

Aunque ni los geógrafos ni los historiadores nos han dejado noticias de la ciudad de Egara, situada en la antigua provincia Tarraconense, no puede dudarse que existió en ella bajo el dominio de los Emperadores romanos, pues dos lápidas de mármol que fueron halladas y conducidas á la iglesia de Santa María de Terraza, en el Vallés, llamado luego Deanato, justifican su existencia. El territorio que comprendia la Silla episcopal Egariense, se ve en el mapa publicado por el M. Florez en el tomo XXIX de la *España Sagrada*, entre Barcelona y Vique por una parte, y Monserrat y Gerona por otra, comprendiendo un territorio de siete leguas de largo y cuatro de ancho. En este campo se erigieron palacios y monumentos célebres, como el de Castro Octaviano, y fue regado con la sangre de gran número de Mártires. El primero que escribió dando noticias del territorio Egariense fue el P. Fray Francisco Diego en la *Historia de los Condes de Barcelona*, impresa en esta ciudad en el año de 1603, noticia que despues amplió Felipe Ferrario en su *Diccionario geográfico*, impreso en Milan en 1627.

Por los años de 450 de Jesucristo gobernaba la Iglesia

de Barcelona el Obispo Nundinario, y considerando que cuanto ménos territorio tuvieran las diócesis tanto mas vigiladas personalmente podian estar por su Prelado, formó el proyecto de reducir la suya estableciendo otro Obispado. Pidió al efecto el consentimiento al Metropolitano de Tarragona y á los Obispos comprovinciales, y habiéndolo obtenido de todos, eligió para el establecimiento de la nueva Sede el Municipio llamado Egara, cuya iglesia estaba consagrada al Apóstol San Pablo, siendo el primero que ocupó aquella Silla el Obispo Ireneo, varon de singulares prendas y virtudes. No se sabe el año de su muerte, ni por consiguiente en cuál comenzó á regir la diócesi su sucesor NEBRIDIO, Santo español de este dia.

Desde el año 516 al 546 alcanzan las memorias y menciones del Obispo SAN NEBRIDIO, que floreció siendo Emperador de Roma Justiniano, y Teudis, Rey de los godos. Este Santo Obispo es uno de los cuatro hermanos, Justiniano, Justo, NEBRIDIO y Elpedio, de quienes hace tan honorífica mencion San Isidoro en sus *Varones ilustres,* diciendo que con sus virtudes, dignidades y escritos ilustraron la España.

El primer Concilio á que asistió fue al de Tarragona, reunido en el año 516, firmando el último de los Obispos. Asistió tambien al celebrado en la propia ciudad el siguiente año, y no vuelve á aparecer su firma en ningun otro hasta el año de 527, en que reinando Amalarico, se celebró el segundo Concilio de Toledo, al cual asistió SAN NEBRIDIO y su hermano Justo, Obispo de Urgel, que juntos habian salido de Cataluña desterrados por combatir las doctrinas de Arrio, que estaban por entonces en su mayor desarrollo.

Dice la historia que pasó este Santo Prelado por mil vicisitudes, y sufrió grandes penalidades; pero no nos da detalles. Fue despues del destierro trasladado á la Silla de

Barcelona, y en el Concilio celebrado en 540 se ve su nombre á la cabeza. Le sucedió en el obispado de Egara Mauro ó Tauro, pues con ambos nombres se le cita, aunque en el Concilio tenido en Lérida en el año 546, al que asistieron nueve Obispos, se lee Tauro de Egara.

DIA 10.

Santa Escolástica, Virgen, *Italiana*, y San Guillermo, Duque de Aquitania, Confesor, *Francés*.

DIA 11.

San Saturnino, presbitero, *Africano*, y compañeros Mártires, y San Desiderio, Obispo y Mártir, *Francés*.

DIA 12.

Santa Olalla, Vírgen y Mártir, *Romana*, la primera traslacion de San Eugenio, y

SANTA EULALIA, VIRGEN Y MARTIR, ESPAÑOLA.

A fines del siglo III nació en Barcelona la virginal Mártir SANTA EULALIA. Algunos escritores, entre ellos Fray Francisco Bibar, Dr. D. José Catalá, y D. Pedro de Prats y Batllé, la admiten por hija de los Mártires San Fileto y Santa Leda; pero sin mas fundamento que lo dicho por Dextro en su *Cronicon*, y Tamayo de Salazar en su *Martirologio Hispano*, los dos escritores más distinguidos por sus fábulas é invenciones, especialmente el último, á quien los sábios Jesuitas Bolandos llaman con la mayor razon y exactitud *fœcundus sanctorum multiplicator*. San Fileto y Santa Leda no fueron catalanes, por más que los incluyera el pintor en un cuadro que hace 300 años próximamente se pintó representando los Santos de Barcelona, y se colocó en una sala de las casas Consistoriales. San Fileto y Santa Leda fueron griegos, y aunque esta no es razon bastante para

negarlos por padres de SANTA EULALIA, nacida en Barcelona, porque pudieron venir á España y tener una hija nacida en Cataluña, no hay la menor noticia de su venida, y sí de su martirio con otros compañeros en Ilirico. En lo que están conformes todos los historiadores antiguos y modernos es en que EULALIA pertenecia á una noble y esclarecida familia, que sus padres poseian grandes bienes de fortuna, y que la profesaban el más entrañable amor. Digna de él era EULALIA por su dulzura, docilidad, y por el tesoro de virtudes que se reveló en ella desde la más tierna infancia: pero si bien era infinitamente grata para sus padres la virtud y santidad de su tierna hija, inspirábales al mismo tiempo gran temor de perderla, porque el entusiasmo cristiano por aquellos tiempos llevaba casi siempre aparejada la sentencia de muerte. EULALIA amaba á Dios con una espansion, con una publicidad tal, que sus sublimes sentimientos eran conocidos de todos los habitantes de Barcelona, tanto cristianos, como gentiles, y muy lejos de acobardarla ni retraerla de manifestar sus creencias y su ardiente fé la relacion de los martirios que sufrian los cristianos, se entusiasmaba oyéndolos, confesando públicamente que envidiaba la suerte de aquellos héroes que, despreciando el hierro y el fuego, y toda clase de tormentos, alzaban su voz delante de los tiranos para proclamar y sostener las verdades de la Religion de Jesucristo.

Estas espresiones de EULALIA, y el conocimiento que tenian los padres del corazon de su hija, no pudiendo por consiguiente dudar de la verdad de sus palabras, les hicieron comprender que no podian continuar viviendo en la ciudad sin el constante peligro de ver arrebatada su amada prenda por los idólatras para conducirla á la muerte. En su virtud, pues, y procurando alejar la ocasion del peligro, determinaron marchar á vivir á una casa de campo que

poseian, segun la comun tradicion, en el mismo sitio en que se edificó despues el Convento de Capuchinos de Sariá. Más templados sus temores, vivian contentos en el campo los padres de EULALIA, consagrándola cada dia mayor cariño, porque cada dia aumentaba la Santa jóven los merecimientos. Reunió en seguida algunas niñas y jóvenes de su edad, que era la de catorce años, y con ellas pasaba las horas en santas pláticas, enseñándolas la doctrina cristiana, y escitándolas á la pureza, honestidad, recogimiento y al amor de Dios sobre todas las cosas: rezaban y oraban juntas, entonando cánticos en alabanza de Jesus, de su Madre y de los Santos, y practicando á señaladas horas ejercicios de penitencia. En el más rigido Monasterio no hubiera podido aquella reunion de virtuosas niñas observar un régimen mas santo y ejemplar. Contentas y felices pasaban su plácida vida, no estándolo ménos los padres de EULALIA, por considerar á su hija libre de todo peligro, cuando precisamente tenian encima la época de mas esterminio, la décima persecucion, la llamada Era de los Mártires, y se habian publicado ya en Roma los edictos aterradores del año 303 de Jesucristo. El Emperador Maximiano fue el principal autor de esta persecucion, instigado por su madre, que era una mujer sanguinaria y fanática. Diocleciano repugnó y resistió algun tiempo dar su conformidad á las furiosas providencias que queria dictar Maximiano, ya fuese porque le causara horror tanta efusion de sangre, ya porque quisiera obrar de modo que recayese toda la odiosidad sobre su compañero, porque segun dice Lactancio hablando de Diocleciano, «era tal su malicia, que cuando determinaba hacer alguna cosa buena, jamás pedia consejo, para ser él solo alabado; pero cuando intentaba hacer algo malo, y conocia se llevaria á mal, llamaba á muchos á su consejo, para que á estos atribuyeran la culpa, como que habian sido la principal causa de ella.»

Para poner en ejecucion lo prevenido en los edictos del año 303, vino á España, como queda espresado en varias de las biografías del mes de enero, el Presidente Daciano, dignísimo representante de Maximiano y Diocleciano, y llegado á Barcelona, situó en la plaza el Tribunal, y se publicaron los edictos para que sin escepcion de estados, clases, edades ni sexos, fueran concurriendo todos los habitantes á adorar y ofrecer incienso á sus dioses, señalando las mas terribles penas para los que no lo verificasen.

Conmovióse toda Barcelona: el terror, el espanto, la confusion y las dudas se apoderaron de los cristianos, y hasta los gentiles se estremecian de pavor. Cuál quedaría el corazon de los padres de EULALIA al recibir tales nuevas, puede fácilmente calcularse. EULALIA, por el contrario, con la más inefable alegría retratada en el semblante, esclamó con dulce y celestial acento: *Señor mio Jesucristo: yo os doy gracias, y alabo vuestro Santo nombre, porque veo lo que deseaba: yo creo y espero firmemente en Vos, que con vuestra asistencia y favor, en esta ocasion se cumplirá en mí vuestra voluntad.*

Admiraban á sus padres, á sus amigos y á todos los de la casa las palabras y el gozo de EULALIA, sin poder nadie fijarse en qué era lo que se le proporcionaba, haciéndola ser la única persona que habia contenta y risueña en toda la comarca. EULALIA á nadie revelaba los motivos de su alegría, y todos respetaban su silencio; pero nadie dudaba de que sería muy legítimo y santo el motivo de su gozo. Y tan santo era, como que habia resuelto presentarse en el Tribunal, reprender al Presidente por su bárbara y sanguinaria conducta, y confesar públicamente su fé, para dar aliento y brios á los cristianos.

Poniendo, pues, en ejecucion su proyecto, sin decir nada á nadie, ni despedirse de persona alguna, mientras todos dormian en la casa, salió de ella una noche al cantar

el gallo, segun dice el acta del martirio que tenemos á la vista, y sola y á pie se dirigió á Barcelona, llegando precisamente á la hora en que se practicaba el juicio y se obligaba á los cristianos á adorar á los dioses. Sin detenerse ni un momento, marchó á la plaza, en donde estaba el público tribunal, y puesta delante de Daciano, le dijo: «Juez de iniquidad, ¿así te sientas en ese trono sin temer al Altísimo Señor, que es sobre todos tus Príncipes, y es superior á ti? ¿Pues qué significa que siguiendo las obras y malas artes de Satanás, intentas sacrificarle con los tormentos que inventó su malicia á los mismos hombres que el Divino Hacedor crió á su imágen y semejanza para que á El solo sirvan?»

Grande fue la admiracion y asombro de Daciano al oir pronunciar tan atrevidas frases á una tierna jóven, hermosa, y cuyo ropaje y maneras indicaban que pertenecia á familia distinguida. La miraba fluctuando entre mil encontradas ideas, y sin acertar á hablarla; mas pasada la primera impresion, la dijo: «¿Quién eres tú, que tan temerariamente no solo has tenido la osadía de presentarte al tribunal del juez sin ser llamada, sino que con soberbia y arrogancia te has atrevido á pronunciar delante del juez y en su misma cara cosas inauditas contra los Emperadores?» Sin turbarse EULALIA, y con voz cada vez mas firme y sonora, le contestó: «Yo soy EULALIA, sierva de nuestro Señor Jesucristo, que es el Rey de los Reyes y Señor de los señores, y por eso, poniendo en El mi confianza, nada me acobarda ni atemoriza. He venido voluntariamente apresurada á redargüirte, y reprenderte por qué obras tan neciamente, que pospones al Dios verdadero, de quien son todas las cosas, el cielo, la tierra, la mar y los abismos y cuanto hay en ellos, y adoras al demonio, y no satisfecho con esto, á los hombres que sirven al verdadero Dios para conseguir la vida eterna, los obligas con diversos géneros de tormentos

SANTORAL ESPAÑOL.



STA. EULALIA (de Barcelona)

á que sacrifiquen á los dioses, que no son dioses, sino el diablo con sus malos ángeles, con los cuales todos vosotros que los adorais sereis abrasados con el fuego eterno.»

Lleno de rabia Daciano con las contestaciones de la jóven, mandó que inmediatamente la descubriesen las espaldas y la azotasen fuertemente, lo cual fue ejecutado en seguida, y mientras la azotaban, intentando reducirla á negar á Jesucristo, la dijo: «¡Oh miserable muchacha! ¿En dónde está tu Dios? ¿Por qué no te libra de esta pena? ¿Qué locura se ha apoderado de ti, que te ha obligado á ejecutar una accion tan fea? Di y confiesa, que lo has dicho por ignorancia; que no sabias qué grande es el poder del juez y ministros de los Emperadores; que de este modo conseguirás el perdon, porque yo me duelo de tí. Veo que eres persona nobilísima, y siendo de noble nacimiento, me compadezco de que seas azotada tan fuerte y gravemente.»

La invicta EULALIA, sin perder un momento su resuelta firmeza, le respondió: «Yo no puedo dejar de hacer burla de ti porque me persuades á que mienta, diciendo que ignoro cuán grande es tu poder. ¿Quién de los hombres hay que no sepa toda la potestad temporal de cualquier hombre, sea el que fuere, como que el mismo hombre hoy es, y mañana muere? Pero el poder de mi Señor Jesucristo no tiene fin, porque es eterno, como El lo es. Yo no puedo mentir porque temo á Dios, que á los que mienten y á los sacrílegos condena á ser abrasados en el fuego del infierno, con todos los que obran mal. Yo siendo ahora azotada por mi Dios, soy ennoblecida más de lo que se puede decir. No siento los azotes, porque me ampara y protege mi Señor Jesucristo, que en el dia del juicio te condenará á ser afligido con las eternas penas que mereces.»

Viendo Daciano que era inútil aquel castigo, y despreciadas sus palabras, mandó á los verdugos que llevaran el ecúleo, la colgasen en él, y la escarnificasen con las úngu-

las ó uñas de hierro, que empleaban para desgarrar la piel de los mártires. Colgada en el ecúleo la heróica vírgen, *hilari vultu collaudabat Dominum,* con alegre rostro alababa al Señor, y con tierna voz y elevada la mirada al cielo le decia: «Señor mio Jesucristo, oid los clamores de vuestra sierva inútil, perdonadme lo que he obrado mal, y confortadme para que tolere con paciencia y sufra con tranquilidad los tormentos que me añaden por vuestro Santo nombre, á fin de que el diablo con sus ministros sea confundido.»

Oyéndola el Presidente orar de este modo, la dijo: «¿En dónde está ese Dios á quien clamas? ¿Y á quién invocas y pides auxilio? ¡Ah infeliz, inconsiderada y necia doncella! Óyeme á mí, haz lo que te aconsejo, sacrifica á los dioses, y lograrás la vida. Mira que la muerte te amenaza de cerca, y no hay quien te libre ni quien te socorra.» A esta invitacion de Daciano, contestó EULALIA: «¡Oh sacrílego ministro del demonio! No permita Dios que yo dé oidos á tus engañosas palabras, y me aparte de mi Dios, á quien clamo, y le falte á la fé que le he prometido. ¿Dices que en dónde está mi Señor y Dios á quien clamo? Aquí, aquí está conmigo. Tú, por tu inmundísima conciencia y obstinada ceguedad no mereces ver á este Señor. Me conforta y me da ánimo y valor superior á tu crueldad, y por eso no hago caso, ni temo cuantos tormentos me decretare tu furor diabólico.»

A pesar de su ferocidad, sintiose inclinado Daciano á perdonar á aquella jóven, cuya tierna edad, hermosura y valor interesaban á todos los espectadores, de cuyos ojos se veian correr lágrimas, que por más que procuraban contener y ocultar, reparó más de una vez Daciano. Su teson no permitia á este darse por vencido y perdonar á la jóven si esta no cedia, y él no queria demostrar al público que compraba el triunfo con el oro: determinó, pues, que algunos de

los ministros que le rodeaban se acercasen á la jóven, y la hicieran cuantos ofrecimientos y proposiciones pudieran halagarla, si renegaba de su fé. Se acercaron, en efecto; pero no bastando todas sus malas artes y astucia á conseguir ni que dudase un momento la santa vírgen, é irritados por su derrota, aconsejaron al Presidente que apelase al fuego para triunfar de aquel inconcebible valor. La Santa, mientras tanto, decia: «Mirad cómo me ayuda y me conforta el Señor. Dios recibe mis súplicas, consuela mi alma y defiende mi vida. ¡Oh Señor! ¿por qué tan bueno sois para mí que me habeis librado de toda tribulacion, y habeis hecho que mis ojos despreciaran á mis enemigos?»

Fuera de sí de furor mandó el Presidente Daciano que inmediatamente dispusieran el tormento de las hachas encendidas. Pendiente del ecúleo, y en forma de cruz, estaba EULALIA, con el rostro hermoso y animado de la satisfaccion y alegria que embargaba su alma; pero su cuerpo, que habian desnudado completamente los verdugos para mortificarla hasta en el pudor, estaba horriblemente herido y vertiendo copiosa sangre por los profundos surcos que habian abierto en sus carnes las férreas úngulas. En esta disposicion se acercaron los feroces sayones con las hachas empapadas en aceite, y cuya llama debian ir aplicando á los costados de la Santa hasta que se rindiese á la voluntad del tirano ó muriera abrasada lenta y horriblemente. Pero al aplicar los verdugos las hachas á los costados de la Mártir comenzaron las llamas á volverse contra los que llevaban las hachas, quemándoles el rostro como en castigo del feroz acto que estaban consumando. SANTA EULALIA lo advirtió, y elevando los ojos al cielo, con voz todavía mas perceptible y dulce, esclamó: «Señor mio Jesucristo, oid mi oracion, acudid á mis súplicas y perfeccionad conmigo vuestras misericordias. Haced ó mandad que mi alma sea trasladada entre vuestros escogidos al descanso

de la vida eterna: dadme esta señal de vuestro amor, para que los que creen en Vos vean, admiren y alaben vuestro poder.» Acabada esta oracion, se apagaron las hachas, á pesar del aceite en que estaban empapadas, y aterrados los verdugos cayeron al suelo, dando en este con los abrasados y espantados rostros.

El acta del martirio continua: «*Et Sancta Eulalia emisit spiritum.* SANTA EULALIA dió su espíritu al Señor. De su boca salió una paloma, que voló al cielo; lo cual, visto del pueblo se maravillaron todos; pero los cristianos que estaban presentes se llenaron de alegría y regocijo, por haber merecido tener á su paisana ó ciudadana por Patrona en el cielo.

«Daciano, confuso al ver que con tantos tormentos nada habia podido contra la Santa, y que quedaba vencido de ella, bramando de cólera bajó del Tribunal, y mandó que el cuerpo de EULALIA fuera puesto en la cruz con guardias: «Esté (dijo) pendiente de la cruz hasta que las aves del »cielo devoren sus carnes con los huesos.» Al instante bajó nieve del cielo que cubrió á la Santa, y los guardas, poseidos de un grande terror á vista de este suceso, se apartaron del cuerpo; pero quedaron á su vista á alguna distancia, para atender á su custodia segun les habia mandado el Presidente.

»Divulgose este suceso, no solo por la ciudad, sino por el territorio de su circunferencia, y atraidos de la fama, vinieron muchos á ver las maravillas del Señor. Concurrieron tambien los padres de la Santa, y las que habian sido sus fieles compañeras, con grande gozo, que mezclaban con lágrimas, viendo cumplido lo que no acertaron á entender cuando EULALIA con enfáticas espresiones les significó su resolucion. Pasado el dia tercero vinieron unos varones religiosos, ó pios y devotos, que de noche tomaron el cuer-

po sin que los guardas lo advirtieran, que envolvieron con lienzos y aromas. Pero San Félix, que habia sido unánime con la Santa en la confesion, le dijo, comprando alegría de su ánimo: *Señora, vos habeis merecido antes que yo la palma.* La Santa se sonrió; y los demás empezaron á cantar este himno muy gozosos: *Clamaron los justos, y el Señor les oyó y los libró de todas sus tribulaciones.* A las voces de los que cantaban, se juntaron muchos del pueblo, y luego con alegría la sepultaron, bendiciendo á Dios Padre, y á Jesucristo su Hijo, y al Espíritu Santo, cuyo reino é imperio permanece sin fin por los siglos de los siglos. Amen.»

El lector habrá observado como nosotros que en esta última parte del acta del martirio de SANTA EULALIA se habla de un San Félix, diciendo que habia sido unánime con la Santa en la confesion. Ignórase quién fuese este Santo, porque el acta solo esta vez le nombra, y las historias no nos lo revelan. Dicen algunos que fue un discípulo de SANTA EULALIA, á quien enseñó la doctrina y los preceptos del Evangelio, y otros que era el San Félix oriundo de la ciudad Scilitana, en Africa, que habiendo venido á España con Cucufate, padeció martirio en Gerona; pero esto sucedió mucho despues de muerta SANTA EULALIA, aunque pudo, sí, hallarse presente al martirio de esta; pero no parece creible que si hubiera hecho su confesion de fé con la Santa en el Tribunal, lo hubieran dejado libre.

Se ignora el primer sitio en que enterraron el Santo cadáver; se cree generalmente que lo hiciesen en la casa de algun cristiano, ó en el campo, en donde permaneció hasta terminada la persecucion, que fue colocado fuera de la ciudad, á la orilla del mar, en una pequeña iglesia ó ermita que llevó primero el nombre de *Santa María de las Arenas*, y despues de *Santa María del Mar*. Las terribles vicisitudes por que pasó España, hicieron perder la memoria del lugar que

ocupaban los santos restos de la vírgen EULALIA, y por los años de 870 se ignoraba completamente. El celo, piedad y continuas investigaciones del Obispo Frondoino, perfectamente secundado por el devoto pueblo, dieron por resultado el tan deseoso hallazgo. Véase cómo lo refiere Don Ramon de Ponsich y Camps:

«Tenia el Prelado librada su confianza en Dios con estas enardecidas deprecaciones de los fieles, y así al cabo de los tres dias pasó asistido de innumerable concurso á la iglesia de Santa María de las Arenas, celebrando en ella de Pontifical. La Misa fue de rogativa, lleno de ternura y confianza de que habian de ser oidos sus clamores en honra de SANTA EULALIA, á quien fervorosamente suplicaba intercediese con el Señor porque le fuesen aceptos los votos de los barceloneses. Sucedieron á estas anteriores diligencias de los corazones, las de aplicar los medios que supo sugerir el oficio de las manos. Todos á porfía eran maestros del arte de buscar, tan solícitos como humildes, sin que se escondiese lugar, ni rincon el mas remoto, que no tuviera muchos argos que le descubriesen, aun en el centro de la tierra. Los más nobles y condecorados se gloriaban en el Señor de tomar el azadon, esperando cada uno á que recayese en él la suerte que apetecian. ¡Venturoso conato en que el ansia del tesoro hizo mejores á los más ambiciosos! Pero estaba reservado tanto premio al General de aquellos piadosos gastadores, como que su ejemplo y poderosa confianza supo y pudo inclinar la Divina condescendencia á sus afanes. Mientras observaba diligentemente hácia la diestra del altar el sitio que se habia cavado, descubre un agujero muy cerca de la pared; hizo la prueba con el báculo pastoral, reconoció que habia un hueco, y celestialmente ilustrado, consintió en que allí descansaba el cuerpo de la Santa. Manda luego que se haga la escavacion en aquel lugar, y á

poco rato se esfuerza la confianza á parecer evidencia con las señas y proporcion que descubrian.

»Acércase más el Santo Obispo, y bañado de inefable alegría ve un sepulcro, que era el de la Santa, y quitada la cubierta, levantó con sus propias manos el paño de que estaba cubierto el bendito cuerpo de EULALIA. Quedó embargado por un breve paréntesis entre la reverencia y el gozo, porque ya la esperanza pasó á los derechos de la posesion, siendo otro testimonio de ella la fragancia que exhalaba el santo cuerpo, trascendiendo al momento á todos los circunstantes. Verificose por fin aquella promesa eterna, siempre infalible: *Pedid, y conseguireis; buscad, y no os faltará lo que busqueis.* Luego el Prelado y el clero tomaron el sagrado cuerpo, y envuelto con estolas de bordadas telas le condujeron con festiva solemnidad al centro de su destino. Resonaban los himnos y alabanzas, siendo el concurso igual á los aplausos, y con este aparato y lucimiento, tan reverentes como gozosos, se encaminaron á la Catedral ó iglesia de Santa Cruz, que desde entonces se distingue tambien con el título de SANTA EULALIA.

»Llegados al lugar que en un tiempo se dijo *Plaza del Blat*, y ahora del *Angel*, en memoria del portento que vamos á referir, se hizo inmóvil el cuerpo de la Santa. Estaba aquella plaza inmediata á la ciudad, y habia allí una puerta, que hoy (1770) subsiste, de la muralla más antigua de la poblacion. Se hizo el bendito cuerpo de SANTA EULALIA tan pesado, que no hubo fuerzas humanas para moverle, causando á todos la mayor admiracion y sentimiento de este suceso. Atónitos con la novedad, no hubo otro recurso en la devocion y ternura de los patricios que implorar el divino auxilio, y postrándose profundamente, le invocaron. No ménos propicio el cielo inspiró la confesion del delito á quien, cometiéndolo, habia sido causa del comun quebranto. Reconvenido de sí mismo un sacerdote

de los que servian en aquel acto de solemnidad, dolorido y lloroso se postró á los pies del Prelado, confesándole que á impulso de su celo habia robado un dedo á EULALIA. No fue menester más diligencia que la pública demostracion de restituírselo para que luego cediera su repugnancia á los estímulos de la humilde piedad de sus devotos. Celosa de su integridad, aun en estado de glorificada, no permitió que padeciera el menor menoscabo su estructura, porque quiso consagrarse enteramente en prenda y presidio de los barceloneses. Pero la prudente precaucion de Frondoino, receloso que el clérigo hubiese trocado el dedo con otro que llevase á prevencion para salir con su intento, á fin de convencerse de esta duda, manda encender un fuego, y echando en él el dedo, le respetó la llama, dejándole ileso, con lo que se duplicaron los prodigios y los aplausos. De toda esta maravillosa historia da testimonio una imágen de la Santa, que se venera sobre el arco ó piedra de la misma antigua puerta de la ciudad. Acompaña la memoria de milagro tan portentoso un obelisco de mármoles y jaspes, levantado en los siglos anteriores, en medio de la plaza, con el escudo de armas de Barcelona, y restituido á su primitivo esplendor en 1747. Elevose sobre ella un ángel de bronce dorado de proporcionado cuerpo, que con ademan de su índice dirigido á la imágen que está sobre la puerta, ofrece á la perpetuidad la grandeza de este portento.

»Fenecido el acto del desagravio de la Santa, prosiguió la pompa de esta solemnidad hasta la Catedral, y por no haber en aquel tiempo capilla proporcionada al culto, se puso el sagrado cuerpo en la sacristía. Aquí fue venerado por muchos años, hasta que construido el gentil y primoroso lugar que hoy ocupa en la parte inferior del presbiterio, fue trasladado á él con los festejos dignos del motivo.»

A esta traslacion, verificada el dia 7 de julio de 1339, y que se celebra en el segundo domingo de dicho mes, asistieron los Reyes D. Pedro IV de Aragon y su consorte doña María; los de Mallorca, D. Jaime y doña Constanza, con sus hijos los Infantes D. Pedro y D. Ramon Berenguer, con su esposa doña María Alvarez; D. Jaime, hijo de D. Alfonso el IV, y el Infante D. Fernando, hermano del Rey de Mallorca, con imenso número de Grandes del reino y altos Prelados, marchando todos en la procesion, que dejó eterna memoria en Barcelona.

DIA 13.

San Benigno, Mártir, *Húngaro*, y Santa Catalina de Rizis, Vírgen, *Florentina*.

DIA 14.

San Valentin, Presbítero y Mártir, *Italiano*, y el

BEATO JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCION, CONFESOR, ESPAÑOL.

El dia 10 de julio de 1561 nació en Almodóvar del Campo, villa perteneciente á la provincia de Ciudad-Real, el BEATO JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCION. Fueron sus padres Márcos García é Isabel Lopez Rico, pertenecientes ambos á las más distinguidas y acomodadas familias de la poblacion, á quienes dotó Dios de esclarecida descendencia en ocho hijos, cuatro varones y cuatro hembras, Antonio, Francisca, Isabel, Alonso, JUAN BAUTISTA, María, Ana y Francisco, que se distinguieron en virtudes y en varios ramos del saber humano. Pero quien dejó eterna memoria de santidad, celo por el lustre de la Religion, talento y laboriosidad fue JUAN BAUTISTA GARCIA RICO, quinto en el órden de nacimiento.

Contaba apenas seis años de edad cuando comenzaron todos los de la familia á observar en él ciertos rasgos de

las virtudes sublimes que distinguen á los Santos. Se leian diariamente en su casa vidas de estos, que con la mayor atencion escuchaban todos los niños; pero en quienes hacian mas impresion los sucesos que las vidas relataban, era en JUAN BAUTISTA, y en su hermana Francisca, beata que fue despues de Nuestra Señora del Cármen, y que murió con gran crédito de santidad. No era posible mirar el rostro de JUAN BAUTISTA mientras escuchaba leer la vida de un Santo, sin comprender el entusiasmo religioso que inspiraban á su alma las virtudes del héroe de la vida; y habiéndose propuesto imitar á los Santos más célebres en todo aquello que su edad le permitia, comenzó á observar un riguroso ayuno y atormentar su cuerpo. Se daba rigurosas disciplinas hasta verter sangre; se hizo él mismo un cilicio de esparto, que ciñó á sus carnes, y no pareciéndole bastante atormentador, buscó uno de cerdas: dormia sobre un corcho ó sobre una gavilla de sarmientos, hasta que lo descubrió su madre y le hizo acostar en la cama; pero en cuanto los demas se dormian, se bajaba de la cama y se echaba en el suelo, poniendo debajo de su cuerpo palos, herramientas, ó lo que más á la mano hallaba y más podia lacerar sus carnes.

Comia muy poco, y siempre lo peor, manifestando particular antipatía á toda golosina y manjar que recrease el paladar y á la carne. Guardaba la mayor parte de la comida que le daban, para socorrer con ella á algun pobre, y los viernes y dias de ayuno solo tomaba pan y agua. Así continuó hasta la edad de doce años, en que se vió que su naturaleza estaba notablemente resentida de tanta austeridad, y tuvieron sus padres que contenerle, obligándole á moderar el rigor que usaba con su cuerpo y á alimentarse, pues opinaron los facultativos que si persistia un año más en el género de vida que venia haciendo desde los seis años de edad, moriria sin remedio al cabo de él. Gran trabajo costó, sin

embargo, reducirle á tratarse mejor, pues á cuantas reflexiones le hacian contestaba, *que si la penitencia era la causa de su mal, la penitencia le sanaria, como esperaba.*

Era de carácter humilde, muy encogido y modesto, y no se reunia con los demas niños ni condiscípulos, ni tomaba parte alguna en sus juegos. En cuanto salia de la escuela marchaba á besar la mano á sus padres y á tomar su venia para ir al Convento de Carmelitas descalzos, á los que tenia una aficion y cariño singular: en el Convento pasaba muchas horas rezando con los Religiosos y oyendo sus pláticas.

Habiendo leido que una Santa Virgen desde muy niña se consagró á Dios con voto de virginidad, á los nueve años le hizo él, el cual guardó, huyendo perpétuamente de todas las ocasiones que pudieran hacerle peligrar, aun de pensamiento.

Nada consideraba suyo, ni aun sus ropas, si veia que carecian de abrigo los pobres, y en muchas ocasiones se quitó varias prendas para arropar á niños desnudos. Llevaba á su casa los mendigos que encontraba por las calles, los daba de comer, los lavaba y aseaba, á cuyos piadosos actos le ayudaba su hermana Francisca.

En el Convento de Carmelitas estudió latinidad y filosofía, siendo su maestro Fray Agustin de los Reyes, que le distinguió con el mayor afecto, por sus relevantes virtudes y por su aplicacion, que le hizo salir uno de los mas aprovechados discípulos, tanto de los Religiosos como de los seglares que asistian á las aulas del Convento.

Cuando se hallaba estudiando latinidad se hospedó por dos veces en su casa Santa Teresa de Jesus, que se ocupaba por entonces en la fundacion de un Convento de su Orden, y le decia: JUAN, *estudia, que me has de seguir*: y al despedirse la última vez que santificó la casa con su planta, despues de haber echado la bendicion á todos los niños, señalando

á JUAN, dijo á su madre Isabel Lopez Rico: *Su caridad, patrona, tiene aquí un hijo que ha de ser un gran Santo, Patron de muchas almas, y reformador de una grandiosa cosa, que se verá.*

Terminado el estudio de la filosofía le enviaron sus padres á cursar teología á la Universidad de Baeza, en la que solo estuvo un año, disponiendo sus padres que pasase á Toledo á continuar sus estudios. Siendo cada dia mayor su vocacion al cláustro, pidió licencia á sus padres para retirarse á él, y, obtenida, tomó el hábito de la Santísima Trinidad, Redencion de Cautivos, en el Convento de Toledo, en la Vigilia de los Apóstoles San Pedro y San Pablo del año 1580, á los diez y nueve años de su edad, hallándose de maestro de novicios el renombrado por su virtud y ciencia, Fray Alonso de Rieros. Despues de un admirable y ejemplar noviciado, profesó al año siguiente en la festividad de los mismos Apóstoles San Pedro y San Pablo, para llevar adelante sus ardientes deseos de consagrar á Dios toda su vida, santificado su cuerpo con un hábito de Religioso. Si algo le hubiera faltado para ser modelo de santidad, celo religioso y ciencia en sagradas letras, en este Convento lo hubiera adquirido, pues el Señor se dignó darle por maestro al sublime Beato Padre Fray Simon de Rojas, que despues de haber gobernado muchos Conventos de su provincia de Castilla, fue Provincial de ella, confesor de la Reina Doña Isabel de Borbon, aclamado por Santo en vida y en muerte, y puesto en el catálogo de los Beatos por Su Santidad Clemente XIII.

Cayó gravemente enfermo, y viendo los Prelados que nada bastaba contra su dolencia, aceptaron el consejo de los médicos, que era enviarle á su pueblo á ver si los aires y aguas del pais natal hacian lo que no podia la medicina. Fue á parar á su casa; pero todos los cuidados de su tierna y amorosa madre fueron tambien ineficaces, y su lamentable estado continuaba. Habia en el lugar una mujer de

quien contaban maravillas, y que habia hecho efectivamente sorprendentes curaciones de algunas dolencias con fricciones que ella sola sabia dar con ungüentos y balsámos confeccionados tambien por ella. Deseosa la madre de la salud de su hijo, le propuso llamar á aquella mujer, y toda la familia y amigos se lo aconsejaban con instancia, puesto que ya estaban agotados los recursos de los médicos; pero JUAN BAUTISTA se mantuvo inflexible, prefiriendo morir á ser tocado por las manos de una mujer. El Señor premió su castidad, pues comenzó á mejorar á los pocos dias y gozó algunas semanas de buen estado; pero recayó despues, perdiéndose las esperanzas que se habian concebido de curarle completamente. Y asi fue en efecto, porque nunca volvió á estar en completa salud. En vista de que nada adelantaba con los aires natales, le mandaron los Prelados que se trasladase á Andalucía, en la que si bien no se curó, pues como acabamos de decir, jamás estuvo completamente bueno, se restableció algun tanto, y pudo ocuparse de la predicacion apostólica con aquel fervor de que ha habido tan pocos ejemplos, que tuvo siempre tan inmenso auditorio, produciendo asombroso número de conversiones y arrepentimientos durante los doce años que estuvo casi dedicado esclusivamente al púlpito.

El dia 8 de mayo de 1591 se reunió en Valladolid Capítulo general de la Orden, presidido por el P. Maestro Fray Diego de Guzman, Comisario general y Visitador Apostólico de todas las provincias de España, en el cual se decretó que los Religiosos de la Orden, al profesar, dejasen el apellido de familia y uniesen á su nombre otro de su devocion, y que en cada provincia se fundasen dos ó tres Conventos de Recolecion, en los cuales los Religiosos que anhelasen mayor austeridad y perfeccion de vida vistiesen hábito áspero y burdo, y observasen al pie de la letra los preceptos de la primitiva Regla.

JUAN BAUTISTA aumentó á su nombre el DE LA CONCEPCION en virtud á lo decretado en el Capítulo, y dió al Todopoderoso, lleno su corazon de suprema alegria, las más espresivas gracias por haber accedido á sus deseos de establecer la rígidad Descalcez para la Orden de la Santísima Trinidad. Pero con notable sentimiento veia pasar el tiempo sin que se fundase el primer Convento que hiciera la guia á la Recolecion.

Cerca de dos años iban trascurridos desde el Capítulo, cuando una casualidad puso la primera piedra para el grande edificio de la Reforma. Un Religioso de la Santísima Trinidad, cuyo nombre no nos ha legado la historia, perteneciente al Convento de la Membrilla, caminaba hácia Almagro, en compañía del marques de Santa Cruz, D. Alvaro Bazan de Benavides, y refiriendo este al Religioso varios planes piadosos que tenia formados, le dijo que uno de ellos era fundar un Convento en la villa de Valdepeñas. El Religioso le rogó que si no tenia ya elegida Religion se sirviese agraciar á la suya de la Santísima Trinidad con aquel Convento, á lo que contestó el marques que no podia acceder á su peticion, porque aunque no tenia aun elegida Religion para moradora del Convento, se habia propuesto que fuese de frailes Descalzos. El Religioso Trinitario enteró entonces al marques de lo decretado en el Capítulo, que estaba acordada la Recolecion, y que si ya no habia comunidad de Trinitarios Descalzos, era porque carecian de Conventos, y fondos para edificarlos y dar impulso á la Reforma. El marques no ofreció por el pronto el Convento; pero oyó muy complacido al Religioso, que se separó del marques con grandes esperanzas de que su Religion fuese favorecida con la donacion.

Hallábase á la sazon en el Convento de la Membrilla JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCION, que esperimentó el mayor gozo al saber la conversacion que su compañero

habia tenido con el marqués de Santa Cruz, y las esperanzas que aquel alimentaba de conseguir el Convento de Valdepeñas. Inmediatamente hubiera principiado á gestionar para llegar á un acuerdo definitivo con el marqués y la Villa de Valdepeñas; pero se hallaba tan desfallecido y sin fuerzas, por sus habituales dolencias, recrudecidas por entonces, que se consideró incapaz de dar los pasos necesarios. En su virtud, marchó el otro Religioso á Valdepeñas á tratar la fundacion con el ayuntamiento de la Villa, en la inteligencia de que el Convento habia de ser de Recoletos, conforme se habia determinado en el Capítulo, y segun era la voluntad del marqués. El Religioso y la Villa estuvieron completamente conformes, y habiéndoselo manifestado al marques, prestó tambien su conformidad. En su consecuencia se dió el correspondiente parte al P. Provincial, y el Religioso que habia ido á Valdepeñas pasó á Madrid á enterar de todo al P. Comisario General. A ambos Prelados pareció bien lo pactado, librando los dos en seguida el poder necesario para que el P. Ministro del Convento de la Membrilla formalizase las capitulaciones con la Villa de Valdepeñas, y tomase posesion del Convento que donaba á la Orden de Trinitarios Descalzos el señor marques de Santa Cruz. Para practicarlo llevó consigo el P. Ministro á FRAY JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCION, al Religioso que habia arreglado el asunto, y á otros dos mas. De esta imprevista é inesperada manera proporcionó el Señor á JUAN BAUTISTA la satisfaccion de ser de los primeros de la reforma de la Orden y cantar la primera Misa en el Convento que fue la cuna de los Descalzos de la Orden de la Santísima Trinidad.

Desde Valdepeñas pasó á Sevilla en compañía del Padre Ministro de la Membrilla, llamados ambos por el P. Provincial, yendo despues á Andújar á visitar al Comisario general, del cual consiguió volver á Valdepeñas, con ór-

den de vestir el hábito de Recoleto, que recibió á los cuatro dias de su llegada.

En el Capítulo que se tuvo en Sevilla en el mes de febrero siguiente, y al que asistió, fue elegido Ministro del Convento de Valdepeñas, al cual regresó á pie descalzo, á pesar del mal estado de su salud.

A su llegada al Convento encontró algo descuidada la observancia de los Estatutos dispuestos por el P. Comisario, flaqueza que no le estrañó, porque la mayor parte de los Religiosos eran nuevos y no tenian maestro que les dirigiese. Procuró, pues, con dulzura y suavidad establecer el género de vida prescrito en la Reforma, siendo él el primero en observar con todo rigor lo que ella prevenia; y como el ejemplo es el verdadero maestro, al poco tiempo fueron los Religiosos de aquel Convento los más perfectos modelos de la Orden reformada. El pueblo estaba edificado, y cada dia amaba y respetaba más á los nuevos Descalzos, gloriándose de tenerlos en su recinto, y publicando sus virtudes y santidad en todos los pueblos de la comarca.

Ademas de lo prevenido en los Estatutos redactados por el P. Comisario, dispuso JUAN BAUTISTA la observancia de otras costumbres, algunas de las cuales pasaron más tarde á ser leyes; y tal crédito de santidad alcanzó en toda la provincia el Convento de Recoletos de Valdepeñas, que muy pronto comenzó á engrandecerse el número de sus habitantes, pidiendo su pase á él muchos Religiosos, entre los cuales habia varios muy doctos y célebres oradores, que habian gobernado ya diferentes Conventos. Grande era la alegria que embargaba el alma de JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCION contemplando el engrandecimiento de la Reforma; pero como la vida humana está siempre tegida de alegrias y disgustos, sucedieron estos á aquellas en el Convento de Valdepeñas, afligiendo sobre manera el corazon de su Santo Prelado.

SANTORAL ESPAÑOL.



Lit.ª de Escarpizo

BEATO JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCION.

Como muchos de los Religiosos que habian ingresado en el nuevo Convento estaban revestidos con títulos de Magisterios y Presentaturas, y en los Recoletos no se admitian consideraciones de ninguna clase, siendo completamente iguales todos los Religiosos, sin más distincion que la del Prelado, que así que dejaba de serlo, volvia á su carácter de simple Religioso, sin gozar de preeminencia ni distincion alguna, pareció á varios que se les hacia agravio en privarles de sus honores, persuadiéndose de que aquel trato humilde y aquella igualdad no era correspondiente á sus personas. Esto originó desazones y controversias entre JUAN BAUTISTA y los Religiosos, los cuales, comprendiendo que no habia medio de conseguir del recto Prelado que hiciese en su favor las concesiones y deferencias que pretendian, abandonaron el Recoleto Convento de Valdepeñas, volviendo á ingresar en los de que habian salido. Este suceso produjo el consiguiente retraimiento y frialdad para abrazar la vida austera de la Recoleccion, diciéndose que no podia durar una institucion tan pobre, trabajosa y falta de comodidad.

«Vino á este tiempo, dice Fray Luis de San Diego, cronista general de la Orden, el P. Provincial á visitar el Convento, y si bien se mostró propicio al Ministro, y á las comunes observaciones, aprobando lo que encontró establecido en la nueva Reforma, y confirmando las leyes y ordenanzas dispuestas por el Reverendísimo P. Comisario General; observando por otra parte que algunos estaban descontentos con aquella vida, igualmente creyó que no llevaba principios para durar mucho, y no la favoreció todo lo que podia. Dió oido á algunos quejosos, que sin más noticia verdadera que la que consiste en una pura infundada sospecha, le aseguraron que su Ministro trataba de formar quejas ante el señor marqués de Santa Cruz, y acudir al

Rey y al Papa, para conseguir separar de la obediencia de la Orden la pequeña porcion de la Reforma. Todo entonces era falso, pues en nada habia pensado el siervo de Dios; pero el P. Provincial creyó todo, porque todo lo temia, y con este motivo no tenia ya el concepto que antes de las virtudes grandes del Ministro de Valdepeñas.

»A estas oposiciones de los hombres, que podian provenir de sana intencion, siguió una depravada persecucion del demonio. Intentó este infernal enemigo atemorizar con espantos á los Religiosos, para ver si podia lograr el que desamparando el Convento dejasen tambien aquella vida rigurosa y austera; pareciéndole que aunque no habia cedido su constancia con el ejemplo de los que volvian á su primera madre, podria ablandarse con el miedo y terror que les infundiria su presencia. Tomó, pues, la figura de un gran mastin, y cerca de la media noche saltaba las tapias de la huerta, dando tan fieros alaridos, que los Religiosos despertaban tan poseidos de terror, que solo hallaban alivio delante de Jesucristo Sacramentado. Ibanse al coro ó á la iglesia, conducidos del siervo de Dios, que, como buen discípulo del Divino Pastor, los alentaba y confortaba con palabras encendidas del divino amor, que salian del volcan de su pecho.

»No es fácil trasladar al papel lo mucho que padeció y sufrió en estos principios de la Reforma, porque solo su grande confianza en Dios, de cuyo agrado sabia que era esta obra, pudo darle constancia y firmeza á vista de tanta oposicion como le hizo el mundo y el infierno. Cuando se le iban los Religiosos atemorizados, ya del demonio, ya de la vida penitente y retirada de aquella primera casa, era mucha su amargura entretanto que el Señor le enviaba otros que llenasen el lugar que dejaban los primeros. En una de estas ocasiones fue mayor su afliccion, por ser sujetos de bastante graduacion, mérito y esperanzas los que le

habian desamparado y vuelto á la observancia, temiendo el celoso Prelado se acabase la Reforma tan á los principios. Retiróse á su celda á divertir su congoja, y descansar un rato con un libro devoto. Luego que le abrió se encontró con un caso que aconteció al Seráfico Padre San Francisco, y le referia su autor con las siguientes palabras: «Estaba »un dia San Francisco muy afligido porque se le iban los »pocos frailes que al principio tenia: apareciósele Cristo, »y díjole:—Francisco, ¿qué, lloras? ¿Esta Religion es tuya, ó »mia? Respondióle el Santo:—Señor, tuya.—Pues si es mia, »prosiguió Cristo, y si esos se fueren, ¿no traeré yo otros, »y si no los hubiere nacidos, no haré yo que nazcan?» Leidas estas cláusulas, las tuvo el afligido Prelado como dichas á sí mismo, y quedó, como él escribe, consoladísimo con ellas, persuadido á que el Señor se las repetia por el mismo motivo que á San Francisco.»

Pero, sin embargo, siguiendo el consejo que encierra aquella máxima de *ayúdate y te ayudaré*, comenzó á trabajar en favor de la Reforma con una actividad prodigiosa, y que parecia de todo punto imposible en un hombre tan debilitado y que casi nunca se veia libre de calentura. Consideró que jamás alcanzaria un verdadero triunfo de los enemigos de la Reforma, ni afianzaria la existencia de esta si sus pasos no se ocupaban más que de bordear arroyos sin ascender á la fuente, y en su virtud, marchó á Roma á impetrar del Sumo Pontífice la concesion de la Descalcez para la Orden de la Santísima Trinidad. Despues de mil contratiempos y trabajos, llegó á la capital del Orbe Cristiano el dia 21 de marzo de 1598, y, si no más que en España, encontró en Roma no ménos enemigos de la Reforma, que le hicieron decidida y cruda guerra, siéndole propicio únicamente el P. Pedro de la Madre de Dios, predicador de Su Santidad. Su constancia, iluminada y ayudada por la gra-

cia divina, le hizo por fin triunfar de sus enemigos, y despues de mil luchas, tuvo el inefable gozo de ver en sus manos el Breve de Institucion de CLEMENTE VIII, espedido en 20 de agosto del año siguiente de 1599.

Regresó á España y al Convento de Valdepeñas, y á pesar del Breve, encontró obstáculos y le abandonaron los Religiosos; pero iluminados por el Señor, diez y seis de ellos se le unieron con la mayor decision, y el triunfo de la Reforma fue completo, fundándose sucesivamente Conventos de Recoletos Descalzos en Alcalá, Valladolid, Salamanca, Torrejon, Córdoba, Sevilla, Ronda y Granada.

En el Capítulo celebrado en Valladolid el dia 8 de noviembre de 1605, presidido por Monseñor el Nuncio Don Juan García Milini, fue elegido Provincial, cargo que su modestia se resignó á admitir por servir á la Orden, y procurar elevarla á la altura que su santo amor á ella deseaba. Con toda la actividad que su quebrantada salud le permitia giró una visita á su provincia, examinando con la mayor detencion y escrupulosidad todos los Conventos, enterándose prolijamente de las costumbres de los Religiosos, y del género de vida que hacian, sin descuidar el promover fundaciones, que era su constante y anheloso afan. Terminados los tres años de provincialato, y viendo que no se reunia Capítulo ni podia reunirse tan pronto como él deseaba para nombrarle sucesor, dimitió el cargo, nombrando el Nuncio por indicacion de FRAY JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCION Vicario Provincial al docto y virtuoso Fray Francisco de Santa Ana, que habia pasado de los Calzados á la Reforma.

Ocupándose como siempre del engrandecimiento de la Orden se hallaba en Córdoba, cuando á sus habituales y graves dolencias se le reunió un agudo dolor de costado. El Padre Ministro Fray Juan de San Miguel, con el debido respeto á los merecimientos del virtuoso FRAY JUAN

BAUTISTA, dispuso inmediatamente la más esmerada asistencia para el enfermo, destinando para su esclusivo servicio á los PP. Fray Ambrosio de Jesus y Fray Bartolomé de Cristo. Pero todo el celo y cuidado fue inútil, manifestando desde luego los médicos, que aquella era la última enfermedad, y que le restaban pocos dias de vida. Agravándose por momentos el santo enfermo, determinaron anunciarle su próximo fin, y uno de los médicos se encargó de ello.

Con el mayor júbilo recibió la noticia, y alzando las manos y la vista al cielo, esclamó con dulce y tranquila voz: *Heme alegrado en lo que se me ha dicho: iremos á la casa del Señor, donde Su Majestad habita.* Y volviéndose despues al médico, que se habia valido de rodeos para manifestarle su estado, le dijo: *Pues hermano, ¡esta nueva retardaba V. en darme! Muchos años há que con grandes ansias la deseo, porque tengo firme esperanza que Dios me ha de llevar á su santa gloria* A un amigo que le manifestó pena por verle tan cercano á dejar el mundo, le dijo: *Que por lo mismo, siendo su verdadero amigo, debia alegrarse, porque se iba á la gloria, y desde allá le serviria mejor.* Se confesó con el mas santo fervor, y vertiendo copiosas lágrimas de dolor y de arrepentimiento, creyéndose el mas culpado de los mortales, y cuando oyó que se acercaba la Comunidad acompañando al Santo Viático, quiso bajarse de la cama para recibir al Señor de rodillas en el suelo: su estado no se lo permitió, y solo pudo, sostenido por varios Religiosos, ponerse de rodillas sobre la cama, en cuya postura lo recidió. En seguida pidió que le dejasen solo para dar gracias: á las pocas horas, y conociendo que su vida se estinguia, pidió la Estremauncion, y á las tres de la tarde del dia 14 de febrero de 1613 entregó su pura alma al Criador á los cincuenta y dos años de edad y treinta y tres de Religion. Fue beatificado por el Papa Pio VII en 26 de agosto

de 1819, quien concedió rezoy Misa para toda la Iglesia católica en 28 de marzo de 1820.

DIA 15.

San Faustino y Santa Jovita, hermanos, Mártires, *Italianos.*

DOS NIÑAS, MARTIRES, DE CORDOBA.

Varios escritores, entre ellos el autorizado Sanchez de Feria, y los ilustrados redactores de la *España Sagrada*, colocan en este dia del año 864 el martirio de dos niñas, hermanas, naturales de Córdoba, cuyo nombre robó el tiempo.

Reinaba en Córdoba Mahomad, hijo de Abderraman I, y hallábase en completo desarrollo contra los cristianos la persecucion conocida por *Sarracénica*, que tanto aquilató el valor de los cristianos, produciendo los gloriosos héroes, de cuyos admirables y portentosos hechos nos iremos ocupando. Vivian en Córdoba dos niñas, huerfanas, tan entusiastas por la Santa Religion del Crucificado, que nada era capaz de hacerlas ocultar sus prácticas religiosas. A tal grado se constituyeron en defensoras de la fé, que se presentaron en el Tribunal y reprendieron al juez su furor sanguinario, manifestándole que todas sus crueldades y los tormentos que empleaba, y mil más que á su mente sugiriese Satanás, serian de todo punto insuficientes para concluir con la Religion cristiana, é impedir que la confesasen en su presencia los valientes soldados de Jesus. El juez mandó que las degollaran en el acto, y la mayor, temerosa de que quedase sola en el mundo y espuesta á ser pervertida la menor, si la dejasen con vida por cualquier circunstancia, despues de muerta ella, la indicó que la precediese, á lo que se prestó gustosísima la mas pequeña, entregando la primera su cuello al verdugo, siendo degollada en seguida la mayor. Hallóse presente, y con el dolor de no poder evitar el

sacrificio de estas tiernas heroinas, un embajador del Rey Cárlos el Calvo, de Francia, llamado Mancio, venido á España para asegurarse de la identidad de las reliquias de los gloriosos Mártires San Aurelio, Santa Sabigoto, esposos, españoles, de los que hablaremos el dia 27 de julio, que con las del Monge San Jorge, habian sido llevadas hacia seis años al Monasterio de San German de Paris, por los Monges Usuardo y Odilardo.

Dicen algunos escritores, pero sin fundar su noticia, ni autorizarla con documento alguno, que estas niñas, huérfanas, eran Felicitas y Maria, hijas de los citados Mártires San Aurelio y Santa Sibogoto, de las cuales hace mencion diferentes veces San Eulogio. Encontrándole un dia en la calle, le dijo la más pequeña, que contaba entonces cinco años de edad: «Mira, Padre, que escribas los hechos› tormentos y trofeos de mis padres.» San Eulogio la preguntó, risueño y cariñoso: «¿Y qué me has de dar por eso?» A lo que respondió la niña: «Alcanzaré de Dios que te dé el paraiso.»

DIA 16.

San Julian, *Sirio*, y cinco mil compañeros, Mártires.

DIA 17.

San Julian de Capadocia, Mártir, *Turco;* San Claudio, Obispo, *Romano*, y Santa Constanza, *Romana*.

DIA 18.

San Simeon, Obispo y Mártir, *de Judea.*

SAN ELADIO, ARZOBISPO DE TOLEDO, ESPAÑOL.

SAN ELADIO, uno de los mas brillantes ornamentos del antiguo Episcopado español, nació en la ciudad de Toledo. No se sabe con fijeza la época de su nacimiento; pero calcu-

lando por su ancianidad cuando falleció, y por los importantes cargos que desempeñaba en la córte del Rey Sisebuto, se presume que nació al comenzar el último tercio del Siglo VI. Su familia descendia de Reyes godos, y su padre, llamado Eladio, como él, ocupó constantemente en la córte elevados puestos, siendo siempre muy considerado de todos los Reyes. El jóven ELADIO fue criado con las comodidades y el regalo consiguientes al vástago de una tan distinguida y opulenta casa, estando en contacto con los más esclarecidos personages de la córte y apreciado de los Soberanos. Durante su niñez, fue especialmente querido del Rey Recaredo, y cuando jóven, de Sisebuto, que le confió más tarde el alto y honorífico cargo de Presidente ó Gobernador de los negocios públicos. El padre de ELADIO no perdonó gestion ni medio alguno para dar á su hijo la más brillante educacion, rodeándole de los maestros más renombrados, no solo de los que residian en Toledo, sino en Sevilla, Córdoba y Barcelona, de donde los llevó á Toledo, sin reparar en gastos por crecidos que fuesen; diciendo, que la ciencia que se trasmite á la juventud es impagable é intasable, porque no es posible calcular los grandiosos bienes que aquella ciencia ha de producir á la humanidad.

Con tales elementos, y una imaginacion clara y facilísima comprension, no hay para qué decir que ELADIO era el jóven de más provecho y de más esperanzas que encerraba la córte de Toledo. Pero si grande y merecido era su renombre en ciencia, no lo era ménos ni ménos merecido en prudencia, virtud y santidad. El peligroso contacto de la córte, las tentaciones que por todas partes rodeaban al distinguido jóven, favorito del Príncipe, la adulacion, la mentira y las intrigas palaciegas, se estrallaban constantemente en su rectitud y pureza, y hasta los más audaces grandes del reino se abstenian en su presencia de pronunciar palabras

y ejecutar acciones que no fuesen arregladas al decoro, á la moralidad y la Religion.

Las altas dotes de ciencia y prudencia que todos, y el Soberano con los demas, reconocia en ELADIO, le decidió á encargarle el gobierno de las cosas públicas, cargo que reasumia en sí solo el que hoy está distribuido en diferentes ministerios, pues representaba un ministro universal, un consejo de ministros personificado en un solo individuo.

«No se entibiaron sus piadosos dictámenes con esta primera dignidad del reino: hicieron poca impresion en su espiritu los atractivos de una brillante fortuna y adelantamiento con que le brindaba su propio mérito. Inutilmente puso su virtud en la mayor prueba todo aquello que pudiera tentar á cualquiera otro corazon ménos desengañado y ménos sólido: nunca le deslumbraron las aparentes grandezas de que tanto se paga el mundo. Inspirole su virtud dictámenes y máximas más conformes á la Religion que profesaba, y así, en medio de la córte, vivia con el arreglo y devocion que pudiera un solitario. En prueba de lo cual, escribe San Ildefonso, que bajo el hábito secular cumplia los ejercicios monásticos con tanto amor al retiro, que el tiempo sobrante del cumplimiento de las obligaciones de su alto cargo lo pasaba en el Monasterio Agaliense, contiguo á la ciudad de Toledo, floreciente por entonces en la observancia Regular, donde, reunido con los monges, se ocupaba en las funciones del instituto y oficios mas humildes de la Comunidad, hasta recoger y acarrear astillas para el horno.

»Cuando todos aplaudian y aun veneraban á ELADIO como maravilla de la córte, le inspiró el Señor la resolucion de dejar al mundo para atender únicamente al negocio importante de la salvacion. Y siguiendo tan acertado impulso renunció el empleo, todos los honores y esperanzas con que le lisonjeaba el siglo, vistió el hábito de mon-

ge en dicho Monasterio, donde fueron tan conocidos los progresos que hizo en la virtud, y tan notoria su consumada prudencia, que muerto el Abad de aquella casa, por aclamacion comun le eligieron por Padre los Religiosos, muy contra su voluntad. Pero si bien se esmeró en enriquecer con bienes temporales el Monasterio, mucho más en aumentar los espiritules en sus súbditos con el fervor de sus sabios consejos, siempre acompañados con el ejemplo, para hacer mas eficaces sus instrucciones.

»Vacó por aquel tiempo (año de 615) la cátedra episcopal de Toledo, por muerte de Aurasio, y todos pusieron los ojos en ELADIO para sucesor de aquel Prelado, digno del mayor elogio. Mas aunque se hallaba cargado de años, su prudencia, santidad y sabiduría le fortalecian con el valor necesario para gobernar diestramente su vasta diócesi. No fue tan fácil rendir su voluntad, como lo fue la eleccion; pero sujetándose al yugo por obediencia, principió á ejercer las funciones de su ministerio, como sabio y santo Pastor. Todos sus desvelos tenian por objeto la perfeccion del estado eclesiástico, las reformas de las costumbres del secular, y el lustre del culto divino. Y esmerándose en el socorro de los necesitados, mereció el renombre de *Padre de los pobres*. Basta para acreditar lo inagotable de su caridad, el testimonio de San Ildefonso: *Las misericordias y limosnas que hacia* ELADIO, dice el Santo, *eran tan copiosas, como si entendiere que de su estómago estaban asidos como miembros los necesitados, y de él se sustentaban sus entrañas, observando, para no defraudarles, una frugalidad admirable en la mesa*. El mismo San Ildefonso añade: que rehusó escribir, porque sus acciones laudables eran un testimonio continuo de cuanto podia imprimir en el papel para pública enseñanza.»

A su amor al culto divino, y á su celo por honrar la memoria de los Santos, se debió la construccion en Toledo del templo de Santa Leocadia, y en Andújar el que por sus consejos y gestiones mandó construir el Rey Sisebuto sobre el sepulcro de San Eufrasio. Constribuyó notablemente á los decretos espedidos por el mismo Rey para atajar los males que causaban los judios, y á la conversion de muchos de estos á la fé católica, compensando estas almas ganadas por la predicacion de ELADIO las muchas que conducia á la eterna perdicion la palabra de Mahoma, que por este tiempo comenzó á predicar su falsa doctrina.

Distinguió con su particular afecto á San Ildefonso, que despues ocupó la misma arzobispal Silla, y á quien ordenó de diácono en las ultimas Ordenes que dió, dedicando tambien una gran parte de su afecto al Santo varon, Monge Augustiniano Arthuago, por sobrenombre *Godo*, que tanto brilló trabajando con su sublime predicacion para desarraigar la heregia arriana del corazon y de la mente de los godos.

Los disturbios de la córte, suscitados por ambiciones y bastardas pasiones de los grandes, le afligieron sobremanera: hizo cuanto pudo por templar los ánimos y tratar de conciliar los intereses de unos y otros; pero estaban tan encontrados los del Rey Suinthila y su hijo Rechimiro con los de Sisenando y sus partidarios, que nada pudo conseguir, á pesar de haber agotado todos los grandes recursos de su prudencia, saber é influencia, teniendo por fin el acerbo disgusto de ver salir echado del reino á Suinthila y su hijo, y tomar posesion del trono á Sisenando. El peso de sus muchos años, la vida trabajosa y penitente que siempre llevó, y el dolor que le produjo la desgracia del Rey y de su hijo, á quienes profesaba un especial cariño, determinaron el fin de su existencia, y rodeado de su afligidos admiradores, falleció el dia 18 de febrero de 634, despues

de haber regido su diócesi como un verdadero sucesor de los Apóstoles por espacio de diez y ocho años. La opinion de santidad de este esclarecido Prelado fue universal. Pisa, en la *Historia de Toledo,* para probar la veneracion que públicamente se consagraba á este Santo, dice, que antiguamente le pintaban con diadema, insignia de Santidad conocida.

SAN TEOTONIO, CONFESOR, ESPAÑOL.

SAN TEOTONIO, uno de los más preclaros varones de Galicia, nació en el año de 1080, en Ganfey, pueblo de la diócesi de Tuy, hijo de Obeco y Eugenia, pertenecientes ambos á las más nobles y acomodadas familias del pais. No ménos ricos de virtudes que de bienes de fortuna, criaron á su hijo, empleando unas y otros abundantemente en favor de su alma y de su cuerpo, desarollándose las facultades físicas y morales del tierno TEOTONIO con una rapidez admirable.

Las primeras letras las aprendió con suma facilidad y lucidez al lado de sus padres, pasando despues á Tuy á dedicarse á la latinidad, que venció tambien muy fácil y rápidamente. Desde Tuy marchó á Coimbra á cursar filosofía y letras sagradas al lado de su tio Crescencio, Obispo de aquella diócesi, que le dió por maestro á su Arcediano Tello, sugeto muy docto y virtuoso, bajo cuya direccion hizo TEOTONIO grandes progresos, tanto en ciencia como en virtudes. El cielo concedió á su tio, el Obispo Crescencio, vida suficiente para ver á su querido sobrino muy instruido y en disposicion de recibir las sagradas Ordenes, que él mismo pensaba conferirle, cuando atajó la muerte sus pasos, no dejándole satisfacer su santo deseo. En seguida que murió Crescencio, pasó TEOTONIO á la ciudad de Viseo, incorporándose desde luego en el clero de la Iglesia de Santa María, en la que cantó la primera Misa. Así que se vió re-

vestido de la alta dignidad del sacerdocio, aunque su vida era y habia sido siempre de las más ejemplares, aumentó la perfeccion, siendo admirable y perpétuo modelo de cuantas virtudes y altas prendas pueden distinguir á un sacerdote para cumplir su mision en el mundo de salvacion y consuelo de las almas.

Las reiteradas instancias de Gonzalo, Obispo de Coimbra, sucesor de su tio Crescencio, le obligaron á que admitiese el Priorato ó curato de aquella Iglesia de Santa Maria, á la que tenia particular cariño, por haber ejercido en ella el sagrado ministerio del sacerdocio por la primera vez; y habiendo fallecido sus padres, dejándole un pingüe patrimonio, invirtió en seguida una gran parte de él en socorrer necesidades y en enriquecer su iglesia con abundantes y ricas alhajas.

Inspiróle su piedad el deseo de visitar los Santos Lugares y besar la tierra que pisó con su santa planta el Salvador del mundo, y dejando encomendado el Priorato á un virtuoso Sacerdote amigo suyo, llamado Honorio, vistió el traje de peregrino y marchó á Jerusalen, predicando por el camino humildad y penitencia. Su visita á los Santos Lugares aumentó su fervor en la oracion, y su constante contemplacion de lo divino, y á su regreso no se encargó del Priorato, por más instancias que le hizo Honorio, queriendo estar libre de obligaciones, para dedicar más tiempo á la oracion y á obras de piedad y misericordia.

Recordando sin cesar las tiernas impresiones que esperimentó su alma en Tierra Santa, volvió á emprender la peregrinacion á Jerusalen, y en la iglesia del Santo Sepulcro, propia de Canónigos seglares, se dedicó á la más rígida práctica de contemplacion y penitencia. Instáronle los Canónigos de aquella iglesia para que se quedase en su compañía; pero él, aunque en estremo reconocido á la deferencia, no aceptó, manifestándoles que tenia necesidad

absoluta de arreglar los asuntos de su iglesia de Coimbra, y que así que lo verificase, volveria. Partió de Jerusalen, y, con este propósito, regresó á Coimbra al tiempo que su maestro el Arcediano Tello, con autorizacion del Rey Don Alonso I y del Obispo, y ayudado por varias personas distinguidas y piadosas, estaba construyendo el Monasterio de Santa Cruz, con el objeto de dedicarse al servicio de Dios, bajo la Regla de San Agustin; y conociendo todos los interesados en la fundacion que TEOTONIO con su saber, esperiencia y virtudes podia dar gran lustre á la Comunidad, le rogaron que desistiese de volver á Judea, cuando tan necesarios eran sus servicios á la Religion en la Península. Accedió TEOTONIO, por fin, á las insistentes súplicas de sus amigos y admiradores, entrando a formar parte de aquel santo Monasterio, del cual fue nombrado Prior por unanimidad. Procuró por cuantos medios estaban á su alcance escusarse de aceptar aquel cargo; pero fue inútil, porque todos los santos asociados querian seguir la senda que les trazase como superior tan virtuoso, y renombrado varon. Altamente justificó el concepto en que le tenian, y fue al poco tiempo el Monasterio de Santa Cruz modelo de santidad, y de la más rigurosa observancia de la Regla que habia elegido.

«Hizo el Rey Alfonso de Portugal, hijo del grande Enrique, varias espediciones contra los moros de Andalucía, y volviendo victorioso, trajo entre los cautivos africanos muchos cristianos mozárabes, esto es, de los que vivian mezclados con los árabes. Súpolo el Santo Prior, y aunque nunca se dejó ver fuera del Convento, fue á hablar al Rey, y le ponderó de tal suerte el grande pecado que cometia un Monarca católico en traer cautivos á los cristianos, que compungido Alfonso al oir tan justa reprension, dió libertad á más de mil hombres, sin contar los niños ni las mujeres;

pero no satisfecho el Santo con esta heróica accion, les dió habitaciones cerca del Monasterio, y los mantuvo muchos años, como si fuese padre de todos.

»Mucho contribuyó para dar más realce á la eminente virtud de TEOTONIO la multitud de prodigios que obraba el Señor contínuamente por intercesion de su siervo, no siendo el menor entre todos la inalterable tranquilidad que conservaba en medio de una multitud de gentes de todas clases que concurrian al Monasterio á ver al Santo para aprovecharse de las singulares gracias que le concedió el cielo, y de sus saludables instrucciones; pareciendo á todos en las dulces palabras con que les hablaba y en los amorosos afectos con que atendia al socorro de sus necesidades, que trataban no con un hombre, sino con un ángel en carne humana. Por este alto concepto se granjeó el respeto y aprecio de todo el reino de Portugal y de Galicia, donde era venerado como oráculo celestial; pero distinguiéndose sobre todos en el aprecio del Rey Alfonso I, que no intentaba empresa alguna que no fuese con aprobacion del ilustre Prior, en cuyos méritos tenia colocada su confianza. Sitió este religioso Príncipe la fortaleza de Santaren, ocupada por los moros, y manifestando al Santo que deseaba le ayudase con sus oraciones, pues pensaba dar el asalto, fueron de tanto valor, que en el mismo dia entró el Rey triunfante en la plaza. No fue esta sola la gloriosa empresa que consiguió Alfonso con la proteccion de TEOTONIO: coligáronse cinco Reyes moros para detener los progresos del valeroso Príncipe, y recurriendo este á las poderosas armas de la oracion del Santo, consiguió de todos una completa victoria, llegando á ser el terror de las lunas agarenas.»

No vivia, sin embargo, contento TEOTONIO: el contacto con el mundo, aunque el mundo le honraba y distinguia,

le era cada vez más insoportable porque le robaba muchas horas á la contemplacion en la soledad de su celda, que era su constante anhelo: el desempeño de las obligaciones de Superior de una Comunidad era tambien un grande obstáculo para sus deseos, y resuelto á llevar estos á cabo, pidió, rogó y humildemente suplicó á la Comunidad que eligiese otro Prelado. En vano fueron al principio sus instancias y sus súplicas; pero comprendiendo al fin la Comunidad el sincero disgusto de su amado Superior, accedió á su deseo, y nombró para relevarle á su discípulo Juan Teotonio, varon de gran ciencia y virtud, y muy digno del puesto que le confiaban.

Libre del cargo que tantos hubieran aceptado, é indefinidamente conservado, y que para él era un tormento contínuo, pues su humildad no podia avenirse con ninguna clase de mando, se dedicó de lleno á la oracion y á la más rigurosa penitencia, que aumentó al poco tiempo á un desconocido é inaudito grado, pues comprendiendo que se le acercaba la hora de la muerte, queria purgar á su alma de toda culpa para que pudiera presentarse benemérita y limpia ante el divino Juez. No se engañó por cierto: la muerte le acechaba de cerca, y disfrazada de achaques de una vida trabajosa y penitente, más bien que de ancianidad, se introdujo en aquel santo cuerpo para quedarse dueña de él, haciendo salir al alma. Recibió con cabal conocimiento todos los Santos Sacramentos, pedidos por él, y vistiendo en seguida un saco de penitencia, y tendiéndose sobre un lecho de ceniza, aguardó tranquilo y contento el último instante, que no se hizo esperar muchas horas, y que despues de llegado dudaban de ello los que estaban presentes, pues ni en el rostro ni en ninguna parte del cuerpo se percibió el mas pequeño movimiento ni contraccion. Sesenta y dos años de edad contaba el dia 18 de febrero de 1142, en el cual entregó su alma al Divino

Criador; pero la escesiva penitencia y rigor que usaba para su cuerpo y su trabajada vida habian aviejado su rostro de manera, que aunque dulce, agradable y simpático siempre, representaba de quince á veinte años más de los que tenia.

Dos dias cabales tuvo la Comunidad espuesto el Santo cadaver, para satisfacer la devocion de los fieles que acudian desde muchas leguas á honrar y venerar los restos de tan santo varon: la Comunidad celebró los funerales con la mayor solemnidad, y dió por fin sepultura bajo el altar del Capitulo de la propia casa á su querido y respetado Superior y compañero. En el primitivo sitio se conservaron sus restos venerados y visitados constantemente por los habitantes de la poblacion de Coimbra y de los pueblos inmediatos, que en sus trabajos y penalidades acudian á la tumba á solicitar la proteccion del Santo. En el año de 1630 fue trasladado á un magnífico sepulcro de jaspe, primorosamente trabajado, escepto un brazo que se dió á la iglesia de Santa Maria de Viseo, de la que tuvo el Priorato.

DIA 19.

San Alvaro de Córdoba, Confesor (1); San Gabino, Presbítero, *Romano*, y San Conrado, Confesor, *Italiano*.

SAN BEATO, ABAD, ESPAÑOL.

Ocupándose de este Santo el ilustrado escritor Sr. Pétano y Mazariegos, de cuyos autorizados escritos hemos to-

(1) La Biografía de San Alvaro de Córdoba corresponde al *Apéndice*, porque escritores muy autorizados, que citaremos allí, le dan por *Español*, y otros, que no lo son ménos, y que tambien citaremos, le tienen por *Portugués*; y en la duda nos abstenemos de incluirle en el fondo del SANTORAL ESPAÑOL, cuyo título queremos justificar, y que sea una verdad.

mado y tomaremos mucho interesante, dice: «Dios, que elige las cosas necias y humildes al parecer del mundo para confundir á los sabios y soberbios de él, eligió á SAN BEATO, humilde presbítero, bien que insigne en doctrina y Santidad, para abatir el orgullo de Elipando, Arzobispo de Toledo, protector del error que perturbó en su tiempo la tranquilidad de la Iglesia de España. Habia tenido este Prelado por maestro en su juventud á Félix, natural de Francia, hombre de un ingenio perspicaz y de una vasta erudicion; pero dejándose llevar despues que ascendió á la dignidad de Obispo de Urgel del fanatismo que por lo comun preocupa el entendimiento de los herejes, tuvo la fragilidad de sostener con un empeño indiscreto, y con un teson irregular, que Jesucristo era Hijo adoptivo del Eterno Padre, contra lo que espresamente enseñan las Sagradas Escrituras. Persuadió este error á su discípulo Elipando, y como se hallaba colocado en la cátedra principal de España, abusando de su autoridad, procedió por escrito primeramente, y despues con anatemas, contra todos los Obispos y presbiteros católicos que impugnaban su pestífera doctrina.

»Afeada la hermosura de la Iglesia de España por el Prelado más principal y poderoso de ella, así como en otro tiempo previno Dios á un David contra el soberbio Goliat, sacó de las selvas á SAN BEATO para que pelease gloriosamente contra el jactancioso Arzobispo, que lleno de una vana presuncion, quiso avasallar á los defensores de la fé ortodoxa. Nació este héroe en las ásperas montañas de la Liébana, de las nobles familias de los más antiguos asturianos: educóse en la Religion cristiana, y aplicado á los estudios, hizo en las ciencias grandes progresos, y con especialidad en las Santas Escrituras, de las que adquirió una perfecta inteligencia. Eligió el estado eclesiástico con el laudable objeto de dedicarse enteramente al servicio del

Señor, habiendo ascendido por sus relevantes méritos á la dignidad de Sacerdote. Luego que recibió el Sagrado carácter, solo pensó en hacer una vida más perfecta, trabajando infatigablemente por mantener el sagrado depósito de la fé en la misma pureza que la habian predicado los Apóstoles. Oyó la errónea doctrina que queria introducir en España el Arzobispo de Toledo, y revestido de aquel santo celo y de aquel valor que constituye el carácter de los varones apostólicos, comenzó á predicar el dogma católico por toda aquella region, declamando con el mayor ardor contra la herética novedad.

»Conservaba BEATO una intima amistad con San Eterio, Obispo á la sazon de Osma, fundado este estrecho vinculo en la unidad de la Religion, en la conformidad de costumbres y en la uniformidad de sentimientos, y reuniéndose ambos héroes en la gloriosa empresa de proceder acordes por palabras y por escritos contra Elipando y contra Félix, protectores del error, predicaron y enseñaron por todos los pueblos la doctrina católica con tanto celo y con tanta actividad, que á sus eficaces diligencias se debió el que volviesen muchos al seno de la Iglesia, arrepentidos de haberse dejado seducir de los maestros de perdicion.

»Sintió Elipando en el alma la oposicion de los dos ilustres héroes, por lo que, lleno de soberbia, se quejó agriamente de ellos, como despreciadores de su alto carácter y de su suprema autoridad, en una carta que escribió á cierto Abad de Asturias, llamado Félix, á quien dió comision para que les notificase su determinacion. Decia en la carta el vano Arzobispo, hablando de BEATO: «¿Quién oyó »jamás que un hombre asturiano, vagante por esas mon»tañas, se atreva á corregir y enseñar á los toledanos? Bien »podia tomar ejemplo del Obispo Ateårico, que habiendo »oido las espresiones de los impugnadores de opinion, re-

»currió á nuestra cátedra, rogándonos con humildad que le »manifestásemos qué era lo que debia creer: pero confia»mos en Dios que hemos de estirpar de esas montañas la »heregia beaticana, sostenida tambien por Eterio, que como »jóven se dejó engañar de BEATO, hombre silvestre y ha»blador, y así (prevenia al Abad) amonésteles que desistan »de su terquedad, pues de lo contrario les heriremos con »la formidable espada del anatema.» Notificó Félix la carta del orgulloso Elipando á BEATO y á Eterio, creyendo que respetarian la autoridad de un Arzobispo como el de Toledo; pero estuvieron tan lejos de acobardarse con las amenazas de aquel soberbio Goliat, que animados de un nuevo celo, le respondieron de comun acuerdo con una especie de símbolo arreglado á las Santas Escrituras, á las definiciones de los Concilios y á los sentimientos de los Santos Padres. Y no satisfechos con este documento, digno de eterna memoria, escribieron ambos una apología en defensa del dogma católico, que era el asunto de la controversia, y esparciéndole por toda la nacion, desengañaron á muchos, que, preocupados con las sutilezas de los hereges, habian seguido el partido de la novedad.

»Quisieron, sin embargo, Félix y Elipando sostener su perversa opinion; pero declamando incesantemente contra ellos los dos ilustres defensores de la doctrina ortodoxa, fueron aquellos condenados en el Concilio de Francfort, al que asistieron, como legados de la Santa Sede, Teofilato y Estéban, y como Nuncios de la Iglesia de España, Eterio y BEATO. Manifestaron estos á los Padres de aquella Asamblea eclesiástica los vicios y enmiendas que Elipando y Félix habian introducido en los Códigos eclesiásticos, y en los escritos de los Santos Padres españoles, para sostener su error, acreditando, por los originales que exhibieron, que no habia ni una sola palabra en ellos que favoreciese á la execrable novedad, y no satisfechos con esta manifes-

tacion, contribuyeron á que se pronunciase por el Concilio el justo anatema como castigo de la obstinada pertinacia de los heresiarcas: todo lo que fue aprobado por el Papa Adriano, mandando se admitiesen en todas las iglesias las actas de aquel célebre Concilio. Supo Elipando cuanto se determinó en Francfort, y deseando dar á todo el Orbe cristiano un testimonio público de su reconocimiento, habiendo convocado un Concilio en Toledo, ofreció á los Padres una confesion de fé católica, en la que confesaba á Jesucristo como Hijo natural del Padre, y no adoptivo, como sostuvo hasta entonces lleno de preocupacion, corroborando el artículo con las espresiones del Símbolo de San Atanasio; en virtud de lo cual, y sinceridad de su arrepentimiento, fue reconciliado con la Iglesia. De este hecho resultó que, conociendo el mismo Arzobispo que BEATO y Eterio habian sido los mas acérrimos defensores de la doctrina católica, les pidió humildemente perdon, y contrajo con ellos una estrechísima amistad, que conservaron hasta la muerte.»

Terminadas felizmente las controversias cismáticas, se dedicó BEATO, secundado dignamente por Eterio, á estinguir las huellas que habian dejado las discusiones, y que se percibian en varios puntos de España, á pesar de la pública y solemne abjuracion del jefe del cisma. Su actividad y celo, sabiduría y elocuencia, triunfaron por completo, y desaparecieron de la mente de los cristianos españoles hasta las menores sombras de duda que pudieran empañar la perfeccion de sus creencias católicas. Conseguido su ansiado objeto, viendo lucir esplendorosa y refulgente la luz de la verdad, determinó BEATO dedicarse esclusivamente á la oracion, á la penitencia y al estudio de las Santas Escrituras, y para lograrlo mejor se retiró del contacto del mundo, yendo á morar en la soledad, á un lugar llamado Baldecaba, á la raya de las montañas de Liébana,

en la diócesi de Leon, cerca del pueblo llamado Saldaña. Allí contentó su esquisito afan de contemplacion y penitencia, haciendo esta tan asombrosa, que era la admiracion de las gentes. Escribió un notable y muy apreciado libro sobre los misterios del Apocalípsis, continuando por algunos años tan santa y admirable vida, descansando por fin en el Señor á la conclusion del siglo octavo, un dia 19 de febrero, no quedando memoria del año fijo. En Baldecaba fue enterrado el santo cadáver, habiéndose dignado el Señor hacer célebre y memorable el sepulcro de SAN BEATO, por los innumerables milagros que obró por intercesion de su amantísimo siervo. La piedad y agradecimiento de sus devotos le construyó un magnífico sepulcro de mármol en la iglesia de su nombre, al cual fue trasladado á los tres años de su fallecimiento el cuerpo de SAN BEATO, escepto un brazo, que por separado se colocó en un precioso relicario, para darle á adorar á los infinitos enfermos que acudian á implorar la intercesion del Santo para alcanzar salud del Todopoderoso.

DIA 20.

San Leon, Obispo, *Siciliano*, y San Eleuterio, Obispo, *Belga.*

SANTA PAULA, VIRGEN, ESPAÑOLA.

Ignórase el año del nacimiento y de la muerte de esta Santa, habiendo quedado memoria solamente del dia de su glorioso tránsito, que tuvo lugar en 20 de un mes de febrero, á mediados del siglo VI. Nació en Cardeñosa, pueblo perteneciente al Obispado de Avila, en cuya ciudad ha sido y es célebre su memoria, aunque más conocida por Santa Barbada que por SANTA PAULA, por el prodigio que Dios obró en ella, y que vamos á referir.

Fueron sus padres honrados y acomodados labradores del referido Cardeñosa, é imprimieron en el corazon y en la mente de PAULA, desde su infancia, las más piadosas máximas de nuestra Santa Religion, recomendándola la devocion para con los héroes del cristianismo que habian dado su vida y su sangre por defender los preceptos del Evangelio y confesar su Religion. Fue de estos San Segundo, primer Obispo de Avila, á quien se reconoce por uno de los siete varones apostólicos que enviaron á España desde Roma San Pedro y San Pablo, con el objeto de difundir la luz del Evangelio. Como al primer Padre espiritual que tuvo Avila, consagró su particular devocion la jóven PAULA, y con la mayor frecuencia iba de Cardeñosa á Avila á visitar el sepulcro del ilustre Mártir, ante el cual pasaba varias horas en fervorosa oracion, ofreciendo al Señor sus santos votos. PAULA era tan hermosa de cuerpo como de alma, y habiéndola visto uno de los jóvenes mas principales de la ciudad, se enamoró locamente de ella, y puso en juego todos los recursos de su imaginacion para alcanzar sus favores; pero ni los ruegos, ni las mas rendidas súplicas, ni las alucinadoras ofertas, ni las temibles amenazas, pudieron vencer la virtud de la Santa virgen, que huia horrorizada de los torpes deseos de aquel libertino.

Mucha afliccion produjo á la virginal doncella la persecucion del jóven, porque, temerosa de un atropello en el camino, tuvo que dejar de ir con la frecuencia que acostumbraba á Avila, pues no siempre se le proporcionaba ir acompañada. Pero no habiéndose presentado en Cardeñosa hacia bastantes dias el jóven perseguidor, fue cobrando valor PAULA, creyendo que el jóven habia desistido de sus exigencias y pensamientos, y determinó volver á visitar el sepulcro del glorioso San Segundo. Pero el jóven, muy lejos de desistir de sus inmorales ideas, habia formado el propósito de que la violencia le diese lo que las súplicas,

ofrecimientos y amenazas no le habian podido alcanzar, y para lograr una ocasion oportuna no volvió á presentarse á PAULA, con el fin de inspirarla confianza, y que volviese á su costumbre de ir sola desde su pueblo á Avila. Logró efectivamente su primer objeto de inspirar confianza á PAULA, que no habiendo vuelto á ver á su perseguidor, tomó de nuevo la antigua costumbre de ir con frecuencia á orar ante el sepulcro de su Santo predilecto.

Caminaba una mañana temprano desde Cardeñosa á Avila, y viendo dirigirse á su encuentro al jóven, la hizo presentir de repente el corazon las villanas intenciones de aquel, y, aligerando el paso cuanto le fue posible, se entró precipitadamente en una ermita dedicada á San Lorenzo, que habia poco antes de la ciudad, pero distante todavía lo suficiente para que en el camino que mediaba entre ella y Avila pudiera el jóven atropellarla, sin que pudiera ser socorrida por nadie. Postrada la temerosa vírgen á los pies de un Santo Cristo que habia en la ermita, le rogó fervorosamente que la afease el rostro y desfigurase de manera que causara repugnancia y horror á aquel lascivo jóven, para que cesara de atormentarla y perseguirla; y oyendo benigno el Supremo Hacedor la ferviente súplica de su amante sierva, dió á su rostro una espesa y larga barba, desfigurándole completamente.

Resuelto á consumar su crimen, hasta en aquel mismo Santuario, entró el jóven dirigiéndose á PAULA, quedándose altamente sorprendido. Dudoso y balbuciente, la preguntó si habia entrado hacia muy poco alguna otra persona en la ermita, á lo que contestó, que nadie habia entrado despues que ella, y antes que él. Conturbado y sin saber lo que le pasaba, salió de la ermita el jóven, dejando libre á PAULA. Con la mayor efusion de su santa alma dió esta las gracias al Señor por tan señalado beneficio; y queriendo acreditar con pruebas prácticas su profundo agradecimien-

to, dedicándose sin tregua á la oracion y á la penitencia, marchó á morar con residencia fija cerca del sepulcro de San Segundo. Por varios años continuó su ejemplar vida, edificando á todos los habitantes de la ciudad, y volando la fama de su santidad por toda la comarca, descansando por fin en el Señor, llena de virtudes y merecimientos. Su cuerpo fue sepultado cerca del arca que contiene las reliquias de San Segundo, venerado por todos los pueblos de la comarca. Doña Isabel de Ribera mandó despues labrar un sepulcro, que fue colocado en la capilla que con la advocacion de Santa Barbada fundó dicha piadosa señora en la propia iglesia de San Segundo, á cuyo sepulcro fue elevado el santo cuerpo de la vírgen PAULA. Sobre este sepulcro se colocó mas tarde otro de Santa Agueda.

DIA 21.

San Félix, Obispo, *Belga*, y San Maximiano, Obispo y Confesor, *Italiano*.

UN SANTO ESPAÑOL, MARTIR EN CORDOBA.

En este dia colocan, *La España Sagrada, La Palestra Sagrada,* diferentes Años Cristianos y otras autorizadas obras, un Santo, mártir de Córdoba, cuyo nombre se ignora.

Por los años 863, siendo Rey de Córdoba Mahomad, sufrian los cristianos la más dura persecucion de los moros, que no perdonaban medio para conseguir la estincion completa del cristianismo, que era su más constante deseo. Y como si no fueran suficientes los tormentos que, hora por hora é instante por instante, proporcionaban los bárbaros sectarios de Mahoma al pueblo cristiano, varios hijos espúreos de este levantaron contra él una empeñada y cruelísima guerra. «Dió ocasion á esta calamidad un Obispo de Málaga llamado Hostigerio, herege antropoformita, que sobre negar á Dios el ser puro espíritu, decia otras insulsas y

ridículas falsedades. A este mal hombre se juntaron Servando, deudo suyo, juez de cristianos, y juntamente enemigo, y romano viejo torpe, con su hijo Sebastian, los cuales, con gran ruina de la Religion, vendian el sacerdocio, arrendaban las contribuciones de los cristianos á precios exorbitantes, y hacian esclavas las Iglesias, obligándolas á mayores contribuciones. No contentos con esto depusieron al Obispo Valerio y al Abad Sanson, el más ilustre y sabio católico de aque tiempo, tratándole de herege.»

Deseoso de contribuir al remedio de tantos males como pesaban sobre el pueblo cristiano, y hacer en su favor todo lo que su profundo amor á Dios le dictaba, resolvió un Santo varon cordobés dirigirse al juez moro y hacerle presente la angustiosa situacion en que al pueblo cristiano habia constituido su cruel persecucion, dando con ella motivo á las lamentables disidencias que habian surgido entre él, y á la doble opresion que esperimentaba. Con ardorosa fé y ferviente anhelo por el bien de la Religion del crucificado habló el Santo varon al juez, que, ofendido por sus justas reconvenciones y reclamaciones, le mandó llevar á la cárcel. Asi que el juez de los cristianos, el impio Servando, pariente de Hostigerio, Obispo de Málaga, supo la prision del Santo siervo de Dios y la causa de ella, concibió el satánico proyecto de envolver en la causa y hacer sucumbir al Obispo Valerio y al Abad Sanson, y para lograrlo se presentó al Rey Mahomad, y le pidió que mandase comparecer á estos, les preguntase si era cierto todo lo que habia dicho y confesado el cristiano preso, y que si decian que era falso los mandase que con sus propias manos le quitasen la vida, y si se negaban á hacerlo, probarian que ellos eran el alma de aquella intriga, y que por consejos suyos habia procedido el preso á tan temeraria declaracion. A pesar de su ferocidad y afan de sangre cristiana, no se prestó el Rey á tan villana accion, y mandó retirar inmediatamente á Servando;

pero el fervoroso y fiel cristiano cordobés que estaba preso, y que se cuenta entre los Santos de España, alcanzó la palma del martirio siendo degollado por disposicion de Mahomad.

DIA 22.

La Cátedra de San Pedro en Antioquía, y San Pascasio, Obispo, *Francés*.

DIA 23.

Santa Marta, Vírgen y Mártir, *Asiática*; Santa Margarita de Cortona, *Italiana*, y Santa Isabela, *Francesa*.

SAN FLORENCIO, CONFESOR, ESPAÑOL.

Nació este Santo en Sevilla en el año de 432, presidiendo aquella Santa Iglesia el Prelado Marciano. Nada se sabe de sus ascendientes, ni se conoce el apellido de su familia, que los antiguos escritores califican de nobilísima. Conformes están todos igualmente en que FLORENCIO fue un modelo de virtudes y de caridad cristiana que le conquistaron el respeto y amor general, no solo de los habitantes de Sevilla, sino tambien de muchos pueblos de la provincia que visitaba, llevando el consuelo á las familias, y predicando con gran fruto para la Religion cristiana. Murió á la edad de 53 años en la misma ciudad que le vió nacer, el dia 23 de febrero del año 485, rigiendo aquella diócesi el famoso Prelado Zenon. Para contentar la piedad de los fieles, que de todos los pueblos de la comarca acudieron á adorar el Santo cadáver, en cuanto supieron el fallecimiento de su respetado y querido consolador FLORENCIO, no le dieron sepultura en 17 dias, durante los cuales estuvo espuesto constantemente al público, sin que sufriese la más pequeña alteracion, conservando el rostro tan natural y apacible, y con el mismo color que antes de abando-

nar el alma. Desde el dia 13 de marzo en que fue enterrado, segun manifiesta la inscripcion puesta en la caja, comenzaron los fieles á venerarle como Santo; pero el oficio que reza de SAN FLORENCIO la Iglesia de Sevilla es todo del comun, por no hallarse mencion de este Santo en el cuaderno que presentó á la Santa Sede el Cardenal D. Rodrigo de Castro, Arzobispo de Sevilla, ni mencionarle tampoco el Sumo Pontífice Sixto V en su Bula de 4 de agosto de 1590, aprobando los rezos de los Santos de Sevilla. Esta Iglesia eligió para la festividad de SAN FLORENCIO el dia de su tránsito, y en el mismo se colocó su memoria en el Martirologio Romano.

SAN ORDOÑO, OBISPO DE ASTORGA, Y CONFESOR, ESPAÑOL.

El gran renombre y fama de la ciudad de Astorga procede principalmente de la antigüedad de su línea eclesiástica. Hay memorias de su Iglesia desde mediados del siglo III, pues en el año de Nuestro Señor Jesucristo 252 ya estaba perfectamente organizada con Eclesiásticos y Obispo, lo cual supone poblacion cristiana de muchos años atrás, que debió tener su orígen muy cerca de la predicacion de los Apóstoles. En el referido año 252 ocupaba la Silla Episcopal, y no como erigida entonces, sino como continuada, el Obispo Basílides. Nada se sabe de sus predecesores, aunque por una carta de San Cipriano se sabe que los habia tenido; pero el ser el primero que consta en el Catálogo de los Obispos de Astorga, y lo mucho que con variedad hablan de él los historiadores antiguos y han seguido algunos modernos, creemos que nos obliga á fijar los hechos con la averiguada verdad que lo hace el M. Enrique Florez en su *España Sagrada*.

«La noticia de este Prelado, dice el M. Florez, consta por las obras de San Cipriano en la carta 68 sobre el rui-

doso y lamentable caso de dos Obispos que en la persecucion de Decio faltaron á la confesion de la fé, y por tanto fueron depuestos de las Sedes. Uno se llamó Basílides; otro Marcial. Este fue Obispo de Mérida: aquel de Leon y Astorga, segun queda prevenido en el tomo XIII desde la página 133, donde la conexion de la materia obligó á tratar de los sucesores de este Obispo al tiempo de esponer los del Emeritense, por estar juntos en la carta de San Cipriano. En ella vemos que Basílides recibió *libelo de idolatría*, á fin de no ser molestado por los Ministros Imperiales, que perseguian á los cristianos, y cayendo despues en una enfermedad blasfemó de Dios, siguiéndose de este abismo otros graves delitos, que cuando debian provocar la Divina venganza, pulsaron en las entrañas del Padre de las Misericordias, y derramó sobre el ciego tanto golpe de luz, que le abrió los ojos para confesar y detestar las abominaciones. Hirió tan íntimamente el dolor de las culpas al que las cometió, que para limpiarse de las manchas escogió voluntariamente la pena de apartarse del honor Episcopal, entregándose á una verdadera penitencia, con tan humilde reconocimiento de su gravísima caida, que tenia por singular indulgencia si Dios le concediese el honor de llegar á comulgar entre los legos.»

Varones ilustrísimos en ciencia y santidad se fueron sucediendo en la Silla de Astorga desde el referido Basílides, que la ocupó en 252 hasta el 4 de febrero de 1062, que ascendió á ella SAN ORDOÑO, Santo Español de este dia, señalado con el número treinta y cinco en el Catálogo de Prelados de aquella Sede. Corto fue el tiempo que Dios le concedió para regir la Iglesia de Astorga, pues segun el epitafio puesto en su sepulcro, pasó á mejor vida en 23 de febrero de 1065, habiendo ocupado, por consiguiente, la Silla solos tres años y diez y nueve dias. Solo se sabe de su

vida anterior á su consagracion de Obispo, que fue Monge del Monasterio de Samos, con tal fama de santidad, ciencia y prudencia, que le llevó al Obispado con unánime complacencia y alegría de la diócesi. Ademas del gran nombre que dejó á la historia su santo celo en favor de la Religion, y su inagotable bondad, su memoria se ha hecho muy célebre en los libros que se ocupan de historia eclesiástica, por la gran gloria que le cupo en la traslacion desde Sevilla á Leon del cuerpo de San Isidoro; suceso completamente dispuesto por la Divina Providencia, y sin intervencion de la mente ni el cálculo de ningun hombre, como asienta el M. Florez, que refiere el admirable suceso de esta manera:

«Ocupaba el trono del reino de Leon Fernando el *Grande*, y primero de Castilla, el cual, juntando con su ánimo marcial una singular piedad para el culto de Dios y de sus Santos, quiso ennoblecer la córte de Leon con reliquias de Mártires; y sabiendo que en Sevilla se conservaba el cuerpo de la Vírgen y Mártir Santa *Justa*, trató con el Rey Benabeth que se le concediese. No mencionan las actas á su hermana Santa *Rufina*, acaso porque habiendo sido quemada no existia su cuerpo.

»Concedida por el bárbaro la licencia, envió el Rey católico á Sevilla al Obispo de Leon, llamado Alvito, el cual, acompañado de ORDOÑO, Obispo de Astorga, y del conde *Munio*, con una buena partida de soldados, propuso á Benabeth la embajada que los condujo á su córte; y aunque el moro reconoció la promesa que habia hecho al Rey D. Fernando, dificultó la consecucion, diciendo que ni él ni ninguno de los suyos les podia mostrar el cuerpo que buscaban: que hiciesen ellos las diligencias de su descubrimiento, y le llevasen si acaso le encontraban.

»Oida esta respuesta, y retirados de palacio nuestros Embajadores, habló el Obispo Alvito á sus compañeros de

esta forma: «Ya veis la dificultad del buen éxito en nues»tra espedicion. Los medios humanos no parece que pueden »conducirnos al deseado fin: así es necesario recurrir al »auxilio Divino, dedicándonos por tres dias á la oracion y »al ayuno, para ver si la Divina Majestad se digna revelar»nos el sitio en que se oculta el tesoro del sagrado cuerpo.» Todos aprobaron la propuesta, y cumplidos los tres dias en aquellos santos ejercicios, llegó la noche en que empezaba el cuarto, y Alvito, velando con instancia en la oracion, cedió al sueño, en que empezó á lograr el fruto de sus vigilias, pues se le apareció un venerable anciano, vestido de pontifical, que le habló así: «*Bien sé que tú y tus compañeros habeis venido aquí con deseo de llevaros el cuerpo de la Beatísima Vírgen Justa*: *pero aunque no es voluntad de Dios que esta ciudad quede desamparada del cuerpo de esta Vírgen, con todo eso tampoco quiere la Divina Bondad que os volvais vacíos, pues os concede mi cuerpo; y así, tomadle, y caminad seguros.* Preguntóle entonces el venerable Alvito quién era el que así le hablaba, y respondiendo: *Yo soy el Doctor de las Españas, Prelado de esta ciudad, Isidoro*, desapareció de su vista.

»Despertó Alvito, y gozoso con tan feliz anuncio, pidió á Dios fervorosamente que si la revelacion era del cielo, se le manifestase una y otra vez, y que si era puramente sueño, se desvaneciese. Estando meditando sobre esto se durmió, y se le apareció segunda vez el mismo Santo Doctor. Repitió la tercera, y en esta le declaró el sitio donde yacia su venerable cuerpo, hiriendo el suelo con el báculo que tenia en la mano, y diciendo: *Aquí, aquí, aquí encontrarás mi cuerpo: y para que no dudes si es alguna vana fantasía, te servirá de seña de la verdad el que luego que estraigas de la tierra mi cuerpo enfermarás, y dentro de poco te desprenderás del tuyo y vendrás á nosotros.*

»Asegurado ya Alvito de que era cosa de Dios, y con-

tento del fin de su destierro, habló por la mañana á los suyos, diciendo, que alabasen á Dios por la misericordia con que premiaba el trabajo de su viaje, pues aunque no era del beneplácito divino la traslacion del cuerpo de *Santa Justa*, no seria menor el tesoro que sacarian llevando consigo el cuerpo del beatísimo Isidoro, sobre lo cual les espuso lo que se ha referido, y todos adoraron la Divina bondad por tal favor, pasando luego á dar parte á Benabeth, que aunque infiel, conoció la fuerza de la mano de Dios, y bien afecto al que habia sido Pastor de aquella ciudad, les dijo: *Si os doy á Isidoro, ¿con qué me quedo yo?* No obstante, como no podia desairar á embajadores de tan gran Rey, les permitió que buscasen el cuerpo del glorioso Doctor, y como el negocio corria ya por cuenta de la divina Providencia, fácilmente se logró el espediente, pues buscando señales del sepulcro, hallaron otro nuevo prodigio de ver estampados en el suelo los vestigios de los tres golpes que el Santo dió con el báculo en la última aparicion, cuando dijo: *Aquí, aquí, aquí.*

»Descubierto el sagrado tesoro, fue tanta la fragancia de su cuerpo, que como si fuera una niebla de bálsamo, humedeció los cabellos y barba de todos los circunstantes con un rocío de olor superior al natural. La caja del sepulcro era de enebro; y al punto que se descubrió el venerable cuerpo, enfermó Alvito, segun le habia prevenido el Santo en la última aparicion, y al dia sétimo dió su alma al Criador. El Rey Benabeth tenia dispuesto un velo de seda de maravillosa hechura, y al tiempo de poner el sacratísimo cuerpo en la caja, le echó encima, no solo para gratificar al Rey D. Fernando con aquel obsequio, sino como en reverencia del Santo, pues ilustrado con superior instinto, dijo entre suspiros de lo íntimo del pecho: Te apartas de aquí, varon venerable, Isidoro; pero bien sabes que tu causa es la mia; por lo que te pido que me tengas presente.

Así lo testifica el historiador, como que lo oyó de los mismos que se hallaron presentes.»

Aumentando notablemente el afecto que el Rey D. Fernando profesaba al Santo Obispo ORDOÑO, por el esmero con que procuró complacerle en este encargo y por el cariñoso cuidado con que habia conducido tambien á Leon el cuerpo del Obispo Alvito, le hizo varias donaciones importantes, entre ellas el Monasterio de Santa Marta de Tera.

Terminados completamente todos los asuntos de la traslacion, colocado el cuerpo del Doctor San Isidoro en la iglesia de San Juan de Leon, en la misma en que tambien fue enterrado el Obispo Alvito, y despues de despedirse del Rey D. Fernando, partió SAN ORDOÑO para Astorga la antevíspera de Navidad del año 1063, dedicando los catorce meses que sobrevivió á esta fecha á proporcionar á sus diocesanos cuantos bienes corporales y espirituales le fue posible. Previno en su testamento que en lugar de la catedral, en donde se daba sepultura á los Obispos, se la dieran á su cadáver en la iglesia de Santa Marta de Tera, á cuya Santa tenia particular devocion, que sin duda quiso premiar la Santa alcanzando de Dios que en su dia 23 de febrero subiese al cielo ORDOÑO.

Con motivo de la obra que se hizo en la iglesia de Santa Marta, se abrió el sepulcro de ORDOÑO á los 675 años de haber sido colocado el Santo cadáver, el cual conservaba toda la figura corporal, aunque en cenizas, que al contacto dejaron la forma que presentaban, quedando solo los huesos: tambien se deshizo la mitra, que al abrir el sepulcro apareció en su exacta figura. El báculo y el anillo se conservaban perfectamente: el primero de una madera desconocida, y el segundo de oro, de una onza de peso, y con un camafeo en medio. Los huesos, metidos en un arca dorada, se depositaron en el oratorio de la misma iglesia.

DIA 24.

San Matías, Apóstol, *de Judea,* y San Modesto, Obispo, *Normando.*

DIA 25.

San Cesáreo, Confesor, *Francés,* y el

BEATO SEBASTIAN DE APARICIO, ESPAÑOL.

El dia 20 de enero de 1502 nació en la Gudiña, pueblo perteneciente á la provincia y obispado de Orense, SEBASTIAN DE APARICIO, hijo de Juan y Teresa del Prado, honrados vecinos de aquel pueblo. Su pobreza no les permitió dar á su hijo educacion, ni más instruccion que la doctrina cristiana, que ellos mismos le enseñaron, inculcando en su mente las virtuosas máximas que sus santas costumbres y pensamientos les inspiraban. Desde niño le dedicaron á guardar un pequeño rebaño, ocupacion que se adaptaba perfectamente á su gusto de soledad y retiro. Pasó algunos años sin más ocupacion que la de pastor, hasta que por consejo de sus parientes dejó á Galicia, y marchó á Castilla en busca de un amo á quien servir. Llegó á Salamanca, y entró de criado de una señora muy rica, viuda, jóven y hermosa, que, prendada de la buena figura y de la candidez de SEBASTIAN, se enamoró ciegamente de él, poniendo en terrible prueba la virtud del jóven sirviente, que deseoso de conservar su castidad huyó de la casa, triunfando del enemigo. Se dirigió á Estremadura, y en la ciudad de Zafra le tomó á su servicio un caballero llamado D. Pedro Figueroa; pero descontento al poco tiempo SEBASTIAN, se despidió de su amo, y marchó á Sanlúcar de Barrameda, entrando á servir en una casa, donde su virtud tuvo que vencer otra prueba tan fuerte como la de Sa-

lamanca; y comprendiendo que la vida del campo era la ménos ocasionada á peligros para la virtud, buscó acomodo de pastor, en cuyo ejercicio se constituyó por algun tiempo; pero la Providencia le queria en otra parte, y le inspiró el pensamiento de pasar al Nuevo-Mundo.

En el año de 1531, contando veinte y nueve de edad, se embarcó para Méjico, llegando felizmente á Veracruz. Para ganar la vida, se dedicó á domar novillos silvestres, que cogia en los bosques, y dedicaba á labrar la tierra y á conducir carretas, siendo SEBASTIAN el que en aquellos paises introdujo este género de trasporte, y la costumbre de utilizar ganado vacuno montaraz para la agricultura. Asociado á un carpintero, paisano suyo, que allá encontró, y á algunos otros españoles, emprendió la construccion de carretas en grande escala para el servicio de las minas de Zacatecas, especulacion en que ganó cuantiosas sumas. Para hacer más activo y beneficioso el tráfico, abrió caminos á través de los bosques y de las montañas, desde Méjico á Zacatecas y á la ciudad de los Angeles. Su inteligencia y actividad dió tal aumento á sus primeras ganancias, que á los pocos años era uno de los más ricos habitantes de Méjico, y el más querido, porque ninguno como él empleaba su fortuna en socorrer necesidades y proteger á los desgraciados. Ademas de las limosnas contínuas que hacia, pagaba las deudas de los pobres honrados, dotaba doncellas, suministraba diariamente todo lo necesario á gran número de ancianos é impedidos, y hacia préstamos de fuertes cantidades, sin interés ninguno, y á los labradores y artistas laboriosos que tenian alguna necesidad ó habian sufrido alguna desgracia. Su casa era el refugio de todos los menesterosos: ninguno salia sin consuelo, atendiendo, animando y tratando á todos como pudiera hacerlo el mas cariñoso padre. El Todopoderoso premiaba con larga mano su caridad, pues á pesar de las asombrosas

cantidades que diariamente empleaba en auxilios y limosnas de toda clase, cada dia aumentaban sus riquezas.

Para aquilatar mas su virtud y cristiana resignacion, le mandó el Señor una penosísima enfermedad, que le puso á las puertas de la muerte. Con angelical paciencia sufria los mas acerbos dolores, sin proferir una queja, y cuando le curaban las llagas producidas por los cauterios, decia: *Vaya todo por el Señor, que mas sufrió su Divina Majestad por nosotros.* Agravóse hasta el punto de ser desahuciado por los facultativos, que se vieron en la necesidad de aconsejarle que se dispusiera para morir, lo que verificó con la mas santa alegría, recibiendo todos los Sacramentos en su cabal conocimiento. Se despidió en seguida de los que le rodeaban, pidiéndoles perdon de cualquier ofensa que involuntariamente les hubiera hecho, y rogó que le dejasen solo. Se retiraron, aunque quedando al cuidado, para acudir en cuanto notasen alguna novedad: le oian rezar con el mayor fervor, notando sorprendidos que su voz se iba haciendo por momentos más clara é iba desapareciendo el sobrealiento y fatiga que hacia dias le venia dificultando la respiracion. Pasado un rato, entraron los amigos y los médicos, y encontraron todos al virtuoso SEBASTIAN tan estraordinariamente aliviado, que hubo muchos que vieron en aquella tan rápida y sorprendente mejoría un patente milagro del Altísimo. Con asombrosa rapidez convalecia, hallándose á las pocas semanas completamente restablecido.

La triste soledad en que se encontró durante la enfermedad, porque aunque bien asistido por sus amigos y criados, carecia de un pariente, de una persona allegada que emplease los solícitos cuidados que tanto consuelan en semejantes situaciones, le sugirió la idea de casarse, si encontraba una mujer virtuosa y casta que quisiera vivir con él con un trato y género de vida como de hermana á her-

mano, ó de hija á padre, y habiendo llegado á noticia de un honradísimo vecino de SEBASTIAN la determinacion de éste, le ofreció en matrimonio su hija, pobre de bienes de fortuna, pero inmensamente rica de virtudes. Sin titubear la aceptó SEBASTIAN, porque tenia anticipadas noticias de sus cualidades, y muy contento se unió á ella tratándola como hija y ella á él como padre, llamándole así todo el tiempo que vivió, que fue muy poco, pues acometida antes del año de casada de una fulminante enfermedad, falleció brevemente, con gran sentimiento de SEBASTIAN.

A los pocos meses de enviudar compró una magnífica posesion en Tlancphlantla, en donde se casó segunda vez en los propios términos que la primera. Cayó gravemente enfermo, y otorgó su testamento con muchas mandas piadosas, instituyendo heredera del resto de sus riquezas á su virtuosa esposa, declarándola vírgen tal cual la recibió de sus padres. El Señor se sirvió tambien esta vez devolverle la salud cuando ménos todos lo esperaban, llevándose en cambio, aunque despues de algunos años, á la segunda esposa, y volviendo SEBASTIAN á su estado de viudo.

Dedicose más que nunca al ejercicio de todas las virtudes, y deseoso de entregar por completo el resto de su vida al servicio de Dios, determinó entrar de lego en un convento, y despues de haber donado su inmensa fortuna á las monjas de Santa Clara de Méjico, ingresó en la Religion de San Francisco. Fuerte oposicion hicieron algunos Religiosos á que se le permitiese profesar, fundándose en la avanzada edad del novicio; pero el Señor, propicio á los ruegos de su amantísimo siervo, predispuso la mente de los Superiores, y con inefable alegría hizo SEBASTIAN su solemne profesion el dia 13 de junio de 1573, á los setenta y un años de edad. El Provincial lo destinó al convento de San Juan de Tecali, dedicándole á su primitivo oficio de carretero: de este convento pasó al de la ciudad de los Án-

geles con el cargo tambien de carretero, al que unió poco despues el de limosnero, que conservó hasta su muerte.

«Llegole, por fin, la última enfermedad con todos los aparatos de una muerte muy próxima, que conoció lleno de alegría el santo Religioso. Los continuos vómitos le impidieron recibir el Viático, y rogó á su Superior que á lo ménos le llevasen el Sacramento Eucarístico para adorarlo, á lo cual accedió el Superior, y fortalecido con la Santa Uncion, fija la vista en un Crucifijo que tenia en las manos, invocando el dulce nombre de Jesus, le entregó su pura alma el dia 25 de febrero del año 1600, á poco de cumplir los noventa y ocho años de su edad, y veinte y seis y cuatro meses de hábito.

»Fue enterrado en la capilla mayor de la iglesia del Convento de San Francisco de la ciudad de los Angeles, donde despues se visitó algunas veces el santo depósito, una en la noche del 19 de julio de 1600, otra en 29 de junio de 1602, y otra en 28 de abril de 1632, y en todas se tomaron auténticos testimonios de la incorrupcion y flexibilidad del cuerpo del siervo de Dios. Con esta justificacion se recurrió á la Santa Sede para tratar de su beatificacion, y examinados por la Sagrada Congregacion de Ritos sus virtudes, fueron declaradas en grado heróico por el Papa Clemente XIII; y aprobados algunos de los milagros del siervo de Dios por el Sumo Pontífice Pio VI, decretó finalmente su solemne beatificacion el dia 17 de mayo de 1789.»

SAN VALERIO, ABAD DE SAN PEDRO DE LOS MONTES, ESPAÑOL.

Todos los autores están conformes en reconocer á este Santo natural de la tierra de Astorga, pero sin fijar ningun pueblo de ella, ni tampoco le nombra el mismo Santo

en sus escritos al hablar de su patria. De su familia solo se sabe que tuvo un hermano llamado Montano, y este un hijo por nombre Juan, que con el tiempo vino á ser discípulo de su tio, retirándose del mundo y dejando á su mujer y á sus hijos.

La primera edad la dedicó VALERIO á las cosas y asuntos del mundo; pero pagándole muy mal, y hastiado de él, determinó cambiar su bullicio por el silencio, la diversion por la oracion y la penitencia, y pidió el hábito en el Monasterio de Compluto; pero no habiéndosele concedido, buscó soledad más remota del trato humano, y se fue á morar á la cima de una elevada roca, sita entre Astorga y el *Castro Petrense* ó Pedroso. En este sitio vivió algunos años dedicado á la mas rígida penitencia; mas á pesar de lo solitario del sitio, fue por fin descubierta su morada, conocidas sus virtudes y santidad, y comenzaron á concurrir fieles deseosos de oir las dulces palabras y consejos del Santo anacoreta. Trocóse la soledad en concurrencia y la necesidad y miseria en abundancia, pues todos los devotos le llevaban siempre algun presente que le dejaban, aunque él se oponia. La fama de santidad de VALERIO, y la veneracion con que le miraban y hablaban de él todos los habitantes de la comarca, escitaron la envidia de un presbítero llamado Flaino, que tenia á su cargo la iglesia de aquel distrito, el cual comenzó á visitar frecuentemente el retiro de VALERIO, no para honrar á éste, sino para exasperarle con malos tratamientos y atormentarle por cuantos medios estaban á su alcance. Crecieron tanto las dañadas acciones de Flaino con la prudencia y paciencia del ermitaño VALERIO, que determinó éste quitar la ocasion de las mayores que preveia, retirándose á otro sitio, y eligió uno en medio de lo más áspero de las montañas del Bierzo, en donde vivió en paz é ignorado por algun tiempo dedicado á la penitencia, á la contemplacion y á escribir

parte de las obras que dejó para enseñanza y edificacion de los fieles.

Supo Flaino el retiro de VALERIO, fue á él, le maltrató de palabra y obra, le quitó unos libros que habia escrito tratando de la *Ley del Señor y Triunfos de los Santos*, y no contento con ello, escitó contra el Santo la saña de unos ladrones que merodeaban por aquella comarca, y que muchas veces le golpearon, dejándole casi espirante.

Noticiosos de esto los fieles devotos que tanto le veneraban en su primer retiro, fueron en su busca, y le llevaron á un sitio llamado Evonauto, dándole colocacion en una pequeña iglesia. Pertenecia aquel terreno á un ilustre y opulento caballero llamado Ricimiro, que formó el proyecto de edificar allí un templo dotado con grandes rentas, en el cual sirviese de presbitero VALERIO. Se demolió al efecto la pequeña iglesia que allí habia, y se dió principio á la construccion del templo; pero apenas mediada esta, falleció de repente Ricimiro, produciendo su muerte un gran trastorno en los asuntos de su casa. Los herederos concluyeron el templo, y aunque dieron colocacion en él á VALERIO, fue muy secundaria, poniendo al frente á uno muy mal mirado de las personas devotas y buenas cristianas: á un clérigo del cual se lee en la *España Sagrada* lo siguiente:

«Indignisimo, no solo del Orden Sagrado, sino del nombre que tenia de *Justo*; pequeño de cuerpo, grande en maldades; negro como la pez en lo esterior, más que el cuervo, en el alma; chocarrero, disoluto, sin más mérito que el de saber tocar un instrumento, con que de casa en casa, con chistes, gestos y cantinelas impuras se hizo célebre en lo que no debia.»

A tal sugeto nombraron cura y jefe de aquella iglesia los herederos de Ricimiro, é innecesario es decir cuán lejos

tenian que estar las opiniones de VALERIO de las de Justo en la apreciacion de toda clase de negocios. VALERIO callaba y sufria; pero como sus virtudes eran una constante acusacion de las maldades y vicios de Justo, le tomó este tal rabiosa enemistad, que sin cesar le vejaba y oprimia de cuantas maneras le era posible. Á estos disgustos y trabajos se le unió otro nuevo al paciente y SANTO VALERIO: el Rey confiscó los bienes de los herederos de Ricimiro, y encarceló á estos, quedando, por consiguiente, arruinada la fundacion, y VALERIO sin recurso para subsistir cuando mas falta le hacia, porque los trabajos que llevaba pasados durante veinte años tenian muy quebrantadas sus fuerzas. Pero fortalecido su cuerpo con el santo valor de su espíritu, muy lejos de buscar recursos para pasar ménos dura y necesitada vida marchó á la soledad de los montes del Bierzo, inmediato al castillo de Rupiana, al sitio en que comenzó á labrar un santo retiro el célebre San Fructuoso. En la misma celda que edificó y ocupó este Santo fijó su residencia VALERIO, resuelto á concluir allí sus dias.

Quieto y tranquilo le dejaron por bastante tiempo en este retiro los hombres; pero, como dejó escrito el mismo Santo, envidioso Satanás de su apacible vida, conjuró contra su fé y su virtud á su ejército infernal, y comenzó á combatir su constancia con las más fuertes tentaciones. Viendo el ángel maldito que las escenas tentadoras que presentaba á la imaginacion y á la vista de VALERIO, en lugar de vencerle aquilataban más su heróica virtud, renunció á imágenes seductoras, y formó el proyecto de vencerle aterrándole y atormentándole. En cuanto se ponia en oracion, infestaba el recinto con los olores más nauseabundos é insoportables; producia ruidos espantosos, truenos, bramidos, ayes y gemidos en el aire; temblores de tierra tan violentos, que los peñascos, chocando unos contra otros, se convertian parte en tierra, parte en pequeños trozos que

volaban á grandes distancias. La lobreguez de la noche aumentaba el pavor que imponian semejantes escenas: la soledad aumentaba el desconsuelo; pero firme, de rodillas ante un Crucifijo, el Santo VALERIO, en su oscilante celda, que á cada momento amenazaba sepultarle entre sus ruinas, imploraba la gracia y auxilio del Todopoderoso, diciendo á Satanás: *Apártate, malvado: ¿cómo intentas arruinar mi casilla?*

Compadeciéndose el Señor de las angustias y desamparo en que vivia su amantísimo y anciano siervo, le envió un virtuoso jóven que, con gran vocacion al retiro y á la vida penitente, pidió á SAN VALERIO que le recibiese en su compañía como servidor y discípulo. Con gran alegria recibió el Santo al jóven, llamado Juan, dando infinitas gracias á Dios porque le enviaba un consuelo y báculo en su trabajada vejez; pero Lucifer no cejaba en su propósito de concluir con la paciencia del Santo y continuaba mortificándole sin cesar de mil maneras, hasta infestando su celda de tan asombroso número de pulgas que cubrian completamente el suelo y las paredes, y bebian la sangre del paciente anciano, al punto de hacer sumamente peligroso su estado por estenuacion é inflamacion de la piel. El discípulo Juan hizo cesar esta plaga por haber tenido la feliz idea de rociar la celda con agua bendita.

Pero en cambio de estas tribulaciones el Señor no se olvidaba de su fiel servidor, y con repetidos castigos á los que servian de instrumentos de Satanás, manifestaba el amor con que Dios mira siempre á los suyos.

Comenzaron los fieles á socorrerle, y un noble señor de la comarca, llamado Basiliano, le regaló un caballo para el acarreo de leñas, tierra y piedra, porque, ayudado por su discípulo Juan y un Monge que se le unió y falleció al poco tiempo, iba VALERIO arreglando poco á poco aquella morada santa, que tan gran celebridad tuvo despues.

Inspirados por el enemigo los padres de Juan, determinaron ir en su busca y llevársele á su casa á él y al caballo de que se servia. Puestos de acecho, no tardaron en ver á su hijo que iba con el caballo á recoger leña, y llegándose á él le obligaron á regresar á su casa, y como ellos estaban montados, obligaron á su hijo á que lo hiciese y que echára delante; pero así que montó salió el caballo á escape dirigiéndose á la casa de su amo Basiliano, á la que llegó con Juan sin que éste le pudiera haber dirigido, porque no la conocia. Refirió Juan el suceso al caballero, y éste le mandó volverse con VALERIO, y él fue al siguiente dia á llevarle el caballo, con el que se quedó por de pronto.

«Castigó Dios la injusta voluntad de los padres de Juan con el hecho, no solo de que volviesen vacíos á su casa, sino de que hallasen apedreados sus frutos: y como volviesen á labrar la hacienda para resarcir los daños, vinieron unos ladrones que les robaron los bueyes. Así quedaron privados de bienes propios los que apetecian los ajenos, gimiendo en la desnudez, hambre y miserias.»

El mismo caballero Basiliano regaló poco despues otro caballo á SAN VALERIO, y estando una mañana trabados los dos caballos paciendo al lado de un inmenso precipicio, inspiró Satanás la idea á un enemigo de SAN VALERIO de despeñar los maniatados é inofensivos animales, para dejar sin aquella ayuda al Santo. Hízolo efectivamente, y cuando por la fragosidad del terreno y la espantosa profundidad parecia indispensable que los caballos llegasen en pedazos al fondo, no sufrieron daño alguno, saliendo ilesos y sin la menor señal del golpe. Estos admirables sucesos irritaban á los enemigos del virtuoso anciano; pero le proporcionaban servidores que admirando la proteccion divina se amparaban á ella, cambiando por la santa vida

del rétiro y la soledad los goces y bullicio del mundo. De este número fue uno del cual debemos hacer especial y mas detallada mencion.

Era un Presbítero llamado Saturnino, jóven de santas costumbres y devota y penitente vida, á quien Dios amonestó varias veces en sueños para que fuese á buscar y acompañar á VALERIO.

«Vió Saturnino debajo del Monasterio de San Pedro de los Montes, comenzado á edificar, como queda dicho, por San Fructuoso, y continuado por SAN VALERIO y sus discípulos, la roca donde solia orar San Fructuoso, señalada con una cruz, y propuso á su maestro VALERIO labrar allí un Oratorio. No fue por de pronto de la aprobacion del Santo el proyecto de Saturnino, por parecerle incómodo el sitio, y por carecer de recursos para la obra; pero accedió luego por haberle Dios revelado en sueños que era de su agrado el proyecto; y con el auxilio de muchos buenos cristianos, á quienes se apeló, fue construida una pequeña iglesia, con el nombre de Santa Cruz y San Pantaleon. En ella ofrecia Saturnino á Dios diarios sacrificios, con tanta fé y devocion, que mereció recibir del cielo señaladas muestras de que le eran aceptos. Más (segun escribe el M. Enrique Florez), para confusion de la soberbia humana, permitió Dios que este cedro cayese, royéndole la raiz el espíritu de la envidia y vanagloria. Pareciole que, retirándose del Maestro, seria toda la fama del discípulo, y que á él, viviendo solo, le tributaria el vulgo más aplauso. No estrañes ya la ruina si falta el cimiento de la humildad. Cerróse con este fin en un sitio muy estrecho, junto á la iglesia que habia hecho debajo del Monasterio, sin salir de aquella cárcel más que para los Oficios Divinos del dia y de la noche, y muchas veces para decir Misa. Esta separacion del lado de VALERIO la dispuso el enemigo, para que como

oveja apartada del pastor pudiese hacer presa mas segura, como en efecto sucedió, pues estando allí algun tiempo, le acometió con tal furor de angustias, que ni de dia ni de noche le permitia un breve espacio de quietud, yendo y volviendo del Convento sin parar. Vencido, en fin, malamente, cogió de noche un burro, que servia á la Comunidad, y cargándole con unos libros que SAN VALERIO habia escrito, y otras cosas que dió á la iglesia, se fue donde el enemigo quiso, sin que sepamos el fin, pues el Santo solo dice que le llevó cautivo el enemigo.

»A esta pena se le juntó otra á SAN VALERIO, pues aquel Juan, su discípulo, estando orando delante del altar de su Monasterio, fue cruelmente degollado por un rústico instigado del enemigo.

»Pero la Divina Piedad, que nunca se olvida de los suyos, proveyó de nuevo consuelo al Santo, enviándole desde el lugar donde nació un sobrino llamado Juan, hijo de su hermano Montano. El sobrino servia al Rey; tenia mujer é hijos; pero dejándolo todo por amor del que es sobre todo, resolvió irse al desierto con el tio, siguiéndole un criado que se llamaba Evagrio.»

Con el sobrino parece que Dios envió al resignado y Santo VALERIO la tranquilidad al ánimo y la prosperidad al Monasterio, pues desde aquella fecha todo fueron satisfacciones. El Rey, los Obispos é innumerables fieles, contribuyeron al engrandecimiento de aquel santo lugar, que fue convertido en uno de los más pintorescos y deliciosos de España.

Cargado por fin de merecimientos, y despues de cuarenta y dos años de vida solitaria y monacal, murió hallándose de Abad, el dia 25 de febrero del año 695, siendo sepultado en el propio Monasterio.

Dejó varios escritos, algunos de los cuales se conservan

en la Santa Iglesia de Oviedo. Los más notables son una carta á los Monges del Bierzo, la Vida de San Fructuoso, la de una Religiosa llamada Equeria, la historia del Abad Donadeo; los milagros y revelaciones de los Monges Máximo y Bonelo, y de un criado de San Fructuoso.

DIA 26.

San Alejandro, Obispo de Alejandria, *Egipcio.*

DIA 27.

San Baldomero, Confesor, *Francés.*

DIA 28.

San Roman, Abad y Fundador, *Francés*; San Macario, *Romano,* y compañeros Mártires.

MES DE MARZO.

(Por D. Eustaquio María de Nenclares) (1).

DIA 1.

El Santo Angel de la Guarda, y

SAN ROSENDO, OBISPO Y CONFESOR, ESPAÑOL.

Desconsolados vivian en medio de su opulencia y sus honores en su casa solariega, sita en el pueblo de Valdesalas, perteneciente al reino de Leon y Asturias, en el año de 906, el conde D. Gutierrez Arias y su esposa Doña Aldara, por no tener heredero de su nombre y de sus bienes, pues aunque habia dado á luz la condesa algunos hijos, morian al momento de nacer, sin haber podido recibir algunos ni el agua del bautismo. De contínuo pedian á Dios los dos esposos que les concediese un hijo con robustez y dilatada vida, y mil ofrendas rendian á la Vir-

(1) Al anunciar esta obra se dijo que el mes de marzo estaba encargado á don José Gutierrez Andrés: así era en efecto; pero circunstancias independientes de su voluntad le impidieron escribirle, y lo ha verificado el Director de la obra y Redactor de los meses anteriores.

gen y á los Santos para que intercediesen con el Supremo Hacedor y alcanzasen la gracia que tanto deseaban.

Hallábase en los principios de un embarazo la condesa cuando su marido pasó á Coimbra por órden del Rey Don Alfonso III, el Grande, á ponerse al frente del ejército, y obligar á los moros á levantar el sitio que tenian puesto á aquella plaza, perteneciente entonces al reino de Leon y Asturias, y Aldara, aprovechándose de la ausencia de su marido, que aunque muy fervoroso cristiano, contenia á su mujer en los tormentos y penitencias que hacia de continuo, por temor de que perdiera la salud, se entregó más de lleno á la penitencia, multiplicando sus oraciones y tormentos para alcanzar del Señor el consuelo de tener un hijo con larga vida. A dos millas distante de su morada habia en lo alto del monte una iglesia dedicada al Salvador, á la cual iba con frecuencia Aldara, sola, descalza y rezando fervorosamente. A poco de llegar un dia á la iglesia, fatigada del camino, se quedó dormida postrada delante del altar, y vió en sueños un ángel, que consoló su pena asegurándola que el Señor habia oido benigno sus súplicas, y que el hijo que daria á luz seria muy estimado de los hombres y de mucho mérito para con Dios. Despertó Aldara, y embargada de alegría dió las más espresivas gracias al Todopoderoso por la merced que le dispensaba, y regresó á su casa, avisando inmediatamente al conde su marido rogándole que hiciera lo posible por regresar á su lado lo antes que pudiera.

En reconocimiento de la merced que Dios le concedió, trató Aldara de contribuir en algo al aumento del divino culto, y al efecto dispuso que inmediatamente y sin levantar mano se construyese una iglesia entre el pueblo de Valdesalas y el cerro donde estaba la del Salvador, la cual fue dedicada á San Miguel y los Santos Angeles.

Regresó el conde al lado de su mujer, y ambos se dedi-

caron á los más fervorosos ejercicios en accion de gracias al Supremo Hacedor, y el dia 26 de noviembre del propio año de 906 dió Aldara á luz un hermoso y robusto niño lleno de vida y de salud. Por convenio general y unánime de los padres y parientes se determinó que el tierno infante fuese bautizado en la Iglesia del Salvador, en la cual habia tenido Aldara la revelacion. No teniendo pila bautismal aquel templo, determinaron llevar una fuente de piedra, y hallada que fue, se colocó en un carro y se emprendió el camino del monte; pero al llegar cerca de la Iglesia edificada á costa de la condesa Aldara, se rompió el carro con el peso y fue á tierra la fuente. Mientras los criados se disponian á ir en busca de otro carro más fuerte, entraron en la iglesia de San Miguel y de los Santos Angeles algunas de las personas que iban para ayudar y presenciar la colocacion de la fuente, y vieron con el mayor asombro que en la iglesia de San Miguel y los Santos Angeles habia pila bautismal, colocada por providencia divina, pues nadie la habia llevado allí. Este milagroso suceso persuadió á todos de que la voluntad del Señor era que allí recibiese el bautismo el tierno niño, y así se verificó, recibiendo el nombre de ROSENDO. Con grandes regocijos y abundantes limosnas á los pobres se celebró el nacimiento; funcion y socorros que no solo repetian todos los años los condes mientras vivieron, sino que despues de muertos continuó ROSENDO en obsequio á sus padres, y cuando él murió, á los 70 años de edad, dejó dispuesto en su testamento que celebrasen aquel dia los Monges, con funcion de Iglesia y particulares limosnas á los pobres.

Desde niño muy tierno manifestó ROSENDO bellísimo carácter, piadosas y santas inclinaciones, suma prudencia y gran disposicion para las letras, á lo que unia una constante aplicacion. Adelantó, pues, tanto en sus estudios, é

hizo tan rápidos y admirables progresos en las letras humanas y divinas, que entrado solo en la primera juventud, era ya célebre su nombre en todo el reino. «Llegó á estar vacante á esta sazon el Obispado de Dumio, y el clero y el pueblo, de comun acuerdo, viendo que tenian en aquel jóven un espejo de todas las virtudes, no se detuvieron en elegirle por su Obispo, sin embargo de que apenas habia cumplido los diez y ocho años de edad, cosa de que se hallan pocos ejemplares en la historia de la Iglesia. Rehusó con todas sus fuerzas el Santo mancebo el admitir una dignidad de que él mismo se publicaba indigno; y no le hubieran rendido á ello las reiteradas instancias que le hacia el clero y el pueblo, á no haber tenido revelacion de que era voluntad de Dios que lo aceptase.»

Con el tino y prudencia de la ancianidad más sabia, dictaba sorprendentes y acertadas providencias encaminadas todas al buen arreglo del clero y á moralizar las costumbres del pueblo, corrigiendo con la mayor afabilidad y dulzura los abusos y faltas que observaba, y haciéndose dia por dia más querido de todos los habitantes de su dióccesi. Visitaba constantemente á los pobres llevándoles auxilios y consuelos para el alma y el cuerpo: aumentó el culto reedificando muchos templos arruinados, construyendo y dotando otros muchos, y con un celo admirable y pasmosa actividad, se hallaba siempre donde su prudencia y caridad era necesaria al prójimo.

Su amor á éste y al Supremo Hacedor le obligaban á continuar en el cargo para que unánimemente habia sido elegido, pues sus constantes deseos eran dedicarse á la penitencia y á la oracion en la soledad y el retiro. Pedia al Señor de todas veras que con su infinita sabiduría dispusiera las cosas de manera que sin que se siguiesen perjuicios al servicio del Obispado, le concediese vivir apartado de la sociedad, en santa y contemplativa vida. Orando

un dia le reveló el Señor su voluntad de que edificase un Monasterio, al cual se retiraria más adelante, para hacer vida solitaria y penitente con otros Monges, y lleno de gozo por esta revelacion, eligió inmediatamente un sitio á propósito en el que se dió principio á la construccion del Monasterio que lleva el célebre nombre de Celanova. Durante los ocho años que se emplearon en su construccion, y deseando ensayar y gozarse en la vida monástica, se retiraba á temporadas, alternando, á algunos de los Monasterios ya existentes, creacion suya varios de ellos, y en compañía de los Monges pasaba con el mayor placer el tiempo en ejercicios santos y espirituales.

Como sus estancias temporales en todos los Monasterios de la diócesi le habian proporcionado el conocimiento de los Monges más virtuosos y perfectos, los llamó para que formasen la primera Comunidad del de Celanova así que estuvo concluido, dando el cargo de Abad al renombrado y santo Franquila, que desempeñaba á la sazon igual cargo en el Monasterio de San Estéban. Con tan buena base, tan buen Superior, y el ejemplo constante del Obispo ROSENDO, que con la mayor alegría y gusto se ocupaba en los mas humildes servicios de los demas Monges, fue el Monasterio de Celanova el modelo de los retiros religiosos de aquel tiempo. Pero considerando el Señor más necesario, sin duda, al virtuoso y sábio ROSENDO en otra parte, le sacó de aquel retiro, que dejó el Santo con gran sentimiento, aunque resignado y conforme como siempre con la voluntad del Todopoderoso.

«Ocupaba á la sazon la Silla episcopal de Compostela Sisnando, hombre entregado al juego y á diversiones vanas é impropias de su dignidad y carácter, y ademas olvidado enteramente del cuidado de su rebaño, por cuya causa era ya aborrecido, no solo del Rey, sino de los grandes y del

pueblo, y especialmente de los mismos sacerdotes, que no podian mirar con indiferencia una conducta semejante en su Prelado.»

Ademas de los vicios, tenia Sisnando un carácter duro y orgulloso, y confiado en su nobleza como hijo que era del conde D. Mendo, creyendo que á su voz se le reunirian defensores en número suficiente hasta para contrarestar las fuerzas del Soberano, no hizo el menor caso de las diferentes, amonestaciones y hasta terminantes reprensiones de éste.

Pero cansado de escándalos el Rey D. Sancho I, que á la sazon ocupaba el trono de Leon, destituyó del cargo á Sisnando y le mandó encerrar en una prision. La opinion general y la voluntad de D. Sancho señalaron en seguida á ROSENDO para ocupar la importante Sede de Compostela, y corregir el cúmulo de abusos que habian introducido el abandono, malas costumbres y vicios de Sisnando. Cuantas razones adujo ROSENDO para no aceptar el Obispado fueron completamente ineficaces para vencer el empeño del Rey, del clero y del pueblo, y tuvo que tomar posesion de la Silla. Muy pronto revivió la fé en la diócesi, y volvieron las costumbres al estado normal de pureza que siempre distinguió á aquel territorio de España.

Aprovechando los normandos la ausencia del Rey Don Sancho, invadieron la Galicia al mismo tiempo que los moros hacian mil estragos en ella por la parte que confina con Portugal; y viendo ROSENDO que si no se hacia un supremo esfuerzo para contener á ambos enemigos iba á ser completamente desolado el reino, confiando en la proteccion divina reunió un pequeño ejército, y poniéndose al frente de él, salió animoso al encuentro de los invasores. Derrotó completamente á los normandos, é hizo huir á los moros hasta más allá de sus fronteras, y volvió triunfante á Com-

postela, donde fue recibido con un entusiasmo imposible de pintar; pero lejos de envanecerse con tales triunfos, rogaba humildemente á todos que fueran á los templos y que allí dieran las gracias al Señor, que era el solo que habia conseguido y dispuesto la victoria.

Al poco tiempo de esta murió el Rey D. Sancho, y rompiendo las cadenas el ex-Obispo Sisnando, salió de la prision, y en la misma noche, que fue la de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo del año 967, entró armado con otros en la habitacion de ROSENDO, que se hallaba en la cama, y amenazándole con la espada desnuda le mandó dejar inmediatamente el lecho, la casa y la ciudad, pues él iba á hacerse cargo desde aquel momento del Obispado que le pertenecia. Vistióse ROSENDO, y dejó la estancia pero despues de haber reprendido á Sisnando, profetizando con graves y repetidas espresiones que tendria un fin desastroso si no volvia arrepentido sus ojos al cielo y moralizaba sus costumbres. Y el pronóstico se realizó, pues al poco tiempo los normandos, con su Rey Gunderedo al frente, invadieron la Galicia, llegando hasta Compostela, y en la calle, y cerca de la casa de la que echó á ROSENDO, murió Sisnando degollado por los normandos.

El Obispo SAN ROSENDO se acogió por de pronto al Monasterio de San Juan de Cabero, fundacion tambien suya, en un delicioso valle inmediato á Mondoñedo; pero estuvo poco tiempo en él, pasando á su predilecto y querido de Celanova, en el cual todavía continuaba de Abad el virtuoso Franquila. De manos de este recibió la cogulla de San Benito, y profesó su santa Regla, cosa bastante comun por aquella época, en que se vieron muchos Obispos tomar hábito y profesar en diferentes Religiones.

Contento cual nunca lo habia estado pasaba la vida ROSENDO dedicado á la penitencia y á la oracion, y atendiendo á los trabajos y necesidades de la Comunidad, como

el último de los Monges, y como si jamás se hubiera visto honrado con dignidad de especie alguna.

Anunció su próxima muerte al Abad Franquila, la cual reveló el Señor á SAN ROSENDO de una manera enigmática y prodigiosa. Estando en coro la Comunidad, vió ROSENDO que una hermosa paloma blanca entraba y salia de la boca del Abad Franquila, mientras recitaba los cánticos sagrados. Esta paloma representaba el alma del Abad, próxima á dejar el cuerpo. ROSENDO se lo manifestó así á Franquila, el cual se dispuso á bien morir, concluyendo efectivamente sus dias á los muy pocos del aviso. Fue elegido SAN ROSENDO para suceder á Franquila, desempeñando el cargo de Superior con la misma dulzura que siempre empleó para mandar, y captándose el amor de todos sus subordinados.

Pasó á Portugal á visitar á su parienta Santa Senorina, que se hallaba entonces de Abadesa del Monasterio de Vieira, la que le recibió con la mayor alegria y el más tierno afecto. «Hallábanse un dia conversando sobre cosas del espíritu, y sucedió que viéndolos dos albañiles que trabajaban en un tejado del Monasterio, hicieron mal juicio de los Santos; pero al punto se apoderó de ellos el demonio, y los precipitó del tejado, de manera que murieron hechos pedazos miserablemente. Acudieron algunos á ver aquella desgracia, y aunque atónitos de lo que habia sucedido, tomaron los cadáveres y los pusieron en la iglesia. Rogaban todos, y con especialidad Santa Senorina á ROSENDO que pidiese á Dios por ellos, y á instancias suyas se fue á la iglesia é hizo oracion á Dios, y luego pidió aceite bendito, con el que ungió en forma de cruz los ojos y la boca de los difuntos, y con grande confianza en la misericordia del Señor, les dijo en alta voz: «En el nombre de la »Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, levan»taos sanos y libres del sueño de la muerte.» Y al punto

se levantaron sanos y libres, no solo de la muerte, sino del demonio, y todos dieron infinitas gracias á Dios por tan estupenda maravilla como la que habian presenciado.»

Regresó á su Monasterio de Celanova, y al poco tiempo, estando una noche en oracion, le reveló el Señor su última hora, y al dia siguiente reunió á los Monges y les dijo: «Ya, hermanos mios, voy á salir de este destierro, y de los peligros de la cárcel de este cuerpo miserable. Déjoos este Monasterio con sus rentas y heredades enteramente libres, para que como hasta aquí vivais en el santo servicio del Señor. Mándoos que siempre recibais en él, en cuanto lo permitan sus facultades, á cuantos quieran profesar esta santa vida, sean siervos ó libres, nobles ó plebeyos, y de cualquiera nacion que fueren; porque no se agrada Dios de la nobleza del linage, sino de la contricion del corazon y de la perfecta obediencia.» Agravose de los achaques y dolencias que venia padeciendo, y habiendo corrido la nueva acudió al Monasterio casi todo el clero con el Obispo de Compostela, y muchos nobles, entre los cuales contaba algunos parientes. Con la más profunda devocion recibió los Santos Sacramentos, y viendo que todos lloraban su muerte y lamentaban la falta que de sus sabios consejos iban á esperimentar, vertiendo él tambien copiosas lágrimas de agradecimiento por el cariño que todos á porfía le demostraban, les dijo: «Confiad, hijos y señores mios, y colocad en el Señor vuestra esperanza, que no he de dejaros huérfanos. En primer lugar, os encomiendo á Dios, mi Criador, y á mi Señor Jesucristo, para el cual os he juntado aquí, y por cuyo amor edifiqué este Monasterio. Encomiéndoos tambien al Rey que fuere ungido en la ciudad de Leon, para que os proteja y os defienda. Y os nombro por Abad á Mamilano, mi padre, y tambien mi hijo espiritual. Tened, pues, entendido que yo os ayudaré siempre, y protegeré este Monasterio, y le defenderé de los malhechores.» Acaba-

das estas palabras, elevó la mirada al cielo, y con rostro consolado y complacido exhaló el último aliento á los setenta años de edad, el jueves primero de marzo del año del Señor 976. En el mismo dia y á la misma hora vió en Portugal, en su Convento de Vieira, la Abadesa Santa Senorina que los ángeles, entonando himnos y cánticos de alegría, subian al cielo el alma de su pariente SAN ROSENDO. El santo cuerpo fue sepultado sin pompa ni ostentacion, respetando lo que habia dejado prevenido, junto á la iglesia de San Pedro, escediéndose los Monges de la voluntad postrera del Santo tan solo en colocar su cadáver en una urna de piedra en lugar de sepultarle en la tierra, como mandó.

Hízose tan célebre en España y Portugal el sepulcro de SAN ROSENDO, por los milagros que Dios obraba ante él por la intercesion del Santo, que de pueblos muy distantes iban constantemente multitud de enfermos y desvalidos á buscar salud y consuelos en sus desgracias. Fue tambien á visitarle Jacinto Cordenell, de la Santa Romana Iglesia, legado apostólico, y habiendo sido testigo de varios milagros, y despues de consultar con diferentes Obispos que le acompañaban, y haber hecho un diligente exámen de la vida del Prelado ROSENDO, le declaró bienaventurado, y dispuso se trasladase el santo cuerpo á un precioso sepulcro que hizo colocar sobre cuatro columnas de mármol dentro de una capilla inmediata al claustro. Con la mayor solemnidad, júbilo y concurso de pueblo se verificó la traslacion, y habiendo despues ocupado la Silla de San Pedro dicho Cardenal Jacinto, con el nombre de Celestino III, puso al Obispo y Abad ROSENDO en el número de los Santos.

DIA 2.

San Lucio, Obispo, *Armenio.*

DIA 3.

San Emeterio y San Celedonio, Mártires, (1) y

SAN EMETERIO, MARTIR, ESPAÑOL.

Este Santo nació en el principado de Cataluña, en la parroquia de San Madi, cerca de Barcelona, y es más conocido por San Madi que por SAN EMETERIO, sin embargo de haber sido este su verdadero nombre; pero celebrándose su fiesta en este dia con gran pompa y concurso del pueblo en dicha parroquia, con la denominacion de la fiesta de San Madi, se aplicó vulgarmente al Santo el nombre de la iglesia en que se honraba su memoria.

Se ignoran sus ascendientes y la fecha de su nacimiento: solo se sabe que era un labrador medianamente acomodado, que tenia su casa y unas tierras próximas al camino de Barcelona, y que era buen cristiano, piadoso y sumamente caritativo.

Por los años del Señor 480, el cruel Rey godo Eurico sitió la ciudad de Tarragona, habitada entonces por romanos, y á pesar de la valerosa resistencia de estos, fue tomada por asalto, siendo pasados á cuchillo todos sus moradores. Era Eurico arriano como lo fueron todos los godos hasta la conversion al cristianismo del ilustre Recaredo en el año de 589, y como su índole sanguinaria no le permitia vivir á gusto sin derramar sangre, y no le quedaban romanos gentiles en quienes contentar su ferocidad, dedicó

(1) La biografía de estos Santos corresponde al Apéndice.

sus iras á la persecucion de los cristianos. Nombró un comisionado con el encargo especial de esterminarlos, y le previno que comenzara por pasar inmediatamente á Barcelona á apoderarse del Obispo, que lo era á la sazon San Severo, á le obligase á abjurar la religion católica, ó le matara si se negase á hacerlo. Súpose en Barcelona la feroz determinacion de Eurico, el nombramiento del digno comisionado, y la sentencia contra el Obispo; y todos los amigos de este fueron inmediatamente á suplicarle que saliera al punto de Barcelona. Se negó al principio el Santo, diciendo que al frente de su diócesi debia esperar el peligro, y perder la vida si necesario fuera; pero á fuerza de súplicas y reflexiones lograron que evitase el primer golpe, y procurara conservarse para enseñanza del pueblo y mayor bien de la cristiandad. Decidió, pues, salir de Barcelona, y eligió para retiro el castillo llamado Octaviano, situado donde despues se edificó el pueblo de San Cucufate. Solo y á pie emprendió el camino, y encontró á la orilla de este, sembrando habas en una de sus tierras, al cristiano EMETERIO, que dejando el trabajo fue inmediatamente á saludar respetuoso, y besar el anillo de su Santo Obispo, ofreciéndole cuanto tenia y cuantos socorros le pudiera proporcionar. Aunque sumamente reconocido el Obispo San Severo á la voluntad del labrador EMETERIO, nada quiso aceptar, y le encargó que si los soldados y satélites del tirano pasasen por allí, y preguntaban si le habia visto y sabia á dónde iba, que dijese completamente la verdad, sin ocultarles que marchaba á esperar la voluntad del Señor en el castillo Octaviano. Se despidieron los dos Santos, y al ir á continuar su faena EMETERIO, vió asombrado el milagro de que las habas que acababa de sembrar habian nacido y crecido estraordinariamente estando ya en flor. Hincándose de rodillas allí mismo, dió al Señor las mas fervorosas gracias por la anticipada y abundante cosecha que le



Sn EMETERIO

proporcionaba, rogándole al mismo tiempo que protegiese la vida de su Santo y querido Prelado.

No habiendo hallado en Barcelona el comisionado de Eurico al Obispo Severo, y habiéndole dicho que se habia fugado, aunque sin indicarle el punto á que se dirigia, mandó salir inmediatamente gente en su seguimiento por distintos caminos, y un grupo de soldados llegó á las tierras de EMETERIO cuando él todavía continuaba orando de rodillas. Le preguntaron los soldados que si habia visto al Obispo Severo, á lo que contestó afirmativamente, y habiéndole vuelto á preguntar cuánto tiempo hacia que habia pasado, y á dónde se dirigia, les respondió que pasó por allí cuando estaba sembrando las habas aquellas que veian en flor, y que se dirigia al castillo Octaviano. Como los soldados sabian que hacia muy poco que el Obispo habia salido de Barcelona, y EMETERIO les decia que pasó cuando estaba sembrando aquellas habas tan crecidas, creyeron que se burlaba de ellos, le golpearon cruelmente, le hicieron echar delante, y que les enseñase el camino del castillo, á donde llegaron y encontraron al Obispo. Condujeron á los dos Santos á un pueblo inmediato, al cual habia ido el comisionado de Eurico, y los mandaron que renegasen de su fé y adoptasen las creencias arrianas. Negáronse los dos, y en su virtud los azotaron cruelmente, poniéndolos en el más lamentable estado. Repitió el mandato el feroz satélite del tirano, y continuando constantes los dos Santos en la confesion de la fé, mandó á los verdugos que atravesasen la frente de San Severo con un grueso clavo, y que degollaran á SAN EMETERIO, lo que se ejecutó en seguida, descansando en el Señor los dos gloriosos Mártires el dia 6 de noviembre, del año del Nacimiento de Jesucristo 480, celebrándose la fiesta de SAN EMETERIO en este dia 3 de marzo, y la de San Severo en el dia del martirio.

DIA 4.

San Casimiro, Rey y Confesor, *Polaco.*

DIA 5.

San Eusebio, y compañeros Mártires (1).

DIA 6.

Santos Victor y Victoriano, Mártires, de *Oriente,* y Santa Coleta, Virgen, *Francesa.*

SAN OLEGARIO, OBISPO Y CONFESOR, ESPAÑOL.

SAN OLEGARIO ó San Oleguer, pues de ambas maneras le llama la historia, nació en Barcelona el año de 1060, siendo sus padres Oleguer y su esposa Gila, pertenecientes los dos á las más ilustres y acomodadas familias de aquella ciudad. Fue el niño de una hermosura notable y de condicion graciosa y alegre, aunque á medida que entraba en edad iba desapareciendo su jovialidad, reemplazándola un profundo juicio y modestia.

La desahogada posicion de que gozaban sus padres, les permitió rodear á su hijo de los maestros más aptos para trasmitir á la mente del niño las ciencias y las más sólidas bases de virtud, adelantando notablemente en uno y otro el jóven OLEGARIO, dando patentes muestras de lo grande que habia de ser en ciencia y santidad.

Desde muy jóven manifestó decidida vocacion al estado eclesiástico, y no queriendo sus piadosos padres contrariar su inclinacion, le ofrecieron al Señor y á la Ilustre Mártir Santa Eulalia, en la catedral de Santa Cruz, en favor de la cual hicieron donacion de una pingüe heredad que poseian

(1) La biografía de este Santo corresponde al Apéndice.

en el condado de Asura, ingresando OLEGARIO entre aquellos Canónigos á la edad de diez y siete años. «La vida ejemplar del nuevo canónigo, la inocencia de costumbres, su puntual asistencia al coro, y el grande amor que profesaba al retiro, le granjearon el cariño y aun la veneracion de todos, de tal modo, que fue muy pronto nombrado Paborde de aquel cabildo, desempeñando su nuevo destino con tal gravedad, circunspeccion y sabiduría, que fue la admiracion de los seglares y el modelo de los eclesiásticos.»

No satisfaciendo, sin embargo, aquella vida al jóven OLEGARIO, y deseoso de apartarse más del contacto del siglo, se retiró al Monasterio de San Adrian, que acababa de fundar D. Beltran, Obispo de Barcelona, para Canónigos Regulares de San Agustin. Sus sublimes virtudes, su prudencia y sus vastos conocimientos en tan corta edad fueron bien pronto la admiración de todos los Monges, y habiendo muerto el Prior fue nombrado por unanimidad para cubrir la vacante. La nueva posicion, muy lejos de enorgullecerle, aumentó su fervor y su celo para escitar á los Canónigos al más perfecto servicio de Dios y observancia de la Regla.

Habia pasado D. Raimundo Berenguer, conde de Barcelona, primero de este nombre, á las Islas Baleares, á hacer la guerra á los moros, y habia marchado en su compañía el Obispo de Barcelona, D. Raimundo, que ejercia el cargo de legado apostólico del Papa Pascual II en aquella cruzada. Las fatigas del campamento resintieron la quebrantada salud del Obispo, y despues de una penosa enfermedad, dejó de existir, con notable sentimiento del Rey y de toda la córte, de quienes era muy apreciado por sus relevantes prendas. Procediose por el clero y el pueblo á las preces, rogativas y ayunos que se acostumbraban entonces para pedir á Dios acierto en la eleccion de Obispo, y por divina inspiracion fue designado OLEGARIO. Tan grata como fue

á los condes, á todo el clero, á los grandes y al pueblo la eleccion, fue desagradable al elegido; y considerando que su oposicion no seria bastante, y que á la fuerza le harian aceptar el Obispado, se salió del Monasterio en el silencio de la noche, y huyó á Francia. Grande fue el sentimiento que á todos causó la fuga de OLEGARIO, y teniendo determinado el conde de Barcelona visitar los Santos Lugares, apresuró la partida para ir al mismo tiempo á Roma, pedir al Papa nuevo legado, y que obligase á OLEGARIO á admitir el Obispado. Su Santidad complació al conde, nombrando legado apostólico al Cardenal Boson, con encargo especial de averiguar el paradero de OLEGARIO, y consagrarle de Obispo. Súpose que se hallaba oculto en el Monasterio de San Rufo, é inmediatamente le mandó á llamar el Cardenal legado, y sin dar oidos á sus ruegos y súplicas le consagró, y le hizo tomar posesion de la Silla.

La dominacion de los moros en muchos pueblos del Principado, y el contacto preciso é indispensable de los vecinos de unos y otros, cristianos y moros, tenian muy relajadas las costumbres, y sin tregua ni descanso se dedicó á la predicacion de los preceptos del Evangelio, haciendo una detenida y prolija visita á los pueblos de la diócesi.

Hallábase en poder de los moros la ciudad de Tarragona, y determinó recobrarla el conde de Barcelona, Berenguer; y tanto para obtener un valeroso auxiliar al presente, como para dejar la ciudad, despues de tomada, en poder de quien supiera defenderla con prevision y valor cristiano, por donacion en forma, fecha 1.° de febrero de 1117, cedió la ciudad al Obispo de Barcelona, OLEGARIO, para sí y sus sucesores. OLEGARIO aceptó á condicion de que lo aprobase el Sumo Pontífice reinante á la sazon, Gelasio II, y para conocer la voluntad de este pasó á Roma. El Papa le recibió con la más distinguida amabilidad, apro-

bó la donacion, y le condecoró con el Pálio, insignia de los metropolitanos.

Regresó á Barcelona, y puestos de acuerdo el Conde y él, emprendieron la reconquista de Tarragona, de la que arrojaron á los moros, restableciendo en seguida la Iglesia católica, fortificando al mismo tiempo la ciudad para la defensa de sus moradores.

Murió el Papa Gelasio II, y le sucedió Calixto, tambien II, el cual convocó Concilio general, que fue el primero de Letran, con el principal objeto de tratar de la cruzada para la reconquista de Tierra Santa. OLEGARIO fue uno de los que concurrieron á este Concilio, é hizo presente en él que no era ménos conveniente y necesaria una cruzada en España que en Palestina, pues los moros estaban posesionados de una gran parte de ella, oprimiendo, vejando y atormentando de continuo á los cristianos, profanando los templos y escarneciendo las más veneradas imágenes. En vista de esta manifestacion del Obispo OLEGARIO, le nombró el Papa legado apostólico para disponer y favorecer espediciones contra los moros que ocupaban diferentes villas, entre ellas Lérida y Tortosa, todas las cuales volvieron á poder de los cristianos al poco tiempo de haber regresado de Roma OLEGARIO.

En el año de 1134, viendo los grandes abusos que se cometian en todos los ramos en el Principado de Cataluña, y considerando que el conde de Barcelona por sí solo no podia disponer lo necesario para atajar los males que abundantemente producian los abusos, le aconsejó que llamase Córtes generales, consejo que admitió en seguida el Conde, y á principios del siguiente año de 1135 se celebraron en Barcelona, siendo OLEGARIO el alma de ellas. Con respecto á lo eclesiástico, se determinó: «que en adelante no se atreviese alguno á violar la inmunidad eclesiástica á treinta pasos del lugar sagrado: que no se causase injuria

de modo alguno á las personas ni bienes de los clérigos: que se pagasen sin fraude los diezmos á Dios; y que se restituyesen á los Obispos las iglesias usurpadas, con todas las posesiones y derechos pertenecientes á ellas.» El primero que procedió á la restitucion fue el conde de Barcelona, cuyo ejemplo siguieron todos los señores del Principado.

Tiempo hacia que deseaba OLEGARIO emprender un viaje á Jerusalen, que habia ido retardando por dar cima y beneficiosa solucion á los asuntos del momento; pero arregladas las cosas tan satisfactoriamente despues de las Córtes, realizó su deseo marchando á Tierra Santa, donde fue muy obsequiado y considerado. A su regreso estableció en Cataluña el Orden de los Templarios, que se estendió despues por todo el reino. Por invitacion directa del Papa Inocencio II, sucesor de Calixto II, asistió al Concilio de Claramonte, y terminado dió la vuelta á su diócesi, dedicándose á la creacion de muchos monumentos que despues honraron notablemente su memoria.

En noviembré de 1136 reunió en Tarragona Sínodo diocesano. Al año siguiente celebró otro, y á los pocos dias, agotadas sus fuerzas físicas por los años y los trabajos, cayó en el lecho para no levantarse más. Con grande y santa resignacion sufrió los dolores de su penosa enfermedad: recibió con la humildad y piedad más edificante los Santos Sacramentos á presencia de los que habian asistido al Sínodo, y despues de despedirse tiernamente de todos y de darles su bendicion, descansó en el Señor el dia 5 de marzo del año de 1137, á los 76 de edad.

Su cuerpo fue trasladado á Barcelona y colocado en una capilla que se construyó en la catedral, costeada por sus fieles devotos, en un altar algo separado de la pared, por cuyo espacio se ve el santo cuerpo entero, á escepcion de un poco de carne que le falta en la cara.

DIA 7.

Las llagas del Divino Redentor, y Santo Tomás de Aquino, Doctor, *Italiano*.

DIA 8.

San Juan de Dios, Fundador, *Portugués*.

SAN JULIAN, ARZOBISPO DE TOLEDO, ESPAÑOL.

La imperial ciudad de Toledo tuvo la gloria de recibir á su llegada al mundo al glorioso Prelado SAN JULIAN, discípulo de San Eugenio III, á quien sucedió despues de San Ildefonso y de Quirico. Nada se sabe de sus ascendientes, y en la vida escrita por el Arzobispo Félix, inserta en el tomo V de la *España Sagrada*, apéndice VI, solo dice que fue bautizado y criado desde niño en la catedral, y que contrajo singular amistad con otro compañero llamado Gudila, á quien Félix elogia con título de *Santa memoria*, y llegó á ser Arcediano de la Santa Iglesia, firmando como tal en el Concilio XI de Toledo. Era tal la igualdad de ideas, sentimientos é inclinaciones de JULIAN y Gudila, que admiraba á todos, porque parecian completamente dos cabezas con una sola imaginacion, dos cuerpos con solo un alma. Y no se encuentra ni un solo escritor que se haya ocupado de la vida de SAN JULIAN, que no haga mencion de esta amistad é identidad de sentimientos, que solo por esta circunstancia merece la mencion, pues por lo demas en nada influyó en los sucesos de la vida de SAN JULIAN; solo en el profundo sentimiento que le causó la muerte de tan querido amigo, ocurrida el dia 8 de setiembre del año 679, octavo del reinado de Wamba, siendo enterrado en el Monasterio dedicado á San Félix.

Dando diario tributo de lágrimas á la memoria de su

querido amigo, continuó JULIAN desempeñando sus funciones eclesiásticas en la catedral de Toledo, y prestando cuantos auxilios espirituales y corporales podia á los pobres, desvalidos y enfermos, en cuyo consuelo y servicio ocupaba todo el tiempo que le quedaba libre despues de la asistencia á la iglesia.

A poco más de los cuatro meses de la muerte de Gudila falleció el Arzobispo Quirico, dejando vacante la Sede de Toledo; y para nadie fue dudoso el resultado de la eleccion de sucesor de Quirico, porque solo habia uno que reuniese en el más alto grado las dotes necesarias para no desmerecer de los Eugenios é Ildefonsos. En JULIAN solo brillaban claras y resplandecientes, y JULIAN fue el elegido con alegría y aplauso universal.

Gran número de páginas necesitaríamos emplear para seguir paso á paso los que él dió en la senda de la perfeccion y de la santidad, y consignar los gloriosos hechos que tan célebre hicieron su nombre, y tan querida y respetada su memoria; más para dar alguna idea de lo que fue, copiaremos lo dicho por su sucesor é historiador el Arzobispo Félix, ya citado. «JULIAN, dice, tan digno de las alabanzas de todos, como adornado de todas las virtudes, fue un varon lleno del temor de Dios, de gran prudencia y consejo, perfecto en la discrecion, prontisimo en el alivio de los miserables, compasivo en el socorro de los desgraciados, afectuoso en la intercesion por los desvalidos, diestro en el manejo y conclusion de los negocios, justo en las disposiciones jurídicas, suave en las sentencias, singular en sostener los derechos de la justicia, célebre y elocuente en las disputas, perpétuo y fervoroso en la oracion, admirable y constante en la asistencia á los Divinos Oficios, valiente en la defensa de la Iglesia, vigilante en la direccion y gobierno de sus súbditos, severo con los soberbios, suave con los humildes, insigne en la humildad, y gene-

ralmente esclarecido en la perfeccion de todas las virtudes. En la misericordia tan liberal y compasivo, que no habia necesitado á quien no socorriese; tan ardiente en la caridad, que jamás le pidieron cosa alguna por el amor de Dios que no la concediese; tan igual en merecimientos á los insignes Prelados que le precedieron, como émulo de sus heróicas virtudes. En suma, fue su sabiduría admirable, su prudencia consumada, su celo activo, su caridad sin límites: todo para todos: era el padre de los pobres, el apoyo de los débiles, el amparo de las viudas, el tutor de los pupilos; comunicando su esplendor á las provincias vecinas, y portándose generalmente con tanta dulzura, amor y benevolencia, que hecho dueño de los corazones de sus súbditos, le veneraban como á Santo y le respetaban como á padre.

»El deseo de ser útil á la Iglesia le hizo convocar en Toledo cuatro Concilios, que fueron el XII, XIII, XIV y XV, en los que presidió tanto por la eminencia de su doctrina, como por la autoridad de su Silla. En estas célebres Asambleas eclesiásticas hizo constituciones y reglamentos sabios y prudentes, acreditando en todos el fondo de su admirable sabiduría y santidad. Disuelto el Sínodo XIII toledano á fines del año 683, recibió JULIAN las actas del VI Concilio general celebrado en Constantinopla en tiempo del Papa Agaton contra los monothelitas, remitidas por el Papa Leon II para que la Iglesia de España se las aprobase y recibiese. Pero conociendo el Santo la dificultad de congregar un Concilio nacional en el rigor del invierno, para dar pronta satisfaccion á la cátedra apostólica, le dirigió un escrito bajo el título *Apología de la Fé* (celebrado y aprobado por el Concilio XIV de Toledo), en el que además de testificar el Santo la admision y aprobacion de las referidas actas á su nombre y el de toda la Iglesia de España, y anátematizar los errores de los monothelitas, le manifestó lo que

de Cristo sentia y creia esta misma Iglesia universalmente. Recibió Benedicto II, sucesor de Leon, este escrito al tiempo que llegó á Roma, y manifestó algun reparo en órden á ciertas palabras. Recibida por JULIAN esta noticia como una honesta censura de su obra, acatando las observaciones del Papa, compuso otro segundo apologético en defensa de la doctrina del primero, donde manifestó claramente su sentido, confirmándole con tan abundantes testimonios de los Santos Padres, que convenció plenamente no haber dicho otra cosa que lo que enseñaron San Agustin, San Cirilo y San Isidoro de Sevilla. Este escrito, sobre haber merecido por su solidez y elocuencia los más altos elogios de la Silla Apostólica, propuesto en el Concilio toledano XV, no solo le aprobaron los Padres, sino que le insertaron íntegro entre sus actas, para que constase á la posteridad la pureza de la fé del Santo Prelado, y su profunda inteligencia en los mas difíciles misterios.»

El Arzobispo SAN JULIAN no se contentó con procurar auxilios y bienes á sus contemporáneos; quiso iluminar la mente de los venideros con las luces de las verdades divinas, y dejó escritos de un valor inapreciable, guias seguros del camino de la felicidad eterna. Sus obras más notables son : *Libro de los Pronósticos del siglo futuro*, dirigido á Idario, Obispo de Barcelona. Obra que ha dado motivo para que algunos confundan á nuestro Santo con Julian Pomero, presbítero de la Mauritania, que floreció 200 años antes, quien compuso tambien un tratado de la vida futura con el mismo título de *Pronósticos*, notándose en el de nuestro Santo que es una coleccion continua de pasajes de San Agustin, San Gregorio, y el citado Pomero. En la *Biblioteca de los Padres* se halla un escrito de SAN JULIAN, bajo el título de *Origen de la muerte humana*, del que hablando un crítico estranjero, se persuade que no puede hablarse del autor sin confesar que para escribirlo se elevó

sobre la condicion de la carne, pues en él se encuentra espíritu, elevacion, sabiduría, piedad, solidez, órden, ingenio, y más que comunes conocimientos, no fácil de hallarse juntos en los talentos humanos.

Tambien compuso otro escelente tratado con una epístola al Rey Ervigio, sobre el cumplimiento de la sesta edad del mundo, contra los judíos, dividido en tres libros. Escribió asimismo la historia del Rey Wamba en la Galia Narbonense, con motivo de la rebelion de Paulo, y una esposicion muy erudita sobre el Profeta Nahum, cuyas obras se hallan en la magnífica edicion que dió á luz con la más escrupulosa crítica el Cardenal Lorenzana en 1782.

Finalmente, despues de regir diez años su diócesi, falleció en el de 690, tercero de Egica, siendo sepultado su cuerpo junto á los de sus predecesores en la iglesia de Santa Leocadia, desde donde se llevó luego á la catedral de Oviedo.

SAN BEREMUNDO, ABAD DE IRACHE.

Villa-Tuerta y Arellano, pueblos pertenecientes al reino de Navarra, se disputan la gloria de haber visto nacer á SAN BEREMUNDO, sin que nosotros nos atrevamos á inclinarnos en favor ni de uno ni de otro, porque no hemos encontrado justificantes tan fehacientes que hagan inclinar la balanza de nuestra desapasionada justificacion.

Consta que siendo muy jóven todavia vestía ya el hábito de Monge Benito en el Monasterio de Santa María de Irache, siendo Abad un tio suyo llamado Muño, varon de relevantes prendas y virtudes, lo que está suficientemente probado con desempeñar el cargo de Prelado en aquel Monasterio, que era uno de los más célebres de España, no tanto por su antigüedad, aunque remota, como por ser el ejemplo de la más perfecta observancia de la Regla de San Benito, y en el que brillaron gran número de varones ilustrísimos por su santidad y ciencia.

Perpétua memoria dejó BEREMUNDO de su vida en el claustro, que tan acepta manifestó el Señor que le era, obrando infinitos milagros que patentizaban el agrado con que miraba á su amantísimo siervo. Pero si bien poseyó en el más alto grado todas las virtudes, en la caridad y amor á los pobres fue verdaderamente admirable. Y no aguardó el Señor á dar á conocer al mundo á SAN BEREMUNDO entrado ya en edad, sino que desde muy jóven, desde novicio le distinguió con su proteccion. Era tan estremada su caridad, que viendo su tio, el Abad Muño, que cuanto tenia y casi todo su alimento lo daba á los pobres, tuvo que señalarle limites para ejercer su caridad. Encontrole una vez por el claustro que se dirigia á la puerta del Monasterio, y pareciéndole que ocultaba algo entre el hábito, le llamó y le preguntó qué llevaba. Suspenso quedó BEREMUNDO, porque lo que llevaba oculto era una buena porcion de pedazos de pan para repartir entre los pobres, y queriendo evitar disgusto á su tio, le respondió que llevaba astillas para calentar á unos pobres, aludiendo con esta contestacion al calor que produce el alimento: pidió el Abad que se las enseñara, sospechando la verdad, que era pan ó alguna otra comida. Sin pronunciar una palabra, y trastornado completamente, presentó al Abad lo que llevaba oculto, que el Señor habia convertido efectivamente en astillas, pero de una clase de madera que nadie pudo conocer.

Muerto su tio, fue elegido por unanimidad Abad, y aunque su profunda humildad se resistia á aceptar tal distincion, tuvo que resignarse á la unánime voluntad y súplicas de la Comunidad. Amoroso padre y hermano de todos, no era Prelado más que para desvelarse por su bien, y atenderlos en sus necesidades y males; dedicando su más asíduo y solícito cuidado á los enfermos, á quienes él mismo curaba y asistia en todo lo que era necesario.

«Continuaba el Señor manifestando la santidad de su siervo con las maravillosas espulsiones de espíritus malignos que hizo de varios cuerpos que tiranizaban, con la gracia de curaciones, de la que usó en favor de no pocos enfermos, y con la abundancia de lluvias que por su poderosa intercesion fertilizaron la tierra en las mayores esterilidades; pero aunque todo esto recomendó su mérito, lo que dió á su eminente virtud el mayor realce, fue el siguiente portento: Ocurrió una escasez general en toda Navarra, y en tan triste circunstancia concurrieron al Monasterio de Irache, que era el refugio de todos los necesitados, cerca de tres mil personas á implorar la caridad de BEREMUNDO; pero como éste ya habia dado de limosna todos los repuestos que tenia, y no habian venido los criados que envió fuera de la provincia á comprar alimentos para los necesitados, penetrado su corazon del más vivo dolor al ver aquella multitud de gentes que le pedian les socorriese por el amor de Dios, se postró ante el altar bañado en copiosas lágrimas, y rogó al Señor que tuviese compasion de tanto pobre, por su infinita misericordia. Oyó Dios con agrado la humilde súplica de su amado siervo, nacida de un corazon todo caridad, y por uno de aquellos prodigios de su sabia y admirable Providencia, hizo que bajase del cielo una paloma de estraordinaria blancura, que voló con un aire suave sobre las cabezas de aquel numeroso concurso, y se sintieron todos inmediatamente satisfechos como si hubiesen comido los alimentos más sustanciosos.

»Corrió por toda Navarra la nueva de este prodigio, y deseando conocer al Santo Prelado, tan favorecido por el Todopoderoso, acudian al Monasterio desde los puntos más distantes, y todos los grandes del reino le visitaron. El Rey D. Sancho Ramirez hizo cuantiosas donaciones al Monasterio, que, unidas á las de los grandes y de otras per-

sonas notables, colocaron al Monasterio de Irache al frente de los más ricos de España. Ademas de las donaciones en tierras, pueblos y magníficas posesiones, le concedió el Rey muchas inmunidades y privilegios, entre estos el de «que se diese crédito en juicio á la simple de»claracion de cualquiera Monge de Irache en todas cuantas »cuestiones se suscitasen acerca de los derechos del Mo»nasterio.»

Pero en medio de tantos obsequios, distinciones y riquezas, BEREMUNDO continuaba tan humilde como cuando era novicio; y si de contínuo daba gracias á Dios por los bienes que con mano larga habia dotado al Monasterio, era principalmente porque le proporcionaba socorrer más número de pobres y dar mayor pompa y majestad al culto divino, habiendo compuesto al efecto un libro de oraciones y un manual de Sacramentos, que mereciendo los mayores elogios del Sacro Colegio, fueron aprobados por el Papa Alejandro II.

El móvil de todas las heróicas virtudes de BEREMUNDO fue su ardiente amor á Jesucristo: no siendo menor el que tuvo siempre á la Santísima Vírgen, cuya devocion tierna y fervorosa se hacia sensible en todas sus acciones, quedándose algunas veces en dulce éxtasis ante una prodigiosa imágen de la Señora, que dió al Monasterio de Irache el Rey D. Sancho de Navarra, con el valle de San Estéban, en agradecimiento de la victoria que consiguió por el patrocinio de la Vírgen de una multitud de moros en el castillo de Monjardin. De aquí nació aquel celo por propagar el culto de la Reina del cielo, en quien despues de Dios tenia colocada toda su esperanza, y con especialidad en el Misterio de su Inmaculada Concepcion, debiéndose á sus incesantes desvelos el que poco despues de su muerte se celebrase dicho Misterio en el Monasterio de Irache y en

todo el reino de Navarra el dia 8 de diciembre, como hoy lo ejecuta toda la Iglesia.

Tambien se cree que en premio de la misma devocion que profesaba BEREMUNDO á la Santísima Virgen, se debió á ella el descubrimiento de la prodigiosa imágen de la Señora, que llaman *del Rey*, como á unos mil pasos del Monasterio de Irache, lo que movió al Rey D. Sancho Ramirez á fundar en el sitio donde se halló dicha imágen la ciudad de Estella, llamada así por las estrellas que aparecieron en él. Poco despues el Rey Sancho de Navarra concedió al Monasterio de Irache la parroquia de San Juan con todos los diezmos y derechos á ella pertenecientes, en virtud de lo cual ejerce en la misma el Abad de aquel los oficios de Párroco.

Para profundo dolor de sus devotos y admiradores, y para alegría suya, llegó la última hora al Santo Abad BEREMUNDO, que despues de haber recibido con edificante devocion todos los Sacramentos, con la más dulce tranquilidad entregó su alma al Divino Criador, el dia 8 de marzo de 1192, despues de una Prelacía de veinte años. Fue depositado el Santo cadáver en el altar mayor de la iglesia del Monasterio, obrando el Señor por su intercesion infinitos milagros, en virtud de los cuales la Silla Apostólica le colocó más adelante en el número de los Santos. De sus reliquias se hicieron diferentes traslaciones, hasta que el Abad Fray Pedro Briz, en el año de 1657, construyó, en honor del Santo, una capilla, y colocó los santos restos en una preciosa urna de plata. Desde la supresion de los Institutos religiosos, se conserva esta urna en la parroquia de San Juan de Estella.

DIA 9.

Santa Francisca, viuda, *Romana*, y

SAN PACIANO, OBISPO DE BARCELONA, ESPAÑOL.

Fue SAN PACIANO natural de Barcelona, capital del Principado de Cataluña. No hay memorias de sus ascendientes ni de los primeros años de su vida: dicen que fue de familia noble y acomodada, y nos le presenta la historia casado ya, con un hijo llamado Dextro, y ejerciendo en Barcelona la profesion de letrado, con gran renombre de ciencia y rectitud.

Enviudó cuando ya su hijo Dextro tenia concluida la carrera de las letras, y PACIANO, dejando el foro por el altar, abrazó el estado eclesiástico, dedicándose al estudio de las Sagradas Escrituras, que, con el talento de que Dios le dotó, con su ilustracion y su vocacion, profundizó cual pocos, alcanzando tanta fama en las letras sagradas como en las profanas.

Habiendo vacado la Silla Episcopal de Barcelona, fue elegido para ella con general aplauso del clero y del pueblo, de quienes eran conocidas sus relevantes prendas. Con esceso correspondió á las esperanzas de todos, y si los pobres tuvieron en él un constante y amoroso protector, la Iglesia tuvo un campeon que fue el terror de los hereges, á quienes combatió sin tregua ni descanso, derrotándolos en todos los terrenos, patentizando lo absurdo de sus doctrinas con varios opúsculos que escribió, llenos de aquella luz irresistible que todos reconocieron en la profundidad de su sabiduría. Escribió tambien un escelente tratado sobre el Sacramento del Bautismo, y otro muy apreciado por la erudicion con que estaba escrito, titulado *Parenesin*, ó *exhortacion á la penitencia.*

Con universal sentimiento de sus Diocesanos, para quie-

nes fue constantemente un seguro guia y un tierno padre, falleció á fines del siglo IV, ignorándose el año, quedando solo memoria del dia, que fue en 9 de marzo. El concepto de Santidad en que murió, hizo que sus devotos y admiradores de Barcelona construyesen una capilla y un altar donde le tributaban diario y constante culto. En el año de 1595 el Obispo de aquella diócesi, D. Juan Dimas Loris, mandó que se celebrase la festividad de SAN PACIANO con rito de primera clase en este dia 9 de marzo; y en el año de 1600 el Sínodo diocesano de Barcelona, de acuerdo con el Obispo D. Alfonso Colona, ordenó que se guardase la fiesta, con prohibicion de toda obra servil.

Las reliquias de SAN PACIANO se perdieron poco despues de su muerte en la irrupcion de los sarracenos.

DIA 10.

San Meliton y compañeros, Mártires, *Armenios.*

DIA 11.

SANTA ÁUREA, VÍRGEN, ESPAÑOLA.

En Villavelayo, pueblo perteneciente á la provincia de Logroño, nació esta Santa Vírgen, siendo sus padres García Nuño y Amuna, nobles y acomodados vecinos de aquel pueblo, á quienes el Todopoderoso otorgó la gracia que le venian pidiendo hacia años, de que les diese sucesion en un hijo bello y virtuoso.

ÁUREA fue, pues, el celeste don concedido por el Altísimo, y más bella de alma y cuerpo de lo que el virtuoso matrimonio solicitaba del Señor. Desde la más tierna infancia demostró lo que habia de ser, pues jamás los habitantes de la comarca habian visto un carácter tan dulce y una condicion más humilde.

Al paso que en edad, crecia en virtudes, y para hacer

más perfecta vida determinó retirarse del mundo, y en la soledad del claustro dedicarse esclusivamente á la oracion y á la penitencia. Las santas ideas de sus padres no pudieron ménos de estar conformes con la decidida vocacion de su hija, y con su aprobacion ingresó en un Monasterio de Religiosas, sito en las inmediaciones del célebre de San Millan de la Cogulla. La perfeccion de su vida monástica llamó muy pronto la atencion, y concluyó por ser la admiracion en ambos Monasterios.

«Quiso Dios manifestar á su amada esposa lo agradables que le eran los santos ejercicios con que procuraba complacerle. Despues de maitines del tercer dia de Navidad, y habiéndose quedado dormida, se la aparecieron en el dulce sueño tres hermosísimas Vírgenes que la manifestaron eran Santa Águeda, Santa Cecilia y Santa Eulalia, las cuales, despues que la dieron muchas gracias por la complacencia que recibia en la lectura de sus vidas, la dijeron: que el Señor la tenia preparado en el cielo el premio de sus rigurosos ayunos, de sus mortificaciones y de sus lágrimas. Despertó ÁUREA toda llena de consuelo, y encendida en vivísimos deseos de disfrutar cuanto antes la dicha que en la vision la manifestaron las tres ilustres Santas, redobló el rigor de sus penitencias y el fervor de sus oraciones, de modo que el resto de su vida fue una série continuada de admirables éxtasis. A los nueve meses de la vision dicha, estando ÁUREA orando fervorosamente, se la apareció la Reina de los Ángeles entre coros de vírgenes, y con la dulzura propia de S. M., la dijo: *Hija, ya es justo que se temple el rigor de tu penitente vida, y que recibas el premio de tus trabajos, lo que se verificará dentro de breve tiempo.* No tardó mucho en cumplirse el aviso de la Santísima Vírgen; pero queriendo Dios acrisolar la virtud de su fidelísima sierva, la probó con una larga y penosa en-

fermedad, en la que toleró con indecible paciencia agudísimos dolores, creciendo los consuelos celestiales hasta que entregó su espíritu en manos de su amado Esposo, en el dia 11 de marzo del año 1070, hallándose presentes su madre Amuna, D. Pedro, Abad del Monasterio de San Millan, con Nuño, Monge, que escribió la historia de esta gloriosa heroina.»

Fue sepultado su santo cadáver en un sepulcro abierto en la piedra viva, erigiéndola despues una ermita en el sitio mismo de la casa en que nació.

SAN EULOGIO, DOCTOR, Y SANTA LEOCRICIA, VIRGEN, MARTIRES, ESPAÑOLES.

No hay *Año Cristiano*, Coleccion de Vidas de Santos, ni Diccionario biográfico de hombres ilustres en santidad y letras, donde no figure SAN EULOGIO; pero apenas se encuentran dos vidas ó biografías que consignen hechos iguales; y no porque los escritores al redactarlas los ignorasen, sino porque cada uno, segun la idea que más dominaba su mente, se ocupaba de los hechos en su concepto más interesantes para la historia. Unos se ocupan latamente de la santidad de su vida, y se cuidan poco de sus escritos y demás trabajos; y otros, dando el primer lugar á la ciencia, dejan casi en silencio su santidad y demás heróicas virtudes. Solo la *España Sagrada*, que nosotros miramos como el libro oficial en materia de historia eclesiástica, dá la vida de SAN EULOGIO como creemos deben escribirse, tocando todos los puntos con ciencia y conciencia, y dando á cada hecho el lugar que de justicia le pertenece.

En su virtud, pues, ponemos á continuacion la vida tal cual se lee en aquella monumental obra, á la que va unida la de la Vírgen y Mártir SANTA LEOCRICIA.

Su vida (dice el Maestro Enrique Florez, hablando del

Mártir SAN EULOGIO) la escribió quien fue testigo de ella, su íntimo amigo Álvaro Paulo, de cuyo escrito y de los propios del Santo resulta lo siguiente:

Vida y martirio del glorioso Padre y Doctor San Eulogio.

«Nació en Córdoba, de padres nobilísimos, descendientes de familia senatoria, y sobre esto muy cristiana, pues del abuelo del Santo, llamado tambien Eulogio, refiere el mismo Santo en el *Apologético*, núm. 6, que al oir las voces con que los ministros de los moros convocaban desde las torres al pueblo para ir á la mezquita al punto hacia en la frente la señal de la Cruz, y entonaba con gemidos las palabras del Salmo 82: *Dios mio, ¿quién puede ser como tú? No calles, ni enmudezcas, pues sonó la voz de vuestros enemigos, y los que te aborrecieron han levantado la cabeza.* A este modo, heredando SAN EULOGIO la piedad, clamaba cuando oia aquellas voces: «Sálvanos, Señor, del mal sonido: ahora »y para siempre sean confundidos todos cuantos adoran la »ficcion, y los que se glorían en sus simulacros.»

»La madre se llamó *Isabel*, como refiere el Santo en la carta al Obispo de Pamplona, donde añade que tuvo el mismo SAN EULOGIO dos hermanas, llamadas *Niola*, y *Anulo*, ó Anulona, juntamente con otros tres hermanos, *Alvaro, Isidoro y José*. Este era el menor de todos. De *Anuló* sabemos por el autor de la vida y pasion del Santo, que era vírgen consagrada á Dios, y que á esta avisó SANTA LEOCRICIA sobre que deseaba verse en sitio seguro de publicar la fé, que ocultamente profesaba, con lo que SAN EULOGIO, y la espresada hermana, dispusieron sacarla de casa de sus padres, en la conformidad que luego se dirá, sirviendo ahora la mencion, en prueba de la bondad de *Anulo*, no solo por haber consagrado á Dios su virginidad, sino por el mucho amor con que SANTA LEOCRICIA suspiraba por ella. De suerte, que no solo por nobleza, sino por la pie-

dad, era ilustre la familia del Santo, perseverando todos en la verdadera Religion, y dando cada uno sus pruebas; pues por esta causa los dos hermanos Alvaro é Isidoro tuvieron que peregrinar á lejas tierras. José fue privado del cargo que tenia en Palacio: el abuelo sacaba bien del mal: la hermana se ofreció toda á Dios: algunos de los parientes fueron Mártires (como prevenimos en San Pablo, San Luis y San Cristóbal); con que viendo tambien Santo á EULOGIO, podemos decir que tenia en la sangre la virtud.

»Desde la primera edad se aplicó á los estudios eclesiásticos, y aprovechando cada dia más y más por el esmero en la virtud, llegó á esceder á todos los de su tiempo, y á ser hecho doctor de los maestros. Era muy pequeño de cuerpo, pero grande en las potencias, de suerte, que aunque en la estatura y en la edad no fue el mayor, escedió á todos en la prudencia y sabiduría, teniendo perpétuo estudio de la Sagrada Escritura, á quien nada anteponia, y de dia y de noche meditaba en ella. Dedicóse al estado eclesiástico, y la iglesia en que sirvió y se crió fue la de San Zoilo, sobresaliendo tanto en el deseo de ser bien instruido, que no contento con oir á los Maestros de su iglesia, acudia á otros afamados, buscando hora oportuna, en que sin faltar, ni desairar á sus Doctores, aprendiese de los demas.

»Entre estos tuvo por maestro al escelente Abad Esperaindeo, acudiendo á él con frecuencia: y allí empezó á tratarse con Alvaro Paulo, quedando desde entonces tan íntimamente enlazados en amor, que nunca se llegaron a separar. Ejercitábanse mútuamente en disputas sobre la Sagrada Escritura, siguiendo la variedad de opiniones y dictámenes propios, no con tema ni desazon, sino con blandura y deseo de encontrar la verdad, procurando adelantar cada dia más y más. [Este amor y aplicacion continua de uno y de otro, empeñó tanto el ardor de aquella primera

edad, que no contentos con la familiar comunicacion que tenian por papeles en prosa y en versos rímicos, llegaron á escribir libros sobre cuestiones superiores á sus fuerzas; tanto, que advirtiéndolo luego en años de madurez, resolvieron romperlos, quedándose con el fruto de la fervorosa aplicacion, pero cortando el esceso juvenil.

»Creciendo con los años y estudios de SAN EULOGIO la ciencia y la virtud, llegó á ser ordenado de diácono; y como cada grado era nuevo aumento en la perfeccion, le concedieron luego el de presbítero, quedando el Santo colocado entre los maestros por el carácter del órden y por la honestidad de costumbres. Su humildad, su bondad y caridad se conocia bien por el amor de todos, que cada dia iba á más, por aumentarle la amabilidad con la meditacion, penitencia, modestia y celo de la perfeccion en que sobresalia, procurando ser todo para todos sin faltarse á sí. Visitaba frecuentemente los Conventos como buen sacerdote: vivia entre los clérigos como si fuera Monge: en una parte enseñaba, en otra aprendia, en todas edificaba. Erale el mundo molestia, y puesto su corazon en el cielo, sentia el peso corporal que le impedia el vuelo. Deseó pasar á Roma, pretendiendo rendir el cuerpo con la peregrinacion y fatiga del camino: pero conocido el ánimo por Alvaro y pór otros, se echaron todos sobre él á contenerle, por no perder el bien y consuelo de su trato, logrando detener el cuerpo, más no el mérito de la resolucion.

»Ya que por entonces se mantuvo en casa de su madre y hermanos, fue preciso ausentarse despues, por causa de la misma familia, con motivo de que los dos hermanos Alvaro é Isidoro estaban peregrinando fuera de España, y en mucho tiempo no hubo noticia de ellos, lo que la seria á la madre muy sensible: y de hecho, para consuelo de todos, resolvió SAN EULOGIO salir en busca suya, como lo hizo cerca del año 848. Andaban los hermanos por los dominios

de Francia; y aunque el Santo, sin reparar en la molestia de tan largo y desconocido camino, salió de su patria á Cataluña, acompañado de un diácono llamado Theodemundo, no pudo proseguir por allí á causa de las hostilidades que turbaban la Galia Narbonense y confines de Cataluña, por la guerra movida contra el Rey Cárlos el Calvo, de parte de Uvillelmo, hijo de Bernardo, conde de Tolosa y Barcelona, al cual Bernardo mandó matar Cárlos el Calvo en el año de 844, y el hijo Uvillelmo, por vengar la muerte de su padre, se levantó contra el Rey Cárlos, confederándose con Abderraman, Rey de Córdoba, segun refiere SAN EULOGIO en la carta al Obispo de Pamplona. Con motivo, pues, de esta guerra no pudo el Santo caminar por aquella tierra, y resolvió pasar hacia Pamplona, creyendo que por allí habria paso franco, lo que tampoco fue así, pues todos los confines de Pamplona y Sobrarve se habian puesto en armas contra el Rey de Francia, por faccion del conde Don Sancho Sanchez.

»Impedido por una y otra parte, se halló en la pena de no poder pasar en busca de los hermanos: pero templaba su dolor la singular humanidad con que Uviliesindo, Obispo de Pamplona, le hospedó, asistiéndole con tanta liberalidad y caridad, que no tenia el Santo que sentir otra cosa más que la ausencia de los hermanos y el desconsuelo en que dejaba á su familia. Consolábale el buen Obispo, compadeciéndose de su tribulacion, y como el Santo tuvo tanto consuelo en frecuentar los Monasterios de su patria, no quiso privarse de él en su peregrinacion, acudiendo á visitar los que habia en aquella tierra, especialmente el de San Zacarías, que tenia su situacion á la raiz del Pirineo, junto al nacimiento del rio *Arga*, y era por su santidad muy famoso en todo el Occidente. El Obispo de Pamplona no quiso dejar de obsequiarle ni aun ausente, y así le dió personas que le fuesen acompañando; y el Santo empezó por el Monas-

terio de *San Salvador de Leyre*, donde se detuvo muchos dias por hallar allí varones muy señalados en el temor de Dios, cuyo Abad se llamaba *Fortunio*: y como tambien era grande el deseo de instruirse en documentos antiguos, revolvió aquella biblioteca, apuntando lo que despues nos dió en el *Apologético* contra las maldades de Mahoma. Por las memorias con que al fin de la carta saluda el Santo á los Padres de otros Monasterios, se infiere que visitó tambien al Celense (de San Martin de Cillas), cuyo Abad era *Atilio*; al Hurdaspalense (de Hurdaspal ó de Urdax, segun esplican Moret y Pellicer, *Annal.*, lib. V, núm. 53), donde presidia el Abad *Dadila*; al Igalense (de San Vicente de Igal), cuyo Abad se llamaba *Scemeno*, y á otros que no se nombran.

»Llegó, en fin, al deseado Monasterio de San Zacarías, donde era Abad *Odoario*, varon de gran ciencia, y de suma santidad, que le recibió con imponderable humanidad, como refiere el mismo SAN EULOGIO. Componíase aquella venerable Comunidad de más de cien Monges, los cuales brillaban como estrellas, cada uno en su particular modo de virtud. Detúvose allí algo SAN EULOGIO, y al querer ausentarse, se postraron los Padres, doliéndose de que los dejase tan presto, y encomendándose á sus santas oraciones. El venerable Abad Odoario salió con el Prior, llamado Juan, acompañando al Santo en la primer jornada, y conversando todo el dia en cosas celestiales, se despidieron por la tarde con ósculo de paz, restituyéndose SAN EULOGIO con su diácono Theodemundo á Pamplona.

»El Obispo Uviliesindo continuó en obsequiar al Santo, y éste, como tan humilde, le correspondió manifestando, que todas las honras recibidas de aquellos Santos Monges provinieron de la recomendacion del buen Obispo. Queríale detener; pero no podia el Santo reposar, considerando el desamparo de su madre y hermanas; por lo que siendo preciso

restituirse á Córdoba, le pidió Uviliesindo que le enviase alguna reliquia del Mártir San Zoilo, para ilustrar con ella su iglesia, y el Santo lo ofreció, y lo cumplió, como se dirá.

»Salió, en fin, SAN EULOGIO de Pamplona hácia Zaragoza, por decirse que sus hermanos habian llegado allí con unos mercaderes de la Francia ulterior; pero no fue así, pues al llegar á la ciudad encontró á los mercaderes, y estos le dieron noticia de cómo sus hermanos se hallaban en *Maguncia*, ciudad que el Santo dice ser de las muy notables de Bayoaria; y realmente se hallaban allí entonces, segun digeron depues los mismos hermanos, cuando se restituyeron á Córdoba antes de escribir SAN EULOGIO á Uviliesindo, en cuya carta del año 851 refiere lo que vamos proponiendo.

»Detúvose algunos dias en Zaragoza con el Obispo *Senior*, que era muy ejemplar en sus buenas costumbres, y de allí bajó á Sigüenza, donde presidia el prudentísimo Sisemundo, pasando á Alcalá, y luego á Toledo, cuyos Obispos, Venerio y Uvistremiro, le hospedaron dignamente. Restituido á Córdoba en el año de 849 (si no fue en el mismo de 48), halló á su madre, hermanas y hermanos con salud; pero á éste (qua se llamaba *José*, y era el menor de la familia) le habia privado en aquellos dias de su empleo la crueldad del Rey, enemigo de la cristiandad. El gozo con que el Santo fue recibido correspondió á lo mucho que les faltaba á todos en su ausencia, que fue de largo tiempo (*post longum tempus*), á lo ménos de muchos meses. Vinieron despues los hermanos, que andaban comerciando por Alemania y Francia; y aunque el Santo tenia muy presentes los beneficios que habia recibido del Obispo de Pamplona, y lo que le habia ofrecido, con todo eso no pudo corresponderle hasta noviembre del año 851, por causa no solo de la distancia, sino por la dificultad de portador, pues las guer-

ras continuas entre moros y cristianos no permitian comerciar, ni el Santo se atrevia á fiar las reliquias á persona que no fuese muy segura, como afirma en la prosecucion de la carta, de que luego volveremos á tratar.»

Prision del Santo, y de lo que hizo en ella, con lo que luego se siguió.

«Viviendo en este cuidado, sobrevino otro mayor con motivo de los muchos que se presentaron á confesar en Córdoba la fé en el verano del año de 851, desde el dia 3 de junio, en que padeció martirio San Isaac, pues su triunfo infundió vigor en otros, y el de estos sobresaltó tanto á los infieles, que procuraron contenerlos, no solo amenazando mas rigor contra la Iglesia, sino valiéndose de los mismos eclesiásticos. Entre estos hubo muchos que se pusieron de parte de la córte, impugnando á los Mártires; otros defendian su causa firmemente, como se vió en Saulo, Obispo de Córdoba; y sobre todos manifestó SAN EULOGIO su ciencia y su piedad, pues no contento con la fuerza de sus palabras, tomó la pluma en defensa de los martirios, y escribió la obra intitulada *Memorial de los Santos*, que tenia casi acabada cuando le fueron á prender, como refiere en la carta remitida á Alvaro desde la cárcel.

»A la enemistad de los malos cristianos contra los fieles servidores de Jesus, por el heroismo con que daban su vida por la fé, se juntaba la declarada voluntad del Rey Abderraman, que pretendia cerrar la boca á los cristianos en obsequio de su falso profeta; y en efecto, logró atraer á su partido al metropolitano Recafredo, el cual, cediendo al terror de los castigos, ó alucinado con los argumentos de los que impugnaban los martirios, se puso de parte de la córte, empezando á perseguir á los que debiera defender, pues de pastor se convirtió en lobo, encarcelando al Obispo de Córdoba, y á los sacerdotes que pudo recoger, especial-

mente á SAN EULOGIO, que como era más sobresaliente en el celo de la causa de los Santos, se habia hecho el blanco de los enconos y dicterios de todos los que impugnaban á los Mártires, siendo no poco lo que en esta línea padeció por medio de aquel magnate, que tenia el alto empleo de esceptor, el cual, como mal cristiano, persiguió al Santo cruelmente, y al cabo se consumó en la maldad, renegando de la fé en el principio del reinado de Mahomad, por no perder los intereses temporales, verificándose en él la sentencia del Apóstol: *Radix omnium malorum est cupiditas, quam quidam appetentes erraverunt a fide.*

»Metieron, pues, al Santo en la prision; pero no pudieron impedir que continuase en su celo, antes bien, parece que el cielo le condujo á la cárcel para bien de los Mártires, pues actualmente se hallaban allí presas por la fé las santas Flora y María, á quienes los enemigos tentaron por mil modos para hacerlas apartar de la verdad; y como llegasen casi á desfallecer, dispuso Dios que sacasen al Santo del calabozo, pasándole á otra pieza, en que tuvo comodidad de tratarlas, confortando sus ánimos, no solo con viva voz, sino por escrito, enviándolas algunas cartas, en que las esforzaba á la constancia, y componiendo en la misma cárcel el tratado intitulado *Documento Martirial*, que escribió y dirigió á estas dos vírgenes: y en efecto, perseverando constantes en la fé por los documentos del Santo, consumaron gloriosamente su martirio en el dia 24 de noviembre del año 851.

»Ademas de aquellas cartas y libro del *Documento Martirial*, compuso SAN EULOGIO otras obras en la prision; pues los grillos y el encierro que á otros les abatian el ánimo, eran en el Santo continuo despertador para la vigilancia, empleándose de dia y de noche en la leccion y meditacion de la Sagrada Escritura, sin cesar en promover el bien de los demas.

»Como era universal é infatigable la solicitud del Santo, y la cárcel no era prision de su ánimo, cuidó allí aun de cosas menudas, enseñando las reglas para el metro, ó el modo de hacer himnos y versos latinos segun arte, pues con la turbacion de la entrada de los bárbaros estaban olvidadas las leyes de los metros, y el Santo, con su indefensa aplicacion, las pudo restaurar con motivo del viaje a Navarra, en que recogió muchas obras de poetas latinos, conviene á saber, la *Eneida* de Virgilio, los *Poemas* de Juvenal, de Horacio, de Porfirio, de Adhelelmo, de Avieno, y de otros escritores católicos, juntamente con la obra de N. P. San Agustin *sobre la ciudad de Dios*. Ilustrado, pues, el Santo con el conocimiento de aquellas reglas, las comunicó á otros en la prision, y á su amigo Alvaro despues de salir de ella, pues como todo lo aprendia sin aficion, lo comunicaba sin envidia.

»A este tiempo llegó el deseado por el Santo en órden á cumplir la promesa de remitir á Pamplona las reliquias de San Zoilo, que Uviliesindo le pidió, pues salia entonces de Córdoba para Navarra un caballero, llamado Galindo Iñiguez, con el cual, por ser de toda satisfaccion, envió el Santo al Obispo espresado la canilla de un brazo de San Zoilo, añadiendo con liberalidad otra del Martir San Acisclo, aunque no se la habia pedido, pues así manifestaba la suma gratitud con que vivia reconocido al buen hospedaje que le hizo. Renuévale la palabra que el Obispo le dió de edificar capilla ó iglesia á las santas reliquias, y dale gracias de los favores recibidos, refiriéndole la afliccion en que actualmente gemia la cristiandad de Córdoba en el dia 15 de noviembre, en que firmó la carta.

»Cerca de este dia rogó el Santo á las vírgenes Flora y María que cuando se viesen en la presencia de su Esposo en el cielo le pidiesen la libertad de aquellos pobres encarcelados, y prontamente se vió por el efecto lo grato que fue

á Dios el ruego de unos y otros, pues á los seis dias del martirio de las Santas salieron todos libres en el dia 29 de noviembre del mismo año 851.

»Muy poco despues escribió el Santo dos cartas, una á Baldegoto, hermana de Santa Flora, y otra á Alvaro, dándoles cuenta del martirio de las Santas, con las individualidades.

»Aquella libertad que lograron los encarcelados se efectuó dando fiadores de que no se ausentarian, y que estarian á las órdenes del Metropolitano Recafredo. Desde aquí empezó para SAN EULOGIO otra dura servidumbre, viéndose, como los demas, precisado á comunicar con tal Metropolitano, á quien no podian resistir por el decreto del Rey, ni apartarse de allí por las fianzas. Estrechados todos en esta conformidad, seguian las humildes ovejas al terrible pastor, procurando evitar por aquel medio el total esterminio del rebaño: pero como la fuerza era esterior, cedieron precisamente en el cuerpo, no en el ánimo, sujetándose á comunicar con el Metropolitano por el terror, no por amor, ni por aprobacion de su conducta.

»El bendito SAN EULOGIO, que antes habia sido intrépido defensor de la causa de los Mártires (de donde se originaba la molestia), gemia íntimamente la constitucion en que se hallaba, doliéndose de que ni podia hablar, ni dejar de comunicar con un Prelado que andaba fuera del camino de la verdad. Cada dia se le aumentaba la pena, pues su esmerada cenciencia no le permitia desatender la herida, ni hallaba modo de curar el dolor. A este tiempo, estando un dia con su Obispo Saulo en compañia de otros, y de su amigo Alvaro, sucedió que este dió á un diácono la carta que San Epifanio escribió á Juan, Obispo de Jerusalen, para que la leyese en presencia de todos, y habiendo oido SAN EULOGIO, entre otros puntos de la Epístola, que los Presbíteros San Geronimo y Vicente se abstuvieron de sacrifi-

car por cierta causa, creyó el Santo que era aviso de Dios para dirigirle en el delicado estado en que se hallaba, y mirando á su amigo Alvaro, se volvió al Obispo, diciendole con íntimos suspiros: «Si las luces de la Iglesia y las co»lumnas de nuestra fé se abstenian de sacrificar, ¿qué de»bemos hacer los que nos hallamos oprimidos por el peso »de nuestras culpas? Tened (Padre) entendido, que desde »hoy me doy por privado de la licencia de sacrificar.»

»Con este arte procuró el humilde sacerdote satisfacer los recelos que por la comunicacion forzada con Recafredo turbaban el esmero de su conciencia; y bien hallada su profunda humildad en aquella penitencia voluntaria, no hubiera vuelto al primitivo estado, si no fuera porque el Obispo Saulo, conociendo el merito del Santo, interpuso su autoridad, mandándole con terror de excomunion que continuase en ofrecer á Dios sus sacrificios, á lo que puntualmente se rindió, porque la verdadera humildad es más pronta en ceder que en sentenciar.

»En esta angustia vivia la cristiandad de Córdoba desde el fin del año 851, hasta el verano siguiente de 852, en que sobrevino otra novedad, pues deseando el Rey Abderraman impedir por todos medios los martirios, hizo que se tuviese un Concilio de metropolitanos y Obispos de su reino, con el fin de que prohibiese la confesion de la fé, y que anatematizasen á los Mártires. A esta junta concurrió el malvado esceptor (ya mencionado), esforzando los intentos de la Córte, y publicando el encono que tenia contra los Santos, especialmente contra SAN EULOGIO, de quien en presencia de los Padres dijo cuantas calumnias le sugirió su ceguedad, mirándole como principal defensor y alentador de los Mártires (segun lo era en realidad), y por tanto debia ser su enemigo el que estaba declarado contra los Santos. La resolucion del Concilio no fue en todo de la aprobacion de SAN EULOGIO; pero lo más notable es, que

ni las artes del Rey ni de los Obispos fueron capaces de impedir lo que pretendian, por ser mayor la fuerza con que la gracia del Espíritu Santo movió á algunos á confesar la fé, y detestar las abominaciones de Mahoma, aun con más vehemencia que los Mártires precedentes, como sucedió en San Emila, San Rogelo y Serviodeo, que padecieron por setiembre del año 852.

»Con esto se siguió á una tempestad otra mayor, pues el Rey y su Consejo resolvieron descargar su último furor contra la cristiandad, mandando que todos fuesen presos, y dando licencia á los moros de que pudiesen matar á cuantos hablasen mal de Mahoma, lo que antes solo pertenecia á los jueces. Saulo, Obispo de Córdoba, fue metido segunda vez en un horrible calabozo: algunos apostataron de la fé, cediendo á tan furiosa persecucion: otros se ocultaban, y mudaban de sitio y de vestido: muchos que hasta entonces eran predicadores de los Mártires, ya los trataban de indiscretos, enderezando principalmente sus quejas contra SAN EULOGIO, como quien era la causa, incitando y confortando á los escogidos de Dios (lib. II, cap. XV). El mismo Santo fue uno de los que se ocultaron, por no juzgarse digno del martirio (como dice en el lib. II, cap. XIV), y porque Dios le tenia reservado para otros servicios.

»A este tiempo murió repentinamente el infeliz Abderraman, aunque no por eso nació la serenidad, pues el mal hijo Mahomad procuró adelantar la maldad de su padre en el ódio contra los cristianos, y para tal tirano estaba reservado el quitar la vida á SAN EULOGIO, firmando el Santo con su sangre y con su ejemplo lo que habia persuadido á tantos de palabra.

»En esta línea de exhortar, defender y confortar á los que llamaba Dios para el martirio, fue el celo de nuestro Santo infatigable; pues no contento con la defensa de todos, y la instruccion de algunos en particular (como se vió en

Santa Flora y María, en San Aurelio, en San Leovigildo y en los discípulos San Sancho y San Cristóbal), refiere Alvaro que salia al encuentro á los que iban á morir por la fé, animándolos á la perseverancia, y venerando luego sus miembros, como que ya estaba destinado por Dios á la gloria de Mártir, aunque se la dilató mientras se cumplia el número de los demas hermanos.

»En todo este tiempo, y con tan altos ejercicios de virtud, iba el Santo creciendo tanto en santidad, que cada dia se hacia más humilde y descubria mas fondos de caridad, sirviendo á todos estados y condiciones, segun la necesidad de cada uno, y teniéndose por el menor entre los más bajos, al mismo tiempo que era el mayor de todos en ciencia, prudencia y gravedad. Su modestia respiraba en el rostro un singular agrado y veneracion: las palabras eran fuego; sus obras luz.

»Ilustrado con tanto cúmulo de prendas, corria su nombre y fama por las iglesias, despidiendo en todas partes tan buen olor, que vacando el arzobispado de Toledo en el año de 858, por muerte del venerable Uvistremiro, pusieron los Obispos de la provincia su atencion en SAN EULOGIO, eligiliéndole por Arzobispo de Toledo con aprobacion de todos, y por tanto trataban de consagrarle en la Sede; pero no pudieron efectuarlo, á causa de los muchos estorbos que impidieron la salida del Santo, siendo el más principal la disposicion divina, que le tenia reservado en Córdoba, para darle allí la corona de Mártir, donde habia ocasionado la de tantos. De hecho los impedimentos fueron prolongándose; pero con todo esto perseveraban los Padres en su buena eleccion, esperando que luego se podria evadir, pues no eligieron otro mientras vivió.

»Con el nuevo honor de estár electo Metropolitano de Toledo creció más la veneracion del Santo, pues todos le miraban como ciudad puesta sobre el monte, y luz sobre el

candelero de la Iglesia, siendo entre los sacerdotes el primero; entre los confesores el supremo; entre los jueces no el ínfimo; y podemos darle categoría entre los Mártires; pues ya tenia como en posesion de su ánimo lo que tanto habia deseado y merecido en la preparacion.»

Martirio de San Eulogio y de Santa Leocricia.

«Con la pasion y muerte de SAN EULOGIO juntó Alvaro la de SANTA LEOCRICIA, por haber sido la una ocasion de la otra, en la forma siguiente:

»Al tiempo que por la cruel persecucion de Mahomad faltaban algunos á la fé, y otros la confesaban gloriosamente, hubo en Córdoba una doncella noble en la sangre, y más ilustre en el ánimo, pues siendo hija de mahometanos, tomó de ellos el orígen en lo que miraba á la distincion de su linage, más no en la bastardía del error. El principio de su nacimiento para el cielo provino de una parienta, que habia consagrado á Cristo su virginidad, la cual bautizó á la niña LEOCRICIA, y ocultamente la instruyó en los misterios de la fé. Su nombre era *Liciosa*; y como por la conexion del parentesco frecuentase la niña el trato y visitas de la religiosa parienta, inculcaba esta cada dia en el corazon tierno de LEOCRICIA la doctrina y finezas de su divino Esposo con tan dulces palabras, que la niña, hallándose ya en uso de razon, abrazó los Misterios. Fomentábalos cada dia más y más con meditaciones espirituales; y creciendo con estas y con la edad el conocimiento y el amor, llegó á manifestar en público el fuego que ya no podia contenerse en el pecho.

»Luego que los padres conocieron la cristiandad de la hija, procuraron atraerla al error en que ellos vivian, valiéndose de persuasiones contínuas por medio de caricias y blandura, hasta que viendo la inutilidad de sus conatos,

recurrieron al terror y al castigo. Ninguno de estos medios bastó para arrancar de LEOCRICIA el fuego del amor á Jesus, que el mismo Redentor encendia en su pecho; pero viendo que de dia y de noche la azotaban, teniéndola duramente aprisionada, y temiendo no flaquear en tan contínuo riesgo y soledad, resolvió buscar modo de asegurarse, solicitando irse á donde libremente viviese en la fé que confesaba.

»Como SAN EULOGIO sobresalia como sol entre los astros, y su celo por los Mártires estaba tan notoriamente publicado, no tuvo la Santa que deliberar en el medio de buscar el amparo, sino avisar al bendito Padre y á su hermana *Anulo* (virgen consagrada á Dios), dándoles cuenta del deseo en que estaba. Al punto SAN EULOGIO, como protector de los Martires, dió órden, por el mismo que le llevó el aviso, del modo con que habia de evadirse, diciéndola que condescendiese por un rato con los padres, mostrando que haria lo que la mandasen, y que de propósito usase de las mejores galas, como que intentaba parecer bien al mundo. Con este arte alucinó á sus padres de tal modo, que ya se daban por seguros de que la hija no amaba á los cristianos.

»A este tiempo sucedió que hubiese entre sus parientes una boda, y adornándose la Santa con todos sus placeres, tuvo modo de meterse con ligereza y cautela en casa de SAN EULOGIO y Anulo, quienes, recibiéndola con amor, la entregaron á unos amigos de toda satisfaccion para que la ocultasen. Los padres, que estaban esperando la vuelta de la hija, y no la vieron, conocieron que la condescendencia habia sido arte para burlarse de ellos, y llenos de un rabioso dolor, se maltrataban á si mismos, sin dejar sosegar á los demás, pues todo lo procuraban revolver y registrar por descubrir á la hija, acudiendo á conocidos y no conocidos, y usando de la autoridad del juez para prender y molestar con azotes y cadenas á todos los que recelaban ser

culpables, sin reparar en sexo ni en calidad, por ver si restauraban á LEOCRICIA.

»El Santo padre EULOGIO adelgazó tambien las finezas de su celo, para librar á la oveja del furor de los lobos, asegurándola por medio de mudarla con frecuencia de mansion, y recurriendo al patrocinio celestial, en que imploraba fortaleza para la Santa doncella, pasando á este fin las noches en oracion, postrado en el templo de San Zoilo. La bendita LEOCRICIA aumentaba de su parte el merecimiento, empleándose en su retiro en ayunos, vigilias, silicios y cameunia, esto es, no teniendo más cama que la tierra. Deseaba ver á la hermana de SAN EULOGIO y al Santo, por el mucho amor que los tenia, y la consolacion que esperaba, y como el fin era honesto, la concedió el cielo su deseo, previniéndola en una revelacion que fuese allá por un dia solamente, y al punto se volviese á su retiro. Así lo hizo la Santa; y no hay duda que seria un dia sin noche, todo luz y claridad celestial, por la conversacion angelical de aquellos abrasados espíritus, que se portaban ya como ciudadanos del cielo. La Santa les manifestó entre otras cosas, que hallándose en oracion se la llenó por dos veces la boca de licor de miel, y que admirada de la crasitud y dulzura del humor, no se atrevió á escupirle, y le pasó. El Santo la declaró que aquello era presagio de la dulzura del reino celestial que habia de gozar.

»Al dia siguiente, en que LEOCRICIA debia recogerse á su retiro, sucedió que la persona que habia de venir por ella no acudiese á la hora acostumbrada, sino despues de amanecer; y como era preciso andar de noche para evitar las asechanzas, resolvieron que se detuviese allí hasta que llegase la noche. Asi lo dictaba el consejo de la prudencia humana; pero más fue por disposicion de la Providencia divina, que tenia decretado coronar á los dos por aquel memedio, pues en el mismo dia, sin saberse quién ni cómo,

tuvo noticia el juez del sitio en que se hallaba la suspirada hija, y enviando de repente soldados, cercaron toda la casa y prendieron á la Santa y al Santo, descargando sobre él no solo muchos dicterios, sino golpes. De este modo presentaron á los dos ante el bárbaro juez, quien ideando quitar al Santo la vida á fuerza de azotes, y revistiéndose de un semblante terrible, que por todas partes respiraba cólera, le preguntó con palabras furiosas por qué habia ocultado en su casa á la doncella.

»Entonces SAN EULOGIO, sin perder su acostumbrada mansedumbre, le dijo con natural agrado: «Sabe, ¡oh juez, »que á nosotros nos toca el cargo de predicar, y es de »nuestra obligacion dar luz á cuantos nos pidan la de la »fé, sin que podamos negar lo que es santo á los que ca»minan por las sendas de la vida. Esto es lo que corres»ponde á los sacerdotes: esto lo que pide la verdadera Re»ligion: esto lo que nos enseñó nuestro Señor Jesucristo: »que á todo el que desee beber las aguas de la fé le demos »aun más bebida de lá que pide: y como esta doncella me »buscó para que la instruyese en la regla de la fé verdade»ra, fue preciso mirarla con atencion, á fin que se enarde»ciese su afecto. Ni era razon desechar á quien venia con »tan buenos deseos, y mucho ménos debia desampararla el »que está escogido para este fin por merced de Cristo. En »fuerza de esto la enseñé y alumbré en el modo que pude, »declarándola que la fé de Cristo es el camino del cielo, co»mo con gusto lo ejecutaria contigo, si te sirvieses de con»sultarme en este punto.»

»Entonces, enfurecido el juez, mandó que trajesen las varas; y oyéndolo el Santo, dijo: «¿Que pretendes hacer »con esas varas?» «Sacarte (respondió el juez) el alma por »medio de ellas.» «Dispon (replicó el Santo) y afila el alfan»ge, con el cual podrá arrancar del cuerpo el alma, vol»viéndola á quien la dió; y no pienses que con las varas se

»disuelvan los miembros.» Empezó tambien el Santo á combatir á las claras las abominaciones de Mahoma y de su ley, predicando la verdad de nuestra católica Religion; y como aquello era lo más sensible y más grave para los moros, al punto le llevaron con velocidad al Palacio, presentándole ante los Consejeros. Uno de estos, que conocia al Santo por trato familiar, le dijo, compadeciéndose de su muerte: «Si los simples é idiotas son los que se arrojan á la »deplorable ruina de la muerte, ¿cómo tú, siendo sabio, y »adornado de costumbres honestas, caes tambien en la de»mencia de ofrecerte á morir, olvidándote del amor na»tural de la vida? Oyeme, pues: te ruego que vivas. Condes»ciende ahora con alguna palabra, y despues usarás libre»mente de tu fé, pues te ofrezco que de ningun modo se »continuará en pesquisas contra ti.»

»El bienaventurado mártir le respondió sonriéndose: «¡Oh, si supieras cuántos son los bienes preparados para to»dos los que observan nuestra fé; y si yo pudiera trasladar »á tu pecho lo que tengo reservado en el mio, qué poco in»tentarias apartarme de mis propósitos, y qué gustoso »procurarias retirarte del empleo mundano que hoy ocu»pas!» A este tiempo, convirtiéndose el Santo á los Senadores, empezó á predicarles el Evangelio; pero ellos, no queriendo dar oido á la verdad, sentenciaron que fuese degollado.

»Sacáronle prontamente al lugar del suplicio, y al llevarle le dió una bofetada un eunuco del Rey. El Santo, teniendo muy presente el Evangelio, volvió la otra mejilla, diciéndole que no la dejase desigual; y descargando segundo golpe el infeliz, todavía tenia el bendito Padre paciencia para más, pues le ofreció la primera mejilla; pero no tuvo efecto, por el ímpetu con que los soldados le condujeron al suplicio. Viéndose en el teatro del triunfo, puso las rodillas en tierra, estendió los brazos al cielo, signóse con la

señal de la cruz, oró un poco, amó mucho, inclinó el cuello, cortóle el alfange, y subió al cielo el espíritu. Recibió las coronas de vírgen, doctor y Mártir, *á la hora de Nona, en el dia quinto de los Idus de marzo* (esto es, á once de aquel mes), *dia sábado*, lo que fue propio del año 859.

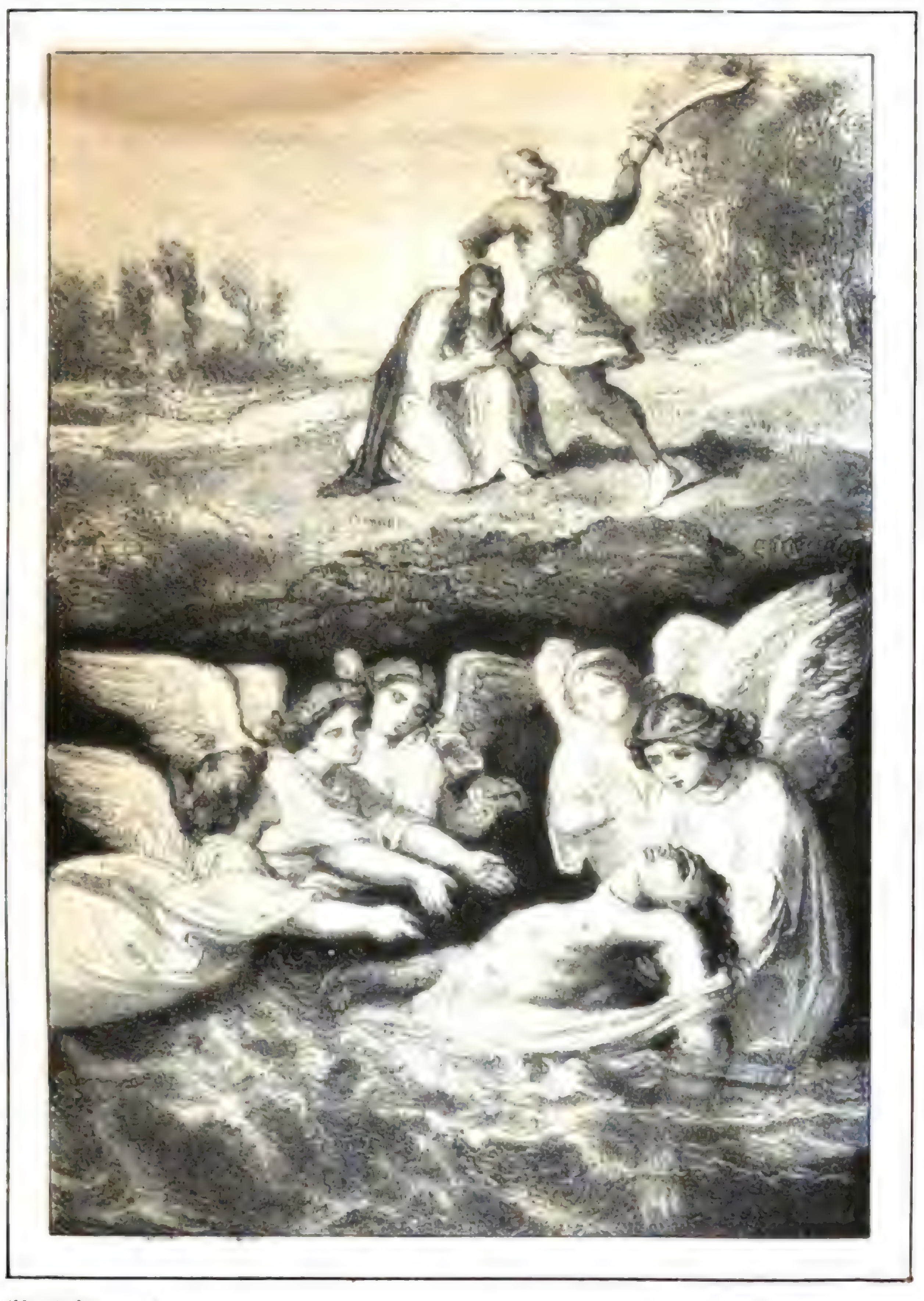
»Arrojaron al rio el sagrado cadáver, y al punto bajó una cándida paloma á ponerse sobre él, viéndolo cuantos se hallaban allí; y aunque procuraron espantarla arrojando piedras, no se quiso apartar, hasta que intentaron ir á echarla la mano. Entonces, revoloteando, y como saltando alrededor del cuerpo, se puso en una torre que estaba cerca del cadáver, y aun allí significó ser misteriosa, pues se quedó mirando el cuerpo del purísimo Padre, que habia sido templo del Espíritu Santo.

»Tampoco debe callarse otro prodigio que obró Dios sobre el cuerpo de su glorioso Mártir, pues un soldado, natural de Ecija, que hacia centinela por aquella parte, acudió á beber á un caño de agua, que corria en lo alto, y vió debajo, donde yacia el sagrado cadáver, que sobre el cuerpo del Santo habia unos sacerdotes revestidos de singular blancura, con luces muy brillantes, y cantando Salmos. Aturdido con la vision se retiró, huyendo hácia el sitio donde estaba el compañero, á quien contó la maravilla, volviendo con él al mismo sitio; pero no lograron verla segunda vez.

»Los cristianos recogieron la cabeza del Santo en el dia siguiente, y á los tres dias sacaron el bendito cuerpo, colocándole en la Iglesia de San Zoilo, en que habia vivido.

»Aquel glorioso celo que en vida respiró su corazon sobre conducir mártires al cielo, parece que palpitaba en él aun despues de la muerte, concediéndole que sobreviviese LEOCRICIA, para que despues de su triunfo hubiese todavía otro martirio, obtenido en virtud de su predicacion. Fue así, que estampadas altamente en el corazon de la discípu-

SANTORAL ESPAÑOL



Barcala

MUERTE DE S. EULOGIO Y DE STA. LEOCRICIA

la las doctrinas del gloriosisimo maestro, se mantuvo tan firme en la confesion de la verdad, que sin embargo de estar procurando los infieles pervertirla por medio de caricias y promesas, en que la combatieron más de tres dias, ni estas, ni el terror de la muerte, bastaron á ladear el ánimo de la constantísima doncella: y viéndola tan firme, descargaron al cuarto dia sobre su delicado cuello el golpe del alfange, con que separada del virginal cuerpo la cabeza, subió el purísimo espíritu á recibir las palmas de Vírgen y de Mártir. El sagrado cadáver fue arrojado en el rio Guadalquivir; pero más parecia cuerpo vivo que cadáver, pues no pudo sumergirse en las aguas, ni ocultarse á la vista, andando encima, con admiracion de todos. Sacáronle los cristianos, y le dieron honorífica sepultura en la iglesia de San Ginés, donde se mantuvo hasta la translacion que con el de SAN EULOGIO se hizo despues.

»Este fue el fin glorioso de aquel ilustrísimo Doctor. Vivió defendiendo á los Santos; murió del mismo modo, protegiendo á una Santa. Vivió encendiendo en muchos la luz de la verdadera Religion; murió abrasado del fuego celestial que encendió en los demás. Levantó la bandera con que muchos se alistaron para el cielo; perseveró con ella hasta la muerte, teniendo quien siguiese despues de esta su ejemplo, como él á los muchos que habia armado en vida. Fue, pues, como caudillo de Mártires, antorcha de la fé, muro de la Iglesia, columna de la verdad, luz entre las tinieblas, y verdadero doctor, que practicó lo mismo que enseñó.»

Los escritos que se conocen de SAN EULOGIO, son los siguientes: *Memoriale Sanctorum,* dos libros con sus capitulos escritos entre junio y noviembre de 851; *Epistola ad Alvarum,* enviándole la obra precedente; *Documentum Martyriale,* escrito en fin de octubre de 851; *Epistola ad Alvarum,*

remitiéndole el documento precedente; *Epistola ad Uviliesindum Episcopum Pampilonensem,* firmada en 15 de noviembre del mismo año; *Epistola ad Alvarum,* en que le da noticia del martirio de Santa Flora y María, escrita despues de salir de la prision, en diciembre del mismo año; *Epistola ad Baldegotonem,* avisándola que su hermana Santa Flora consumó felizmente el martirio, escrita por el mismo tiempo; *Memoriale Sanctorum,* continuado en el año de 856; *Apologeticus Martyrum,* escrito en 857, última obra del Santo.—Siendo jóven escribió algunos libros, como ya se dijo, que rompió despues; y en la prision compuso diferentes poemas é himnos á los Mártires, que no han llegado hasta nosotros.

Desde el dia 13 de marzo en que enterraron los cristianos el cuerpo de SAN EULOGIO, permaneció en el mismo sitio hasta el 1.° de junio del propio año, en que le trasladaron á otro sepulcro de la capilla mayor de la misma iglesia de San Zoilo, donde permaneció 24 años, ó sea hasta el de 883, en el que fue trasladado á Oviedo con el de SANTA LEOCRICIA por un presbítero toledano llamado Dulcidio, á quien el Rey D. Alfonso III, el Magno, habia enviado á Córdoba á tratar de la paz que le pedia Abuhalith. Los santos cuerpos salieron de Córdoba en diciembre, y llegaron á Oviedo el 9 de enero de 884, saliéndoles á recibir el Rey, la familia Real, el Obispo, la clerecía, y casi toda la poblacion. Fueron encerrados en una caja de ciprés, que se colocó en la capilla de Santa Leocadia, debajo del Ara, dentro de un sepulcro de piedra, en el cual permanecieron hasta 5 de enero de 1305, en que, con motivo de haber logrado milagrosamente la salud por intercesion de estos Santos el Obispo D. Hernando Álvarez, mandó construir una caja de plata, de vara y cuarta de largo y tres cuartas de alto, en la que se metieron las santas reliquias, trasladándolas á la *Cámara Santa.* Últimamente, en el año de 1737 fueron lle-

vados á Córdoba los preciosos restos de SAN EULOGIO y SANTA LEOCRICIA, y colocados en la ermita de San Rafael el dia 11 de abril.

SAN PEDRO BETICO, ESPAÑOL.

Entre los Santos pertenecientes á la diócesi de Sevilla, pone la *España Sagrada* á SAN PEDRO BETICO, soldado y ermitaño, dando su vida tal cual la escribieron los PP. Jesuitas Antuerpienses. De ella resulta que SAN PEDRO vino al mundo en Sevilla, ó sus inmediaciones, de padres nobles y muy ricos; pero omite fechas, lo cual nos impide señalar la época en que nació y floreció este Santo. Tampoco la señala Ferrari en el *Catálogo de los Santos de Italia*, en que, por la circunstancia de haber concluido sus dias este Santo en el reino de Nápoles, hace mencion de su muerte espresando que era español.

Rodeáronle sus padres, desde muy pequeño, de sabios y virtuosos maestros, quienes, llenos de satisfaccion, veian hacer rápidos progresos en letras y ciencias á su jóven discípulo, que hubiera llegado á ser por su talento, aplicacion y virtud uno de los más esclarecidos Doctores de la Iglesia, si sus padres, á los que respetaba y obedecia ciegamente, no le hubieran hecho emprender la carrera de las armas. La nobleza de su nacimiento, la importancia que tuvieron siempre las riquezas, y su mérito real, aunque muy jóven todavía, le colocaron entre los Tribunos. Era hermoso y de bizarra presencia; pero más que por estas cualidades se hacia notar del público por su modestia, humildad, y por el desprecio que hacia de sí mismo, y de los trages que su posicion y obligacion le precisaban á usar. Su único placer y contento era socorrer y amparar á los desgraciados, enfermos y pobres, entre los que repartia sus cuidados y su dinero.

Aunque no contento, pues su deseo era vivir fuera de todo contacto con la sociedad, pasaba los dias tranquilo, dedicando las horas que le dejaban libres sus obligaciones á la asistencia de los enfermos y la oracion, cuando fue á turbar su calma una determinacion de sus padres, que le puso en el mas terrible conflicto. Determinaron estos que se casara, y se lo comunicaron, manifestándole que ya le tenian elegida esposa, que á su reconocida virtud unia todas las circunstancias de hermosura, nobleza y riqueza que podian apetecerse, y correspondian á su clase. Jamás PEDRO habia opuesto la menor oposicion á las órdenes de sus padres; jamás se habia negado á complacerles en lo más pequeño, y contando ellos con igual aquiescencia siempre por parte de su humilde hijo, habian publicado su determinacion, y el último que supo que iba á casarse fue el futuro esposo; pero este habia hecho voto de castidad, no podia contraer matrimonio, y no tenia tampoco valor para faltar á sus padres, negándose á efectuar lo que deseaban, dejándoles en ridículo en la ciudad.

Horrible lucha sostenia el corazon de PEDRO. Su voto y su voluntad le impedian casarse, y su humildad y respeto no le permitian negarse á complacer á sus padres. Pasaban los dias, y cada uno aumentaba el angustioso tormento de PEDRO, porque sus padres, deseando ver realizado cuanto antes su deseo, activaban los preparativos y se acercaba rápido el momento de la realizacion. Llegó por fin, sin que PEDRO hubiera podido reunir el valor suficiente para hablar á sus padres, y tomó ante el altar por esposa la jóven que le habian destinado, dignísima por todos conceptos de unirse á él. En tal situacion, y siéndole ya indispensable dar una solucion al asunto, eligió la que juzgó mas conveniente, aguardando la noche para ponerla en ejecucion. Llegada la hora de recogerse, lo hizo su esposa, dejándola en el lecho sus doncellas, y esperando PEDRO á

que estuviese dormida, entró en la habitacion, y puesto de rodillas á los pies de la cama, la fió y encomendó á Dios, suplicándole que la conservase pura y limpia de todo pecado para encontrarla en el cielo, y con el mayor silencio salió de su casa para nunca jamás volver.

El amor á sus padres, la estimacion á aquella virtuosa jóven, y la consideracion del sentimiento que les originaria su ausencia, afectaron sobremanera su espíritu; pero la Religion, con sus dulces consuelos, templó su dolor y volvió la calma á su espíritu. Peregrinó por espacio de mucho tiempo, visitando los templos mas célebres por las reliquias que guardaban, decidiéndose despues á concluir sus dias en la soledad. Eligió al efecto un sitio retirado del trato humano, en territorio de la ciudad de *Babucúm* ó Bauco, en el Estado Eclesiástico, junto á *Sora*, en el reino de Nápoles, tomando por habitacion, en un cercano monte, una cueva espaciosa, aunque oscura. Allí se dedicó á constante penitencia con tal rigor, que cuando falleció y fue recogido su santo cadáver, no habia parte del cuerpo, esceptuando únicamente el rostro, donde no hubiera llagas producidas por las disciplinas y los cilicios. No encendió lumbre jamás, y pasaba las noches fuera de la cueva, para mortificarse más con la intemperie. No tomó otro alimento que bellotas y raices, y solo bebia agua por la noche en el rio que corria cerca de la cueva que habitaba.

A pesar de lo retirado del sitio, llegóse á conocer la existencia del Santo anacoreta, y le visitaban algunos devotos, y él comenzó en los últimos años á ocuparse tambien de cuidar á los enfermos de los caseríos, obrando el Señor por su intercesion muchos milagros, dando vida y salud á enfermos completamente desahuciados, y remediando instantáneamente necesidades apremiantes. Una gran sequía produjo tal escasez de alimentos en la comarca, que las gentes de pocos recursos perecian de necesidad. Hasta el Santo

se encontró sin alimento, porque ni habia bellotas ni raices comibles, y tuvo que apelar á pedir de limosna pan, que era con lo único que suplia la falta de raices y bellotas. Llegose á la puerta de la casa de una devota mujer, que ya le habia dado pan en otras ocasiones, y que esta vez le dió un pedazo muy pequeño, lamentando con lágrimas en los ojos la necesidad en que estaba, y diciéndole que aquello era todo lo que tenia, y que esperaba morir de necesidad muy pronto. Díjola el Santo que fuese á reconocer el arca del pan por si habia quedado algo; pero la mujer se negó á hacerlo, porque dijo que era inútil, pues habia sacado el último pan que guardaba. Instola SAN PEDRO BETICO, y aunque con repugnancia, solo por conplacerle, entró y abrió el arca, quedando estraordinariamente sorprendida al encontrarla llena de panes tiernos, blancos, y de una calidad tan escelente como jamás habia probado.

Este y otros muchos milagrosos acontecimientos dieron tal fama de santidad al ermitaño PEDRO, que especialmente de dia apenas estaba solo en la cueva. Pero en nada varió su género de vida, y nunca recibió de sus amantes devotos más que pan, cuando no tenia reices útiles ó bellotas.

Cargado por fin de años y virtudes falleció, tendido en el suelo de la cueva, que habia sido su morada por tantos años. Imnenso número de gentes de la comarca y de la ciudad de Bauco acudió á honrar y recoger el santo cadáver, cuyo rostro despedia un celeste resplandor. Muchos milagros tuvieron lugar despues de su fallecimiento, y uno de ellos ocurrió dentro de la misma cueva, que iluminaron los devotos para entrar y adorar el santo cuerpo. Pasaban por delante de éste, é hincándose de rodillas, le besaban la mano: entre los que habian concurrido se encontraba un hombre impenitente, y que muchas veces se habia espresado con dudas y desden acerca de las virtudes y santidad

del ermitaño PEDRO; más á pesar de sus dudas, cuando le tocó el turno, se hincó de rodillas y se inclinó para besar la mano del Santo; pero este la retiró, dejando pasmados á todos los presentes, y á aquel hombre, que arrepentido entró en seguida en el buen camino.

Colocado el santo cuerpo en una caja, fue conducido á la ciudad, y al pasar por una calle, una mujer que estaba lavando á un hijo pequeño dentro de un baño le dejó en él, y se asomó á la ventana para ver pasar la procesion, y cuando volvió al lado del niño, le encontró ahogado. Tomole en brazos con gran fé y esperanza, y corrió con él á la iglesia, poniéndole á los pies del Santo, y pidiéndole la vida. El Todopoderoso, por intercesion de su Santo siervo, la concedió instantáneamente, volviendo la mujer á su casa con su hijo sano y salvo.

Las Santas reliquias de SAN PEDRO BETICO se conservan con gran veneracion en la iglesia de Bauco, donde se celebra su fiesta en este dia 11 de marzo.

SAN VICENTE, ABAD; SAN RAMIRO, Y DOCE MONGES MARTIRES, ESPAÑOLES.

Por los años 550 de Nuestro Señor Jesucristo arreció la persecucion de los suevos contra los cristianos á un grado que ofrecia dejar atrás en crueldad á las primitivas de los paganos. El arrianismo, aceptado por los suevos, cundia lastimosamente, aumentados de dia en dia sus sectarios, si no por conviccion, por evitar los tormentos y la muerte decretada contra los que no aceptasen la herética doctrina arriana.

Uno de los puntos de España que más probó la bárbara saña de los suevos fue Galicia, y en particular la ciudad de Leon. Hallábase de Abad del Monasterio de San Claudio, Lepercio y Victorico, de dicha ciudad de Leon, el ilustre español VICENTE, uno de los más fervorosos defensores de

la divinidad de Jesucristo, que era el punto cardinal de la reñida cuestion entre católicos y arrianos, cuando determinaron estos celebrar un conciliábulo en Leon, y llamaron á él al Abad VICENTE para controvertir, con la esperanza de derrotarle con sus razones. Gozosísimo admitió la invitacion el Santo, dando infinitas gracias á Jesus por que le proporcionaba aquella ocasion de alzar la voz delante de los principales sectarios del error para convencerlos de lo absurdo é impio de su doctrina. Mas como para el que se empeña en tener los ojos cerrados, las antorchas no tienen luz, del mismo modo, para la obcecacion terca y ciega de los arrianos que asistieron al conciliábulo, no tuvieron fuerzas las palmarias razones del Abad VICENTE. Encerrados los arrianos en una negativa absoluta, no escuchando razones ni argumentos de ningun género, y negándose á toda razonada discusion, le mandaron que aceptase inmediatamente la doctrina arriana, jurando seguirla y defenderla hasta la muerte. Con la más firme resolucion y dignidad les contestó: «Que ni creeria ni confesaria jamás otra fé que la definida en el Santo Concilio de Nicea, por cuya defensa estaba pronto á dar la vida una y mil veces.»

Furiosos los hereges al ver la firmeza del Santo, y creyendo que los tormentos le vencerian, le hicieron desnudar en seguida, y colocándole en medio del conciliábulo le azotaron horriblemente, sin que el Santo exhalase ni un suspiro de dolor, ni flaquease su espíritu ni su cuerpo, á pesar de la copiosa sangre que vertia. Convencidos de que nada por entonces conseguirian, y determinados á ensayar otros tormentos, le hicieron retirar, disponiendo que fuese encerrado en un oscuro y yerto calabozo. Lleno de alegría se dirigió á él el Santo Abad, dando las mas espresivas gracias al Todopoderoso por la gracia que le dispensaba de morir por su amor. «Y queriendo el Señor presenciar la heróica fortaleza de su fidelísimo siervo, hizo que bajase de repen-

te una celestial luz que disipó las tinieblas del calabozo, derramando al mismo tiempo sobre la dichosa alma de su ilustre confesor una dulzura divina, un consuelo de superior órden que le inundó de gozo. Tambien descendieron espíritus angélicos, que le curaron perfectamente todas las heridas, dejándose percibir los celestiales cánticos con que alababan á Dios; de manera que aquella horrorosa prision parecia haberse convertido en paraiso de delicias.»

Hiciéronle presentar segunda vez en el conciliábulo, y al verle en estado de la más perfecta salud, quedaron altamente sorprendidos; pero su sorpresa y admiracion llegó á un grado inesplicable cuando le desnudaron y vieron que ni señal quedaba en sus carnes de las heridas producidas por los azotes. Este patente milagro de la Divinidad, en lugar de iluminar la mente de aquellos fieros hereges y abrir sus ojos á la luz de la verdad, les produjo tal rabiosa ira por su derrota, que despues de golpearle horriblemente le sentenciaron á muerte, debiendo sufrir la sentencia á la puerta de su Monasterio, para escarmiento de los demas Monges. Inmediatamente fue llevado el heróico Abad y degollado á la puerta de su santa casa, dejando allí el mutilado cadáver, que aquella noche recogieron los Monges, y dieron sepultura junto á la que ocupaban los ilustres Mártires Claudio, Lupercio y Victorico, Patronos del Monasterio.

Hallándose en el coro á los pocos dias la Comunidad, se les apareció su glorioso Abad SAN VICENTE, y les dijo:

«Ya, hijos, llegó el tiempo de la inmolacion: si alguno de vosotros desea lavar su estola en la sangre del Cordero, prepárese, bajo el seguro que será coronado el que peleare legítimamente; pero el que no se halle con fuerzas para el combate, busque otra mansion donde librarse: yo, como

veis, gozo de la vida eterna en compañía de los Mártires que derramaron su sangre en defensa de la fé ortodoxa.»

No tardó en realizarse el anuncio de SAN VICENTE; llegaron en seguida al Monasterio unos cristianos, y avisaron á los Monges que estaba decretada su muerte si no renegaban de la fé y aceptaban el arrianismo, y que los suevos habian determinado matar á todos los Monges. Entonces SAN RAMIRO, que desde la muerte de SAN VICENTE hacia las veces de Superior, hasta que la Comunidad nombrase sucesor de este Santo, habló á la Comunidad en estos terminos: «Ya habeis oido, carísimos hermanos, lo que se ha dignado el Señor manifestarnos por boca de nuestro Santo Abad. Ya estais informados de lo que conviene hacer: bajo este supuesto, los que se hallen con fortaleza prepárense al sacrificio, y retírense los pusilánimes. Yo os ruego que no perdais la corona que se nos presenta, ni os prive de la vista del Señor respeto alguno del mundo, antes bien digamos todos con el Apóstol, llenos de firmeza: ¿Quién nos separará del amor de Jesucristo? ¿Por ventura la tribulacion, la angustia, el hambre, la desnudez, el peligro, la persecucion ó la misma muerte? Escrito está en las Sagradas letras que por la caridad de Dios somos mortificados todos los dias, llevados á padecer como las ovejas que se conducen al matadero; pero, por estos conflictos esperamos la vida eterna por Aquel que nos amó. No os acobarde, hermanos, el furor de los hereges, ni os aterren las crueldades que ejecutan con los defensores de la divinidad de Jesucristo, puesto que está con nosotros el Señor, que nos eligió para combatir contra los enemigos de la fé católica, para que triunfando de ellos con su divina asistencia reinemos en la gloria eternamente.»

Consultada la voluntad y valor de los Monges, doce se adhirieron á la resolucion de RAMIRO, el cual mandó á los

débiles y pusilánimes que se retiraran á las montañas, y marchando él con sus doce heróicos compañeros, bajaron á la iglesia á orar y dar gracias al Todopoderoso por la prueba á que los ponia. No se retardó esta; pues antes de que terminasen su oracion llegaron al Monasterio los soldados y verdugos, llamando á las puertas con estrepitosos golpes. Salió á abrir RAMIRO acompañado de los doce Monges, y entonando todos el símbolo Niceno, repitiendo las palabras que condenan la impía herejía arriana: entraron los verdugos, y profiriendo mil bárbaros dicterios, acuchillaron á los trece mártires, dejando los cadáveres esparcidos por el suelo. Recogiéronlos los cristianos, y los dieron sepultura en el Monasterio, colocando juntos á los doce Monges, y por separado á SAN RAMIRO, cuyo cuerpo depositaron en un sepulcro de piedra tosca, donde permaneció hasta el dia 26 de abril de 1596, en que fue trasladado á la capilla de San Ramiro, metido en una preciosa caja mandada construir por el Abad del propio Monasterio, Fr. Alonso del Corral, en agradecimiento de haber recobrado la salud por intercesion del Santo. Cuando se abrió el primitivo sepulcro, á pesar de los siglos trascurridos, se encontró el cuerpo de SAN RAMIRO entero é incorrupto, lo que aumentó la gran veneracion en que ya estaba en Leon y toda su provincia.

DIA 12.

San Gregorio el Magno, Papa y Doctor, *Romano.*

DIA 13.

SAN LEANDRO, ARZOBISPO DE SEVILLA, CONFESOR, ESPAÑOL.

Severiano, caballero de ilustre linage y abundantes bienes de fortuna, vecino de la ciudad marítima de Cartagena, perteneciente á la provincia de Murcia, fue el ven-

turoso padre de los llamados cuatro Santos de Cartagena, Florentina, Isidoro, Fulgencio y LEANDRO, Santo de este dia. Tanto el padre como los cuatro hijos profesaban la Religion cristiana; pero la madre, á quien unos llaman Turtura, y otros Teodora, sin poderse asegurar cuál de estos nombres llevaba, ó si tenia otro, como descendiente de godos, aceptaba y seguia los errores de Arrio. Las ideas religiosas del padre y de los hijos escitaron la saña del Monarca reinante á la sazon, Leovigildo, decidido partidario y protector de la heregía arriana, y Severiano, con toda su familia, fue desterrado de Cartagena. La madre, como arriana, pudo quedarse en su pais natal; pero no solo prefirió á ello seguir á su marido y á sus hijos, sino que ingresó en el gremio del cristianismo, aceptando por completo la doctrina de Jesus. De modo que el destierro que se presentó como una desgracia, se convirtió en dicha, pues llevó al seno de aquella familia la paz y armonía que le proporcionaba la Religion cristiana, cuyos dulces y consoladores preceptos todos ya seguian.

Las penalidades y trabajos hicieron grande impresion en los padres de estos cuatro Santos, que fallecieron prematuramente en Sevilla, con el desconsuelo de dejar á sus hijos fuera de su patria, sin familia y sin protector.

LEANDRO, que era el mayor, se hizo cargo de sus hermanos, atendiéndolos con la esquisita solicitud del más amoroso padre. Era LEANDRO de talento vivo, pronta y profunda comprension, y de carácter dulce y compasivo. A pesar de sus pocos años, estaba muy versado en los escritos sagrados de los Doctores de la Iglesia, pues gozando su padre de desahogadísima posicion en su pais natal, Cartagena, se habia esmerado en la educacion de su primogénito, que á su aptitud unia gran aficion al estudio, especialmente á las sagradas letras.

Habia colocado LEANDRO á su hermana Florentina

en un Monasterio de Religiosas, y á su hermano Isidoro en la Iglesia de Sevilla, á la que él tambien asistia; pero estaba tan escaso de recursos que determinó enviar á Fulgencio á Cartagena, para arreglar varios asuntos y procurarse algun auxilio en sus escaseces. Marchó, pues, el jóven Fulgencio; pero así que partió, se sintió LEANDRO arrepentido de tal determinacion, por el temor que le acometió de que la poca esperiencia de su hermano originase algun grave mal, y como dijimos en la vida de San Fulgencio, escribia LEANDRO á su hermana Florentina: «¡Triste de mí! ¡triste de mí! que he enviado inconsideradamente á Cartagena á nuestro hermano Fulgencio, cuyos peligros me tienen en un contínuo sobresalto.» Propicio el Supremo Hacedor, y escuchando benigno las constantes y fervorosas súplicas que en favor de Fulgencio le dirigian sus tres hermanos, le defendió de todo mal, y sano y salvo regresó á Sevilla.

Estando ya sus tres hermanos en edad y aptitud de no necesitar sus asíduos é inmediatos cuidados, determinó LEANDRO contentar su vocacion tomando el hábito de Religioso. Lo verificó, dedicándose de lleno, como deseaba, á la oracion, la penitencia y al estudio. Ordenose de sacerdote, y habiendo fallecido el Abad de su Monasterio, fue elegido por unanimidad; cargo que aceptó con repugnancia, porque era más afecto á obedecer que á mandar. Pero todavía le quedaba nueva pena á su humildad, pues el Señor le tenia reservado mas alto puesto.

Corrian los años de 578, y habiendo vacado la Silla Arzobispal de Sevilla, fue elevado á ella el Abad LEANDRO por unánime consentimiento del clero, del pueblo y del Monarca godo, Leovigildo, reinante á la sazon. Obligado á aceptar tan elevado cargo, y propuesto á desempeñarlo como su mente y su conciencia le indicaban, emprendió desde el momento la predicacion del Evangelio y la reforma del

clero. Con la primera aumentaba por momentos las conversiones de arrianos á la fé católica, y con la segunda moralizó las costumbres demasiado relajadas por las revueltas de los tiempos. Tambien ocupó su piadosa atencion la diversidad de prácticas que habia en las iglesias acerca del culto divino, y lo reformó, reduciéndole á una sola forma; y aunque no se consiguió la completa uniformidad en toda España hasta algunos años despues, ocupando la misma Silla su sucesor y hermano San Isidoro, cúpole á él la gloria del pensamiento y de haber planteado la reforma, añadiendo algunos himnos, salmos y oraciones, suprimiendo antiguas ceremonias. La Orden de San Benito tuvo en LEANDRO un activo y celoso protector, y para propagarla invirtió fuertes cantidades en la creacion de Monasterios, tanto para Monges como para Religiosas. A su hermana Florentina le envió la Regla, escrita por el Santo Patriarca, con algunas modificaciones y restricciones que juzgó conveniente introducir, teniendo en cuenta los tiempos. Remitióla tambien el precioso libro que escribió para ella sobre *El desprecio del mundo.*

Hallábase la Córte en Toledo en este año en que vamos, 580 de Jesucristo, siendo el décimosegundo del reinado de Leovigildo, y comenzaron á tomar carácter más serio y belicoso las enemistades de los arrianos y cristianos con motivo de la pugna por cuestiones de religion que reinaba entre la familia real, por las distintas creencias de las mujeres. El Rey Leovigildo estaba casado con la viuda del Rey Athanagildo, llamada Gosvinda, de quien dice el Maestro Florez «mala hembra, que no solo era tuerta en la vista corporal, sino ciega en el error arriano, y declarada enemiga de la Religion católica.» A esta se atribuye generalmente la persecucion que sufrieron por entonces los cristianos. Leovigildo tenia dos hijos, Hermenegildo y Recadero, y habiendo casado el primero en 579 con una hija del Rey de Metz

y Borgoña, Sigeverto, llamada Ingunde ó Inguntha, muy buena cristiana, se atrajo en seguida la saña de su suegra Gosventha. Ardia el Palacio en guerras y contiendas, y para remediarlas determinó Leovigildo, aunque contra la opinion de su mujer, separar la familia, distribuyendo el reino entre él y sus hijos, dando á Hermenegildo, en calidad de Rey, á Sevilla, con todas sus dependencias. Inmediatamente partió de Toledo Hermenegildo con su mujer, y tomó posesion del reino de Sevilla, dos años despues de haberla tomado del Arzobispado el Abad SAN LEANDRO.

Comprendió este inmediatamente la favorabilisima ocasion que se le presentaba de servir á la Religion católica, convirtiendo á ella al jóven Rey Hermenegildo, cuyos honrosos antecedentes, bondadoso carácter y la compañía de su esposa católica, eran casi seguras prendas que garantizaban un éxito feliz. Y lo fue en efecto, ingresando Hermenegildo al poco tiempo en el gremio del catolicismo, con el más sublime gozo del Santo catequista LEANDRO. La conversion del Rey de Sevilla produjo inmediatamente la guerra entre él y su padre; pero las fuerzas de Sevilla eran cortas, necesitaban protectores y aliados para hacerse respetar, y determinó Hermenegildo solicitar la alianza del Emperador de Constantinopla, á cuyo efecto partió LEANDRO en calidad de embajador.

El viaje de SAN LEANDRO á Oriente, si bien no produjo el efecto apetecido con respecto á la alianza, no fue perdido para las letras sagradas, porque al conocimiento que hizo de San Gregorio el Grande, á las conferencias habidas entre los dos, y á las instancias de SAN LEANDRO, se debe el que aquel gran Santo escribiese los dos libros de los *Morales*, que remitió á España, dedicados á nuestro Santo Arzobispo LEANDRO.

Gran pena esperimentó á su regreso á Sevilla, porque las armas del cristiano Rey Hermenegildo llevaban lo peor

de la partida. Al principio se declararon en su favor diferentes ciudades; pero habiendo reunido sus fuerzas Leovigildo, iba recobrándolas con la mayor rapidez. En el año de 584 puso sitio á Sevilla: sus habitantes defendieron la ciudad con el mayor heroismo; pero careciendo de comestibles y de agua por haber cortado el rio, fue tomada por los arrianos. Pudo escapar el Rey Hermenegildo, que poco despues fue preso en Córdoba por las tropas de su padre, quien le mandó desterrado á Valencia.

Deseando Leovigildo afianzar su poder, reunió en Toledo un Concilio de Obispos arrianos, en el cual, como no podia ménos de suceder, se declaró culpable la conducta de los Obispos católicos y de todas las personas que habian ayudado con sus consejos y armas al Rey Hermenegildo, decretando contra ellas el destierro, con pérdida al mismo tiempo de sus bienes, honores y dignidades. El decreto comprendia de lleno al Arzobispo LEANDRO, cuya Silla ocupó un Obispo arriano, saliendo desterrado nuestro Santo, creyéndose comunmente que marchó á Cartagena. Durante su destierro escribió dos libros doctísimos contra el arrianismo, y un tratado contra un Obispo de Zaragoza, llamado Vicente, que habia declinado de la pureza de la fé, pasándose á los arrianos.

En el año de 586 enfermó Leovigildo, y como casi siempre la presencia de la muerte rasga el velo que cubre la vista de los impíos é incrédulos, iluminó la luz de la verdad la mente del moribundo Rey, que conoció y confesó sus errores, demostrando un sincero arrepentimiento y dolor por sus malas obras. Llamó á su hijo y sucesor Recaredo, y le mandó alzar inmediatamente el destierro á SAN LEANDRO y á todos los demás cristianos, á los que permitiria la libre práctica de los preceptos de su Religion, ordenándole que así que llegase el Arzobispo se pusiese bajo su direccion, si apetecia una vida santa y feliz.

Grande fue el júbilo que embargó el alma del Santo Arzobispo al saber el triunfo que el Todopoderoso habia dado al cristianismo, é inmediatamente se restituyó á su iglesia, presentándose al nuevo Rey, con el que conferenció largamente, dándole los más sabios consejos sobre todos los asuntos, así eclesiásticos como civiles.

Recaredo dispuso en seguida congregar un Concilio, que fue el tercero de Toledo, con asistencia de todos los grandes del reino y otros personages importantes, el cual debia presidir el Arzobispo SAN LEANDRO. En el mes de mayo de 589 tuvo lugar el Concilio, presidido por él, habiéndole ayudado á disponer los negocios de aquel Sínodo San Eutropio, Abad Servitano. El Rey Recaredo hizo á los Padres allí congregados una humilde y reverente exhortacion, y entregó en seguida por escrito la profesion de fé en nombre suyo y de la Reina, haciéndolo en seguida los Obispos arrianos y todos los grandes del reino. Concluido tan solemne acto, predicó al Concilio SAN LEANDRO, dando gracias á Dios y á todos los presentes por el altamente beneficioso cambio para la Iglesia que acababan de obrar. Este es el único sermon que sabemos haberse predicado en tiempo de los antiguos Concilios.

«Puestas ya en paz las cosas de la Iglesia, ordenó SAN LEANDRO que se diese noticia de todo lo sucedido al Santo Pontífice San Gregorio, y así, en nombre del Concilio y del Rey católico, se despacharon embajadores á Roma con muchos dones preciosos, y trescientos vestidos para los pobres de la iglesia de San Pedro. Llevaron tambien las actas del Concilio, con cartas de SAN LEANDRO, en las que recomendaba al Rey Recaredo, ponderando á Su Santidad, el celo y religion que habia manifestado en el Concilio. El Santo Pontífice recibió á los legados con indecible regocijo, alegrándose muy mucho del impensado triunfo

que habia conseguido la Iglesia; y para demostrar mejor su contento, escribió al Rey Recaredo confirmándole en la fé recibida, y honrándole con un pedazo de la Cruz de Jesucristo, unos cabellos de la cabeza de San Juan Bautista, y dos llaves tocadas al cuerpo de San Pedro, engastada la una en porcion de hierro de las cadenas del Apóstol.

»A su íntimo amigo SAN LEANDRO escribió tambien San Gregorio con grandes espresiones, y dándole gracias por su aplicacion en beneficio de la Iglesia, encomendándole al Rey Recaredo, y dándole saludables consejos para que perseverase en la fé recibida, con cuya ocasion envió los libros de la esposicion de Job, el palio y la Carta pastoral. Desembarazado ya el Santo Arzobispo de los grandes negocios del Concilio, y bien instruido el Rey Recaredo, se volvió á su santa iglesia de Sevilla, en donde publicó luego los decretos del Concilio, y exhortó á todos á su debido cumplimiento con fervorosos y contínuos sermones, en que no ménos mostraba su caridad y el celo ardiente que tenia por la salvacion de sus ovejas, que el pastoral cuidado con que incesantemente atendia á todas las necesidades de los pueblos, socorriéndolos liberalmente, para que no tuviesen jamás motivo de retroceder en la fé nuevamente recibida.»

Desde esta época, hasta el fallecimiento del Santo Prelado, ningun hecho notable consigna la historia que necesite especial mencion. Siguió constante correspondencia con sus hermanos, especialmente con Santa Florentina, dándola instrucciones y consejos para el buen régimen de los Monasterios de Religiosas que estaban á su cargo. Con su amigo el Pontífice San Gregorio tambien sostuvo activa correspondencia, consultándole cuantas dudas le ocurrian en las cuestiones que se suscitaban, y con particularidad sobre la célebre por aquel tiempo de si el Bautismo habia de hacerse con una sola inmersion, ó con tres.

Sintiendo debilitadas sus fuerzas, y más aquejado cada dia de la gota, dolencia que venia sufriendo hacia años, como su amigo San Gregorio, comprendió que se le acercaba el deseado fin de su vida. Redobló las obras de piedad, dió la última mano á todos los asuntos que le estaban encomendados, y se dispuso á salir dignamente de este mundo. No le engañó su cálculo: agraváronsele sus dolencias, y despues de recibir con el fervor que es de imaginar los Santos Sacramentos, descansó en el Señor el dia 13 de marzo del año de Nuestro Señor Jesucristo 599, siendo sepultado su santo cadáver en la iglesia de Santa Justa y Rufina, en un panteon que él habia mandado construir para sí y sus hermanos.

SAN RODRIGO Y SAN SALOMON, MÁRTIRES, ESPAÑOLES.

En el Obispado de Córdoba, y en la villa de Egabro, hoy Cabra, nació de padres cristianos, cuyos nombres y posicion social se ignora, el Santo Mártir SAN RODRIGO, y habiendo seguido la carrera de la Iglesia, llegó á la dignidad del sacerdocio, muy querido y estimado de sus paisanos y de cuantos le trataban, por la dulzura de su carácter, y por sus santas y ejemplares costumbres.

Tenia dos hermanos: el uno profesaba como él la Religion cristiana; y el otro, temiendo la persecucion sarracénica, habia aceptado la doctrina de Mahoma. Cuestionando un dia sobre sus respectivas creencias, se exaltaron tanto estos dos hermanos, que levantándose furiosos se dirigian el uno contra el otro, remitiendo á las manos la cuestion, al tiempo que entraba en la estancia en que se hallaban su hermano RODRIGO. Púsose por medio, reprendiéndolos una accion tan violenta é impropia de los lazos que les unian, y ofendido el mahometano se arrojó á él, golpeándole horriblemente, y dejándole tendido en tierra, sin sentido. No contento con esto, y deseando mortifi-

car cuanto más le fuera posible á RODRIGO, corrió la voz de que era un mal sacerdote, y que habia renegado de su fé: voz que comprendia perfectamente que habia de causar en el alma de RODRIGO la herida más dolorosa de cuantas pudieran causar á su cuerpo.

Vuelto en sí RODRIGO, y sabiendo lo que propalaba su hermano, formó la resolucion de dejar la villa, persuadido de lo difícil que es convencer al vulgo de la falsedad de una noticia que llegó hasta él, y que nunca queda completamente lavada la mancha que produce la calumnia. Se retiró, pues, á la sierra de Córdoba, constituyéndose en ermitaño, y resuelto á pasar el resto de sus dias dedicado á la contemplacion y á la penitencia.

Habiendo bajado un dia á la ciudad para proveerse de algun alimento, fue visto y delatado inmediatamente por su hermano, y en su consecuencia preso por los mahometanos, que en este año de 859 desplegaban su terrible saña contra los cristianos. Conducido RODRIGO al tribunal, le preguntó el juez cuáles eran sus creencias religiosas, y sin titubear le contestó RODRIGO: «que desde que nació era cristiano, y que moriria siéndolo.» El juez mandó que le condujeran inmediatamente á un calabozo, y en él encontró á otro cristiano, natural de Córdoba, llamado SALOMON, preso tambien para ser martirizado por sus creencias religiosas. La igualdad de religion, de sentimientos y de posicion, creó la más pura y estrecha amistad entre RODRIGO y SALOMON, que pasaban las horas orando juntos y entonando cánticos de gracias y alabanzas al Señor, y jurando morir antes que demostrar la menor flaqueza en la confesion de la fé.

Sabiendo el juez por los carceleros lo firmes que estaban en sus creencias aquellos dos heróicos cristianos, creyendo que la compañía era la que robustecia su valor, les mandó separar, encerrando á cada uno en distinto calabozo, y pa-

sado algun tiempo sin haberlos dejado comunicar entre sí ni con persona alguna, los mandó llevar al tribunal, y recibiéndolos muy afablemente, les hizo las más deslumbradoras ofertas si renegaban de Jesucristo y aceptaban la doctrina de Mahoma. Negáronse los dos cristianos, y á las promesas se siguieron las más aterradoras amenazas; y viendo por fin el juez que nada era suficiente á entibiar la fé de aquellos heróicos cristianos, los sentenció á ser degollados; pero queriendo que el terror de la muerte hiciera aquella noche impresion en la mente de los presos y debilitase su valor, ordenó que hasta el siguiente dia no se ejecutase la sentencia.

En la mañana del siguiente dia, 13 de marzo de 859, fueron sacados de los calabozos los dos Santos, y conducidos á la orilla del rio, que era el sitio señalado para la ejecucion. Volvieron á preguntarlos si querian aceptar la ley de Mahoma; pero estando los dos firmes en la fé, se hincaron de rodillas, y estrechando contra su corazon una cruz de madera que llevaba cada uno, entregaron su cuello á los verdugos.

Sus cuerpos fueron arrojados al rio, segun las órdenes del furioso mahometano. Los fieles discípulos de Jesucristo, que habian admirado en vida las gloriosas virtudes de los ilustres compañeros RODRIGO y SALOMON, buscaron con escrupuloso cuidado los cadáveres, y habiendo hallado la cabeza de RODRIGO, la condujeron con gran pompa y acompañamiento de himnos y cánticos al templo de San Ginés, sin tener en nada las penas crueles que el tirano imponia á los que sepultasen los cuerpos de los cristianos. Posteriormente hallaron tambien los fieles el cuerpo de SALOMON en la parte del rio del barrio de las Ninfas, y, sacándole de él, se le dió sepultura con la misma solemnidad que á su compañero en la iglesia de San Cosme y San Damian, de cuyo templo, del de San Ginés, ni del barrio di-

cho, no ha dejado el tiempo memoria alguna, y sí solo la de los triunfos de estos gloriosos Santos, que enriquecieron á Córdoba con sus venerables reliquias.

DIA 14.

Santa Matilde, Reina, *Sajona*, y la traslacion de Santa Florentina, Vírgen, *Española*.

DIA 15.

San Raimundo, Abad, y Fundador (1), y San Longinos, Martir, *de Judea*.

SAN MESITON, MARTIR, ESPAÑOL.

En este dia celebra como Santo propio la Iglesia de Granada la festividad de SAN MESITON, del cual hacen mencion los Bolandos en sus *Acta Sanctorum*, la *España Sagrada* en el tomo XII, y diferentes obras que tratan de vidas de Santos. Pero aunque están conformes todos en incluirle en el catálogo de los Santos Españoles, ni dan noticias de la época en que vivió, ni de la de su martirio, lo que nos impide á nosotros hacer más que colocar su nombre en este lugar que le corresponde, como reconocido que se halla por todos los escritores como Santo de nuestra patria.

SAN SISEBUTO, ABAD.

Poco pródiga se muestra tambien la historia con respecto á noticias de este Santo, que unos, los más, y entre ellos la *España Sagrada*, á quien seguimos, colocan en este dia 15 de marzo, y otros en el 1.° de mayo.

Conformes están los escritores más autorizados en que SAN SISEBUTO nació en el Obispado de Búrgos; pero nin-

(1) Esta vida corresponde al Apéndice.

guno señala el pueblo, el año, ni nos da noticia de su familia; solo se sabe «que á la edad suficiente abrazó la Regla de San Benito, y que en atencion á sus altos méritos y santidad fue elevado á la Abadía del Monasterio de San Pedro de Cardeña, cuyo cargo desempeñó con admirable acierto, sobresaliendo en virtudes y ciencias. Ayudado del conde Asures, fundó el Monasterio de Santa María la Mayor de Valladolid, dando á los Monges, en él establecidos, por norma de su religion la Regla de San Benito.

«Por último, despues de una brillante y gloriosa carrera de merecimientos y altas virtudes, dispuso el Señor premiar la constancia y santidad de su siervo con la preciada corona que ciñen los escogidos en las celestes mansiones, y respirando tranquila santidad murió para el mundo el dia 15 de marzo (ó 1.° de mayo) de 1082.»

Fue colocado su santo cuerpo en un sepulcro de piedra en la capilla dedicada á Santiago Apóstol, en la iglesia del citado Monasterio de San Pedro de Cardeña. Todos los sábados, despues del oficio vespertino, se le hacia conmemoracion con antífona y oracion propia.

El Señor obró por su intercesion muchos milagros en favor de los devotos que acudian á implorar su proteccion delante de su sepulcro, y habiendo sido favorecida por el Señor con una cura milagrosa una mujer de familia acomodada de Búrgos, que estando completamente baldada se hizo llevar á la capilla, y sanó repentinamente delante del sepulcro de SAN SISEBUTO, mandó, en agradecimiento al Santo, hacer delante de la capilla un espacioso pórtico, y sustituir á una pared de la capilla una hermosa reja de hierro, para que los devotos del Santo pudieran ver á todas horas el sepulcro y orar delante de él, resguardados de las aguas y la intemperie. En el pórtico hizo pintar el

milagro. Despues fue trasladado el Santo cuerpo á la capilla mayor, próxima al tabernáculo del Sagrario, á una magnífica urna de escelente escultura.

DIA 16.

San Julian, Mártir, *Asiático*.

DIA 17.

San Patricio, Obispo y Confesor, *Escocés*.

DIA 18.

San Gabriel, Arcángel.

BEATO SALVADOR DE HORTA, CONFESOR, ESPAÑOL.

Nació este prodigioso varon en el primer tercio del siglo XVI, en Santa Coloma de Farnés, pueblo perteneciente al Principado de Cataluña, diócesi de Gerona. Eran sus padres pobres y de humilde condicion, y ganaban su sustento desempeñando el cargo de hospitaleros en aquel lugar. Desde muy pequeño dedicaron á SALVADOR á cuidar ovejas, habiéndole el Señor dado por segunda vez la vida á los siete años de edad, pues cayó, por una imprudencia propia de niños, en el cubo de un molino, y salió milagrosamente de él, vivo y sin ninguna lesion.

A los veinte años de edad tomó el hábito de Fraile lego de San Francisco, en el Convento de Santa María de Jesus de Barcelona, donde al poco tiempo admiró con sus virtudes á toda la Comunidad, revelando su santidad con los incesantes y pasmosos milagros que el Señor obraba por su mediacion desde novicio. Eralo todavía, cuando habiendo enfermado el cocinero le encargó de este servicio el Guardian, entregándole una noche las llaves para que al siguiente dia, en que tenian convidados en el Convento al regente y otros varios caballeros de la ciudad, guisase la comida. Poco despues de-

amanecer se fue á la iglesia á orar, despues confesó y comulgó, y quedó de rodillas, dando al Señor gracias, tan abstraido y estasiado, que olvidó completamente su nueva obligacion de confeccionar la comida. Acercábase la hora de esta, y por consiguiente la de llegar los convidados, y habiendo advertido algunos Religiosos que todavía no se habia abierto la cocina, preguntaron al Guardian si habia dispuesto que se hiciese la comida fuera del Convento. Mucho sorprendió la pregunta al Superior, y la noticia de que no se habia abierto la puerta de la cocina, y deseando saber en qué consistia aquella falta, que tan desairado le iba á dejar con sus convidados, marchó en busca del nuevo cocinero, á quien encontró orando todavía en la iglesia. Respetando el lugar, nada más le dijo sino que fuera con él á la cocina, con ánimo de reprenderle en esta su falta y castigarle por ella. Siguiéndole SALVADOR, sacó las llaves y abrió la cocina, quedando altamente sorprendido el Guardian al ver la lumbre en las hornillas, y las ollas con la vianda en disposicion de servirse.

Al poco tiempo de este milagroso suceso, profesó con gran contento de todos los Religiosos; contento que se fue entibiando en algunos, porque la traidora envidia comenzó á tomar posesion de los corazones de varios compañeros, y especialmente de algun Superior, que se creia rebajado por que el pueblo demostraba cada dia más respetuoso afecto al que le favorecia, solicitando y consiguiendo para él tantas gracias del Señor.

Desde el Convento de Barcelona pasó al de Horta, que fue en el que más años moró, y donde más florecieron sus relevantes méritos para con el Señor; de donde le quedó el sobrenombre de Horta, que muchos han tomado por apellido de familia, y que solo tuvo orígen por comenzarle á llamar en el pueblo el Santo Fraile de Horta, ó el SANTO SALVADOR EL DE HORTA.

Yendo un dia á visitar á Nuestra Señora de Montserrat, se le acercaron en el camino dos ciegos de nacimiento, vecinos de Villafranca del Panadés, y le pidieron que rogase á Dios les concediese vista. El BEATO SALVADOR les dijo con la mayor dulzura: «Id á la Vírgen de Montserrat, donde yo voy, que, como piadosa Madre, rogará por vosotros á su Hijo, y confiad en Dios, que es Padre de misericordia, y la tendrá con vosotros.» Como eran ciegos de nacimiento, lo dudaron todos los que estaban presentes, y así se lo hicieron presente á SALVADOR, que contestó: «El uno verá, y el otro no tiene tanta fé que lo merezca.» Marcharon los ciegos en direccion al Santuario de la Vírgen, y en el camino le dijo un ciego al otro: «Si este buen Padre puede darnos vista, ¿por que nos envia á Montserrat? ¿Quiere que nos quebremos los ojos por el camino? El otro le replico: «Este Santo varon es muy devoto de Nuestra Señora, y quiere que de su mano recibamos este bien: yo, á lo ménos, allá quiero ir á confesar mis pecados, recibir al Señor, y esperar de su misericordia, que mayores cosas ha hecho Dios por este siervo suyo.»—«Yo tambien iré, dijo el otro; pero no puedo creer que ninguno de los dos haya de quedar con vista.»—Llegaron al Santuario, y el uno, lleno de confianza en Dios, en su Santísima Madre y en el lego FRAY SALVADOR, se confesó, y en el acto de comulgar quedó con vista, prorumpiendo en la misma iglesia en gritos de alabanzas y gracias al Señor y al intercesor. Seguido de gran número de personas y del otro ciego, corrió al encuentro de SALVADOR, que entretenido por el camino en dar consuelos y consejos á los que le salian al encuentro, no habia llegado todavía al Santuario, y así que le vió se arrojó á sus pies, esclamando con la efusion de la más grande alegría y reconocimiento: «¡Oh Padre! seas bendito de Dios, que por vuestros merecimientos la Vírgen me ha dado vista!» El otro ciego habia quedado atrás,

y cuando el que habia cobrado la vista y FRAY SALVADOR llegaron á él, con más envidia que arrepentimiento de su desconfianza, dijo al Santo: «Yo, Padre, vine aquí, como digiste; mi compañero lleva vista, y yo me quedo sin ella, y tan ciego como antes.» A lo que respondió SALVADOR: «Hijo, no es mia la culpa, que tienes poca fé. Si te mandé á este Santo Templo, es porque más puede la Vírgen con su Hijo, que yo; porque es su Madre, y yo indigno siervo.»

La noticia de este milagro atrajo un gran número de ciegos, cojos, mancos, tullidos y enfermos de diferentes dolencias, que á gritos pedian la salud á FRAY SALVADOR, que por todas partes se veia asediado por los desgraciados, dolientes y devotos. Dirigióse á la iglesia, y parándose á la puerta, dijo á la multitud que le seguia: «Hijos mios, aquí teneis á la Vírgen, fuente de misericordia, por cuyas manos recibo yo las que Dios me hace, ¿y venís á mí, que soy nada? Llegad á esta Señora Soberana, que ella os curará: no permita Dios que sea tan mal criado y descortés, que en la casa de su Madre haga yo más que Ella. Confesaos primero, y yo iré con vosotros, y todos juntos, con devocion, le pediremos ponga los ojos de su clemencia en vuestras necesidades; que muy cierto estoy no saldrá ninguno sin consuelo de su presencia.» Y así efectivamente sucedió.

Regresó á su Convento de Nuestra Señora de Horta, en donde comenzaba á significarse demasiado la enemistad de sus compañeros, que crecia á medida que aumentaba el amor de los fieles al *Fraile Santo,* como generalmente le llamaban. Tanto por la estraordinaria largueza con que socorria á los pobres, como por economizarle medios de congraciarse con el pueblo, le prohibió el Guardian que diese limosna de las provisiones del Convento, ordenando al despensero y cocinero que nada le permitieran que tomase. Súpose fuera del Convento esta determinacion del Guar-

dian, y los devotos ricos mandaban todos los dias á FRAY SALVADOR abundantes porciones de pan y varios comestibles para que contentase su caridad repartiéndolo entre los pobres. Viendo el Guardian las muchas y escelentes provisiones que le llevaban, le dijo «que tambien los Frailes eran pobres, y que primero habia de socorrer á los de casa que á los de afuera.» y el Santo le respondió: «Padre, no me lo dan para eso, sino para estos pobrecitos; que de los Frailes Dios tiene particular cuidado, y los provee por otra parte, y hasta ahora nunca he visto que por no tener que comer muera ninguno.» Una vez le dieron un pan muy blanco, y lo guardó en la manga: pidiósele el compañero, y el BEATO SALVADOR le dijo: «Sácalo tu de la manga.» Metió la mano para sacarlo, y la halló llena de rosas, y sonriéndose el Santo, le dijo: «Asi se engañan los golosos; déjalo, que otro lo habrá menester más.» Al llegar á la puerta del Convento, sacó el pan de su manga y se le dió á unos pobres que estaban esperando, y dijo al compañero: «No lo hallaste, porque lo guardó Dios para estos pobrecitos.»

Siguiendo cada dia más la animosidad de los Frailes, y las quejas que elevaban al Guardian, diciendo que no podian tener sosiego, ni tranquilidad, ni silencio para orar, por las muchas personas que de dia y de noche iban en busca de FRAY SALVADOR para que remediase sus enfermedades y desgracias, escribió el Guardian al P. Provincial en queja contra FRAY SALVADOR. Fue el Provincial al Convento de Horta, y llamando á Capítulo, reunió la Comunidad, y delante de todos reprendió al Santo, diciéndole: «¿Pensais con vuestras ocupaciones andar siempre entre seglares, escandalizando á vuestros hermanos, inquietando el Convento y la Comunidad? Yo desharé vuestras trazas y esa máquina de viento que traes en la cabeza.» En seguida escribió al Guardian del Convento de Reus, y mandó que aquella misma noche, acompañado de dos Frai-

les, que le impidiesen hablar con nadie, saliera del Convento de Horta y se dirigiera al de Reus, donde quedaria oculto, ordenándole al mismo tiempo que dejase desde aquel instante su nombre y llevara el de Fray Alonso Catalan.

Con la mayor humildad recibió la órden el Santo lego, y sin manifestar el más pequeño disgusto, salió aquella noche acompañado de dos Religiosos en direccion á Reus. Era el Guardian de este Convento hombre duro, áspero, y de muy desabrida condicion, y como ya tenia noticias de SALVADOR y de las quejas de sus compañeros, en cuanto se presentó, y antes de leer la carta del P. Provincial, le dijo: «Habeis inquietado el Convento de Horta con vuestros milagros, y ahora venís á inquietarnos el nuestro; más yo fio que no suceda así.» Hizo tocar á Capítulo, y leyó á los Frailes la carta del Provincial, en que mandaba no le llamasen por su nombre, sino por *Fray Alonso*, y lo ocupasen en la cocina. No se puede creer la alegría con que el BEATO SALVADOR aceptó el oficio que le daba la obediencia; pero el Guardian, que le contaba los pasos, así por su natural inclinacion, como por lo que le habia escrito el Provincial, no se descuidaba un punto. Al otro dia, luego que amaneció, fue á buscarle á la cocina, y no hallándolo en ella, marchó á la iglesia, donde estaba en oracion: mandólo ir á la cocina, diciéndole:

«Ahí podreis, hermano, rezar y hacer milagros, y no allá fuera con los seglares, donde todos os vean: en la cocina los podreis hacer tras de los tizones, y rezar, fregando las ollas, que para esto tomaste el hábito, y para servir á los Frailes en oficios de humildad.»

En este Convento fue muy perseguido, y tuvo grandes trabajos, y el mayor de todos no poder ejercer la caridad

auxiliando á los pobres y menesterosos en sus escaseces y desgracias, que era lo que le afectaba, sufriendo por lo demas sin pena, sentimiento ni queja los infinitos malos tratamientos de que era objeto.

«A esta persecucion se siguió otra muy grande, pues se levantaron contra él émulos y envidiosos de su santidad y milagros, que lo denunciaron á la Inquisicion: pero solo con ver los inquisidores la gran sinceridad y pureza de que el Señor lo habia dotado, le dieron por libre, y dijeron: «PADRE FRAY SALVADOR, ruegue por nosotros á Dios, »y vuelva á su Convento.»

Hallándose dispuesto por aquellos dias para partir á Cerdeña el Comisario de aquella provincia, Fray Vicente Ferro, determinó SALVADOR marchar con él para concluir allí sus dias. Con gran gusto le admitió en su compañía Fray Vicente, y juntos llegaron á la villa de Caller, por el mes de noviembre de 1575, ingresando en el Convento de Franciscos de aquella villa, en el cual se repitieron las santas escenas que en los de Horta y Reus, aunque apreciados bien diferentemente por aquella Comunidad, que le dispensó hasta el último momento de su vida la veneracion y el respeto á que tan acreedor le hacian sus eminentes virtudes. Anunció el dia de su muerte, hallándose completamente bueno. Tres dias antes de verificarse cayó enfermo casi instantáneamente, presentándose todos los síntomas de muerte cercana. Recibió con la más inefable alegría los Santos Sacramentos, y abrazado á un Santo Cristo, entregó su pura alma al Criador el dia 18 de marzo de 1577, víspera de San José, como él lo habia anunciado.

Así que se supo su muerte acudió al Convento el Virey, Arzobispo, clerecía, autoridades, y gran número de pueblo, que con la mayor devocion besaban los pies al

Santo cadáver, tocando á ellos rosarios, cruces, medallas y lienzos. Gran número de milagros tuvieron lugar durante los tres dias que estuvo espuesto en la iglesia el cuerpo del bendito lego FRAY SALVADOR DE HORTA, siendo enterrado al cabo de este tiempo, aunque con gran pompa y acompañamiento, en el humilde sitio destinado dentro del Convento á sepultura comun de los Frailes.

«Treinta y cuatro años despues de su muerte se halló su bendito cuerpo entero, sano é incorrupto, y fresco como si estuviese vivo, y tratables y movibles los brazos, cuello y junturas; pues poniéndolo en pie reclinaba la cabeza sobre el pecho, y los brazos y pies se encogian ó estendian, y las espaldas rosadas y llenas de sangre fresca, que milagrosamente conserva el Señor para testigo de su admirable penitencia. Hace más escelente este milagro el conservarse el hígado, bazo, corazon, estómago y las telas de las entrañas tan frescas como si estuviera vivo. De todo fueron testigos el Arzobispo de Caller, médicos y cirujanos que se hallaron presentes el año de 1600, y declararon con juramento, segun su saber y práctica, era cosa imposible conservarse asi sin particular milagro de Dios. Muchos obra el Señor por su siervo, especialmente en Caller, donde está su bendito cuerpo, y era celebrado de todos en la segunda Dominica despues de Epifanía, con gran fiesta y concurso: aun antes de estar beatificado se la hacian con sermon, antífona y oracion propia. El año de 1618 el Papa Paulo V concedió su culto. El de 1711 le beatificó Clemente XI, y el de 1724 Benedicto XIII concedió el que se celebrase su fiesta con rito doble el dia 18 de marzo.»

DIA 19.

San José, Esposo de Nuestra Señora, *de la Tribu de Judá*.

DIA 20.

San Niceto, Obispo, *Normando*, y

SANTA EUFEMIA, VIRGEN Y MÁRTIR.

La iglesia catedral de Orense fue la agraciada y enriquecida con las reliquias de esta Santa, descubierta de un modo milagroso, que refiere el Padre Juan de Marieta en estos términos:

«Una mozuela pastora guardaba el rebaño de su padre, allí junto á donde estaba el cuerpo santo enterrado, la cual vió entre aquellos peñascos que salia fuera de la tierra, y que tenia un anillo en una mano. Viendo el anillo la pastora lo tomó, y luego enmudeció, y se fue con él á casa de su padre. El padre, como la vió venir muda, y que traia un anillo, entendió por las señas que le daba cómo hubiese aquello acontecido. Fue luego con su hija allá, y restituyole el anillo, poniéndolo en la mano de la Santa, de donde la hija lo habia tomado. Luego se le volvió el habla á la moza: oyó luego el padre una voz del cielo que le decia: «Aquí yace el cuerpo de SANTA EUFEMIA; por tanto, »pon luego diligencia en que presto se saque de aquí, y sea »sepultada honradamente en la iglesia de Santa Marina.» El buen hombre puso luego por obra esto, y le llevó honradamente al templo de Santa Marina, que estaba no muy lejos de allí. Despues el Obispo de la ciudad de Orense, Pedro Signino, queriendo honrar y ennoblecer su iglesia, pidió á Nuestro Señor con muchas oraciones, ayunos y plegarias la traslacion de este Santo cuerpo á su iglesia catedral, lo-

cual alcanzó del Señor. Mucho antes de este Obispo, intentaron á traerle desde su lugar á la ciudad, y cuantas veces lo trajeron, tantas el Santo cuerpo se volvió á su lugar antiguo, hasta que este buen Obispo lo alcanzó del Señor. La cual traslacion se hizo el año del Señor de 1153, á los 7 de agosto, y las cosas que aquí se han dicho de SANTA EUFEMIA escribió el sobredicho Obispo Pedro Signino, y lo de su traslacion escribe Alonso, Obispo de la misma ciudad, sucesor de Signino, y afirma haberlo oido él de personas que ellos mismos lo vieron todo.»

DIA 21.

San Benito, Abad y Fundador, *Italiano.*

DIA 22.

San Deogracias, Obispo, *Cartaginés.*

DIA 23.

San Victoriano, y compañeros, Mártires, *Cartagineses.*

SANTO TORIBIO ALFONSO MOGROBEJO, ARZOBISPO DE LIMA, CONFESOR, ESPAÑOL.

Fue este Santo descendiente de la ilustre familia de los Mogrobejos del reino de Leon, célebre en la historia por sus gloriosos hechos, que se remontan al tiempo de la restauracion de la monarquía española por el Rey D. Pelayo, pues en la batalla con que este héroe dió gloriosa vida al trono castellano, un Mogrobejo llevaba el estandarte real de D. Pelayo, cuya asta se colocó en la iglesia parroquial de la villa de Mayorga, capilla de San Martin, propiedad de la familia de los Mogrobejos.

Nació TORIBIO en Villaquejida, diócesi de Oviedo, el sábado 16 de noviembre de 1538, siendo sus padres Don Luis Alfonso Mogrobejo, y su madre Doña Ana Robles de

Moran, que ya habia dado al mundo otro hijo, siendo TORIBIO el segundo descendiente de tan ilustre y virtuoso matrimonio.

Desde muy pequeño manifestó decidida vocacion al estado eclesiástico, la cual fue de la más completa aprobacion de sus padres, quienes le tomaron maestros que le preparasen para comenzar la carrera de la Iglesia. Preparado convenientemente, y en edad para poder salir del seno de su familia, marchó á Valladolid, donde cursó latin y artes, pasando despues á Salamanca, en cuya célebre Universidad estudió los Cánones y se ordenó de sacerdote.

La fama de la ciencia y rectitud de TORIBIO ALFONSO MOGROBEJO llegó hasta la córte, y el Monarca Felipe II, reinante á la sazon, le nombró Inquisidor de Granada, cargo que desempeñó con el más esquisito celo y justicia, enterándose prolija y detenidamente de cuantas causas se incoaron en aquel Tribunal durante los cinco años que con aplauso general desempeñó tan importante destino.

A los cinco años vacó el Arzobispado de Lima, y el Rey D. Felipe le honró en seguida con el nombramiento de esta dignidad, que rehusó fuertemente TORIBIO, pero que tuvo que admitir por las reiteradas instancias del Soberano español, partiendo por fin para el Perú en el año de 1581, á los cuarenta y tres años de su edad.

Veinte y cinco años de constantes desvelos y diarias fatigas dedicó al engrandecimiento de la Religion, al lustre y aumento del culto, y á proporcionar cuantos bienes pudo, así materiales como morales, á todos los habitantes de aquel pais. Con incansable constancia le recorria trepando por las más escarpadas rocas para hacer oir su palabra á los indios, de los cuales atrajo infinito número al gremio del cristianismo, moralizando sus costumbres, españolizando su género de vida, y haciendo útiles á la sociedad aquellas familias errantes, que se diferenciaban muy poco

de las fieras entre las que habitaban. Hizo gran número de templos, que fueron viéndose mas concurridos cada dia y más respetados con franca y leal devocion.

Mucho le debió tambien la disciplina eclesiástica, la administracion pública y la patria, pues aumentó con grandes porciones el territorio que ya pertenecia á España cuando tomó posesion de la Sede.

Desde la edad de sesenta años comenzó á debilitarse notablemente; y como apenas daba descanso á su cuerpo, se quebrantó tanto su salud, que para nadie era dudoso que estaba herido de muerte el tan benemérito y querido Prelado. Sin embargo, vivió todavía otros ocho años, dejando con la mayor dulzura y tranquilidad este mundo el dia 23 de marzo de 1606, á los 68 años de edad.

Su muerte fue estraordinariamente sentida en el Perú, y especialmente en la ciudad de Lima, en la que todos sus habitantes le amaban y respetaban como á un padre, acudiendo á él en todas sus cuitas y trabajos, y las autoridades en sus dudas, para aclararlas y resolverlas con los consejos de SANTO TORIBIO, que siempre fueron justos y luminosos.

El Papa Inocencio XI le colocó en los altares en el año de 1679, y en el de 1726 fue canonizado solemnemente por el Papa Benedicto XIII.

BEATO JOSE ORIOL, CONFESOR, ESPAÑOL.

Con justa razon se gloría Cataluña de haber producido tantos célebres é ilustres Santos, glorioso ornamento de la Iglesia de España, pues pocas provincias pueden competir con las catalanas en haber producido escelsos y preclaros soldados de Jesus.

Barcelona fue la madre patria del BEATO JOSE ORIOL, y tambien de sus padres, Juan Oriol y Gertrudis Buguñá, de oficio tejedores de terciopelo. Nació JOSE el dia 23 de

noviembre de 1650, y contra la costumbre de aquel tiempo de tener sin bautizar los niños muchos dias, ocho lo ménos por casi regla general, fue bautizado JOSE en el mismo dia de su nacimiento, sin que á ello obligase el más remoto temor de muerte, porque nació bello, lozano y rebosando vida y salud. Tuviéronle en la pila de la iglesia de San Pedro de los Puellos el doctor en medicina D. Antonio Morell, en calidad de padrino, y como madrina la mujer de un fabricante para quien trabajaba Juan Oriol, llamada María Puigventós, recibiendo el agua del bautismo de mano del Vicario semanero D. Bartolomé Fontanals, con los nombres de JOSE, Miguel y Antonio.

Poco gozó de las caricias de su padre, pues cuando apenas JOSE contaba un año de edad, murió en una grande y mortífera epidemia, que causó tantos estragos en Barcelona, que morian las gentes por las calles sin tener quien les auxiliara ni recogiera; y clamando la poblacion por consuelos espirituales, determinaron las autoridades civil y eclesiástica llamar clérigos de diferentes poblaciones, autorizando á los de Barcelona, mientras llegaban los forasteros, para que dijeran dos Misas diarias.

A los tres años de haber muerto el primer marido, contrajo nuevas nupcias la madre de JOSE uniéndose á Domingo Pujolar, de oficio zapatero, que distinguió con el mayor afecto á su hijastro JOSE, al que colocó de acólito en la parroquia de Santa María del Mar, al cumplir los diez años.

La humildad del niño, su afan y desvelo por complacer, y su laboriosidad en tan tiernos años, hicieron bien pronto al acólito JOSÉ el predilecto de todos los Capellanes asistentes á la parroquia, y con sus auxilios pudo comenzar su instruccion para seguir la carrera de la Iglesia; pero habiendo muerto su padrastro á los trece años de su matrimonio, quedó la viuda Gertrudis y su hijo JOSÉ en la ma-

yor miseria, sin contar con recursos de ninguna especie para atender á la subsistencia, ni ménos á la carrera del jóven. La viuda marchó á habitar en compañía de una caritativa mujer que le daba habitacion para recogerse; pero siendo tambien pobre, no podia apenas auxiliarla en la manutencion, que tenia que ganar la viuda asistiendo á las casas en que la llamaban.

JOSÉ dejó el servicio de la parroquia, y lo llevó á su casa su ama de leche Catalina, mujer de Antonio Bruguera, honrado menestral, pero que, gozando de muy escasa fortuna, no podia auxiliar en gran cosa á JOSÉ y á su madre: daba, sin embargo, al jóven la comida y un cuartito en lo alto de la casa, y JOSÉ continuó el estudio ayudándose con algo que ganaba dando lecciones de leer y escribir, y gramática latina, que poseia perfectamente.

Al paso que en edad crecia en virtudes y santidad el jóven JOSÉ ORIOL, captándose la voluntad de cuantos le trataban por su humilde y complaciente carácter, y por sus costumbres verdaderamente ejemplares. Pero el diablo, que nunca está ocioso en meditar perdiciones de almas, infiltró en la de Antonio Bruguera el mal pensamiento de desconfiar de la virtud de su mujer Catalina y de su protegido JOSÉ. Queríanse efectivamente estos dos con grande estremo; pero sin considerar Antonio que ni era nuevo ni estraño un profundo cariño entre una ama de cria y un hijo de leche, y más en las circunstancias que concurrian, en estos, de compasion y amparo por una parte, y agradecimiento por la otra, se persuadió de que aquel cariño era criminal, y comenzó á vigilar á su mujer y al jóven. Nada vió que justificase las sospechas que en su mente hizo nacer Satanás; pero en lugar de tranquilizarse vivia más atormentado, porque juzgó muy difícil sorprender el secreto de las relaciones, por el gran talento del jóven. Estrañole á este la reserva y frialdad que principió á notar en su pro-

tector; pero consideró que seria tal vez por comenzar á serle gravoso, y para indemnizarle en lo que podia, le ayudaba en algunas faenas y trabajos, y hasta llegó á ocuparse en barrer, encender la lumbre y otros servicios mecánicos de la casa, con lo cual iban en aumento las celosas sospechas del alucinado menestral, que creia ver en estos servicios de JOSÉ interesadas y criminales miras de complacer á su mujer, y de estar más constantemente á su lado. JOSÉ observaba tambien á su protector, y no se le ocultó que la frialdad y reserva iba en aumento, y á pesar de su inocencia y candidez, como tenia gran comprension, comenzó á sospechar la verdad, y solo esperó á convencerse de la certeza de su idea, para marcharse inmediatamente de una casa en la que su estancia podia originar serios disgustos.

Vió y oyó un dia, desde el cuartito que ocupaba en la parte alta de la casa, que el marido se habia despedido de su mujer, diciéndola que iba al trabajo, y que en lugar de salir se habia quedado escondido en un cuarto inmediato á la cocina, en la que estaba la mujer disponiendo una colada para la ropa. No le quedó duda ya á JOSE acerca de las ideas del marido, y determinó marchar inmediatamente: recogió sus libros y la poca ropa que tenia, formó un lio con ello, y bajó con ánimo de ausentarse sin decir nada; pero el comportamiento que habia tenido con él su nodriza, y el verdadero cariño que la profesaba, no le permitieron salir sin despedirse, diciéndola que iba á un pueblo inmediato á dar unas lecciones, y que volveria á Barcelona dentro de pocos dias. Entró en la cocina, y manifestóselo así á su ama y protectora, que se despedia de él enternecida, cuando se presentó el marido, que quedó cortado al saber la determinacion del jóven; pero resentido al mismo tiempo por la pena que manifestaba su mujer por la marcha de JOSE, le dijo á este: «Creo que para que mi mujer esté contenta, val-

drá más que tú te quedes y yo me vaya.» A lo que contestó el jóven: «No ha de ser eso así, si Dios quiere, porque vuestra esposa es honrada y leal, y despues de Dios, lo que más ama y estima es á su marido; y es eso tan cierto, que en testimonio de verdad pongo por ella las manos en el fuego.» Acto continuo metió las manos en la lumbre, teniéndolas entre las brasas, sin recibir el menor daño. Arrepentido entonces Antonio Bruguera de sus criminales sospechas, pidió perdon al jóven, rogándole que no se ausentara de su casa, pues conocia ya el motivo de su despedida. El jóven, con la dulzura y generosidad de un Santo, le perdonó, y se quedó en la casa.

Al poco tiempo enfermó JOSE de los nervios, quedando baldado enteramente, con las piernas y los brazos encogidos, y así permaneció cerca de dos años, sin consentir en tomar remedio ninguno, diciendo que mientras fuera la voluntad de Dios el que estuviera así, serian inútiles todas las medicinas, y que cuando Dios quisiera librarle de la enfermedad, sin medicina curaria instantáneamente. Así se verificó, en efecto, amaneciendo un dia JOSE con su antigua agilidad, sin quedarle más señal de su dolencia que su estremada delgadez.

Volvió á sus estudios, continuando siempre en la casa de Bruguera, sin que este volviese á dudar de la virtud de su mujer, y en el dia 30 de mayo de 1676 tuvo el inefable placer de cantar la primera Misa en la iglesia de San Pedro de los Puellos, en la que sirvió de acólito.

Deseando atender á las infinitas necesidades de su anciana madre, que continuaba constituida en la mayor miseria, entró en clase de ayo y preceptor de los niños en la casa del ilustre D. Tomás Gamerí, sita en la plaza de la Daguería, llamada así por la fábrica que entonces habia allí de dagas y armas blancas.

Diez años permaneció en la casa, querido y estimado de

todos, hasta que, habiendo fallecido su madre, determinó pasar á Roma en trage de peregrino. Se despidió de los señores de Gamerí, que sintieron estraordinariamente les privase de su compañia, pero que no le instaron para que continuase en ella respetando su santa determinacion. Al salir de Barcelona, entregó á un pobre todo el dinero que llevaba, y emprendió la peregrinacion pidiendo limosna.

Ignórase lo que hizo en Roma, presumiéndose que solo se ocupó en actos de santidad y práctica de virtudes: únicamente se sabe que informado el Papa Inocencio XI de la vida ejemplar del sacerdote español ORIOL, le confirió un beneficio de residencia en la iglesia de Santa María del Pino de Barcelona. Regresó en su virtud á España y tomó posesion de su destino, captándose en seguida la voluntad, respeto y cariño de los asistentes á la iglesia á que pertenecia. «Y bien pronto se hizo admirar de todos por su desinterés, humildad y por sus grandes penitencias al par que su inocencia y santidad. En la oracion llegó á ser maestro consumado, bajo la direccion, como el Santo decia, de los Loyolas, Nedis y Teresa de Jesus. El amor de Dios y del prójimo fueron los guias perennes de su vida interior y esterior, de tal modo, que nunca en toda su vida dió el más leve motivo á nadie de queja ó de sentimiento. Ni las injurias le incomodaban, ni las alabanzas le envanecian. A todas estas virtudes unia JOSÉ ORIOL una ciega obediencia á sus superiores, cuyos preceptos eran para él emanados de Dios. La austeridad de su vida se revelaba en su rostro macilento, en su delicada salud; y su trage, aunque aseado, era el mismo en invierno y en verano. Sus paseos y diversiones más gratas eran enseñar el Catecismo en las fábricas, cárceles, presidios y hospitales, difundiendo en todas partes las luces y consuelos de la Religion. El confesonario y el púlpito fueron el principal teatro de sus hazañas, y á los que no querian ó no podian asistir á acusarse en el uno ni

á oir en el otro, les salia al encuentro y ganaba su corazon y su alma para Jesucristo. Nada se escondia á su celo; nada se escapaba al vivificante calor de su caridad; pero su caridad y su celo se creyeron limitados en Barcelona, y el edificante sacerdote adoptó la fervorosa resolucion de marchar á pais de infieles á predicar el Evangelio.

Esta determinacion, si bien reconocia como primer móvil su constante anhelo por la propagacion y engrandecimiento de la Religion cristiana, estaba poderosamente impulsada por el deseo ardiente que siempre abrigó su corazon de morir Mártir por la defensa y confesion de la fé. Sabia de memoria las vidas y tormentos dados á todos los mártires, y se estasiaba refiriéndolas, comentándolas y admirando el heroismo de aquellos Santos que enajenados de gozo vertieron su sangre por Jesucristo, y que escitaban en su corazon una santa emulacion y envidia, lamentándose de no haber nacido en la época de las persecuciones. Pero existian idólatras al otro lado de los mares, y consideraba preciso, indispensable, ó convencerlos de sus errores, ó morir á sus manos Mártir de la fé. Resuelto, pues, á no dilatar más su proyecto, renunció el beneficio que disfrutaba en la iglesia de Santa María del Pino, y despidiéndose hasta la eternidad de sus amigos y devotos, se embarcó para Marsella, en donde esperaba encontrar buque que le trasportase á Tierra-Santa, pues antes de comenzar la mision á que pensaba dedicar el resto de sus dias, queria visitar á Jerusalen. Pero el Todopoderoso lo dispuso de otra manera.

Llegó á Marsella, y no encontrando proporcion para hacer el viaje, tuvo que resignarse á esperarla, y no queriendo mientras esta se presentaba permanecer inactivo é inútil á la humanidad, entró en un hospital para servir y atender á los enfermos. Al poco tiempo cayó él tan gravemente, que todos los médicos opinaron que moria, salvándose,

por fin, en el concepto de todos, por un milagro del Altísimo. Pero la convalecencia fue muy larga y penosa, habiendo quedado tan débil y achacoso, que apenas podia andar. Sin embargo de este lamentable estado de su salud, acariciaba la idea de marchar á Tierra-Santa y dedicarse luego á la mision proyectada; pero tuvo el desconsuelo de no ser admitido á bordo de ninguno de los varios buques que zarparon de Marsella con rumbo á la tierra por él tan deseada, habiéndole dicho todos los capitanes que era una temeridad emprender, en el estado en que se hallaba, un viaje que fijamente no podria resistir. En vista, pues, de esto, de los consejos de los médicos y de las personas de Marsella que se interesaban por su salud, regresó á España por tierra, para evitar el paso del casi siempre peligroso golfo de Lyon.

Imposible es describir la alegría de sus amigos y paisanos al volverle á ver, pues aunque les afligia el mal estado de salud en que llegaba, confiaban en que los aires natales le robustecerian. Algun alivio tuvo; pero no el que todos deseaban y esperaban: podia, sí, andar con alguna soltura y firmeza, pero distancias cortas, pues se fatigaba estraordinariamente.

Dedicado á visitar y cuidar enfermos pasó los cinco años que le quedaron de vida, que fueron por cierto los más abundantes de beneficios para el pueblo, por las portentosas curas que hizo, ayudado y protegido por la poderosa mano de Jesus y de su Santísima Madre, á quien consagró una especial devocion.

A pesar de su poca salud, no renunció á la penitencia y á los ayunos, que guardaba con el mayor rigor, no solo los dias de precepto, sino todos los viernes del año, y varias vigilias que él se habia impuesto para honrar á muchos Santos, especialmente Mártires.

Conoció el fin de su vida, y predijo con mucha antici-

pacion el dia y la hora de su muerte. Agraváronse sus habituales dolencias, y cayó postrado en la cama para no levantarse más. Tres dias antes de morir mandó disponer delante del lecho un altar, y que colocasen en él un crucifijo á cuyos pies habia una Dolorosa, delante de la que oraba muchas horas todos los dias, en un cuartito que tenia destinado á oratorio y lugar de retiro y penitencia. Arreglado el altar, pidió los Sacramentos, que recibió con el mayor fervor y alegría delante de sus más particulares amigos, que habian acudido inmediatamente á su humilde habitacion.

A los tres dias de recibir el Santo Viático, y seis horas antes de espirar, manifestó á sus amigos que deseaba oir cantar el *Stabat Mater dolorosa*, y que les agradeceria mucho que le proporcionasen este contento. Inmediatamente salieron sus amigos y trajeron cuatro infantillos del Palau para que cantasen el himno, á los que acompañó con el arpa el maestro de Capilla, D. Tomás Milans. Concluido el himno, dió las más espresivas gracias á todos, cruzó las manos sobre el pecho, y fijó la vista en el Crucifijo, y en esta postura entregó su santa alma al Criador el dia 23 de marzo del año de 1702, á los cincuenta y uno de edad.

Todo Barcelona se cubrió de luto apenas supo la muerte de nuestro Santo, y tal era el concurso de gentes alrededor de su féretro, que hubo que poner centinelas para evitar desgracias. Sus funerales fueron los más magníficos, y puede decirse que más fue triunfo que entierro, puesto que por disposicion del Sr. Obispo se llevó descubierto el venerable cadáver por las principales calles de Barcelona, siendo necesario burlar las esperanzas del pueblo para darle sepultura. Su sepulcro es aun en el dia visitado por toda clase de personas, que en todos sus apuros, peligros y contratiempos imploran la proteccion del Santo, manifestando el Señor con repetidos prodigios cuán agradables eran á

sus ojos las virtudes de su difunto siervo. Sin haber sido colocado aun en los altares, era invocado y venerado como Santo, y se pedia su patrocinio en todas las necesidades públicas y privadas.

«La Santidad de Pio VI, habiendo examinado detenidamente la vida, virtudes y milagros del que tan generalmente era ensalzado, espidió el Breve de su beatificacion el 15 de mayo de 1806, y el del rezo y Misa para la diócesi de Barcelona el 5 de setiembre del mismo año. La iglesia de Santa María del Pino posee las venerables reliquias de tan gran Santo.»

DIA 24.

San Agapito, Obispo, *Frigio*, y el Beato José María Tomasí, Confesor, *Italiano.*

DIA 25.

La Anunciacion de Nuestra Señora y Encarnacion del Hijo de Dios, y San Dimas el Buen Ladron, *Judío.*

DIA 26.

SAN BRAULIO, OBISPO Y CONFESOR, ESPAÑOL.

La invicta ciudad de Zaragoza fue la madre patria de este ilustrísimo Santo español. Ignórase quiénes fueron sus ascendientes y el apellido de su familia: hay quien le hace hermano de San Hermenegildo y de Recaredo, y quién le dá la misma ascendencia que á los cuatro Santos de Cartagena, Leandro, Fulgencio, Isidoro y Florentina; pero estas noticias son inadmisibles por carecer del más pequeño fundamento justificado. Sábese únicamente por San Ildefonso que fue hermano de su predecesor Juan, que tan grata me-

moria dejó por el tino, prudencia y santidad con que desempeñó el Obispado.

La primera educacion la recibió BRAULIO en su pueblo natal, al lado de sus padres y hermano, y aun las nociones de ciencias y letras, pues cuando salió de Zaragoza para Sevilla ya figuraba como jóven de talento y alguna instruccion.

Habiendo fundado por aquel tiempo en Sevilla el grande y Santo Doctor y Arzobispo Isidoro un Seminario para la instruccion de la juventud en letras y virtudes, enviaron sus padres á aquella notable escuela á BRAULIO, que bien pronto se hizo distinguir entre los seminaristas por sus rápidos adelantos en las letras y ciencias, y por sus costumbres puras y santas. El Arzobispo San Isidoro le profesó un particular afecto, que duró hasta el fin de su vida, sosteniendo sin interrupcion edificante y cariñosa correspondencia epistolar, y remitiéndose mútuamente diferentes regalos. Como muestra de la ternura de afecto con que distinguió el grande Isidoro á su discípulo BRAULIO, copiaremos el párrafo de una carta que le escribió á poco de haber sido este nombrado Arcediano de Zaragoza. Dice así:

«Hijo mio carísimo, cuando recibas esta carta de tu amigo, no te detengas en abrazarla como si fuese él mismo en persona. Los que están ausentes no tienen otro consuelo que abrazar las cartas de su amado. Te he enviado un anillo y una capa: lo primero en señal de la union de nuestros corazones, y lo segundo para que cubra y resguarde nuestra amistad, que es lo que significó la antigüedad en el vocablo de que usan los latinos. Ruega á Dios por mí, y el Señor quiera moverte el corazon, de manera que merezca yo volver á verte otra vez, para que sea mi alegria viéndote tanta, como es el pesar que tengo desde que estás ausente.»

Grandes goces brindaba el mundo á un jóven como BRAULIO, ilustre, alabado y admirado por su gran ciencia; pero las pompas mundanas no tenian el más pequeño atractivo para él, que solo deseaba hacerse grande en el servicio de Dios para ganar la bienaventuranza. En su virtud, pues, constituyéndose en servidor de la Iglesia, y huyendo del bullicio, se ordenó de sacerdote, haciendo una vida tan pobre, humilde y ejemplar, que era la admiracion de cuantos le conocian. Más á pesar de su retirada vida y de su humildad, eran tan conocidas su aptitud y virtudes, que á escitacion del clero de Zaragoza le confirió su hermano Juan, Obispo ya de aquella Sede, el arcedianato de su santa iglesia, dignidad de grande importancia entonces, por estar revestida de las amplísimas facultades concedidas por el cuarto Concilio Toledano.

La rectitud, justicia y tacto con que desempeñó este importante cargo, justificaron completamente el deseo del clero y la aquiescencia de su hermano, el Obispo Juan, para el que fue un auxiliar de valor inestimable.

Deseando siempre BRAULIO aumentar su instruccion, y proporcionar á la cristiandad escritos instructivos y piadosos, rogó á su maestro San Isidoro que escribiese los *Libros de las Etimologías,* obra que, como afirma él mismo, por sí sola basta para formar el estudio de un hombre y hacerle instruido, tanto en las letras humanas como en las divinas. Accedió el Santo Arzobispo á los deseos de su discípulo, y á este es deudor el mundo de tan preciosa obra. Tambien lo es por iguales razones de la escrita por el mismo Santo Doctor Isidoro, sobre *los sinónimos*, en la que introduce á la razon dando consejos para ilustrar y tranquilizar los corazones agitados, y enseñar los medios seguros de conseguir la paz verdadera con que descansan las almas virtuosas.

Con notable sentimiento de toda la diócesi y el más pro-

fundo dolor de su hermano BRAULIO, pasó á mejor vida el Obispo Juan, quedando por consiguiente vacante la Silla episcopal. Desde luego designó la opinion pública al virtuoso Arcediano para ocuparla; pero más patentemente le designó el Todopoderoso. Reuniose el alto clero para la eleccion, «y cuando trataban los Obispos comprovinciales de elegir sucesor á este tan célebre Prelado, se vió descender repentinamente del cielo un globo de fuego sobre la cabeza de BRAULIO: y aun añaden algunos que al mismo tiempo se oyó que repetia aquellas palabras del Profeta Isaías: *Este es mi siervo, en quien descansa mi espíritu.* Admirados todos del prodigio no les quedó duda en la deliberacion, y penetrados de un santo reconocimiento, dieron fervientes gracias al Señor porque se dignaba manifestarles su voluntad. Rogaron á BRAULIO que predicase con tan dignísimo motivo, y lo hizo con tanto espíritu, fervor y elocuencia, que le aclamaron todos varon lleno del Espíritu Santo, bien manifestado en las prodigiosas señales que habian intervenido en su eleccion.»

A pesar de la solemne abjuracion que habia hecho España de los errores del arrianismo, todavía quedaban cenizas calientes de aquel fuego que abrasó á la nacion por tantos años, y á apagarlas, y á hacerlas desaparecer por completo, dirigió BRAULIO sus más asiduos trabajos desde que tomó posesion de la Sede. Su elocuencia, celo y sabias exhortaciones dieron el resultado apetecido, quedando completamente limpia su diócesi de sectarios de Arrio, gloria que le reconoce con particular elogio la Iglesia en la oracion de su Oficio.

Libre del cuidado que á su santo celo por el lustre de la Religion católica inspiraban los hereges, se dedicó de lleno al cuidado y auxilio de los desgraciados y menesterosos de su diócesi, á quienes socorria, cuidaba y atendia en sus trabajos y enfermedades con el cariño y dulzura del

más amoroso padre: dió gran impulso tambien á la instruccion del pueblo, premiando y atendiendo á los que se dedicaban á darla y á los que la recibian, habiendo sido la época de gobierno de este Prelado la más ilustrada en Zaragoza de los antiguos tiempos.

«No obstante la santidad de su vida, la inocencia de su alma y la rectitud de sus costumbres, castigaba su cuerpo y lo reducia á servidumbre, tratándole como al más execrable pecador. Su igualdad de ánimo era inimitable, bien asi como su benignidad, mansedumbre y dulzura para con todos: solo se manifestaba severo y rígido con los díscolos, los rebeldes y los soberbios. En las providencias era justísimo, fervoroso en los razonamientos, eficaz en las disputas, liberal en las limosnas, incansable en instruir y enseñar á los poco advertidos, modestísimo en el vestido, muy sóbrio en la comida, y sobre todo tan enérgico en confutar los errores, y tan singular en la gracia de las sentencias de la Santa Escritura, y promover las verdades eternas que en ella se contienen, que los enemigos de la fé se vieron obligados á confesar la fuerza irresistible de sus discursos, cuya vehemencia y fuego eran tan grandes, que para que no dudasen ser el Espíritu Santo quien le inspiraba, más de una vez con asombro general se observó una paloma, símbolo del mismo Divino Espíritu, sobre los hombros de nuestro Santo Obispo, en ademan de dictarle lo que predicaba.»

Y asi lo representan casi todas las estampas que se han hecho de este Santo.

En los Concilios de Toledo, IV, V y VI, celebrados en su tiempo, y á los que concurrió, dió inequívocas y brillantes pruebas del gran fondo de su sabiduría y de su eximio celo por la disciplina eclesiástica. En el quinto de estos Concilios

dirigió y arregló sus cánones y decretos con tanta energía y tacto, que remitidas á Roma para su aprobacion las actas con una elegante carta dirigida al Papa Honorio I, no pudieron ménos de causar una grande admiracion en la capital del mundo cristiano su correctísimo estilo, su doctrina y su elocuencia. Si en este Concilio se celebraron los sábios escritos de SAN BRAULIO, no menor aprecio se hizo de ellos en el IV Toledano, celebrado en el segundo año del reinado de Chintila, en el cual merecieron el honor de que todos los Padres de aquellas respetables asambleas llenaran de elogios al autor, y formaran muy alto concepto de su elevada ciencia y santidad, ya notorias en toda España.

Continuando en la actividad de su celo, siempre atento á la satisfaccion de su pueblo, velaba dia y noche sobre su conducta. Embelleció estremadamente todos los templos de su diócesi, para que los Divinos Oficios se celebraran con toda pompa y magnificencia. Merced á la particular devocion que profesó á Santa Engracia, hizo edificar en honor suyo una iglesia sobre la antigua subterránea, llamada de las *Santas Masas*, donde el virtuoso Obispo deslizaba de contínuo su tierno afecto, implorando la intercesion de los que derramaron su sangre en defensa de la fé.

Los Reyes Sisenando, Chintila, Chindasvinto y Recesvinto, cuyos reinados se fueron sucediendo durante los veinte años de Obispado de SAN BRAULIO, le distinguieron con gran respeto á su portentosa sabiduría, con la que no brillaba ménos fuera de los Concilios que en ellos. A él recurrian «los Obispos, los Reyes, presbíteros y todo género de personas, como á una fuente de doctrina y de prudencia, en donde hallaban la solucion de las dudas, y consejos acertados en los negocios mas árduos y difíciles.»

La grande obra de asegurar la tranquilidad del reino, haciendo que á Chindasvinto sucediese Recesvinto en la

corona, fue fruto de la sabiduria y alta consideracion que BRAULIO tenia en todas las gerarquías de la nacion y en la estimacion del mismo Rey. Se habian esperimentado varias turbaciones y escesos en las elecciones de Monarca: con prevision de la muerte de Chindasvinto, se iban ya fomentando facciones por personas tumultuarias y ambiciosas que aspiraban al trono por medio de la tiranía: los españoles fieles y sensatos, previeron que costarian mucha guerra y sangre semejantes turbulentas intenciones, y asi procuraron poner en tiempo el remedio á los males que amenazaban, solicitando que Chindasvinto, no solamente declarase á su hijo heredero de la corona, sino dándole el título y potestad de Rey antes de su muerte. Pero un negocio tan árduo necesitaba para tratarse y conseguirse de una mano maestra que supiese manejar todos los medios de la prudencia, de la política y de la razon. Pusiéronlo todo en las de BRAULIO, de cuya sabiduría, autoridad y santidad no dudaban que haria el Rey todo el aprecio que esperaban. En efecto, escribió el Santo Obispo á Chindasvinto una carta, en que, despues de representarle el amor y fidelidad de sus vasallos, las calamidades y turbaciones á que quedarian espuestos si no se prevenian oportunamente los artificios de la ambicion, llega á proponerle temeroso y esperanzado el medio que los españoles deseaban. El efecto de esta carta fue nombrar á Recesvinto sucesor del reino, y Rey juntamente con Chindasvinto, mientras á este le durase la vida.

Despues que Recesvinto subió al trono, encargó á SAN BRAULIO la correccion de un códice que estaba tan falto é incorrecto, que aseguró el Santo que le hubiera sido de ménos trabajo el escribirlo de nuevo. Por tanto, despues de haber hecho algunas correcciones, se le volvió al Rey, alegando que sus muchos años, sus enfermedades, falta de vista, y las amarguras que le originaban los espí-

ritus díscolos é inquietos, le hacian tardar demasiado y casi desconfiar de la conclusion de la obra. Pero el piadoso Monarca, conociendo cuánto valia el trabajo de un varon tan consumado en letras y virtudes, no quiso desistir de su empeño. Consolole en sus trabajos; alentole con la esperanza de que el Señor, por cuya causa trabajaba, le infundiria nuevo vigor y nuevas fuerzas, y últimamente que solo de su elocuencia y sabiduría esperaba la conclusion de aquella obra. Cedió el Santo á las honoríficas y piadosas insinuaciones del Monarca, y concluyó la obra, remitiéndola con las humildes espresiones de que, «si algun yerro se encontraba en ella, debia atribuirse á la cortedad de sus luces; y por el contrario, todos los aciertos debian atribuirse á la gracia particular del Señor, que habia sabido desatar la lengua del animal más rudo para que hablase cuando convenia.

»Unos trabajos tan pesados y tan contínuos; las inquietudes y detracciones que le hicieron padecer los enemigos de la virtud; el celo y vigilancia con que miraba la salvacion de sus ovejas, y las muchas enfermedades que padeció, pusieron término á su preciosa vida, cuyo fin le obligaron á mirar con gusto las amarguras con que la pasaba, como afirma en la primera carta que escribió á Chindasvinto. Sucedió su muerte por los años del Señor 651, siendo llorada de todos los buenos, que conocian que en SAN BRAULIO habia perdido la Iglesia de España un ministro fiel, un Obispo celoso, un doctor sapientísimo, un padre amoroso y un sacerdote santo. Su venerable cuerpo fue sepultado en la iglesia de Santa María la Mayor, que hoy se llama del Pilar, en donde por la miseria de los tiempos siguientes llegó á estar sin veneracion y desconocido por más de seiscientos años. Pero Dios, que quiere que sean veneradas las reliquias ó despojos sagrados de sus siervos, reveló al Obispo D. Pedro Garcés de Januas el sitio donde

reposaban las del Santo, desde donde, con gran veneracion, fueron trasladadas al altar mayor de la iglesia del Pilar, donde los fieles las veneran.

»Escribió la vida de San Millan, un índice de las obras de su maestro San Isidoro, la vida de los Santos Mártires Vicente, Sabina y Cristeta, muchas epístolas llenas de uncion y sabiduría, que son un depósito de instruccion para los fieles, y un testimonio de los grandes trabajos que padeció.»

SANTA EUGENIA, VÍRGEN Y MÁRTIR, ESPAÑOLA.

Conformes están todos los escritores que se han ocupado de esta Santa Vírgen en que corria por sus venas la sangre real goda, y que sus padres, ademas de su ilustrísima estirpe, disfrutaban grandes riquezas y eran cristianos. En lo que no andan todos acordes es en el lugar de su nacimiento y sitio en que se encontró en el año de 1544 una lápida de mármol blanco de dos tercias de largo y poco más de una de ancho, en la que en un acróstico latino se consigna el martirio de la Santa. *Marmolejos* llaman todos al sitio en que se encontró la lápida, y que fue donde nació SANTA EUGENIA; pero unos quieren que este Marmolejos sea el pueblo de igual nombre en la provincia de Córdoba, llamado antiguamente Municipio Uriense, y otros que sea el barrio de la ciudad de Córdoba así llamado, inmediato al antiguo convento de San Pablo, siendo de esta opinion el tan autorizado Padre Roa en sus *Santos de Córdoba*, fólio 68, en que copia la inscripcion latina de la lápida.

Pero de cualquiera modo resulta que la Vírgen y Mártir SANTA EUGENIA fue española, y cordobesa, ya nacida en la capital, ya en un pueblo de la provincia.

Estraordinariamente bella nos la dá la historia, y «humilde, obediente, sobria, callada; era, en suma, dice, el completo de todas las virtudes.» Su ardiente amor á Jesu-

cristo la decidió á consagrarle su alma y su cuerpo, haciendo voto de castidad en edad muy tierna.

El aumento que iba teniendo en Córdoba desde el año de 920 el gremio del cristianismo, comenzó á llamar la atencion de los moros, dueños entonces del reino, y determinaron reproducir las antiguas persecuciones para contener la propaganda católica. Volvieron las prisiones, los tormentos, y la sangre de los heróicos soldados de la Cruz volvió á enrojecer las cimitarras sarracenas y teñir el suelo español.

EUGENIA era conocida de todos los habitantes de Córdoba, cristianos é infieles, y no tanto por su distinguida clase como por sus virtudes y ardiente celo en favor del engrandecimiento de la Religion de Jesucristo, y sin respeto á su juventud, á su hermosura ni á su posicion, fue encarcelada á mediados del año 922. Cuanto puede inventar la astucia y la saña para vencer agena voluntad, pusieron en juego los enemigos de la fé. Halagüeñas y seductoras promesas, espantosas y terribles amenazas, privaciones y malos tratamientos, golpes y tormentos emplearon constantemente, sin conseguir vencer la heróica fortaleza de la jóven EUGENIA, que cada dia más firme en la fé cristiana, pasaba las horas orando y entonando himnos en alabanza del Señor, de su Madre y de los Mártires en la húmeda y lóbrega prision que ocupaba, y en la que fue visitada por San Pelagio. Viendo por fin el tirano que trascurria un mes y otro sin que nada fuera capaz de debilitar lo más mínimo el heróico valor de la Santa doncella, la mandó degollar, cuyo feroz acto fue consumado el dia 26 de marzo de 923, entregando la Santa Vírgen su pura alma al Criador con el rostro inundado de la más pura é inefable alegría.

DIA 27.

San Ruperto, Obispo y Confesor, *Francés.*

DIA 28.

San Cástor y San Doroteo, Mártires, *Sicilianos,* y San Sixto III, Papa, *Romano.*

DIA 29.

San Eustasio, Abad, Mártir, *Francés,* y San Siro, *Griego.*

DIA 30.

San Juan Clímaco, Abad, *Arabe,* y San Régulo, Obispo y Confesor, *Francés.*

DIA 31.

Santa Balbina, Virgen y Mártir, *Romana,* y San Amós, Profeta, *de Judea.*

SAN AURELIO Y SANTA SABIGOTO, SU MUJER; SAN FELIX Y SANTA LILIOSA, SU MUJER, Y SAN JORGE, MONGE (1), MARTIRES, ESPAÑOLES.

Quince años de guerras civiles entre los moros habian dado alguna tregua á la persecucion contra los cristianos, llamada *sarracénica,* tan sangrienta y cruel como la *gentílica* del tiempo de los romanos, y que acrisolado habia de nuevo el valor y la fé de los soldados de Jesucristo. El advenimiento al trono de Córdoba de Abderrhaman II en el año 821 por muerte de su padre Alhaca, dió por tierra con las ambiciosas pretensiones de sus tios Zulema y Abdallah, que

---

(1) Se incluye este Santo, aunque no fue español, por ser indispensable hacer mencion de él en las sucesos de las vidas de sus cuatro compañeros.

reconociendo la superioridad de valor y entendimiento de su sobrino, se resignaron á ser vasallos cuando pretendian ser Reyes.

La primer mira de Abderrhaman al sentarse en el sólio de su padre fue halagar el orgullo del pueblo mejorando y engrandeciendo la ciudad de Córdoba, rival entonces de las primeras de España. Hizo empedrar las calles, y por medio de caños de plomo llevar de los montes gran surtido de sanas y cristalinas aguas: reedificó las mezquitas, edificando una magnífica, y rebajó los impuestos que pagaba el pueblo. Captada completamente la voluntad de éste, y estando seguro de la universal aprobacion de sus actos, comenzó á legislar en provecho propio y de sus miras ulteriores. Fue el primero de los Reyes moros que sentó la ley de que, sin tener para nada en cuenta á los demas parientes, sucediesen y heredasen los hijos á sus padres. Ley que satisfacia sus deseos, y que fue recibida con la mayor complacencia por sus vasallos.

Las mejoras materiales realizadas en la poblacion; el estraordinario lujo de sus mujeres y servidumbre, y el gasto del ejército, reunido á la rebaja de impuestos, vació completamente sus cajas y le obligó á pensar en recursos, que tan necesarios le comenzaban á ser. Sin descontentar á sus vasallos no podia acudir á ellos, y determinó que los cristianos pagasen las mejoras de la ciudad, su lujo y sus dilapidaciones; y pretestando perseguir las creencias y el culto á Jesus, se iba apoderando de todos los bienes de los cristianos, resucitando la persecucion que tantas víctimas habia hecho ya.

Dos párrafos del libro primero, número 12 del *Documento martirial* de San Eulogio, que sufrió esta nueva persecucion y murió en ella, como queda dicho en su lugar, demostrarán á nuestros lectores la situacion de Córdoba por estos dias.

«Oprimen, dice, los cuellos de los fieles con un yugo gravísimo: pretenden esterminar de su reino el nombre de los cristianos: tal vez si nos permiten el uso de religion, es á medida de su gusto: unas veces nos oprimen con tan dura servidumbre, que, como en tiempo de Faraon, hacen que sea fastidiosa la vida: otras veces sacan á fuerza un tributo intolerable: ya forman público decreto contra los cuellos de los afligidos: ya nos quitan los bienes y las haciendas: ya realzan con crueldad los detrimentos: y, en fin, entre tanto género de opresiones, entre tan diversos modos de molestias, creen que con nuestros perjuicios obsequian á su dios.

»Los calabozos están llenos de clérigos: las iglesias privadas del oficio de sus Prelados y sacerdotes: los tabernáculos divinos puestos en una horrenda soledad: las arañas estienden sus telas por el templo: el aire calma en un total silencio: no se entonan en público los cánticos divinos: no resuena en el coro la voz del salmista, ni en el púlpito la del lector: el levita no evangeliza en el pueblo: el sacerdote no echa incienso en los altares, porque, herido el Pastor, se desparramó el rebaño: esparcidas las piedras del santuario, faltó la armonía en los ministros, en los ministerios, en el santo lugar; y en tanta confusion, solo resuenan los salmos en lo profundo de los calabozos.»

Por época tan calamitosa para la cristiandad, envió Dios á la tierra un nuevo campeon del cristianismo, una estrella refulgente de la fé católica, un héroe, hijo de la fecunda madre de tantos, la ciudad de Córdoba. Los sucesos de la vida de este enviado de Dios, llamado SAN AURELIO, están tan ligados, tan entrelazados y unidos á los de su mujer SANTA SABIGOTO, de sus primos los esposos SAN FÉLIX y SANTA LILIOSA, hijos todos de Córdoba, y del Monge SAN JORGE, natural de Belen, que es

preciso é indispensable referir á un tiempo las vidas de todos.

De padres igualmente nobles y opulentos, aunque de diferentes creencias religiosas, pues el padre era mahometano y la madre cristiana, nació AURELIO por los años de 822 al 825. Ni las erróneas creencias del padre, ni la luz del Evangelio de la madre, pudieron influir en lo más mínimo en las inclinaciones de AURELIO, pues ambos fallecieron cuando todavía se encontraba este en la infancia. A la que sí cabe una buena parte de la gloria de AURELIO es á su tia, hermana de su madre, que tomó á su cuidado al tierno infante, educándole con el mayor esmero, é inculcando en su alma los santos preceptos de la Religion cristiana, que profesaba tambien ella.

Tan profundas raices echaron en muy pocos años en el corazon de AURELIO las sublimes máximas que de contínuo emanaban de los dulcísimos y piadosos labios de su tia, que jamás pudieron ser arrancadas de él, ni ausentarse por un momento de su imaginacion. La constante presencia de la relajacion y los malos ejemplos, que tanto influyen en un corazon adolescente y sin esperiencia, en lugar de entibiar aumentaban la ferviente fé que atesoraba su pecho, aunque siempre de oculto, porque los lazos de parentesco que así por parte de padre como de madre le unian á la más alta nobleza mahometana del reino de Córdoba, le impedian, como á su tia, manifestar la Religion que profesaba.

Cursando las escuelas arábigas, y dedicado al estudio de las ciencias exactas, á que fue muy aficionado, y en que sobresalió con orgullo de toda su familia, pasó una buena parte de su juventud, y llegó á la edad en que una costumbre constituida casi en ley le ponia en el caso de admitir esposa. Iba retardándolo AURELIO, primero, porque no tenia inclinacion al matrimonio, y segundo, porque estaba

resuelto á no contraerle sino con una cristiana, y esto era muy difícil de conseguir en la posicion social que ocupaba. Cristianas ocultas habia entre las moras; pero cuanto más alta era la categoría, más velaban el secreto de su Religion, porque mayor saña concitaban contra sí, y más terrible era la persecucion de Abaderrhaman y de sus favoritos.

Instado diariamente por sus parientes y por altos dignatarios de la córte, con quienes por su nacimiento tenia que estar en contínuas relaciones, comprendió que no podia dilatar ya el casarse sin dar mayor fundamento á las sospechas que comenzaba á suscitar su oposicion al matrimonio, y encargó el arreglo de este á su virtuosa tia. Esta señora supo por una amiga, cristiana como ella, que entre las nobles jóvenes mahometanas habia una de singular hermosura que profesaba de oculto la Religion católica. Hija de padres moros, nobles y ricos, habia profesado durante los doce primeros años de su vida la religion de Mahoma; pero habiendo muerto su padre, y contraido nuevas nupcias su madre con un caballero moro, cristiano en secreto, iluminó el alma de su mujer y de su hijastra con la luz divina del Evangelio, y bautizándose las dos, hacia años que habian ingresado en el seno de la Religion del Crucificado. Muy grata fue esta nueva para AURELIO, porque conocia á la jóven, y reconocia en ella todas las dotes necesarias para hacer feliz á un hombre, faltándole únicamente la condicion de cristiana, que con tanto gusto sabia que tambien la adornaba.

Con el mayor contento de ambas familias se verificaron las bodas, una pública, con las ceremonias acostumbradas entre los moros, y la otra á media noche, en el templo católico, y conforme al ritual de la Santa Madre Iglesia, ligándose de esta manera con dobles lazos el virtuoso y noble AURELIO con la cristiana y pura SABIGOTO, llamada así

desde que fue bautizada, abandonando su primitivo nombre de Natalia.

Nunca matrimonio gozó de más felicidad y dicha que el de estos dos santos jóvenes, cuyo constante anhelo, despues del servicio de Dios, era complacerse y adivinarse los pensamientos. Dos niñas llamadas la una Felícitas y la otra María, fueron el fruto de tan dichosa union.

Ocho años de no interrumpida paz doméstica habian pasado, aunque la persecucion contra los cristianos cada vez era más cruel y encarnizada, cuando oyendo un dia AURELIO desde su casa un grande alboroto en la calle, salió á ella para enterarse de lo que le producia, y quedó horrorizado del suceso que motivaba la alegre gritería de las gentes. El suceso que referiremos aquí en estracto, y que detallaremos en la *Vida* del glorioso Mártir, héroe de ella, en el dia 21 de agosto, era el siguiente:

«Juan, rico, generoso y caritativo mercader de Córdoba, profesaba en secreto la Religion cristiana: llegaron á sospecharlo los favoritos de Abderrhaman, y se lo dijeron á este, proponiéndole como muy buen recurso para el Erario la confiscacion de los bienes del rico comerciante. El ambicioso y cruel Abderrhaman recibió con el mayor gusto la villana delacion, y agradeció sobremanera el no ménos villano recurso que proporcionaba, y dió las órdenes oportunas para la muerte y ruina del virtuoso Juan. Hallábase este en la plaza frente al Palacio, en el sitio que despues de algunos siglos se destinó á camposanto, y varios hombres, instruidos ya de antemano, se acercaron á él, y le dijeron:

«Hemos sabido que tú, para afianzar tus embustes en »tus tratos, ventas y comercios, juras siempre por Maho»ma, con vilipendio del Profeta, porque ignorando los de»mas con quién tratan, si eres cristiano ó moro, juzguen

»que eres moro, y tú no solo los engañas, sino que haces »irrision del juramento hecho por nuestro Mahoma.» No sabiendo el virtuoso San Juan, Confesor, que por este nombre le conoce hoy la Iglesia, la doblez con que estaban dichas estas palabras, contestó sencillamente negando el hecho de los juramentos: insistieron furiosos los moros, continuó él negando, hasta que, cansado de la controversia, dijo:

«¡Maldito sea de Dios quien desea ni aun tomar en su »boca á vuestro Profeta.»

Esta era la confesion que deseaban, y en virtud de la cual fue en el acto sentenciado á llevar quinientos azotes montado en un burro que le llevase por las calles de la ciudad.

La presencia del estenuado y desfallecido Juan, á quien tenian que llevar agarrado porque no podia sostenerse en el borrico, la vista de sus espaldas llagadas y vertiendo copiosa sangre, conmovieron hasta lo más profundo el corazon de AURELIO, y considerándose como un átomo del cristianismo delante de héroes como Juan, determinó dar tambien su vida por la fé, y purgar con el martirio el secreto que habia guardado de la Religion que profesaba.

Resuelto á esto, llegó á su casa, refirió á su amada y virtuosa mujer SABIGOTO lo que habia visto, y añadió:

«Tú siempre, dulcísima esposa mia, cuando yo vivia para mí, y no para Dios, me exhortabas para que publicase la fé que secretamente mantenemos: tú me instabas á que dejase los regalos y delicias del mundo, dándome á conocer ser más estimables los deleites del cielo que todo lo que tiene fin: tú me celebrabas á los Monges, alababas á los que dejan el mundo, te deleitabas con el trato y conversacion de las Religiosas, y suspirabas siempre por la

vida de los Santos: pero yo entonces, aun no ilustrado con la Divina gracia, no condescendia con tus saludables consejos. Ya, amada esposa mia, llegó el tiempo aceptable; ya llegaron los dias de la salud, en que Dios se ha dignado alumbrarme, dando á conocer por vanas todas las cosas del mundo. Ya con tu consentimiento hemos de establecer una nueva vida, vacando solo á Dios por la oracion, y cultivando en primer lugar la continencia, siendo nuestro trato de hermanos, el que hasta aquí ha sido de marido y mujer, para que, añadiendo obras de perfeccion, alcancemos de Dios merecer el martirio.»

Con el mayor contento escuchó SABIGOTO á su marido, y radiante su rostro de cristiana y pura alegría, le dijo:

«Esto es lo que sabes tanto he deseado: estos son los principios de nuestra vocacion, para que muriendo á la carne, vivamos á Dios, y pues el Señor se ha servido enviarnos tan poderoso auxilio, desnudémonos del polvo, vistamos el vestido inmortal, que es la eterna vida.»

Desierto quedó desde aquel dia el lecho marital, y suprimidas completamente todas las comodidades y regalos: dormian en el suelo, ayunaban con frecuencia, pasaban las noches en oracion, y empleaban el dia en visitar y socorrer á los pobres y á los encarcelados, pasando muchas horas en la cárcel en santas pláticas con las vírgenes, y despues Mártires, Flora y María, y con el Santo confesor Juan, á quien despues de dar los quinientos azotes encerraron en la cárcel, en la que permaneció hasta que fue sacado para sufrir el martirio, por confesar heróicamente á voz en grito la santa Religion del Crucificado, despreciando la del falso Profeta Mahoma.

San Eulogio se hallaba tambien por este tiempo en pri-

sion, y en ella, dice en sus escritos, que conoció por primera vez á AURELIO, con el que estrechó una tiernísima amistad : allí comuuicó este á San Eulogio sus deseos de perfeccion cristiana, y de derramar su sangre por Cristo, confesando su Religion, y entregando con esto inmediatamente su cuerpo á los verdugos. Pidió consejo á tan sabio maestro sobre lo que debia hacer con sus hijas y con su grueso caudal, pues luego que padeciera el martirio, temia que, quedando sus tiernas hijas al cuidado de parientes mahometanos, ó las hicieran renegar de la fé de Jesucristo, ó las confiscasen todos los bienes. El Doctor San Eulogio, con su acostumbrada sabiduría, le respondió que, aunque para entrar en el cielo bastaba guardar los Mandamientos, para ser perfecto era necesario desprenderse de todas las cosas mundanas; y así convenia que invirtiese su hacienda en remedio de necesitados, reservando solo aquello que considerase puramente preciso para la manutencion de sus hijas, que podia confiar á la Superiora de algun Convento, donde sirviesen á Cristo, en cuyas manos están todos los mortales, y á cuya providencia se debe el remedio de los males. «Todos los hombres, decia á AURELIO San Eulogio, deben á Dios su formacion y conservacion: á su cuidado están todas nuestras cosas, pues aunque al nacer el hombre le falte quien lo enjendró, no está destituido del gobierno del Criador, Padre de huérfanos, Juez de viudas. Muchos se criaron con abundancias, y vinieron á padecer miserias mayores que los que fueron engendrados entre calamidades; muchos de padres cristianos deliraron en la fé, y otros, hijos de paganos, con la divina gracia, poseen la eterna vida. En las manos de Dios deben ponerse nuestras suertes, y si con recta intencion lo buscamos, Él es nuestra verdadera fortuna.»

Siguiendo puntualmente estos consejos, y de acuerdo con su mujer SABIGOTO, vendió AURELIO todos los bie-

nes, repartiendo entre los pobres la mayor parte del producto de la venta.

Existia por aquel tiempo un célebre Monasterio llamado Tabanense, fundado por San Jeremías, Mártir, y su mujer Isabel, en un pueblecillo llamado Tábanos, en la sierra, á dos leguas próximamente de Córdoba, y una del sitio que ocupó despues el Convento de *Scala Cœli*. A este santo asilo de la Religion y de la piedad, del que salieron para el martirio tantas vírgenes heróicas y tantos Monges célebres en ciencia y cristiandad, se dirigió AURELIO, y manifestó á la Abadesa de las Religiosas su deseo de que se encargase de sus hijas. Aceptó el encargo la piadosa fundadora y Abadesa Isabel, y en su virtud, saliendo una mañana AURELIO con sus hijas, sin más compañía para no llamar la atencion, fue al Monasterio, y confió al cuidado de la Abadesa aquellos dos pedazos de su corazon. Como puede presumirse, las visitas del Santo matrimonio al Monasterio Tabanense fueron muy frecuentes todo el tiempo que se lo permitieron los enemigos de la fé, que de dia en dia hacian más cruda y sangrienta guerra á los cristianos, sucediéndose casi sin interrupcion los martirios.

En estos dias dieron la vida por Jesucristo las Santas Vírgenes Flora y María, y estando una noche SABIGOTO recogida despues de haber pasado gran parte de ella en oracion, se quedó dormida, y en sueños se le aparecieron las dos Santas Mártires, vestidas de blanco, con palmas en las manos, y rodeadas de una resplandeciente nube de preciosísimos colores. SABIGOTO, entre asustada y admirada, las dijo: «Vosotras ¡oh sacratísimas Vírgenes! sabeis muy bien mis deseos, y os comuniqué en la cárcel la confianza que tengo de derramar la sangre por Cristo, á quien os supliqué le rogáseis me hiciese digna del martirio: decidme si he de conseguir esta fortuna, porque, aunque tales son mis peticiones, atiende Dios más que á las oraciones, á los mé-

ritos, que en mí son cortos.» Las Santas Vírgenes le respondieron: «El tiempo que eternamente tiene Dios destinado para vuestro martirio ha de llegar presto: ocupadlo ahora en buenas obras, frecuentad los Monasterios, orad á Dios sin intermision, invocad los sufragios de los Santos, y encomendaos á los ruegos y oraciones de los Siervos de Dios y Religiosas, y para que entendais ser esto así, os aseguramos que poco antes de vuestro martirio se os añadirá por compañero un Santo Monge, que conseguirá la palma con vos.»

Alegre despertó SABIGOTO, y poniendo en ejecucion los mandatos de las Santas Flora y María, redobló sus oraciones, sus penitencias y sus obras de caridad: concurria con más frecuencia á los Monasterios, especialmente al Tabanense, donde estaban sus hijas, y acompañada de estas pasaba muchas horas en santas pláticas con las Religiosas y con los Monges, fortaleciendo su alma para soportar con el mayor valor posible en honra de Jesus el martirio cuya hora tanto deseaba.

Estando un dia en oracion en su humilde y retirada estancia, se le apareció una hermosísima jóven. SABIGOTO quedó sorprendida y admirada contemplando el angelical rostro de aquella vírgen, que tenia clavada en ella la vista con una espresion de inefable ternura y amor. «¿Quién eres?» le preguntó SABIGOTO. «Soy, contestó la hermosa jóven, hija de tu vecino y amigo Montesis, á quien, cuando estaba agonizando, tú visitaste: luego que salí de este mundo me reveló el Señor quién eras, y me envia para anunciarte que ya está cerca el tiempo de tu victoria, y de confesar públicamente la fé católica, y maldecir al maldito enemigo Mahoma.» Repasando en un momento su memoria, recordó SABIGOTO que efectivamente habia visitado en la agonía y auxiliado espiritualmente á la jóven que en aquel momento reconoció, aunque su rostro estaba

infinitamente más hermoso con la gloria celestial que irradiaba. Al ir á pronunciar las gracias por tan grato aviso, desapareció la jóven, y SABIGOTO, elevando su mirada y su espíritu al cielo, se las envió en sentidas y espresivas frases. Continuó despues su oracion al Eterno, agradeciéndole con toda el alma sus infinitas bondades, y la concesion que le otorgaba de ver muy pronto cumplido su vehemente y perpétuo deseo.

No fue menor el dulce placer que esperimentó el alma de AURELIO cuando su mujer le refirió la presencia y palabras de la hija de su vecino y amigo Montesis, y no dudando ya ninguno de los dos de que el Supremo Hacedor habia oido sus súplicas é iba á concederles la palma del martirio, se dedicaron dia y noche á fortalecer su espíritu con la oracion y con el consejo de los más doctos cristianos, especialmente de San Eulogio.

Tenia AURELIO un primo llamado FELIX, natural y como él rico vecino de Córdoba, á quien siempre habia dispensado particular cariño. Los padres de este fueron cristianos públicos, y educaron por consiguiente á su hijo FELIX con las máximas y preceptos de la Religion del Crucificado, sin disimulo ni ocultacion de acto alguno. Muertos los padres, contrajo matrimonio con una bella y virtuosa jóven llamada LILIOSA, mahometana ostensiblemente, aunque cristiana en secreto, como lo eran tambien sus padres, personas muy distinguidas entre la nobleza musulmana. La ambicion, poderoso y alucinador demonio, que tantas almas ha llevado al reino de Luzbel, trastornó la mente de FELIX, y apartándole de la verdadera Religion, le hizo abrazar la de Mahoma. Este acto separó á FELIX de AURELIO y á LILIOSA de SABIGOTO. Pero no se hicieron esperar los remordimientos en el corazon de FELIX, que conociendo á los pocos meses su error, se deshacia en lágrimas dia y noche, pidiendo á Dios perdon y

misericordia. Con todo su corazon concedió AURELIO ambas cosas á su desolado y arrepentido primo, que se las pidió de rodillas, traspasado de dolor; y una buena parte de las súplicas de AURELIO y SABIGOTO al Todopoderoso, era para implorar en favor de FELIX su infinita misericordia. Reconciliados los cuatro primos, juntos oraban todos los dias, juntos iban á los Monasterios, á consolar á los afligidos, y á visitar en la cárcel á San Eulogio y á los demás presos cristianos; pero la cuchilla sarracena estaba de continuo pendiente de un hilo sobre la cabeza de FELIX, porque era ley, y ley rigurosísimamente observada por los mahometanos, que si algun cristiano dejaba su Religion y abrazaba la de Mahoma, perderia la vida en el momento en que faltase á cualquiera de los preceptos de esta, por insignificante que fuese.

Sabida por FELIX y LILIOSA la firme resolucion de AURELIO y SABIGOTO de sacrificar sus vidas en aras de la sacrosanta Religion católica, confesándola públicamente para alcanzar el martirio, formaron el mismo proyecto, suplicando á AURELIO y á su mujer que los admitieran por compañeros, para tener la gloria de dar iguales pasos, y recibir la palma del martirio en el propio dia. Habiendo accedido AURELIO, FELIX, por imitarle en cuanto le fuera posible, vendió los inmensos bienes que poseia, y repartió todo el dinero entre los Monasterios y los pobres. Agenos ya completamente los dos virtuosos matrimonios á todas las cosas é intereses de este mundo, se dedicaron á fortalecer sus almas para entregar heróicamente sus cuerpos al martirio; pero la proximidad de este no la señalaba todavía la voluntad de Dios, que era el norte y guia de todas las acciones y pensamientos de AURELIO. Las Santas Vírgenes Flora y María habian anunciado á SABIGOTO la compañía de un Santo Monge, y ninguno se les habia unido aun.

Una mañana, como tenian de casi diaria costumbre,

marcharon SABIGOTO y LILIOSA acompañadas de FELIX al Monasterio Tabanense. Habia en una pieza anterior al locutorio una imágen de la Virgen colocada en la pared, de la cual era devotísima SABIGOTO, y ante la que siempre oraba mientras que FELIX y LILIOSA entraban á buscar á las niñas. En esta mañana, pues, y estando orando ante dicha imágen, percibió el metal de una voz desconocida que se dirigia á sus primos; vuelve la cabeza, y ve que acompañaba á estos un Monge que no pertenecia á aquel Monasterio, y al que consideró en seguida el anunciado por las Vírgenes Flora y María, esclamando: «Este Monge será el compañero que Dios me tiene prometido que ha de acompañarme en mi certámen.» Informado acto contínuo el Monge de las instrucciones de aquella piadosa matrona, se arrojó á sus pies, y pidiole que rogase á Dios le hiciera digno de acompañarla al martirio.

Este Monge, llamado JORGE, era natural de Belen, pequeña ciudad situada á seis millas al Sur de Jerusalen, y que, aunque pequeña, es la más ilustre del mundo, por ser la patria del Divino Redentor. Entre Jerusalen y Nazareth, existia por aquel tiempo en su mayor auge de gloria el famosísimo Monasterio de San Sabá, al que pertenecia JORGE desde sus más tiernos años, y en el que habia llegado á la dignidad de Diácono. Aunque la austerísima vida que hacian los Monges en observancia de la Regla de su Abad David originaba pocos gastos, sin embargo, no teniendo bienes ningunos el Monasterio, y no pudiendo sufragar el producto solo de las limosnas el gasto, aunque pequeñísimo, de quinientos Monges que contaba la Comunidad, determinó el Abad que partiesen algunos á diferentes puntos para recoger limosnas, al mismo tiempo que predicasen los preceptos del Evangelio, eligiendo para esta mision á los más aptos, y á los que por sus virtudes y talento pudieran trabajar con mayor provecho de la Religion

y del Monasterio; y de los primeros elegidos fue JORGE, porque á un heróico valor para confesar y defender la Santa Religion del Crucificado, unia tan persuasiva elocuencia y tanta fortaleza para soportar los trabajos y penalidades de la vida, que no era posible que ningun otro le aventajase en felices resultados. Pasó, pues, al Africa; pero halló tan prevenidos los ánimos contra los cristianos, y tan sordos todos los habitantes á su voz, que regresó al Monasterio de San Sabá con bien poco fruto de sus grandes penalidades y tormentos. No se acobardó por esta primera contrariedad; pidió licencia al Abad para pasar á España, y, concedida, lleno de fé y caridad, emprendió tan largo y penoso camino.

Algo más feliz fue en allegar recursos en España que en Africa; mas no respondieron completamente á sus esperanzas, pues la cruda persecucion sarracénica, acobardando á muchos cristianos, les hacia ocultar sus creencias, y no eran por consiguiente conocidos para poderse dirigir á ellos en demanda de auxilios para los Monges de San Sabá. Determinó, en vista de esto, pasar á tierra completamente de cristianos, que era entonces la Francia, y regresar desde allí á su Monasterio; y al Tabanense habia ido á despedirse la mañana en que hemos dicho arriba que fue visto por SABIGOTO cuando se hallaba esta orando.

Con el mayor respeto y dulzura pidió SABIGOTO al Monge que se alzara de sus pies, pues ella era la que debia prosternarse ante él, añadiendo: «¿Cuándo, Padre, merecimos que vengas á acompañar á los pecadores?»

Regresaron los tres primos á Córdoba, acompañados del Monge JORGE, que presentó SABIGOTO á su marido como el compañero enviado por el cielo para hacer juntos el viaje al Paraiso. Con sin par alegría le recibió AURELIO, y le obligó á que se quedara en su compañía, reuniéndose de este modo en aquella feliz morada los cinco Santos, pues

FELIX y LILIOSA hacia ya tiempo que habitaban en casa de AURELIO.

Arregló JORGE lo concerniente á su mision, entregando á San Eulogio todo lo que tenia recaudado, con una carta para David, Abad del Monasterio de San Sabá, en que le referia los sucesos acaecidos hasta aquel dia, y renunciando en seguida á todo otro pensamiento que el de dar su vida por Jesucristo, se entregó completamente con sus cuatro compañeros á meditar el modo de llevarlo á cabo.

Despues de pensar con calma y madurez sobre la manera mas conveniente de dar el primer paso para descubrir su Religion y confésar su fé, decidieron de comun acuerdo ir los cinco á orar públicamente en los templos cristianos, y que SABIGOTO y LILIOSA llevasen el rostro descubierto, á uso de cristianas. Como habian pensado, estrañó esto á los moros, y al salir de un templo, preguntaron algunos á AURELIO qué significaba aquello, á cuya pregunta respondió en alta voz:

«No es de admirar que los cristianos frecuenten los templos de los Mártires, porque esta es costumbre muy sabida, y siendo nosotros cristianos, es correspondiente dar á entender que lo somos.»

Noticioso el juez de lo ocurrido, mandó que llevasen inmediatamente á su presencia aquella Santa familia, y acompañados de inmunda plebe marcharon en seguida los ministros á casa de AURELIO. Desde la calle y puerta de la casa gritaba aquella feroz muchedumbre:

«Salid fuera, miserables; salid fuera, vosotros los que aborreceis la vida y teneis por gloria la muerte: el juez os llama para vengar las ofensas del Profeta con quitaros la vida.»

Con la mayor crueldad fueron amarrados AURELIO, SABIGOTO, FELIX y LILIOSA, cuyos semblantes manifestaban la más deliciosa complacencia y alegría. Viendo el Santo Levita JORGE que le dejaban á él, dijo á los Ministros:

«¿Por qué quereis quitar á los fieles la adoracion del Dios verdadero, y quereis obligarlos á vuestra vana creencia? ¿Por qué quereis traer á vosotros los que Dios tiene predestinados para la eterna vida? ¿Por ventura no podeis vosotros ir solos al infierno, y no pretender llevar compañeros? ¿O por ventura si no vamos nosotros, sospechais que no os ha de quemar el fuego eterno? Id vosotros solos á padecer para siempre y gozad con vuestro Profeta las delicias del infierno; porque nosotros, como secuaces y amantes de Cristo, esperamos la gloria que nos ganó su sangre.»

Apenas acabó el Santo Monge de pronunciar estas palabras, le asieron los ministros con la mayor furia, y echándose sobre él la turba que habia entrado con los ministros, le arrojaron al suelo, golpeándole horriblemente.

Deseando el juez que la confesion de la fé por personas tan notables no influyera en las creencias de los habitantes de Córdoba con perjuicio de los sectarios de Mahoma, recibió con suma amabilidad á aquellos Mártires, y con blandura y cortesanía les preguntó por qué motivo habian abandonado el culto de Mahoma y renunciaban á las felicidades que tenia prometidas; que si habia sido solo un estravío de momento que se arrepintiesen y todo quedaria olvidado, y ellos cada vez más honrados y considerados; á lo que AURELIO contestó:

«Ninguna afluencia del mundo, ¡oh juez! puede compa-

rarse con el eterno premio, por el que despreciamos esta vida caduca siguiendo la fé de Jesucristo, en cuya ley está solo la verdadera salud, por la cual confesamos que todo aquel que no cree la divinidad en Cristo, que no profesa la esencia de la Trinidad Santísima, reprueba el Bautismo, infama á los cristianos, y desprecia el sacerdocio, es réprobo y maldito.»

Conociendo el juez por esta contestacion que no habia lugar á transacciones, y que el hecho no partia de una ligereza, sino de una deliberada resolucion, mandó que los llevaran á la cárcel y los cargasen de cadenas. Alegres y dichosos en medio de los tormentos, entonando himnos y alabanzas al Supremo Hacedor, más ansiosos cada vez de que llegase el sublime y deseado momento de morir por confesar la Santa Religion del Crucificado, pasaron cinco dias en la cárcel, al cabo de los cuales los condujeron delante del tribunal.

Todavía intentaron los jueces vencer su virtud, haciéndoles presente la prematura muerte que iban á sufrir en cambio de las riquezas, honores y consideraciones que podian disfrutar si se retractaban de su confesion de la fé cristiana, y continuaban adorando á Mahoma; pero nada fue capaz de debilitar ni por un instante el sublime valor de aquellos héroes del cristianismo. En su vista, decretaron los jueces que inmediatamente cortasen la cabeza á aquellos cuatro despreciadores de la religion de Mahoma, declarando libre á JORGE, que no habia tomado parte todavía en la controversia, porque no habiendo nacido en Córdoba, profesado la religion de Mahoma, ni usado el trage musulman, no estaba obligado á conocer las leyes y costumbres del reino. Pero lleno de cristiano fervor, de divino espíritu y de religiosa valentía el heróico Monge, esclamó:

«¿Por qué, oh Príncipes, dudais de mi profesion con solo el motivo de que aquí no he hablado? ¿Juzgais, por ventura, que yo pienso bien del discípulo de Satanás, vuestro Profeta? Pues si quereis saber lo que de él entiendo, os lo diré para vuestro desengaño: Sabed que aquel ángel que trasformado en espíritu de luz se apareció á vuestro maestro creo que fue el demonio, y creo que Mahoma fue el hombre más malo del mundo, discípulo y oyente del demonio, precursor del Ante-Cristo, y laberinto de todos los vicios; y vosotros, que seguís sus pisadas, os vereis con él en el infierno.»

Frenéticos los jueces al oir estas palabras, fulminaron inmediatamente igual sentencia contra JORGE, y llevados los cinco en aquel mismo momento al *Campo Santo*, les cortaron la cabeza, primero á SAN FELIX, despues á SAN JORGE, en seguida á SANTA LILIOSA, y por fin, al mismo tiempo á SAN AURELIO y su Santa esposa SABIGOTO.

Tres dias permanecieron, por mandato de los jueces, insepultos los cuerpos de los Santos en el lugar de la ejecucion, para que fueran comidos por los perros; pero ni aun moscas se les acercaron. A la media noche del tercer dia recogieron los cristianos aquellos santos restos, y los sepultaron ocultamente en diferentes iglesias. A SAN AURELIO, SAN JORGE, y la cabeza de SANTA SABIGOTO los llevaron al Monasterio de la Peña de la Miel, llamado de San Salvador. SAN FELIX fue enterrado en el monasterio de San Cristóbal, á la otra parte del rio; SANTA SABIGOTO en la Basílica de los tres Santos Fausto, Januario y Marcial, fue colocada con los huesos de estos, y SANTA LILIOSA en el Monasterio de San Ginés.

En el año de 858, seis despues del martirio, arribaron á Barcelona, Usuardo, autor del *Martirologio* que corre con su nombre, y Olivardo, Monges ambos del Monaste-

rio de San German de Paris, con ánimo de llevar á Francia algunos cuerpos de Santos españoles. Informados de que Córdoba era la poblacion más rica en ellos, se proveyeron de cartas de recomendacion para lograr su objeto: una les dió Ataulfo, Obispo de Barcelona, y otra el vizconde Gunifredo, dirigidas ambas á Leovigildo, Abad Solomés, y otra de Unfrido, conde de Barcelona, para Aldilval, hijo del Rey Mahomad, que gobernaba á Zaragoza, con el fin de que los dirigiese y protegiese en un camino tan largo y peligroso en aquella época. Aldilval los recomendó á un convoy de mercaderes que salia para Córdoba, á cuyo punto llegaron felizmente.

Despues de adorar las reliquias de los Santos Adulfo y Juan, en la iglesia de San Cipriano, pusiéronse á examinar la arquitectura y decorado del templo, y conociendo que eran estranjeros, se llegó á ellos un Diácono llamado Gerónimo, y se les ofreció para lo que pudieran necesitar, preguntándoles la causa de su llegada. Así que Gerónimo lo supo, les acompañó á la morada de Leovigildo y demas personas para las que traian cartas de recomendacion. De todos fueron muy bien recibidos, y habiendo manifestado su particular deseo de llevar los cuerpos de SAN AURELIO y SAN JORGE, gestionaron inmediatamente para realizarlo. El venerable Sanson, Abad del Monasterio de la Peña de la Miel, donde estaban los cuerpos, se prestó á complacer á los estranjeros; pero los Monges se opusieron á la entrega. Recurrieron Usuardo y Olivardo á Saulo, Obispo á la sazon de Córdoba, y con espreso mandato de este fueron entregados los dos santos cuerpos, sin cabezas, y la cabeza de SANTA SABIGOTO. Babila, hermana de Leovigildo, dió unos ricos paños para envolver las reliquias, que en seguida fueron metidas en unas preciosas cajas, y puestas en camino para el Monasterio de San German de Paris, á donde llegaron sin el menor detrimento.

Las reliquias de los cinco referidos Santos que quedaron en Córdoba, han sufrido diferentes traslaciones provenidas por haber sido abandonados unos Monasterios y arruinadas otras iglesias. Los cuerpos de SAN FELIX y SANTA LILIOSA, y la cabeza de san Jorge, hace muchos años que se ignora completamente dónde descansan.

SAN PASTOR, OBISPO DE PALENCIA.

Ninguna noticia nos ha legado la historia acerca de la Sede Episcopal de Palencia anterior á la dominacion de los godos, siendo el Obispo SAN PASTOR uno de los Santos españoles de este dia, el primero que figura en el catálogo que de los Prelados de Palencia incluye *La España Sagrada* en el tomo VIII. Escasas noticias nos dá sin embargo de él, no siendo más abundantes y ricos de datos los Bolandos en sus *Acta Sanctorum*, pues en ninguna de las dos obras, ni en otros muchas reconocidas, encontramos noticias de sus ascendientes, ni de la clase de la sociedad á que pertenecia su familia. Solo están conformes en que fue español, y uno de los más esclarecidos y estimados Obispos de aquellos remotos tiempos.

Corria el año de Nuestro Señor Jesucristo 456, y Teodorico II habia sucedido en el trono á su hermano Turismundo, muerto violentamente en una conjuracion tramada por los suevos. Reunió Teodorico un fuerte ejército, y se propuso concluir en todas partes con los suevos, para lo cual entró en España, siendo su marcha una serie constante de victorias. Pero de protector de los godos españoles se convirtió bien pronto en su tirano, produciendo este cambio recios combates y abundantes derramamientos de sangre. Tomó diferentes villas, robando cuanto poseian sus habitantes, pasando á cuchillo gran número de ellos, y entre las ciudades que tuvieron la desgracia de esperi-

mentar los furores del cruel vencedor, lo fueron Astorga y Palencia.

El Obispo SAN PASTOR puso en juego todos los recursos de su elocuencia, humildad y valor cristiano en favor de sus diocesanos, y pudo contener algo los atropellos y la efusion de sangre; pero avanzando cada dia más Teodorico en la senda de las vejaciones y del terror, hizo tambien blanco de sus furores al Santo Prelado, á quien obligó á salir desterrado, á pie y sin recursos de ninguna especie. Con el corazon traspasado de dolor, no por sus trabajos, sino por el lamentable estado en que quedaban los desdichados habitantes cristianos de Palencia, partió de ella el Santo Obispo, refugiándose en Orleans, en donde al poco tiempo dejó de existir para el mundo, volando su atormentada y santa alma á las moradas celestiales.

SAN RENOVATO, OBISPO DE MERIDA.

Tampoco se muestra muy pródiga de noticias la historia acerca del Santo Obispo de Mérida, SAN RENOVATO, último de los mencionados por Paulo Diácono, que es el escritor que más detenidamente se ocupa de él al tratar de la Sede Emeritense. Sangre real goda dice Paulo que circulaba por las venas de RENOVATO, y que sus padres, á su ilustre nacimiento, reunian cuantiosos bienes de fortuna. Habian adjurado los errores de Arrio, aceptados por los godos, y mucho tiempo antes de salir al mundo RENOVATO pertenecian al gremio de la Iglesia católica. Ignórase el año del nacimiento de éste, sabiéndose solo que tuvo lugar en Mérida, á principios del último tercio del siglo VI. Dicen que fue de una belleza singular, y es tenido por el hombre más hermoso de su siglo, no siéndolo ménos su alma, adornada de cuantas virtudes forman la escalera para subir al cielo.

Desde muy jóven manifestó su decidida vocacion á la

Iglesia, y la asistencia á los templos, la compañía de los Monges y el estudio eran sus constantes y esclusivas ocupaciones, huyendo de cuantas pompas y placeres le brindaba el mundo, por su nobleza, su riqueza y su mérito personal. Pero no bastando á su afan de retraimiento, contemplacion y penitencia el vivir apartado de toda sociedad en su casa, pensó en entrar en un Monasterio y dedicar allí su vida por entero al esclusivo servicio de Dios y del divino culto, y habiendo merecido la aprobacion de sus piadosos padres, tomó el hábito de Monge, que tanto deseaba.

Su vida monástica fue un perenne ejemplo de santidad, que edificaba hasta á los más austeros cenobitas. La influencia é importancia que siempre lleva aparejada la verdadera virtud, hizo bien pronto del jóven y humilde RENOVATO la figura más importante de la Comunidad, que ajena á toda emulacion y envidia dispensaba el más profundo respeto á aquel admirable jóven, modelo de virtudes. Como su capacidad y prudencia estaban á igual altura que su santidad, hasta el Prelado apelaba á su consejo en la mayor parte de los negocios del Monasterio: de modo que si bien por derecho era el último, era de hecho el Abad y el alma de la Comunidad. Innecesario es por consiguiente decir que, á pesar de su fuerte oposicion, fue nombrado por aclamacion Abad al fallecimiento del que ocupaba este puesto al ingresar RENOVATO en el Monasterio.

En nada alteró su carácter ni sus costumbres la nueva dignidad: tan humilde, tan cariñoso, tan solícito y tan respetuoso con los ancianos Monges, continuó ejerciendo solo su autoridad para mayor gloria de Dios y honra del Monasterio. Ningun hecho, sin embargo, memorable y digno de mencion especial consigna la historia; solo el citado Paulo Diácono refiere el siguiente, que tuvo lugar en el Monasterio durante su prelacía:

«Tentó Satanás á uno de los Monges con el vicio de la gula y la embriaguez, y nada habia seguro de él en la cocina y dispensa, especialmente el vino, buscando siempre las vueltas al cocinero y despensero, quitándoles cuanto podia y embriagándose con mucha frecuencia. Todos los Monges estaban disgustadísimos y avergonzados de la intemperancia de su compañero, y todos le habian amonestado diferentes veces, y más que todos el Abad RENOVATO, no habiendo aprovechado de nada las más sabias y prudentes amonestaciones y los más santos consejos: todo se estrellaba ante el furor por comer, y la insaciable sed de vino del desgraciado Monge, que siempre habia sido un hombre irreprensible, y aparte aquel defecto nuevo, era intachable. Opinaban todos los Monges por que el Abad renunciase á amonestaciones y consejos, y emplease rigurosos castigos para corregirlo; pero con notable sorpresa de todos, el Abad RENOVATO dió órden al despensero y cocinero para que nada encerrase, y quedaran todas las provisiones á disposicion del Monge vicioso, y que si se emborrachaba, no le impidieran de ningun modo hacer lo que quisiera.

»No tardó el Monge en aprovechar la ocasion, y bien pronto llenó su estómago de viandas y vino, embriagándose, pero no á términos de quedar postrado, y tomando en seguida la puerta del Monasterio se marchó á pasear por la ciudad. Al reparar su andar vacilante se le acercaron algunas personas creyéndole atacado de algun mal; más por sus palabras y modo de pronunciarlas, y por sus actitudes y gestos, bien pronto conocieron todos que iba ébrio, y produjo lo que todos los borrachos, la burla del público, especialmente la de los muchachos y la de los arrianos, que era la inmensa mayoría de la poblacion. Mareado con sus desiguales y temblorosos movimientos, con los dichos del pueblo y con su incesante charlar, cayó al suelo, principiando al mismo tiempo á arrojar por boca y narices

cuanto habia comido y bebido. El vómito le despejó y le puso en estado de conocer el papel que habia hecho y estaba haciendo, y muerto de vergüenza, seguido por algunos muchachos que iban burlándose de él, regresó al Monasterio y se echó inmediatamente á los pies del Abad demandando castigo por una falta que juró no volver á cometer. Y cumplió su juramento, siendo desde aquel dia modelo de temperancia y abstinencia.»

Habiendo quedado vacante, por muerte del Obispo Inocencio, ocurrida en el año 616, la Silla episcopal de Mérida, fue el ABAD RENOVATO nombrado para ocuparla, y en ella continuó practicando sus esclarecidas virtudes y su infinita caridad, hasta que le llamó á sí el Señor el dia 31 de marzo del año 632.

Fue enterrado como sus predecesores en la capilla destinada á este objeto, al lado del altar mayor de la iglesia de Santa Eulalia, en donde los sagrados restos de este y otros Santos quedaron olvidados por muchos años. En el de 1500, al hacer en aquella iglesia la obra dispuesta y costeada por los Reyes Católicos, se encontraron las cabezas y huesos de varios Santos, á quienes dió el Señor á conocer por los muchos milagros que por las reliquias obró, las cuales, metidas en un arca dorada, fueron depositadas con gran pompa y solemnidad en la capilla mayor de la misma iglesia.

MES DE ABRIL

(Por D. Eustaquio María de Nenclares y D. Antonio Lopez Gonzalez.)

DIA 1.

San Venancio, Obispo y Mártir (1), y la Impresion de las llagas de Santa Catalina de Sena, *Italiana.*

DIA 2.

San Francisco de Paula, Fundador, *Calabrés*, y Santa María Egipciaca, de *Palestina.*

DIA 3.

San Ulpiano y San Pancracio, Mártires, de *Judea*, y San Benito de Palermo, Confesor, *Siciliano.*

DIA 4.

SAN ISIDORO, ARZOBISPO DE SEVILLA, ESPAÑOL.

El muy noble caballero Severiano, de calificado linage y de desahogada posicion, debida á sus considerables bienes de fortuna, vecino de la ciudad marítima de Cartagena, perteneciente á la provincia de Murcia, fue el padre venturoso de los llamados cuatro Santos de Cartagena, Leandro, Florentina, Fulgencio é ISIDORO, Santo de este dia.

(1) La biografía de este Santo corresponde al Apéndice.

Tanto el padre como los cuatro hijos profesaban la Religion cristiana: únicamente la madre, á quien unos llaman Turtura y otros Teodora, sin poderse asegurar cuál de estos era su verdadero nombre, ó si acaso tenia otro, como descendiente de godos, aceptaba la secta y seguia los errores de Arrio. Las ideas religiosas del padre y de los hijos escitaron la saña y la malevolencia del Monarca reinante á la sazon, Leovigildo, decidido partidario y protector de la heregía arriana; y Severiano, con toda su familia, fue desterrado de Cartagena. La madre, como arriana, pudo quedarse en su pais natal: pero la voz de la naturaleza, el cariño de su esposo y la pasion á sus hijos, la hizo preferir sin titubear el seguir la suerte que cabia á sus más caras afecciones, consiguiéndose con esta persecucion el que ingresase en el gremio del cristianismo, aceptando de corazon y con verdadera fé la doctrina de Jesus. De modo que el destierro que debia mirarse como una desgracia, se convirtió en dicha, pues llevó al seno de aquella familia la paz, armonía y unidad de principios religiosos que les proporcionaba la Religion cristiana, cuyos dulces y consoladores preceptos observaba y seguia con el mayor acuerdo y uniformidad aquella perseguida é inocente familia.

El desasosiego, las penalidades, molestias y trabajos, consecuencia de la emigracion y destierro, resintieron y debilitaron en tanto grado la naturaleza de los padres de SAN ISIDORO, que apenas gozaron momento ni hora de salud en la ciudad de Sevilla, donde se refugiaron, y donde prematuramente sucumbieron, con el duelo y sentimiento de dejar á sus tiernos hijos solos y abandonados en el destierro, sin protector alguno ni pariente que mirase con ojos de piedad aquellos cuatro huérfanos desconsolados.

Se ha puesto en cuestion el punto y ciudad donde vió la primera luz el ínclito Padre SAN ISIDORO. Segun algunos Breviarios, y con especialidad el Cerratense, le hacen

natural de la ciudad de Cartagena, no queriendo que ninguna otra ciudad disfrute este alto honor: sin embargo, algunos escritores más modernos le hacen originario de Sevilla, asegurando nació en esta última ciudad despues del destierro de sus padres, apoyándose en que era el menor de los cuatro hermanos; pero el Breviario antiguo Hispalense sostiene habia nacido en Cartagena, y claramente lo afirma cuando dice: *Ex civitate Carthaginensi Provinciæ Hispaniæ originem duxit*. De todos modos, lo que puede asegurarse con toda certeza es que si el Santo no nació en Sevilla, por lo ménos se crió y educó en esta ciudad, donde vivió y murió; perdiendo buena parte del interés la controversia y las dudas acerca de la naturaleza del Santo, queriendo muchos naciese en Cartagena, é insistiendo otros haber nacido despues del destierro de sus padres, pues aun sin tener la certeza y las pruebas del punto en que nació, honró á las dos ciudades, entre las que se duda y disputa haber tenido aquel grande honor, á la una por el orígen, y á la otra por la residencia y educacion.

Cual otro Benjamin era el hijo predilecto de aquellos amorosos padres, y desde la cuna fijaron su atencion, solicitud y cuidados en aquel tierno infante, como si presagiasen que con el tiempo llegaria á ser tan Santo y eminente Prelado, nacido para el cielo, y para llenar al mundo con su nombre, virtudes y santidad.

La mayor prueba y demostracion de lo que llegaria á ser con el tiempo este varon escelso, es el prodigio referido por el autor de la vida del Santo, que precede al Cronicon manuscrito de D. Lúcas de Tuy, que se conserva en la biblioteca de la Santa Iglesia de Toledo, y publicada anteriormente por los Padres Antuerpienses con referencia al dia 4 de abril, en cuyo texto y en el Cerratense se lee: «Que habiendo dejado al Santo niño olvidado en el jardin la criada que le llevaba en brazos, viéronse y se observaron

acudir muchas abejas que entraban y salian de su boca, dejando labrado en su tierno cuerpecito un simétrico panal de miel, tomando en seguida vuelo y desapareciendo por lo alto, manifestando que su dulzura y sabiduría seria celestial.

Amábanle entrañablemente, no solo los padres, sino tambien á porfía sus hermanos, y con especial particularidad San Leandro, que confiesa era tan estremado el cariño que le profesaba, como si fuera verdaderamente hijo suyo: *Quem cum ego ut vere filium habeam*, etc.: y ciertamente fue el único consuelo que llevaron sus padres á la otra vida, el ver dejaban aquel niño, en que cifraban su dicha y grandes esperanzas, bajo el amparo de tres hermanos mayores, que no cedian á sus padres en el cariño que le tenian.

Constituido su hermano mayor Leandro en mentor y maestro, trató de dirigir y educar aquella tierna planta como correspondia á su sabiduría y santidad. Estaba muy versado en los escritos Sagrados de los Doctores de la Iglesia, pues como su padre gozaba de una posicion desahogadísima en Cartagena, su pais natal, se habia esmerado en la educacion de su primogénito, que á su aptitud unia una gran aficion al estudio, especialmente á las letras sagradas.

A pesar de su carácter dulce y de su condescendencia con aquel hermano querido, el niño temió, como otros muchos, las amonestaciones y la sujecion, juzgándose al mismo tiempo no ser capaz para seguir los estudios y cultivar las ciencias; y así llegó un dia que se emancipó, y huyó de aquella sujecion; pero la Divina Providencia le condujo á un sitió donde la misma naturaleza le enseñase lo que puede conseguirse con la constancia y una asidua aplicacion. El caso, segun refieren los citados autores, que parecen ser los más antiguos, fue el siguiente: «Estando descansando

de su correría, próximo á un pozo, no muy lejos de la ciudad de Sevilla, observó una gran piedra socavada y con algunos agujeros, al mismo tiempo que un grueso madero encima del pozo, con ranuras muy hondas, admirando é ignorando la causa que habia producido aquellos efectos y deterioro en cuerpos tan duros y resistentes: á este tiempo llegó una mujer á sacar agua, é instado por la curiosidad la preguntó en qué consistia aquella destruccion en la piedra y en la madera: la buena y sencilla mujer le contestó que aquel desgaste y aquellos profundos hoyos en la piedra eran consecuencia del contínuo goteo de las aguas, lo mismo que se habia verificado en el madero por el constante roce y ludimiento de la soga.» Entonces, reflexionando y recapacitando la gran inteligencia del santo mancebo, é ilustrando Dios su entendimiento, hizo aplicacion de aquellos resultados á su actual situacion, deduciendo de aquel suceso que si las peñas y duros leños cedian al contínuo embate de sustancias tan sueltas y blandas como el agua y el esparto, con mayor motivo podian las buenas doctrinas hacer impresion y fijarse en su cerebro si se aplicaba á su estudio con constancia y decision. Prontamente dió la vuelta á su casa, y firme en su resolucion, se entregó con el mayor ardor al estudio de toda clase de letras, con tal aprovechamiento, que, como dice San Braulio, no hubo ciencia en que no estuviese muy instruido, sabiendo manejar sus vastos conocimientos con tal oportunidad, que servian de enseñanza para toda clase de personas, tanto para los sabios y entendidos, como para los de poca capacidad, eligiendo, segun el lugar y las circunstancias, el estilo y el modo de cautivar á sus oyentes, pero siempre con tanta dulzura, erudicion y elocuencia, que, como se espresa San Ildefonso haciendo su elogio, pasmaba á cuantos le oian, deseosos de volverle á escuchar repetidamente, por el deleite y fruicion que producia en las almas su grande

afluencia, su sencillo pero escogido lenguaje, y su suavidad y dulzura en el modo de espresarse.

Trasladado á mejor vida el esclarecido y gran Prelado San Leandro, su hermano mayor, era tal el renombre que ISIDORO se habia granjeado por sus sobresalientes méritos, tanto en ciencia y sabiduría, como en gravedad, prudencia y santidad de costumbres, que no hubo necesidad de deliberar para la eleccion de sucesor, no hallando el clero y el pueblo de aquella gran ciudad un sugeto más digno ni más idóneo que sucediese en la Silla á San Leandro que su menor hermano SAN ISIDORO, donde fue colocado prontamente con general aclamacion y aplauso, verificándose este feliz nombramiento para la Iglesia católica hácia el año de 599.

En cuanto tomó posesion de aquella Sede el glorioso SAN ISIDORO, se propuso gobernar su rebaño con gran prudencia, dirigiendo todos sus conatos á desterrar los vicios y malas costumbres que desgraciadamente cundian y se propalaban en aquella época, produciendo la mayor desmoralizacion: pero conociendo en su alta sabiduría este varon entendido que la fuente y orígen de aquellos graves males estaba en la falta de educacion, y en la más crasa ignorancia su consecuencia inmediata, fundó en Sevilla un Colegio que desde luego fue muy concurrido, donde acudian muchos jóvenes de su diócesi y aun de otras provincias, en el cual se les enseñaban las ciencias y las buenas doctrinas, guiándoles por la senda del deber y de la virtud. De esta acreditada escuela salieron varones tan aventajados, como lo fueron San Braulio y San Ildefonso, que despues llegaron á Prelados de Zaragoza y de Toledo, ambos encomiadores de su gran maestro SAN ISIDORO, á quien correspondieron con sus elogios como discípulos reconocidos.

Por este mismo tiempo era Obispo de Ecija su hermano

San Fulgencio, con el cual y con otros Obispos vino á Toledo en el año 610 á recibir al recien electo Rey Gundemaro, siendo el primero que suscribió el decreto de aquel Monarca, haciendo que la Santa Iglesia de Toledo fuese reconocida por única Metrópoli de la provincia cartaginense. Algunos autores afirman que SAN ISIDORO pasó á Roma con el fin laudable de renovar y continuar la estrecha amistad que su difunto hermano San Leandro habia tenido con el Papa San Gregorio, en cuyo viaje y sucesos ocurridos á este gran Prelado mezclan ficciones y fábulas que agravian su memoria, cuya vida y memorables hechos se encargan de desvanecer todo género de calumnia. Igualmente es incierto que el Pontífice San Gregorio confirmase la eleccion de ISIDORO, pues en tiempo de los godos los Obispos electos de España no necesitaban más confirmacion que la del Metropolitano ó de los Obispos Comprovinciales: del mismo modo, respecto á lo que se dice que San Gregorio le envió el pálio, no hay documento que lo justifique: por el contrario, consta que en aquel tiempo no se enviaba el pálio á todos los Metropolitanos, y ménos á los recien electos, pues á San Leandro, que es el único que tuvo esta honra entre los antiguos Prelados, no se le dió hasta los veinte años de su pontificado.

La prudencia y sabiduría de SAN ISIDORO ayudó en gran manera para que todo el reino se gobernase con buenas leyes y estatutos que se hicieron por su órden y direccion. Para reformar las costumbres y conservar la pureza de la fé, de la que siempre fue muy celoso, á instancia suya y por su órden se celebraron en Sevilla dos Concilios Provinciales: uno en el año 619, en el que manifestó su celo pastoral, y el torrente de sabiduría dogmática con que abatió y condenó la heregía de los Acéfalos, sostenida por un Obispo siro llamado Gregorio, segun San Braulio; pero

el Santo le convenció con tanta fuerza de razones y de textos de las Divinas Escrituras y de los Santos Padres, que abjuró públicamente de sus errores, viniendo en verdadero conocimiento de la luz resplandeciente de la fé, ganando aquella alma para el cielo.—De otro Sínodo se tiene noticia por la primera carta de San Braulio á SAN ISIDORO, en que supone haber procedido este Santo contra Sintario, mostrando deseos de ver estas Actas, pues suplicaba se las remitiese prontamente.—No adquirió menor fama el nombre de este Santo en el Concilio IV de Toledo, celebrado en esta ciudad en diciembre del año 633. presidido por tan ilustre Prelado, y que fue el tercero de Sisenando, en cuyo Cánon III se determinó que todos los años se celebrase Concilio, porque de esta omision nacia la corrupcion de costumbres, en cuya determinacion se echa bien de ver la mano de SAN ISIDORO y su modo de pensar acerca de un punto de tanto interés para la severidad de la disciplina eclesiástica y para la reforma del clero y del pueblo.

Estas y otras ocupaciones propias del oficio pastoral no le inpidieron dedicarse á escribir muchas obras de gran saber y erudicion, haciendo fuese universal el nombre y la fama de este gloriosísimo Doctor, al mismo tiempo que otros libros de celestial doctrina, en que, unido á la piedad, resplandece el profundo conocimiento que tenia de las lenguas orientales, y lo muy versado que estaba en la historia antigua. Los Indices de estas obras constan y están consignados en los elogios que hicieron de su santo maestro San Braulio y San Ildefonso. Entre otras obras merece mencionarse la Coleccion de Cánones antiguos y legítimos, cuyo Indice propone *Coustant* en el Proemio á las *Epístolas de los Papas*, núm. 141, que no pasa del Concilio IV de Toledo, presidido por el Santo, lo que obliga á reconocer la de aquel tiempo. Tambien es comun persuasion de los es-

critores sagrados, que dispuso el Oficio Gótico, conocido actualmente con el nombre de *Muzárabe;* así es que cuando hacen algunas citas, incluidas en los rezos propios de aquel Oficio, dan por autor al Santo. Otra de las obras más notables y que no espresan los Indices de San Braulio y San Ildefonso, es la publicada por Acheri con el título *De ordine creaturarum.*

Ilustrada la Iglesia con las numerosas obras religiosas que el Santo escribió, llenas de erudicion y escelentes doctrinas, en cuyos trabajos se le veia constantemente ocupado, y habiendo practicado y dado el ejemplo de las obligaciones en que se halla constituido un celoso y buen Prelado, lleno de méritos y virtudes, habiendo llegado á comprender se aproximaba el término de su carrera mortal, trató de prepararse y disponerse, á cuyo fin empezó ejerciendo su nunca desmentida caridad, repartiendo cuantiosas limosnas á los pobres con la mayor liberalidad, y cuyo piadoso ejercicio le ocupaba desde que salia el sol hasta que se ponia, por espacio de seis meses, dando por su propia mano de limosna todo cuanto le quedaba en su casa, en cuyo tiempo le acometió una fiebre molesta, acompañada de un malestar del estómago que no le permitia retener el alimento, y viéndose el Santo en tal peligro, acudió á la penitencia, segun la costumbre de aquel tiempo, enviando á llamar á sus dos sufragáneos, Juan, Obispo de Elepla, y Eparcio, Obispo de Itálica, varones muy recomendables por la santidad de sus costumbres, con los cuales, y acompañado de eclesiásticos, de Religiosos y de un numeroso y afligido pueblo, mandó le condujesen á la iglesia de San Vicente, y colocado junto á la barandilla del altar, ordenó que uno de los Obispos le vistiese el cilicio y otro le cubrise de ceniza, señales de gran penitencia, y en esta situacion, alzando las manos al cielo, esclamó:

«Vos, Señor, que sondeais los corazones de los hombres,

y os dignásteis perdonar al Publicano cuando heria su pecho; Vos, que resucitásteis á Lázaro despues de llevar cuatro dias enterrado, recibid en esta hora mi confesion, y alejad de vuestra vista mis culpas, que no tienen número; no os acordeis de mis maldades, ni de los delitos de mi mocedad, pues no intimásteis la penitencia á los justos, sino á los pecadores como yo, que pequé más veces que arenas tiene el mar. No permitais que el antiguo enemigo halle en mí cosa alguna que castigar. Sabeis, Señor, que desde que llevo á cuestas la carga de esta Santa Iglesia no he dejado de ofenderos; pero pues Vos mismo nos digísteis que en cualquier hora en que el pecador se aleje de sus malos pasos os olvidaríais de sus maldades, escuchad mi súplica y perdonadme; porque si los cielos no son limpios á vuestros ojos, ¿cuánto ménos lo seré yo, que como agua he bebido los pecados?»

Así oró el humildísimo Padre, añadiendo con profundos gemidos el reconocimiento del *Domine non sum dignus*, al tiempo de darle los referidos Obispos la Comunion, recibiendo con sin igual devocion el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, pidiendo á todos perdon, y encomendándose á sus oraciones, exhortándoles al amor fraternal y santidad de costumbres. Despues mandó repartir á los pobres lo poco que le quedaba, y permitiendo que llegasen á besarle la mano, hizo le restituyesen á su pequeña habitacion, donde al cabo de cuatro dias, entre los gemidos y sollozos de los suyos, y el abundante llanto que casi todos los habitantes de la ciudad derramaban por su muerte, sin dejar cosa alguna de que pudiese hacer testamento, entregó su alma al Señor, subiendo su bendita alma á gozar de la patria celestial un jueves, dia 4 de abril del año 636, en que comenzó el reinado de Chintila, habiendo gobernado su Iglesia cerca de cuarenta años, como dice San Ildefonso.

Fue tan estraordinaria la aclamacion de su sabiduría y santidad, que al punto empezó á ser preconizado, no solo por sus santos discípulos Braulio é Ildefonso, sino por otros muchos Obispos y varones ilustres de aquella época. El Concilio VIII de Toledo, celebrado diez y siete años despues de su gloriosa muerte, le aclamó Doctor esclarecido de su siglo, nueva honra de la Iglesia Católica, posterior á los demás en la edad, más no inferior en la doctrina, siendo el más docto varon de los últimos siglos, y digno de que su nombre sea proferido con respeto y reverencia. En el siglo VIII inmediato renovó su memoria con los mayores elogios Isidoro Pacense, y el Metropolitano de Toledo Elipando le proclamó Doctor de las Españas, lucero del Occidente y antorcha de la Iglesia católica, siendo tanta su nombradía en el siglo IX, que no solo eran citadas sus obras con grande estimacion por los Obispos de Alemania y de Inglaterra, sino que escribiendo á estos Prelados el Papa Leon IV, aprobó la costumbre que habia en aquellas iglesias de atenerse al testimonio de SAN ISIDORO, como al de los Doctores San Agustin y San Gerónimo, en los casos estraordinarios no espresados por los antiguos Cánones.

La traslacion del cuerpo de SAN ISIDORO desde Sevilla á Leon se hizo por disposicion divina en tiempo del Rey de Castilla D. Fernando el I, el año de 1063, época en que lo era de Sevilla el Rey moro *Habeth*. Llevado aquel augusto Monarca de su singular piedad y su deseo por el engrandecimiento del culto de Dios y de sus Santos, quiso ennoblecer la córte de Leon con preciadas reliquias, cual lo era el cuerpo de SAN ISIDORO, á cuyo efecto entró en tratos con el Rey *Habeth* ó *Benabeth*, mandando al Obispo de Leon, llamado *Alvito*, acompañado de *Ordoño*, que lo era de Astorga, y del Conde *Munio*, con una buena escolta: vencidas algunas dificultades, se encontraron con la prin-

cipal, que era el ignorarse el punto donde reposaban las reliquias del Santo. Entonces recurrieron al auxilio divino preparándose con ayunos y oraciones por tres dias, por ver si el Señor se dignaba revelarles el sitio en que se ocultaba aquel tesoro. Efectivamente, el Obispo Alvito tuvo la dicha de que en sueños se le presentase un venerable anciano, vestido de pontifical, diciéndole que la bondad Divina les concedia el hallazgo de aquella codiciada reliquia, y preguntándole el Obispo Alvito quién era el que así se le mostraba, le respondió: «*Yo soy el Doctor de las Españas, Prelado de esta ciudad*, ISIDORO.» Por otras dos veces se le apareció el Santo, y en la última le designó con indudables señales el sitio donde yacia su venerable cuerpo, añadiéndole que le serviria de la más verdadera muestra el que en cuanto se estrajera de la tierra su cuerpo enfermaria, y á muy poco se desprenderia del suyo y pasaria á su compañía, cuyo vaticinio se cumplió al pie de la letra. Descubierto el sagrado tesoro, fue tanta la fragancia que exhalaba el bendito cuerpo, que todos quedaron confortados con aquel santo aroma. El Obispo Ordoño y su comitiva recogieron el cuerpo del Obispo de Leon y el del santísimo ISIDORO, y caminaron gozosos á Castilla con el tesoro franqueado por el cielo. El Rey Don Fernando le recibió con la suntuosidad y aparato que correspondia al huésped celestial que Dios le enviaba, mandándole colocar con el mayor respeto y decoro en la iglesia de San Juan Bautista, que en seguida fue consagrada en honor del Santo Doctor ISIDORO.—(L. G.)

DIA 5.

Santa Emilia, *Romana.*

SAN VICENTE FERRER, CONFESOR, ESPAÑOL.

SAN VICENTE FERRER, brillante y resplandeciente estrella de la Iglesia católica, vió la primera luz en la ciudad de Valencia, el dia 23 de enero de 1357. Sus padres eran personas ilustres, muy conocidas por sus virtudes y honradez, tenian á Dios gran respeto y amor, y eran muy caritativos con los pobres, á los que con el mayor desprendimiento y liberalidad daban todo el sobrante de sus rentas. El padre era sugeto muy reputado, y fue escribano público de la ciudad. El Señor les concedió tres hijos, de los cuales el menor fue el renombrado y esclarecido Santo, cuya fiesta se celebra en este dia: siervo escogido por Dios para realizar grandes empresas en su obsequio y para dechado de la cristiandad. Desde sus más tiernos años manifestó la solidez de juicio propia de un adulto, huyendo de las fruslerias y entretenimientos que son patrimonio de la infancia, consiguiendo el conservar pura y sin mancilla su conciencia y pensamientos. Su mayor recreo le cifraba con frecuencia en convocar á los de su edad, y desde un lugar elevado esplicarles la doctrina cristiana, exhortándolos á profesar una vida santa: todo esto lo hacia con cierta gravedad, unida á una naturalidad y donaire tan piadoso, que desde entonces se presagiaba y traslucia la vehemencia y celo apostólico que despues ejercitó tan sobresalientemente en el ministerio de la predicacion.

Su gran capacidad y su alejamiento de toda mundana distraccion le favorecieron en gran manera para hacer rápidos y maravillosos progresos en los estudios, sobresaliendo entre todos sus condiscípulos, no solo en aplicacion

y aprovechamiento, sino en todo género de virtudes, especialmente en la honestidad: ninguno frecuentaba más las iglesias, ni ayunaba con tanto rigor, á pesar de sus pocos años: tres dias á la semana, y los viernes, se limitaba á pan y agua, cuya observancia guardó hasta el último dia de su vida. Oia con la mayor atencion la palabra de Dios, no concurriendo á los sermones por mera curiosidad ó pasatiempo, ni por hacer cargo de la mayor ó menor suficiencia del predicador, sino por impregnarse cada vez más en las santas doctrinas de la fé católica; celebraba infinito que todos alabasen é implorasen á la Virgen María; del mismo modo que cuando oia ó leia algunos de los hechos de la Pasion de Cristo no podia contener el llanto. Jamás quiso amistad ni trato con gentes de dudosas costumbres, temiendo que su comunicacion le entibiase en el fervor de la santa vida á que iban encaminadas todas sus aspiraciones. A esta virtud y recato unia VICENTE en el más alto grado la de la caridad, siendo indecible su amor y aficion á los pobres y afligidos, en lo cual se echaba bien de ver la senda que le habian mostrado sus virtuosos y caritativos padres. Nunca mostró su semblate señales de enfado, y mucho ménos de cólera; huyendo de toda disputa y porfía, á pesar de ser de agudísimo ingenio, sobresaliendo en modestia y mansedumbre, y evitando siempre el ofender ó dar pesar con sus palabras.

A los diez y ocho años de su edad, y habiendo terminado los cursos de filosofía y teología, tomó el hábito de la Orden de Predicadores en el Convento de Valencia, que era su mayor deseo, con gran contentamiento de sus padres, distribuyendo en limosnas toda la parte de hacienda que le correspondia. En cuanto ingresó en el Convento, á pesar de ser nuevo en la Orden, aun los Religiosos más antiguos se miraban en aquel mancebo como en un espejo de perfeccion cristiana. Era tan enemigo de la ociosidad, que

siempre se le hallaba en oracion ó estudiando, ó bien cantando en el coro con gran fervor y sentimiento; en los oficios de la obediencia era puntualísimo; dormia poco, y aun comia ménos; á los Superiores trataba con veneracion, y á los demás como hermanos, con amor y confianza, siendo tal su humildad, que se consideraba indigno de vestir el hábito de Santo Domingo. Fue lector de artes, adquiriendo sus discípulos gran instruccion y aprovechamiento espiritual: en aquel tiempo empezó su predicacion, y desde los principios era tal su fama, que desde largas distancias venian innumerables personas á oir la palabra de Dios espresada por este predilecto siervo suyo; siendo enviado á Barcelona á muy poco tiempo con aquel destino, en donde con su ejemplo y fervorosa predicacion ganó para el cielo muchas almas, habiendo aumentado el crédito de su santidad por haberse cumplido un anuncio suyo, pues careciendo la ciudad de subsistencias, y próxima á sufrir el conflicto del hambre, les manifestó no se afligiesen, pues estaban para llegar unas naves cargadas de trigo que nadie esperaba, y mucho ménos estando el mar tan alborotado y borrascoso, cuya profecía se cumplió exactamente. De Barcelona pasó á Lérida, cuya escuela estaba muy floreciente, y SAN VICENTE se perfeccionó en las ciencias eclesiásticas con la comunicacion que tuvo con aquellos grandes maestros; leia frecuentemente las obras de los Padres, y llegó á saber de memoria toda la Sagrada Escritura, pues siempre la estaba estudiando y consultando.

En el año 1384 tomó en Lérida el grado de Doctor, y obedeciendo á sus Prelados, regresó á Valencia, donde enseñó teología con indecible reputacion. Sirvió al Cardenal Pedro de Luna, Legado de Clemente VII en España, acompañándole á muchas poblaciones donde dejaba siempre señales de su paso, con su apreciada, ardiente y fervorosa predicacion. Cuando el Cardenal volvió de Aviñon, donde

residia el Pontífice, se separó SAN VICENTE y dió la vuelta á Valencia en 1394, emprendiendo con nuevo ardor la conquista espiritual de los fieles; pero el enemigo de las almas le preparaba mil lazos para hacerle caer en algun pecado que escandalizase la ciudad y le desacreditase. Entre otros fue uno el inspirar á una mujer libre una vehemente pasion al Santo, valiéndose del ardid para que se le acercase fingirse enferma, y con el pretesto de confesarse llamó á SAN VICENTE y le declaró su torpe deseo: el Santo se retiró al punto, despues de reprenderla severamente su feo delito. Igual victoria alcanzó de una mujer que de intento introdujeron en su celda algunos envidiosos de su virtud; pero sufria con firmeza y valor estos acometimientos, armándose con la oracion y la mortificacion de sus sentidos, velando todas sus acciones, pues temia su flaqueza, y temblaba las ocasiones de pecar. El Antipapa Pedro de Luna, que se titulaba Benedicto XIII, le llamó y nombró Maestro del Sacro Palacio, y aun quiso hacerle Obispo y Cardenal, á lo que el Santo se resistió siempre. Trabajó mucho para que se acabase aquel cisma que tanto afligió la Iglesia, doliéndose infinito de la gran corrupcion de costumbres que aquel estado de cosas producia, y se iba estendiendo por toda la cristiandad; y así, animado de superior celo, y en calidad de misionero apostólico, determinó predicar la palabra de Dios por todas partes, y anduvo de esta suerte por muchos reinos de Europa, sufriendo muchos trabajos y penalidades. En todas las poblaciones le precedia su gran fama, y el concurso de su auditorio apenas cabia en los templos ni en las plazas, por espaciosas que fuesen. En sus peregrinaciones apostólicas observaba un género de vida ejemplar; solamente dedicaba al sueño cinco horas de la noche; las demas las empleaba en estudiar, rezar y meditar: por las mañanas, se confesaba, y despues cantaba la Misa, como si fuera fiesta solemne, con gran de-

vocion y detenimiento, derramando en el Cánon copiosas lágrimas; en seguida predicaba con su acostumbrado fervor, en un estilo sencillo, para que fuese comprendido aun de los más rudos; pero aquella sencillez nunca degeneraba en bajeza, ajena al decoro con que debe espresarse la divina palabra. Despues de predicar, se dedicaba á la asistencia y curacion de los enfermos. Estas santas prácticas sirvieron en gran manera para la conversion de muchos moros y judíos, á los cuales hablaba con la mayor franqueza y persuasion en sus sermones, demostrando á los primeros los errores de su secta, y á los segundos la falsa creencia en que estaban esperando al Mesías, que por ellos y por todos se habia dejado crucificar en Jerusalen.

Hablaba á los pecadores al alma, y con la mayor elocuencia, mostrándoles la proximidad del juicio de Dios, su severidad con los contumaces, la actividad del fuego eterno preparado para los malos, y otras muchas verdades que, espresadas por su boca, obraban maravillas en los corazones de los que perseveraban en el pecado, no haciendo distincion en sus amonestaciones de grandes y pequeños, pobres y ricos, midiendo á todos con la misma vara. El Señor premiaba su santo celo, haciendo que sus correcciones fuesen bien recibidas, honrándole todos á porfía, siendo voz general que VICENTE era un ángel del cielo enviado por el Ser Supremo para enmendar la desmoralizacion del mundo. Se vió este valor apostólico en el siervo de Dios particularmente cuando subió al trono el Rey D. Martin de Aragon, recordándole por escrito las desastradas muertes de su padre D. Pedro, y de su hermano D. Juan I, para que escarmentase en estos castigos visibles del cielo, y con su conducta templase al Altísimo por los delitos de sus mayores, amenazándole con el azote de la ira de Dios si así no lo hacia. El Rey recibió muy bien aquella misiva, y obedeció sus consejos, satisfaciendo el daño que hizo su padre á

la iglesia mayor de Tarragona, honrando siempre á aquel Santo venerable, y observando fielmente, mientras vivió, su doctrina y advertencias.

En el trato de su persona fue sobremanera rígido: mientras vivió en la Orden no comió carne sino forzado por la necesidad: ordinariamente se contentaba con una pequeña racion; mezclaba mucha agua al poco vino que bebia, y por espacio de cuarenta años ayunó todos los dias, salvo los domingos y cuando estaba enfermo. Comunmente dormia vestido sobre algunos sarmientos, guardando exactamente la Regla y las Constituciones de la Orden, agregando á su cumplimiento ásperas penitencias, que parecian insoportables en quien tenia una vida tan laboriosa. En cualquiera parte donde comia se hacia leer la Santa Biblia, observando siempre un religioso silencio, de cuya virtud fue observantísimo; así era que no habia novicio en la Orden que tanto temiese quebrantar aun las más insignificantes ceremonias: en la obediencia era sumamente escrupuloso, sabiendo bien cuánto gana el Religioso obediente, y cuánto pierde el que no lo es. Su estremada pobreza confunde y avergonzará eternamente á los que en la profesion Religiosa buscan la comodidad y el regalo: nunca tuvo más que una saya, un escapulario y una capa de lana vasta, con arreglo á las prescripciones de la Orden: fuera de las cosas necesarias para la vida, no recibia ni permitia que ningun compañero suyo admitiese ninguna dádiva, y mucho ménos metálico.

Su castidad era ejemplar y espejo donde debian mirarse todos los amantes de la pureza y honestidad: treinta años estuvo sin verse otra parte de su cuerpo que las manos, recatándose del trato con mujeres, y solo en los casos en que se veia obligado por necesidad ó por caridad: en mirar, en oir, y en el uso de los demás sentidos era muy cauto y recatado: contra la vanagloria y el amor propio vivió siem-

pre muy precavido: antes de entrar en alguna poblacion, sabiendo por esperiencia que el clero y el pueblo le salian á recibir procesionalmente como si fuera á San Pablo, se preparaba contra este tormento para él con oracion y lágrimas: cuando empezaron á tratarlo con aquella reverencia los reprendió severamente, diciendo que aquellas manifestaciones eran una especie de idolatría con la que le hacian sufrir y padecer sobremanera, y mucho más con cortarle la ropa y honrarle de aquel modo, y así es que huia de las solemnes entradas en los pueblos; pero por fin hubo de ceder, considerando que la honra que le dispensaba la gente principal influia en el aumento de la devocion y en el aprovechamiento de cuantos le oian.

El gran ascendiente que gozaba SAN VICENTE por su doctrina y santidad, le hacia ser muy amado y reverenciado de toda la Iglesia, juzgándose dichoso el que tenia el logro de oirle predicar, y mucho más el que alcanzaba su direccion ó consejos en negocio propio. Apenas hubo en su tiempo asunto grave, especialmente en las cosas públicas, para cuya determinacion no fuese buscado. En las disensiones que á fines del siglo XIV hubo en Valencia entre los Obispos y las Ordenes mendicantes, aun despues de sentenciada esta causa por el Cardenal D. Jaime de Aragon, no se dieron por contentas las partes hasta que, puesta en manos de SAN VICENTE, recibieron de él leyes y capitulaciones para que á nadie se hiciese agravio.

Aun más sobresalió su santa prudencia en la eleccion del Infante D. Fernando de Castilla como Rey de Aragon, suceso de los más señalados de aquella época. Habia muerto sin herederos el Rey D. Martin de Aragon, ordenando en su testamento le sucediese en el reino aquel á quien los Estados y los Grandes juzgasen le correspondia: no resultó acuerdo, por ser muchos los que se creian con derecho á aquella Corona, originándose de esta desavenencia

trastornos y aun asesinatos, siendo uno de los más sensibles el del Arzobispo de Zaragoza, Prelado que, llevado de la mejor intencion, trabajaba por que se declarase con justicia la sucesion del reino. Los Parlamentos y Juntas, en obsequio á la paz, adoptaron el medio de nombrar nueve personas graves, tres por cada reino, que, reunidas en el castillo de Caspe, hicieran la eleccion, debiendo ser ésta acatada por todos. Dos de los nombrados por Valencia fueron D. Bonifacio Ferrer, Prior general de la Cartuja, varon muy celebrado, de singular religion y doctrina, y su hermano SAN VICENTE, á cuya diligencia se debió en gran parte la pacífica decision de aquel árduo é interesante asunto. Es indecible lo que SAN VICENTE trabajó, y la prudencia con que unió á los discordes; y seguramente lo envió el Señor para que serenase aquella borrasca. Aragon y Cataluña confiesan deber al Santo el feliz éxito de esta causa, presagio de la union de ambas Coronas, como se realizó poco despues en tiempo de los Reyes Católicos.

Todavía fue mayor si cabe el trabajo y celo que desplegó para hacer que terminase el cisma que por entonces afligia á la Iglesia. Grande y lastimosa era la perturbacion que existia por tan sensible causa entre los mismos fieles: estaba abierto y facilitado el camino de perdicion de los vicios: los malos aprovechaban aquella licencia para corromper á los buenos, y desde los tiempos de Arrio no se vió la Iglesia tan combatida por tan contrarios elementos. SAN VICENTE no descansó, é hizo cuanto pudo por devolver á la Iglesia la deseada paz, consiguiendo inclinar el ánimo del Rey D. Fernando de Aragon, á que tanto este Monarca como sus reinos negasen la obediencia á Benedicto XIII, que, con escándalo de toda la cristiandad, habia revocado lo que tantas veces prometió por su boca, no queriendo renunciar sencillamente al Pontificado, como lo habian hecho ya Gregorio XII y Juan XXIII con alabanza y

gloria de su nombre. El Santo se halló y predicó en la solemne publicacion de este real decreto, que lo fue en la fiesta de la Epifanía del año de 1416, siendo la mayor autoridad de aquella determinacion el haber intervenido en su publicacion tan santa y venerable persona.

Predicando una vez en Ayllon, rogó al Rey D. Juan II, á la Reina y á la Infanta que mandasen separar los cristianos de los judíos y los moros, cuya inmediata comunicacion producia graves é incalculables daños á la cristiandad, y así se puso por obra en la mayor parte de las ciudades y villas de estos reinos, ordenándose entonces, dice el Cronista del Rey D. Juan II, que los judíos llevasen tabardos con una señal bermeja, y los moros capuces verdes con una luna clara, para que así pudiesen ser conocidos de todos. Igualmente, atendiendo á sus vivas instancias, se tuvo el año 1414 la célebre Congregacion de Tortosa, donde, á presencia del Papa y de los varones más señalados de aquel tiempo, disputaron los judíos con los cristianos acerca de varios puntos de religion, siendo su consecuencia y el resultado del triunfo de la fé católica el convertirse más de tres mil judíos.

En los viajes Apostólicos que emprendió el Santo por gran parte de Europa, encontró mezclada mucha cizaña de errores y de vicios con la limpia mies de la virtud y de la buena doctrina. En una carta que desde Ginebra escribió al General de su Orden, despues de referirle los muchos males que habia visto, y por desgracia presenciado, hablando de sus causas, se espresa con estas notables palabras: «De esto podeis considerar, Rmo. Maestro, cuánta culpa sea de los Prelados de la Iglesia y de otros que de oficio ó de profesion están obligados á predicar á los tales, y quieren más estar descansando en las ciudades y villas principales que acordarse de sus ovejas; pereciendo las almas, que por salvarlas murió Cristo Nuestro Señor, por

falta de mantenimiento espiritual, por no haber quien á los pobrecitos se lo corte. La mies es mucha y los obreros pocos, por lo cual ruego al Señor de estas mieses que envie obreros á su heredad.» Así pensaba aquel Varon Apostólico de la estrecha cuenta que han de dar á Dios los que por desidia ó por capricho, ó bien por antojos y miedos imaginarios, permanecen encerrados en su retiro, y dejan de velar sobre las ovejas de que son Pastores, ó descansan en la persuasion de que otro las visite y predique, haciendo con el rebaño los demas oficios de ganadero que á ellos ha encargado el Señor, si son por El llamados á desempeñar este destino.

La importante y justa idea que tenia formada SAN VICENTE de cuánto vale y cuán meritorio es un alma redimida por Cristo, le sacó y le hizo abandonar el rincon amado de su celda, y le hizo andar de pueblo en pueblo, y casi toda su vida por reinos estraños, sin reparar en riesgos ni en penalidades, pasando muy grandes trabajos; pero así tambien le salió perfectamente la cuenta, pues sobre sus sermones echaba Dios la bendicion, convirtiéndose á consecuencia de su vehemente y enérgica palabra gentes muy perdidas, contándose muchos millares de judíos y de moros, que en fuerza de su elocuencia abrieron los ojos á la verdadera fé. Habiendo cumplido con sublime constancia el fin que se propuso con sus vastas misiones, el Señor dispuso llevársele, satisfecho de los abundantes frutos que le habia proporcionado este siervo suyo. Estando en Francia, inmediato á Vannes, bien fuese por la vejez ó por la fatiga causada de las tareas no interrumpidas por tantos años, contrajo una gran debilidad, que apenas le permitia tenerse en pie. Alarmados sus compañeros, y viéndole en aquel estado, le rogaban que poco á poco regresasen á Valencia, para morir en aquella ciudad querida; más SAN VICENTE, como era de un carácter muy franco, no sabien-

do tampoco negarse, condescendió con su ruego, y así lo tenia determinado, hasta que, entendiendo ser voluntad de Dios que muriese en Vannes, hizo que le llevasen á esta ciudad; en ella predicó, despidiéndose de sus moradores, y rogándoles que nunca olvidasen lo que les tenia enseñado. Ultimamente, conociendo que se acercaba su término mortal, redoblando los afectos devotísimos de su corazon hacia el Señor, recibidos los Santos Sacramentos, dotado de espíritu de profecía, esclarecido con muchos y muy notables milagros, habiendo sufrido con heróica paciencia los dolores y agonías de su penosa enfermedad, en el dia que habia anunciado, que fue el 5 de abril del año 1419, despues que le leyeron la Pasion de Cristo, y rezó los siete Salmos Penitenciales, entregó su espíritu al Señor. Su bendito cuerpo fue enterrado en la iglesia catedral de Vannes por disposicion de su Obispo y del duque de Bretaña. Tuvo la gran satisfaccion y el gozo de dejar acabado el cisma, falleciendo despues que Martin V habia sido canónicamente electo en el Concilio de Constanza. El Pontífice Calixto III, natural de la ciudad de San Felipe de Játiva, le puso en el número de los Santos Confesores.

En medio de las tareas de continua predicacion, escribió SAN VICENTE algunos tratados, un libro intitulado *De las Suposiciones*, que el P. Juan de Marieta dice haber visto manuscrito en la librería antigua del Convento de San Estéban de Salamanca: otro libro grande de materias morales que se llama *Distinciones Morales*: otro que se guarda manuscristo, en pergamino y papel, en la Cartuja de Scala Dei, en el Arzobispado de Tarragona, con el título: *Tratado muy útil y consolatorio en las tentaciones acerca de la fé.* Tambien escribió en latin un escelente *Tratado de la vida espiritual*, del cual decia San Luis Bertran que en ningun libro habia hallado retratadas tan al vivo las virtudes como en este libro que se publicó á principios del siglo XVI, tra-

ducido al castellano por órden del Cardenal Jimenez, Arzobispo de Toledo, y luego lo volvió á traducir con mayor claridad, y le adornó con un estenso comentario el P. Fray Juan Gavaston, del Orden de Predicadores, y lo imprimió en Valencia el año 1614. Dicen que es tambien de SAN VICENTE un *Tratado del Santo sacrificio de la Misa* que corre en su nombre, escrito en lengua lemosina. La carta que escribió á Benedicto XIII, dándole cuenta de su predicacion apostólica, se halla en la Cartuja de Val de Cristo, escrita de mano del Monge Fray Andrés Martin, discípulo del Santo. Otra carta escribió al General de su Orden, Juan de Podionucis, otra al Rey D. Fernando de Aragon, y dos al Infante D. Martin, hijo de D. Pedro el IV, que entonces era duque de Segorbe, y despues le sucedió en el trono del reino de Aragon.—L. G.

BEATA CATALINA DE TOMAS, ESPAÑOLA.

En la amena villa de Valdemusa, territorio de la isla de Mallorca, nació en el año de 1533 esta admirable vírgen española. Fue la última de los siete hijos que tuvieron sus padres, Jaime Tomás y Marquina Gallard, más ricos de virtudes que de bienes de fortuna. Por regla general distinguen los padres con mayor afecto al hijo más pequeño, sin duda porque la naturaleza inspira la proteccion en favor del más débil, y los padres de CATALINA, no saliendo de la regla general, consagraron á su última hija mayor predileccion y cariño; pero en CATALINA habia circunstancias especiales que forzosamente tenian que producir mayor afecto, hermanado con estraordinaria admiracion.

Un hecho de la infancia de esta Beata consignado en la historia, bastará para apreciar lo legítimo de la predileccion de sus padres, y de la celebridad que acompañó á su nombre desde los pocos meses de hallarse en el mundo.

Sin percibirse la menor alteracion en su salud, y sin

interrumpir ni por un momento la dulzura de su amable rostro, dejaba de mamar algunos dias. Tratando de inquirir la causa de este hecho para combatirla antes de que pudiera dar lugar á alguna seria enfermedad, se dedicaron sus padres y un médico á una constante observacion. Su salud no se alteraba, y la intermitente desgana continuaba; y habiendo apuntado los dias, resultó ser siempre en viernes cuando la niña no tomaba el pecho de su madre. Pusiéronse en accion los más eficaces medios; pero ningudo bastó para que la niña tomase ninguna clase de alimento en viernes, persuadiéndose entonces los padres, los médicos y todos los habitantes de la villa de que aquella desgana era obra celestial; era una innata disposicion á la abstinencia y al ayuno en los viernes, que guardó toda su vida.

Tan admirable circunstancia colocó desde la infancia á la BEATA CATALINA en la categoría de los seres prodigiosos, categoría de que no descendió ni un momento, pues á un portento seguia otro, y á una maravilla otra maravilla. Apenas sabia pronunciar bien, y habiéndola dislocado su madre un brazo por una casualidad, acudieron inmediatamente los médicos, y cuando se disponian á operar para volver el brazo á su centro, pidió la niña una estampa de la Virgen, y rogó que se la pusieran sobre el brazo, que instantáneamente quedó curado, ágil y sin la hinchazon que comenzaba á presentarse cuando llegaron los médicos.

Asombrado Satanás de tan portentosa criatura, y temiendo que con su ejemplo fuese constante guia de virtudes, colocando en el camino de la salvacion muchas almas que él tenia ya marchando por la senda de la perdicion, determinó combatir aquel tierno pecho, presentándola unas veces adornos, galas, alhajas, escenas deslumbradoras para la mundana vanidad, y otras veces tratando de aterrarla con espectros y sanguinarias escenas; pero todo fue inútil: arrodillada, con las manos cruzadas é implorando la protec-

cion de la Madre del Salvador, la tierna CATALINA, á los seis años de edad, derrotaba á Luzbel y á su infernal ejército.

Quiso el Señor distinguir á esta admirable criatura visitándola en su retirada estancia, y se la apareció del mismo modo que estuvo en la Cruz. Conmovido hasta lo más profundo su corazon, contempló CATALINA al Divino Jesus crucificado, que permaneció largo rato en su presencia, dirigiéndola por fin con amoroso acento estas palabras: *Hija, tú has de ser mia; pero mira cuánto me cuestas.* Desapareció el Señor, y CATALINA quedó anegada en piadoso llanto, sintiéndose desde entonces tan dispuesta y esforzada para sufrir por Jesus toda clase de trabajos y tormentos, que cuantos se la presentaron en el resto de su vida la parecieron leves y ténues, recordando la muerte y Pasion del Salvador del mundo.

Una aguda enfermedad llevó en pocos dias al sepulcro al padre de CATALINA, al que siguió muy en breve la madre, quedando huérfana la Santa niña á los siete años de edad. Con este motivo pasó á vivir en compañía de unos tios que habitaban una granja de su propiedad, á una legua de distancia de Valdemusa. Bartolomé Gallardo y María Tomasa eran los nombres de los tios, que en cambio del sustento que daban á la pobre huérfana la atormentaban de contínuo, sin contar con el escesivo trabajo que diariamente la encomendaban. Bartolomé era de un carácter duro, muy irritable y poco devoto, y le disgustaban las piadosas inclinaciones y prácticas de CATALINA; y su mujer María Tomasa, poco devota tambien, muy vanidosa, y con el constante afan de lucir y figurar entre sus vecinas, á quienes consideraba en todo muy inferiores á ella.

Inmenso cúmulo de penalidades y disgustos tuvo la huérfana en esta morada; pero recordando constantemente la Muerte y Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, todo lo

llevaba con la paciencia y resignacion que hubiera podido emplear el más heróico Santo. Sin descuidar ni un momento las ocupaciones de su obligacion, las desempeñaba rezando de contínuo, y por la noche, dando muy poco descanso al cuerpo, pasaba muchas horas de rodillas en santa contemplacion.

Obedeciendo á una idea que hacia algun tiempo la habia sugerido su piadosa mente, determinó consagrarse esclusivamente al servicio de Dios tomando hábito de Religiosa; pero ofrecíasele la dificultad de no contar con medios para poner en ejecucion su santo pensamiento. Necesitaba quien la aconsejase y le indicase la manera de llevar á cabo su propósito, y como con nadie absolutamente tenia relaciones ni confianza, y á sus tios no se atrevia á decirles nada, pasaba las noches enteras en oracion, pidiendo al Señor y á su Santa Madre que la iluminasen y enseñaran el camino para llegar al fin deseado. Estando una noche orando se le vino á la imaginacion un venerable sacerdote llamado Pedro de Castañeda, que habitaba en una ermita dedicada á la Santísima Trinidad, sita en la eminencia conocida con el nombre de Miramar, que gozaba en toda la isla de Mallorca de gran fama de prudencia y virtud; y creyendo CATALINA que la Divinidad le indicaba aquel Santo varon para protector y consejero, determinó ir una noche á consultarle. Hízolo así efectivamente, y dejó admirado á Castañeda con sus luces, infinita piedad y acendrado amor á Jesus y á su Madre; más aunque al Santo ermitaño le pareció verdadera y firme la vocacion de CATALINA, la aconsejó que lo pensase todavía algunos dias, mientras él pensaba tambien lo que debia hacerse, pues su corta edad de trece años era un gran inconveniente para la pronta realizacion de su deseo.

Regresó CATALINA á casa llena de gozo por la proteccion con que ya contaba del Santo ermitaño, deseando

con la mayor ansia trascurriese el tiempo prevenido por Castañeda para volverle á ver. Llegó por fin el anhelado dia, y la dijo el Santo ermitaño: «He diferido manifestarte mi dictámen hasta consultarlo con el Señor, y me parece que tu vocacion es inspirada de Dios, quien te llama al retiro de los claustros religiosos para que te ocupes en su santo servicio, por lo que yo te ofrezco mi proteccion, bajo el seguro que no te desampararé hasta ver cumplidos tus deseos.» Inesplicable es el gozo que poseyó el corazon de CATALINA, gozo que, continuando cada dia en aumento, no pudo ocultarse á sus tios, que, enterados de la causa, se manifestaron decididamente contrarios al proyecto de su sobrina, calificando su vocacion de holgazanería y de deseo de huir del trabajo.

Grande oposicion encontró Castañeda en los parientes de CATALINA; pero su paciencia, santidad y prudencia los fueron venciendo, y por fin logró que le entregasen la jóven, á la cual llevó á Palma, depositándola en casa de un noble caballero de su confianza, llamado D. Mateo Zaforteza, para que allí permaneciese mientras aprendia á leer y escribir, requisitos indispensables para entrar en un Convento.

Bien pronto conoció Zaforteza y toda su familia que Castañeda habia quedado muy corto en la relacion de las virtudes y relevantes dotes que adornaban á su Santa jóven protegida, y todos la dispensaban el más respetuoso afecto y el más sincero cariño, esmerándose á porfia en cuidarla y asistirla en una gravísima enfermedad que tuvo á poco tiempo de entrar en su compañía.

Los buenos deseos que animaban al venerable Pedro de Castañeda en favor de CATALINA le hicieron creer sumamente fácil reunir entre las piadosas personas de la Isla limosnas bastantes para la dote que necesitaba; pero se desengañó tristemente de que no á todos animaban los

sentimientos que á él, y se encontró con que no podia contar sino con suma tan insignificante que no merecia ni hablarse de ella en ningun Convento. En su virtud determinó dirigirse á las Superioras de los tres Conventos de Monjas que habia en la Isla, y haciéndolas presentes los deseos y virtudes de la pretendiente, rogar que la admitieran sin dote. Dirigióse primero al Convento de Santa María Magdalena, del órden de San Agustin, pero nada consiguió, porque la Superiora le dijo que el Convento se hallaba muy atrasado y no podia aumentar la Comunidad sin la ayuda del dote. Iguales diligencias practicó, y con iguales resultados, en los Conventos de San Gerónimo y de Santa Margarita, recibiendo un grave sentimiento con la negativa, que afligio lo que puede presumirse á CATALINA. Esta, sin embargo, humilde siempre, se conformó con la voluntad del Señor, resignándose á esperar su auxilio para llevar á cabo su proyecto, al que de ningun modo renunció por estas contrariedades. El Señor, que sin duda por aquilatar más la paciencia y virtud de su sierva habia permitido las negativas de las Superioras de los tres Conventos, dispuso al cabo de poco tiempo las cosas y los pensamientos de distinto modo, pues apreciando debidamente las Religiosas del Convento de Santa María Magdalena el alto honor que les proporcionaria el contar una Santa en su Comunidad, comisionaron á su confesor, el Doctor Don Rafael Bonet, para que pasase á ver á Castañeda y le manifestase que con el mayor gusto y complacencia recibirian sin dote á CATALINA. Con el más profundo agradecimiento fue admitida la proposicion de las Religiosas Magdalenas, y aun no se habia retirado el Doctor Bonet, cuando llegaron otros dos comisionados, uno de las Monjas Gerónimas y otro de las Margaritas con igual proposicion que el de las Magdalenas; pero tanto por haber dado ya la contestacion Castañeda, cuanto porque la Regla de la Comuni-

dad era más del agrado de CATALINA, quedó resuelta su entrada en el primer Convento.

Con un gozo que la humana pluma no puede absolutamente espresar, tomó el hábito la Santa jóven el año de 1552, contando diez y nueve de edad.

Tarea por demás larga seria el pintar á la fervorosa novicia en todos sus actos de humildad, penitencia, contemplacion y de asiduidad incansable en el trabajo encomendado á las novicias. Su ejemplar y admirable vida era la admiracion de toda la Comunidad, que unánime conservaba el sentimiento de haber retardado un solo dia el tener en su seno tan ejemplar compañera.

En 1553 hizo su solemne profesion, y cuando creian todos que no podia avanzar más en la senda de la perfeccion religiosa, se vió que sus humildes y penitentes prácticas de novicia no habian sido más que como ensayos de la perfeccion á que caminaba, especialmente en acendrado amor á Jesus, á su Santísima Madre, y á Santa Catalina, Mártir, de la que era especialísima devota. Llenas de admiracion notaron las Religiosas que era tal el fervor de la oracion de CATALINA, y tal su abstraccion y apartamiento del mundo cuando elevaba su espíritu al Señor, que arrobada en admirable éxtasis quedaba con la vista fija, é inmóvil todo su cuerpo, sin dar la más leve señal de vida; sin ver, sin oir y sin tomar alimento en muchas horas. Crecia la admiracion y asombro de la Comunidad porque los éxtasis iban aumentando su prodigiosa duracion, llegando hasta la de quince y veinte dias enteros sin la menor interrupcion, y por consiguiente sin tomar durante ellos alimento ninguno.

«Supo el Illmo. Sr. D. Diego Arnedo, Obispo á la sazon de Mallorca, uno de los Prelados más célebres que ha tenido la Iglesia de España, aquellos trasportes estraordina-

SANTORAL ESPAÑOL.



Dibº. Barcala. Litª de Escarpizo

BEATA CATALINA DE TOMÁS.

rios, de cuya duracion habia tan pocos ejemplares en la historia, y creyéndose obligado á examinarlos por sí, dió órden para que se le avisase cuando la Sierva de Dios estuviese arrebatada. Hízose así, y mirando á CATALINA con el cuidado más escrupuloso, quedó lleno de admiracion al ver aquel prodigioso espectáculo que arrebataba la atencion de los presentes. Preguntó á las Religiosas que si contestaba cuando la hablaban en estos casos, y respondieron que no, á no ser que la hablase la Priora; solicitó probar Su Ilustrísima si respondia tambien á él, y haciéndola varias preguntas á todas contestó con admirable acierto. Valióse, además de esto, de cuantos medios le sugirió su prudencia para certificarse más y más, é informado de la conducta, de las costumbres y de los santos ejercicios de CATALINA, y de cuanto podia darle luz para formar juicio en negocio de tal importancia, resolvió, con dictámen de personas doctas, que aquellos síntomas verdaderamente dignos de la mayor admiracion eran efectos de amor divino, el más activo, el más fervoroso, y el más eficaz para con el Señor, cuya fuerte violencia arrebataba aquella alma dichosísima á la más interna comunicacion con Dios.

»Causan admiracion los artificios de que se valió el demonio para combatir á esta criatura, que servia de la mayor confusion al infierno; pero como Dios queria probar la virtud y la paciencia de su fidelísima sierva, permitió que el enemigo de la salvacion la atormentase cruelmente y de varias maneras, unas veces con temerosos aullidos, con gritos horribles, con visiones espantosas y con fantasmas estraordinarios: pero como todas estas invenciones no produjesen ningun efecto para inquietarla, la daba otras veces recios golpes, la arrastraba por la celda y la heria furiosamente. Tuvieron al principio las Religiosas un terror pánico cuando sintieron en la celda de CATALINA los infernales combates; pero notando la serenidad y la tran-

quilidad de ánimo con que se manifestaba despues de aquellas peleas, quedaron llenas de admiracion y de consuelo, viendo que tenian en su casa una insigne heroina que despreciaba á todo el infierno junto.»

Deseando las Religiosas ser dirigidas por persona tan santa é iluminada de la divina gracia, la nombraron su Superiora. Las más humildes escusas, los más fervorosos ruegos y hasta las lágrimas empleó para hacer desistir de su empeño á sus compañeras; pero estas estaban resueltas á que fuese su Prelada, y á nada atendieron. Fue aquella tarde el Obispo á dar la enhorabuena á CATALINA, y esta le habló con tanta eficacia, uncion y verdad, que no pudo ménos de conocer el Obispo que era tan verdadero el sentimiento de la humilde Vírgen por la distincion con que sus compañeras la habian honrado, que si persistian en su determinacion hasta peligraria su vida. En virtud de esto habló á la Comunidad, que se resignó á tener otra Abadesa.

Gran número de milagros obró el Señor por intercesion de su amantísima sierva, especialmente en los tres últimos años de su vida. De todas las poblaciones de las islas Baleares acudian devotos al torno del Convento á implorar la proteccion de CATALINA, habiéndose verificado por sus oraciones instantáneas y admirables curas de tullidos, ciegos, mudos y enfermos desahuciados.

Conoció el próximo fin de su vida, y le anunció á la Comunidad, que recibió la noticia con el mayor sentimiento por verse privada de una compañera que era el consuelo de todas sus aflicciones y el seguro remedio de todos sus males El dia 5 de abril de 1574, á cerca de los cuarenta y uno de su edad y veinte y uno de Religiosa, entregó su pura alma al Criador. «Quedóse su rostro y cuerpo hermosísimos despidiendo de sí un olor celestial que llenó de

fragancia todo el ámbito del Monasterio. Mantúvose tres dias el féretro para satisfacer la devocion de las gentes que concurrian á tributarle los últimos obsequios, y fue cosa muy digna de admiracion el ver á una multitud de niños que, deponiendo todos los movimientos naturales de su edad, llegaron con los brazos cruzados delante del pecho á adorar al venerable cadáver, cuya estraordinaria accion movió á ternura á todos los circunstantes. Tratóse de darla sepultura; pero apenas se oyó en el concurso, cuando levantando la voz todos, clamaban que no era justo ocultar bajo la tierra aquel objeto tan digno de veneracion pública. En este apuro se discurrió el prudente arbitrio de darla sepultura en el silencio de la noche, como se hizo, debajo de las gradas del altar mayor, dentro de un arca preparada al efecto. Despues se la trasladó á los tres años y dos dias de su feliz tránsito á un precioso sepulcro que se labró bajo la capilla de Santa Catalina, Mártir, donde pidió la ilustre Vírgen, antes de morir, que se la enterrase, en cuyo acto se halló su cuerpo íntegro, incorrupto y flexible como si estuviese vivo.

»De aquel depósito se le trasladó últimamente á la magnífica capilla que en honor suyo se erigió en el mismo Monasterio, donde se celebró su fiesta con aprobacion de los Ordinarios, manteniéndose su culto por espacio de veinte y ocho años, hasta que se suspendió con gran dolor de los mallorquines con motivo del decreto de Urbano VIII, sobre que no se tributase á los Santos que no le hubiesen de inmemorial.

»Con motivo de esta prohibicion, y de los muchos milagros que cada dia obraba el Señor por la intercesion de su fidelísima sierva, se interesaron los mallorquines para que se tratase de su beatificacion. Diose principio al proceso ordinario en el año de 1626, y, concluido, se presentó en la Sagrada Congregacion en solicitud de las letras remisoria-

les para la formacion del proceso apostólico. Suspendiéronse estas por el accidente de haberse quemado aquel en casa de cierto curial que murió de peste; pero habiendo resumido la causa la Sagrada Congregacion por la poderosa recomendacion del Rey D. Felipe IV, se despacharon las correspondientes letras en 25 de marzo del año 1671, cometidas al Illmo. Sr. D. Bernardo Cotoner, Obispo de Mallorca, para la formacion del proceso apostólico, sobre las virtudes y los milagros de la sierva de Dios: hízose este con disposicion de muchos testigos que declararon de público y notorio sobre ambos estremos, y aprobados por la misma Sagrada Congregacion, con las formalidades que acostumbra, la beatificó el Papa Pio VI, como consta de su Breve apostólico dado en Roma á 3 de agosto del año 1772, en el diez y ocho de su Pontificado.»—N.

DIA 6.

San Celestino, Papa, *Romano*, y

SAN URBANO, ABAD, ESPAÑOL.

Muy escasa de noticias acerca de este Santo anda la historia. Por español sin controversia alguna le dan todos los escritores que se han ocupado de él, con inclusion del Maestro Enrique Florez en *La España Sagrada*; pero encareciendo sus merecimientos, sus virtudes y profunda ciencia, nos dejan en la más completa ignorancia con respecto á su familia y á los sucesos particulares de su vida. Lo poco que se sabe es lo siguiente:

Que fue Monge Benedictino en el Monasterio de San Pedro de los Montes, y que por su ejemplar vida y su grande ciencia y prudencia fue elegido Abad, cargo que desempeñó con el más esquisito tacto, con celo infatigable, y colocando con su ejemplo á los Monges en el verdadero

camino de la gloria. Señalan su muerte en el dia 6 de abril del año 830, aunque sin gran seguridad con respecto al año. Falleció muy anciano, y el alto concepto de santidad que gozaba movió á los Monges á que depositasen su cuerpo en el Monasterio de Peñalva, en la misma capilla en donde estaba el de San Genadix, celebrándose su memoria en el Monasterio de que fue Abad, perteneciente al Obispado de Astorga.—N.

SAN PRUDENCIO, OBISPO DE TROYES, ESPAÑOL.

Acordes están todos los escritores que se han ocupado de este Santo en que fue español, y que acosado por la espada de los infieles huyó á Francia, donde en el año de 840, segun unos, ó en el de 845, segun otros, fue elegido Obispo de Troyes. De un sermon suyo sobre la festividad de la Vírgen Santa Macera, se infiere que además de sus funciones y de su continuacion en predicar, se empleaba tambien en oir confesiones y en administrar los Sacramentos de la Eucaristía y Estremauncion. En su tiempo propaló Gotescalco, Monge abandonado de la Abadía de Orbais, en la diócesi de Soissons, los errores del predestinacianismo, asegurando blasfemamente que los réprobos fueron destinados al pecado y al infierno por el mismo Dios, sin arbitrio para evitarlo. Gotescalco fue condenado á degradacion del Sacerdocio, y aprisionado en la Abadía Hautvilliers, en la que murió despues de veinte años de encierro.

SAN PRUDENCIO escribió con gran fruto para aclarar el punto y desvanecer las dudas nacidas de la heregía.

Habiendo este Santo ejercitado tambien su celo por la disciplina eclesiástica y la reforma de las costumbres de los fieles, fue nombrado, en compañía de Lapo, Abad de Ferrieres, para la superintendencia y reforma de los Monasterios de Francia, cuya comision desempeñó con gran vigor y prudencia. Murió finalmente el 6 de abril del año

de 861, y se hace de él mencion en los Martirologios franceses, aunque no en el Romano. En Troyes es honrado con un Oficio de nueve lecciones, y sus reliquias, conservadas en una urna, inspiraron siempre á los fieles gran veneracion y devocion.—N.

DIA 7.

San Epifanio y San Ciriaco, Mártires, *Asiáticos*.

DIA 8.

San Dionisio, Obispo, *Griego*, y

EL BEATO JULIAN DE SAN AGUSTIN, ESPAÑOL.

Resplandecientes lumbreras del cristianismo dió la Orden del Seráfico San Francisco, una de las que más Santos cuenta, y en particular en los legos, como lo fue el héroe de esta Vida, BEATO JULIAN DE SAN AGUSTIN. Nació en la villa de Medinaceli, correspondiente al Obispado de Sigüenza, de padres humildes, muy honrados y de santas costumbres. Pasó la niñez ayudando á sus padres en trabajos mecánicos, y apenas entrado en la juventud, conociendo sus santas disposiciones, le tomó á su servicio el venerable Fray Francisco de Torres para que le acompañase á los pueblos por donde iba predicando, sirviéndole para convocar y juntar oyentes, tocando una campanilla por las calles y plazas. Los ejemplos de tan buen maestro produjeron los frutos que eran de esperar de tan bien preparada tierra, y en su corta edad era ya modelo de virtudes y perfeccion cristiana.

Tomó el hábito de San Francisco en el Convento de la Salceda, y á tal punto llevaba las penitencias y de tal modo atormentaba sus carnes, que llegaron á sospechar los Religiosos que estaba loco. Un Jueves Santo interrumpió el lúgubre silencio de los claustros del Convento un

ruido de azotes tal, que parecia que una procesion de disciplinantes recorria el claustro: acudieron los Religiosos á enterarse de lo que era, y vieron que JULIAN, no creyendo suficiente la disciplina que se habia dado en Comunidad, se habia desnudado y estaba deshaciéndose á golpes las espaldas y el pecho. Incomodado el Prior y los demás Religiosos, y persuadidos cada vez más de que el juicio de JULIAN no estaba cabal, le quitaron el hábito y le despidieron del Convento. No se turbó JULIAN por ello: bajó á la portería, é incorporado á los pobres permaneció allí, y con ellos tomó la limosna del Convento á la hora del reparto. Desde el siguiente dia comenzó á construir una cabaña en el monte cercano al Convento para recogerse y entregarse allí libremente á la oracion y á la penitencia. Todos los dias bajaba al Convento á tomar la limosna de la portería; pero no queriendo perjudicar á la Comunidad, antes por el contrario ayudarla y favorecerla, recorria los lugares inmediatos, recogiendo limosnas que entregaba completas y cabales, manteniéndose él de lo que le daba el portero.

Llegaron estos sucesos á noticia de Fray Torres, y fue al Convento de la Salceda á hablar con los Religiosos y con JULIAN, y convencidos de que lo que juzgaron locura era un abrasador deseo de penitencia y de imitacion de los admirables Santos de la Orden, volvieron á recibirle y darle el hábito, profesando al año de noviciado con la más inefable alegría. Al poco tiempo le sacó del Convento el venerable Fray Torres, haciéndole su compañero en la predicacion.

En virtudes, penitencias, raptos, revelaciones, milagros y otros dones celestiales, en vida y despues de su muerte, se igualó á San Diego, por cuyo motivo le llamaban todos SAN JULIAN. Fue grande siempre su estudio y contínuo su ejercicio en la oracion, en que gastaba lo más de la noche. En los votos de su profesion fue observantísimo toda

su vida, sin conocérsele en toda ella propia voluntad. En la pobreza tan exacto, que no usaba ni tenia más que el pobre y viejo hábito y el rosario. Fue vírgen en grado heróico, y tan aficionado á esta virtud, que siempre persuadia á ella en sus pláticas, amenazando con castigos y reprendiendo constantemente los bailes como opuestos á esta virtud. En los demás preceptos de la Regla fue tambien observantísimo, como demostró en su última enfermedad, que cogiéndole fuera del Convento no se le pudo hacer montar á caballo, llevándole dos mozos sentado en un palo. En la fé y celo por el bien de las almas fue tal, que por la conversion de un moro trabajó lo que es indecible, llegando hasta á ofrecerle su vida cuando el moro le apedreaba porque JULIAN hablaba mal de la religion de Mahoma.

Habiendo tenido revelacion de las malas costumbres y depravada vida de un caballero, le reprendió en secreto, haciéndole presentes las obligaciones de cristiano, mala correspondencia á Dios, y el infierno que le esperaba. El caballero, en lugar de escucharle reconocido, le llenó de denuestos é injurias, y mandó ir en su seguimiento á dos esclavos para que le apaleasen con las espadas; pero al echar mano á ellas no pudieron desenvainarlas ni mover los brazos, y conociendo la superior defensa que escudaba á FRAY JULIAN, volvieron á dar cuenta á su amo, que quedó confuso y aterrado. Su celo por la salvacion de las almas le obligaba á persuadir muchas veces en secreto á los pecadores, y públicamente predicar contra los vicios, y por evitar que se cometiese una culpa no escusaba diligencia posible, y el cielo con revelaciones le ayudaba á cumplir sus santos deseos. Estando en Madrid para sentarse á comer con D. Pedro de Médicis, salió aceleradamente dejando á todos suspensos, y corrió hácia el Puente de Segovia, donde alcanzó á un hombre que, desesperado por no

tener con qué pagar sus deudas, iba á ahorcarse. El hombre disimuló y negó; pero FRAY JULIAN le quitó la cuerda con el lazo preparado que llevaba debajo de la capa, le reprendió su criminal intento, y le llevó á casa de D. Pedro de Médicis, quien con los demás convidados le dieron lo necesario para pagar las deudas y socorrerse.

A un vecino de Arganda le hizo presente muchas veces el estado de condenacion en que estaba su alma, predicándole para que mudase de costumbres, lo que el hombre oia con desprecio, y á lo que contestaba con soberbia y malas palabras. FRAY JULIAN le pronosticó que, si no se enmendaba, muy pronto perderia el alma y el cuerpo, y al poco tiempo se arrojó aquel mal hombre al rio Jarama, y su cuerpo echado á tierra por las aguas sirvió de pasto á las aves de rapiña.

No podia sufrir Satanás tanta virtud, y el fervor y maravillosa sabiduria con que JULIAN sacaba de sus garras tantas almas convirtiéndolas á mejor vida, y le acosaba con tentaciones, tormentos, golpes y apariciones terribles y espantosas, que el Santo combatia con heróico valor, saliendo siempre victorioso con la oracion y el rosario, cuyas cuentas estaban hechas por él de hierro de un arca en que descansó el cuerpo de San Diego, á los que añadió una cuenta del de Santa Juana, que tenia en gran estima, por reconocer en ella eficaz virtud contra los espíritus infernales.

Como queda indicado, cayó gravemente enfermo hallándose ocupado en recoger por los pueblos limosnas, y sentado en un palo le llevaron dos mozos al Convento de Alcalá de Henares, al que entonces pertenecia. La enfermedad fue agravándose, y no quedó duda de su cercano fallecimiento. Recibió con la mayor uncion y fervor los Santos Sacramentos, pidió perdon á todos los Religiosos, y con admirable quietud y tranquilidad entregó su alma al Criador el

dia 8 de abril de 1606. Su rostro quedó sin la menor contraccion ni señal de muerte, y su cuerpo flexible y con libre movimiento en todas las coyunturas. Quitáronle las argollas y cadenas de hierro que llevaba por cilicios, las cuales pesaban veinte libras, y se le dió sepultura al lado de su maestro, el venerable Fray Francisco de Torres. Despues de su muerte fueron infinitos los milagros que obró el Señor por la intercesion de su Santo siervo JULIAN DE SAN AGUSTIN con los que visitaban su sepulcro, invocaban su nombre ó se valian de sus reliquias, tierra de su sepultura y aceite de sus lámparas. Tantos fueron estos, que tuvo culto público con altar y capilla, adornada de muchas lámparas, cirios y dones que le ofrecian los devotos, reconocidos á los bienes y salud que habian alcanzado; pero en virtud del decreto del Papa Urbano VIII prohibiendo los cultos que no estuvieran autorizados por inmemoriales, se le quitó de la capilla y volvió á enterrársele, con cuyo motivo se vió que su cuerpo permanecia en el mismo estado que cuando espiró.

Los vecinos de Medinaceli, pueblo de su naturaleza, revocaron con mucho esmero la casa donde habia nacido su Santo paisano, y pusieron una cruz y una lámpara que ardia constantemente dia y noche, habiendo ocurrido un suceso digno de mencion cuando los albañiles arreglaban la fachada. Un mujer de vida libre y licenciosa, y mala cristiana, dijo á uno de los operarios que trabajaban de valde y solo por devocion, que para qué estaba gastando el tiempo allí en locuras y vanidades, pues FRAY JULIAN habia sido tan Santo como ella, y en el acto castigó Dios á aquella mala mujer, dejándola completamente baldada y la boca vuelta á un lado.

Eterna memoria quedó en Alcalá, Torrejon, Loeches, Fuente el Saz, Villa del Campo y otros muchos pueblos de los milagros obrados por intercesion del BEATO JULIAN

DE SAN AGUSTIN, hallándose comprobados hasta setecientos en las informaciones hechas por la Autoridad Apostólica para la beatificacion. La ciudad de Alcalá de Henares demostró su devocion y agradecimiento, llamando de SAN JULIAN á la puerta por donde entró cuando le llevaron enfermo, poniendo en ella pintada su imágen, con algunas ofrendas y una lámpara. El Sumo Pontífice Leon XII le beatificó en 1825.—N.

BEATO JUAN DE ORGAÑÁ, ESPAÑOL.

Indecisos andan los escritores antiguos en fijar el pueblo de naturaleza de este ilustre varon; natural, segun unos, de la antigua villa de Bellcayre, sita en el llamado Llano de Urgel, ó del pueblo de su apellido fue, segun otros, el esclarecido BEATO JUAN DE ORGAÑÁ. No hay noticias de sus ascendientes ni de los primeros años de su vida; solo se sabe que siendo todavía muy jóven se retiró al monte llamado de Malet, dedicándose á la oracion y á la penitencia, y habitando una cueva, junto á la que despues se edificó el Monasterio de Santa María de Bellpuig de las Avellanas, cuyo territorio donaron en 5 de febrero de 1166 los Condes de Urgel Ermengol VII y su mujer doña Dulce.

El Santo renombre del virtuoso JUAN DE ORGAÑÁ atraia al lugar de su retiro gran número de devotos, y sus pláticas y ejemplo decidieron á muchos habitantes de la comarca á adoptar la eremítica vida; y así fue que tan luego como se edificó el Monasterio, se llenó de santos varones discípulos en virtudes de tan ejemplar maestro.

La iglesia estaba dedicada á la Vírgen en el acto de la Adoracion de los Santos Reyes, y con este motivo habia en tal dia, tanto mientras vivió JUAN DE ORGAÑÁ, como despues de su muerte, gran funcion y romería al Monasterio, para cuyo sostenimiento contribuian con muchas limosnas todos los habitantes pudientes de la comarca.

Aunque fue Padre y Fundador de esta santa casa el BEATO JUAN, no consta que fuera su Abad, al ménos cuando murió no lo era, pues desde el año 1172 al de 1202 se consignan los nombres de los Abades que se sucedieron, y entre ellos no está el de JUAN, que murió el dia 8 de abril de 1201, tan en opinion de santidad, que se dió culto desde luego á su cadáver, enterrado en una capilla del Monasterio.—N.

DIA 9.

Santa María Cleofé, *de Judea*, y

SANTA CASILDA, VÍRGEN, ESPAÑOLA.

A mediados del siglo XI reinaba en Toledo el moro Almenon, el cual tenia una hija llamada CASILDA. Tan feroz y cruel como era el padre para los cristianos, era la hija de piadosa y compasiva, hasta el punto de tener destinadas las dos terceras partes de su asignacion al socorro de los esclavos cristianos, á los que visitaba diariamente llevándoles alimentos y medicinas á los enfermos, y prestándoles cuantos consuelos y auxilios podia. A pesar del secreto y precauciones con que ejercia sus obras de caridad, llegaron á noticia de su padre, quien la reprendió duramente, prohibiéndola volverlo á hacer, so pena de incurrir en su enojo y esperimentar los efectos de él. Suspendió CASILDA por algunos dias su visita á los esclavos y el socorro á sus necesidades; pero su piadosísimo corazon no pudo dilatar por mucho tiempo el abandono de los desgraciados, y aunque redoblando las precauciones, volvió á llevar el alimento y el consuelo á aquellos seres que tanto la interesaban. Encontróla su padre un dia con un gran bulto cubierto con la falda del vestido, y sospechando que conducia provisiones para los cautivos cristianos, se dirigió furioso á ella preguntándola qué llevaba. *Rosas*, contestó

CASILDA: y creyendo que á su padre le bastaria esta contestacion, siguió andando, temerosa de que se acercase y viera lo que llevaba, que eran efectivamente provisiones para los esclavos. Pero Almenon no se dió por satisfecho, y quiso ver las rosas, haciendo á su hija que se las enseñase. Si grande fue el primer asombro de la jóven mora al ver las provisiones convertidas en rosas, mayor fue el segundo al ver que así que se separó su padre volvieron las rosas á convertirse en las primitivas provisiones. Contó el suceso á los cristianos, que aprovecharon la buena ocasion de hablarla de la Divina Omnipotencia de Jesus y de su Santísima Madre, y de los preceptos de la Religion cristiana.

Grande impresion hizo en el alma de CASILDA el milagroso suceso y las noticias que le dieron los cristianos, y determinó buscar quien la instruyera en una Religion que comenzaba á sentirse dispuesta á abrazar. Pero cayó gravemente enferma, y se vió privada de las conversaciones con los cristianos, y del maestro que deseaba.

Su enfermedad, que era un flujo de sangre contínuo, la puso á las puertas de la muerte, sin que bastase remedio alguno á contenerle, desesperando por completo los médicos de poderla curar. En vista de esto, y habiéndole dicho al Rey su padre que en el reino de Búrgos, territorio de Briviesca, habia un lago llamado de San Vicente, cuyas aguas tenian una prodigiosa virtud para aquellos males, y que cuantas enfermas se habian bañado en el lago habian curado, determinó mandar á su hija. Escribió al efecto al Rey D. Fernando I pidiéndole el permiso, y el Rey no solo se le concedió, sino que puso á disposicion de la hija del Rey Almenon su morada de Búrgos.

En breve tiempo recobró la salud CASILDA, y reproducido con mayor intensidad su deseo de hacerse cristiana, despues de enterada convenientemente recibió el agua del bautismo, y haciendo voto de castidad y pobreza mandó

edificar una pobre ermita junto al lago donde habia recobrado la salud, y olvidada del mundo y de sus vanidades se constituyó en ella para dedicarse sola y esclusivamente á la oracion y á la penitencia.

No hay conformidad en los escritores acerca del dia y año de su muerte; pero los más autorizados la colocan en el dia 9 de este mes del año 1074, cuya opinion seguimos.

Su santo cuerpo fue sepultado dentro de la misma ermita, desde donde se trasladó en 30 de julio de 1529 á una preciosa urna, y habiéndose enriquecido con sus reliquias en el año 1601 la catedral de Búrgos, partió este tesoro con la de Toledo en 7 de junio de 1641.—N.

DIA 10.

San Daniel y San Ezequiel, Profetas, *de la tribu de Judá.*

DIA 11.

San Leon I, Papa y Doctor, *Romano.*

DIA 12.

Nuestra Señora de la Piedad; San Víctor, *Portugués*, y San Zenon, *Griego*, Mártires.

DIA 13.

SAN HERMENEGILDO, REY DE SEVILLA, Y MÁRTIR, ESPAÑOL.

Declarado Liuva Rey de los visigodos en el año del Señor 567, asoció á su reinado en el año siguiente, declarándole heredero, á su hermano Leovigildo, que fue reconocido por Rey á la muerte de Liuva, ocurrida en el año 572. Tenia el Rey Leovigildo dos hijos de su primera mujer Theodosia, llamados el uno Recadero y el otro HERMENEGILDO, que es el Santo Rey Mártir de este dia.

HERMENEGILDO, como toda su familia, seguia las doctrinas de Arrio: pero esceptuando la falta de luz de la verdadera Religion, era en todo lo demas un Príncipe cabal, amante de sus súbditos, dulce, amable, é infinitamente compasivo.

Al poco tiempo de haber muerto su primera mujer Theodosia contrajo nuevas nupcias Leovigildo, tomando por esposa á Goswentha, viuda del Rey Atanagildo, que les habia precedido en el trono á él y á su hermano Liuva, y deseando despues contraer alianzas con Soberanos poderosos, cuya proteccion pudiera serle útil en caso necesario, pensó en casar á sus hijos Recaredo y HERMENEGILDO. Para mujer de este se fijó en la Infanta llamada Ingunde ó Inguntha, hija de Sigiverto, Rey de Metz y Borgoña, cuyo matrimonio se verificó con satisfaccion y contento de ambas familias y alegria general del pueblo. Pero bien pronto los contentos y alegrias se convirtieron en luto, llanto y desoladora guerra. Las enemistades entre cristianos y arrianos comenzaron por este año en que vamos, 580, á tomar un carácter más serio y belicoso, á causa de la pugna que por cuestiones de religion reinaba entre la familia del Soberano. Goswentha, la mujer del Rey Leovigildo, de quien dice el P. Enrique Florez, «Mala hembra, que no solo era tuerta en la vista corporal, sino ciega en el error arriano y declarada enemiga de la Religion católica,» estaba furiosamente enemistada con Inguntha, la mujer del Infante HERMENEGILDO, que profesaba la Religion de Jesucristo. Era esta jóven amable, paciente y en estremo considerada; pero los insultos, malos tratamientos y vejaciones eran tales, que, á pesar del silencio y resignacion de su mujer, tuvo que tomar parte en las cuestiones su marido. Ardia el Palacio en guerras y contiendas, y para remediarlas determinó Leovigildo, aunque contra la opinion de su mujer, separar la familia, distribuyendo el reino entre

él y sus hijos, dando á HERMENEGILDO, en calidad de Rey, á Sevilla con todas sus dependencias. Inmediatamente partió HERMENEGILDO con su mujer y tomó posesion de su reino, dos años despues de haberla tomado del Arzobispado San Leandro.

Comprendió inmediatamente este santo y celoso Prelado la favorable ocasion que se le presentaba de servir á la Religion católica convirtiendo á ella al jóven Rey HERMENEGILDO, cuyos honrosos antecedentes, bondadoso carácter y la compañía de su esposa católica eran casi seguras prendas que garantizaban un éxito feliz. Y lo fue en efecto, ingresando HERMENEGILDO al poco tiempo en el gremio del catolicismo con el más sublime gozo del catequista San Leandro.

La conversion del Rey de Sevilla produjo inmediatamente el rompimiento entre él y su padre, y más tarde una guerra larga y devastadora, pues Goswentha, que debia terciar entre padre é hijo, y procurar conciliar los ánimos, tanto por la fuerza de su carácter, como por envidia y odio á su nuera, irritaba constantemente las pasiones de su marido Leovigildo. Varias personas prudentes de la corte, aunque arrianas, aconsejaban al Rey que atrajese por la bondad á su hijo, pues el despego y soberbia no son medios adecuados para ganar las voluntades: que le escribiera, más como padre que como Soberano, procurando evitar los grandes males que irremisiblemente habia de ocasionar la guerra. Leovigildo se inclinó á escribir á su hijo, y lo hizo, pero no en los términos que le habian aconsejado. Hé aquí la carta que le remitió, y que copiamos de la *Historia de España* por el P. Juan de Mariana:

«Más quisiera, si tú vinieras en ello, tratar de nuestras haciendas y diferencias en presencia que por carta, porque ¿qué cosa no alcanzara de tí, si estuvieses delante, quier-

te mandara como Rey, quier te castigara como padre? Tragérate á la memoria los beneficios y regalos pasados, de que parece con tu inconstancia te burlas y haces escarnio. Desde tu niñez (puede ser con demasiada blandura) te crié y amaestré con cuidado, como quien esperaba serias Rey de los godos en mi lugar. En tu edad más crecida, antes que lo pidieses, y aun lo pensases, te dí más de lo que pudieras esperar, pues te hice compañero de mi reinado, y te puse en las manos el cetro para que me ayudases á llevar la carga, no para que armases contra mí las gentes estrañas, con quien te pretendes ligar. Fuera de lo que se acostumbraba te dí nombre de Rey, para que contento de ser mi compañero en el poder, me dejases el primer lugar, y y en esta mi edad cargada me sirvieses de ánimo y me aliviases el peso. Si demás de todo esto deseas alguna otra cosa, declaralo á tu padre; pero si sobre tu edad, contra la costumbre, allende tus méritos te he dado todo lo que podias imaginar, ¿por qué causa como ingrato impiamente, ó como malvado fuera de razon, engañas mis esperanzas y las truecas en dolor? Que si te era cosa pesada esperar la muerte de este viejo y los pocos años que naturalmente me pueden quedar, ó si por ventura llevaste mal que se diese parte del reino á tu hermano, fuera razon que me declararas tu sentimiento primero, y finalmente, te remitieras á mi voluntad. La ambicion sin duda y deseo de reinar te despeña, que suele quebrantar las leyes de naturaleza y desatar las cosas que entre si estaban con perpétuos ñudos atadas. Escúsaste con tu conciencia y cúbreste con el velo de la Religion, bien lo veo, en lo cual advierto que no solamente quebrantas las leyes humanas, sino provocas sobre tu cabeza la ira de Dios. ¿De aquella religion te apartas, guiado solo por tu parecer, con cuyo favor y amparo el nombre de los godos se ha aumentado en riquezas y ensanchado en poderío? ¿Por ventura menospreciarás la auto-

ridad de tus antepasados, que debias tener por sacrosanta, y por dechado sus obras? Esto solo pudiera bastar para que considerases la vanidad de esa nueva religion, pues aparta el hijo del padre, y los nombres de mayor amor muda en odio más mortal. A mí, hijo, por la mayor edad, toca el aconsejarte que vuelvas en tí, y como padre mandarte que dejado el deseo de cosas dañosas, sosiegues tu corazon. Si lo haces así, fácilmente alcanzarás perdon de las culpas hasta aquí cometidas; si acaso no condesciendes con mi voluntad y me fuerzas á tomar las armas, será por demás en lo de adelante esperar ni implorar la misericordia de tu padre.»

Dió esta carta mucha pesadumbre á HERMENEGILDO; pero determinado á no mudar de parecer, respondió á su padre:

«Con paciencia y con igual ánimo, Rey y Señor, he sufrido las amenazas y baldones de tu carta, dado que pudieras templar la libertad de la lengua y la cólera, pues en ninguna cosa te he errado. A tus beneficios, que yo tambien confieso son mayores que mis merecimientos, deseo en algun tiempo corresponder con el servicio que es razon, y permanecer en toda la vida en la reverencia que yo estoy obligado á tener á mi padre. Más en abrazar la religion más segura, que tú, para hacerla odiosa, la llamas nueva, nos conformábamos con el juicio de todo el mundo, además de otras muchas razones que hay para abonallas. No trato cuál sea más verdadera: cada cual siga lo que en esta parte le pareciere, á tal que se nos conceda la misma libertad. Atribuyes la buenandanza de nuestra nacion á la secta arriana que siguen, por no advertir la costumbre que tiene Dios de dar prosperidad, y permitir por algun tiempo que pasen sin castigo los que pretende de todo punto derribar; y esto para que sientan más los re-

veses y el trocarse su buenandanza en contrario. Y que la tal prosperidad no sea constante ni perpétua, lo declara bastante el fin en que por semejante camino han parado los vándalos y los ostrogodos. Que si te ofendes de haber yo mudado partido sin consultarte primero, séame lícito que yo tambien sienta que no me des lugar y licencia para que estime en más mi conciencia que todas las cosas, por lo cual, si necesario fuere, estoy presto á derramar la sangre y perder la vida: ni es justo que el padre pueda con su hijo más que las leyes divinas y la verdad. Suplico á Nuestro Señor que tus consejos sean saludables á la república; y no perjudiciales á nos que somos tus hijos; y que te abra los ojos para que no des orejas á chismerías y reportes, con que tú tengas que llorar toda la vida; y á nuestra casa resulte infamia y daño irreparable, por cualquiera de las dos partes que la victoria quedare.»

Irritado cada dia más Leovigildo contra su hijo, y queriendo hacerse temer de los partidarios de este, escitó la persecucion contra los cristianos, y comenzó á levantar grandes levas para reunir un fuerte ejército y quitar á HERMENEGILDO todas las poblaciones correspondientes á su reino. HERMENEGILDO por su parte se preparó tambien á la defensa, casi imposible, por las pocas fuerzas con que contaba, y que emprendió solamente por ir en ella interesada la Religion católica; pero previendo el funesto resultado si la mano del Todopoderoso no le ayudaba con marcada proteccion, mandó á Africa á su mujer y un hijo que tenia hacia pocos meses, para librarlos de perecer en un desastre, y al Arzobispo San Leandro le envió en calidad de Embajador á Constantinopla á pedir proteccion y ayuda á Tiberio Augusto. Viaje que como se dijo en la vida de San Leandro, no produjo el resultado apetecido.

Se empeñó la fratricida guerra, que duró tres años: al

principio se declararon en favor de HERMENEGILDO bastantes ciudades en las que los católicos tenian influencia; pero habiendo reunido sus fuerzas Leovigildo y puéstose al frente del ejército, las fue recobrando con la mayor rapidez. Puso finalmente sitio á Sevilla, el cual duró un año; pero habiéndose concluido los comestibles, y careciendo de agua por haber cortado el rio los sitiadores, fue tomada por estos, escapando de noche el Rey HERMENEGILDO en direccion á Córdoba, siendo al poco tiempo hecho prisionero por las tropas de su padre. El Abad Bidarense dice que Leovigildo desterró á su hijo á Valencia, y que murió en Tarragona; pero esto no es exacto. SAN HERMENEGILDO murió en Sevilla, y los más autorizados historiadores, entre ellos el erudito P. Juan de Mariana, lo refieren de otra manera. Dicen que huyendo HERMENEGILDO de Sevilla, se refugió en Córdoba, en donde encontró los ánimos más dispuestos en favor de su padre que de él, y temiendo traicion, se retiró con unos trescientos hombres á Oseto, plaza muy fuerte por aquellos tiempos, y cuya iglesia era singularmente célebre por el milagro que Dios obraba todos los años el dia de Jueves Santo, llenándose de agua la pila bautismal, permaneciendo llena el jueves y viernes, y secándose instantáneamente el sábado. Allí se creyó seguro; pero su padre rodeó la villa y la prendió fuego por cuatro partes, y HERMENEGILDO, perdida la esperanza de poderse defender, se recogió al templo á implorar la misericordia divina, en el cual le encontró su hermano Recaredo, que marchaba en el ejército de su padre, y que deseando remediar tantos males para la patria, y tormentos á su padre y á su hermano, á quien amaba tiernamente, entró en busca de este con el fin de conseguir una reconciliacion. Con voz conmovida por el sentimiento, y surcando su rostro abundantes lágrimas, se llegó á él y le dijo: «De corazon flaco es dolerse por el desman de los suyos, y no

poner otro remedio sino las lágrimas. Tu desventura no es solo tuya, sino nuestra: á todos nos toca el daño, pues entre padres y hermanos no puede haber cosa alguna apartada. No quiero reprender tus intentos, ni el celo de la religion: aunque, ¿qué razon pudo ser tan bastante para tomar las armas contra tu padre? Tampoco me quejo de los que con sus consejos te engañaron. Las cosas pasadas más fácilmente se pueden llorar que trocar. Esta es la desgracia de estos tiempos, que por estar dividida la gente y reinar entre todos una pestilencial discordia, la una parcialidad y la otra ha pretendido tener arrimo en nuestra casa, que es la causa de todos estos daños. Resta volver los ojos á la paz para que nuestros enemigos no se alegren más con nuestros desastres. Lo que ojalá se hubiera hecho antes de venir á rompimiento; pero todavía queda el recurso de la misericordia paternal, si de corazon pides perdon de lo hecho, que será mejor acuerdo que llevar adelante la pertinacia y arrogancia pasada. Por lo de presente, y por lo que ha sucedido, debes entender cuánto mejor será seguir la razon con seguridad, que perseverar con peligro en los desconciertos pasados. Acuérdate que en la adversidad suele ser más necesaria la prudencia, y que el ímpetu y la aceleracion te será muy perjudicial. De mi parte te puedo prometer que si de voluntad haces lo que pide la necesidad, nuestro padre se aplacará, y contento con un pequeño castigo, te dejará las insignias y apellido de Rey.»

Confirmó estas promesas con juramento, é hizo llamar á sú padre, á cuyos pies se arrojó HERMENEGILDO con triste y conmovido semblante. Recibióle el padre con una afabilidad que indicaba disposicion al perdon y al olvido; pero por de pronto le mandó quitar las insignias reales, y le envió preso á Sevilla.

El P. Juan de Mariana continúa diciendo:

«A la puerta que llaman de Córdoba, en Sevilla, se muestra una torre muy conocida por la prision que en ella tuvo HERMENEGILDO, espantosa por su altura, y por ser muy angosta y oscura. Dícese comunmente que en ella estuvo con un *pie de amigo* atadas las manos al cuello, y que el Santo mozo, no contento con el trabajo de la cárcel, usaba de grande aspereza en la comida y vestido: su cama, una manta de cilicio; y él mismo, ocupado en la contemplacion de las cosas divinas, suspiraba por verse con Dios en el cielo, donde esperaba ir muy en breve. En esta forma de vida perseveró hasta tanto que llegó la fiesta de Pascua de Resurreccion, que aquel año cayó á 14 de abril, y fue puntualmente el de Cristo 586, segun se entiende por la razon del cómputo eclesiástico, si bien algunos de este número quitan dos años. El Arcipreste Juliano quita uno; más el Abad Biclarense señala que HERMENEGILDO murió el tercer año del Emperador Mauricio, lo cual concuerda con lo que queda dicho. El caso sucedió de esta manera: Leovigildo, con el deseo que tenia de reducir á su hijo, pasada la media noche le envió un Obispo arriano para que conforme á la costumbre que tenian los cristianos, le comulgase aquel dia á fuer de los arrianos. El preso, visto quién era, le echó de sí con palabras afrentosas. Tomó el padre aquel ultraje por suyo, y de tal suerte se alteró, que sin dilacion envió un verdugo llamado Sisberto para que le cortase la cabeza; bárbara crueldad y fiereza, que pone espanto y grima. Gregorio el Magno relató como cosa fresca la muerte de HERMENEGILDO. Allí, dice, que junto al cuerpo del mártir se oyó música celestial, cierto coro de ángeles que celebraron su entierro y sus honras, de que el cruel ánimo de su padre le privó. Añade, que corria fama, y se decia, que en el mismo lugar de noche se vieron luces á semejanza de antorchas. Estas cosas, y la muerte del verdugo Sisberto, muy fea, que le vino muy en breve, aumentó en

gran manera la devocion del mártir. Al presente se ha acrecentado notablemente, despues que el Papa Sixto V puso el nombre de HERMENEGILDO en el *Calendario romano*, con órden y mandato que en toda España se le haga fiesta á los catorce dias del mes de abril (1).»

El lugar de la prision de SAN HERMENEGILDO se convirtió más adelante en una capilla, con la advocacion del Santo. Sevilla, Zaragoza, el Escorial, y otras varias iglesias de España, poseen preciosas reliquias de este glorioso mártir.—N.

DIA 14.

San Tiburcio y San Valeriano, mártires, *Romanos*.

SAN VÍCTOR, OBISPO DE BARCELONA, ESPAÑOL.

En la tradicion escrita, ha llegado hasta nosotros la memoria de este Santo Mártir, natural de Barcelona, en donde desempeñó el alto puesto de Obispo; pero nada se sabe acerca de sus hechos ni de sus virtudes, que debieron ser sublimes, pues en aquellos tiempos la eleccion de Prelados solo recaia en favor de personas que reuniesen en el más alto grado todos los requisitos de santidad y aptitud que deben poseer los encargados de guiar al cristiano rebaño por la senda de la eterna salvacion.

No consta tampoco la fecha de su martirio; pero se cree generalmente que tuvo lugar por los años 276 ó 277, siendo Emperador Claudio Tácito ó Claudio Floriano, durante cuyo tiempo, si bien no hubo una activa y constante persecucion contra los cristianos, murieron muchos á manos de los gentiles por no prestarse á adorar y ofrecer incienso á los ídolos.—N.

---

(1) El *Calendario* actual de Castilla le coloca en el dia 13, por cuya razon le ponemos nosotros tambien en este dia.

SAN PEDRO GONZALEZ TELMO, ESPAÑOL.

Natural de Fromista, villa perteneciente á la provincia y Obispado de Palencia, fue SAN PEDRO GONZALEZ TELMO, conocido generalmente por San Telmo, abogado de los navegantes, el cual vió la luz primera en el año de 1185. Perteneció á una familia noble y rica, y encantado de su belleza física y moral un tio suyo, hermano de su padre, llamado D. Tello, se encargó de su cuidado y educacion, llevándole á su lado á Palencia, de cuya santa iglesia era canónigo, y despues fue Obispo.

Desde muy pequeño manifestó PEDRO gran disposicion para las letras, y sorprendió á todos los maestros con su admirable comprension y rápidos progresos. La nobleza de su familia, la consideracion del Obispo su tio, y su mérito real le dieron bien pronto grande importancia, y muy jóven todavía fue agraciado con una canongía en Palencia, á la que se siguió al poco tiempo el deanato de la misma iglesia.

Era PEDRO de carácter sumamente afable, virtuoso, compasivo y caritativo; pero vanidoso, y muy pagado de su hermosa y arrogante figura. Este defecto, que pudo haber sido causa de la perdicion de su alma, hizo con su suprema sabiduría el Todopoderoso que fuera la de su admirable santidad y heróicas virtudes, pues le colocó en el camino de la perfeccion, dándole á conocer el efímero valor de las alabanzas y aplausos del mundo.

Para celebrar su nombramiento de Dean le sugirió su vanidosa mente recorrer las calles de la ciudad vestido con e mayor lujo, montado en un brioso y ricamente enjaezado caballo, marchando escoltado, más bien que acompañado, por una cuadrilla de jóvenes, ataviados tambien lujosamente, y montados en arrogantes caballos. No podia

imaginarse manera más impropia de festejar el nombramiento de una dignidad eclesiástica, é imposible parece la concepcion de tal plan en la mente de un hombre de tanto talento como PEDRO; pero así sucedió, saliendo la lujosa cabalgata de casa del Dean, que, ricamente ataviado, caminaba al frente de ella luciendo su riqueza y gallarda figura.

Enagenado de gozo marchaba PEDRO al verse objeto de la admiracion general y de los plácemes y aplausos del público. Los balcones de la plaza estaban llenos de gente, y la plaza misma tan obstruida de curiosos que apenas podia dar un paso la cabalgata. Todos saludaban y vitoreaban al Dean, y este, henchido de orgullo y vanidad, y deseando lucirse más todavía, principió á molestar al caballo obligándole á piafar, andar de costado, encabritarse y hacer otras mil monadas, las cuales concluyeron por irritar al bruto, que comenzó á dar terribles saltos de carnero, botes, y á marchar á su voluntad sin poderlo regir el ginete, concluyendo por tirar á este en un cenagal fétido y hediondo que habia inmediato á la plaza. PEDRO no se hizo gran daño en la caida; pero salió tan horriblemente puerco, chorreando inmundicia desde la cabeza á los pies, que escitó la risa y gritería del inmenso concurso que le miraba, convirtiéndose los aplausos en pullas, sátiras y silbidos. La cabalgata se dispersó, y PEDRO llegó á su casa acompañado solamente de chusma y chiquillos; y obrándose en aquel momento en su cabeza y en su corazon un completo cambio de ideas acerca de los goces del mundo, esclamó: «Supuesto que el mundo me ha burlado de esta manera, haciendo que sus partidarios me insulten y silben en el mismo dia en que yo le hacia el mayor sacrificio, tambien yo me burlaré de él vengándome de sus falsedades y cautelas, y para que no tenga ocasion de hacer de mí nuevo escarnio, prometo dejarle desde ahora, y retirarme á donde

pase mi vida con mayor seguridad contra sus lazos y asechanzas.» Este propósito no fue una impresion pasajera, una de esas determinaciones de circunstancias que se pasan con las circunstancias y se olvidan como ellas, no; fue firme, valedero, y resolvió retirarse al claustro.

Florecia por aquel tiempo en España la Religion de Santo Domingo con gran crédito de perfeccion y santidad, y determinó PEDRO ingresar en ella. Habló inmediatamente al Prior, y con gran contento de este y de todos los Religiosos tomó el hábito en el Convento de Palencia. Durante el año de probacion fue el más ejemplar modelo de virtud y humildad, y al terminarse, profesó con el mayor placer, ofreciéndose por completo á Dios, sin reservarse nada de este mundo.

Su vida despues de profeso en nada desmereció de la de novicio: la oracion, la penitencia y el estudio de las Sagradas Escrituras eran su constante ocupacion. Pasado algun tiempo, consideró que no era bastante trabajar solo en bien propio; que debia ocuparse tambien del bien del prójimo, mostrarle el camino de la gracia y conducirle por el sendero de la gloria, y para lograrlo se dedicó al confesonario y al púlpito, haciéndose muy pronto célebre por la elocuencia y dulce persuasion de su palabra.

Habiendo llegado á la Corte la fama de este ilustre Predicador, deseó conocerlo el Santo Rey D. Fernando III, y lo mandó á llamar, quedando admirado de la ciencia y virtud de tan esclarecido Religioso. Tenia el Rey D. Fernando declarada la guerra á los moros, y persuadido de que Dios da y quita las victorias á su voluntad; que la virtud tiene más fuerza que las armas; y queriendo que sus soldados sobresaliesen en virtudes, llevose consigo á Fray PEDRO GONZALEZ para que predicase al ejército y enseñase la doctrina cristiana.

Bien pronto se notaron en las huestes del Santo Rey

los efectos de la eficaz predicacion y del celo de PEDRO GONZALEZ; pero como en ninguna parte faltan viciosos contumaces que cierran los oidos á la voz de la virtud, y que, muy lejos de respetar al que se la dirige, le pagan con fiera enemistad sus desvelos y cuidados, tenia en el campamento no pocos enemigos el virtuoso Dominico, y no solo entre la soldadesca y plebe de hombres y mujeres que siguen á los ejércitos, sino hasta entre los principales jefes. Esto produjo un suceso admirable que hallamos consignado en la historia en estos términos:

«Estaban en conversacion cierto dia algunos señores grandes de los que formaban la corte de Fernando. Entre los varios objetos sobre que rodaron sus ociosos discursos, fue uno el bendito Religioso, opinando unos que su conducta irreprensible, su celo ardiente y la frugalidad con que vivia, eran dignos de la mayor veneracion. Por el contrario, otros le calumniaban notándole de atrevido, y sosteniendo con ardor que toda su vida y sus acciones se animaban únicamente de la ambicion y de la hipocresía. Oyó la disputa una mujer liviana de las muchas que suelen infestar los ejércitos, y determinándose desde luego por aquel modo de pensar, que congeniaba con sus indecentes costumbres, les pidió algun premio, y ofreció aclarar sus dudas solicitando torpemente á SAN PEDRO. Aceptaron la propuesta, como que era lo que más deseaban sus corazones. Les eran sumamente pesadas las continuas y ásperas reprensiones con que echaba en cara sus torpezas, y contemplaban que si aquella mujer podia conseguir con sus astucias y caricias que el Religioso cayese en los mismos delitos que tanto afeaba, tendrian en lo sucesivo un salvoconducto para emplearse en ellos con ménos embarazo.

»Concertados, pues, en el precio, salió aquella mujer diabólica á poner en ejecucion sus depravados consejos, y

armada de todos los artificios que pudo sugerirla su avaricia, su malignidad y su torpeza, pasó al sitio en donde el siervo de Dios estaba aposentado. Hízole saber por un criado que estaba allí una mujer que deseaba hablarle para descubrirle un secreto de grande importancia. Al instante creyó SAN PEDRO que se le presentaba alguna buena ocasion en que la honra de Dios y la salud de sus prójimos habian de tener algun gran provecho; y sin imaginar siquiera que podia ocultarse algun lazo contra su inocencia, mandó que entrase aquella mujer en la cámara en que estaba. Apenas se vió la astuta serpiente en presencia del Santo, comenzó á sollozar, cubriendo el atrevido rostro de fingidas lágrimas. Púsose á sus pies de rodillas, y con suspiros que hubieran engañado á cualquiera que fuese ménos cándido y sencillo, le pidió que la confesase. Era ya muy cerca de noche, y temiendo el Santo que si comenzaba á confesarla se podria seguir alguna nota, la pidió que viniese al dia siguiente, y entonces, con tiempo y comodidad, la confesaria.—Santo Padre, respondió la mujer, la fama de tu virtud es notoria por todo el mundo; yo sé muy bien el ardor con que procuras la salud de las almas y la conversion de los pecadores. Esto mismo me ha traido á tus pies á hacer una confesion ingénua de mis pecados, para de aquí adelante mudar enteramente de vida. Por tanto, te conjuro en el nombre de Dios para que me oigas al presente, y permitas que haga confesion de mis pecados; bien cierto de que si esta noche me sucediese alguna cosa miserable y horrenda, de modo que muriera sin confesion por culpa tuya, tú serás en el Tribunal de Dios reo de mi condenacion y responsable de la perdicion de mi alma.

»Consternose el Santo varon viéndose conjurado de aquella manera: comenzó á escrupulizar y temer de la perdicion de aquella alma, y resolviose á oirla en confesion: para este efecto retirose á un lugar más secreto y aparta-

do, y teniendo á sus pies á aquella mujer infernal, la mandó que se persignase. Pero la señal sacrosanta de la Cruz es un signo no ménos odiado y temido del demonio que de sus ministros. En lugar de persignarse y hacer la confesion que habia prometido, comenzó á poner en ejecucion sus depravados intentos. Significó al Santo con las palabras más seductivas y encantadoras cómo tenia el alma abrasada por su amor, al cual, si no correspondia, tuviese por cierto que la era imposible vivir. A estas añadió otras razones, lágrimas, suspiros, y cuanto puede sugerir el espíritu infernal de más activo para hacer valer sus astucias y engaños. La oscuridad de la noche, lo apartado del aposento, la soledad, la hermosura, la persuasion, y un amor, aunque falso, bien ponderado por unos labios hechiceros, y mejor significado por unos ojos bellos y encendidos, eran circunstancias que hacian la tentacion de las más terribles y peligrosas. La repentina fuga parece que era el remedio más oportuno; pero ¡quién será capaz de averiguar las diversas maneras con que manifiesta la Gracia su poder, y con que quiere Dios ser admirable en sus Santos!

»Quedó SAN PEDRO atónito oyendo el razonamiento apasionado de aquella infeliz mujer; pero inspirado del cielo, pensó en ver cómo podria ganar aquella alma, no con ásperas reprensiones ni terribles amenazas, sino con razones blandas, y venciendo los engaños y torpes astucias del demonio con otros blandos, pero saludables artificios. La gracia y la verdadera virtud saben trasformarse para lograr sus designios; y cuando se atraviesa la gloria de Dios y el provecho de los prójimos, son sumamente ingeniosas en sus proyectos.—No permita Dios, respondió el Santo á la propuesta de la mujer; no permita Dios, hija mia, que sea yo causa de tu mal, ni de que mueras de repente: cesen tus lágrimas y tu tristeza, que dentro de muy poco estarás libre del peligro; pero es menester que esperes un rato

mientras dispongo el lecho que está descompuesto y desaseado.—Dicho esto se apartó de ella, y juntando un gran monton de leña hizo una hoguera formidable y espantosa. Llamó á la mujer, que acudió como quien pensaba ver el triunfo de sus cautelas y hermosura; pero apenas se presentó, cuando el castísimo Religioso tendió su manto sobre la voraz hoguera, y echándose encima, decia estas palabras: —Si tan grande es el amor que dices me tienes, ven á gozar de él y satisfacerle á este lecho: tal vez el fuego material apagará el torpe y abominable que te abrasa.—Dicho esto, revolcábase el Santo en las voraces llamas, sin que estas se atreviesen á dañarle ni á chamuscarle siquiera el pelo de sus vestiduras.

»Acechaban por las rendijas de la puerta, ansiosos de ver postrada y caida en un cenagal la virtud del Santo Padre, aquellos cortesanos que habian escitado y ofrecido premios á la infeliz seductora. Pero cuando vieron con sus ojos la terrible hoguera, la confianza con que el Santo estaba entre las llamas, y en estas repetido el milagro del horno de Babilonia, ¿quién será capaz de decir la admiracion, la sorpresa, el temor y la consternacion que se apoderó de sus corazones? Abriéronse repentinamente las puertas, y avergonzados y contritos se echaron á los pies del Santo, confesaron su delito y le pidieron perdon de él, venerando de allí en adelante su santidad tanto como antes habian murmurado de ella y sospechado de su verdad y solidez. La deshonesta mujer, confusa y avergonzada, no sabia qué partido tomar; pero el Espíritu Santo iluminó su alma para que conociese toda la atrocidad de su delito, y pensase expiarle con lágrimas y penitencias. Postrose á los pies del Santo, pidióle que la perdonase, y verificó, llena de lágrimas y compuncion, en beneficio de su alma, la confesion que habia fingido para seducir torpemente la inocencia y honestidad, que salieron triunfantes y vencedoras.

SANTORAL ESPAÑOL



Dibº Harrata. Litª de Escarpizo.

S. PEDRO GONZALEZ TELMO

conocido generalmente por S. TELMO.

Así quiso Dios trocar esta mujer de vaso de desprecio en vaso de honor; y así quiso manifestar la santidad de su siervo con las pruebas más auténticas que tiene la virtud.»

Conquistada Córdoba, el Rey Católico determinó regresar á su córte, y FRAY PEDRO le acompañó; pero disgustándole sobremanera las costumbres de los cortesanos, se despidió del Rey así que llegaron á Castilla, y se retiró á Galicia, en donde desplegó con una actividad pasmosa su celo por el bien de las almas, ayudándole Dios con su santa gracia y proteccion visible en los infinitos milagros que por su intercesion obró. Mandaba á los elementos, y repetidísimas veces se vieron públicamente obedecidos sus mandatos por las aguas del Miño, ya deteniendo su corriente y templando su furia en las avenidas, ya sosteniendo al Santo en su superficie sin sumergirle, cuando le cruzaba andando sobre ella como pudiera hacerlo en sólido terreno, y ya dejándole vivos depositados en la playa numerosos peces para el alimento de los pobres. Las tempestades se alejaban obedeciendo su voz, cesando de verse y oirse los relámpagos y truenos.

Dedicado á la predicacion, al cuidado de enfermos y al consuelo de los desvalidos pasó el resto de su vida, dejando por todas partes sublimes ejemplos de todas las virtudes que pueden esclarecer á los elegidos del Señor. Anuncióle el cielo que se le acercaba el fin de la vida, y estando predicando en Persesani el Domingo de Ramos del año 1246, reveló el secreto á sus oyentes, manifestándoles que era la última vez que oirian la palabra de Dios por su boca. «Por tanto, hermanos mios, les decia, cuando llegue á vuestra noticia que está ya pronta mi alma á presentarse en el Tribunal de Dios, ayudadme con vuestras oraciones para que me juzgue con misericordia: porque aunque no me remuerde la conciencia de haber ofendido al Señor grave-

mente despues que dejé al mundo, con todo eso no me creo de tanta pureza que no necesite de los sufragios que ofrecen á Dios los fieles por sus hermanos.»

Acabado el sermon marchó á Tuy, en donde predicó los dias de Semana Santa, y en el de Pascua cayó en cama con la última enfermedad. Mucho sintió encontrarse tan desfallecido de pronto, pues su deseo era morir entre los Religiosos sus hermanos, y tenia formado el proyecto de dirigirse á su Convento de Santiago en cuanto percibiera los primeros síntomas de su fin; pero la intensidad y fuerza con que se presentó el mal derribó por el suelo su proyecto. Sin embargo, habiendo sentido algun alivio, y siendo cada vez más vehemente su deseo, se levantó, y apoyado en un báculo y en el brazo de su compañero salió de la casa con ánimo de marchar al Convento; pero al corto trecho que anduvo conoció que le seria imposible llegar á Santiago. «Creo, hermano mio, dijo á su compañero, que es la voluntad de Dios que volvamos á Tuy para que yo muera allí: y así, si no lo teneis á mal, hacedme merced de que volvamos atrás de nuestro camino.» Volvieron á la casa en que estaban hospedados; agravóse la enfermedad, y conociendo que se le acercaba la última hora, llamó al dueño de la casa, y le dijo: «Amado hermano mio: sabed que nuestro misericordioso Dios quiere poner ya fin á mis trabajos: yo he procurado alcanzar de su piedad que suspendiese un terrible castigo que amenazaba á esta provincia por los delitos de sus habitantes; y, por lo que toca á vos, estoy sumamente agradecido de la caridad que conmigo habeis siempre usado, y os suplico querais recibir esa correa y ese báculo en muestra de mi agradecimiento, que no tengo otra cosa con que dároslo á entender; y tened confianza en Dios de que algun dia os podrá servir de gran provecho.» Con sumo reconocimiento y gran devocion recibió ambas cosas el amo de la casa, envolviéndolas con el

mayor esmero en un finísimo lienzo. Algun tiempo despues de muerto el Santo, cediendo á los ruegos de un amigo, iba á repartir con él el don de FRAY PEDRO; pero el cielo milagrosamente se lo impidió, y le mandó que lo depositase en la iglesia catedral, lo que verificó en seguida.

Con la mayor rapidez fue agravándose el ejemplar y santo Religioso, y habiendo recibido con inefable gozo los Santos Sacramentos, descansó en el Señor el dia 14 de abril de 1246, á los 61 años de edad. El esclarecido Obispo don Lúcas de Tuy celebró las honras, cuidando de colocar el Santo cadáver en un sepulcro decente, junto al cual dejó dispuesto en su testamento que colocaran el suyo.

Diferentes veces han sido trasladados los Santos restos por deseos de los devotos de colocarlos en sitios más preferentes. El Obispo D. Diego de Avellaneda los trasladó en 22 de enero de 1529, desde el primitivo sitio en que fueron sepultados, á la capilla de los Obispos, metidos en una preciosa caja de plata; y no pareciéndole todavía el lugar bastante digno para tan esclarecido Santo, el Obispo don Diego Torrequemada mandó edificar una suntuosa capilla, á la que fueron trasladadas las santas reliquias el dia 27 de abril de 1579, con gran solemnidad y regocijo del pueblo.

Su primitivo sepulcro manó por mucho tiempo un aceite maravilloso, semejante al que se dice haber sudado el precioso monumento del monte Sinaí, en que por mano de los ángeles fue depositado el cuerpo de Santa Catalina.

La gente de mar, más aun que la de tierra, conoce á este Santo por el nombre de San Telmo, no estando acordes los escritores en la razon de ello. Dicen unos que fue apellido de su familia; pero es lo cierto que hasta más de trescientos años despues de su fallecimiento nadie usó el Telmo, apellido completamente desconocido. Lo aceptado por los más eruditos es que la devocion que los marineros tenian en lo antiguo á San Eramo, San Ermo ó Sant-Elmo,

originada de San Erasmo, Mártir, del tiempo de Diocleciano, cuya fiesta celebra la Iglesia el dia 2 de junio, pasó despues á SAN PEDRO GONZALEZ por sus más recientes milagros, y nombrando y pronunciando Santelmo, invocaban y pedian su proteccion á SAN PEDRO GONZALEZ, al cual despues rendian y rinden todavia en tierra sus ofrendas en toda la costa, y especialmente en Vizcaya, Guipúzcoa, Andalucía y Portugal.

Tambien llaman de San Telmo á las luces ó fulgores que al fin de las tempestades suelen verse en los palos de las embarcaciones, las cuales nada tienen de milagroso, y se conocen desde la más remota antigüedad. Los gentiles las llamaban luz de Elena, si no se presentaba más que una, y de Castor y Pollux si se presentaban dos ó más. La presentacion de Elena, ó sea de una luz sola, no les tranquilizaba bastante, pues temian reproduccion del peligro. Los cristianos distinguieron á estas luces ó fuegos con varios nombres: llamáronle Estrellas del Arcángel; Estrellas de los pies de San Nicolás; luces de Santa Elena y San Nicolás; y añadiendo á estos nombres tambien Santa Clara, de San Hermeten y de los Santos de cuyo nombre se cree que procede el de San Telmo.

DIA 15.

Santa Basilisa y Santa Anastasia, Mártires, *Romanas.*

DIA 16.

SANTO TORIBIO DE LIEBANA, OBISPO, ESPAÑOL.

Por lo que resulta de los escritos de este Santo, de los leccionarios antiguos que usaron varias iglesias de España, y de un breviario de la de Astorga, fue natural de Galicia: pero se ignora en qué pueblo de ella nació y el nombre de

sus padres. Consta solo que pertenecian á una noble y poderosa familia, y abundante en bienes de fortuna.

La primera educacion de TORIBIO fue tan esmerada como puede presumirse y como manifiestan sus escritos, en los que, siendo todavía jóven, brilla una instruccion poco comun en aquellos tiempos.

Quedó huérfano de padre y madre muy jóven, y poseedor de un grueso patrimonio; pero las riquezas no tenian para él el más pequeño atractivo. La constante práctica de todas las virtudes cristianas y el anhelo por instruirse era lo único que le ocupaba, y al poco tiempo del fallecimiento de sus padres determinó viajar para instruirse; pero viajar humildemente, como un peregrino, constituyéndose completamente en el estado de tener que vivir de limosna.

Vuelto á España, se dirigió á su pais natal, Galicia, en donde continuó con general admiracion en el ejercicio de sus piadosas y santas costumbres, demostrando el Señor cuán gratas le eran las virtudes de su Santo siervo, dispensándole el don de hacer milagros, especialmente en enfermos desahuciados, siendo una de las más portentosas curas que hizo la de la hija del Rey de los suevos, que gobernaba entonces la Galica.

Con limosnas que recogió de los fieles edificó un templo que dedicó al Salvador, en el cual depositó las reliquias que habia traido de Jerusalen; y habiendo vacado á poco el Obispado de Astorga, fue elegido TORIBIO para esta dignidad, tan contra su gusto, que tuvieron que emplear las más rendidas súplicas para conseguir que lo aceptase. Apenas posesionado de la Silla episcopal, tuvo un gravísimo disgusto originado por la maligna envidia de un ambicioso, que vió con rabiosa saña la elevacion de TORIBIO, sin tener en cuenta que no habia pretendido la Silla el Santo varon que la ocupaba, sino que la habia aceptado á la fuerza.

«Era el perseguidor, enemigo de SANTO TORIBIO, un diácono de la iglesia de Astorga, llamado Rogato, el cual, por todos los medios infames que sugiere la ambicion, habia solicitado ser hecho Obispo. Como el pueblo, desatendiendo sus maquinaciones y ambiciosas pretensiones, habia preferido la santidad de TORIBIO, se irritó la ira de su competidor en tanto grado, que determinó deshonrarle y perseguirle por todos los medios posibles. No se contentaba con abatir su mérito con palabras injuriosas, llenando todas las conversaciones de su desprecio, sino que el ódio y el resentimiento le precipitaron de manera, que se determinó al más horrendo delito á fin de conseguir la perdicion de TORIBIO, creyendo que de ella resultaria el logro de sus ambiciosos intentos. Acusó al Santo de un vicio tan feo y abominable como es el adulterio, mayormente en una persona eclesiástica, condecorada con la dignidad episcopal. Sintió el Santo, como era justo, una acusacion tan horrorosa, y levantando á Dios el corazon con fervor y lágrimas, le pedia de contínuo protegiese su inocencia. Esto inspiró en el alma del Santo Obispo tal confianza en la Divina misericordia, y tal seguridad de que el Divino poder emplearia sus maravillas en la justificacion de un Pastor atribulado, cuyas exhortaciones al pueblo haria débiles ó infructuosas la infamia, que determinó hacer una prueba pública de su inocencia, en que esta quedase tan victoriosa como patente la calumnia del inicuo diácono. Fuese á la iglesia Catedral en un dia de grande concurso, y habiendo manifestado al pueblo con lágrimas el estado en que se hallaba su honor, volviendo á Dios sus ojos, imploró sus auxilios para el buen éxito de su defensa.

»Hecho esto, mandó traer al altar una porcion de fuego, y tomando con sus sagradas manos muchas ascuas encendidas, las envolvió en el roquete que tenia puesto, y entonando el Salmo de David que comienza: *Levántese Dios*

y disipense sus enemigos, dió vuelta á la Iglesia cantando aquel largo Salmo, y llevando las ascuas en el roquete sin que éste ni las manos del Santo Obispo padeciesen lesion alguna. Todo el pueblo vió con sus ojos que el roquete no solamente habia quedado sin daño, sino que no tenia la menor señal ni mancha del fuego que habia contenido. Quedáronse todos atónitos y confusos de semejante maravilla, publicando á voz en grito la inocencia de SANTO TORIBIO y la perfidia de su maligno delator. Este recibió allí mismo del cielo todo el castigo que merecia su execrable delito, pues á semejanza de Judas, confesó públicamente su maldad, y sin que esto bastase para apaciguar la justa ira de la divina Justicia, reventó en presencia de todos, pagando con su muerte los escesos á que le habia conducido la ambicion.»

Por este tiempo aumentaba prodigiosamente en Galicia el número de sus prosélitos el famoso heresiarca gallego Prisciliano, cuyo noble nacimiento, grandes riquezas, genio vivo, perspicacia, elocuencia y severidad de costumbres le colocaban en la más fuerte posicion para recomendar y dar gran propagacion á sus errores, que iban cundiendo con gran rapidez. Ayudaban poderosamente á ello, acreciendo los males, varias escrituras apócrifas á las que daban los hereges tanta autoridad como á los Evangelios, y que repartian cautelosamente entre los fieles para que infiltrasen en su mente los errores y blasfemias que contenian. Las más conocidas eran las llamadas *Actas de Santo Tomé*, de *San Andrés*, de *San Juan*, y el libro titulado *Memoria de los Apóstoles*. Como es de presumir, la propagacion de la heregía prisciliana hirió dolorosamente el corazon del virtuoso Prelado SANTO TORIBIO, y determinó emplear sin tregua ni descanso todas sus fuerzas para combatir los errores que hacian ya mella hasta en el clero. Escribió

dos libros muy notables rebatiendo una por una las heregías de Prisciliano, los cuales con una carta remitió á Roma por conducto de un diácono de su Iglesia, llamado Pervinco, quien puso las tres cosas en manos del Santo Padre Leon, llamado el Grande, el cual, en una muy cariñosa carta, fecha 21 de julio del año 447, agradece á SANTO TORIBIO su celo cristiano elogiando sus escritos. Encargó al mismo tiempo el Santo Padre la celebracion de un Concilio nacional, para lo cual escribió tambien á los demas Prelados, confiando á SANTO TORIBIO el encargo de notificarles el decreto pontificio, añadiendo á este encargo: «Pero si, lo que Dios no quiera, se ofreciesen impedimentos insuperables para el Concilio general, téngase uno en la provincia de Galicia, y cuiden de su congregacion los Obispos, uniéndose con ellos vuestra solicitud, para de este modo poner cuanto antes remedio á tantos males.»

Todos los Prelados de las cuatro provincias en que entonces estaba dividida España, con los nombres de la Cartaginense, la Bética, la Lusitania y la Tarraconense, dieron cumplimiento al mandato reuniéndose en Toledo; pero no asistieron los Obispos de Galicia por evitar los graves riesgos que en el camino hubieran corrido sus vidas hasta salir de su provincia, plagada de los más obcecados y furiosos hereges. En su virtud, tuvieron Concilio provincial en Braga, aunque sin resultado beneficioso por la divergencia de opiniones. SANTO TORIBIO, sin embargo, secundado por el Obispo Idacio, y Antonino, Prelado de Mérida, continuó su celosa persecucion contra los hereges, formando causa á uno de los más célebres priscilianistas, natural de Roma, llamado Pascencio, á quien consiguieron echar de la provincia lusitana.

Se ignora el año y sitio en que dejó de existir este Santo Prelado, que gobernó su Sede veinte años próximamente; pero se cree que vivia cuando la entrada en España de

Teodorico, Rey godo, que protegido por el Emperador Mecilio Avito, vino contra el Rey suevo Reciario, á quien derrotó en una sangrienta batalla dada á tres leguas de Astorga, junto al rio Orbigo, el viernes 5 de octubre del año 456. Abusando el godo de la victoria, manchó su espada con la sangre de millares de inocentes y débiles, pasando á cuchillo á los habitantes de muchos pueblos, sin distincion de creencias, sexos ni edades, y sin perdonar su rapacidad las alhajas de los templos, especialmente en la ciudad de Astorga, donde al año siguiente introdujo con engaños mucha tropa, dejándola completamente arruinada, y haciendo prisioneros dos Obispos que no nombra la historia, uno de los cuales se ha creido siempre y se cree que fue SANTO TORIBIO.

No consta tampoco el primitivo sitio que ocuparon los restos mortales de SANTO TORIBIO: solo que en el siglo VIII, con motivo de la invasion de los moros, fueron trasladados con las reliquias que trajo de Jerusalen al Monasterio de San Martin de Liébana, que con el tiempo perdió la advocacion de San Martin, tomando el nombre que ha conservado hasta nuestros dias de SANTO TORIBIO DE LIÉBANA.—N.

SANTA ENGRACIA, VÍRGEN Y MARTIR, ESPAÑOLA.

Hasta el año de 1775, en que se publicó el tomo 30 de la nunca bastante bien alabada *España Sagrada*, del Maestro Enrique Florez, hubo dudas acerca de la naturaleza de esta Santa, teniéndola unos por española y otros por portuguesa, aunque todos de acuerdo en que murió en España, y en Zaragoza. Los que la querian portuguesa, dicen que era hija de un régulo ó regente de este pais, sin designar punto fijo, y que contratado su matrimonio con un marqués español, la envió su padre á nuestra patria acompañada de diez y ocho sirvientes portugueses, que como ella fueron

sacrificados por profesar la Religion católica. El Maestro Enrique Florez, con la riqueza de erudicion que le reconocen nacionales y estranjeros, y todavía más los segundos que los primeros, deshace el error de la naturaleza de SANTA ENGRACIA, dejando tan claro que fue española, como claro es para todo el mundo que en el siglo IV no habia marqueses en España.

Era, pues, SANTA ENGRACIA natural de Zaragoza, donde vivia: jóven, hermosa de alma y cuerpo, y perteneciente á noble familia, segun se infiere de lo dicho por Prudencio, que presenció el martirio y legó á la posteridad la noticia de él. En los detalles del tormento y en las palabras de la jóven cristiana, Vírgen y Mártir, se encuentran conformes todos los escritores, y lo refieren de esta manera.

Comenzaba el siglo IV, y estaba en pleno desarrollo la persecucion de Diocleciano, de que hemos hecho ya mencion en las biografías de San Vicente, Santa Eulalia y otros Mártires de la misma época. Hallábase de Presidente en la provincia Tarraconense de España, á la que pertenecia Zaragoza, el feroz Daciano, de que tambien dejamos hablado en las mismas biografías, y corrian los arroyos de sangre cristiana en la ciudad invicta de los innumerables Mártires. Nada, sin embargo, bastaba á apagar el santo fuego de los cristianos aragoneses, y del sitio en que regado con sangre caia sin vida un mártir, se alzaban ciento confesando y proclamando la ley de Jesucrisio.

Ardia en entusiasmo religioso el corazon de la jóven ENGRACIA, y determinó presentarse á Daciano y hacerle comprender sus errores, manifestándole al propio tiempo la impotencia de su saña para concluir con la fé, y poniendo en ejecucion su heróico pensamiento, marchó al Tribunal, y dijo al Presidente: «¿Por qué, juez inicuo, desprecias al verdadero Dios y Señor, que está en los cielos, y atormentas

con tanta crueldad á los que le dan culto? ¿Por qué tú y tus Emperadores persiguen por todo el mundo tan injustamente á los cristianos, por defender á los ídolos, que son unas vanas estátuas donde habitan los demonios?»

Atónito quedó Daciano al oir estas palabras, no pudiendo esplicarse el que una jóven de rostro dulce y simpático, y maneras finas y distinguidas, tuviera valor para arrostrar su saña en tales términos; pero sobreponiéndose á toda consideracion, y no escuchando más que la voz de su irritado orgullo, mandó que la azotaran en seguida, y como blasfema, la ataran á la cola de un caballo y la arrastraran por la ciudad. Llevose á cabo lo ordenado por Daciano, sin que ENGRACIA sucumbiese ni manifestara el más pequeño sentimiento ni disgusto.

Viendo Daciano que el miedo no tenia cabida en aquel heróico corazon, trató de ganarle con reflexiones, ardides y ofertas las más deslumbradoras; pero nada consiguió, y mirándole con horror y desprecio, le dijo la Santa doncella: «Tú, sacrilego, enséñate á tí mismo esos falsos dogmas; pero no á mí, que ni tus ofertas me seducen, ni tus palabras me convencen, ni tus tormentos me intimidan. Sabe que soy enviada por mi Señor Jesucristo á reprender tus enormes delitos, de los que es preciso te arrepientas, si temes, como debes, la ira de Dios, que ya veo preparada á descargar sobre tí.»

Bramando de furor Daciano mandó á los verdugos que empleasen en aquella jóven inmediatamente los tormentos más dolorosos. Los verdugos dislocaron todos los miembros de la Santa, y con garfios de hierro rasgaron sus carnes, descubriéndose los huesos en muchas partes del cuerpo. Hasta los gentiles que presenciaban este horroroso tormento estaban estremecidos y afectados: la Santa, tranquila, y con faz radiante de suprema alegria; y Daciano, ahogándose de soberbia. Resuelto ya á concluir con su ene-

miga, ordenó que la clavasen un clavo en la frente. Pero ni aun esta inaudita atrocidad bastó para inmutar ni por un instante la dulce calma de ENGRACIA y su angelical rostro. En vista de ello mandó Daciano á los verdugos que no continuasen el tormento hasta su muerte, sino que la dejasen en el estado en que estaba, para que no acabase su vida tan pronto, y las heridas, ulcerándose, se hicieran más dolorosas y fuese mayor su sufrimiento.

Dice Prudencio en su relacion de este martirio, que, con asombro general de cristianos y gentiles, sobrevivió algun tiempo la Santa, sin dar razon de cuánto, y que, finalmente, entregó su pura alma al Criador el dia 16 de abril del año del Señor 303.

Recogieron los cristianos el Santo cadáver y le dieron sepultura ocultamente. Despues de la paz de la Iglesia fueron muy honradas y veneradas las reliquias en la capilla subterránea llamada de las *Santas Masas*, sobre la cual edificó San Braulio, como digimos en su Vida, una iglesia en honor de la Santa, subiendo á ella las reliquias, donde permanecieron hasta la irrupcion de los árabes. Verificada esta, escondieron en el subterráneo las reliquias para que no fuesen profanadas, donde permanecieron ignoradas cerca de setecientos años. Habiéndose dispuesto en el año de 1389 la reedificacion del templo, al escavar los cimientos se encontró un sepulcro de piedra que contenia dos depósitos de reliquias, uno con la inscripcion de SANTA ENGRACIA, y otro con la de San Lupercio, y en otro sepulcro de mármol las cabezas y los huesos de los diez y siete nobles mártires de que hablaremos enseguida.

Habiendo enfermado gravemente de la vista D. Juan II, Rey de Navarra y Aragon, y teniéndola ya casi perdida, se encomendó á SANTA ENGRACIA: tocó á sus ojos el clavo que los verdugos clavaron en su frente, curando con una rapidez asombrosa, y agradecido formó el plan de edificar

un Monasterio de Religiosos Gerónimos que constantemente diesen culto á la Santa. Llegole la muerte antes de emprender la obra; pero en cumplimiento de su voluntad, la llevó á cabo su hijo D. Fernando el Católico. El Emperador Cárlos V tuvo gran devocion á esta Santa, é hizo importantes donaciones al Monasterio.—N.

LOS DIEZ Y OCHO NOBLES SANTOS MÁRTIRES DE ZARAGOZA.

En este mismo dia y año del Señor 303, furioso Daciano con el triunfo de SANTA ENGRACIA, mandó prender, segun asienta el ya citado Prudencio, narrador del martirio de SANTA ENGRACIA, el llamado por él Cándido coro de la primera nobleza de Zaragoza. Quiso Daciano aterrar á esta, en vista del valor demostrado por la jóven ENGRACIA, é hizo conducir á su prensencia á diez y ocho nobles, llamados Optato, Lupercio, Succeso, Marcial, Urbano, Julio, Quintiliano, Publio, Fronton, Féliz, Cecilio, Evencio, Primitivo, Apoderno, Casiano, Matutino, Fausto y Januario. Así que llegaron al Tribunal, les leyó los decretos de los Emperadores Diocleciano y Maximiano, y les dijo, que era preciso que en el acto renegasen de la Religion cristiana, adorasen á los ídolos, y dieran incienso á la estátua del Emperador. Negáronse resueltamente todos, diciendo que estaban prontos á sufrir cualquier clase de tormentos, hasta derramar la última gota de su sangre, confesando la Religion de Jesucristo. Vista por Daciano la actitud firme y resuelta de los diez y ocho nobles, de los cuales ni uno solo demostró el más pequeño temor ni tibieza, los entregó á los verdugos para que concluyeran con ellos, empleando los más dolorosos tormentos. Así lo verificaron los dignos servidores del tirano, rasgando las carnes y mutilando horriblemente los cuerpos de aquellos héroes del cristianismo.

Los fieles recogieron los cadáveres, y los dieron oculta-

mente sepultura, permaneciendo escondidos hasta que cesó la persecucion contra la Iglesia. Entonces pusieron en un sepulcro los restos de 17, y los de San Lupercio, con una division é inscripcion, en el sepulcro que contenia los de Santa Engracia, como dejamos dicho en la biografía de esta Santa.—N.

SAN CAYO Y SAN CLEMENCIO, MÁRTIRES, ESPAÑOLES.

El mismo escritor Prudencio, citado en las últimas biografías de este dia, hace mencion de los dos Santos mártires españoles, SAN CAYO y SAN CLEMENCIO; pero con tal concision, que solo dice que confesaron dos veces á Jesucristo, la primera ante el juez Rufino, y la segunda en presencia de Daciano. Antonio de Nebrija y Henschenio los llaman simplemente confesores; pero la opinion más admitida es la de que despues de haber confesado por segunda vez á Jesucristo, sufrieron martirio en Zaragoza por mandato del Presidente Daciano.—N.

DIA 17.

San Aniceto, Papa y Mártir, *Sirio.*

BEATA MARIANA DE JESUS.

La imperial y coronada villa de Madrid, centro de España y córte de sus católicos Reyes, fue la patria gloriosa de la admirable Vírgen MARIANA DE JESUS, particularmente favorecida del cielo. En el dia 8 de diciembre del año 1564, dia dedicado á la Inmaculada Concepcion de la Reina de los Angeles, nació MARIANA DE JESUS en esta nobilísima villa, en la calle de Santiago, y casa de la Hoz: salió al mundo para nuevo esmalte de los gloriosos blasones de esta gran córte. Fueron sus padres Luis Navarro Ladron de Guevara, criado de los Reyes D. Felipe II y III, natural de la ciudad de Estella, en el reino de Navarra, y su madre

Juana Romero, natural de Villalpando, en el reino de Aragon, ambos calificados no ménos en virtud que en nobleza, como sus apellidos manifiestan. De este matrimonio nacieron MARIANA, Luisa, Juana Matías, Pedro y Justa: muerta Juana Romero, casó segunda vez Luis Navarro con María Gerónima de Pineda, y tuvieron dos hijas, Juliana y Francisca de Pineda.

Ignóranse las causas por qué se dilató por espacio de cuarenta y tres dias el bautismo de la hermosísima niña, que se verificó por fin en la parroquia de Santiago, renaciendo á la divina gracia incomparablemente más graciosa. La administró el Sacramento el bachiller Mata, cura propio, á 21 de enero del año siguiente 1565, siendo sus padrinos Pedro de Rivas é Isabel de Villalpando, dichosos en haber tenido en sus brazos á tan ilustre y ejemplar Vírgen. Pusiéronle el nombre de MARIANA, no muy usado en aquel tiempo, y compuesto de los dos María y Ana, significando gracias uno y otro, y feliz muestra de que el Altísimo la elegia para que habitase en el Tabernáculo de su proteccion soberana, destinando para su tutela y custodia al Arcángel Uriel, como en adelante la fue revelado á MARIANA DE JESUS en los frecuentes coloquios que en el discurso de su vida tuvo con el Señor.

En la niña MARIANA ostentó Dios su prodigioso favor y poder, franqueándola en su oriente tan grandes beneficios como á otros en el ocaso de su vida. Salió de la sacra fuente del bautismo tan hermosa en lo esterior, que claramente manifestaba los rayos y resplandores de la Divina gracia, despidiendo de su rostro peregrinas luces. Era muy afable, tranquila y sosegada; de bellísimos ojos, que velaba una gran modestia y admirable compostura, causando á sus padres el mayor regocijo y contento, y á todos los que la miraban singular afecto: nunca se observaron en ella propiedades y aficiones de niña: más bien presentaba

el aspecto de gravedad propia de una persona adulta ó anciana: la risa y el llanto estaban desterrados de sus sentimientos, porque una alegría templada y constante la alejaba de los dos estremos, manifestando la paz interior de su alma; siendo su quietud tan singular, que si su buena madre la daba ó negaba el pecho, la reclinaba en la cuna ó la sostenia en los brazos, ni esto la agradaba más, ni aquello la entristecia. Mes y medio la amamantó su cariñosa madre; pero sobreviniendo nueva preñez, buscó ama, procurando que no solo la alimentase corporalmente, sino que alentase é infundiese en su ánimo buenas inclinaciones con santo ejemplo. Felizmente encontró una muy virtuosa, que con su cuidado y el de los padres de la santa niña crecian y se desarrollaban los miembros de su delicado cuerpo y las facultades intelectuales de su purísima alma, siendo tan admirable lo que adelantaba en su crianza con el anticipado uso de su razon, que antes que todo supo MARIANA alabar á su Criador que pronunciar palabras infantiles. Se recreaba mirando las imágenes y retratos de Cristo y de su Santísima Madre, fijando en ellos la vista sin pestañear, claro indicio de que el Señor habitaba en su alma.

Siendo mayorcita, su madre la llevaba á la Iglesia parroquial de San Miguel, donde frecuentaba los Santos Sacramentos, y era tan estraordinario el gozo que esperimentaba la angélica niña, que lo manifestaba en sus tiernos ademanes en presencia del Santísimo Sacramento, miraba atentamente la celebracion de este alto Misterio, y en oyendo la señal de la elevacion de la Sagrada Hostia y cáliz, no sosegaba hasta que su madre la volvia el rostro á aquella parte: pronóstico seguro de la gran devocion que siempre tuvo á este altísimo Misterio de la fé.

Avanzó su devocion, rezando en compañía de sus buenos padres y el ama el rosario de Nuestra Señora y otras devociones en que la imponian, y cuando supo andar se re-

tiraba á un desvan, donde tenia algunas estampas de la Vírgen, y permanecia de rodillas con la mayor reverencia. De este santo ejercicio emanaba otro no menor de caridad que con admiracion motivaba tiernas lágrimas en los que atentamente consideraban sus acciones. Era muy compasiva con los pobres y enfermos: queriendo asistir á todos, ella repartia las limosnas, y cuando no tenia otra cosa los socorria con su comida, no quedando nunca más satifecha que cuando alimentaba á los pobres. Cuando su madre visitaba algunos enfermos, MARIANA era su compañera, que con su gracia y angelical semblante causaba notable alivio al doliente. Si en la casa estaba alguno enfermo, con afables palabras le consolaba y exhortaba á la tolerancia, haciendo oracion por él. No habia cumplido cinco años, cuando la sucedió un caso que manifiesta la luz que Dios la comunicaba desde luego, en premio de su caridad y amor. Fue su madre á visitar á una amiga suya, llevando consigo á MARIANA, en lo que tenia la mayor complacencia: distraidas con la conversacion, no echaron de ver que la niña habia desaparecido, y cuidadosas trataron de buscarla: despues de infructuosas diligencias, acudieron hasta un desvan inhabitado y sin uso, y en lo más retirado y oculto del zaquizamí vieron á MARIANA que acariciaba á una niña muy pequeña, que, por necesidad ó malicia de sus padres, estaba á punto de espirar, yertos los miembros, pálida y desamparada de todo humano auxilio. Admirada su madre de lo en que se ocupaba su santa hija, y más de la dificultosa subida, en que tanto se habia espuesto, la dijo «que cómo habia subido á aquel desvan, y quién la habia dicho que estaba allí aquella niña, casi ya difunta.» A lo que la niña contestó confusa «que Dios la habia guiado á aquel lugar para socorro de tan grave necesidad.» Conociéndose en todo aquello la mano y la proteccion del Señor.

Empleada la tierna y Santa niña en los referidos ejer-

cicios, cumplió seis años de su edad y muchos de perfeccion, entregándose á la contemplacion, é instruida por el Espíritu Santo, crecia de virtud en virtud. La Divina Majestad aumentó en este tiempo los favores que por el resto de su vida la hizo. Se apareció á la tierna niña con cariñoso y agradable semblante, regalándola con su presencia y bañando de júbilo su alma; quedando por mucho tiempo absorta, gozando su alma de inesplicables regalos celestiales. Con estas repetidas apariciones se elevaba más y más su espíritu menospreciando todo lo que no era Dios, en quien solo hallaba quietud y bienaventuranza. Exhortaba á todos los de su casa á la oracion y recogimiento con tiernas y eficaces razones, proponiendo los medios más acertados para cumplir con las obligaciones que exige la ley cristiana. Así era que avisaba con tiempo los dias de ayuno y fiesta para que los observasen.

Con estas admirables disposiciones se prevenia para recibir Sacramentado al único Dueño de su corazon, que tanto ansiaba y pedia con humildes súplicas al confesor de su madre. Este, viendo su pequeñez, aunque admiraba su gran discrecion, le retardó la Sagrada Comunion, hasta que en tiempo conveniente se la concedió, lo que causó el mayor júbilo á su alma, no cesando en sus agradecimientos ni en las divinas alabanzas. Salió de la primera Comunion tan tiernamente devota de tan sagrado Misterio, que la mayor parte de su vida gastó en contemplar sus grandezas.

Para manifestar su flamante caridad á vista de la Pasion de Cristo, maceraba sus inocentes miembros con cilicios, ayunos y prolijas vigilias: cuando se sentaba á comer, como no interviniese el precepto de sus padres, dejaba disimuladamente el manjar para los pobres, siendo el suyo y el más predilecto la contemplacion y alta presencia de Dios.

En ejercicios santos y espirituales, oyendo con frecuencia la palabra de Dios, que siempre la creia dirigida á su particular y espiritual aprovechamiento, perfeccionándose en toda virtud, llegó á los catorce años de su edad, siendo modelo de ejemplar vida: sus pasos eran medidos, sus acciones virtuosas, su voz tierna y devota sin afectacion, modestísimos sus ojos, el semblante grave aunque apacible; pero en lo que mostraba su mayor solicitud era en la compostura y honestidad de su cuerpo, demostrando su virginal pureza.

Con todas estas altas prendas, sin embargo, la Vírgen MARIANA sufrió bastantes disgustos y tormentos, pues deseando seguir exactamente la voluntad del Altísimo respecto á estado, la Divina Majestad, para prueba de su amor, no se la manifestó. Aumentóse su desconsuelo y afliccion de espíritu porque su padre Luis Navarro determinó casarla con un jóven de igual nobleza, manifestándola su resolucion; más la afligida sierva de Dios, con amorosas lágrimas, pedia en la oracion al Esposo celestial la declarase su voluntad para seguir ciegamente sus divinos decretos. Pero el Señor se mostraba sordo á sus ruegos, y andaba dudosa, aunque algo inclinada á dar gusto y obedecer á su padre. En dudas tan acerbas recurria á la frecuente oracion, en donde encontraba la calma y quietud; y por no faltar á la perfeccion Evangélica á que aspiraba, acudia diariamente á los sermones, para ver si conseguia por este medio el fin que tanto deseaba; y así lo logró, pues por medio de un predicador Descalzo muy afamado que habia en la córte la manifestó el Señor su voluntad, infundiendo en su alma el menosprecio de las vanidades del siglo y cordial afecto á la virginal pureza, significando ser esta de su mayor agrado, y el estado en que preferia ser servido de ella, como esposa regalada. No es fácil esplicar el júbilo interior que sintió su alma con tan soberana respuesta, y así pro-

curó dar largas al término de los deseos de su padre con algunas escusas y santas palabras, dictadas por la eterna sabiduría; pero no bastaron á disuadirle de su propósito, y para más compromiso, la remitió el jóven con quien querian casarla muchas joyas y dádivas, de que no hizo caso alguno, no queriendo admitirlas, y despreciándolas como instrumentos de la imbécil vanidad humana.

Ya por este tiempo habia pasado á mejor vida su buena y querida madre, y Luis Navarro celebró segundas nupcias con Gerónima Pineda, que, aunque bien inclinada, no carecia de los resabios de madrastra, usando de términos severos con la Santa hija MARIANA, que en no pocas ocasiones la ofrecieron que merecer. Tomó la demanda la Gerónima de persuadir á la virtuosa Vírgen, é inclinarla al estado del matrimonio, pintándola con los colores más vivos las delicias, regalos y libertad que le acompañan, y el gusto que á su padre daria si con prontitud le obedecia. A todo contestaba MARIANA que estaba decidida á no tener otro esposo que Jesus, y que habia determinado en su corazon perseverar vírgen hasta la muerte; añadiendo que seria cansarse en balde trabajar en apartarla de su firme propósito; y para evitar nuevas sugestiones y porfías, propuso á su confesor, que entonces lo era el Cura de la parroquia de San Miguel, su ansia y deseo de hacer voto de castidad, y con su consentimiento, y con escesivo gozo de su alma, hizo aquel voto de castidad y virginidad angélica, rompiendo de una vez con el mundo y sus vanidades.

No es decible el enojo que sus padres concibieron al ver su determinacion: la injuriaron con afrentosas palabras, pasando no pocas veces á las obras, prohibiéndola los ejercicios espirituales dentro y fuera de casa, y la madrastra la atareaba con las ocupaciones domésticas, para vencer con el trabajo lo que ella llamaba rebeldía. Todos los parientes se pusieron en contra suya, combatiendo por todos los me-

dios su valerosa constancia. Pero la casta Vírgen sufria todas aquellas persecuciones, contestando con el silencio y una paciencia inimitable. Duró bastante tiempo aquella cruel porfía, y MARIANA, para probar su firme decision, se cortó todo el cabello que adornaba su cabeza, arrojándole en tierra, y con él todas las esperanzas del siglo engañoso. Los padres redoblaron su furor, juzgando por gran atrevimiento lo que habia sido heróica resolucion, aumentando los castigos y malos tratamientos, dándola por cárcel un oscuro desvan, sin permitir que nadie la viese, y pan y agua, con suma escasez, por único alimento. Pero el Señor y la Reina de los Angeles se la aparecian frecuentemente, la acompañaban y consolaban, desterrando con su presencia las tristes tinieblas de la estancia.

Contentísima se encontraba en aquel retiro, donde sin impedimento alguno podia entregarse á la contemplacion de las cosas divinas y á la dolorosa Pasion de su Redentor. No amenguó á pesar de todo el enojo de su padre; y pasados algunos meses, despidieron á la cocinera, y la reemplazaron con MARIANA en aquel humilde cargo, en el que tuvo ocasion de ejercitar su paciencia, disgustando á su madrastra en todo cuanto hacia. Ultimamente, con mejor acuerdo, y reconociendo sus padres que aquella insistencia era obra de Dios, y que la mano del Altísimo estaba con su hija, desistieron de su intento, no queriendo seguir oponiéndose á la Divina voluntad, dejándola en libertad para continuar en sus ejercicios espirituales. Confirmose más en el voto de castidad: teniendo vivísimos deseos de profesar en alguna Religion, dió bastantes pasos y solicitó entrar en alguno de los Conventos de Religiosas de Madrid; pero halló cerradas las puertas á su cristiano designio: firme, sin embargo, en sus propósitos, resolvió abandonar la casa paterna, y un dia, despues de haber confortado su espíritu con la Sagrada Comunion, y recibida la bendicion de su

confesor y maestro, partió para Ocaña con ánimo de servir en un Convento de Religiosas muy observante: caminó algunas leguas; pero temerosa de los riesgos á que se espone una mujer sola, como ella misma confiesa en sus escritos, dió la vuelta á su casa; y los padres, más templados de su enojo, la permitieron frecuentar en el templo los Santos Sacramentos.

Viendo frustrado su intento, quiso compensar aquella contrariedad á sus deseos, aumentando su devocion con penitencias y austeridades, y entre otras acostumbradas, dispuso una corona de agudos cambrones, que llevaba en su pecho, rasgando sus puntas las virginales carnes; despedazaba su inocente cuerpo con disciplinas rigorosas; ponia en su calzado pequeñas piedras, que herian y lastimaban sus pies; sirviéndola de lecho unas duras tablas ó el desnudo suelo, y de almohada una piedra, con otra corona de espinas fijada en su cabeza.

Habiendo cumplido los diez y nueve años en el de 1583, y estando una vez en oracion ferviente, se la apareció la Virgen bañada de resplandores, y adornada con el cándido hábito de su Orden Mercenaria, presidiendo á una numerosa procesion de Religiosos venerables, con el hábito de los Descalzos de la Merced, y percibió una voz celestial que la decia: *Con estos has de vivir si me quieres agradar.* En seguida entró la escelsa Reina de los Angeles en una fábrica que parecia Convento, desapareciendo y dejando á MARIANA llena de la mayor alegría.

En este género de vida de austeridad y penitencia llegó el año de 1586, y veintidos de su bien empleada edad, en cuyo tiempo comenzó á esperimentar la mayor tribulacion y trabajo que en el discurso de su vida sufrió la castísima doncella. El enemigo de las almas la hizo cruda guerra escitándola las pasiones hijas de la débil naturaleza, que con valerosa constancia sustentó y resistió once años, hasta

que consiguió triunfar de sus asechanzas, obteniendo por último suma paz y tranquilidad. En aquel tiempo no faltó quien preciado de docto reprendiese los ejercicios contínuos de MARIANA, manifestando á su padre los riesgos que corria por una devocion mal entendida, favorecida por sugestiones diabólicas ó por instigaciones de los confesores. La bendita doncella, atribulada y afligida, y por divina inspiracion, para evitar censuras indiscretas, se sujetó á la obediencia y gobierno espiritual de Fray Antonio del Espíritu Santo, varon docto y observante, Religioso Descalzo del Orden Seráfico de San Francisco, que vivia en el Convento de San Bernardino, algo distante de Madrid: llegó á sus pies la castísima doncella, haciéndole cumplida relacion de toda su vida. El Apostólico varon la consoló de sus fatigas y trabajos, infundiéndola nuevos alientos para la perseverancia. Aumentó las vigilias, cilicios, mortificaciones y ayunos con otras penalidades, manifestando su insaciable deseo de padecer y sacrificar su cuerpo en aras de la penitencia: así era que en los escasos y groseros manjares con que se alimentaba mezclaba ceniza, como tambien algunas veces gustó hiel y vinagre, para esperimentar lo que el Salvador del mundo padeceria cuando trataron de apagar su sed con esta amarga y horrible confeccion.

Corria el año de 1596, en el cual cumplió los treinta y dos MARIANA DE JESUS, y el P. Fray Antonio, su confesor, lleno de escrúpulos y de cuidados, y temeroso de no poder dirigir convenientemente los pasos de la Santa doncella, se vió obligado á decirla que era forzoso buscase otro maestro que dirigiese su espíritu. Despidióse la obediente hija de su Padre espiritual, y besando la tierra le pidió su bendicion y el auxilio de sus oraciones para que Dios guiase sus pasos. En seguida se encaminó al Convento de la Merced, y en la capilla de Nuestra Señora de los Remedios vió en un confesonario al venerable P. Fray Juan Bautista

Gonzalez: inspirada su alma llegose á confesar con él, y le dió detenida cuenta de su conciencia y de los sucesos de su vida: el venerable Religioso, ilustrado con luz divina, conoció el fondo de aquel diamante celestial, admitiéndola desde luego por una de sus hijas espiritules, quedando MARIANA con gran júbilo y contento persuadida de haber hallado lo que su alma necesitaba.

Por el espacio de ocho años seguidos, con muy cortas temporadas, en que disfrutó una salud regular, padeció crueles dolores y tres enfermedades graves, cuyas consecuencias la afligieron toda su vida. En una de ellas, complicada con fiebre ardiente, no pudo abandonar el lecho en muchos dias; pero abrazada á la Cruz de Cristo, le ofrecia todos sus padecimientos en holocausto de sus culpas. El Señor tuvo la dignacion de presentarse á su sierva, como cuando fue mostrado al pueblo por el juez inícuo, y un mancebo de admirable hermosura quitó con grande reverencia la çorona de espinas de la cabeza del Salvador, y la trasladó á la de la afortunada MARIANA, fijándola fuertemente en sus sienes con intensísimos dolores y sentimientos, que al mismo tiempo producian en su alma celestiales delicias, perseverando aquellos dolores, al paso que dulces sentimientos que le causaba la invisible y misteriosa corona de espinas, todo el tiempo que duró su vida.

En el año de 1597 padeció una de las más graves dolencias, sufriendo cruelísimos dolores, llegando á tal estado, que fue preciso prevenirla se dispusiese á recibir los Santos Sacramentos de la Iglesia; nueva que ocasionó celestial gozo en su alma: los recibió con profundísima humildad y reverencia, deshaciéndose en gracias al Todopoderoso. Más el Redentor del mundo hizo una merced singularísima y favor especial, corona de sus gloriosos triunfos. Se la apareció en Trono majestuoso de gloria, y la dijo: *Hija regalada mia, te holgarás de estar en mi Cruz.* La venerable Vírgen,

humillándose profundamente, respondió: «Que no era merecedora de favor tan singular; pero aunque se reconocia indigna de tanta dicha, abrazaba la Cruz con todo gusto y alegría, si era aquella su Divina voluntad.» Dichas estas palabras, y rindiendo las debidas gracias á merced tan Soberana, estendió los brazos, no sin fatiga, en forma de cruz, y al instante sintió la invisible en que el Señor la puso, sobreviniendo en sus afligidas espaldas notable peso, y en manos y pies terribles dolores, conociendo estar crucificada en una Cruz, aunque invisible, pero tan sensible á sus miembros como si realmente padeciera aquella penalidad.

Fue tal la influencia que ejerció en su naturaleza aquella estraordinaria merced, que permaneció veinte dias sin comer cosa alguna, sino algunos tragos de caldo, como ella misma dice, con tanta fortaleza y consuelo, que hasta la muerte quisiera permanecer en aquella invisible Cruz en que estuvo por espacio de diez meses, si fuera del agrado y voluntad del Señor, teniendo necesidad en todo este tiempo de alimentarse por mano agena. Permaneció crucificada en la forma referida hasta principios de octubre de 1598, en cuya fecha el Altísimo quitó á MARIANA la amorosa Cruz, perseverando toda su vida en sus benditos pies y manos cruelísimos dolores que, comprimiendo los tendones, dejaron sus manos encogidas, casi gafas é incapaces de poder ocuparse en ninguna labor, y los pies tan inhabilitados, que con dificultad y gran penalidad apenas podia andar.

En aquel mismo año reveló Dios á su sierva MARIANA DE JESUS la fundacion y progresos de la Orden de Descalzos de Nuestra Señora de la Merced, cuyo favor impetró del Altísimo con fervorosa oracion, movida de las vivas instancias que la habia hecho su confesor y maestro el Santo Fray Juan Bautista.

Habiendo pasado las graves dolencias referidas la venerable Vírgen, continuó su devota asistencia á la capilla de

los Remedios, donde el Señor la favoreció con particulares mercedes é ilustraciones. Y así todos los dias, despues de haberse empleado en oracion desde las dos de la mañana hasta la hora del alba, asistia con admirable devocion en aquel santuario, elevada en santa oracion, oyendo las Misas que allí se decian. Salia del templo despues de las doce, permaneciendo todo este tiempo como columna inmóvil y de rodillas.

En el año de 1600 volvió nuevamente á enfermar á consecuencia de sus austeridades y rigores, agregándosela otra afliccion con las murmuraciones que produjeron las visitas de su confesor para consolarla y dirigir su espíritu, agraviando la castidad y pureza del bendito confesor; pero el Señor se ofreció á los ojos de su alma, ofreciéndola terminaria pronto su enfermedad y acallaria aquellas infames calumnias: con el mismo propósito se la apareció su amantísima Madre la Inmaculada Vírgen Maria en forma y representacion de la Sagrada Imágen de los Remedios, en la mañana del dia de Santa Agueda, alegrando con su presencia á su tiernísima devota, calmando con suave voz los tormentos de la enfermedad, y dejándola libre de ella.

Habiendo trasladado su córte á Valladolid el Rey Don Felipe III el año de 1601, Luis Navarro, como criado suyo, tuvo que seguir á la real familia: con este motivo MARIANA pasó igualmente á Valladolid para ilustrar con el esplendor de su ejemplo y santidad á aquella ciudad nobilisima. El cambio de clima y de localidad hizo que, tanto la Santa como sus hermanas, estuviesen enfermas algunos meses, á consecuencia de aquel cambio. En esta poblacion eligió por confesor al P. M. Fray Andrés de la Puente, Religioso Dominico, varon eminente en virtud, observancia y letras, quien penetrando el fondo de la angélica pureza de aquella bendita alma, la dió licencia para que todos los dias recibiese la Sagrada Comunion.

Continuó la bendita MARIANA sus santos ejercicios en Valladolid hasta principios del año 1606, en que la corte volvió á Madrid; pidió permiso á su padre Luis Navarro, que poco despues murió, para dejar su casa, para seguir sus devotas inclinaciones sin los impedimentos que ocasiona el humano trato; eligió una pequeña casa junto al Hospital de Santa Catalina de los Donados, donde sin registro alguno se entregaba á la oracion y penitencia, frecuentando diariamente la capilla de Nuestra Señora de los Remedios, y volviendo á la direccion de Fray Juan Bautista, recibiendo grande gozo viéndole en hábito de Descalzo. En este tiempo se unió á la sierva de Dios una mujer que deseando servir al Señor quiso acompañarla con título de criada: llamábase Catalina de Cristo, natural del Moral, en el Real de Manzanares, persona que aunque tan aplicada á la virtud, tenia asperísima condicion, haciendo una oposicion tan tenaz á todas sus acciones y palabras, que ejercitó su sublime paciencia con sus injurias y demasías, que duraron tanto como la vida de la escogida sierva del Señor. En el referido año cumplió cuarenta y dos de edad, divulgándose la fama de sus heróicos hechos y virtudes, no solo por la corte, sino por las más apartadas provincias. En el de 1607 se trasladó á una casa de campo muy próxima al Convento de Santa Bárbara, recien fundado, y en el que tanta parte tuvo MARIANA DE JESUS, eligiendo en aquella casa la peor estancia, tan pequeña y de tan miserable construccion, que sus paredes se componian de adobes, sin mezcla alguna, y el techo de teja vana, resguardando muy poco de las inclemencias del tiempo. Contenia dos tarimas muy humildes, que servian de lecho á la sierva de Dios y á Catalina de Cristo, y vestidas sus paredes de instrumentos de penitencia, ocultando debajo de su tarima un gran haz de zarzas y cambrones, y una dura piedra, sirviéndole esta de almohada, y aquellos de regalado colchon. En este

sitio modesto era visitada de grandes Príncipes y señores, que la buscaban con devocion por oir de sus castos labios palabras de vida eterna.

A fines de 1610, su santo confesor, con los demás Religiosos, la dieron para habitacion, en el mismo Convento, un humilde y desamparado portal que estaba en lo interior de sus muros, con puerta á la calle, y aquí se cumplió su deseo de vivir con los Religiosos Descalzos de la Merced, fabricando su pobreza, con el socorro de los fieles, una celda muy religiosa y devota, adornada con dos ó tres viejos taburetes y un poyo: el suelo tenia corcho ó estera, donde se sentaban las grandes señoras que la visitaban, y sobre una mesita tenia un Ecce Homo, y un tintero, pluma y papel, para responder á los muchos recados que recibia. Fabricó junto á esta celda un pequeño y devoto oratorio, sobre cuyo altar estaba un cuadro de la Inmaculada Concepcion, en el cual, por especial Breve de Paulo V, la decian Misa y suministraban la Sagrada Comunion. A otro costado de la celda labró un pobre aposento para habitacion de Catalina, y una cueva con su torno para comunicar con el Convento. Dispuso igualmente un huertecillo, cercado de tapia, en que por su mano plantó algunas flores para adorno del Santísimo Sacramento. En este jardin ó huerto obró el Señor grandes maravillas: aquí se paseaba por sus calles Jesucristo con MARIANA, y se le apareció diversas veces la Reina de los Angeles. Tambien la visitaron aquí el Príncipe de los Apóstoles, San Pedro, y el glorioso hijo de Santo Domingo, San Pedro Mártir, y otros celestiales cortesanos, festejándola el Arcangel Uriel, su custodio, y los espíritus angélicos.

En 1612 trató de fundar la Orden de Mercenarios Descalzos un Colegio en la Universidad de Alcalá de Henares, á cuya realizacion cooperó en gran manera MARIANA DE JESUS, venciendo todas las dificultades que se presentaron

á beneficio de una carta de la Santa, que operó en todos los contrarios un cambio prodigioso, terminándose aquella fábrica el dia 20 de abril de 1614, dia en que se puso el Santísimo Sacramento, hallándose presente la bendita Vírgen MARIANA y su santo confesor.

En el dia 13 de enero de 1613 la sobrevino un maravilloso éxtasis, en el que el Señor la mandó recibiese el hábito de Nuestra Señora de la Merced, que tanto habia deseado. En seguida hizo las necesarias diligencias, y como su norte fue siempre la obediencia, escribió al General de la Orden determinase la calidad de su hábito. La contestó el gran Prelado, que atendiendo á sus achaques fuese el hábito de estameña basta de Segovia, y que dilatase el recibirle hasta que él fuese, porque queria dársele de su mano, como lo ejecutó en la mañana del Jueves Santo, á 4 de abril, con gran solemnidad y concurso. Observó rigurosamente la Regla y Constituciones de la Orden, haciendo la profesion con los tres votos de obediencia, pobreza y castidad, el dia 20 de mayo de 1614. En todo el tiempo, desde este hasta su muerte, se ejercitó grandemente en la virtud de la fé, esperanza y caridad, pidiendo á su Divina Majestad la salud espiritual de los prójimos, y el alivio de las ánimas de Purgatorio, siendo todo lo limosnera que permitia su voto de pobreza: su humildad fue siempre profundísima, llevando al estremo sus mortificaciones y penitencias: su paciencia fue admirable, su oracion ferviente y contínua. Dios recompensó su santidad y estraordinarias virtudes ilustrando á su sierva tanto en vida como despues de su muerte con infinitos prodigios y milagros, hechos por su intercesion, como tambien con el don de profecía, del que se conservan innumerables pruebas; concediéndola además la gracia especial de hacer muchas conversiones y de acarrear al camino de salvacion á muchas almas estraviadas.

A principios de 1624 sobrevino á la incomparable

MARIANA DE JESUS una penosa enfermedad. Asistíanla sus afectos Religiosos, no sin sobresalto, temiendo su muerte; pero la enferma los alentaba, si bien por aviso celestial sabia el dia y la hora de su dichoso tránsito. Pasó, aunque con bastantes trabajos, los meses de febrero y marzo, y el 11 de abril recibió la sagrada comunion, con su afectuosa y acostumbrada devocion, en la Iglesia de Santa Bárbara, acometiéndola poco despues un agudísimo dolor de costado, con fiebre alta, complicándose con la renovacion de todas sus ansias y fatigas. Lleváronla á su pobre lecho en la tribuna. Los progresos de la dolencia no pudieron contenerse á pesar de la medicacion, pues hasta una ventosa sajada le fue aplicada en la region del corazon; y recibidos de nuevo y con el mayor amor los Santos Sacramentos, falleció el miércoles 17 de abril, á las nueve de la noche del año 1624, siendo su edad de cincuenta y nueve, cuatro meses y nueve dias.

En cuanto se divulgó por la capital el estado de gravedad de la sierva de Dios, fue numeroso é indecible el número de personas de todas clases y gerarquías que acudian á recibir su bendicion, siendo universal la afliccion que producia el próximo tránsito de MARIANA, por los muchos beneficios y milagros que el Señor dispensaba por sus súplicas y oraciones.

El célebre pintor Vicencio Carducho sacó un retrato al vivo de su inalterable semblante al dia siguiente de su fallecimiento, y tres cabezas vaciadas en su venerable rostro para eterna memoria, y conservar los rasgos y santa belleza de las facciones de la bendita Mercenaria. Despues se la colocó en las gradas del altar mayor de la iglesia de Santa Bárbara, en una caja forrada de raso blanco, donde permaneció dos dias de manifiesto al numeroso concurso su venerado cuerpo con públicas aclamaciones, obrando portentos y maravillas con las que el Señor quiso ilustrar

las virtudes y santidad de su sierva predilecta, á vista del virginal cadáver, que exhalaba suavísimo olor que se difundia por todo el templo. El dia 19 en su noche fue enterrada debajo del altar mayor, y el dia 1.° de setiembre del mismo año fue trasladado el incorrupto cuerpo de la sierva de Dios á la capilla de la Concepcion y de la Buena Dicha á sepultura propia.

En 18 de enero del año de 1783 el Pontífice Pio VI colocó á MARIANA DE JESUS en el catálogo de las bienaventuradas Vírgenes: en el reconocimiento que hizo aquel mismo año del bendito cuerpo el Cardenal Arzobispo de Toledo, D. Francisco Antonio Lorenzana, fue hallado incorrupto y sus carnes casi flexibles, y despedia de sí un suave licor como sangre, que calaba los lienzos y algodones en que envolvieron una parte de su carne.

En el año de 1815, de órden del Rey D. Fernando VII, estuvo espuesto el Santo cadáver en la iglesia parroquial de Santiago, habiendo sido inmensa la concurrencia que acudió á verle.—L. G.

SAN PABLO Y SAN ISIDORO, MONGES, ESPAÑOLES, Y SAN ELIAS, PRESBITERO, PORTUGUES (1), MÁRTIRES.

La persecucion sarracénica contra los cristianos, como todas las demas, tuvo sus períodos de mayor ó menor rigor, segun la mayor ó menor crueldad de los Soberanos que se sucedian, y sus delegados ó representantes. Terrible fue en Córdoba durante el reinado de Abderrhaman; pero su hijo Mahomat, que le sucedió en el Trono, si no hizo bueno á su padre, porque tanto era imposible, dió tales muestras de sanguinaria ferocidad, que hizo echar de ménos á su antecesor. Los cristianos huian diariamente en bandadas de

(1) Los hechos de este Mártir están tan enlazados con los de sus dos compañeros, que aunque Portugués, tiene que dársele cabida entre los Españoles.

Córdoba y su reino, y los que por circunstancias particulares no podian huir ó no tenian valor para sufrir los trabajos de la emigracion, compraban su libertad á costa de hacer donacion de su alma al diablo, renegando de la fé y aumentando el número de los sectarios de Mahoma.

Pero como la potente palabra del Evangelio no puede ser completamente acallada por nada ni por nadie, á pesar de los lagos de sangre cristiana con que Mahomad pretendia ahogarla, resonaba en Córdoba emitida por algunos héroes del cristianismo, que con sus sublimes ejemplos procuraban hacer revivir el valor católico en los amedrentados corazones.

Del número de estos esforzados campeones de la Cruz eran: un anciano, célebre sacerdote lusitano, llamado ELIAS, y dos jóvenes Monges, naturales de Córdoba, llamado PABLO el uno é ISIDORO el otro. La identidad de sus miras y pensamientos, el santo ardor que igualmente inflamaba el corazon del anciano que el de los jóvenes, les hizo tomar la heróica resolucion de presentarse en el Tribunal, confesar su fé y hacer patentes los bárbaros absurdos de la religion de Mahoma, para contener la dispersion de los cristianos. Poniendo en ejecucion su proyecto, se presentaron al juez, que sin dejarlos concluir mandó que los sacaran de su presencia y los decapitasen en seguida. Echáronse sobre ellos los verdugos, y golpeándolos horriblemente los hicieron salir del Tribunal, y los degollaron acto contínuo, en la mañana del 17 de abril del año 856. No satisfecho el juez con la muerte de los tres Santos, dispuso que se clavaran sus cuerpos en unos palos muy altos, para que al contemplar así los cadáveres se aterrasen los cristianos que habia en la ciudad. Pasados algunos dias, arrojaron los cadáveres con los palos al rio, para que los fieles no tuvieran de aquellos tres Santos ninguna reliquia que adorar.—N.

SANTA POTENCIANA, VÍRGEN Y MÁRTIR, ESPAÑOLA.

Inmemorial es el culto que en el territorio de Andújar, provincia y Obispado de Jaen, se ha venido rindiendo por los fieles á SANTA POTENCIANA, Vírgen y Mártir, tenida unánimemente por hija de aquel pueblo, y muerta en su territorio en el siglo I del cristianismo: pero ni de la vida ni muerte de esta Santa existe noticia alguna; solo la encontramos acerca de su sepulcro y sus reliquias.

Hallándose de Obispo de Jaen, por los años de 1634, el piadoso é ilustrado D. Baltasar de Moscoso y Sandoval, supo que en una ermita titulada de los Santos, sita en la ribera del Guadalquivir, á media legua del punto donde se veian las ruinas de la antigua Iliturgi ó Andújar la vieja, habia un sepulcro en forma de túmulo algo elevado sobre la tierra, con una inscripcion que decia: *Aquí yace el cuerpo de* SANTA POTENCIANA, la que era tenida en tanta veneracion por aquellos naturales, que de todos los pueblos de la comarca acudian á implorar el favor de la Santa con fervorosas oraciones y religiosos votos.—«Quiso inspeccionar por sí mismo lo contenido en aquel sepulcro, y mandóle abrir: halló en él los huesos íntegros de un cuerpo humano, que despidieron al tiempo de la apertura una fragancia esquisita, que consoló á los circunstantes, indicio nada equívoco de la santidad del alma de quien eran aquellas venerables reliquias. Reconoció además su Ilustrísima la antigua pintura de SANTA POTENCIANA, entre las de San Bartolomé y de San Ildefonso, compatronos de la misma ermita, con otras antiquísimas que hay en Andújar, en la que está pintada la Santa, con insignias de Mártir; á la siniestra San Eufrasio, vestido de Pontifical, ambos en ademan de sostener aquella ciudad, como patronos y titulares suyos, como lo espresan unos versos latinos que se

hallan en la parte inferior de la misma pintura, sobre la que se lee lo siguiente: *Año 45 de la Natividad del Señor, vivió San Eufrasio, Mártir, apostólico Obispo de Illiguri, colega de la* SANTISIMA POTENCIANA.»

En vista de todo, el Obispo D. Baltasar hizo una informacion judicial del culto inmemorial tributado á la Santa, y de los milagros obrados por su intercesion, y en 11 de mayo de 1636 aprobó la continuacion del culto en una capilla que mandó hacer á su costa en la ermita. Las reliquias se dividieron en dos partes en 15 de abril de 1640; la una quedó en el sepulcro, y la otra, metida en una preciosa urna, se colocó debajo del altar de la capilla.—N.

DIA 18.

San Eleuterio, Obispo y Mártir, *Romano.*

SAN PERFECTO, PRESBITERO Y MARTIR, ESPAÑOL.

El primero que en la persecucion sarracénica de Córdoba, de que ya dejamos hecha mencion, nos refiere San Eulogio haber dado la vida en testimonio de la fé católica, se llamó PERFECTO, justificando con sus hechos la propiedad de su nombre. Fue natural de Córdoba; pero nada se sabe de su familia ni de los primeros años de su vida, pues la historia nos le presenta jóven ya educándose en la iglesia de San Acisclo, cuyos Ministros le sirvieron de maestros para instruirse en las ciencias eclesiásticas, y poder ser revestido, como lo fue, con la dignidad de presbitero.

Poseia el árabe con la mayor perfeccion, y pasando un dia por una plaza en que habia un gran corro de moros, le llamaron y pidieron que les esplicase los principales preceptos de la Religion de Jesucristo. Hízolo en seguida PERFECTO, y cuando concluyó le pidieron los moros que les dijera tambien lo que pensaba de las doctrinas de su Profeta Mahoma. Recelose PERFECTO de esta solicitud, y

temiendo alguna traicion, les dijo que, si querian que manifestase su opinion, habian de empeñarle su palabra de oir sin enojo su dictámen. Juraron hacerlo así, y que ningun daño se le seguiria por lo que dijese, fuese lo que quisiera. Garantizado con este juramento, les hizo patentes los absurdos de su religion, la inmoralidad que encerraba, y las penas á que estaban destinados los que la seguian.

Ardiendo interiormente en ira oyeron los moros las concluyentes razones del Ministro cristiano; pero contenidos por el juramento que habian hecho, le despidieron sin ofenderle, remitiendo para otra ocasion la venganza. No tardaron en tratar de tomarla, pues á los pocos dias encontraron en la calle á PERFECTO, y comenzando á insultarle en alta voz, concitaron contra él al populacho, que furioso y amenazador le rodeó en seguida, y apoderándose de él lo llevó al Tribunal, conduciéndole con tan violenta celeridad, que casi no ponia los pies en el suelo.

Sobrecogido el Santo con el fiero tumulto, llegó al Tribunal, donde le acusaron de haber hablado mal públicamente de la religion de Mahoma, lo cual negó el Santo; pero el juez, sin embargo, mandó que le condujeran á la cárcel, con ánimo de sacrificarle para la Pascua, y celebrarla con la sangre de un cristiano. Entró PERFECTO con la mayor alegria en la prision, considerándose muy dichoso en dar la vida por Jesucristo, y se preparó á ello con fervorosas oraciones, rigurosos ayunos y mortificaciones.

Llegado el dia de la Pascua de los moros, que fue del *Calendario cristiano* viernes 18 de abril del año del Señor 850, llevaron á PERFECTO delante del juez, que le preguntó la religion que profesaba y lo que pensaba de la de Mahoma. Sin temores ni dudas contestó el Santo presbítero lo mismo que dijo á los moros en la plaza, y en su virtud le sentenció á ser degollado, cuya sentencia se ejecutó en seguida.

Antes de salir para el lugar de la ejecucion, se dirigió SAN PERFECTO al juez, que era un moro llamado Nazar, muy querido del Rey, y le dijo, que en igual dia del siguiente año moriria miserablemente. Y así se verificó. Pocos dias antes de llegar la siguiente Pascua cayó enfermo Nazar, sintiendo un fuego abrasador dentro del cuerpo, que nada bastaba á templar, y en el mismo dia primero de la Pascua falleció como el herético Arrio, arrojando las entrañas por la cámara.

Era costumbre entre los moros de Córdoba celebrar aquella Pascua con una romería á la otra parte del rio, en el sitio llamado *Campo de la verdad*, y desde muy temprano habia marchado gran número de ellos; pero habiendo corrido la voz de que habia sido condenado á muerte el Sacerdote PERFECTO, y que se iba á ejecutar en seguida la sentencia, alegres y regocijados dejaron muchos el *Campo de la verdad* para regresar á Córdoba á presenciar la muerte del enemigo de Mahoma; pero pagaron bien caro su regocijo, pues encrespándose instantáneamente las olas del rio cuando estaban en medio cayeron en él, muriendo bastantes ahogados y salvándose los otros á nado.

Recogieron los cristianos el Santo cadáver, sepultándole con la posible solemnidad al lado del de San Acisclo, en la iglesia de éste, y donde el Santo presbítero se habia educado é instruido.

Hasta la muerte de este primer Mártir de la persecucion sarracénica estaban contenidos y medrosos los cristianos con las rigurosas leyes promulgadas por los moros; pero tan luego como SAN PERFECTO rompió el silencio y levantó su voz confesando la fé, se alentaron de tal modo los cristianos, que hasta los que se habian retirado á los montes con ánimo de dedicar el resto de su vida á la oracion en el yermo, regresaron á la ciudad ansiosos de alcanzar la

gloria de morir defendiendo y confesando la Religion de Jesucristo.—N.

BEATO ANDRES IBERNON.

La bella y fértil provincia de Murcia fue la venturosa patria del virtuosísimo y ejemplar BEATO ANDRES IBERNON. Por los años de 1526, Ginés Ibernon, natural de Cartagena, casó en esta ciudad con María Real, natural de un pueblo de la sierra de Cuenca, en quien constantemente lucieron las dotes de virtud y cristiandad. Era más bien conocida por *la Buena y la Piadosa* que por su propio nombre, y fue toda su vida el ejemplo de las esposas y de las madres, y el amparo de desvalidos y menesterosos: su esposo Ginés descendia de familia hidalga, á la que dieron lustre en diferentes épocas sugetos muy notables en letras y armas, siendo todos de reconocida honradez y probidad, aunque de escasos bienes de fortuna en lo general. No contaba con muchos Ginés cuando se casó, poseyendo solo alguna hacienda en el campo de Cartagena.

Los muchos hijos que el Señor dió á este matrimonio, su infinita caridad en medio de sus mayores escaseces, y la pérdida completa de algunas cosechas sucesivas, precisó á Ginés á arrendar su corta hacienda á bajo precio, y renunciando á vivir en Cartagena, marcharon á Alcantarilla, pueblo ménos costoso, situado en la deliciosa huerta de Murcia, en el que tenian algunos parientes, con cuya proteccion contaban para poder emprender alguna especulacion que les proporcionase lo que les faltaba para atender á la precisa subsistencia de sus hijos. Cuando llegaron á Alcantarilla no encontraron por cierto grandes motivos de consuelo, pues si bien sus parientes no los desdeñaron, no los auxiliaron como ellos esperaban y necesitaban, y solo á fuerza de velar y trabajar podia Ginés ir dando el pan á su virtuosa mujer y á sus hijos.

Hallábase en cinta María y próxima á parir, cuando recibieron noticia de Murcia de hallarse enfermo un hermano suyo, beneficiado de aquella Iglesia Catedral. Pusiéronse inmediatamente en camino Ginés y María, sin tener esta en cuenta para nada lo avanzado de su embarazo, y sin duda por la precipitacion con que pasó á Murcia se adelantó el parto, y á los dos dias dió á luz un robusto y hermoso niño, que fue bautizado en la Catedral.

ANDRES IBERNON se llamó este niño, nacido y bautizado en Murcia en el año de 1534, siendo Pontífice Clemente VII y Rey de España el Invicto Emperador Cárlos V, al cual nadie podia ni sospechar entonces que tanto habian de desear despues tener por suyo tres ciudades y un pueblo. La de Cartagena le pretendió como suyo por haber sido concebido en ella; la de Murcia, por haber en ella nacido y sido bautizado; el pueblo de Alcantarilla, por haberse criado y educado en él; y la ciudad de Gandia, por haber muerto en ella, conservar sus reliquias, y haber sido el principal teatro de sus glorias y milagros.

Restablecido el hermano de María de la enfermedad que habia motivado el viaje, como ésta tambien de su parto, regresó con su marido y su hijo á Alcantarilla, para dedicarse á sus habituales cuidados y trabajos, y atender á la educacion de sus hijos, de la que siempre fueron muy celosos, especialmente María, porque profesaba la sana y verdadera doctrina de que Dios da los hijos para que los padres formen de ellos unos seres virtuosos, cristianos y sabios para servir al Señor, á su patria y semejantes, dando ejemplo de estas virtudes. Por estos principios puede calcularse cuáles serian los cimientos de la educacion de ANDRES. No necesitaba tanto el niño para llegar á ser lo que fue, pues parecia hecho á propósito por el Señor para ejemplo de modestia, dulzura y complacencia desde los primeros meses de su infancia. Risueño y alegre, paciente y

sufrido, permanecia largas horas en el lugar que su madre le colocaba, sin llorar, llamar ni incomodar en lo más mínimo, encantando á cuantos le conocian por su angelical carácter, al que se unia una hermosura poco comun. Las primeras palabras que pronunció clara y distintamente su infantil boca fueron *Jesus* y *María*; bien es verdad que tan dulces nombres no podian ménos de ser de los primeros que aprendiese, porque continuamente los oia invocados por su virtuosa madre. Desarrollábanse al mismo tiempo, y con igual rapidez, en ANDRES las fuerzas físicas que las intelectuales. Robusto, hermoso y gentil jóven se hizo, al mismo tiempo que daba á conocer su vivo ingenio, su feliz memoria y su admirable prudencia, añadiendo á tan relevantes dotes la más estremada tolerancia para las faltas y flaquezas del prójimo. Su aficion á la iglesia llegó á convertirse en una verdadera pasion: en cuanto se levantaba, marchaba al templo á ayudar á Misa, y sin número fueron los dias que se privó del desayuno por no perder el servicio del altar, que constituia toda su felicidad y su contento.

Viendo los padres la decidida é invariable vocacion de ANDRES, le tomaron un maestro que le fuera preparando para emprender la carrera del sacerdocio; pero debilitada la salud de Ginés por los trabajos corporales y por la pena constante de ver á su adorada familia asediada de privaciones, quedó casi inútil para atender al trabajo, con lo que la triste y desconsoladora pobreza fue avanzando más rápida en su casa. Tuvo que renunciar á la instruccion de ANDRES por no poder costearle los libros indispensables ni pagar al maestro. Pero queriéndole proporcionar algun bien para el porvenir, le envió á Valencia, bajo el amparo y proteccion de un tio suyo, llamado D. Pedro Jimeno, que vivia con alguna holgura. Recibió muy bien á ANDRES; pero contra lo que él y sus padres esperaban, le dedicó á su servicio propio, encomendándole el cuidado del ganado: el

virtuoso jóven aceptó el encargo, no solo sin quejarse ni murmurar, sino hasta agradecido por el beneficio que su tio hacia á su padre manteniéndole á él.

La vida solitaria tenia por otra parte grande atractivo para ANDRES, pues en ella podia entregarse completamente al cultivo espiritual de su alma, ejercitándose en la contemplacion de los sagrados Misterios de la Religion cristiana. Compuso varias oraciones para determinadas horas del dia y de la noche, que rezaba siempre de rodillas. Visitaba muy á menudo y con tierna devocion las muchas iglesias y ermitas que habia por las inmediaciones de Valencia, frecuentaba cuanto le era posible los Santos Sacramentos, y oia Misa diariamente. Mortificaba con ayunos, vigilias y otras privaciones su cuerpo, para conservarle puro y tenerle sujeto á la razon y al espíritu. Sus raras y ejemplares virtudes, tanto más admirables y edificantes, cuanto que difícilmente se hallan en la edad que contaba ANDRES, eran el asombro de todos los que le trataban, y tal efecto llegaron á producir en muchas personas, que, arrepentidas de sus faltas y vicios, entraron de nuevo en la recta senda de la vida cristiana. Nunca se le vió reñir con nadie ni se alteró por ofensa alguna, que perdonaba en el acto de recibirla, para que en cambio el Todopoderoso perdonase las suyas.

Al cumplir los veinte años consideró con madura reflexion que de continuar en aquella vida, sin más perspectiva ni esperanza que ser pastor de su tio mientras éste viviese, nada podia hacer por su padre, ni nada tampoco para conseguir el pertenecer en algun tiempo á la Iglesia, que era su constante anhelo y el delicioso ensueño de su imaginacion. Para poder conseguir ó lo uno ó lo otro, determinó despedirse de su tio y regresar á Alcantarilla, y segun el estado en que hallase á sus padres y hermanos, resolver el género de vida que habia de emprender.

Gran disgusto tuvo D. Pedro Jimeno por la determinacion de su sobrino, pues perdia con su ausencia un servidor cuerdo, noble y leal, que habia cuidado su hacienda con el mayor interés. Con gran pena y estrechos abrazos le despidió, regalándole ochenta ducados. Marchó á pie á Alcantarilla, y en el camino fue acometido por unos salteadores que le robaron el dinero, un saquillo con ropa que llevaba á la espalda, y varias reliquias, rosarios y estampas para sus padres y hermanos. Pero en vez de afligirse por esta desgracia, se la ofreció gustoso á Dios, como todas sus penas, en pago de sus culpas; y le sirvió para persuadirse más y más de la poca seguridad de los bienes de la tierra, y de que solo son permanentes é imperecederos los que atesora la virtud para ganar el cielo.

Pidiendo limosna llegó á casa de sus padres, que le recibieron con la mayor ternura y alegria. No fue muy grande esta en el cariñoso ANDRES, despues de enterarse de las muchas privaciones que esperimentaba su familia, comprendiendo respecto á él lo imposible que le era volver á dedicarse á la instruccion necesaria para la carrera del sacerdocio por falta de recursos; pero no pudiéndose resignar á no pertenecer á la Iglesia, formó el proyecto de hacerse Religioso. A nadie comunicó su pensamiento por lo que pudieran influir en su determinacion, dejando esclusivamente al Todopoderoso la gloria de haberle señalado la senda que debia seguir en el mundo. En los puntos en que residió era muy estimado y querido de todos: pero quien más le distinguió tratándole con un cariño verdaderamente paternal, fue D. Pedro Casanova, regidor de la ciudad de Cartagena, quien le tuvo largas temporadas en su casa, porque le encantaba el dulce trato y amena conversacion de tan prudente y cristiano jóven. Teniendo necesidad este caballero de pasar á Granada á negocios importantes de la ciudad de Cartagena, tuvo la satisfaccion de que ANDRES,

con el beneplácito de sus padres, se prestara á acompañarle. Señalado el dia de la partida, le entregó D. Pedro las llaves del equipaje, confiándole el dinero, alhajas y papeles interesantes que llevaba.

No agradaron á ANDRES las costumbres demasiado libres que por entonces habia en Granada, temiendo por la pureza de su alma; pero la terminacion de los asuntos de D. Pedro se dilataba mucho, y continuando descontento por los peligros que le rodeaban, pasó muchos dias ANDRES sin resolverse, bien á hablar á su amigo y protector, ó bien á alejarse de Granada sin despedirse de él; pero optó, finalmente, por lo último, para evitar que los ruegos de Don Pedro inpidieran su determinacion.

Una noche faltó ANDRES, y D. Pedro, impaciente, pues la última ocupacion de aquel era asistir al Rosario, que se rezaba en un templo inmediato, y hacia más de dos horas que habian cerrado la iglesia, temiendo le hubiese sucedido alguna desgracia, se paseaba agitado, cuando fijando la vista en la mesa en que solia escribir ANDRES, reparó en las llaves del equipaje, que aquel llevaba siempre consigo. Esto le hizo comprender que se habia ausentado voluntariamente, no sabiendo cómo esplicarse aquella especie de fuga. En angustiosas dudas pasó la noche, unas veces culpando la ingratitud de ANDRES, y otras disculpándole. A los doce dias recibió una carta de su esposa desde Cartagena, participándole que ANDRES habia salido en aquel mismo dia para Albacete á tomar el hábito de San Francisco, y que le suplicaba en nombre de aquel dispensase su partida sin previo aviso ni despedida, porque temió que las palabras de su querido protector pudieran debilitar algo el firme propósito de hacerse Religioso, que la Divina Providencia le habia inspirado.

El dia de Todos los Santos de 1556, á la edad de veinte y dos años, tomó el hábito de San Francisco en el Convento

del Noviciado de Religiosos Menores observantes de la provincia de Cartagena, Obispado de Murcia, sito en la villa de Albacete. Se dedicó con singular anhelo y humildad á los servicios más bajos del Convento, juzgándose indigno de servir á los Religiosos hasta en cosas viles y despreciables. Pasado fervorosamente el año de prueba, hizo la solemne profesion en manos del Padre Guardian Fr. Alonso Pacheco, en igual dia al de su entrada en el año 1557.

Sabia perfectamente de memoria la Seráfica Regla, y se decidió á su observancia y á la de los votos solemnes con tanta eficacia y exactitud, que todos comenzaron á mirarle y considerarle como fundamento glorioso de un gran edificio de santidad. No contento ANDRES con aspirar á la perfeccion de la vida monastica, fijó su vista en el rígido Instituto creado por el admirable portento de penitencia, Pedro de Alcántara, en el reino de Valencia, bajo el título de San Juan Bautista. La aspereza de la Regla, y el esquisito rigor con que se observaba, encendieron en su pecho los más vehementes deseos de abrazarla, y así, con licencia de la Silla Apostólica y la bendicion de sus superiores, que sentian en estremo perder la compañía de un Religioso que tan evidentes muestras daba de santidad, pasó á vestir el hábito de Descalzos en el año 1563, á los siete de haber tomado el de Menores observantes de Cartagena, y á los veinte y nueve de su edad.

Benignamente le recibió el Guardian y Custodio provincial, Fr. Alonso de Llerena, varon de entera perfeccion, y verdadero discípulo de San Pedro Alcántara, en el Convento de San José de la villa de Elche, Obispado de Orihuela. Se propuso ANDRES desde luego llevar al más alto grado el desprecio de sí mismo, escediendo, si le era posible, las más rigurosas prescripciones de la nueva Regla, procurando imitar á su Santo Fundador. Consiguió su deseo del mismo modo que su amigo y compañero, el enamorado del Sa-

cramento, Pascual Bailon, que un año despues que ANDRES ingresó en el propio Convento de San José de Elche, siendo imposible asegurar cuál de los dos sobresalió más en cristiano heroismo.

El principal alimento de su alma fue la oracion, pues decia que nada sustentaba y vivificaba tanto su espíritu como la contemplacion de su Dios y Señor, cuando le dirigia la palabra mental ó pronunciada. De aquí su incesante oracion, de la que ningun negocio ni trabajo pudo nunca distraerle. Caminando, trabajando, comiendo, pidiendo limosna, oraba, andando, de pie ó sentado, y siempre que sus quehaceres se lo permitian, de rodillas, ya en la celda, en la iglesia, en el coro ó en el campo. Jamás pasó por delante de un templo ó santuario sin arrodillarse y orar. Enlazó de tal manera la contínua y fervorosa oracion con la soltura y destreza para todo trabajo corporal, que ni este le distraia de su fervorosa contemplacion, ni esta le impedia cumplir con todos sus deberes y ocupaciones. El objeto principal de su meditacion fueron los Sagrados Misterios de nuestra Redencion, para dirigir sus pasos entre los tormentos, penas y dolores de la Vida, Pasion y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Aunque lleno de achaques en los últimos años de su vida, acompañaba á los Religiosos jóvenes cuando iban á recoger leña y sarmientos, aventajando á todos en tan penoso trabajo, y cuando fatigados los jóvenes tomaban algun descanso, ANDRES, teniendo hinchadas las piernas y llagadas las rodillas, las hincaba en tierra y permanecia en fervorosa oracion hasta que volvian al trabajo, que emprendia de nuevo con estraordinario vigor, como si se le aumentasen las fuerzas con algun confortativo eficaz, conociéndose claramente la proteccion y gracia del Supremo Hacedor.

En el Convento de Elche, numeroso de Religiosos, por

haber aulas para la enseñanza, desempeñó por espacio de algunos años el cargo de cocinero y hortelano: quitáronle estos, y se encargó del servicio simultáneo de refitolero, portero y limosnero. En lo más avanzado de su edad, y acosado de dolencias penosísimas, sirvió tambien simultáneamente, y con la más completa satisfaccion de sus superiores, los cargos de refitolero y portero en el Convento de San Juan Bautista de Valencia, obligaciones ambas penosas, de muchísimo trabajo y cuidado, por ser muy numerosa la Comunidad, y aun no contento marchaba algunas horas al monte á hacer leña y carbon, á recoger sarmientos en las viñas, sin desdeñarse de llevar la carga sobre sus espaldas al Convento. Con los juncos que recogia hacia espuertas, y con el esparto esteras, sandalias y sogas. Lavaba hábitos y los remendaba; cortaba y cosia los nuevos para los Religiosos; barria, limpiaba y blanqueaba la Iglesia y el Convento interior y esteriormente: en las obras que ocurrian servia de peon, cargando y conduciendo mortero, tierra, piedras y cuantos materiales se necesitaban. De todo entendia, y era tan mañoso y activo, que en cuantos Conventos estuvo fue de grande utilidad para sus compañeros y superiores, siendo su servicio tanto más agradable por la espontaneidad y mansedumbre con que lo prestaba.

Siendo cocinero, si notaba que algun Religioso comia poco, achacándolo en seguida al mal condimento, corria á él y le suplicaba perdonase sus faltas, que procuraria remediar en lo sucesivo. La cocina era la admiracion de cuantos la visitaban, por la estraordinaria limpieza y órden con que todo estaba dispuesto; y en las que estuvieron á su cargo colocó un altar con la imágen de la Vírgen, pareciendo más bien una cuidada y pulcra sacristía que una cocina.

Dos horas solamente, de nueve á once de la mañana, era lo que necesitaba para disponer la refaccion del Conven-

to, añadiendo á esta grande economía de tiempo, luz y lumbre, el mayor cuidado para que no se desperdiciara cosa alguna, aprovechando todo lo útil para la holla de los pobres, de quienes cuidó siempre con la mayor solicitud. La Divina Providencia dispuso un dia, sin duda para demostrar la proteccion que dispensaba á su amantísimo siervo, que olvidase la cocina y continuara ayudando á las Misas hasta hora tan avanzada, que faltaba poco más de media para la de comer. Advirtióselo un Religioso al Guardian, y llamando éste á ANDRES, le reprendió su descuido, y le mandó que fuera inmediatamente á disponer la comida. Hincó ANDRES una rodilla en tierra, besó humildemente los pies al Guardian, y le dijo: *No se turbe, P. Guardian, ni se tome la menor pena, porque ahora iré á la cocina, y la comida quedará servida á su hora, sin que sea necesario se detenga un solo punto por mi descuido.* La paz y seguridad con que pronunció estas palabras llamaron la atencion al Guardian y á otros Religiosos, y siguiéndole se pusieron á mirar lo que hacia por las rendijas de la puerta de la cocina, que habia cerrado al entrar, y vieron sorprendidos que le ayudaba con la mayor destreza y agilidad un hermoso y gentil mancebo, á quien nadie conoció. Aguardaron se abriese la puerta para reconocer al mancebo y preguntarle quién era; pero quedaron burlados y atónitos, porque al abrir ANDRES la puerta para servir la comida á la misma hora que los demas dias, desapareció su ayudante con asombro general.

El esmero y pericia con que cuidaba las huertas de los Conventos, siempre que de ellas estuvo encargado, multiplicaba de tal modo los productos, que no solo habia abundancia de ellos para el consumo de la Comunidad y de los pobres, sino que todavía quedaba para regalar á los bienhechores del Convento. En el cargo de refitolero que desempeñó en el de San José de Elche, en el de San Roque de Gandía, y en el de San Juan de la Ribera de Valencia, fue

una verdadera providencia para las Comunidades. Destinaba lo mejor para los enfermos y el Prelado, seguian los ancianos, á estos los Religiosos de Misa, despues los legos, dejando para sí siempre lo más malo. La fruta la repartia en número significativo: tres en honor de la Santísima Trinidad, cinco en honor de las Sagradas Llagas del Redentor, siete en memoria de los gozos de la Santísima Virgen, ó nueve en obsequio de los nueve coros de los Angeles.

Fue tanta la escasez de grano que se esperimentó en la provincia un año en que se hallaba ANDRES de refitolero y portero en el Convento de Gandía, que los limosneros no recogian el suficiente pan para los Religiosos, y ménos para socorrer á los pobres, cuyo número se habia aumentado. Llegó una mañana en que no habia ni un solo pan en el Convento para comer aquel dia, sin poderlo esperar de otra parte, por no ser dia de limosna. Afligida se hallaba la Comunidad, más que por ella, por ver el ánsia con que un gran número de pobres esperaban á la puerta del Convento algun consuelo á su apremiante necesidad. Pero ANDRES sufria sobre todos con aquella escena. Se puso en fervorosa oracion delante de un Crucifijo que habia en la portería, derramando copiosas lágrimas de dolor. En este momento cruzó por medio de la muchedumbre de pobres un gallardo jóven, que traia sobre su cabeza un enorme cesto de pan, que dejó delante de ANDRES, desapareciendo en seguida. Este visible y palpable don del cielo bastó para socorrer completamente aquel dia la necesidad de los Religiosos y de los asombrados pobres, espectadores de aquel prodigio.

Su infinita caridad, paciencia y bondad atraia de tal modo á los pobres de las inmediaciones, que siempre se hallaba rodeado de desgraciados en demanda de socorros corporales y espirituales, consolando á todos con gracia especial. Instruia á los ignorantes y á los niños en la doctrina

cristiana y principales Misterios de nuestra Santa Religion; les enseñaba oraciones, y los disponia á la devocion; limpiaba á los desaseados, remendaba á los mal vestidos, curaba á los enfermos, sufria á los impertinentes, y reproducia muchas veces el milagro del Divino Redentor en el desierto, multiplicando el pan para alimentar á los pobres hambrientos. Tenia especial respeto y miramiento á los sacerdotes pobres, á los que socorria en secreto dentro del claustro, exhortándolos piadosamente á sufrir por amor de Jesucristo las incomodidades, trabajos y miserias de la vida humana.

Una vez recurrió á él un vecino de Valencia, esponiéndole el deplorable estado de su madre, enferma de tanto peligro, que ya habia recibido los Santos Sacramentos, á cuyo estado la habia conducido una invencible inapetencia. Solo deseaba comer camuesas de Aragon, y creyendo que la satisfaccion de aquella inspiracion natural la salvaria, y no pudiendo conseguir ninguna en toda la comarca, por no ser tiempo de fruta, le rogó que si habia alguna en el huerto del Convento se la diese por gracia y caridad, y aun que daria cuanto poseia por proporcionar aquel remedio á su madre. Enternecido ANDRES le mandó esperar: en el huerto no habia fruta; pero, sin embargo, entró en la Iglesia, y á poco salió con un pañuelo de camuesas tan frescas como si acabaran de ser cogidas del árbol. Loco de alegria voló el jóven á su casa, y á los ocho dias fue con su madre, milagrosamente sana, á darle gracias.

A pesar de su amor al retiro, desempeñó casi constantemente el cargo de limosnero, con notable ejemplo y edificacion. Nunca cubrió su cabeza con cosa alguna para defenderla del agua, nieve, granizo, ni de los rayos del sol, recibiendo la limosna siempre de rodillas. Antes de volver al Convento visitaba cinco iglesias ó altares, para ganar las indulgencias de la Cruzada. Su ánimo incontrastable, y

siempre fiado en la bondad y clemencia del Altísimo, le hacia mirar con impavidez lo que á los demas producia terrores: así es que se le vió tranquilo y sin alteracion alguna, permaneciendo en su acostumbrada y santa oracion, en un desborde del rio Turia, verificada en 1589, que inundó el Convento hasta bastante altura, y en el terremoto de 1599, en cuyo tiempo se hallaba en Gandía, que se repitió de doce en doce horas por espacio de veinte dias, arruinando muchos edificios, torres y el campanario de aquella colegial: en medio del espanto general que producian los sacudimientos, ANDRES permanecia, como siempre, sereno y complaciente, sin abandonar el cuidado de la iglesia y Convento.

Su caridad era infinita; nada tuvo suyo; todo para los pobres: consideraba como propias las penas agenas; alegraba y consolaba á los tristes, no cesando, cuando echaba de ver alguna disension ó discordia, hasta que lograba unir y reconciliar los ánimos. Era esclavo en la asistencia y cuidado de los enfermos, medicinándolos y limpiándolos con el mayor amor; siendo innumerables los que asistió en el curso de su vida, y los socorros que proporcionó á los desgraciados, no limitándose muchas veces á remediar la necesidad del momento, pues á muchas personas proporcionó el bienestar para el resto de su vida, como se vió milagrosamente en infinitas ocasiones. Una de ellas fue con motivo de habérsele helado una viña á Maria Lopez, vecina de Gandía, viuda, con dos hijos de menor edad. Estaba esta una tarde á la puerta de su pobre casa contemplando la viña y rogando al Todopoderoso la proporcionase algun recurso para satisfacer el dinero que le habian prestado sobre el fruto de la viña, cuando vió por el camino al BEATO ANDRES. Toma en seguida de las manos á sus dos hijos y se dirige al encuentro del Religioso, le refiere su angustioso compromiso, suplicándole que implore en su favor el auxi-

lio del Altísimo, y enternecido ANDRES echa su bendicion á la viña, que comenzó á brotar en seguida, y que llevó aquel año más fruto que nunca.

No era menor, por cierto, la caridad que mostraba por socorrer las necesidades espirituales, que le puso diferentes veces en situaciones sumamente difíciles y peligrosas. Con licencia de su Prelado visitaba con frecuencia los lugares y castillos habitados por moros; predicaba con afabilidad y cariño, procurando instruirlos en nuestra fé. Pero si bien tuvo el consuelo de lograr muchas veces traer al gremio de la Iglesia católica á familias enteras, en más de una ocasion se vió en inminente riesgo de morir entre las feroces manos de los partidarios del Korán.

El Omnipotente se complació sin duda en reunir en su siervo ANDRES las más altas cualidades y virtudes para que sirviese de modelo á los presentes y de edificante ejemplo á los futuros, desde su más tierna infancia, hasta la edad de sesenta y ocho años, en que murió. Nadie pudo culparle con razon de la más leve falta ni omision en el ejercicio de todas las virtudes Teologales y Cardinales; aumentando Su Divina Majestad los envidiables dones con que engalanó el alma de su elegido con el del espíritu profético, comprobado en mil ocasiones con sus seguros y ciertos vaticinios.

Fueron tantos y tan señalados los milagros que Dios obró por conducto de ANDRES IBERNON, durante su permanencia en este mundo y despues de su muerte, que la más ligera reseña y enumeracion de ellos ocuparia un grueso volúmen, siendo tan grande y dilatada la fama de su santidad, y tan sabidos en España sus portentosos milagros, que de los pueblos, villas y ciudades más lejanas acudian infinitos enfermos y menesterosos al Convento en que vivia para conseguir la curacion de sus dolencias y el socorro para sus necesidades. El glorioso San Pascual Bailon,

su compañero de Religion y más cordial amigo, le tenia en tal concepto de santidad, que puede decirse que la alta opinion que de él tenia le canonizó en vida.

Dios condescendió á sus ardientes deseos de dejar esta vida, y un año antes le reveló el dia y hora de su tránsito. Le acometió un agudísimo dolor de costado que anunció á toda la Comunidad una pronta muerte. Recibió con inesplicable devocion los Santos Sacramentos, mostrando tanta alegria mientras se le administraban, como si estuviera gozando el más delicioso placer. Despidiose amorosamente de todos sus hermanos, pidiéndoles perdon de las faltas que pudiera haber cometido contra ellos, y aniquiladas por completo sus fuerzas, tomando en sus manos un Crucifijo, al que besaba fervorosamente, sin hacer el más pequeño movimiento, entregó su pura alma al Criador al comenzar el miércoles 17 de abril de 1602, á la edad de sesenta y ocho años.

En 7 de setiembre de 1790 tuvo lugar la Congregacion general para la beatificacion de este gran siervo de Dios, y en 18 de enero del año de 1791, llenadas las formalidades de costumbre, espidió su Santidad el Pontífice Pio VI el decreto final, declarando en él *que podia procederse con seguridad á la beatificacion del venerable Siervo de Dios* FRAY ANDRES IBERNON, dando órden para que se estendiera el Breve de su beatificacion, que debia celebrarse, y se celebró, en el Vaticano el dia 22 de mayo.

DIA 19.

San Vicente, *Francés*, y San Hermógenes, *Siciliano*, Mártires.

DIA 20.

Santa Inés de Monte-Pulciano, Virgen, *Italiana*.

DIA 21.

San Anselmo, Obispo y Doctor, *Piamontés.*

DIA 22.

San Sotero, *Napolitano*, y San Cayo, de *Dalmacia*, Mártires.

DIA 23.

San Jorge, Mártir, de *Capadocia.*

DIA 24.

San Fidel de Sigmaringa, Mártir, *Aleman*, y

SAN GREGORIO, OBISPO Y CONFESOR, ESPAÑOL.

En la antigua ciudad de Iliberi, situada, segun unos, en un monte próximo al punto que hoy ocupa Granada, y, segun otros, en el mismo terreno que en la actualidad se halla esta ciudad, dió al mundo perpétuos ejemplos de todas las virtudes cristianas en el cuarto siglo el virtuoso y sabio Prelado SAN GREGORIO. No hay noticia de su familia, ni de los hechos de los primeros años de su vida; pues todos los escritores que se han ocupado de él solo han tomado acta de sus hechos, como Prelado, desde el año de 359 hasta el 392.

La proteccion que dispensaba el Emperador Constancio á los sectarios de Arrio propagaba la heregía de un modo tan asombroso y rápido, que amenazaba concluir con el catolicismo, que iba menguando á pasos agigantados, abandonándole unos por miedo, y otros por medrar con la proteccion de los hereges, dueños entonces del poder y de las riquezas.

Los Prelados católicos que restaban fieles á la fé traba-

jaban sin tregua ni descanso para conjurar la heregía; pero sus esfuerzos heróicos no producian los resultados apetecidos, y trabajaron para que se reuniese un Concilio general en el cual se controvertiesen las doctrinas y se dilucidase la verdad. No tuvieron que trabajar mucho para conseguir la reunion, porque los arrianos, confiando tambien en el triunfo de sus doctrinas, admitieron gustosos la idea. En su virtud se reunió en Rímini el Concilio en el año de 359, asistiendo más de cuatrocientos Obispos, siendo uno de los notables por parte de los católicos nuestro Santo GREGORIO, que sin temor de ninguna especie, y despreciando las amenazas y peligros de que estaban rodeados, combatió con su palabra y con su pluma la doctrina arriana contra los dos tristemente célebres campeones de ella, Uracio y Valente.

Siete meses duró el Concilio sin poderse poner de acuerdo los Prelados, porque los católicos ni podian ni querian dejar empañar el lustre de la verdadera fé, y los arrianos cerraban sus oidos á las voces de la verdad, contestando con artificiosas frases á las concluyentes razones de SAN GREGORIO y de San Eusebio de Vercelli, principales campeones de la doctrina del Evangelio en este Concilio, en el que querian conservar la fé católica en los idénticos y precisos términos que se habia definido en el Concilio general de Nicea.

Sin acuerdo, y enemistados cada dia más los partidos, se terminó el Concilio de Rímini, regresando los Prelados á sus Sillas, tantos meses abandonadas.

SAN GREGORIO se dedicó á combatir en su diócesi la herética doctrina, y á dispensar su paternal y tierna solicitud á los pobres y menesterosos de auxilios espirituales y temporales. Escribió diversos tratados y un elegante libro sobre la fé, que mereció grandes elogios de las personas competentes, y en particular de San Gerónimo, en su tratado de *Varones ilustres.*

Despues de un Obispado de cerca de cuarenta años, lleno de virtudes y merecimientos, respetado y querido como un padre por todos sus diocesanos, descansó en el Señor al terminar el siglo IV. Su santo cuerpo, incorrupto, ha sido siempre muy venerado en Granada, y el Todopoderoso le ha hecho célebre por los numerosos milagros que ha obrado por la intercesion de su Santo siervo.—N.

DIA 25.

San Márcos, Evangelista, *Judío.*

DIA 26.

San Cleto y San Marcelino, Papas y Mártires, *Romanos*, y la Traslacion de Santa Leocadia.

DIA 27.

San Anastasio, Papa, *Romano*, y

SAN PEDRO ARMENGOL, ESPAÑOL.

Muy distinto de los anteriores es el principio de la vida de SAN PEDRO ARMENGOL. Ni su infancia ni su juventud dejaron ejemplos dignos de imitar, y por algunos años empañó con sus vicios y hasta crímenes el preclaro blason de la ilustre casa de los condes de Urgel y Barcelona, á que pertenecia. Nació en Cervera por los años de 1258, hijo del esclarecido Arnaldo Armengol, célebre por los gloriosos hechos de armas con que justificó el valor de los Armengoles y su amor á la patria y al Rey.

Desde muy niño manifestó PEDRO un carácter duro y altivo, y tratando su padre de modificarlo, le rodeó de sabios y prudentes maestros, que con sus constantes amonestaciones y ejemplo corrigiesen sus malos instintos. Pero sin embargo de ser Arnaldo de Armengol muy querido, de reportar grande utilidad y grande honra á los maestros, el

serlo del hijo de tan principal personage, todos se despedian al poco tiempo, no encontrándose, finalmente, quien quisiera á ningun precio encargarse de la educacion de un niño tan díscolo, soberbio y altanero, que no solo no hacia caso de amonestaciones, sino que más de una vez habia levantado la mano á sus ayos y maestros.

Sin saber apenas más que manejar armas y caballos llegó PEDRO á la juventud, en que sus faltas se hicieron más trascendentales y de peor género, sin que su padre pudiera conseguir dominar sus inclinaciones, cada dia más denigrantes y afrentosas, á lo que contribuia poderosamente la amistad de los jóvenes disolutos que PEDRO no solo preferia, sino que buscaba con empeño, siendo para él la mayor recomendacion de un jóven el que no tuviera escrúpulo de cometer cualquier delito, y fuera valiente y vicioso.

Por respetos á su honrado y noble padre toleraron algunas personas las malas partidas de PEDRO; pero iban estas tan en aumento, que determinaron los vecinos de la poblacion no sufrir más, y castigar por su mano los desmanes del jóven; y más de una vez se vió en grandes peligros, y tuvo que huir, á pesar de su pericia en las armas y de su valor. Pero en lugar de acobardarle estas derrotas y contrariedades, le irritaron, y formó el plan de contrarrestar la fuerza con la fuerza; más comprendiendo que solo y con pocos amigos nada lograria, reunió una especie de compañía de jóvenes perdidos y temerarios, poniéndose él al frente para vengarse de sus enemigos, y poder impunemente consumar toda clase de atropellos. Un proceder tan audaz llamó seriamente la atencion de todos los habitantes de la ciudad y de la justicia, que determinó perseguir y castigar ya sin consideracion ninguna á esta inmoral compañía, y en particular á su temerario jefe.

Comprendieron PEDRO y sus secuaces que les era imposible vencer la situacion, y que tenian que, ó pedir perdon de

sus faltas, que hubieran conseguido fácilmente, y entrar en la buena senda, ó ausentarse de la ciudad; y como inspirados y dominados que estaban todos por Satanás, eligieron el marchar á los montes y constituirse en salteadores de caminos. Asi lo verificaron, siendo al poco tiempo el terror de la comarca.

Arnaldo de Armengol, traspasado de dolor el corazon, y avergonzado por la conducta de su hijo, dejó tambien la ciudad, y marchó á Valencia, recien conquistada por el Rey D. Jaime, á emplearse en el servicio de este Monarca y distraer sus penas combatiendo contra los moros.

Determinó el Rey D. Jaime pasar á Montpeller á conferenciar con el Rey de Francia sobre asuntos interesantes á ambas Coronas, y siendo de todos conocido lo peligroso del paso de los Pirineos por las partidas de bandoleros que los infestaban, encargó el Rey á Arnaldo, cuyo valor y esperiencia conocia, que marchase con fuerzas suficientes á batir y ahuyentar á los malhechores, y dejar destacamentos convenientemente situados.

Ocurriósele inmediatamente á Arnaldo que su hijo estaria entre los bandidos, y quizá capitaneándolos, si no habia muerto ya en algun encuentro; más por lo mismo no quiso declinar el cargo para no hacer más conocida su afrenta, y coger él y castigar á PEDRO sin demasiada publicidad. Marchó en seguida, y despues de haber practicado un prolijo reconocimiento del terreno por donde habia de pasar la real comitiva y de sus avenidas, fingió retirar la tropa, quedándose oculto con bastantes fuerzas en un cerrado bosque, y dispuso que á la mañana siguiente echasen con muy poca escolta por aquel camino unas acémilas cargadas con apariencia de rico porte, y que hicieran alto para almorzar en el sitio que él designó. Tal cual lo habia pensado dió el resultado su plan, y los ladrones acometieron al convoy; pero se vieron inmediatamente rodeados

por los soldados de Arnaldo. Valientes hasta la temeridad, todos los bandidos se pusieron en desesperada defensa, prefiriendo morir á ser presos por la tropa: trabose un horroroso combate, sin que ninguno cediese sino cayendo muerto ó herido por el acero contrario.

Horriblemente padecia el corazon de Arnaldo: veloz y convulsivo marchaba de un punto á otro mirando á los combatientes en busca de su hijo: vió por fin que un grupo de bandidos peleaba con un denuedo y brio tal, que tenia ya tendido en el suelo más de doble número de soldados que los hombres que componian el grupo, y presumió que allí debia estar el capitan, y por consiguiente su hijo, si todavía lo era. Apeose del caballo, y empuñando colérico el acero, se precipitó sobre el grupo de los bandidos descargando terribles cuchilladas. Los bandidos, al ver encima al jefe de las tropas, queriendo sin duda ceder á su capitan la gloria de matarle, se apartaron y le dejaron el campo libre, continuando ellos su combate con los soldados. Vivo como un rayo tiró el capitan de los bandidos una formidable cuchillada á la cabeza de Arnaldo, que la paró con destreza, quedando inmóvil delante de PEDRO. Al reconocer este á su padre le entregó la espada, y puesto de rodillas le pidió que le perdonase sus culpas y le matara en seguida. El rendimiento del hijo habló al corazon del padre: la saña se convirtió en dolor, y la furia en lágrimas de ternura. Levantóle del suelo, le perdonó y le llevó consigo.

Con gran contento se supo este suceso en Aragon y Cataluña, y con tanta más alegria, cuanto que el arrepentimiento sincero de PEDRO fue un ejemplo altamente beneficioso para la juventud estraviada. Gran lucha, sin embargo, tuvo que sostener PEDRO ARMENGOL con Satanás, que le presentaba el suicidio preferible á presentarse ante la sociedad despues de su criminal conducta. Pero fuerte en la lucha contra el infierno, como fuerte habia sido

antes para seguir sus inspiraciones, no solo desechó la criminal idea de atentar contra su vida, sino que en lugar de ir á esconderse en un punto desconocido, marchó á Barcelona, hizo confesion general, tomó el hábito de Religioso en el Convento de la Merced, siendo tan penitente y ejemplar su noviciado, que con gran contento de los superiores profesó al año.

Continuó despues de profeso los estudios que habia comenzado á su ingreso en el Convento, porque queriendo el Prelado utilizar su gran talento, le previno que se instruyera para tomar las Ordenes y predicar, á lo que al principio opuso algunas observaciones PEDRO, diciendo que despues de lo que habia hecho se consideraba indigno de tan sagrado ministerio: pero el Prelado le manifestó que el arrepentimiento sincero y la penitencia purifica las almas, rehabilitándolas para con Dios y con el mundo.

A los ocho años de su profesion le dieron el importante cargo de la redencion de cautivos, cuya comision desempeñó recorriendo todos los puntos de España en que dominaban los moros, y concluida su mision en el interior, pasó á Africa acompañado de Fr. Guillermo Florentino, Religioso del mismo Convento, muy piadoso, instruido y dispuesto siempre á sacrificarse en honra de la Religion cristiana. Desembarcaron en Argel, y en Bugia rescataron ciento diez y nueve cautivos, que embarcaron sin accidente alguno, y cuando iba FRAY PEDRO y su compañero á pasar ya á bordo para regresar á España con los rescatados, les avisaron que tenian los agarenos en su poder diez y ocho niños, hijos de cristianos, que probablemente renegarian, ya atraidos por dádivas y promesas, ya intimidados por el castigo.

Marcharon inmediatamente los dos Religiosos al sitio en que les digeron que tenian cautivos á los niños, para asegurarse de la verdad y ajustar el rescate. Se convino en

el precio; pero los Religiosos habian concluido el dinero, y queriendo PEDRO ARMENGOL librar cuanto antes de padecer á aquellos tiernos esclavos y apartarlos de la tentacion, se ofreció en reenes mientras no llegase el importe del rescate. Aceptaron los moros, á condicion de que si no llegaba el dinero en el plazo señalado, le harian sufrir las más horribles penas. Fray Gillermo se embarcó con los niños, y FRAY PEDRO fue metido en una mazmorra.

Horrible trato le dieron desde el primer dia, aumentándole constantemente, porque solícito siempre FRAY PEDRO por la salvacion de las almas, predicaba de contínuo á los agarenos, habiendo logrado la conversion de algunos. Le privaban por muchos dias del alimento y hasta del agua, y solo la Omnipotencia del Ser Supremo pudo sostener la vida de tan resignado y santo varon. Finalmente, fue acusado de blasfemo y maldecidor del Profeta Mahoma; y estando además cumplido el plazo para la entrega del importe del rescate de los diez y ocho niños, y creyéndose burlados los moros, condenaron á PEDRO á morir en horca, debiendo quedar colgado el cuerpo para pasto de las aves carnívoras. Ejecutose la sentencia, y con admiracion de los moros pasaban los dias sin que el santo cuerpo diera señales de descomposicion, exhalara mal olor, ni le dañasen las aves de rapiña.

Llegó á este tiempo su compañero Fray Guillermo con el importe del rescate, y fácil es de presumir el dolor que tuvo al saber el triste fin de su amado compañero. Pasó inmediatamente con algunos esclavos cristianos á venerar el cadáver, y estándole todos contemplando con los rostros anegados en lágrimas, le oyeron decir que cesasen en su pena, que no estaba muerto, porque la Vírgen le habia sostenido y conservádole la vida en aquella disposicion para que publicara sus maravillas, y que ya podian bajarle del cadalso. Hízolo inmediatamente Fr. Guillermo ayudado

por los esclavos, quedando todos asombrados del milagro, especialmente los moros, de los cuales se convirtió gran número á la fé católica.

Con los que pudieron rescatar, con los fondos que llevaba Fr. Guillermo, regresaron éste y FRAY PEDRO á Barcelona, y habiéndose sabido en esta ciudad, por otro buque que llegó antes, el milagro obrado por la Vírgen en FRAY PEDRO, así que se avistó la embarcacion que le conducia, acudió toda la poblacion á recibirlo en el puerto, llevándole en triunfo á su Convento. La humildad y modestia de este Santo varon le contenian para referir á nadie el milagro que habia merecido de la divinidad; pero reclamada la obediencia por el Prelado, dijo: «La Vírgen María, Madre de Dios y nuestra, pidió á su Santísimo Hijo la conservacion de mi vida, y conseguido este favor, la misma Soberana Reina me sostuvo con sus santísimas manos, para que con el peso del cuerpo no me ahogase el cordel de que estaba suspenso.»

Quedóle hasta el fin de su vida el cuello torcido y el rostro muy lívido; sin embargo, afirmaba que nunca tuvo dias de placer tan inefable como los ocho que permaneció pendiente de la cuerda.

Dos años moró despues en el Convento de Barcelona, dedicado á la predicacion y conversion de infieles; pero, sufriendo estraordinariamente su humilde espíritu con los constantes aplausos y veneracion del público, con licencia de sus superiores se retiró al pobre Convento de Nuestra Señora de la Guardia de los Prados, en el Obispado de Tarragona, en el cual pasó el resto de su santa vida edificando á toda la Comunidad con sus imponderables virtudes y penitencia. Finalmente, con la paz y dulzura de Santo, entregó su alma al Criador el dia 27 de abril de 1304, á la temprana edad de 46 años, siendo enterrado en la iglesia del Convento, y habiendo manifestado el Señor antes de

que la tierra ocultase el cuerpo la santidad de su siervo con siete milagros de prodigiosas curaciones que se verificaron delante del cadáver en tres hombres y cuatro mujeres.

Su Santidad Inocencio XI aprobó su culto en 1686.—N.

DIA 28.

San Vidal, Mártir, *Milanés*.

SAN PRUDENCIO, OBISPO, ESPAÑOL.

En Armentía, pueblo correspondiente á la provincia de Alava, vió la luz primera el ilustre Prelado español SAN PRUDENCIO. Disfrutando sus padres una gran fortuna, y estando adornados de esclarecidas virtudes, educaron á su hijo con el esmero más solícito, procurándole desde la niñez toda la instruccion posible del siglo VI en que vivian.

Era PRUDENCIO de carácter sumamente dulce y compasivo, no pudiendo jamás ver un pobre sin socorrerlo, guardando muchas veces su comida para llevarla á algun vecino necesitado; pero en lo que se distinguió con particular gracia toda su vida, fue en componer discordias y en reconciliar enemigos.

A los quince años era la persona más instruida de su pueblo, pues ademas de su grande aplicacion, le habia dotado el cielo de una estraordinaria facilidad para comprender y retener todo lo que estudiaba; pero encendido en vivísimos deseos de dedicarse solo al servicio de Dios en la soledad, determinó dejar las comodidades de su casa y los estudios, y sin decir nada á sus padres ni á persona alguna, se ausentó del techo que le vió nacer, para consagrarse en el desierto á la oracion y á la penitencia. Marchó en direccion del rio Ebro, guareciéndose en una cabaña de pastores: la primera noche la pasó esplicándolos la doctrina cristiana, y al amanecer del siguiente dia tomó el camino de Sierra-Blanca, hospedándose aquella noche en un molino situado

en la ribera del Duero. Oyó allí hablar con grande elogio de un Santo ermitaño, muy querido y respetado en toda la comarca, que habitaba cerca de aquel punto, al otro lado del rio. Tomó PRUDENCIO las señas de la morada del ermitaño, y determinó marchar en su busca. Hízolo así á la mañana siguiente, y vió con la mayor alegría la cueva; pero estaba al otro lado del rio, y lleno de sentimiento se puso á orar, rogando al Señor le proporcionase medio de pasar el rio. «Salió el ermitaño á la puerta de su cueva á bendecir al Señor, segun tenia de costumbre al aparecer el sol, y notando el empeño del jóven, condolido de que incautamente se pudiera anegar, le dió voces para que desistiese de aquella temeridad. Pero apenas oyó PRUDENCIO sus ecos, lleno de confianza en Dios, sin temer el peligro se arrojó sobre las aguas, pasándolas á pie enjuto, y subiendo á la gruta con velocidad, se postró á los pies del siervo de Dios.»

Admirado el ermitaño, llamado Saturio, de aquel prodigio, y presumiendo hallarse en presencia de algun enviado del cielo, se prosternó á su vez ante PRUDENCIO, pugnando ambos por venerar el uno al otro; pero la insistencia de PRUDENCIO obligó á levantarse al ermitaño y comenzaron las esplicaciones. Saturio admitió con el mayor gusto por discípulo al jóven PRUDENCIO, y éste, lleno de júbilo y reconocimiento, vió colmados sus presentes deseos.

Siete años permaneció en la cueva con su venerable maestro, haciendo ambos la más ejemplar y penitente vida, alimentándose únicamente de yerbas silvestres, y empleando el dia y la mayor parte de la noche en oracion y entonar cánticos de alabanza á Dios. Al cabo de este tiempo murió Saturio, y PRUDENCIO dió sepultura al cuerpo de su amado maestro en la misma cueva, de donde se ausentó luego, dejándola cerrada.

Marchó á Calahorra, cuya Silla espiscopal ocupaba á la

sazon el Obispo Sancho, con licencia del cual se incorporó al clero de aquella iglesia, haciéndose notable al poco tiempo por su celo en convertir hereges y moralizar las costumbres con sus consejos y predicacion. Tal fama consiguió de elocuencia y santidad, y tan repetidos prodigios obró el Señor por su intercesion, que de todos los pueblos y castillos de la comarca acudia diariamente en busca del Santo PRUDENCIO infinito número de desvalidos y enfermos, implorando consuelo y curacion. No pudiendo resistir la humildad de PRUDENCIO tal veneracion y constantes aplausos, determinó ausentarse de Calahorra, y una noche, sin despedirse de nadie, salió secretamente y se dirigió á Tarazona, en donde se agregó al sacristan de aquella iglesia para ayudarle en el servicio de ella. Muerto el sacristan al poco tiempo, fue PRUDENCIO agraciado con aquel cargo, y habiendo recibido las Sagradas Ordenes y héchose admirar por su ciencia y apreciar por sus esclarecidas virtudes, fue nombrado Arcediano, dignidad de muy grande importancia en aquellos tiempos por las prerogativas y ámplias facultades que entonces disfrutaba, y que despues le han ido cercenando.

Habiendo muerto el Obispo de Tarazona, desde luego designó la opinion pública á PRUDENCIO para ocupar la Silla episcopal, que por aclamacion le fue acordada, y que desempeñó por muchos años, siendo constantemente el padre de los pobres, el consuelo de los afligidos, el alivio de los enfermos y el refugio de todos, tanto para las necesidades corporales como espirituales.

Suscitáronse varios disgustos entre el Obispo de Osma y su clero, y la especial gracia y tacto que siempre distinguió á PRUDENCIO para arreglar controversias y conciliar enemistades, hizo que pensasen en él los habitantes de Osma, y le rogasen tomara á su cuidado el volver la paz á aquel Obispado. Solícito como siempre por el bien del

prójimo, aceptó el encargo el Santo Prelado PRUDENCIO, y marchó en seguida á Osma, habiendo tenido lugar el prodigio de que las campanas de esta ciudad, al acercarse á ella el Santo Prelado, repicasen solas, no cesando de hacerlo hasta que se postró ante el altar de la iglesia, que fue el primer sitio á que se dirigió.

Al segundo dia de hallarse SAN PRUDENCIO en Osma estaban arregladas las diferencias, y perfectamente acordes y conformes el Obispo y su clero, y en la noche del tercer dia, á poco de haberse retirado á su estancia, fue acometido de tan grave accidente, que con infinito trabajo pudo hacerse oir de los clérigos que le acompañaban de su diócesi, entre los cuales estaba el Arcediano Pelagio. Acudieron solícitos los servidores del Santo Obispo y mandaron inmediatamente por médicos; pero el Santo aseguró que todo cuanto hicieran seria inútil, pues su fin estaba próximo, designando en seguida el dia y la hora. Convinieron los médicos en que le restaba poco de vida, y en su virtud se le administraron los Santos Sacramentos, que recibió con tal ternura y devocion, que cuantos se hallaban presentes no pudieron ménos de verter copiosas lágrimas. Preguntóle el Arcediano Pelagio en dónde era su voluntad que se sepultase su cadáver, á lo que respondió: «Pelagio: mi Señor Jesucristo sabe donde mi cuerpo ha de ser sepultado; yo te ruego y mando que puesto mi cuerpo sobre la mula en que he acostumbrado á montar, le deis sepultura donde ella pare.»

No consta el dia fijo de su glorioso tránsito; pero se verificó por los años de 850, y en el dia y hora que habia predicho. En seguida que espiró, deseando todos poseer el Santo cadáver, comenzó una fuerte contienda entre el clero de Osma, que alegaba derecho por haber muerto allí el Santo, y los clérigos de éste, que querian llevarse el cuerpo á Tarazona. «Para sosegar la contienda les ofreció Pelagio

fuese de aquellos que le pudiesen mover con facilidad. Agradó la proposicion á los de Osma, y conduciendo en solemne procesion el féretro, no lo pudieron mover aunque insistieron todo el discurso de un dia y una noche en el empeño: quedaron convencidos con tan visible prueba de que no era voluntad de Dios quedase el tesoro en aquella ciudad. Libre ya el clero de PRUDENCIO de todo impedimento, pusieron el cuerpo del Santo sobre la mula, segun su disposicion, y la dejaron marchar sin conductor alguno. Caminó todo el dia el animal, y habiendo descansado al ponerse el sol, juzgando Pelagio que seria aquel lugar el elegido para sepulcro, queriendo deponer el cadáver no pudo conseguirlo. Volvió la mula á caminar al otro dia antes de romper el sol por parajes escabrosos, y habiendo pasado el arroyo de Lecia, que se junta en Soria con el rio Duero, comenzó á subir por una sierra encumbrada, y separándose hácia la parte de la derecha donde estaba una cueva, entrándose en ella se arrodilló é hizo pausa. Depuso entonces Pelagio el venerable cuerpo, y le dió sepultura en aquel sitio, que está en el Monte de Clavijo, donde despues se fundó una iglesia dedicada á San Vicente, la que luego tomó el nombre de SAN PRUDENCIO, y habiendo sido antiguamente Convento ó Cabildo de canónigos, se trasladaron á él en el año 1181 los Monges Cistercienses.»

Los vecinos de Nájera y los de Clavijo han controvertido larga y reñidamente sobre el derecho de propiedad y posesion del cuerpo de SAN PRUDENCIO. Los de Nájera, despues de la traslacion de sus reliquias á aquella iglesia por D. García, Rey de Navarra, en el año 1052, alegan tenerle, fundándole en las concesiones de Berehuno, Arzobispo de Toledo, en 1175, y en las de los Obispos Asnar y Bibiano, de Calahorra, en 1246 y 1277. Los de Clavijo fundan su derecho en la cédula del Rey D. Ramiro, año 856, el que con motivo de la célebre victoria que al-

canzó de los moros en aquel término, hizo donacion de varias posesiones á la iglesia de SAN PRUDENCIO, reconociendo allí el derecho de existencia del cuerpo del Santo; y en los privilegios de D. Sancho de Navarra, librados en los años de 1064 y 1065, por los cuales hizo donacion á la iglesia de SAN PRUDENCIO del Monasterio de Najda y de los diezmos del valle de Arnedo.

La provincia de Alava celebra con gran pompa la fiesta de su patrono SAN PRUDENCIO, y desde el presente año de 1861 la celebrará todo el pais vascongado, pues Su Santidad reinante, el Papa Pio IX, se ha dignado conceder en el año próximo pasado que SAN PRUDENCIO, Obispo, y San Ignacio de Loyola, Confesor, sean hábidos compatronos de la diócesi de Vitoria, y celebrados en ella con todo el rito correspondiente; obteniéndose por esta gracia que tan ilustres Santos, hijos del pais vascongado, reciban en sus tres provincias el distinguido culto que les corresponde como patronos.—N.

DIA 29.

San Pedro de Verona, Mártir, *Lombardo.*

DIA 30.

Santa Catalina de Sena, Virgen, *Italiana;* San Indalecio, Obispo y Mártir, *Romano;* San Peregrin, *Italiano,* y

SAN AMADOR, SAN PEDRO Y SAN LUIS, MÁRTIRES, ESPAÑOLES.

Entre los heróicos españoles que dieron su vida por confesar la fé durante la persecucion llamada sarracénica, de que repetidamente hemos hablado ya en esta obra, se hallan los tres Santos AMADOR, PEDRO y LUIS. El primero fue natural de la villa de Martos, perteneciente á la provincia y Obispado de Jaen, y con objeto de instruirse en las ciencias sagradas y disciplina eclesiástica para ser revesti-

do de la dignidad sacerdotal, pasó á Córdoba con su padre y hermanos, fijando allí su residencia. Al poco tiempo hizo amistad con dos hijos de Córdoba, llamado el uno PEDRO, Monge del Monasterio de San Salvador, conocido más generalmente con el nombre de Monasterio de la Peña de la Miel, por llamarse así el sitio donde estaba edificado, á causa de las muchas abejas que en él anidaban, y el otro LUIS, hermano del Mártir San Pablo, Diácono, pariente de San Eulogio. La identidad de Religion, virtudes y pensamientos, estrecharon la amistad de estos tres jóvenes, que se propusieron alentar con su ejemplo á los cristianos, propagando sin temor de ninguna especie la doctrina de Jesus, y dando la vida por Este.

Animados, pues, de tan santos pensamientos, salieron un dia, que fue el 30 de abril de 855, predicando por las calles de Córdoba los preceptos del Evangelio, y dirigiéndose á la presencia del juez agareno, ante el cual continuaron la predicacion en favor de la Religion cristiana, manifestando los errores, falsedades y embustes del Alcoran. Furioso el juez al ver el religioso heroismo de los tres cristianos, sin proceder á las formalidades que tenian de costumbre, mandó que inmediatamente fuesen degollados y arrojados sus cuerpos al rio, sentencia que fue ejecutada inmediatamente.

El cuerpo de SAN AMADOR no fue hallado por más diligencias que hicieron los cristianos; pero sí lo fueron á los pocos dias los de SAN PEDRO y SAN LUIS. Al primero le dieron sepultura en el Monasterio de San Salvador de la Peña de la Miel, y al segundo en el pueblo más próximo al sitio en que le depositaron las aguas del rio, que fue la villa de Palma, la cual conserva hoy el mismo nombre, dándole á los condes de su título, muchos de cuyos primogénitos han llevado el de Luis por devocion á este Santo Mártir.

La villa de Martos ha honrado siempre la memoria de SAN AMADOR, y sus habitantes la celebran con fiestas y regocijos: la Iglesia le tiene señalado dia propio, el 5 de mayo, en el cual fijó tambien la fiesta en su obsequio la noble cofradía fundada en su honor.—N.

MES DE MAYO

(Por D. Eustaquio María de Nenclares y D. Antonio Lopez Gonzalez.)

DIA 1.

Los Santos Apóstoles San Felipe y Santiago, y

SAN ORENCIO Y SANTA PACIENCIA, ESPAÑOLES.

La antigua y célebre ciudad de Huesca, perteneciente al reino de Aragon, tuvo la alta honra de ser la madre patria de SAN ORENCIO, padre feliz del glorioso Mártir San Lorenzo.

A mediados del siglo III vivia en su pueblo natal ORENCIO, distinguido por su noble nacimiento y abundantes bienes de fortuna. Pero si generoso se mostró el Señor con él, dándole nobleza y riqueza, todavía lo fue más adornándole de todo género de esclarecidas virtudes, mandándole al mundo como modelo de ellas, y para aumentar con su ejemplo el número de fieles observadores de los santos preceptos del Evangelio.

Dedicado á ayudar á su padre en el cuidado de su hacienda, llegó á la edad acostumbrada en aquellos tiempos para contraer matrimonio, y por indicacion de su familia lo contrajo con una jóven llamada PACIENCIA, la que á su nobleza y bienes de fortuna, unia una esclarecida virtud que igualaba á la de su esposo. Hechos por el Señor el uno para el otro, parecian los jóvenes ORENCIO y PACIENCIA:

las mismas inclinaciones, los mismos gustos, la misma caridad y el mismo ardiente amor á Dios y á su Santísima Madre. Eran el constante amparo y consuelo de pobres y desvalidos, en cuyo auxilio y socorro empleaban sus bienes y sus criados, asistiendo á los enfermos y consolando con sus dulces y santas frases á los afligidos.

Dos hijos, llamados, el uno Orencio como su padre, y Lorenzo el otro, ambos ilustres por su heróica santidad, fueron el fruto de este dichoso matrimonio, que separó la muerte prematuramente. Cayó gravemente enferma PACIENCIA, y tanto justificó su nombre en los acerbos dolores de su enfermedad, y con tan admirable resignacion sufrió toda clase de penalidades, que unidos estos méritos á los infinitos que ya atesoraba con sus constantes virtudes, aun antes de morir era venerada como Santa, opinion que se robusteció con su ejemplar muerte. Su esposo ORENCIO la dió sepultura en el oratorio que tenia en una hacienda de su propiedad, llamada Loret, sita á media legua de la ciudad, consolándose solo de la pérdida de tan dulce compañera con la persuasion que alimentaba de que la virtuosa PACIENCIA era feliz habitante de las moradas celestiales.

Hallándose una noche en oracion se le apareció un ángel, y le dijo, que era la voluntad de Dios que dejara á Huesca y marchase á vivir con su hijo Orencio al punto que él le designase. Obedeciendo inmediatamente ORENCIO el mandato divino, llamó á su hijo, y tomándole de la mano marchó en pos de una luz que se le presentó de guia y que le condujo al valle llamado Lavidan, en la diócesi de Torba. Allí desapareció la luz, y ORENCIO comprendió que aquel valle era en el que debia habitar, y allí fijó su residencia; pero no queriendo ser gravoso ni molesto á los vecinos implorando su caridad para obtener el sustento necesario, determinó dedicarse á labrar la tierra y vivir con el producto de

su trabajo. Para esto tenia necesidad de yunta, y no habiendo encontrado otra cosa que dos novillos montaraces y furiosos, hizo sobre ellos la señal de la cruz, y en el instante quedaron tan mansos que se dejaron uncir sin la menor oposicion.

La santa obediencia y constante virtud de ORENCIO la recompensaba diariamente el Señor, aumentándole los productos de su labor, é inutilizando las malas artes y perversas intenciones de un criado que tomó llamado Esperto. Era éste muy poco devoto, y no muy buen trabajador: al poco tiempo de tenerlo á su servicio, conoció su índole ORENCIO, y lo poco para que le servia; pero consideró que el despedirlo era ponerlo más cerca de la perdicion, y para apartarle de ésta, resolvió retenerlo á su lado, proponiéndose corregir sus malos instintos, y hacer de él un hombre laborioso y útil. Pero los consejos, las santas pláticas de ORENCIO, y su constante y santo ejemplo, ningun fruto producian en el rebelde mozo, que cada dia empeoraba de condicion. Todo lo hacia al reves; estropeaba la tierra, en lugar de prepararla; arrancaba lo útil, dejando lo dañino, y sembraba cizaña donde habia de nacer trigo; sin que hicieran eco en su mente ni en su corazon los patentes favores que el Señor dispensaba á la laboriosidad y virtudes de su amo. Estando un dia en el campo, sintió sed ORENCIO, y marchó á beber agua á una fuente algo distante del sitio en que estaba labrando con su criado Esperto. A poco de separarse ORENCIO, soltó los novillos el criado, y habiéndose dirigido uno de ellos á una selva próxima, salió de ella un furioso y hambriento lobo, que lo mató en seguida, devorando una buena parte de su cuerpo. Al regresar ORENCIO de la fuente, vió el triste estrago que estaba haciendo el lobo, y dirigiéndose á él le mandó en nombre de Jesucristo que hiciese los oficios del animal que mató y se estaba comiendo. Grande fue la ad-

miracion de Esperto al contemplar la instantánea obediencia del tremendo lobo, que como una mansa oveja se dejó uncir, y ayuntado al otro novillo, comenzó mansamente á labrar la tierra; y no menor que la de Esperto fue la de los vecinos que contemplaron el prodigio, el cual, para perpétua memoria, fue despues trasmitido al lienzo en dos cuadros, y colocado el uno en un altar de la iglesia metropolitana de Zaragoza, y el otro en el altar mayor de la de Huesca. Esperto, sin embargo, no modificaba su perverso instinto y su holgazanería, y viendo que de salir al campo con su amo no tendria más remedio que trabajar, pues no habia medio de dejarle sin yunta, se fingió enfermo al siguiente dia, y se quedó en la cama; pero así que salió su amo de la casa, se apoderó del maligno cuerpo de Esperto el espíritu de Satanás, atormentándole horrorosamente é impeliéndole á que se arrojara al fuego. Volvió ORENCIO de la labor, y compadecido de la triste situacion de su criado, rogó á Dios en su favor, y haciendo sobre él la señal de la cruz, le libró del infernal huesped.

«Tuvo noticia por este tiempo del glorioso martirio que padeció en la capital del mundo cristiano su hijo San Lorenzo; derramó muchas lágrimas por la pérdida de aquel insigne héroe de la Religion cristiana, que daba tanto honor á sus venerables canas; pero apareciéndosele el Santo entre gloriosos resplandores, le dijo que no llorase su muerte, puesto que Jesucristo le habia premiado con su gloria por la confesion que hizo de su fé delante de los infieles. Quedó el venerable anciano lleno de consuelo con tan agradable noticia; y amonestado por su hijo que volviese á su patria, porque por sus oraciones socorreria el Señor la necesidad que padecia, se puso en camino inmediatamente con grande sentimiento de todos los habitantes del valle de Torba, que sintieron en el alma su ausencia,

conociendo que ella les privaba de los innumerables beneficios que les concedia el cielo por la poderosa mediacion del siervo de Dios. Presentose ORENCIO en Huesca, y fue recibido con aquellas demostraciones de veneracion que son muy fáciles de creer en unos ciudadanos que tenian formado anticipadamente el más alto concepto de su eminente santidad, tan merecido y tan justificado por su conducta y por sus piadosas obras. Rogáronle que se condoliese de la grande esterilidad que padecia toda aquella comarca, y habiendo recurrido á Dios con fervorosas oraciones, fue socorrida la tierra con lluvias abundantísimas.»

Por el año de 260, á los dos del glorioso martirio de su hijo San Lorenzo, dejó la ciudad de Huesca el Santo anciano ORENCIO, y se retiró á su hacienda de Loret, en donde pasó el resto de su vida dedicado á la oracion y contemplacion de lo divino, entregando finalmente su santa alma al Criador pocos años despues. La gloria de que gozaba su alma, la anunció el Señor en el acto de exhalar ORENCIO el último aliento, rodeando su cuerpo de una resplandeciente luz que duró tres horas. Su cuerpo fue depositado con la mayor solemnidad en el mismo Oratorio de Loret, al lado de su esposa SANTA PACIENCIA, eligiéndole la ciudad de Huesca por su particular intercesor para con el Supremo Hacedor, y por su Patron.—N.

SAN SATURNINO, MÁRTIR, DE MERIDA.

Tan pocas noticias hay de este Santo, que ni aun está completamente averiguado el sexo á que perteneció, pues hay quien le nombra Saturnina; y *La España Sagrada*, al citarle en este dia, dice SATURNINO ó Saturnina. Ignórase la época en que floreció y murió, pudiendo solo consignarse como verdadero que en un dia 1.° de mayo sufrió en

Mérida el martirio por confesar á Jesucristo, alcanzando en su virtud la corona de Mártir.—N.

DIA 2.

San Atanasio, Obispo y Doctor, *Egipcio.*

DIA 3.

La Invencion de la Santa Cruz, y

SANTA JUANA DE LA CRUZ, VÍRGEN, ESPAÑOLA.

En el pequeño pueblo llamado Hazaña, situado entre Madrid y Toledo, á una legua de Illescas, nació el dia 3 de mayo del año 1481 *Juana Vazquez y Gutierrez,* conocida hoy por SANTA JUANA DE LA CRUZ. Sus padres, Juan Vazquez y Catalina Gutierrez, eran ricos de virtudes y honradez; pero poco favorecidos de bienes de fortuna, y vivian humildemente con los cortos productos de una pequeña labor que tenian arrendada.

Desde la infancia manifestó JUANA una dulzura, humildad y paciencia, que presagiaban las grandes virtudes que más tarde habian de distinguirla. Y era notable la fijeza y plácido rostro con que contemplaba largas horas el cielo, demostrando en las impresiones que se percibian en su mirada y semblante que veia alguna cosa que deleitaba estraordinariamente su alma infantil.

Fue creciendo en belleza y virtudes, y haciéndose admirar de todos los vecinos del pueblo por su piedad cristiana y su infinita caridad para con los pobres, á los que socorria todo lo que la era posible en su situacion poco sobrada de recursos.

Once años contaba, cuando una hermana de su madre, obedeciendo á una antigua vocacion, determinó meterse monja, y habiendo reunido la cantidad suficiente para el dote, ingresó en el Monasterio de Santo Domingo el Real

de Toledo. JUANA, á pesar de su corta edad, tenia ya hacia tiempo formada la intencion de hacerse tambien Religiosa, y alguna vez lo habia indicado á sus padres; pero sin insistir, porque no los encontró muy propicios á su deseo: más con motivo de la toma de hábito de su tia, y habiendo sabido que en aquel Monasterio se recibian en clase de aspirantas á novicias niñas de sus años, que iban ejercitándose en las prácticas de la Regla hasta cumplir la edad prescrita para tomar el hábito, pidió á sus padres el consentimiento para ingresar desde luego allí. Pero sus padres, á pesar de su amor á la Religion, su piedad y su virtud, la negaron el consentimiento, porque no podian resignarse á vivir sin la compañía de una hija que era su delicia y el consuelo de las muchas penas que siempre van unidas á la escasez de recursos y á la falta de salud que comenzaba á esperimentar Juan Vazquez.

Por la tia de JUANA supieron la Priora y Monjas del Monasterio de Santo Domingo las esclarecidas virtudes y el deseo de ingresar de Religiosa que tenia aquella admirable jóven, y tambien la oposicion de sus padres á que lo realizara. Deseosas ellas en seguida de que la sobrina de su compañera perteneciese á su Comunidad, y por si la oposicion de sus padres dimanaba de falta de recursos para pagar el dote, determinaron recibirla sin él, mandándoselo á decir así; más tanto el padre como la madre persistieron en su negativa, aunque muy agradecidos á la deferencia de aquella Comunidad.

Aliviose Juan Vazquez de sus dolencias, y no siéndole tan necesaria su hija, le pidieron el favor unos parientes de que les permitiese llevar á su casa á JUANA por algun tiempo para que cuidase del arreglo interior. Consintieron los padres, tanto por corresponder al cariño y favores que debian á sus parientes, cuanto porque siendo estos personas más acomodadas, podrian servir de apoyo y protec-

cion á su hija cuando ellos la faltasen. Pasó, pues, JUANA á vivir con sus parientes, que no cesaban de dar gracias al Todopoderoso por la feliz idea que les habia hecho concebir, pues si admirable era la jóven en virtudes y santidad, no lo era ménos en celo, laboriosidad é inteligencia para el gobierno interior de la casa de un labrador. JUANA, sin embargo de su asiduidad al trabajo, y de no descuidar la menor cosa de sus cargos, no omitia ninguna de sus prácticas religiosas, de sus oraciones, de sus penitencias, ni se entibiaba por solo un instante su deseo de consagrarse sola y esclusivamente al servicio de Dios en el claustro. Este era su anhelo constante, su deseo perenne, su idéa fija; y sus oraciones, sus rígidos ayunos, sus duras penitencias, eran siempre dirigidas al Todopoderoso y á su Santísima Madre juntas á la rendida súplica de que la proporcionasen cuanto antes la dicha de ser Monja.

No pudiendo dar más tregua á sus deseos, resolvió dejar la casa de sus parientes, y marchar á pedir el hábito en un Convento. Comprendió los riesgos á que se esponia en el camino en su edad, falta de conocimiento del mundo, y marchando con su trage; y por esto le pareció conveniente disfrazarse de hombre. Decidida firmemente á poner por obra su plan, se vistió la ropa de un mozo de labor, guardó en un saquillo su trage de mujer, y colgándose una espada para infundir respeto, y que no se le acercase nadie, cargó con su saquillo, y á media noche, despues de haberse encomendado de todo corazon á Jesus y á su Madre, salió de la casa, y se dirigió al Monasterio de Nuestra Señora de la Cruz, sito á una legua de Toledo, inmediato á Cubas.

A la mañana siguiente estuvo muy cerca de tener un gran susto, aunque no dejó de tenerle, y no pequeño para ella, pues habiéndose llegado á una fuente que habia en el camino á apagar la devoradora sed que llevaba, se acercaron, cuando estaba bebiendo, unos jóvenes que iban

de camino, y mirándola fijamente uno, esclamó, dirigiéndose á sus compañeros: «Chicos, este mozo es mujer.» JUANA, sin recoger la espada que habia dejado en el suelo, echó á andar temblando de miedo, y los jóvenes, ya fuese porque no creyeran que era efectivamente mujer, ya porque no fuesen gentes de mala intencion, ni la molestaron ni siguieron, aunque sí los oia JUANA reir burlándose del paso que llevaba. Sin más tropiezo ni contratiempo llegó al Monasterio de Nuestra Señora de la Cruz, é inmediatamente entró en la iglesia á dar gracias al Todopoderoso y á su Sacratísima Madre, por haberla conducido con felicidad hasta allí, y despues les rogó dispusiesen en su favor el ánimo de la Superiora del Monasterio para que la recibiese en él. Reconoció en seguida la iglesia, y viendo que estaba completamente sola, se metió en un rincon, se puso el vestido de mujer que llevaba en el saquillo, y se dirigió á hablar á la Superiora. Hizo presente á esta sus antiguos y constantes deseos; la refirió sus pasos, y la suplicó que la admitiese, aunque fuese solo de obregona ó criada de la Comunidad. La madre Abadesa la admitió desde luego, pero con condicion de avisar á sus padres, y pedir la aprobacion del Provincial de la Orden. Acordola éste; más los padres de JUANA tuvieron un gran disgusto, y trabajaron con todas sus fuerzas para que dejase el Convento, lo cual no pudieron conseguir; y cada dia, más feliz y contenta la jóven, pasó el tiempo de noviciado, profesando al año de su ingreso, contando solo catorce de edad.

Pero si contenta se hallaba JUANA en su nuevo estado, no lo estaban ménos de ella todas las Monjas, y en particular la Priora, que no cesaba de dar gracias al Todopoderoso por la distincion que les habiá dispensado enviándolas una jóven que tanto lustre y honra prometia dar á aquel Monasterio.

Largo por demás seria el referir los actos de perfeccion cristiana con que diariamente aumentaba la admiracion de la Comunidad, y la penitente vida que hacia, pues habiéndose propuesto imitar á todas las Santas que la habian precedido, y cuyas vidas conocia, ninguna de las duras penitencias, maceraciones y rigores que aquellas ejercitaron dejó de practicar constantemente la admirable JUANA DE LA CRUZ.

Habiendo fallecido la Priora, por unanimidad la confirieron este cargo las Religiosas. No quiso en algunos dias aceptarlo; pero tantas súplicas y humildes ruegos emplearon las Monjas y gran parte del alto clero de Toledo, que se resignó á tomar el gobierno del Convento, venciendo la oposicion que la hacia su humildad.

Grandes bienes reportó al Monasterio su nombramiento, pues siéndole muy afectos y devotos todos los habitantes de la comarca, así que comenzó á trabajar en el mejoramiento del local, y manifestó sus deseos de dar más esplendor al culto divino, la auxiliaron con grandes limosnas, contándose entre los bienhechores del Convento al Gran Capitan D. Gonzalo Fernandez de Córdova, que la remitió quinientos mil maravedís para las obras de ensanche del Monasterio. El Cardenal Arzobispo de Toledo, D. Fr. Francisco Jimenez de Cisneros, además de las limosnas con que la auxilió tambien, la concedió la renta del curato de Cubas, facultándola para nombrar sacerdote que le sirviera con la dotacion que ella tuviera por conveniente abonarle.

Los ayunos tan continuados, las duras penitencias, y los trabajos y disgustos que la originó su cargo de Priora, concluyeron con su naturaleza, á tal punto, que parecia una decrépita anciana de ochenta años á los 53 que contaba de edad y cuarenta de Religiosa, cuando dispuso el Señor llamarla á sí. Conociendo su próximo fin, se preparó con la

mayor uncion y fervor, y despues de haber recibido todos los Sacramentos, y de haberse despedido amorosamente de la Comunidad, descansó en el Señor á las seis de la tarde del 3 de mayo de 1534, dia de la Invencion de la Santa Cruz, siendo notable, que en igual dia nació, tomó el hábito y profesó.

Cinco dias estuvo espuesto al público su cadáver, sin que dejase de ser á todas horas inmensa la concurrencia de devotos que de muy lejos acudian á venerar los santos restos. El último dia por la tarde, y para contentar á la muchedumbre que rodeaba el Monasterio, sacaron procesionalmente el féretro, dando despues sepultura al Santo cuerpo en el coro bajo, poniéndole sin caja en tierra, en donde permació hasta el año de 1614. En este año observaron las Monjas que una niña de 6 años de edad, hija de los condes de la Puebla, que llevaban con mucha frecuencia al Monasterio sus devotos padres, escarbaba siempre en el sitio en que estaba sepultada JUANA DE LA CRUZ, y se llevaba algo de tierra. Preguntáronla por qué hacia aquello, y contestó, que porque le gustaba mucho el olor de aquella tierra. Oliéronla las Monjas y los condes, y todos quedaron sorprendidos de la suave y deliciosa fragancia que exhalaba: cundió la noticia, súpose en Toledo, y se dispuso por el Arzobispo el reconocimiento de la sepultura: se halló el cuerpo de la Santa y sus vestiduras tan perfectamente conservadas como si la acabaran de depositar, y exhalando un aroma delicioso que embalsamó el coro y la iglesia. Se determinó inmediatamente trasladar el santo cadáver á lugar más digno y encerrarlo en una caja. Construyose esta en Toledo, de plata, forrada de terciopelo, por valor de cinco mil ducados, y colocado en ella el cuerpo, fue depositado debajo del altar del coro alto el dia de Todos los Santos de dicho año de 1614. Al año siguiente, por el mes de mayo, pasó al Monasterio el Rey D. Felipe III, con toda la familia

Real y gran número de señores de la Córte, á venerar el cuerpo de la bienaventurada JUANA DE LA CRUZ, que vieron todos incorrupto y sin la menor señal de descomposicion. Fue tanta la devocion que esto produjo en España, que las Córtes que se celebraron poco despues concediedieron por unanimidad la suma de cuatro mil ducados para los gastos de la canonizacion de esta esclarecida Santa Española.—N.

DIA 4.

Santa Mónica, Viuda, *Africana.*

DIA 5.

La Conversion de San Agustin.

DIA 6.

San Juan Ante-Portam-Latinam, *Galileo.*

DIA 7.

San Estanislao, Obispo y Mártir, *Polaco*, y

SAN EOVALDO Y SAN SIXTO, MARTIRES, ESPAÑOLES.

Del nombre únicamente, y de las reliquias de estos Santos Mártires españoles nos podemos ocupar, pues ni la *España Sagrada* del maestro Florez, ni la *Acta Sanctorum* de Bolando al colocarlos en este dia, ni Dorca en sus *Santos de Gerona* nos dan á conocer los hechos de su vida, que tuvo fin en glorioso martirio á la entrada del siglo IV, como los de varios Santos y Santas de que ya nos hemos ocupado, durante la persecucion decretada contra los cristianos por los Emperadores romanos Diocleciano y Maximiano, tan ferozmente llevada á cabo en España por el Presidente Daciano.

De las reliquias se ocupó el Sr. Pétano y Mazariegos en los términos siguientes:

«Las venerables reliquias de estos ilustres Mártires estuvieron ocultas muchos años, hasta que por un prodigio maravilloso quiso el Señor demostrarlas. Vivia en Celdrau, pueblo del obispado de Gerona, un labrador de conocida virtud, á quien en sueños dijo un angel: «Vé, siervo de »Dios, á la viña que tienes en Valtorta, cerca de la iglesia »de la bienaventurada Santa Tecla, Virgen y Mártir, y allí »encontrarás dos cuerpos Santos, que padecieron martirio »por defensa de la fé, los que ocultaron los cristianos por »temor á la tiranía de Daciano.» Despertó el labrador todo asustado; pero no despreciando el aviso del cielo, fue á la viña en la siguiente noche, y vió sobre un monton de espinos que estaban en la misma heredad un globo de luz tan resplandeciente, que alumbraba con su claridad todos los campos inmediatos. Quiso observar si se repetia igual prodigio para más certificarse, y habiendo observado segunda y tercera vez, no le quedó duda de que en aquel sitio estaba el insinuado tesoro. Quemó las malezas, y cavando encontró dos arcas de madera trabajadas con tal artificio, que apenas se hallaba en ellas cisura alguna.

»Refirió el labrador todo lo ocurrido á un sacerdote de la iglesia de Celdrau; y habiendo éste dado parte de todo al Sr. Obispo de Gerona, pasó aquel Ilustrísimo Prelado con su clero y mucha parte del pueblo al reconocimiento de aquellos depósitos. Mandó á todos los circunstantes que se pusieran en oracion, para que el Señor se dignase manifestar de quién eran las santas reliquias contenidas en aquellas cajas; y abriéndose por sí mismas las dos arcas, luego que demostraron ser las de SAN SIXTO y SAN EOVALDO, se cerraron con el mismo prodigio.

»Quiso el reverendo Obispo llevarlas á Gerona para en-

riquecer su Iglesia con alhajas tan preciosas; pero al llegar á un arroyo donde finalizaba el término de la parroquia de Celdrau, se quedaron inmóviles los conductores. Conoció entonces claramente el Prelado que era voluntad de Dios permaneciesen en la misma parroquia, donde hizo construir dos magníficos altares para colocarlas, y ejecutado así, son veneradas en ella por todos los pueblos circunvecinos, á quienes concede Dios muchos favores por la intercesion de los dos Santos.»

DIA 8.

La Aparicion de San Miguel, Arcangel.

DIA 9.

San Gregorio Nacianceno, Obispo y Doctor, *Armenio,* y la Traslacion de San Nicolás de Bari, Arzobispo de Mira, *Italiano.*

DIA 10.

San Antonino, Arzobispo de Florencia, *Florentino.*

DIA 11.

El Patrocinio de San José; Gozos de la Vírgen Santísima; Nuestra Señora de los Desamparados, y San Mamerto, Obispo, *Austriaco.*

DIA 12.

SANTO DOMINGO DE LA CALZADA, ESPAÑOL.

De los singulares beneficios y señaladas mercedes recibidas por nuestra España de manos del Altísimo, una de las que más la ensalza é ilustra es haberla enriquecido con tantos y tan gloriosos Santos. Entre los varios que resplan-

decieron en la Rioja, sobresalió como astro refulgente SANTO DOMINGO DE LA CALZADA, natural de aquella parte de España y del pueblo de Villoria, próximo á su ciudad de la Calzada. Sus padres fueron nobles, y más calificados que por su nacimiento, por su virtud y santidad; dotes que resplandecieron en el hijo, acrecentados con señaladas ventajas. Pusiéronle en la pila el nombre de DOMINGO ó DOMINICO, que espresa cosa del Señor, sin duda por divina inspiracion, deseando que las obras, pensamientos, vida y ejercicios de aquel niño correspondiesen al nombre de DOMINGO.

Sus padres le educaron cristianamente, descubriendo DOMINGO desde sus primeros años su inclinacion y amor á las cosas santas, y su gran vocacion á dedicarse al servicio de Dios, huyendo de los peligros del mundo, y aspirando á la vida retirada y contemplativa, que era el colmo de sus deseos. Decidido y firme en esta determinacion, en cuanto tuvo la edad propia para hacerse Religioso, se presentó al Abad de Valvanera, de la Orden de San Benito, única que existia en aquel tiempo, y le pidió con la mayor humildad le concediese el Santo hábito y le admitiese bajo de su obediencia, en la cual, y haciendo los demas votos que en la Orden se profesan, pensaba vivir y morir. Tuvo el disgusto de no ser admitido, no queriendo el Abad darle el hábito, ni tampoco el de San Millan de la Cogulla, casa de la misma Religion, á tres leguas de la de Valvanera. Con el mayor desconsuelo partió SANTO DOMINGO, viendo que no hallaba entrada, para poner en ejecucion sus intentos. Pero Dios le descubrió nuevo camino, haciéndole adquirir noticia de que cerca de San Millan vivia un Santo ermitaño, en una ermita aislada y solitaria, varon de grande espíritu y gran siervo del Señor. En este santo retiro creyó hallaria mejor acogida que en los Monasterios, y que aquel virtuoso solitario podria guiarle por el camino

de la perfeccion, que tanto deseaba. Se le acercó, y con la mayor compostura y humildad le pidió le admitiese en su compañía como discípulo, pues sus deseos no eran otros que el servir á Dios para siempre. El ermitaño le recibió muy bien, quedando prendado de la buena traza, modestia y buen natural que presentaba, y mucho más de los santos intentos que allí le habian conducido. Despues de haber permanecido gran rato en santa conversacion, le dijo que ni á uno ni á otro convenia la compañía, porque el ermitaño debe vivir solo, teniendo trato únicamente con Dios; pero que atendiendo á sus deseos, y queriendo servirle, le cederia aquella estancia y ermita, que parecia haberle agradado tanto, y que él iria á buscar otro desierto donde tuviese la seguridad de poder atender al provecho de su alma. Agradeció infinito DOMINGO sus ofrecimientos y estremada caridad; pero no quiso admitirlos, por ser tan á costa del Santo ermitaño; le dió gracias por sus consejos, y pidiéndole su bendicion se despidieron, no sin lágrimas, y ofreciendo visitarle algunas veces.

Partió en seguida, y trató de buscar lugar donde pudiese servir al Señor en la soledad. Discurriendo de este modo llegó á la Bureba, tierra que confina con la Rioja, y en el sitio que le pareció más á propósito edificó una pequeña ermita, con celdilla contigua, iglesia con campanas, y altar dedicado á la Vírgen Santísima, cuyo curioso santuario ha desaparecido despues á impulso del estrago de los tiempos. Allí comenzó gozoso su nueva vida de ermitaño, viendo cumplidos sus deseos por haber conseguido tratar á solas con Dios los negocios de su alma.

Con pensamiento puesto en el Señor, y con santas reflexiones, se animaba y alentaba para perseverar en su servicio, haciendo asperísimas penitencias, lastimando su cuerpo con rigurosos ayunos y fuertes cilicios, quebrantando de este modo los brios de la juventud, sujetando las

pasiones de la carne, y, por otra parte, ocupando su espíritu en la contemplacion de las cosas celestiales: acudia, para atender á las precisas necesidades de la vida, al trabajo corporal, sembrando algunas verduras y hortalizas, labrando un pequeño huerto junto á la ermita, y otro pequeño cercado que plantó de viña, con cuyos frutos se sustentaba, sin pan y sin otra vianda de carne ni pescado; llevándose el fin de evitar todo trato y comunicacion con los seglares con ocasion de pedirles limosna, que muchas veces suele ser perjudicial para la vida monástica; consiguiendo, por el contrario, con su laboriosidad sacar gran provecho para su alma, evitando la ociosidad, fuente y manantial de todos los males. Esta procuraba escusar constantemente el Siervo de Dios, ocupándose en labrar su huerta y sus pocas cepas, gastando en este ejercicio el sobrante del que dedicaba á la sagrada oracion, trabajando alternativamente con el espíritu y con el cuerpo.

Cinco años vivió SANTO DOMINGO en la ermita que construyó en la Bureba, ocupado en los ejercicios dichos y en los de oracion y contemplacion, en los que salió tan aprovechado, que aunque pensaba pasar allí toda su vida, el Señor quiso que sus virtudes fuesen conocidas y no perdidas para el mundo, disponiendo, para castigar los pecados de la humanidad, el mandar por todo aquel pais una espantosa y terrible plaga de langosta, en tanto número, que cubria toda la tierra, dejándola talada y destruida. Los navarros y riojanos, viendo ser insuficientes los recursos humanos para hacer cesar aquella devastacion, acudieron al Sumo Pontífice Gregorio VII, quien, como tan santo, les sacase de tan grande aprieto con su intercesion poderosa con el Señor. Condolido su Santidad, llamó al santo Gregorio, Obispo de Ostia, y le encomendó aquella empresa, pasando á España á predicar, procurando con su doctrina y ejemplo reducir á los hombres al servicio de Dios, apar-

tándolos de sus vicios y pecados. Así lo hizo, consiguiendo el resultado que deseaba, y Dios tambien puso término á su castigo cesando aquella plaga destructora.

Llegó á noticia de SANTO DOMINGO la santidad y virtud del Obispo Gregorio, y juzgando que le daria mayores luces para mejor servir y agradar á Dios, llevado de este pensamiento fue en su busca, y le suplicó humildemente le recibiese en su servicio y compañía. Admitiole el Santo Obispo con el mayor gusto, pues ya tenia nuevas de la gran virtud y santidad del ermitaño DOMINGO, y que, aunque hombre sin letras, tenia otras muchas apreciabilísimas prendas. Acompañó al santo Obispo por toda la tierra de Cantabria y riberas del Ebro, obrando maravillosos efectos con su predicacion y santos ejercicios, y de este modo llegaron á Logroño.

Créese generalmente que San Gregorio anduvo predicando por España durante cinco años, siempre acompañado de SANTO DOMINGO, quien le ayudaba en sus altos ministerios. Habiendo llegado á Logroño, enfermó el santo Obispo de Ostia, y Dios lo llamó para sí. Lloró y sintió mucho DOMINGO la pérdida de aquella compañía, y trató de volverse á su ermita de la Bureba; pero recordando los consejos de su maestro San Gregorio, encargándole, sobre todo, ejerciese la hospitalidad con los pobres, no pensó más que en ocuparse en este ministerio, juntando á la vida contemplativa, que antes habia profesado, la activa del servicio de los pobres. Para este fin le pareció á propósito el desierto que su maestro tambien le habia designado, junto al lugar de Fagal ó Fajola, que estaba próximo á la ciudad de Santo Domingo, y por donde pasaban continuamente los peregrinos de casi todo el mundo que iban á visitar el cuerpo del glorioso Santiago: aquel sitio ofrecia mil peligros é incomodidades por los riesgos de una selva inmediata, llena de pantanos y lagunas, y nido de salteado-

res: ademas pasaba por allí el rio Hoja, á veces muy furioso, y donde peligraban muchos transeuntes. A todos estos peligros acudió y trató de remediar SANTO DOMINGO con ánimo invencible, edificando una ermita y una celdilla donde recogerse y hospedar á los peregrinos, mientras hacia otras obras en mayor escala. Desmontó toda aquella espesura, cegó los pantanos y desahogó las lagunas, abriendo un camino llano, y haciendo una calzada de piedra, que, por ser obra tan insigne, dió renombre al Santo y á la ciudad que despues allí se fundó. Los foragidos y salteadores, que vieron destruir aquellas espesuras que facilitaban sus sorpresas, lo llevaron á mal, y se conjuraron contra el Santo; pero el Señor les inspiró el mayor respeto á aquel virtuoso varon, y jamás osaron poner en él las manos ni ultrajarle de otra manera.

Unicamente se adolecia, despues de haber remediado tantos males, de la falta de un puente; pero puesta su consideracion en Dios, y animado con su infatigable deseo de procurar el bien, emprendió aquella vasta obra, que vió terminada en un año. Convocó para que le ayudasen los habitantes circunvecinos, los cuales, movidos por impulso divino, acudian todos con lo que cada cual podia, unos con bueyes, otros con carros, y muchos con sus personas y bienes. Por este tiempo principió á estenderse por toda España la fama de su santidad, porque por más que procuraba esconderse en ermitas y desiertos, no podia tener encubiertos tales y tan grandes resplandores de virtud y santidad, y especialmente por los muchos milagros que hacia, y que llegaron á los oidos de Santo Domingo de Silos, que entonces era Abad del Monasterio de Silos, y así acordó el pasar á visitarle. Tambien fue á verle, encaminado por su fama, el virtuoso Anacoreta San Juan de Ortega. Los dos fueron recibidos con el mayor placer y ternura por el siervo de Dios, ayudándole el último

con el mayor fervor y eficacia á la conclusion del puente.

Ocurrió antes de su terminacion que un carro cogiese y atropellara á un pobre peregrino, destrozándole y dejándole sin vida. El vulgo ciego, que siempre busca causas materiales en todos los acontecimientos de la vida, empezó á murmurar, diciendo que Dios mostraba en aquel suceso lo poco que le agradaba la obra. San Juan de Ortega trató de sosegarlos, y lo consiguió, y en seguida fue á la celda donde SANTO DOMINGO estaba orando, y le dió parte de todo lo que pasaba. Grande dolor esperimentó el Santo con aquella mala nueva: acudió á su ermita, y derramando muchas lágrimas, suplicó á la Madre de Misericordia la tuviese de él, y se sirviese quitar de su obra la antipatía que la gente habia concebido con aquel desastre: en seguida, en medio del concurso que rodeaba al cadáver, se llegó el Santo al difunto, y puesto de rodillas, alzando los ojos al cielo, suplicó á la Divina Majestad se sirviese manifestar su poder, haciéndole la señalada merced de resucitar á aquel infeliz, aumentando la gloria de su clemencia y de su Santo nombre. Hecha esta oracion, y tomando la mano de aquel cadáver, dijo: «Levántate, hijo, en nombre de Dios Todopoderoso, y prosigue tu camino y peregrinacion.» No bien lo habia acabado de decir, cuando el jóven, como si despertara de un profundo sueño, se levantó sano y sin lesion alguna, y acompañando al Santo con todos los que se hallaron presentes, pasaron á la ermita de la Vírgen, donde rendidamente dieron gracias al Altísimo por tan estraordinario favor y maravilla. En memoria de este tan célebre milagro, se dice que SANTO DOMINGO edificó la capilla de la Madre de Dios, que se encuentra en medio del puente.

Se estendió tanto la fama de este milagro, que fue innumerable la gente que acudió á visitar al Santo, ofrecien-

do á su servicio sus vidas y haciendas, para concluir la obra del puente, en vista de lo cual creyó San Juan de Ortega innecesarios ya sus servicios en aquel punto, y llamándole á otro las obras que anteriormente tenia emprendidas, pidió permiso á SANTO DOMINGO para ausentarse. Mucho sintió el Santo la separacion; pero de ningun modo manifestó oponerse á aquel deseo: se despidieron tiernamente, no desmayando SANTO DOMINGO por verse solo, y pendiente de su direccion y cuidado obra tan dificultosa. Todos los domingos y fiestas iba á los lugares comarcanos, donde solo con presentarse allegaba gente suficiente, que trabajaba toda la semana con el mayor ardor: sin embargo, no faltó quien quisiese burlarse del Santo. Tenia un rústico dos toros tan montaraces y bravos, que creyó no podrian nunca domarse, y viendo que el Santo pedia bueyes para acarrear materiales, le dijo como de chacota, que tenia dos muy buenos que él mismo conduciria, pero con la condicion de que el Santo los unciria. El siervo de Dios le contestó con semblante risueño, que admitia de muy buena gana el ofrecimiento y la condicion: señalado dia, acudieron donde estaban las reses, y con el mayor asombro del rústico se vinieron á la mano del Santo, y bajaron sus cervices para ser uncidos y en señal de obediencia, y tiraron del carro cargado de materiales con tanta mansedumbre como si fuesen los más domados y acostumbrados á aquel trabajo. El aldeano quedó tan corrido y avergonzado de su atrevimiento, que lastimado su corazon de su gran culpa, lleno de la mayor pena, pidió al Santo, con la más profunda humildad, perdon de su gran locura y atrevimiento, y al mismo tiempo le concediese la gracia de servirse de él y de sus bienes, porque de allí adelante todo se queria emplear en su servicio. El siervo del Señor le perdonó, y acogió amorosamente su súplica, y recibiéndole en su compañia, acabó en ella su vida santamente.

Fueron tantos y tan innumerables los milagros que el Señor obró por la intercesion de este gran siervo suyo, que se necesitaria ocupar un grueso volúmen para narrarlos y enumerarlos. En un altar de San Sebastian en la iglesia del Santo, hay un retablo antiquísimo, en el que están entallados los siguientes: «En la construccion del puente, falseó un arco, y se hundió, destrozando completamente á dos trabajadores; el Santo pidió á Dios por ellos, y en seguida resucitaron: lo mismo ocurrió con otro infeliz, que atropellado por un caballo, quedó muerto en el acto, y sus deudos acudieron al Santo, quien con solo su bendicion volvió á la vida: igual suceso tuvo un niño, hijo de unos peregrinos, pues condolido del inmenso sentimiento de sus padres por la muerte de aquel tierno ser, le volvió resucitado á sus brazos, despues de haber hecho oracion. Otros muchos casos de heridas y caidas mortales se verificaron en que no hubo más necesidad de médicos ni de medicinas que su bendicion para curar instantáneamente á los dolientes.»

Terminada la famosa obra del puente, admiracion de las edades futuras, y no dando tregua SANTO DOMINGO á su inmensa caridad en provecho de sus semejantes, emprendió la de edificar un hospital para el abrigo y consuelo de los pobres y peregrinos. No le desanimaron las muchas dificultades y faltas de recursos: pidió licencia á los de Fagal para edificar allí mismo el hospital, facilitándole la madera necesaria de que abundaban sus montes: á esto último no accedieron; pero el Santo insistió proponiéndoles le diesen la que pudiera cortar con una hoz de segar que allí les mostró. Pareció á los villanos que bien poco pudiera conseguir por sí solo y con aquel débil instrumento, y por lo tanto le dieron la licencia, con la precisa condicion é imponiéndole penas, de que no habia de valerse de otra segur, destral ó instrumento que el que les habia enseñado.

El Santo se despidió muy contento, despues que le designaron sitio para la planta del hospital: en seguida fue al monte, y comenzó á cortar con su hoz de los más gruesos y crecidos robles y encinas con tanta facilidad como si segara mieses; siendo de tal suerte, que en muy poco tiempo cortó toda la madera necesaria para su obra, desmontando un gran pedazo de aquel monte. Los concejales de Fagal se incomodaron y pusieron furiosos, le trataron malamente, echándole en rostro el destrozo de maderas, pareciéndoles imposible que con su simple hoz hubiese conseguido aquellos resultados. A todo contestó el Santo con una mansedumbre celestial, diciéndoles que no habia pasado la raya de la licencia que le dieron, y que no se habia valido más que de su hoz, como verian la prueba. Esto diciendo, sé aproximó con su hoz al tronco de un grandísimo roble, y lo cortó como si fuera una paja. Quedaron todos admirados, reconociendo ser obra del cielo, y depusieron su enojo. Dos trozos de esta madera que cortó el Santo con su hoz se manifiestan todavía en su hospital, de más de una vara de grueso, y la hoz con que se cortaron está colgada delante del sepulcro del Santo, en memoria de tan célebre milagro.

A tan felices principios correspondieron los fines del grandioso edificio, viendo el Santo en poco tiempo coronados sus afanes y deseos. Su arquitectura, aunque sencilla, era sólida y de las mejores de aquella época, fundada sobre linda silleria, con todas las oficinas correspondientes y necesarias, observándose siempre en su refectorio la gran maravilla de no acudir á aquel sitio jamás ni una sola mosca. Cuando el Siervo de Dios vió terminada su obra, se llenó de gozo, y se propuso continuar ejerciendo toda su vida en aquel establecimiento hijo de la caridad todos los servicios necesarios á los pobres y transeuntes, sometiéndose á ciertas reglas que él mismo se impuso para ob-

servarlas con el mayor rigor. Estas fueron aun de más aspereza que las que hasta entonces habia guardado, porque sobre frecuentes y rigorosos ayunos, oracion y penitencia, se ocupaba en recoger á los peregrinos, acariciándolos y sirviéndolos. Jamás se cansó de los oficios bajos y humildes, siendo por el contrario su contento y su regalo acudir á todo aquello á que le llamaba la piedad y cristiana misericordia. Aseaba y lavaba los pies á los romeros, dejaba la comida para dársela á los pobres, sirviéndole el suelo de cama muchas veces, para que á aquellos no les faltase.

El Santo pensó una vez, para comodidad de los peregrinos, el abrir un pozo junto al hospital, de que tambien tenia necesidad el establecimiento: en cuanto empezó la escavacion, los de Fagal se alborotaron de tal modo, como si les usurpasen sus haciendas, ó hubiera cometido algun grave delito: ciegos de cólera, resolvieron desterrarle de su pais por la fuerza: resueltos á apedrearle, salieron en su busca y no tardaron en hallarle: les salió al encuentro recibiéndolos de la suerte que su Maestro y Señor recibió la noche de su Pasion los ministros de Satanás que venian á prenderle, y les dijo: «que para qué venian tan prevenidos contra un hombre solo y desarmado.» Más el populacho prosiguió en su intento, cargándose de piedras para concluir con el siervo de Dios, quien cual otro Estéban, se puso de rodillas y comenzó á implorar el perdon para los que deseaban su martirio y derramar su sangre. No permitió Dios que en aquella ocasion se llevase á cabo tan cruel martirio, y así es que inspiró á los verdugos el conocimiento de lo que iban á hacer, y corridos y avergonzados soltaron las piedras, y pidieron perdon al Santo.

Su gran paciencia, valor y entereza de ánimo, oscurecia á los más aventajados en estas virtudes. Toda su vida fue un martirio prolongado de injurias, de murmuraciones, de

intentar apedrearle, ejercitando su grande paciencia; pero en donde se manifestó más notable fue en una ocasion en que llegaron dos pobres ó disfrazados de tales, hombres de intenciones perversas, en un dia de los frios de invierno: el Santo tenia hecha una grande lumbre para el amparo y consuelo de los transeuntes. Los dos pobres se acercaron á calentarse, mientras que el siervo de Dios arreglaba el hogar y componia el fuego, aderezando lo que tenia allí puesto para darles de comer á los dos y á los demas que llegasen, y cuando más desprevenido estaba, uno de ellos le dió tan fuerte empellon que le echó en medio de las ascuas, y no contentándose con aquella traicion, le dieron allí mismo de palos. A pesar de no poderse levantar el Santo tan pronto como debia por su debilidad y flaqueza, efecto de sus grandes abstinencias, salió de aquella hoguera sano y sin lesion, y la venganza que tomó fue manifestárseles placentero, regalándoles y hospedándoles en su casa. Pero aquellos perversos, firmes en su maldad, se marcharon sin tener siquiera la atencion de despedirse de nadie, y mucho ménos de quien tanto habian agraviado y les habia regalado. Sin embargo, Dios tomó la demanda en el castigo de aquellos protervos, y á poco trecho del Hospital el espíritu de discordia produjo una reyerta entre ambos, terminando con herirse mútuamente y quedar los dos muertos.

Determinó el siervo de Dios echar el sello á sus obras, fabricando una iglesia dedicada al Salvador. El Señor le reveló que con el tiempo aquella iglesia llegaria á ser mucho mayor, y por lo tanto, aunque no la fabricase muy grande, procurase tomar el sitio necesario para lo que habia de ser. Temiendo la negativa de los de Fagal para que accediesen á su nueva peticion, se valió del mismo medio que Dido para la fundacion de Cartago: les pidió le diesen la tierra que pudiese ocupar el cuero de un buey. Al pronto se repararon, acordándose del caso de la hoz; pero el Santo

les aseguró no mediaria ningun milagro, limitándose exactamente á lo que simplemente pedia. Le dieron un cuero seco y pequeño, que despues puso en remojo, cortándole en una tira sutil y tan larga, que pudo cercar con ella todo el sitio que actualmente tiene la catedral de la Calzada, con su claustro, el Palacio episcopal, con todo el barrio llamado Margubete: luego puso estacas ó mojones de trecho en trecho, y señalándolo por suyo, comenzó á abrir los cimientos de la iglesia del Salvador, que deseaba construir. Con la más constante eficacia dió término á aquel edificio, y en seguida acudió á D. Pedro de Nazar, Obispo de Calahorra, y le suplicó se sirviese consagrar la iglesia que acababa de hacer en honra del Salvador. El Prelado, viéndole con aquella pobreza, vestido de buriel, con un cayado en la mano, no hizo el mayor aprecio, y se escusó con el Santo como pudo, sin querer escuchar sus humildes ruegos. El Siervo de Dios se despidió entonces, y aunque harto triste y desconsolado, no desconfiaba de que Dios cumpliria su buen deseo. Así se verificó, porque en seguida acometió al Obispo una grave enfermedad que le duró muchos meses, sin que nada le aprovechase. Era sugeto muy religioso, prudente y pensador, y meditando sobre los principios y causas de su padecimiento, no halló otra que el haber negado á SANTO DOMINGO lo que con tanta instancia le pedia. Cerciorado de ello, inmediatamente mandó decir al Santo queria ir á consagrar su iglesia, viendo confirmado su acierto, pues muy luego sanó.

No puede espresarse el contento y alegria que esperimentó SANTO DOMINGO viendo consagrada su iglesia y cumplido su deseo: entonces, y siendo ya muy anciano, se entregó con más ardor á los ejercicios de la oracion más fervorosa y á la contemplacion, no olvidándose tampoco de sus pobres y peregrinos. Los recibia y agasajaba, y si venian enfermos, los asistia y curaba con el mayor esmero y

solicitud, disponiéndose con sus santos ejercicios y virtudes á su deseado tránsito. Era ya muy viejo, habiendo vivido muchos años, y como con la vejez y las grandes asperezas de su cuerpo le faltasen ya las fuerzas corporales, quiso suplir con arte lo que faltaba á la naturaleza, haciéndose unas muletas, con las cuales sustentaba aquellos miembros cansados, no ocupándose ni consolándose más que con prepararse para su cercana muerte, término que siempre tenia presente. Siete años antes de que esta llegase labró su sepulcro de piedra, inmediato á la iglesia, y en el camino por donde pasaban los peregrinos, para que se acordasen de él y le encomendasen á Dios. Mientras vivió lo tuvo siempre lleno de trigo, profecía ó pronóstico cierto de lo mucho que habia de valer andando el tiempo, siendo de grande utilidad para los venideros. En esta y otras muchas ocasiones descubrió el siervo de Dios el espíritu profético que el Señor le habia comunicado.

Sin embargo de haber sido la vida de SANTO DOMINGO una muerte contínua y un martirio prolongado, con tantas persecuciones, penitencias y austeridades, le concedió Dios más largos años que á la mayor parte de los hombres que viven con más holgura y comodidades; y aunque no existen datos para determinar su mucha edad, sábese que pasó de los noventa años. En esta edad tan avanzada y decrépita, le acometió una fiebre aguda, que en una naturaleza tan destruida por los trabajos y mortificaciones, poco tuvo que hacer para acabarle de destruir. Sufrió con su nunca desmentida resignacion y paciencia las incomodidades y accidentes de su enfermedad, dando gracias á Dios con semblante alegre y sereno, por ver tan cercano el término de todos sus trabajos y padecimientos. Recibió con la mayor devocion el consuelo incomparable de los Santos Sacramentos; despues encomendó á Dios con afecto paternal á todos sus amigos y familiares, como tambien á los pobres

y menesterosos, por quienes tantos trabajos habia padecido, y sabedor todo el pais de su mal estado tan cercano á la muerte, acudió mucha gente, afligidísima porque perdian en aquel predilecto siervo del Señor su descanso en las tribulaciones, su remedio en las necesidades y su alivio en todas ocasiones. Les consoló con santas y sabias razones, y despidiéndose amorosamente de todos, entregó el espíritu á su Criador. Cuantos se hallaban presentes se deshacian en llanto; se arrojaron á los pies del difunto, y descubriéndoselos se los besaban mil veces. Le enterraron con la solemnidad posible en el mismo sepulcro que el Santo se habia construido, y desde donde tantas maravillas ha obrado siempre el Señor en obsequio de su siervo. Murió el Bienaventurado á 12 de mayo del año de 1109. Era de noble apostura, hombre venerable, de rostro agraciado y simpático, algo rojo, de dulces maneras, y de muy elevada estatura. Era igualmente muy discreto y de mucha penetracion. El hábito que siempre llevó era túnica blanca, manto y escapulario pardos de buril, y casi el mismo que despues usó la Orden de San Gerónimo.

Como habia predicho el Santo, tuvo su iglesia la honra de erigirse en catedral, y de ser comprendido su sepulcro en el recinto del templo, muy favorecido é ilustrado con el favor y limosnas de los Monarcas y Prelados, obrando Dios por su poderosa intercesion y en todos tiempos innumerables milagros, cuya narracion seria interminable, limitándonos á referir el muy particular, conocido generalmente por el milagro del gallo y la gallina que llaman de SANTO DOMINGO, y sobre el que han variado las versiones. Todo el mundo está lleno de las plumas de este gallo y gallina, porque los peregrinos que de todas partes pasan por la ciudad de Santo Domingo no quedan contentos ni satisfechos de su peregrinacion si no llevan á su pais alguna pluma de estas: por lo tanto, para cumplir con su devo-

cion, se les da á todos los que las piden por el capellan de la capilla del Santo, cuyas plumas son tomadas de las aves que se conservan para este objeto, y que son de la casta de las del milagro; no siendo cierto lo que supone Marineo Sículo, de que todos los peregrinos las toman del gallo y la gallina que están delante del sepulcro del Santo, permaneciendo las aves tan vestidas como si no las quitaran pluma alguna.

Aunque los autores convienen en lo sustancial del suceso, difieren en la forma, sin ser por eso ménos cierto. Unos lo refieren diciendo, que habiendo preso los moros un mancebo de Rioja le sepultaron en una cárcel muy oscura, encadenado y maltrado de sus guardias. El jóven suplicaba á Dios le mirase con ojos de misericordia y lo librase de aquel trabajo, poniendo por intercesor á SANTO DOMINGO, patron y abogado de su patria ó pais. El moro que le tenia cautivo, pasados unos dias, tuvo un convite, y para regalo de sus convidados, entre otros manjares, tenia un gallo ó capon bien preparado. Sentados á la mesa y dispuestos á trinchar aquella ave asada, se le dijo la continua oracion del preso, llamando en su auxilio al glorioso SANTO DOMINGO. Pero el amo contestó al criado que le llevó aquella noticia: «que viviese descuidado, que si le custodiaba como debia, tan difícil era saliese de las prisiones, como que aquel gallo asado se pudiese levantar y cantar.» No bien lo acababa de decir, cuando el gallo que tenia delante se levantó vivo, vestido de plumas blancas, y comenzó á cantar. Todos quedaron asombrados, y bajando en seguida al calabozo, le encontraron vacio, aunque lleno de luz y resplandor del cielo que allí habia dejado el glorioso SANTO DOMINGO cuando vino á soltar al preso. Procuró hacerse la ciudad con aquel gallo, que encastaron con una gallina, cuya continuada prole suministra las muchas plumas que reclaman la devocion de los romeros.

Pero créese con mayor seguridad, que esta casta fuese más bien de otro gallo y gallina que resucitaron tambien en la misma ciudad de Santo Domingo, cuyo suceso milagroso refieren del siguiente modo:—Un matrimonio francés que iba de romeria á Santiago, llevaba un hijo, jóven muy agraciado. Se detuvieron en Santo Domingo una noche, y en la posada donde se hospedaron, una hija del mesonero se prendó perdidamente del mancebo, y le solicitó por todos los medios que le sugirió su mal deseo: más el santo y jóven peregrino no la escuchó, pues sobre todas las cosas temia ofender á Dios. Aquel desaire trocó todo el amor de la libre y desenvuelta moza en ódio y aborrecimiento, y trató de vengarse, para lo cual con sutileza ocultó en la capilla del inocente jóven una taza de plata, y en cuanto partieron los peregrinos manifestó faltaba aquella alhaja, que en seguida fue encontrada por la justicia en el vestido del mancebo: los prendieron á todos, y le condenaron á muerte en horca. Afligidísimos sus padres con aquella inicua ejecucion, prosiguieron su romería á visitar al Apóstol, y á la vuelta, pasando por Santo Domingo, la madre, atravesado el corazon, quiso ver si el cadáver de su querido hijo permanecia aun en la horca, el cual todavía estaba colgado: pero se sorprendió agradablemente cuando el hijo la habló con voz alegre, diciéndola: «que no le llorase por muerto, que por la misericordia de Dios, de la Vírgen y el bienaventurado SANTO DOMINGO DE LA CALZADA, habia conservado la vida hasta entonces.» La madre acudió al Corregidor á decirle lo que pasaba, el cual estaba sentado á la mesa, donde se veian asados un gallo y una gallina. Oyó con atencion lo que aquella mujer le decia, y pensando sería alguna ilusion, efecto del amor de madre, la dijo que sin duda estaba engañada, y que tan difícil era que viviese su hijo, como que resucitasen aquel gallo y gallina que estaban asados, y de los que iba á comer. En cuanto dijo es-

tas palabras, saltaron vivas de la fuente entrambas aves, vestidas de pluma blanca, comenzando el gallo á cantar. Admirada aquella autoridad, suspendió la comida, y acompañado del clero y muchos vecinos, se cercioraron de la verdad, hallando al jóven ahorcado vivo y sano. Le bajaron del suplicio, y llevándole en su compañía delante del sepulcro del Santo, dieron rendidas gracias á Dios y á su glorioso intercesor SANTO DOMINGO.

El Corregidor mandó que las dos aves del milagro fuesen colocadas en la capilla del Santo, metidas en una jaula. Suceso inolvidable, que ha dado armas á su Iglesia y á su ciudad.—L. G.

DIA 13.

SAN PEDRO REGALADO, CONFESOR, ESPAÑOL.

Ocupando la Silla de San Pedro en Roma el Sumo Pontífice Bonifacio IX, y el trono de Castilla el Rey D. Enrique III, vino al mundo el año de 1390, en la entonces villa y hoy ciudad de Valladolid, el preclaro siervo de Dios SAN PEDRO REGALADO, patron en la actualidad de su pueblo natal. Sus padres, descendientes ambos de muy nobles y ricas familias, se llamaban D. Pedro de la Regalada entonces, hoy Regalado, y doña María de Costanilla, personas piadosas y caritativas á tal punto, que dice la historia: «Era tanta su piedad y misericordia con los pobres, que parecian más bien procuradores ó despenseros, que dueños de sus riquezas.»

Hallándose todavía PEDRO en la infancia, pasó el padre á mejor vida; pero el talento y virtud de la madre suplió aquella dolorosa pérdida, que en nada afectó á la esmerada y santa educacion del niño, que con el ejemplo perenne de su virtuosa madre, manifestaba diariamente prodigioso de-

sarrollo de los gérmenes de santidad que atesoraba su alma.

Frecuentaba las iglesias, especialmente el Convento de San Francisco, á cuya Religion se aficionó tanto, que á los trece años de edad determinó ingresar en ella; pero antes de decir nada á su madre lo consultó con su confesor. Aprobó éste el pensamiento, y en su virtud lo comunicó PEDRO á su madre, que, aunque sintiendo privarse de la compañía de tan virtuoso y amado hijo, lo aprobó y le dió la licencia para ingresar en el Convento.

Poco despues de cumplidos los trece años de edad tomó el hábito, dando desde el primer dia de su noviciado patentes muestras de la santidad á que el Señor lo tenia destinado. Aumentando de dia en dia sus admirables ejercicios de virtud, obediencia y humildad, terminó el año de probacion, profesando á los catorce de su edad, segun permitian los Cánones de aquel tiempo. En nada disminuyó su humildad el estado de profeso, y como el último novicio desempeñaba los oficios más penosos y bajos, siendo sin embargo su más predilecta ocupacion asistir á los enfermos.

Pero su alegría por pertenecer ya de hecho y derecho á la Religion de San Francisco, la amenguaba en algun tanto el ver que la Seráfica Regla estaba bastante modificada, habiendo perdido mucho de su primitiva autoridad y regidez. Pedia incesantemente á Dios la Reforma de ella, porque él no se atrevia á observarla solo en la Comunidad por no singularizarse y atraerse enemistades. Dios favoreció sus deseos por conducto de otro virtuoso varon que abundaba en los mismos hacia mucho tiempo.

Veinte años antes de esta época, el Religioso franciscano Fr. Pedro de Villacreces, impulsado por iguales pensamientos que el jóven PEDRO, se habia retirado á un sitio solitario y escabroso, en término de Covarrubias, con el fin de practicar la verdadera y primitiva Regla de San Francis-

co. Despues de haber pasado en una cueva los dichos veinte años, volvió á presentarse al público, que quedó atónito al contemplar un esqueleto viviente, pues no otra cosa parecia Villacreces, á quien los ayunos y penitencias habian completamente consumido. El objeto de su presentacion fue pedir licencia al General de la Orden para plantear la reforma en alguna Comunidad, licencia que le fue acordada en seguida, señalándole el pequeño Convento de Nuestra Señora de la Salceda, en la Alcarria, para comenzarla. Por razones que no están bastante averiguadas, renunció Fray Villacreces al poco tiempo á permanecer en este Convento, y pensó en establecerse en otro punto, fijando su pensamiento en la ermita sita en la Aguilera, á dos leguas de Aranda de Duero, muy célebre en aquel tiempo por la causa que motivó su construccion, que fue el haberse visto por espacio de muchas noches bajar del cielo unos globos de apacible y preciosa luz, que llamaron la atencion de toda la comarca, y habiendo el Obispo de la diócesi reconocido por sí mismo con gran parte de su clero la realidad del hecho, mandó hacer en aquel punto la referida capilla. En esta, pues, fijó su mirada Villacreces, y se la pidió al Obispo para realizar en ella su constante pensamiento de la Reforma, y el piadoso Obispo no tuvo el menor inconveniente en concedérsela.

Mientras daba todos estos pasos Villacreces, moraba PEDRO, haciendo la más ejemplar vida, en el Convento de Valladolid, en el que se presentó el Santo iniciador de la Reforma preguntando si habia alguno que le quisiera acompañar en la austera y penitente vida, pues por la licencia del General de la Orden, y la concesion de la ermita por el Obispo, estaba facultado para llevar los Religiosos que deseasen asociarse á su santo pensamiento. Por demas está el decir, que con inefable alegria se unió á Fray Villacreces el penitente jóven FRAY PEDRO REGALADO, dan-

do infinitas gracias al Todopoderoso por el singular favor que le dispensaba, otorgándole la realizacion de su más ardiente deseo.

Marchó á la ermita de la Aguilera con el ejemplar Villacreces, y otros cuatro Religiosos, amantes tambien de la Reforma, y fijaron su residencia en aquel punto, construyendo, contiguas á la ermita, una especie de chozas que les servian de celdas. Tanto en este eremitorio, como en el igualmente pobre de los Abrojos, consagrado tambien á la Reforma, fue aumentando el número de humildes Religiosos, partidarios de ella, que hacian la vida mas ejemplar y penitente que se habia visto desde la estancia en el mundo del Seráfico Fundador de la Regla.

A los once años de su estancia en la ermita murió el santo Villacreces, dejando perpétua memoria de sus esclarecidas virtudes; y reunidos los Religiosos de los dos eremitorios, la Aguilera y los Abrojos, por unanimidad nombraron su Superior á SAN PEDRO REGALADO. Aceptó éste el cargo como un deber y obligacion de trabajar en la propagacion de la Reforma, la que, teniendo muchos contrarios, proporcionaba á sus servidores grandes contrariedades, disgustos y trabajos, que siempre anhelaba sufrir el Santo siervo de Dios, PEDRO REGALADO, para tener más que ofrecerle, y á su Santísima Madre.

Durante los once años que llevaba de retiro, habia estudiado con grande aprovechamiento las Sagradas letras; pues ardiendo su pecho en caridad por la salvacion de sus prójimos, pensó que para lograrla mejor seria conducente el sacerdocio, y que debia adquirir la ciencia necesaria, no solamente para ordenarse de Sacerdote, como se ordenó, sino para conseguir frutos de las almas por medio de la palabra.

Puesto, pues, al frente, como jefe, de los Religiosos que componian la seccion de la Reforma, comenzó sus enérgicos

trabajos para conseguir su propagacion, con el engrandecimiento de los dos eremitorios, y creacion de otros, llevando su deseo hasta introducir la observancia de la primitiva Regla en todos los Conventos de Franciscos. Escribió varios Reglamentos y Constituciones de humildad y pobreza, que han llegado hasta nosotros, incluidos en las Crónicas de la Orden Seráfica, de las cuales tomamos como muestra las siguientes:

«*Constituciones del Santo Regalado para la exacta observancia de la pobreza.*

»Los hábitos de los Religiosos sean de sayal basto, de lo que usa la gente más pobre, que en la villa de Aranda cuesta á cuatro ó cinco maravedís la vara: los paños menores sean del mismo sayal ó de cáñamo tosco.

»Las celdas, edificios y oficinas del Convento, sean pequeñas y fabricadas de barro ó madera en bruto, sin alguna labor ni moldura: y las cercas de las huertas sean tapias de tierra ó piedra tosca, sin betun de cal, de modo que sean suficientes para la clausura, sin ostentacion ni ornato.

»Las iglesias sean devotas, aliñadas con pobreza, y no se admitan ornamentos ricos, aunque los den de limosna, ni cosa de plata, sino los cálices y vasos para el Santísimo, y no haya en cada Convento más que dos cálices. No se pidan para el año provisiones de trigo, vino, carne ni pescado; ni se admitan limosnas supérfluas de estas especies: solo se puedan pedir las precisas para cada dia, de pan, frutas, legumbres, huevos y algo de pescado para el sustento comun de los Religiosos; vino para las Misas y huéspedes, y carne la que baste para los enfermos.

»No se admitan limosnas por Misas, ni provechos, funerales, ni ofrendas de entierros; sino que todos los sacrificios se han de aplicar por los bienhechores. No se reciba

en manera alguna dinero ó pecunia, ni se recurra á tercera persona ó síndico para eso, ni se solicite cosa en que haya de intervenir compra ó venta; sino que todas las cosas necesarias sean mendigadas en propia especie por el amor de Dios: y si no se hallaren, se tolere la falta por la santa pobreza.

»Ninguno pueda tener ropa multiplicada en la celda; más en la enfermeria y hospicio, se permita la ropa necesaria para curar los enfermos y recibir los huéspedes. En el refectorio, no se use de manteles ni aliños de mesa; y para cada uno solo se pondrá una servilleta sobre la tabla desnuda, y para todos algunas jarras de barro tosco, y un salero de corcho ó de madera.

»Ninguno tenga luz en la celda, ni se permita más lámpara que la del Santísimo y la de alguna imágen devota; ni en las celdas haya más que un trojecillo para cama, una mesita pequeña, un banquillo, una cruz ó alguna imágen de papel. Más, para los predicadores y confesores, tendrá la Comunidad algunos libros de los más necesarios, escusando siempre los supérfluos.»

Muy pocos imitadores de su profunda humildad ha tenido este glorioso Santo en el mundo, y nadie le escedió jamás: despues de haber ejercido el cargo de Prelado volvió al de simple Religioso, ocupándose en los trabajos más penosos, constituyéndose en el criado del último novicio ó lego: fue portero, cocinero, refitolero y limosnero. Iba por leña, por agua, y caminaba cargado de un Convento á otro con grandes pesos, ya de provisiones, hábitos ó efectos que habia necesidad de trasladar, y siempre cariñoso, afable y solícito por servir y auxiliar al prójimo.

Su caridad para con los pobres era tal, que tuvo el Prior que hacerle presente la pobreza del Convento, y la imposibilidad de dar tanto sin privar del indispensable sustento á

la Comunidad, encargándole que se contuviera en las limosnas. A los pocos dias llegaron al Convento unos transeuntes, y fueron convidados á comer. Hallábase por entonces de portero FRAY PEDRO, y fue á pedirle limosna una viuda con tres hijos, á quien socorria con frecuencia; pero en aquella ocasion nada tenia que darla. La pobre viuda comenzó á llorar al ver que sus hijos morian de necesidad, y conmovido estraordinariamente el corazon de PEDRO REGALADO, la manda aguardar y marcha al refectorio. Acababan de comer los convidados, y el caritativo PEDRO toma con precipitacion varios pedazos de pan y carne, y echándolos en la falda del hábito se dispone á salir del refectorio, cuando se presenta el Prelado y le pregunta qué lleva oculto en la falda. Turbado PEDRO, le contesta que lleva rosas; quiere verlas el Prelado, y le manda que se las enseñe: obedece el Santo Religioso, y queda estremadamente sorprendido al contemplar un buen número de rosas blancas y encarnadas, tan aromáticas, frescas y lozanas como dificilmente podrian encontrarse en el mes de mayo, y este prodigio tenia lugar en enero.

Queriendo el Señor dotar á su amantisimo Siervo de todas las gracias que adornaron á otros Santos, le concedió tambien el don de ver el porvenir y de profetizar cosas fuera del alcance de la humana comprension. Acabados los maitines una noche, mandó ponerse las sagradas vestiduras á algunos Religiosos, que precedidos de la cruz y guiados por él marcharon á la ribera del Duero. Admirados iban todos de tan estraña salida; pero más admirados se quedaron al poco rato al ver que las aguas depositaban en la orilla el cadáver de una jóven, que segun dijo SAN PEDRO, y se supo despues, se habia arrojado al rio por defender su castidad, el cual recogieron, dándole luego honrada sepultura.

En otra ocasion mandó tocar á comer, á pesar de haber-

le dicho el despensero y cocinero que nada absolutamente habia. Acudieron los Religiosos y se sentaron á las desocupadas mesas, y enseguida llamaron á la porteria: acudió el portero, y solo vió una mula cargada de pan y otras viandas, que entró en seguida y se dirigió al refectorio, donde la descargaron. El portero fue á cogerla para llevarla á la cuadra y cuidarla; pero en aquel instante desapareció, sin ver ni saber nadie por donde.

Tan repetidas maravillas, aunque acaecidas en el retiro y soledad del Convento, se hacian públicas más tarde más temprano, aumentando estraordinariamente la veneracion en que el pueblo le tenia, y que llegó á muy elevado punto por otros prodigios públicos, entre ellos el conocido por el milagro del toro, cuya memoria ha llegado hasta hoy en Valladolid y su provincia.

Dirigíase SAN PEDRO REGALADO desde el Convento de Abrojos al de Valladolid, acompañado de otro Religioso, un dia que en esta poblacion habia corrida ó juego de toros, como allí entonces decian. Uno muy bravo y de gran poder, despues de haber arrollado á los rejoneadores de á caballo y de á pie, irritado y furioso con el dolor que le producian los hierros que llevaba metidos en sus carnes, venció la salida atropellándolo todo, y se escapó. Seguíanle muchos á caballo y á pie, tanto por ver si conseguian hacerle volver á la plaza, cuanto por ir avisando con sus voces á las gentes para que huyesen del peligro. PEDRO y su compañero caminaban rezando, y, distraidos, no oyeron las voces, hasta que el toro estaba tan próximo á ellos que les era imposible evitar su encuentro. Párase el Santo, y espera al toro, que corre hácia él, y poniéndole la mano en el testuz, cuando llegó, le dijo: *Tente, bobo, que somos amigos.* El toro no solo se paró, sino que se echó á los pies de SAN PEDRO, quien le acarició, le quitó los hierros que le atormentaban, le limpió las heridas, y le mandó despues que

marchase al rio y se metiera en él para que las aguas curasen sus heridas. Mandato que obedeció el toro en seguida, á presencia de la inmensa multitud de pueblo, que contemplaba asombrada semejante prodigio.

Llegole, por fin, á este admirable Santo la última enfermedad, que le acometió á principios de la Cuaresma del año de 1456, en su Convento de la Aguilera. Presentose la enfermedad con una desgana y asco tal á todas las viandas, que absolutamente podia comer nada. Deseoso el médico de buscarle el apetito, le fue preguntando si comeria algunas cosas, y solo una codorniz le pareció al enfermo que tomaria de cuanto el médico habia nombrado. Difícil era encontrarla en aquel tiempo; «pero Dios, que queria glorificar á su Siervo de diversas maneras, hizo que al salir el médico del Convento se le viniese á la mano una á quien acosaba el milano. Cogiola, y fue muy contento al Santo, lisongeándose de que ya habia encontrado con qué satisfacer su apetito y prolongar su vida. SAN PEDRO tomó la codorniz, y haciéndola muchas caricias y componiéndola las plumas, dijo: «Preciosa avecita, Dios te ha li»brado de las uñas crueles de tu enemigo, ¿y será razon »que mueras ahora en las mias? No, de ninguna manera: »anda, y alaba á Aquel que te crió y que te libró de la »muerte.» Y diciendo esto, la echó á volar, admirando todos la dulzura de su genio, y aquella generosidad con que preferia la vida de un ave á su propia conveniencia.»

Acercabásele la muerte por momentos, y con admirable devocion recibió el Sacramento de la Eucaristía, y queriendo los Religiosos administrarle el de la Estremauncion, les dijo que aguardaran un poco, porque estaba próximo á llegar el Obispo de Palencia, y confiaba en que le dispensase el honor de administrársela. Y así sucedió, llegando, sin prévio aviso, al poco tiempo el referido Obispo, que á la sazon lo era D. Pedro de Castilla, sobrino del Rey Don

Pedro. Rodeado de los Religiosos, que vertian copiosas lágrimas, levantó las manos al cielo, y diciendo: «en tus tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu,» exhaló con la mayor paz y tranquilidad el último aliento el dia 30 de marzo del referido año de 1456, á los sesenta y seis de su edad, siendo sepultado, como terminantemente habia prevenido, en el enterramiento comun de los demas Religiosos, sin distincion de ninguna clase.

«Pero Dios, á cuyo cargo está el cuidar de que sean honrados y venerados sus siervos, le ensalzó con tantos y tan estupendos milagros, que por su multitud no pueden referirse aquí. Muchos que habian muerto violentamente ó de enfermedad recibieron vida poniendo sus cadáveres sobre su sepulcro. Iguales beneficios recibieron cojos, mancos, ciegos, tullidos, apestados, heridos y enfermos de cualquier peligrosa dolencia: de manera que ninguno llegaba á implorar su proteccion á su sepulcro que se fuese desconsolado.»

Entre los pobres á quienes solia socorrer el Santo á la puerta, habia uno que por su virtud y ancianidad merecia su prefencia. Al poco tiempo de morir FRAY PEDRO, descuidose un poco el anciano y llegó á la porteria despues de haberse distribuido la limosna, y le dijo el portero que nada habia ya para él. Afligido el pobre anciano por no tener otro recurso aquel dia, se entró en la Iglesia, y puesto de rodillas junto á la sepultura del Santo, le dijo llorando estas palabras: «¡Oh Padre mio REGALADO: cómo se conoce que ya has muerto! Si tú vivieras, de otra manera me trataran. A buen seguro que, por tarde que viniera el pobre viejo, no le faltara limosna. Más ahora, ¡qué he de hacer, Santo mio, que aquí perezco de hambre y no hay quien me remedie!» No bien acabó

de pronunciar estas palabras, vió removerse la tierra y sacó un brazo SAN PEDRO, llevando en la mano un pan que entregó al pobre anciano.

Hasta el año de 1492 permaneció en el humilde enterramiento en que fue colocado primeramente, aunque constantemente visitado y honrado por altos personages y gran número de devotos. En este año y dia 15 de mayo fue trasladado el santo cuerpo á un precioso sepulcro de alabastro, mandado construir por la Reina Doña Isabel la Católica, que fue desde Granada á presenciar la traslacion. Se encontró el cuerpo completamente incorrupto y tan flexible como si estuviera vivo; y deseando la Reina enviar una reliquia al Rey su esposo, mandó que cortasen una mano al Santo, y al verificarlo, salió sangre tan encarnada y liquida como si fuese de un cuerpo vivo. Sangre en que se empaparon varios lienzos que fueron guardados con la mayor veneracion. El sepulcro de SAN PEDRO REGALADO ha sido uno de los más visitados por Reyes, altos Prelados y dignidades de todas clases, y ante el cual ha obrado el Señor más número de milagros. En el año de 1683 aprobó su culto el Papa Inocencio XI por su decreto espedido á 13 de mayo, en cuyo dia se celebra su fiesta.—N.

SANTA ARGENTEA Y SAN VULFURA (1).

Hasta el siglo XVIII han sido desconocidos estos Santos, sin tenerse ninguna noticia de sus Actas. En el año de 1719 las insertó Berganza en la *Historia del Real Monasterio de Cardeña*, por haberlas encontrado en un Santoral de letra gótica en el archivo de aquel Monasterio, adonde le llevaron desde Córdoba los Monges que fueron á recoger el

(1) La íntima relacion que tienen los hechos de estos dos Santos, especialmente en su muerte, obli a á dar cabida en este lugar á San Vulfura, aunque fue de nacion francés.

cuerpo del conde Garci Fernandez. Posteriormente, en 1753, el maestro Enrique Florez las publicó, insertándolas íntegras en el tomo X de la *España Sagrada*, del que nos hemos servido para redactar esta biografía.

Fue SANTA ARGENTEA natural de una ciudad llamada Bigastro, sita en España, territorio de Andalucía, que fue arrasada por los moros, y de la cual eran los padres de la Santa tan principales personages, que el autor de las Actas los califica de Reyes de aquella ciudad. Llamábase el padre Samuel, y la madre Columba, quienes criaron á su hija con el esmero y regalo correspondiente á su elevada posicion: pero cuanto más avanzaba en edad ARGENTEA, tanta más aversion mostraba á las riquezas, al lujo y á los goces del mundo, manifestando su predisposicion á ocuparse solo de los negocios celestiales y de la salvacion de su alma. Relevó á sus doncellas del cargo de vestirla, asistirla, y arreglar la habitacion y el lecho, ocupaciones que tomó á su cuidado, sin molestar á los criados con peticiones, pues renunció tambien por completo á que la sirviera nadie, constituyéndose ella en servidora de todo el mundo, especialmente de los enfermos y de los pobres.

Habiendo fallecido su madre, puso su padre el cuidado de la casa á cargo de la santa doncella; más como esto la obligaba á distraerse de sus rezos y contemplacion de lo divino, y la precisaba á estar más en contacto con la sociedad, de la que huia con el mayor cuidado, por juzgarla muy ocasionada á la pérdida de la virtud, rogó humildemente á su padre que nombrase un mayordomo, y la relevase á ella del encargo, suplicándole al propio tiempo la hiciese un cuarto en el punto más retirado de la casa, para habitar aislada del bullicio, y acompañada solo de dos santas jóvenes, que con ella se dedicaban á orar y entonar cánticos de alabanzas al Señor. Samuel, respetando tan virtuosos pensamientos, complació en un todo á su hija, y

confió la administracion de la casa y el cuidado de los otros hijos á persona apta y de confianza.

Florecia por aquel tiempo un varon esclarecido y religioso, que ejercitándose en la práctica de todas las virtudes cristianas, anhelaba alcanzar la corona del martirio, y habiendo llegado su fama á noticia de ARGENTEA, se inflamó en iguales deseos y determinó preguntar á aquel Santo varon si la haria Dios á ella y á las dos jóvenes que la acompañaban la suprema merced de morir Mártires. El Religioso la contestó que una de sus compañeras padeceria martirio antes que él y que ella, y que la otra no conseguiria aquella suerte; pero ella sí, aunque pasaria algun tiempo.

Grande fue el contento que recibió ARGENTEA con esta contestacion, redoblando sus santas obras y sus penitencias, y rogando incesantemente á Dios que abreviase el plazo de su martirio.

Así las cosas, llegó el año 928 de Jesucristo, año terrible, de muertes y devastacion en casi toda España con motivo de la sangrienta guerra de los descendientes de Mahoma entre sí por sus derechos de supremacia. Hubo sangrientos combates, y muchos pueblos, villas y ciudades quemadas y destruidas por completo, entre las cuales lo fue Bigastro, habiéndose tenido que refugiar los moradores de ella que quedaron con vida á la ciudad de Córdoba, á donde tambien marchó ARGENTEA con sus hermanos, creyéndose generalmente que su padre murió en la destruccion de la ciudad, pues las Actas no vuelven á nombrarlo.

En Córdoba se unió ARGENTEA á otras jóvenes cristianas, viviendo durante tres años dedicadas á la oracion y á la contemplacion de lo divino.

Residia por aquel tiempo en Francia un santo varon llamado VULFURA, iluminado de igual celestial luz que

ARGENTEA. Una noche, hallándose durmiendo, se le apareció el Señor y le mandó que pasase á España, donde le tenia prevenido morir por su amor en compañía de una Virgen llamada ARGENTEA. Partió VULFURA inmediatamente, y guiado por el espíritu divino llegó á Córdoba y encontró á la Santa Vírgen, á quien comunicó el objeto de su viaje, en virtud de la revelacion y mandato del Señor. ARGENTEA, poseida del más supremo contento, esclamó: «¿Pues qué hacemos? ¿Qué nos detiene? Armémonos con el escudo de nuestro Rey celestial, y pasemos desde luego á rebatir los escuadrones de Mahoma.»

Admirado quedó VULFURA del sublime entusiasmo y valor de esta doncella, y resuelto él por su parte á llevar adelante sin tardanza sus propósitos de morir Mártir, salió al punto á la calle predicando la verdadera fé. Prendiéronle en seguida y le condujeron á presencia del juez: procuró éste ganarle con promesas y arteras palabras; pero viendo que nada conseguia por este medio, mandó que le condujeran á una prision, á ver si con el mal trato y las privaciones podian reducirle á renegar de Jesucristo.

En cuanto ARGENTEA supo que estaba ya en la cárcel el heróico VULFURA, pasó á visitarlo, y á fortalecerle, si preciso fuese, en su santo propósito. Llegada la noche se retiró, ofreciendo visitarle diariamente, como lo verificó, hasta que una mañana al entrar en la cárcel se llegaron á ella varios soldados moros de los que aquel dia estaban de guardia, y la preguntaron: «No eres tú la hija del Principe Samuel? ¿Pues cómo te has atrevido á entrar aquí? ¿Por ventura pretendes neciamente mezclarte en la muerte de este malvado?» La Santa, gozándose de la ocasion tan oportuna para lo que tanto habia deseado, respondió con valor, que no solo era hija de aquel padre, sino cristiana. Oida esta confesion, la cogieron furiosos y la llevaron al juez. Este la preguntó sobre su profesion, y la Santa dijo:

«¿Qué me andais tentando con preguntas? ¿No he dicho ya que soy cristiana? Pero por cuanto segun el dogma apostólico, con el corazon se cree y con la boca se hace la confesion, confesaré en presencia de todos, que mi fé es adorar un Dios en Trinidad, indivisible en la sustancia, y sin confusion en las personas.»

«Enfurecido el juez con esta celestial respuesta, mandó iracundo que cargasen de cadenas á la Sierva de Dios: y allí la santa doncella se purificaba más en los ayunos, sin desistir de meditar en las palabras de Dios por el espacio de algunos dias en que estuvo en la cárcel, hasta que bajó el decreto del Rey, en que dió la sentencia siguiente: Que si los dos no abrazaban la secta de Mahoma, fuesen degollados, y que á ARGENTEA, como insolente y rebelde al culto y a los premios del Rey, despues de mil azotes, se la cortase el cuello.» Oida esta sentencia por la Santa, dió las gracias á Dios, gozando de llegar al suplicio, por donde habia de subir á los brazos de su Divino Esposo; y arrojándose como buen soldado á la palestra, salió con ánimo diciendo al Presidente: «¿Qué importa, Príncipe el más cruel, que cortes el órgano de mi cuerpo, si el instrumento invisible de mi ánimo no deja de resonar á Cristo? Aumenta, infeliz, aumenta crueldades, con las que á mí me multipliques triunfos y amontones para tí castigos sempiternos; pues en lo que á mí me toca, mientras más penas me cerquen, me gozo de que seré más feliz.»

Ciego de furor el juez, no quiso dar más treguas, y mandó que acto contínuo fuese ejecutada la sentencia, que sin demora se llevó á cabo, siendo degollados los dos Santos, cuyas almas volaron á las moradas celestiales en la mañana del dia 13 de mayo del año del Señor de 931. Los cristianos recogieron por la noche los santos cadáveres, dando decorosa sepultura al de SANTA ARGENTEA en la iglesia

de los tres Mártires, que luego tomó la advocacion de San Pedro, y al de SAN VULFURA lo enterraron en un cementerio, cuya situacion y nombre no nos revelan las Actas.—N.

DIA 14.

San Bonifacio, Mártir, *Romano.*

DIA 15.

SAN ISIDRO, LABRADOR, PATRON DE MADRID, ESPAÑOL.

Uno de los más preciados florones de la coronada villa y corte de Madrid, es el haberla cabido la alta honra, á la vez que ilustrado y favorecido el Todopoderoso, concediéndola la señalada merced de haber sido la patria y cuna de su glorioso Patron SAN ISIDRO, inestimable don que enorgullece no solo á la capital, sino á toda la monarquía española.

Nació este Santo memorable en la misma, alrededor del año 1080, último tercio del undécimo siglo, ocupando la Silla de San Pedro el Pontífice San Gregorio VII, y siendo Rey de Castilla y de Leon D. Alfonso VI, denominado el *Bravo.* Sus padres eran cristianos muzárabes, así llamados por morar ó vivir avecindados entre los árabes. El reino de Toledo estaba entonces dominado por los infieles y gobernado por Almenon ó Alí-Maimon, cuyo nieto, llamado Tariph, hijo de Hisen, era alcaide de Madrid. Pertenecian aquellos á la humilde clase de labradores; pero en medio de sus privaciones y pobreza, permanecian fieles y constantes en la fé católica, siendo muy temerosos al Señor. Pusieron en la pila al venturoso niño el nombre de ISIDRO, dícese que por su gran devocion á San Isidoro, Arzobispo de Sevilla, y desde aquel momento Dios der-

ramó sus bendiciones sobre él, infundiéndole el amor á la virtud, y dotándole de un candor y una inocencia que toda su vida conservó inalterable.

Ignórase la parroquia en que se le administró el primer Sacramento: sus más antiguos biógrafos callan sobre el particular, disputándose varias aquel honor, entre ellas Nuestra Señora de la Almudena, San Andrés, San Salvador y Santa Cruz, comprendidas en el recinto de Madrid; y fuera de él, San Martin y San Ginés; pero la opinion más admitida es que la favorecida fue la de San Andrés, contribuyendo á autorizar este parecer, la particular devocion que tuvo el Santo á esta iglesia, de la cual fue muy asistente, y en la que sus sagrados restos descansaron despues de su muerte.

Criose, aunque bajo de humilde techo, á la sombra de las virtudes domésticas, creciendo con la razon en su alma el horror al pecado, y el amor á todo género de piedad y virtud; imitando y siguiendo en todo el cristiano ejemplo de sus padres, que desde su más tierna edad le enseñaron á temer y amar á Dios, á guardar sus Mandamientos, á obedecer á los mayores y reverenciar á los eclesiásticos, ministros del Señor; recibiendo sus ideas religiosas el mayor brillo con la docilidad de su carácter, y el candor angelical que revelaba en su rostro la inocencia de su bellísima alma. Sus padres se gozaban observando sus buenas disposiciones y su decidida inclinacion á las cosas sagradas, asegurándoles el aumento que recibirian con la edad y una reflexion más madura: en esta atencion, acordaron enviarle á la escuela á que aprendiese á leer, determinacion que en aquella época escedia á las pretensiones de un pobre labrador, y supo aprovecharse tan bien, que hizo notables progresos en el estudio de los deberes cristianos. Con un corazon grande y una fé inestinguible, no necesitó ISIDRO otra ciencia para iniciarse en la de los Santos, á

cuya senda le encaminaban las piadosas lecciones de sus padres, los que siendo muy devotos de Nuestra Señora de la Almudena, concurrian con frecuencia á este santuario, donde halló SAN ISIDRO un director espiritual, que aumentó el tesoro de sus virtudes, y le enseñó la costumbre de orar y amar dignamente á aquella Reina de los Angeles. Su íntima comunicacion con el Altísimo no se veia interrumpida con las labores del campo, pues aunque su padre le ocupase á su lado en los diferentes quehaceres de la labranza, absorbian perennemente su imaginacion las bondades celestiales y el amor á su Criador.

Aun no habia cumplido los veinte años cuando faltaron los autores de sus dias, á quienes como hijo sumiso y obediente ayudó cuanto pudo, empleando sus infantiles fuerzas en el trabajo del campo acomodado á su edad. Huérfano y desamparado, se dedicó para ganar la subsistencia al trabajo igualmente penoso de abrir pozos de agua potable y bodegas, cuya peligrosa ocupacion fue ilustrada en varias ocasiones con los milagros que el Señor obró para favorecerle. Cuando exhaustas sus fuerzas y bañado en sudor estaba á punto de desfallecer, la mano de Dios le protegia, ablandando las rocas que impedian sus escavaciones, haciendo manar chorros de agua tan copiosos como ricos en virtudes medicinales.

El casco de la villa de Madrid que existia entonces se hallaba fundado sobre un suelo seco y árido, no conociéndose las fuentes, que las necesidades y el trascurso de los tiempos establecieron, con la traida y conduccion de aguas de las sierras de Guadarrama, siendo preciso valerse y surtirse de aquel tan indispensable elemento abriendo muchos pozos y cuidándolos con el mayor esmero. Como resulta de las informaciones y pruebas que se hicieron para la Beatificacion de este Santo, y que conserva la tradicion, se saben los sitios en que abrió algunos. Uno, que cita y

señala Gerónimo Quintana como obra del Santo, fue en la calle Mayor, en una casa sita en los portales llamados de San Isidro, próximos á la *Puerta del Sol*, que habitó Jaime Bordador, quien la reedificó hácia el año 1628. En vida del Santo la habitaba una señora muy virtuosa y cristiana, llamada Nufla, la que le encargó el rompimiento de aquel pozo, que por estar abierto en peña viva se reconoció y consideró como un prodigio del cielo, dando la piedad religiosa un valor milagroso á sus aguas, por cuya virtud, y la viva confianza en el Santo, sanaron muchos de las dolencias que padecian. Otro hizo en la casa de doña María y doña Isabel Falconi, hermanas, en la calle de Toledo, antes campo extramuros de Madrid. Con motivo de practicar iguales escavaciones en casa de un caballero llamado D. Felipe Vera, regidor que fue de la villa de Madrid, situada al lado del Colegio Imperial de la estinguida Compañía de Jesus, en la calle llamada de los Estudios, y ademas una cueva en dicha casa de los Caballeros Veras. Prendose tanto el dueño del carácter afable y modesto de ISIDRO, que le propuso confiarle el cultivo de una heredad suya. Gozoso el jóven, aceptó el partido con el mayor placer, y se consagró sin descanso á las nuevas faenas, con tanto mayor gusto, cuanto que aquella fue su primitiva ocupacion y oficio, consiguiendo con su laboriosidad aumentar los rendimientos y utilidades á su amo.

Era admirable en este Santo la estremada sencillez de costumbres, y el desprendimiento de los mundanos intereses. Los pobres eran sus amigos, y su vida, prácticar la caridad hasta para las aves del campo. Grande y constante fue su devocion, principalmente á Nuestra Señora de Atocha, á cuya ermita acudia diariamente, como tambien á la iglesia de San Andrés, y á Nuestra Señora de la Almudena, que eran sus templos predilectos. A este último Santuario

pertenecia el director espiritual de ISIDRO, varon evangélico, con quien consultaba cuantas dudas le ocurrian sobre la perfeccion de su vida. Era clérigo lector, y por su ministerio, y segun la costumbre de aquel tiempo, leia públicamente á los fieles la Sagrada Biblia, siendo escuchado por ISIDRO con la mayor atencion y el mas firme propósito de observar toda su vida aquellos santos preceptos.

Su gran devocion al Santisimo Sacramento la antepuso constantemente á todo: volviendo un dia de la fragua, de aguzar la reja del arado, al pasar por una iglesia oyó tocar la campanilla á la elevacion de la Hostia. Llevado de un rapto de profundo amor y adoracion, entró en el templo, dejando la reja á la puerta; pero al salir vió con la mayor pena y sentimiento que se la habian hurtado. Puso en noticia de su amo este acontecimiento, y reconociéndose culpado de aquella falta, le propuso que descontase el valor de la reja del importe de su salario.

Cuando salia á sembrar no le permitia su corazon compasivo dejar sin socorro á los pobres que hallaba al paso, siendo á veces tan estraordinaria su caridad, que se estendia hasta las aves, particularmente cuando estas se hallaban acosadas del hambre en estacion de nieves. Refiérese que yendo al molino, y viendo muchas en un árbol, despejó una porcion de tierra que aquella cubria, y esparciendo unos puñados de trigo, les dirigió la palabra, diciendo: *Pajaritos, comed, que para todos da Dios abundantemente*: en seguida bajaron aleteando las avecillas á recibir el alimento de aquella mano generosa. En otra ocasion que le envió su amo al molino con un costal de trigo, encontró en el camino unos pobres, cuyo semblante revelaba una horrorosa miseria, y escitada en gran manera su caridad, se acercó á aquellos infelices, y les dijo: *Hermanos, ¿quereis un poco de este trigo para remediaros, puesto que no tengo otra cosa que daros?* Esta oferta inesperada reanimó el valor de aquellos

desvalidos, que se apresuraron á llenar sus monteras y zurrones, y se despidieron tiernamente de ISIDRO, colmándole de bendiciones. Naturalmente el contenido del costal debió resentirse de aquellas liberalidades, de modo que cuando llegó al molino estaba muy menguada la cantidad de trigo que sacó de casa. Cuando le tocó el turno se empezó á moler su corta porcion; y la caridad de SAN ISIDRO se vió recompensada con tanta abundancia de harina, que no cupo en el costal. El molinero, dudando de su buena fé, le dijo: *que precisamente habia tomado de los otros lo que le faltaba para llenar su saco, pues que no cabia la harina*; pero ISIDRO le contestó con la mayor dulzura y prudencia: *que no era ladron, ni Dios lo permitiera nunca; y si creia habia hurtado aquella harina, la tomase toda y le volviese el trigo en la cantidad que habia traido.* Así lo hizo el molinero, puesto que no estaba en la posibilidad humana hacer que de tan poco grano resultase tanta harina; pero fue grande su sorpresa y la de todos los presentes, cuando al molerle la porcion de trigo devuelta, dió aun más harina que la que acababa de quitar al Santo. En vista de una manifestacion tan visible de la proteccion divina, cayó el molinero confuso á los pies de ISIDRO y le pidió perdon de la injuria y de su mal pensamiento. Pero no fue esta la sola prueba de que Dios le favorecia en sus obras. Mientras estuvo á su cargo la hacienda de Vera, se advirtió que sus sembrados estaban más limpios, las espigas más granadas y lozanas, su yunta más lucida, y en los aperos y en todo se echaba de ver una notable diferencia. Esto escitó la envidia y emulacion de sus vecinos, y tratando de dañarle le acusaron á su amo de negligente y descuidado, y de que por atender á sus intempestivas devociones robaba mucho tiempo al trabajo y al cultivo, como podria convencerse por sus propios ojos. El amo, para averiguar lo que hubiese de cierto en la acusacion, subió un dia á una colina que dominaba el

campo donde araba ISIDRO, y se puso en acecho. No tardó mucho en verle orando arrodillado bajo unos árboles, al mismo tiempo que la yunta araba sola, y tan bien como si la mano del labrador la guiase. Bajó Vera al sitio, admirado de este prodigio, y apenas le vió ISIDRO, se levantó y fue á disculparse de haberle hallado sin trabajar. *No importa,* le dijo su amo; *nada se ha perdido, Isidro*: y en efecto, el cielo suplia su trabajo y recompensaba con abundantes frutos de la tierra las oraciones que el buen labrador dirigia al cielo. Su amo estaba bien penetrado y satisfecho del trabajo, costumbres y de todos los pasos que daba ISIDRO. Así fue que para llegar al grado de perfeccion que alcanzó nuestro Santo, bastaba observar todas sus operaciones: se levantaba al amanecer, rendia gracias á Dios mientras se vestia y limpiaba; echaba de comer al ganado, y puesto de rodillas en un rincon de la caballeriza, hacia sus oraciones mentales, ínterin las bestias comian su pienso. Despues de haber empleado una hora ó más en meditar sobre las cosas santas, iba á oir una ó dos Misas, regresaba á su casa, tomaba el almuerzo y salia con los bueyes uncidos á labrar el campo. En su labor continuaba pensando en Dios hasta que era hora de terminar el trabajo: entonces recogia el hato y volvia á su casa rezando oraciones á la Virgen: daba el pienso á los animales, y mientras le preparaban la cena aprovechaba el tiempo yendo á visitar al Santísimo Sacramento si habia templo abierto á aquella hora.

Corria el año de 1110, y despues de la muerte del bravo Rey D. Alonso, el feroz Alí, Rey de los Almoravides, hijo de Juseph, Rey de Marruecos, entró por el reino de Toledo con un ejército numeroso y aguerrido, llevando su conquista á sangre y fuego, poniendo cerco y apoderándose de Madrid á fuerza de armas. El terror que inspiraban los infieles obligó á muchas familias á emigrar y abandonar sus hogares, y SAN ISIDRO, para quien la presencia y ve-

SANTORAL ESPAÑOL



Dib.º Barcala. Lit.ª de Escarpizo

SAN YSIDRO, LABRADOR,

Patron de Madrid.

cindad de los hijos de Mahoma no podia ser agradable, resolvió retirarse á Torrelaguna, distante nueve leguas de Madrid, donde tenia algunos parientes. El pueblo pudo en seguida admirar su piadosa sencillez, su santa humildad y ejemplar paciencia, unida á una cortesía y candor en sus acciones, que le distinguian sobremanera entre todos los de su condicion. Allí se ajustó por criado en casa de un hacendado cuyas tierras continuó cultivando del mismo modo que lo habia hecho con las de Vera, pero sin olvidar sus acostumbradas devociones, y estas le hacian comenzar el trabajo algo tarde. Nuevamente la pasion de la envidia de otros labradores intentó malquistarle con su amo, dándole quejas de su criado por el abandono en que decian que dejaba la labor. Llegaron á tanto incremento estas hablillas, que su amo quiso poner remedio de una vez, mandando á ISIDRO que arase mucha más estension de tierra que la que razonablemente podia. El Santo obedece y calla: se levanta al amanecer como siempre, cumple con sus ordinarias devociones, oye Misa y sale para el campo. El amo va por la tarde y da vuelta á sus heredades en tiempo que ya ISIDRO habia rematado su tarea: admirado quedó el amo, pero no satisfecho todavía. El Señor reservaba para más tarde convencerle de la rectitud y sinceridad de su criado. Era costumbre en Castilla y en otras provincias dar los amos ó dueños, á cuenta del salario, un pedazo de tierra para que la cultivase el mozo y del valor de los productos se vistiese: dicha tierra la llamaban *pegujal*. ISIDRO sembró el suyo, y á su tiempo recogió tanta mies como el amo en toda su hacienda. Sospechó este de la fidelidad de su criado, y empezó á tratarle con mal semblante y desabrimiento, diciéndole con enojo: «¿Cómo es posible que cojas más trigo de solo tu pegujal, que yo de todo lo que he sembrado?» A lo que ISIDRO contestó con la mayor templanza: *Dios es el repartidor de sus bienes, y así reparte como quiere y es servido. Pero*

porque salgais de esa duda, tomad, Señor, todo el grano de mi monton, que contento quedaré con la paja de mi pegujal. Aceptó el amo, y habiendo vuelto ISIDRO á trillar y limpiar la paja que le habia quedado, sacó de ella más trigo que el que antes habia dado de sí; pero reconocido á la Providencia, antes de encerrarle en su casa repartió una gran parte entre los pobres.

Sus parientes de Torrelaguna, que tuvieron ocasion de admirar más de cerca sus virtudes, desearon verlo establecido, y se propusieron asociarle una compañera digna de compartir con él los trabajos del campo y los tesoros de una santa vida: á este fin le indicaron una hija del pueblo, jóven honrada, de buenísimas cualidades y conocida virtud. Los autores están discordes sobre el lugar del nacimiento de María. Unos la dan como hija de Cobeña, otros de Caraquiz ó Torrelaguna; pero los que parece van más acertados son los que la tienen por natural de Uceda, hija de padres muzárabes, que la habian dejado al morir una heredad que podia proporcionarla un mediano pasar. El sobrenombre *de la Cabeza*, con que se la distingue en nuestros tiempos, no fue apellido suyo, y se le empezó á dar cuando se trasladó su cabeza á la ermita de Nuestra Señora, que está junto á Caraquiz, entre el rio Jarama y Torrelaguna. Consultó ISIDRO punto de tanta consideracion, y como en todas sus cosas, dirigió principalmente sus oraciones y humildes ruegos al Todopoderoso para que le ilustrara y manifestase si aquel estado le seria agradable y la compañera reunia las virtudes necesarias. Contando con el favor del Señor, y convencido de que la esposa que le ofrecian era la que más le convenia, se decidió á abrazar el estado de matrimonio. De este modo unió Dios con sagrado vínculo dos seres formados el uno para el otro, por haber tanta semejanza en su vida, virtud y costumbres.

Unidos y felices aquellos esposos, buscaron una casita

proporcionada, y la arreglaron segun costumbre de aquella serranía: más al poco tiempo arrendaron algunas tierras del término de Uceda, y se trasladaron de la alqueria de Caraquiz á la hacienda de María. El Santo tomó á renta además algunas fincas, sirviéndole un par de bueyes que aportó su consorte al matrimonio. La paz santificaba aquella dichosa pareja, y la caridad embellecia con sus atractivos sus tranquilos y apacibles dias; ganaban el pan con el sudor de su rostro, primitivo destino del hombre. ISIDRO cuidaba de la faena del campo, y la virtuosa María, atendiendo á los quehaceres domésticos y gobierno de la alquería, cuidaba al mismo tiempo de una ermita de la Vírgen, situada en una pequeña eminencia al otro lado del rio Jarama. De este modo se deslizaban sus dias dichosos, y cada uno procuraba hacerse más grato al otro, endulzando con su cariño las molestias de una vida trabajosa, y practicando la virtud constantemente. Trazar los rasgos de caridad de ISIDRO y de María, y consignar las bondades que el Señor derramaba sobre su humilde casa, seria recorrer uno por uno todos los dias de su existencia. Si la Reina de los Angeles se complacia en hablar á María, el Señor guiaba con mano invisible el arado de ISIDRO, y multiplicaba sus frutos, mientras que su caridad vaciaba sus trojes, procurando ejercerla siempre, aun con cosas bien pequeñas. Refiere Gerónimo Quintana, que hallándose un dia á la puerta de su casa, que despues fue ermita de su nombre, en la quinta de Caraquiz, vió venir unos galgos en seguimiento de una liebre, á quien llevaban ya muy fatigada y acosada. El Santo, movido de su natural piedad, se compadeció de aquel azorado animal, y con su natural sencillez y santidad alzó la voz, diciendo: *Galgos, en el nombre de Dios os pido que dejeis esa pobrecilla y no la hagais mal.* Al punto pararon los perseguidores, obedeciendo á la voz de ISIDRO, y la liebre continuó corriendo, poniéndose en sal-

vo. En otra ocasion se vió muy apurado para pagar en agosto la renta de la heredad, por haber sido un año generalmente muy estéril: sin consideracion ni compasion apremió el dueño hasta el punto de llevarse todo el grano existente en la era. María le ruega y suplica que se haga cargo de la esterilidad del año; pero mostrándose aquel inflexible, añade la Santa: *Señor, dejadnos siquiera la paja, para que tengan que comer estos bueyes.* A esto último condesciende el dueño, llevándose en seguida todo el grano, y María consuela á su esposo, diciéndole: *Hermano, tengamos paciencia, y pongamos esta paja en cobro, pues que el Señor nos la ha dejado.* Efectivamente, el Santo bielda ó limpia nuevamente la paja, y la encuentra mezclada con tanto trigo, que pudieron ocurrir á sus más precisas necesidades.

Como una de las primeras obligaciones que se habia impuesto María era el aseo y cuidado de la ermita de la Virgen, se vió un dia muy afligida y apurada por no poder atravesar el rio por el vado acostumbrado, por la gran crecida de aguas, que le impedian cumplir con su devocion; y cuando permanecia desconsolada en la ribera, se le apareció la Virgen, y tomándola por la mano la pasó á la orilla opuesta. De este favor singular fue igualmente partícipe su esposo ISIDRO en otra ocasion, pues marchando juntos á hacer sus acostumbradas estaciones y rezos, y habiendo ocurrido una grande avenida, la Santa, inspirada del Señor, tendió su manto sobre las aguas, y puestos de pie en él los dos esposos pasaron sin mojarse á la otra orilla. Así lo cuenta su historiador Jacobo Bleda, y de las informaciones de muchos testigos resulta que María pasó de este modo diferentes veces el rio.

Un dia que araba ISIDRO en las cercanias de la alquería de Caraquiz, llegó un hombre á caballo, fatigado de la sed, y le pidió agua. El Santo le indicó desde la heredad

un pequeño cerro ó altura donde pudiera encontrarla. El hombre sediento se dirigió al sitio designado; pero por más diligencias que hizo en busca del agua, no halló manantial que apagara su ardiente sed. Se vuelve muy airado donde estaba ISIDRO, y con descompuestas voces le denosta, llamándole villano, que trataba de hacer burla de su sufrimiento, puesto que le habia engañado. ISIDRO, con corteses razones, procuró templarle, y le acompañó al lugar indicado. Llegados que fueron, puesta su confianza en Dios, hiere en una piedra con la arrejada, y dice: *Pues aquí ha habido agua, y la hay, y la habrá para siempre jamás.* Al momento empezó á brotar un manantial, que por su salubridad y por la invocacion sincera del Santo, es llamado *Valdesalud.* El pasajero satisfizo su gran sed, y humillándose rendidamente ante ISIDRO, le pidió perdon de su demasía, sorprendido y confuso á vista del no esperado prodigio.

Terminado el arriendo que ISIDRO habia hecho con su amo de Torrelaguna, y sosegados algun tanto los habitantes de la villa de Madrid, despues de restablecida la paz turbada por las correrías de los sarracenos, pensaron los esposos regresar y vivir en ella en la misma condicion de labradores; pero antes se les proporcionó el hacer un nuevo arriendo con un caballero de Madrid, llamado Iban de Vargas, el cual, noticioso de la virtud de aquel labrador, le dió en arrendamiento una heredad en término de Talamanca, llamada *Eraza,* á donde pasaron á vivir entrambos consortes. La llegada de los dos forasteros escitó la atencion y curiosidad de los vecinos del lugar, tan natural en los pueblos de reducido vecindario; más se volvió en asombro cuando observaron las costumbres angelicales de aquel sencillo matrimonio, que derramando el bien á manos llenas hacian patrimonio del pobre la mayor parte de sus bienes. No se contentaba María con proporcionar albergue al desvalido y

socorrer en su puerta al necesitado, sino que acudia solicita á donde la caridad la llamaba, cuidando á los enfermos del pueblo, suavizando con palabras de amor y de Religion sus padecimientos, y agotando todos sus recursos para que nada les faltase. Las bendiciones del pobre llovian en abundancia sobre la casa de ISIDRO, aclamada por todo el pueblo como el verdadero asilo del indigente. Las bondades de María la hicieron célebre en todos aquellos contornos; de modo que cuando iba á buscar á su marido al sitio en que estaba labrando, salian á saludarla los pastores de la ribera y los quinteros que cultivaban aquellos campos. Viendo Iban que ISIDRO mejoraba tan estraordinariamente su hacienda, deseó llevársele á Madrid, donde tenia la mayor parte de sus tierras. Consintió gustoso en ello su inimitable colono, realizando su viaje por los años 1119, á los treinta y ocho ó treinta y nueve de su edad. Y como el Señor de Vargas poseia en la villa una casa junto á San Andrés, en el barrio llamado Morería Vieja, destinada para la familia y mozos de labranza, colocó allí á ISIDRO, dándole un aposento bajo, algo hondo, que despues ha sido convertido en pequeña capilla y oratorio, en cuyo altar se venera la imágen del Santo. Constante siempre en sus virtudes ISIDRO, siguió en las propias costumbres que habia observado en Talamanca, Torrelaguna y antes en el mismo Madrid. La oracion y el trabajo eran todo su placer, su predilecta ocupacion; y no debió pesarle al señor de Vargas que su colono pasase largos ratos en la iglesia, puesto que sus campos se hallaban de este modo cultivados con tal esmero. y prontitud, que solo podia esplicarse con el auxilio de un poder sobrenatural.

Sin embargo, la envidia se apoderó de los actos de ISIDRO para censurarle y calumniarle, atribuyendo sus frecuentes devociones las personas de poca fé á hipocresía

ó sobra de simpleza. El amo, á quien llegaron aquellos rumores, le hizo algunas advertencias; pero aumentándose las intrigas y maquinaciones para desconceptuarle, quiso Iban desengañarse por sí mismo y poner en claro la verdad, á cuyo fin subió á una atalaya que habia en la plazuela, que hoy se llama Puerta de Moros, desde donde se dominaba y alcanzaba á ver sus posesiones, y divisó dos yuntas de bueyes estraordinariamente blancos, y en medio la de ISIDRO, arando todas á la par. Confuso Vargas, y escitada su curiosidad por lo que habia visto, se apresuró á tomar un caballo, corriendo á escape á cerciorarse de lo que allí ocurria, y al tiempo de aproximarse á la heredad, desaparecieron de su vista las dos yuntas colaterales, quedando solamente la de ISIDRO. En cuanto llegó, saludó á su criado con cariño, y le dijo con agrado: «ISIDRO, dime con ingenuidad, quiénes eran los dos que estaban arando contigo, y desaparecieron cuando me iba aproximando.»—*Yo, Señor*, respondió el Santo, *no sé que me ayude otro que Dios, á quien invoco cuando me pongo al trabajo, y no le pierdo de vista en todo el dia*. Comprendió entonces Iban lo que significaba la vision; y conociendo tambien la santidad de su criado, le exhortó á que prosiguiese en sus diarias devociones, y más cuando estaba bien persuadido de que en todo el término no habia tierras mejores, mejor laboreadas que las suyas, ni que prometiesen más pingües cosechas.

Llegó el dia en que María fue madre: un niño robusto, fruto tan deseado por los dos esposos, acabó de colmar la dicha que rebosaba de aquel santo matrimonio. ISIDRO corrió á la iglesia á rendir gracias al Señor por este beneficio, y anegados sus ojos en lágrimas de contento ofrecerle su hijo. Su amo se asoció á su satisfaccion, sacando al niño de pila, al que pusieron su nombre. Cuando apenas sabia andar, estando ISIDRO en el campo, por un descuido, ó mejor por providencia de Dios, que sin duda quiso probar los

quilates de la fé y constancia en las adversidades de su favorecido siervo, el niño cayó en el pozo de la casa, ahogándose en seguida. Muy afligida y atribulada su amorosa madre no sabia qué determinar, cuando en aquel punto llegó SAN ISIDRO. Cayeron ambos postrados en tierra, y dirigieron sus clamores y ferviente oracion al cielo, para que el Señor se sirviese socorrerlos en tal conflicto, poniendo por intercesora á Nuestra Señora de la Almudena, de quien eran muy devotos. El Altísimo, que siempre oye con benignidad los ruegos de los humildes, se condolió de su penosa angustia y les resucitó su hijo, y para complemento de su grandeza y poder, obró la maravilla de acrecer las aguas del pozo hasta el brocal, é hizo flotar sobre ellas el niño vivo: sus gozosos padres no tuvieron más que asirle de la mano para recogerle sano y salvo cuando le consideraban cadáver. Este portento consta en las informaciones para la beatificacion, y se halla tambien pintado en la Iglesia de Santa María de la Almudena.

Los dos esposos, viendo tan señalada prueba de la bondad divina y el estraordinario favor que el Señor les habia dispensado, le dieron las más rendidas y espresivas gracias, y le ofrecieron de comun acuerdo observar una vida limpia, de eterna castidad, y para completar su voluntario voto determinaron separarse, aspirando á más perfecto estado. María de la Cabeza marchó á Caraquiz, junto á Torrelaguna, donde siguió ocupándose en su antiguo ejercicio de cuidar con el más pulcro esmero la ermita de la Vírgen Santísima, haciendo los demas ejercicios propios de las personas que se alejan del mundo y se entregan á la soledad y penitencia. Volvió á Madrid ISIDRO con su hijo, á quien trataba de inspirar las máximas que él practicaba.

Las eminentes virtudes de este Santo glorioso quiso Dios fuesen universalmente conocidas, autorizándole para hacer prodigios y milagros. Poco tiempo despues de regresar

de Caraquiz, donde quedó su mujer cumpliendo el voto de continencia, ocurrió que la hija de Iban de Vargas se viese acometida de tan grave enfermedad que falleció á muy pocos dias. Todo era llanto, afliccion y tristeza en la casa, y condolido ISIDRO de la pena de su amo, se dirigió á donde se hallaba la difunta, y poniendo su confianza en Dios, dijo: *Señora Doña Maria, ¿qué hace? ¿duerme?* A lo que contestó la hija de Iban: *¿Qué quieres,* ISIDRO? Y el santo replicó: *Manifestar que no estábais muerta, y sí dormida.* En otra ocasion, viviendo en compañia de María, llegó un pobre cuando acababan de comer y pidió por Dios á su esposa le diese de limosna el sobrante de la olla. La Santa quedó parada por no poder complacer los deseos de aquel necesitado, pues no habia quedado ningun sobrante de la comida: entonces la dijo ISIDRO: *Por Dios, hermana, que si quedó algun resto de la olla, deis limosna á este pobre.* La Santa obedeció por costumbre, pues bien sabia no habia quedado nada sobrante; pero agradablemente sorprendida, encontró llena la olla como antes de comer, quedando socorrido aquel necesitado.

Todos los que han escrito la vida del Santo hacen mérito de la apertura de la fuente en el alto que hoy se llama de *San Isidro.* Su amo Iban de Vargas salió un dia á ver las heredades, y molestado de gran sed pidió al ISIDRO un poco de agua, en la creencia de que la tuviese en la botija. Más como no la hubiera en aquel momento, y por otra parte ISIDRO tratase de complacer y mitigar la sed de su señor, confiando en Dios, dió un golpe con la hijada en el suelo, diciendo: *Cuando Dios queria, aquí agua habia,* y brotó al punto un manantial que se conserva aun en los tiempos presentes.

En algunas ocasiones, el enemigo de las almas inquietó el corazon de ISIDRO con sospechas de que su esposa María faltaba á las obligaciones de su estado. Nada es compa-

parable á los tormentos que produce la pasion de los celos: es la que más lacera las fibras del corazon, y la que con más rapidez destroza la naturaleza mejor constituida, produciendo un cambio tan completo en los sentimientos, que aun en las personas dotadas de prudencia, benignidad y tolerancia, se desenvuelve y se desencadena un furor insólito, y desenfrenado deseo de venganza. Recien casados, y cuando estaban los santos esposos en Caraquiz, habia empezado á inquietar á ISIDRO el diablo tentador, porque María era de poca edad y de tan buen parecer, que llamaba la atencion de todos; pero bien pronto la virtud de la Santa esposa desvaneció las sospechas que habian pasado por la imaginacion del esposo: y más desde que fue testigo presencial del paso milagroso sobre las aguas del Jarama, premiando el Señor de aquel modo la pureza, virtudes y santidad de María.

Despues de su separacion, y cuando más descuidado y ageno se hallaba ISIDRO de que la paz de su alma pudiera alterarse, un malvado, antiguo vecino, con capa de amistad y de interés por el honor, trató de alarmar con embozadas frases el corazon de ISIDRO. Aunque cruelmente sorprendido, y lastimado en lo que más estima y aprecia el hombre de bien, que es la honra, hizo por serenarse, recordando las pruebas evidentes que tenia de la intachable pureza y conducta de su esposa, y más bien para confundir al calumniador, que para cerciorarse él celando los pasos de su mujer, partió con el delator á donde esta residia, llegando en ocasion que la Santa pasaba el rio Jarama sobre su manto, llevando en una mano una luz, y en la otra la alcuza con aceite, para alimentar la lámpara de la ermita de Nuestra Señora. De este modo confundió Dios al vil calumniador.

Despues de aquel suceso vivió SAN ISIDRO bastantes años con grande quietud y sosiego, y segun la mayor par-

te de sus historiadores, pasó de los noventa. Llegado el tiempo en que el Señor quiso premiar al Santo con la gloria de los justos, cayó gravemente enfermo, y para su asistencia se apresuró á venir desde Caraquiz su esposa María: recibió con profunda devocion los Santos Sacramentos; dió escelentes y cristianos consejos á su hijo, exhortando á todos los presentes; se despidió tiernamente de María, y con los ojos fijos en el cielo, y las manos levantadas en alto, entregó plácidamente su espíritu al Señor el dia 30 de noviembre del año 1172, reinando en Castilla D. Alfonso IX, y siendo Sumo Pontífice Alejandro III.

Fue SAN ISIDRO de estatura más que mediana, sano, fuerte de complexion, robusto y abultado de cara, aunque algo flaco por su contínuo trabajo y mortificacion. Sepultósele pobremente en el cementerio de la Parroquia de San Andrés, en el sitio que es hoy presbiterio, donde está señalado el de su primitiva sepultura con una reja. Allí permaneció su cuerpo enterrado por espacio de cuarenta años, sin distincion alguna. María, despues de haber asistido á su esposo con la mayor piedad, solicitud y cariño, regresó á Caraquiz, donde continuó su ejemplar vida, sobreviviendo á SAN ISIDRO ocho años.

Pasados los dichos cuarenta años, se apareció el Santo á un labrador, y le dijo «que hiciera sacar su cuerpo del cementerio de San Andrés, y que se le colocase en lugar más decente dentro de la misma iglesia.» Descuidose de cumplirlo, y al punto fue invadido de una grave enfermedad, de la que no sanó hasta el dia de la exhumacion. Aparecióse despues el Santo á una virtuosa señora vecina de Madrid, y esta fue más puntual. Diose cuenta al clero y á las autoridades, y dispuesta su traslacion, ocurrió el prodigio á vista de muchas personas, de que al descubrir su sepultura se tocaron por sí mismas las campanas de San Andrés, anunciando con su alegre toque la gloria que dis-

frutaba aquel Bienaventurado: á este se siguió otro milagro no ménos admirable, y que actualmente subsiste, que fue el hallarse el cuerpo con la sábana en que le habian envuelto, entero, y sin la más leve señal de corrupcion, á pesar de llevar enterrado cuarenta años en un sitio sumamente húmedo. Colocáronle entonces en la iglesia, entre el altar mayor y el colateral de San Pedro. Pocos años despues fue trasladado á la capilla que le edificó el Rey D. Alfonso despues de ganada la batalla de las Navas, y por mandato de este Monarca se le construyó una preciosa urna, en cuya superficie estaban perfectamente cincelados los milagros más notables que Dios hizo por la mediacion del Santo: en ella fue colocado el domingo de Cuasimodo á 1.° de abril del año 1212. En el de 1535 se concluyó otra capilla más digna, que D. Francisco de Vargas, tesorero de Cárlos V, facultado por el Papa Leon X, habia comenzado á labrar quince años antes, junto á la misma iglesia.

Desde que fue colocado en ella el santo cuerpo, ha tenido la capilla capellanes propios para el servicio de su altar. Llamábase esta capilla primero del Cuerpo de San Isidro, luego de San Juan de Letran, y ahora se conoce con el nombre del Obispo que la concluyó. En 1620 fue encerrado en el arca de plata que labraron los plateros de Madrid para celebrar su beatificacion. El 15 de mayo de 1669 se le trasladó á la magnífica capilla, que en medio de la iglesia se edificó, en tiempos de Felipe IV y de Cárlos II, nombrándose doce capellanes y uno mayor, que lo era el Arzobispo de Toledo. En el año de 1769 se colocó el cuerpo de SAN ISIDRO junto con el de su esposa en la iglesia de San Andrés. Muchas son las veces que sus restos se han espuesto á la veneracion pública á fin de alcanzar gracias del cielo, y seria interminable la relacion de milagros que ha obrado el Señor por su intercesion. Uno

de los más notables fue el que obró el dia 16 de noviembre del año 1619 con el Rey D. Felipe III. Volviendo este Monarca de Lisboa, cayó tan peligrosamente enfermo en Casarrubios del Monte, que los médicos llegaron á desconfiar de salvarle la vida. Siendo inútiles todos los remedios, se recurrió á la intercesion de SAN ISIDRO LABRADOR. Estábase celebrando la Misa en honra del Santo en San Andrés, con asistencia de toda la clerecia de Madrid, cuando llegó un correo con la triste nueva de que el Rey quedaba casi en la agonía, perdido ya del todo el conocimiento. Fue general la consternacion; pero la confianza en el Santo moderó el sentimiento, sobre todo cuando se divulgó por la villa que se iba á conducir el santo cuerpo al gabinete del Monarca. Desde que la caja salió de la iglesia se halló el Rey muy mejorado y limpio de calentura, recobrando enteramente la salud en cuanto entró en su estancia. Esta procesion á Casarrubios del Monte se verificó con la mayor pompa y solemnidad. Colocose la caja sobre una carroza magnificamente adornada, acompañando á caballo toda la nobleza y el clero, llevando en las manos cirios encendidos: seguia una prodigiosa multitud de coches y carrozas, con coros de música, y un inmenso pueblo aumentaba continuamente el acompañamiento. Media legua antes de llegar á la Casa Real se incorporaron más de seis mil personas, así eclesiásticas como Religiosas y seculares, que habian concurrido de los pueblos circunvecinos. El Príncipe heredero salió con toda la córte á recibir la santa reliquia hasta la entrada del parque, y la acompañó al cuarto del Rey, su padre, donde estaba toda la familia Real. La caja, conducida en hombros de los cuatro eclesiásticos más autorizados de la Iglesia de Madrid, fue colocada en una especie de trono debajo de un magnífico dosel.

Restablecido completamente el Monarca, se restituyó el sagrado cuerpo á Madrid el 4 de diciembre, con igual pom-

pa, acompañado del Rey, y entrando en la villa entre el estruendo de la artillería y el repique general de todas las campanas. A ningun Monarca se le hizo jamás recibimiento más solemne que á aquel pobre labrador; justo homenage rendido á su santidad y virtudes. El 14 de junio del mismo año, el Pontífice Paulo V le colocó en los altares, y en 12 de marzo de 1622 le canonizó solemnemente Gregorio XV, á instancias del Rey Felipe IV, satisfaciendo los deseos del reino, y despues de hechas con la más severa escrupulosidad todas las informaciones, pruebas y justificaciones prevenidas para estos casos. Fueron muy célebres los festejos y aparato con que la villa y corte de Madrid solemnizó aquel glorioso acontecimiento, celebrándose simultáneamente, y en el mismo dia 19 de junio de 1622, las canonizaciones de Santa Teresa de Jesus, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier y la de San Felipe Neri. La festividad fue tanto mayor cuanto que de los cinco Santos cuatro eran españoles, y los tres tan modernos, que aun podian vivir algunas personas que los habian conocido.

Varias veces ha salido en rogativa el santo cuerpo, y ha sido llevado á la Iglesia Mayor de Santa María, y á su ermita, hoy majestuosa Basílica, de Atocha, como se verificó en el año de 1272, en el mes de marzo, por la gran sequía que se esperimentaba hacia muchos meses.

Delante de la imágen de la Vírgen se sacó el santo cuerpo de la urna, y con asombro universal al punto comenzó á llover abundantemente. Este público milagro se conserva, para memoria eterna, pintado en un cuadro en la capilla mayor de Atocha.

En el año de 1528, para solemnizar la memoria del Santo labrador, se mandó construir una ermita á espensas de la Emperatriz Doña Isabel, esposa de Cárlos I de España y V de Alemania. Este santuario se halla situado en una pequeña altura á la orilla derecha del rio Manzanares,

donde, segun tradicion, abrió el Santo una fuente. El marques de Valero en 1724 costeó la capilla que hoy subsiste dominando la deliciosa pradera, á donde concurren casi todos los habitantes que encierra la villa y corte de Madrid, como tambien muchos de los pueblos comarcanos, á celebrar el dia del Santo, 15 de mayo, con estraordinaria alegria y regocijo. Otras dos capillas del Santo se conservan y veneran en esta corte, la una en la casa de los condes de Paredes, junto á San Andrés, y en su piso bajo, donde tradicionalmente se sabe vivió SAN ISIDRO cuando servia á Iban de Vargas, y la otra en la calle del Aguila, núm. 1 nuevo, donde tambien se cree que vivió.

La virtud del honrado labrador SAN ISIDRO se halla comprobada por la serie de milagros que resulta del memorial impreso á principios del siglo XVII, año de 1613, redactado por Fray Domingo de Mendoza. La relacion de los auditores de la Rota, que informaron á la Santidad de Paulo V para la beatificacion del Santo, contiene varios hechos milagrosos, especialmente de enfermos sanados por su intercesion. Uno de los hechos más gloriosos de SAN ISIDRO, contradicho por el bibliotecario de S. M., Pellicer, y sostenido por el Canónigo y Capellan de la Real iglesia de San Isidro, D. Manuel Rosell, apoyándose en documentos auténticos, es la aparicion del Santo al Rey D. Alfonso VIII, antes de comenzar la memorable batalla de las Navas de Tolosa. Existen pruebas irrecusables y en gran número, que acreditan la certeza de la aparicion, para revelar SAN ISIDRO á aquel gran Monarca el camino que debia seguir, y los puntos estratégicos de que debia apoderarse para triunfar de aquella muchedumbre de infieles.

Si tantos milagros no fuesen suficientes para probar la santidad de ISIDRO, completaria la prueba el perenne portento de la incorruptibilidad, fragancia y conservacion de

su sagrado cuerpo despues de haber trascurrido siete siglos desde su glorioso tránsito. En la última enfermedad del bondadoso Rey D. Cárlos III, que le condujo al sepulcro en 1788, deseó que fuese conducido á Palacio el sagrado cuerpo, como tambien la urna que contenia la cabeza y algunos huesos de su santa esposa María de la Cabeza, para pedirles por la salvacion de su alma y la salud corporal, si lo creia conveniente el Señor. Con este motivo se descubrieron los venerados restos, y el Canónigo referido, Rosell, hace una detenida relacion y exámen minucioso, de los que resulta que el sagrado cuerpo se conservaba entero, á escepcion de los labios y punta de la nariz, fáltándole igualmente algunos dientes, dedos de los pies, y un poco de la pantorrilla izquierda. No tiene pelo ni barba. Las cuencas de los ojos no están vacías, y se le ve un diente muy blanco en la mandíbula superior, y algunos pedazos de muela en la inferior: los muslos y piernas conservan sus carnes bastante frescas y flexibles, y su color no dista mucho del natural en vida. Tiene los brazos cruzados sobre el vientre, asegurándose el izquierdo, que despegó la Reina Doña Juana, con el derecho con una cinta encarnada. Por manera, que despues de veinte y ocho años que no se habia descubierto, se tuvo la gran complacencia en ver que Dios continuaba el milagro que celebró la antigüedad, y aprobó la Silla Apostólica, conservando entero el cuerpo de SAN ISIDRO despues de seiscientos diez y seis años que habian pasado desde que falleció, y de los cuales cuarenta que estuvo bajo de tierra, y espuesto á las inclemencias del tiempo, en el cementerio de la iglesia parroquial de San Andrés.

Desde aquella época ha sido abierta en algunas ocasiones el arca que contiene estos sagrados restos, que permanecen con la misma santa fragancia é inalterabilidad. La primera, cuando el ilustre general D. Francisco Javier Castaños ofreció al Santo su espada vencedora en los cam-

pos de Bailen, en el año 1808, reconociéndose deudor á la proteccion del Santo, cuya invocacion tanto contribuyó á aquel memorable triunfo; la segunda, en el año de 1827, cuando la grave y penosa enfermedad que condujo al sepulcro á la Reina Doña Maria Josefa Amalia, tercera esposa del Rey D. Fernando VII; y la tercera, con el plausible motivo de hallarse en Madrid los Reyes de Nápoles, abuelos maternos de nuestra Reina Doña Isabel II.—L. G.

SAN VITESINDO, MARTIR, ESPAÑOL.

En la antigua villa de Andalucía, llamada Egabro, hoy Cabra, cuya importancia en aquellos tiempos lo manifiesta el haber tenido Silla episcopal, nació SAN VITESINDO á fines del siglo VIII, ignorándose á qué familia pertenecia y cómo pasó sus primeros años. Tampoco se sabe con qué motivo se estableció en Córdoba, ni en qué se ocupaba por el año de 855, en que tuvo lugar su martirio.

VITESINDO era cristiano y hombre muy virtuoso, pero algo pusilánime; y como la terrible persecucion de los sarracenos era muy á propósito para intimidar á hombres aun de más fuerte temple que VITESINDO, viéndose un dia acosado por los moros, se acobardó, y para librarse de la muerte que de cerca le amenazaba, ofreció renegar de la fé católica y hacerse mahometano. Apenas cometida la falta, alzó su potente voz el arrepentimiento, y deshecho en lágrimas, pidió humildemente perdon al Todopoderoso, resuelto á lavar con su sangre en la primera ocasion que se presentara la mancha qne habia echado á su antigua y constante virtud cristiana.

No tardó en presentarse la ocasion de cumplir su propósito, porque no satisfechos los moros con su oferta, le incitaron para que la cumpliese renegando de Jesucristo; pero armado de santo valor, les dijo: «Jamás consintió mi corazon en la sacrílega impiedad que pronunciaron mis labios,

llevado de un temor impropio de los verdaderos agentes de Jesucristo, por cuyo amor repruebo y anatematizo públicamente y con todo mi corazon aquel indeliberado momento.»

Furiosos los moros al oir esta contestacion, se arrojaron sobre él, golpeándole horriblemente, y lo llevaron delante del juez, en cuya presencia pronunció la misma retraccion, siendo en su virtud condenado á morir degollado en aquel mismo dia 15 de mayo del citado año 855, cuya sentencia se llevó á cabo inmediatamente.

No habiéndose incluido á SAN VITESINDO en el Martirologio antiguo Romano, no se celebró en mucho tiempo su festividad en Córdoba; pero acreditado despues cumplidamente su martirio y el de otros muchos Santos omitidos asi mismo en aquel Martirologio, y atendiendo la Santa Sede á la exposicion elevada á ella por el venerable clérigo cordovés D. Juan del Pino, en la reforma que se hizo en el Martirologio se dió cabida á SAN VITESINDO, señalando su fiesta en dicho dia 15 de mayo, en que tuvo lugar el glorioso triunfo.

DIA 16.

San Juan Nepomuceno, Mártir, *Bohemio*, y San Ubaldo, Obispo, *Italiano*.

DIA 17.

SAN PASCUAL BAILON, CONFESOR, ESPAÑOL.

En el pequeño pueblo del reino de Aragon, llamado Torre-Hermosa, nació el dia primero de Pascua de Pentecostés, 17 de mayo del año de 1540, el glorioso Santo SAN PASCUAL BAILON, hijo de Martin y de Isabel Jubera, muy virtuosos y muy caritativos, aunque pobres labradores. Criaron á su hijo humildemente; pero inculcan-

do en su tierna alma ideas de la más sublime virtud, á la que desde muy niño demostró PASCUAL haber nacido destinado. Su mayor placer era estar en la Iglesia, y pasaba largas horas como estasiado contemplando las imágenes, especialmente la de la Vírgen, de quien fue toda su vida amantísimo siervo.

No habia en el pueblo maestro ninguno, y muy pocos vecinos que supieran leer y escribir; y deseando PASCUAL aprenderlo, preguntando unas veces al señor Cura, otras al sacristan, fue venciendo á sus solas con prodigiosa industria y constancia las dificultades hasta leer de corrido y escribir bastante bien.

Dedicole su padre á pastor, y su zurron, en lugar de las provisiones que otros llevaban, solo contenia pan y queso cuando más, y los libros devotos que podia adquirir para leer en el campo, alternando con la oracion, en que pasaba muchas horas de rodillas. Al principio solia reunirse algunas veces con los demas pastores, les leia algun trozo de un libro, y despues les hablaba sobre lo leido, esplicándoles los hechos, y enseñándoles el fruto que de ellos se podia y debia sacar para arreglar las acciones de la vida á las santas prescripciones del Evangelio; pero los pastores, en su mayor parte, se cansaron de las lecciones de PASCUAL, y encontrando más placer en sus juegos y bromas, le dejaron de acompañar, aunque respetando siempre su virtud y honradez, cuya fama iba cundiendo por todo el pais, tanto, que hallándose sin hijos Martin García, rico propietario á quien PASCUAL servia, y deseando conservarle siempre á su lado y librarle de los trabajos penosos del servicio, le propuso aprohijarle, tenerle en su casa con todas las consideraciones de hijo, dejándole á su muerte por heredero; proposicion que no aceptó PASCUAL, por tener formado el propósito de hacerse Religioso Francisco, para constituirse en perpétua pobreza.

Determinado á llevar á cabo cuanto antes este propósito, se despidió de su amo y familia y se dirigió á Valencia; pero no encontró tan fácilmente como habia presumido ingreso en los Conventos, y tuvo que volver á constituirse en pastor, entrando á servir á un labrador de Monfort que le encomendó el cuidado de su ganado. Más como tenia su vista fija en el claustro, vivia descontento, y tanto más cuanto que en el ejercicio de pastor encontraba á cada momento motivos de disgusto, pues su conciencia no podia tolerar que el ganado pastase yerbas agenas, y cuando esto ocurria, á pesar de su esquisito cuidado, marchaba inmediatamente á decirlo al dueño de las yerbas, abonándole de su soldada el importe de lo que habia comido el ganado de su amo.

Manifestando un dia sus disgustos y sus deseos á otro pastor con quien solia reunirse algunas veces por ser más honrado y religioso que los otros, dijo el pastor á PASCUAL: «Si piensas entrar en Religion, ¿por qué no te vás al Monasterio de Nuestra Señora del Huerto, que es Monasterio rico y está en tu tierra?—Por eso mismo, respondió el Santo: yo he dejado mi patria, mis padres y parientes, para vivir en este mundo como en un destierro, sin más pensamiento que buscar el camino derecho para la patria celestial; yo he renunciado al rico patrimonio y adopcion que me ofrecia mi amo, por la pobreza de Jesucristo; y así nada me puedes proponer más opuesto á mis intentos que la entrada en un Monasterio rico y que está en mi patria.»

Hallándose un dia en el campo estasiado en oracion, le pareció ver delante de sí á San Francisco y Santa Clara, vestidos con las insignias de la pobreza, y que le decian cuán agradable era á Dios su Religion y los que la profesaban. Esta vision le decidió á no dilatar ya ni un instante la activa gestion para hacerse Religioso, y despidiéndose de

su amo, se dirigió á hablar al Superior del Convento de Nuestra Señora de Loreto, fundacion de *San Pedro de Alcántara*, y siendo conocida la virtud del pretendiente, le fue concedido el ingreso en clase de lego, tomando el hábito á los veinte y cuatro años de edad en el de 1564. Siendo modelo de novicios pasó el año de probacion, y con el más inefable placer profesó el dia de la Purificacion de Nuestra Señora de 1565.

Indecible es el gozo que esperimentaba el corazon de PASCUAL al considerarse libre de todos los lazos que le unian al mundo, y consagrado solo al servicio de Dios y de la santa Comunidad, y al ejercicio de las más rígidas penitencias, que llevó tan adelante, que diferentes veces tuvo el Superior que mandarle moderase las disciplinas y los ayunos, por temor de perder con la muerte tan útil y ejemplar Religioso. En mucho tiempo solo comió pan, y cuando le obligaron á tomar más alimento lo verificó por obediencia, aunque en muy pequeña porcion. Además de las cuaresmas prescritas por la Regla, ayunaba á pan y agua todos los viernes del año. Su cama era una estera, su cabecera un pedazo de madera, y cuando fue viejo, unas tablas con un corcho. No dormia más que tres horas, sin estenderse, y tan encogido, que juntaba la boca con las rodillas.

Era de talento muy despejado, y de imaginacion tan iluminada de la celeste gracia, que á pesar de no haber estudiado, resolvia la cuestiones teológicas que le proponian con tal ciencia, que llegaron á persuadirse que Dios hablaba por su boca, dejando admirados á los más sabios teólogos de su tiempo. Afectada su humildad por una creencia que tanto respeto é importancia le daba, y para persuadir á todos de que su saber era adquirido en libros ya publicados, se procuró varios, escribiendo despues él dos, en que trataba de la union hipostática del Verbo

Divino y de otras materias igualmente dificultosas, en cuyas portadas puso: «En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un Dios verdadero, Criador de todas las cosas visibles é invisibles, á quien sea dada la gloria y el imperio de todos los siglos de los siglos, amen. Yo FRAY PASCUAL BAILON, natural de Torre-Hermosa de Santa María de Horta, escribí este fárrago para mi espiritual recreo, habiéndole recogido fielmente de muchos libros santos.»

En el año de 1578 prestó un gran servicio á la Orden. Presentósele al Custodio de su provincia un caso árduo y comprometido, y que debia ser consultado con el General de la Orden, el cual se hallaba á la sazon en Paris: los escasos medios de comunicacion y correspondencia que entonces habia obligaban á mandar un Religioso; pero plagada la Francia de hugonotes, era casi imposible que á la ida ó á la vuelta de Paris no dejase este de existir á manos de los hereges. El negocio era grave, no podia ni debia fiarse á un seglar, y el Custodio no sabia qué hacer, porque muy pocos Frailes estaban adornados de las circunstancias que se requerian para tal comision. Consultó el Custodio con los más sabios y prudentes, y como uno de ellos asistió á la consulta PASCUAL, que al oir las seguridades de sufrir trabajos y las probabilidades de morir Mártir, se ofreció á marchar, oferta que fue inmediatamente admitida, porque ninguno como PASCUAL reunia las condiciones necesarias para el encargo. Púsose, pues, en seguida en camino, y largo por demás seria el referir los trabajos que sufrió en Francia: fue perseguido, insultado, maltratado y apedreado en muchísimas localidades, en algunas de las cuales hasta los muchachos le perseguian, gritando: *¡Al Papista! ¡al Papista!* y arrojándole piedras é inmundicia. Pero guardada su vida por Jesus y su Santísima Madre, en cuyas manos la puso, vió al General

de la Orden, despachó su cometido, y con estraordinaria alegria de todos los Religiosos llegó sano y salvo al Convento de Almansa, á dar cuenta al Custodio del satisfactorio resultado del viaje.

Su vida ejemplar, su ciencia y prudencia, y la grande utilidad de sus servicios, le hacian desear de todos los Prelados, lo cual fue causa de que morase en diferentes Conventos, siempre querido y respetado de las Comunidades y de los pobres, de quienes fue el más constante amparo y consuelo. Dotole su Divina Majestad del don de hacer milagros, siendo muchos los que ilustraron su nombre, multiplicando el pan y las legumbres para socorrer necesidades, y sanando enfermos deshauciados: profetizó muchos sucesos, y el de su muerte, que sorprendió á toda la Comunidad, pues hallándose bueno y sano, se lavó los pies con un cuidado que no tenia de costumbre, y preguntándole admirado un compañero por qué se aseaba los pies con tanto esmero, le contestó: «No os admireis, hermano, que quiero tener los pies limpios, para recibir el Santo Sacramento de la Estremauncion.» A poco cayó mortalmente enfermo con tabardillo y dolor de costado: más á pesar de sentirse muy malo toda la noche del domingo 10 de mayo de 1592, á nadie llamó ni molestó, hasta que en la mañana del lunes, echándole de ménos los Religiosos, entraron en su celda y le encontraron en estado tan grave que en seguida le desnudaron, le pusieron en una cama y le fueron administrados los Santos Sacramentos. Toda la semana la pasó sufriendo con una admirable paciencia los dolores de la enfermedad, y los que le producian los enérgicos remedios que le propinaban, y que él dejaba hacer por obediencia á sus superiores, pero diciendo que sabia que todo era inútil. A la madrugada del dia 17, domingo de Pascua de Pentecostés, pidió á los Religiosos que le asistian que le vistiesen el hábito que le habian quitado para curarle, pues se le

acercaba la última hora y queria morir con él. A las diez pidió que le bajasen de la cama y le tendiesen en el suelo, deseando imitar en la muerte á su Santo Patriarca. No le fue otorgada esta gracia, temiendo los afligidos Religiosos que esto precipitase su fin: sufrió con la mayor resignacion la negativa; pidió perdon á todos, fijó la vista en el Crucifijo que tenia en las manos, y esclamando dos veces ¡Jesus! exhaló el último aliento al mismo tiempo que en la Misa Mayor que se estaba celebrando en aquel momento elevaba el sacerdote la Sagrada Hostia. Cincuenta y dos años honró al mundo con su vida, de los cuales perteneció 28 á la Religion de San Francisco.

Divulgada la noticia de la muerte de FRAY PASCUAL BAILON, invadió el Convento de Villa-Real un inmenso gentío, que sin respetar nada, llegó hasta la celda para apoderarse de los pobres efectos que en ella habia, y hechos menudos pedazos, se repartieron como preciosas reliquias.

Fray Manuel Barbado de la Torre y Angulo, en su *Lego Seráfico*, dice: «Creció de tal forma el concurso, que fue necesario llevar luego el cuerpo á la Iglesia, donde levantó la gente un grande y confuso clamor, nacido de varios efectos de sentimiento y devocion, aclamándole todos Santo. Perseveraba el bendito semblante muy apacible, y con grande hermosura, los ojos tan enteros, claros y vivos, que levantando las cejas parecia que actualmente ojeaba. Bañaba la cabeza, frente y cuello un sudor puro y sutil, tan copioso, que enjugado incesantemente con pañuelos, se volvia á continuar, siendo eficaz remedio de todas enfermedades. Para consuelo de la innumerable gente que en bandas concurria á venerar el bendito cuerpo, le tuvieron tres dias patente en el féretro. El segundo dia, al alzar la Hostia el Sacerdote en la Misa mayor, se vió que abria los ojos, y los tuvo abiertos lo que duró la elevacion, y lo

mismo en la del cáliz, prodigio que dejó llenos de admiracion y espanto á muchos de los que estaban presentes: además de estos prodigios, hizo el Señor en aquellos dias, por medio de su fiel siervo, muchos y prodigiosos milagros.

»Fueron estos en vida y muerte innumerables. En la Congregacion última para la beatificacion fueron tantos los que se aprobaron, que uno de los Eminentísimos Cardenales se levantó lleno de admiracion, diciendo: *Desde que hay mundo no se ha oido tal cosa*. Entre todos es sigularisimo y nunca dignamente ponderado el de los milagrosos golpes que da su cuerpo dentro del arca, oyéndose ya suaves, ya fuertes, ó ya terribles, segun el fin á que se dirigen ó lo que anuncian como alegria, adversidad, aviso ó correccion; consistiendo la diferencia, no solo en los golpes suaves ó fuertes, sino tambien en el eco que infunden de pavor ó de consuelo.

»Tiene aprobados la Silla Apostólica por milagrosos y sobrenaturales estos golpes.»

Hasta el año de 1611 permaneció, sin ser visto ni reconocido el Santo cadáver, en el sitio donde al tercer dia del glorioso tránsito se le sepultó, que fue en aquella iglesia, debajo de un altar dedicado á la Purísima Concepcion. En dicho año se hizo inspeccion del cadáver por el Obispo de Gerona, hallándole entero é incorrupto, á pesar de la gran cantidad de cal viva que pusieron en la caja cuando le dieron sepultura para que se consumiese la carne.

En el año de 1618 fue beatificado por el Sumo Pontífice Paulo V, y colocado el santo cuerpo en una preciosa caja de plata, costeada por D. Fernando Ferrer, caballero valenciano, en agradecimiento de haber recobrado la salud milagrosamente por intercesion del Santo.

En 1681 el Rey D. Cárlos II costeó una capilla, á don-

de fue trasladada dicha caja, que se depositó despues en un magnífico sepulcro hecho á espensas del duque de Gandia. Finalmente, en el año de 1690 Su Santidad Alejandro VIII canonizó solemnemente al admirable y glorioso SAN PASCUAL BAILON.—N.

DIA 18.

San Venancio, Mártir, y San Félix de Cantalicio, Confesor, *Italianos*.

BEATO FRAY JUAN GELABERT, ESPAÑOL.

El venerable y predilecto siervo de Dios JUAN GELABERT nació en la ciudad de Valencia, hácia los años de 1350, ocupando la Silla Pontificia el Papa Clemente VI, siendo Rey de Castilla D. Alonso XI, y de Aragon D. Pedro IV el Ceremonioso. Su padre, Francisco Gelabert, era abogado, de gran reputacion y nombradia: el apellido de su madre no consta; pero por una tradicion constante, se cree que era el de Jofré, y al bienaventurado JUAN le nombraban más generalmente Fray Jofré que FRAY JUAN. En último resultado, una y otra familia eran de lo más principal y esclarecido del reino. La casa donde nació estaba en el sitio que en la actualidad ocupa la pescaderia, correspondiente á la parroquia de San Antonio Abad, hasta el año de 1409.

Sus padres se esmeraron á porfia en la buena educacion del Santo niño, criándole en el temor de Dios y dándole ejemplos de virtudes: desde luego se vió en él una decidida inclinacion á todo lo que era bueno. Manifestó su temprana vocacion al estado religioso y á consagrarse al servicio de Dios, siendo muy fervoroso y constante en los ejercicios de piedad cristiana: huia y detestaba todo lo que pudiera empañar y desdorar su pureza: así es que se alejaba del trato y comunicacion con jóvenes de su edad en

los que no notase que participaban de sus deseos de agradar á Dios con el ejercicio de las virtudes cristianas. Asistia diariamente á los templos, frecuentaba los Santos Sacramentos, siendo muy detenido en la oracion, y un modelo de humildad, de aplicacion, y de amor y respeto á su padres, de tal modo, que llamaba la atencion de todo la ciudad la ejemplar vida, virtudes y modestia de este niño. Fue su director espiritual Fray Jaime de San Martin, varon venerable, de la Orden de la Merced, de señalada virtud, sabiduría y prudencia, que murió el año de 1392, siendo Prior del Convento de Barcelona.

Tratando de obedecer á sus padres, y con acuerdo y beneplácito de su confesor, pasó á estudiar á Lérida el Derecho canónico, en cuya facultad se graduó de licenciado, dando relevantes muestras de su aprovechamiento. Allí contrajo tierna amistad con San Vicente Ferrer, que en aquella escuela estudiaba teología. Volvió á Valencia, y en seguida fue en busca de su antiguo confesor, que por entonces era Vicario de la feligresía del Puig, con el cual continuó confesándose, siendo tal su afecto y cariño á Fray Jaime, que á pesar de haber dos leguas de la ciudad á aquel punto no dejaba de visitarlo casi diariamente. Dos años empleó en esta vida, perfeccionando sus grandes dotes y cualidades cristianas, edificando á todos con la humildad, caridad y espíritu de oracion que en él resplandecian, admirando el teson y firmeza con que llevaba adelante el órden y distribucion de sus ejercicios. Con esta buena preparacion, trató de poner en planta sus constantes deseos de abandonar el mundo, y profesar la vida monástica y religiosa de la Orden de Nuestra Señora de la Merced. Tomó el hábito en el Convento del Puig el año de 1370, siendo Comendador de aquella Casa Fray Jaime Tauste. Desde aquel momento mostró este nuevo y jóven Religioso su gran fervor y devocion: era puntualísimo en guardar las le-

yes de la Orden, no teniendo que hacer ningun esfuerzo para entregarse al ejercicio de las asperezas de la nueva vida, porque ya estaba muy ensayado y acostumbrado á todo género de penitencia, dejando sumamente admirados á todos los Religiosos, que tuvieron que irle á la mano para que moderase sus rigores. Oraba casi contínuamente, y se impuso el deber de guardar contínuo silencio en cuanto se lo permitiese la obediencia, no saliendo tampoco de la celda sino por necesidad. A su predilecta oracion agregaba el estudio de la Santa Escritura, en cuyo conocimiento salió muy aventajado, llegando á ser un teólogo de primer órden. Con todas estas preparaciones, sólidos estudios y gran capacidad, se dispuso para recibir el sacerdocio. Por los años de 1375 era ya Presbítero, y comenzó á predicar. El fruto correspondió como era de esperar: salian de su boca las palabras ardientes con inspiracion celeste, predicando frecuentemente de la Pasion y Muerte de Jesucristo: fue uno de los más celosos y más reputados predicadores de su siglo, y que más contribuyeron á la salvacion de las almas. Reedificó el antiquísimo Convento de Logroño, pequeño y casi arruinado, y cuya iglesia estaba en el mayor abandono.

En el año de 1386, hallándose en Barcelona, se vió precisado á admitir la Encomienda de Montblanc, con cuyo motivo predicó en Tarragona y su Arzobispado, despoblándose los pueblos por marchar á oir la palabra de Dios, espresada por este gran siervo suyo.

De Montblanc pasó á Barcelona llamado por Fray Jaime de San Martin, Comendador de aquel Convento, en cuyas manos renunció su Prelacía. De Barcelona marchó á servir la Encomienda de Lérida, á principio del año 1391, desde cuyo punto pasó dos veces á Bujia, ciudad de Africa, situada al Oriente de Argel, con el cargo de Redentor. Dos años despues hizo igual espedicion á Granada, redimiendo á muchos cautivos súbditos del Rey D. Martin, que clama-

ban por su libertad: por sí mismo recogia las limosnas para el rescate, ponderando en el púlpito lo muy acepta que era á los ojos de Dios esta obra de misericordia, pintando con vivos colores los trabajos y riesgos de la servidumbre mahometana, y las lástimas qne habia presenciado en Berberia.

Despues que dejó la Encomienda de Lérida, tuvo otros varios oficios en la Orden y comisiones de consideracion: el Rey D. Martin lo amaba tiernamente, teniendo un gran concepto de tan celoso varon, llamándolo con frecuencia descanso de toda la Orden. Le admitió por compañero Fray Antonio Quejal, electo Maestro General de la Orden en el Capítulo que se celebró en Barcelona el año de 1405. No quiso llamarse Prior del Convento de Barcelona, aunque electo por aquella Comunidad, por no fomentar por su parte las reyertas que habia entre su General y el antipapa Benedicto XIII, por haber este nombrado para aquel Priorato á su capellan Fray Bartolomé Senfores. Deseaba retirarse á su Convento del Puig, instando y rogando al General le diese licencia para ello. Accedió el Prelado, aunque sintiendo perder la compañía de aquel santo y docto varon, á quien tanto amaba. Del Puig fue trasladado en el año siguiente á la Encomienda de Valencia, á instancias del Obispo de aquella diócesi, D. Hugo de Bayes. En su tiempo llegó á descollar el Convento de la Merced en observancia y recogimiento sobre todos los de aquella ciudad, que entonces florecian en santidad de vida. A su celo debe aquella ciudad la fundacion del Hospital de los Inocentes, la estension del albergue de los niños espósitos, y agregacion de los hospitales pequeños que habia en Valencia al general, que permanece. Fundó la cofradia de Nuestra Señora de los Desamparados, que en su pricipio se llamó de los Inocentes.

Estas santas ocupaciones no impedian al siervo de Dios

el ejercicio de su ministerio. Cada dia era mayor y se hacia más estensivo su gran celo para acarrear almas á la senda de la fé cristiana. Se afligia en gran manera de ver en España tantos moros y judíos, y las consecuencias fatales para los cristianos del roce y comunicacion con los infieles. Para la curacion de este gravisimo mal, ayudó mucho el BEATO JUAN á San Vicente Ferrer desde el año 1410, en que se sintió llamado de Dios, por medio del mismo Santo, á seguirle como compañero. Para esto renunció la Encomienda del Convento de Valencia, y se fue con San Vicente á Italia, donde permanecieron ambos predicando la palabra de Dios, hasta que instado San Vicente por el Rey de Castilla, dieron la vuelta á España. Entonces convirtieron y bautizaron á los moros de Fortuna y Habanilla, y predicaron en Orihuela, hospedándose ambos en el Convento de la Merced. De aquí pasaron á Murcia y á otros muchos pueblos, predicando uno y otro con grandísimo fruto. Fueron innumerables los judíos que por estos medios iluminó Dios con la luz de la fé. Estando una vez estos siervos de Dios predicando en Salamanca, en la Sinagoga á los judíos, bajó sobre ellos una prodigiosa multitud de cruces, con cuyo milagro acabaron de convertir á los judíos, que pidieron con los mayores deseos el agua del Bautismo.

Habiendo sido nombrado otra vez Vicario del Convento del Puig el año de 1413, se restituyó á aquella casa, y fue recibido por sus feligreses como sugeto á quien apreciaban por sus relevantes prendas, y de quien tenian esperiencia de gran virtud y buen gobierno. Desempeñó esta vicaría con celo de verdadero Pastor hasta 1416, en el cual, observando que la vejez por una parte, y por otra el cuidado que exigia el Hospital de los Inocentes de Valencia, no le dejaban atender á la cura de almas, con acuerdo de los Prelados, permutó la Vicaría por la Encomienda del Monaste-

rio, que le dejaba tiempo para ejercer las otras obras de misericordia, y aun este cargo llegó á serle muy penoso, por lo que tuvo que despedirse de sus Frailes, y volverse á la Compañía de San Vicente. Afortunadamente le encontró en una poblacion de Borgoña, camino de Constancia, y habiéndole recibido el Santo, lleno de gozo y con los brazos abiertos, le dijo, que segun la voluntad de Dios era preciso volviese á morir á su Convento. Antes de despedirse se confesó con San Vicente Ferrer, y los Religiosos del Puig se hallaron de repente con aquel tesoro cuando ménos lo esperaban. Al llegar el BEATO JUAN á la vista del Convento, se tocaron por sí solas las campanas, como consta del proceso de la canonizacion de San Vicente Ferrer. Los religiosos se hallaban en vísperas, y todos se conmovieron como el caso requeria. El Prelado mandó que se formase la Comunidad á la puerta, y que allí esperasen la declaracion de esta maravilla: asi lo hicieron, y á breve rato vieron llegar al PADRE GELABERT, que absorto de ver allí al Prelado y á la Comunidad, como se lo anunció San Vicente, dijo rebosándole el gozo: *Iremos á la casa del Señor*; y habiendo saludado al Santísimo Sacramento, y venerado la imágen de Nuestra Señora, al tiempo de hincarse de rodillas ante el Comendador para recibir la obediencia como se acostumbra, entregó á Dios su espíritu, á los sesenta y siete años de su edad, el dia 18 de mayo del año 1417. La admiracion de aquellos Religiosos, su llanto, y las infinitas gracias que dieron al Señor por haberles hecho testigos de tan señalada maravilla, fácilmente se deja comprender.

Todos los pueblos inmediatos se conmovieron, y hasta de Valencia y más lejos acudieron un sin número de personas á alabar la omnipotencia de Dios en el acto del prodigioso tránsito de su siervo. Doce dias estuvo espuesto en la iglesia el venerable cadáver, para satisfacer la devocion

de todos aquellos habitantes. Al otro dia de su muerte, oficiò en sus exequias el Obispo de Valencia, D. Hugo, que acudió tambien á esta novedad. Dios obró muchos milagros por la intercesion de su siervo, y desde luego se le dió culto público: su sepulcro fue muy honrado y visitado, viéndose colgadas á su alrededor muletas, mortajas y otros dones con que los fieles manifiestan su agradecimiento á los beneficios recibidos del cielo por su intercesion. Se pusieron tambien en sus imágenes laureolas y resplandores, como se pintan los justos que canoniza la Iglesia, y comunmente los escritores le llaman Santo ó bienaventurado. En los Conventos de Madrid, Valladolid y Valencia se conservaban algunos retratos suyos. En la Iglesia del Colegio de Salamanca, llamado de la Veracruz, existia un altar dedicado á su nombre con una imágen suya, en el cual se decia Misa. El cuerpo del BEATO GELABERT fue hallado incorrupto en el año de 1585, conservándose completo y entero, con las carnes flexibles, de su color y configuracion: fue depositado en el altar de las reliquias de dicho Convento de Puig, en donde se conserva inalterable, y donde se echa de ver la proteccion que Dios dispensa á los restos de su siervo, eximiéndole del órden que tiene establecido en la naturaleza de la descomposicion universal de todos los seres al dejar la existencia. Le falta únicamente por alguna indiscrecion el dedo índice de la mano izquierda. En aquel pais es venerado de todos, y considerado como uno de los escogidos del Señor.—L. G.

DIA 19.

San Pedro Celestino, Papa y Confesor, *Italiano*; Santa Prudenciana, Vírgen, *Romana*, y San Ivo, Papa y Confesor, *Francés*.

SAN JUAN DE CETINA Y SAN PEDRO DE DUEÑAS, MÁRTIRES, ESPAÑOLES.

Del pueblo de su nacimiento, llamado Cetina, perteneciente al reino de Aragon, tomó el apellido este Santo, despues de ingresar en la Religion de San Francisco: el paterno era Lorenzo, llamándose, hasta que tomó el hábito, JUAN LORENZO, como se nombraba y apellidaba su padre. Este, como toda la familia á que nuestro Santo pertenecia, era sumamente pobre, viviendo con la mayor estrechez con el producto del mísero jornal que ganaba con el sudor de su frente. Pero si bien carecia de bienes de fortuna, le dotó en cambio el Todopoderoso de gran riqueza de santa resignacion, y de una probidad y honradez no desmentida ni un solo momento en toda su vida. Crió á su hijo en la más completa ignorancia de toda ciencia y arte, aunque inculcando en su mente ideas de rígida virtud, que tan ópimos frutos dieron con el tiempo.

La necesidad obligó al padre de JUAN á pensar en poner á servir á su hijo asi que estuvo en edad de poderlo hacer, y no habiendo colocacion en su pueblo marchó el jóven á otros del mismo reino de Aragon á ofrecer sus servicios en cambio del sustento; pero escaseando allí los amos y sobrando criados, pasó al reino de Murcia.

Habíase desarollado por este tiempo en la mente y en el corazon de JUAN un ardiente deseo de consagrarse sola y esclusivamente al servicio de Dios, y determinó retirarse del mundo, é imitando á los Santos cenovitas, pasar su vida en el yermo, dedicado á la oracion y á la penitencia. Supo que en el distrito llamado San Ginés, próximo á Cartagena, habia un Santo anacoreta con gran renombre de virtud, y determinó presentarse á él y rogarle le admitiese en su compañía y le enseñase las prácticas religiosas y las oraciones

que tanto deseaba saber. Con gran complacencia recibió á JUAN el santo anacoreta, y le enseñó en muy poco tiempo á leer y escribir y algunas nociones de latin. Falleció el ermitaño, le dió sepultura su discípulo JUAN, y determinó volver á Aragon y hacerse Religioso, consejo que le habia dado el ermitaño, conociendo que su fé, valor cristiano y gran disposicion para las letras podian hacer de él un grande y utilísimo servidor de la Religion cristiana en aquellos tiempos en que tan perseguida se veia por los moros. Poniendo, pues, en ejecucion su santo proyecto, regresó á Aragon y tomó el hábito de San Francisco en el Convento de Monte-Sano, en el mismo que profesó pasado el año de noviciado. En este Convento comenzó los estudios para poder ordenarse y predicar, continuándolos en Valencia en otro de la misma Orden.

Llegó por este tiempo á España la noticia del glorioso martirio de los cuatro cristianos en Palestina, é inflamado JUAN DE CETINA en santo deseo de imitar á aquellos héroes del cristianismo, pidió permiso á sus Superiores para pasar á Roma, y con la licencia y bendicion del Sumo Pontífice, partir á tremolar entre los infieles el glorioso pendon del Evangelio. Obtenida la licencia, pasó á Roma, siendo muy bien acogida su solicitud por el Papa, cuyo pie besó, recibiendo la facultad deseada y la bendicion apostólica.

Habian arreciado en España las iras musulmanas contra los fieles soldados de la cruz, y consideró FRAY JUAN DE CETINA que teniendo en casa los males, no debia perder tiempo en ir á remediar los más lejanos: en su virtud, regresó á la Península, y entrando por la parte de Andalucía, se dirigió á Córdoba y se presentó al Padre Provincial Fray Vidal, á quien hizo presente su propósito, mostrándole las licencias que traia de Roma. El Provincial le aconsejó que se preparase bien para entrar dignamente en la

santa campaña, y le señaló al efecto el Convento de San Francisco del Monte. Tenia este un vastísimo terreno cercado, y en una eminencia llamada Alto de Jesus hizo JUAN DE CETINA una choza, y en ella, dedicado á la oracion, á la penitencia y al estudio, comenzó á prepararse para la Santa mision.

Presentose por esta fecha en el Convento de San Francisco del Monte un jóven de diez y ocho años de edad, pidiendo el hábito de Fraile lego, que le fue inmediatamente concedido. Era este jóven *D. Pedro de Toledo*, natural de Dueñas, pueblo del Obispado de Palencia, descendiente de una ilustre y rica familia. Habia estado algun tiempo al servicio de los Reyes de Castilla; pero no pudo acostumbrarse á los usos de la córte, llamándole una constante y decidida vocacion á la vida religiosa, y por humildad entró en clase de lego, en la cual, á su tiempo, profesó con el nombre de FRAY PEDRO DE DUEÑAS, tomando este apellido por el lugar de su nacimiento, y dejando el de *Toledo* que llevaba en el siglo. Su admirable virtud y sus esclarecidas dotes de santidad le unieron desde luego á JUAN DE CETINA, que con iguales prendas brillaba por entonces en aquel Convento.

Considerándose este ya con la preparacion necesaria para emprender su mision, dispuso la marcha, y habiéndole suplicado PEDRO que le llevase en su compañía, hízolo presente JUAN á los Superiores, los cuales accedieron al deseo del santo jóven. Marcharon en su virtud juntos los dos varones apostólicos á difundir entre los moros la luz del Evangelio, dirigiéndose por Alcalá la Real á Granada. Reinaba en esta á la sazon el feroz moro Mahomat Aben-Balva, que se hallaba en Málaga cuando entraron y comenzaron la predicacion de la fé los dos heróicos Frailes Franciscos. Residian en Granada con el carácter de Capellanes é intérpretes de los mercaderes dos Religiosos,

Franciscano el uno, y Mercenario el otro, llamados, el primero Fray Miguel, catalan de nacimiento, y Fray Eustaquio el segundo, de nacion portugués. Hicieron estos presente á los dos predicadores el riesgo que corrian sus vidas si en aquella localidad continuaban levantando su voz en público contra los sectarios de Mahoma: pero firmes en su propósito los dos heróicos apóstoles del cristianismo, sin temor á nada ni á nadie, continuaron predicando por calles y plazas. Mandó el Cadí prenderlos y conducirlos á su presencia, y les preguntó qué se proponian con su predicacion, á lo que contestaron, que hacer patentes las verdades del Evangelio y los errores del Alcorán. Viendo JUAN DE CETINA que el Cadí se burlaba y reia de ellos, y los tomaba por locos, le propuso sostener en público una discusion con los más sabios santones de Mahoma, y que despues se hiciera la prueba del fuego entrando en una hoguera dos santones al mismo tiempo que él, y su compañero, y que la religion de aquellos á quienes respetasen las llamas fuese la reconocida y proclamada la verdadera. Contestó el Cadí que él no podia admitir tal proposicion: que se lo haria presente al Rey cuando regresase, y él determinaria; pero que entretanto ellos vivirian encarcelados.

Dos meses permanecieron JUAN y PEDRO en una lóbrega mazmorra, al cabo de los cuales, habiendo regresado el Rey Mahomad, fueron conducidos á su presencia. Les preguntó qué era lo que pensaban acerca de la religion de Mahoma, y de la que ellos profesaban, y JUAN le contestó: «Tu fé es falsa, llena de errores y de inmundicias, que infaman á la naturaleza racional: la fé de Cristo, que profeso, es santa, es verdadera, y es el único y solo camino que guia á la vida eterna.» Ensoberbecido el moro al oir tales palabras, á que no estaba acostumbrado, pegó á JUAN un bastonazo en la cara, saltándole un ojo: en seguida mandó que le desnudasen, y él mismo le azotó con

la mayor crueldad; pero el Santo Mártir, en lugar de acobardarse y demostrar dolor, seguia confesando su fé y ensalzando la doctrina de Jesus, hasta que bramando de corage Mahomat, desenvainó el alfange y le degolló. Acto continuo se volvió á PEDRO y le dijo: «Ya has visto el desastrado fin de tu loco compañero; sírvate de desengaño su desdicha, y compadécete de tu mocedad: en mi mano está tu vida y tu fortuna, y en la tuya tienes la seguridad de que tu fortúna y vida sean dichosas; porque adjurando la ley de Cristo, y abrazando la de mi profeta, tendrás delicias y conveniencias.» El heróico y santo jóven le contestó: «Debo estimarte que en mi presencia hayas quitado la vida á mi feliz compañero, porque en su invencible fortaleza ha dejado ejemplo y animacion á la mia. Tú te lastimas de mi mocedad, y yo de tu ciega obstinacion, pues en esa te espera una muerte eterna; y en mi muerte temporal, padecida por las verdades infalibles de santa fé, tengo la seguridad de una vida enteramente gloriosa. Las conveniencias y delicias que me ofreces las podia gozar en mi patria, y las desprecié en obsequio de mi Maestro Jesucristo, Dios y hombre verdadero: la vida solo fuera para mí estimable si con ella pudiera comprar con tu desengaño tu salvacion. Pero si te mantienes obstinado en tus yerros, solo un favor tengo que pedirte, y es, que no dilates mi muerte y con ella mi gloria.»

Frenético de furor el bárbaro musulman, al ver tanta firmeza y resolucion, le cortó la cabeza en seguida, entregando al pueblo los dos mutilados cuerpos para que los arrastrasen por la ciudad y los arrojaran despues fuera de la puerta llamada Birambla. Aquí estuvieron los santos restos tres dias, al cabo de los cuales los dieron sepultura junto al muro los mercaderes cristianos, reservando algunas reliquias que despues enriquecieron diferentes iglesias, particularmente de Andalucía y Cataluña. La ciudad de Gra-

nada y la de Vich se han distinguido siempre en honrar á estos Santos Mártires con diferentes fundaciones, para algunas de las cuales contribuyeron los piadosos Reyes Católicos Doña Isabel y D. Fernando. Dentro de la Alhambra, y en el sitio donde sufrieron el martirio, se colocó una columna de jaspe, en cuyo chapitel hay una caja de mármol blanco, calado por dos lados en forma de rejilla, viéndose por ella las reliquias colocadas dentro, y en el pedestal esta inscripcion: *Año de* 1397, *á* 12 *de mayo, reinando en Granada Mahomat, fueron martirizados por el mismo Rey, en esta Alhambra,* FRAY PEDRO DE DUEÑAS, *y* FRAY JUAN CETINA, *de la Orden del Padre San Francisco, cuyas reliquias están aquí; á cuya honra y de Dios Nuestro Señor se consagró esta memoria, por mandado del Illmo. Sr. D. Pedro de Castro, Arzobispo de Granada.*

Los documentos de la catedral de Vich, que se tienen por más exactos, colocan el martirio en el dia 19.—N.

DIA 20.

San Bernardino de Sena, Confesor, *Italiano.*

DIA 21.

SANTA MARÍA DE SOCORS, VÍRGEN, ESPAÑOLA.

La ciudad de Barcelona fue la dichosa patria de esta Santa, perteneciente á la ilustre familia de los Cervellones, enlazada por estrechos vínculos á la de los Condes de aquel Principado. Varios años llevaban de matrimonio sus padres, sin que Dios les hubiera concedido un sucesor, heredero de su ilustre nombre y cuantiosas riquezas, que deseaban cada dia con mayor anhelo, dirigiendo constantemente para conseguirlo fervorosas súplicas al Señor, y rogando á San Pedro Nolasco, residente á la sazon en Barcelona, que les ayudase con sus oraciones al Todopoderoso

al propio fin. Oyó al cabo el Señor las súplicas, y los padres de Maria creyeron deber á la intercesion de San Pedro la concesion del sucesor que deseaban.

En el año de 1230 nació *Maria de Cervellon*, llamada despues y hoy MARIA DE SOCORS, por el constante y ardiente afan que la distinguió perpétuamente de socorrer toda clase de necesidades en tierra y mar. Con gran pompa y regocijos fue bautizada la recien nacida en la parroquia de Santa María de la Mar, trayendo á sus padres el único contento que les faltaba para considerar deliciosa la existencia.

Su amorosa madre la crió, sin confiar ni un solo momento, de dia ni de noche, el cuidado de su amada hija á persona ninguna, encargándose igualmente más tarde de la primera educacion, y de echar en aquella virginal alma los fundamentos de la sólida y esclarecida virtud, en que tanto despues sobresalió.

Nacida MARIA con la más clara y patente predisposicion á la santidad, y con la esmerada educacion cristiana de su madre, crecian al par su cuerpo y sus virtudes, llegando á ser el modelo de las jóvenes de la ciudad. Todos los dias oia Misa, acompañada de su madre; frecuentaba el Sacramento de la Penitencia, y tres dias cada semana dedicaban madre é hija á visitar, asistir y curar á los enfermos de los hospitales. En su cuarto tenia MARIA un altar, ante el cual oraba muchas horas, y hacia duras penitencias macerando sus tiernas y virginales carnes. Jamás concurrió á las reuniones y saraos, ni visitó con el lujo que lo hacian las demás jóvenes pertenecientes á su alta clase y rica posicion, y la concurrencia á su casa era de pobres y desvalidos, que siempre encontraron auxilios y consuelos en la caritativa y ejemplar MARIA.

Tantas virtudes, unidas á una bellísima figura, nobleza y riqueza, hacian que MARIA fuese constantemente deseada por muchos padres para esposa de sus hijos, hallándose

de contínuo asediados los de la admirable MARIA de demandas de matrimonio por lo más esclarecido de la ciudad. Pero conociendo las castas ideas de su hija, nunca se atrevieron á darla cuenta de tales peticiones. Estando muy interesado un tio de MARIA en que esta se uniese á un noble, rico y virtuoso jóven á quien apreciaba mucho, se decidió á hablar á su sobrina, la cual, aunque con el mayor respeto, le contestó: «Agradezco vuestro cuidado; pero sepa V. que el estado de mi eleccion le tengo fiado á la de Dios, por cuya luz me guio, y solo espero para deliberar en un negocio de tanto momento que el Señor me manifieste su voluntad, y entonces la comunicaré á mis padres »

A los pocos dias asistió á un sermon que predicaba su director espiritual, Fray Bernardo de Corbaria: versaba el sermon sobre las prerogativas de la virginidad, y lo acepta que es á los ojos de Dios. Y dirigiéndose MARIA á su Madre, la estrechó fuertemente la mano, y conmovida la dijo: «Señora, conmigo habla el predicador; Dios mueve su lengua para mi desengaño; yo soy toda de Jesucristo, que me llama para esposa suya; y así, no tienen que porfiar mis parientes para que tome otro estado.» Luego que regresaron á su casa, repitió su propósito á sus padres, y puesta de rodillas delante del altar que tenia en su cuarto, hizo voto de perpétua castidad, suplicando al Señor se dignase admitirlo. En seguida se cortó el cabello, y se puso un vestido de sayal tosco y grosero. Volvió á presentarse á sus padres, que la contemplaron derramando copiosas lágrimas; pero siendo, como eran, tan cristianos y virtuosos, no pudieron ménos de aprobar la santa determinacion de su hija, que no paró en esto solo.

Cerca de cuarenta años hacia por esta época que se habia establecido en España la Orden de la Merced, en la que no se habia pensado recibir mujeres, en razon al cuarto voto de este Instituto religioso, que consistia en la obligacion

que se imponian los que le profesaban de quedar personalmente en rehenes, y aun en las mismas prisiones, para dar libertad á los cristianos que caian cautivos de los moros; pero deseando despues algunas señoras pertenecer á tan santa creacion , y ocuparse en recoger limosnas y trabajar para la libertad de los cautivos, se permitió que, sin vivir en comunidad, y solo en calidad de beatas ó devotas tomasen y vistiesen hábito de la Merced aquellas santas mujeres que quisieran emplearse solo en el servicio de Dios, del prójimo desgraciado, y trabajar para la redencion de cautivos. A esta clase de Religiosas quiso MARIA pertenecer desde luego, y con el beneplácito de sus padres y acuerdo de su director espiritual, vistió en seguida el hábito de beata de la Merced, observando con el mayor rigor todas las prescripciones de la Regla que podian tener aplicacion á las mujeres.

Treinta años de edad contaba MARIA cuando murió su padre, y la piadosa madre, siguiendo los consejos de su hija, dejó la suntuosa casa que hasta entonces habian habitado, y dando una gran parte de sus bienes á los pobres y al fondo de redencion de cautivos, tomó una habitacion humilde cerca de la iglesia de Santa Elaulia, á la que se trasladaron las dos, llevando solo una antigua y virtuosa criada.

Cinco años vivieron madre é hija en esta humilde casa, practicando toda clase de virtudes y siendo edificante ejemplo de la más sublime caridad. A los cinco años, en el de 1265, murió la madre, y en este año precisamente, en un Capítulo general celebrado por la Orden, se acordó ampliarla á mujeres que vivieran en Comunidad con Superiora, aunque sin clausura. «Entendida esta resolucion por MARIA, fue la primera que vistió el santo hábito de Religiosa, en el dia 25 de marzo del mismo año, que era el 35 de su edad, 47 del establecimiento de la Orden y 30

de la aprobacion por la Santidad de Gregorio IX, y en el siguiente año hizo su profesion, con asistencia de toda la nobleza de la ciudad, en manos de su director, concebida en estos términos: «Yo, SOR MARIA DE CERVELLON, »ofrezco á Dios y á la bienaventurada siempre Vírgen Ma»ría de la Merced ó Misericordia pobreza, obediencia y »castidad, y trabajar para la redencion de los cautivos, por »los cuales haré lo que á nuestro Padre general fuese bien »visto.»

Verificada la profesion, distribuyó una parte de su patrimonio entre los pobres, dió el resto para la redencion de cautivos, y se retiró á una casa con unas nobles señoras y mujeres devotas que siguieron su ejemplo, para quienes el General de la Orden hizo unos Estatutos. Segun ellos, las asociadas debian nombrar su Superiora, y por unanimidad lo fue MARIA, que á pesar de la oposicion que hizo á aceptar esta honra, tuvo que admitirla cediendo á los multiplicados ruegos que emplearon las asociadas y muchas otras personas interesadas en el lustre de la naciente Comunidad.

Como tierna y cariñosa madre, más que como Superiora, regia á sus subordinadas, llevándolas con su ejemplo y santas pláticas por el verdadero camino de la salvacion, no siendo Superiora mas que para sobresalir en virtudes, en penitencias y en celo por la honra y engrandecimiento de la santa institucion. Desde esta época data el sobrenombre de SOCORS ó SOCORRO con que el público la apellidó y distinguió, pues hasta entonces no se habia conocido una mujer que á tan sublime grado hubiera llevado su caridad, y que tan asiduamente estuviera consagrada al socorro de todas las necesidades, cuidado de los enfermos y consuelo de los afligidos.

«Aunque lo que practicó en la tierra su ardiente caridad era bastante para merecerle este nombre, lo que más la hizo digna de él fue la especial gracia que la concedió Dios para socorrer á los navegantes que se hallaban en peligro de naufragar, por cuya razon la pintan comunmente con una nave en las manos. Tantas veces remedió estos fracasos, que los infinitos maravillosos sucesos obrados por su intercesion llevaron su opinion por todos los mares. Apenas veian el peligro de una tormenta los marineros, cuando invocaban á MARIA DE SOCORS, y esperimentaban su asistencia. No pocas veces la echaron ménos sus hijas, y despues de largo rato notaban que traia el hábito mojado, y que destilaba gotas por toda su estremidad, indicios nada equívocos de haber andado sobre las aguas en semejantes espediciones.

»Toda la ciudad de Barcelona fue testigo del prodigio que obró á su presencia con una nave que iba á zozobrar irremisiblemente, á ménos que MARIA no hubiese acudido á socorrerla, caminando sobre las olas como pudiera por tierra firme. No ménos celebró otro portento de esta especie, que ejecutó en el año de 1283 en favor de Fray Manuel de Alburquerque y Fray Arnaldo de Limberio, que venian de hacer una redencion. Alterose el mar con la mayor violencia, corria el navio á discrecion de los vientos, y espuesto á la ultima desgracia de irse á pique: luego que invocaron á nuestra Santa, la vieron venir sobre las corrientes, y llegándose á ellos, les dijo: «Ea, hermanos, buen »ánimo; alentaos en el Señor, que manda los vientos y el »mar, que luego quedareis sin riesgo.» Como se verificó puntualmente.»

Conociendo el fin de su vida, se preparó á la muerte redoblando sus penitencias, á pesar de la estraordinaria debilidad de su estado. Recibió con la mayor uncion y fervor los

Santos Sacramentos, pronunció en seguida con voz clara una piadosa plática, exhortando á las Religiosas a perseverar en el camino de la virtud, las pidió perdon, y estrechando contra su pecho un crucifijo que tenia en las manos, con la mayor tranquilidad y dulzura entregó su alma al Criador el dia 19 de setiembre del año 1290, á los 60 de su edad. Tres dias estuvo espuesto al público el santo cadáver, que permaneció constantemente rodeado de un gran número de devotos: en la tarde del tercer dia se le dió sepultura en el cementerio destinado á las Religiosas, en cuyo sitio permaneció noventa años. Al cabo de estos, en el de 1380, el Rey D. Pedro IV de Aragon, devotísimo de esta Santa, mandó construir una preciosa arca, para colocar en ella los santos restos, y depositarlos en la capilla de Santa Catalina, mártir, de la iglesia del Convento de la Merced. Llegó el dia señalado para la traslacion, y despues de haber celebrado de pontifical el Obispo de Barcelona, que lo era á la sazon el Sr. D. Pedro Panella, se intentó el traslado del cadáver; pero creció este tan estraordinariamente, qne no pudo ser colocado en la arca nueva, persuadiéndose todos con este prodigio de que la voluntad de la Santa era permanecer en la pobre y primitiva caja. Volviéronle á ella, y se redujo al natural tamaño, con lo que quedó patente la voluntad de SANTA MARIA DE SOCORS. Llevaron esta caja á la capilla, y tuvo lugar un nuevo prodigio, trasladándose la caja por si sola á la sacristia del Convento, en donde quedó depositada. Cerca de tres siglos y medio permaneció cerrada, y habiéndose dispuesto al cabo de este tiempo la inspeccion del cadáver, se halló como si acabaran de darle sepultura, incorrupto y flexible, sin faltarle más que la mano derecha, el pie izquierdo y una costilla, que fueron anteriormente estraidas para reliquias.

El Sumo Pontífice Inocencio XII aprobó el culto de esta gloriosa Santa en 13 de febrero de 1694.—N.

SAN SECUNDINO, MÁRTIR, ESPAÑOL.

A este dia corresponde, segun la *España Sagrada* del maestro Florez, *Acta Sanctorum* de Bolando, y otras autorizadas obras, el mártir SAN SECUNDINO, natural de la llamada por los romanos *Colonia Patricia*, hoy Córdoba. Sufrió el martirio en esta ciudad por confesar á Jesus, durante el imperio de Diocleciano y Maximiano, por los años del Señor 306; pero se ignoran completamente tanto los detalles del martirio, como la clase social á que pertenecia el Santo Mártir, y todas las circunstancias de su vida.—N.

DIA 22.

Santa Rita de Casia, Vírgen, *Italiana*, y Santa Julita, Vírgen y Mártir, *Cartaginesa*.

SANTA QUITERIA, VÍRGEN Y MÁRTIR, ESPAÑOLA.

Esta Santa fue una de las hermanas de Santa Germana, de quien nos ocupamos en el dia 19 de enero; iguales ambas en los sucesos de su vida y muerte, aunque acaecida esta en diversos puntos.

Mediado apenas el siglo II, hallábase representando el imperio romano en la parte de España llamada Galicia Lucio Catelio Severo, en calidad de Presidente, régulo de aquella comarca. Innecesario es decir, que como súbdito fiel de suprema autoridad gentil, gentiles y ciegos idólatras de los dioses del paganismo, eran Catelio y su mujer Calzia. Hallándose esta en cinta, tuvo necesidad de salir su marido del pueblo de su residencia, llamado entonces Balchagia, y despues Bayona de Tuy, y llególa la hora del parto antes de que Catelio hubiera regresado. El parto fue feliz; pero notablemente asombroso, pues dió á luz nueve niñas, bellas todas, y llenas de vida y de salud. Grande

era la admiracion de la comadre Sila al ir recibiendo los frutos de la fecunda Calzia, y no lo era menor la de esta, á la que acometió al mismo tiempo tal miedo y temor á su marido por el terrible efecto que en su concepto habia de producirle la presentacion de nueve hijas de una vez, que determinó no presentarle ninguna, encargando á la comadre que se llevara las niñas y las arrojase al rio. La comadre era cristiana, pero de ánimo apocado y cobarde: fingió aceptar el encargo, y sacó las niñas, asegurando á la madre que iba inmediatamente á ejecutar su mandato. Muy lejos de perpetrar tan horrible crimen, repartió las niñas secretamente entre varias amigas suyas, cristianas y virtuosas, para que las bautizasen, criasen, y despues las educasen segun los preceptos de la Religion cristiana.

Las nueve gemelas fueron efectivamente bautizadas, poniendo á cada una uno de los nombres Genivera, Librada, Victoria, Eumelia, Germana, Gemma, Mártia, Basilisa y QUITERIA.

Ignoradas y desconocidas completamente de sus padres, fueron creciendo en gracias y virtudes, llegando á ser el modelo de las jóvenes de la poblacion. Sus madres adoptivas, de acuerdo con la comadre Sila, las revelaron el secreto de su nacimiento; pero encargándolas el sigilo mientras una necesidad muy imperiosa no las obligase á declararlo.

Arreció por este tiempo la persecucion contra los cristianos, decretada por el Emperador Antonino Vero, y activamente secundada por los sectarios del error. Lucio Catelio Severo, Presidente de Galicia, como fiel y sumiso ejecutor de los mandatos de su Emperador, fue de los primeros en procurar complacerle, regando el distrito de su mando con sangre de cristianos.

Fueron llamadas las nueve vírgenes al tribunal, y comparecieron ante su padre para ser juzgadas y castigadas

como enemigas de los dioses y contraventoras de los mandatos del Emperador. Catelio Severo, primero con frases persuasivas, y luego con terribles amenazas, intentó apartar á sus hijas, todavia sin saber que lo eran, de la senda del paraiso, queriendo que á su presencia ofreciesen incienso á los dioses y renegasen del nombre de Jesus; pero firmes en la fé las Santas hermanas, nada fue suficiente á hacerlas titubear ni siquiera un instante. Sus madres adoptivas y la comadre Sila revelaron entonces al Presidente el secreto del nacimiento de las jóvenes, intentando de este modo librarlas de la muerte que veian rápida acercarse; pero Catelio, aunque las reconoció por hijas, no desistió de su propósito de hacerlas renunciar á sus creencias y que adorasen á los dioses. Conociendo las Santas vírgenes que nada seria capaz de modificar la resolucion de su padre, y queriendo evitarle el nuevo crímen de decretar su muerte, procuraron contemporizar, ganando tiempo para huir á otra comarca fuera de su jurisdiccion. Lograron efectivamente parte de su objeto, pues Catelio las mandó retirar y volver al tribunal al siguiente dia, y en aquella noche salieron de la ciudad, marchando cada una por diferente punto.

Hasta aquí son iguales las vidas de las nueve hermanas; pero en las muertes hay circunstancias especiales que se consignarán en sus respectivos sitios. La vírgen SANTA QUITERIA, correspondiente á este dia, murió mártir; pero no está averiguado de una manera absoluta el pueblo en que tuvo lugar el martirio. Dicen unos que fue en Montemayor, Obispado de Ebora; otros en el valle de Adaloga, cerca de Sardenella, á cuatro leguas de Coimbra; otros en Majaliza, pueblo de la diócesi de Toledo; y otros, finalmente, en la Gascuña. Pero si bien difieren los escritores en el lugar del martirio, ninguno ha dudado de este, el cual reconoce tambien la Iglesia católica, rezando en par-

ticular á esta Mártir en España las iglesias de Toledo y Tuy.—N.

SAN ATON, OBISPO, ESPAÑOL.

Segun las noticias más autorizadas que hemos reunido acerca de este Santo, fue natural de un pueblo de España, cuyo nombre se ignora, correspondiente á la provincia de Badajoz, y próximo á la raya de Portugal. Nació por los años de 1100, y contando diez y seis de edad, marchó á la capital del mundo cristiano á instruirse en ciencias y sagradas letras. Nueve años empleó en el estudio de la carrera eclesiástica, y sintiéndose cada dia mas inclinado al retiro y á la silenciosa contemplacion de lo divino, renunció al mundo y tomó el hábito de Religioso en el Monasterio de Valleumbrosa. Su ejemplar y penitente vida, sus virtudes y su ciencia, le captaron bien pronto el cariño y respeto de todos los Monjes, y habiendo fallecido el Prelado á poco de haberse ordenado ATON de sacerdote, fue elegido Abad. Las obras del elegido respondieron con esceso á las esperanzas de los electores, pues desplegando el más ardiente y activo celo por el esplendor del culto divino y engrandecimiento del Monasterio, elevó su fama de santidad á un grado á que no habia estado jamás. Esto produjo el que anhelando naturalmente todos los Religiosos el mayor lustre de la Orden, pensasen en poner al frente de ella un varon tan santo, tan activo y tan inteligente como ATON. En su virtud, pues, en seguida que se presentó la ocasion, fue elegido por unanimidad General de la Orden, cargo que desempeñó con igual celo, tacto y resultados que el de Abad.

Conocidas del sumo Pontifice Anastasio IV las esclarecidas virtudes y relevantes prendas que para el desempeño de elevados é importantes cargos adornaban á ATON, le nombró Obispo de Pistoya. La humildad de ATON se opo-

nia á admitir esta alta dignidad; pero el Papa le obligó á aceptarla, y resignado á la voluntad de Dios, significada por el Gefe de la Iglesia, marchó en el año de 1153 á la importante villa de Pistoya, perteneciente al reino de Etruria, en Toscana, situada á 60 leguas de Roma, 26 de Pisa y 9 de Florencia, y tomó posesion de su Silla Episcopal.

Llevando dulces consuelos á las almas, y alimentos, abrigo y salud á los cuerpos, desempeñó, como verdadero sucesor de los Apóstoles su paternal episcopado por espacio de diez y siete años. Su nombre figura en muchos documentos de su época, que prueban su constante celo en favor de la Religion católica, su asistencia á muchos Concilios, y su perpétuo anhelo por el engrandecimiento del culto divino. Lleno por fin de merecimientos, y tiernamente llorado de sus diocesanos, para quienes fue, sin interrupcion la más pequeña, un cuidadoso y amantisimo padre, descansó en el Señor el dia 22 de mayo de 1170, á los setenta de su adad.

La Santa Iglesia de Badajoz fue autorizada por un Breve de Su Santidad Paulo V, espedido en el año de 1614, para rezar de este glorioso Santo en dicho dia 22 de mayo; y por gestiones y particular devocion del Dr. D. Luis de San Llorente, se fundó una cofradía y edificó una ermita para honrar su memoria.—N.

DIA 23.

La Aparicion de Santiago, Apóstol.

SAN EPITACIO, OBISPO, Y SAN BASILEO, MÁRTIRES, ESPAÑOLES.

SAN EPITACIO, célebre Obispo de los primitivos tiempos del cristianismo, nació á mediados del primer siglo en Plasencia, segun afirman autorizados escritores, de padres infieles, que educaron consiguientemente á su hijo en las falsas creencias y supersticiones del gentilismo. Era

EPITACIO de imaginacion clara y muy recto juicio, y habiendo oido predicar la doctrina del Evangelio á San Pedro de Rates, Obispo de Braga, uno de los más distinguidos discipulos de los Apóstoles, iluminó su mente la verdad cristiana, y se convirtió á la fé católica. Dejó su patria y familia, y se unió como discípulo á su catequista San Pedro, tomándole por modelo para todos los actos de la vida. La ardiente fé con que ingresó en el gremio del catolicismo, su aplicacion al estudio y su clara imaginacion le dieron bien pronto á conocer como un heróico campeon del cristianismo, que sin temor de ninguna especie, y desdeñando la feroz persecucion de los gentiles, tremolaba por do quier el santo pendon del crucificado, propagando sus salvadoras doctrinas. Conociendo San Pedro todo el mérito y valor de su discípulo, quiso adornarle de la representacion y autoridad conveniente para que pudiera representarle en casos necesarios, y para que en los mismos ejerciera sus funciones. En su virtud le consagró de Obispo, dignidad que ejerció primeramente en Tuy, y despues en su ciudad natal, Plasencia.

Poco antes de este tiempo habia comenzado á hacerse notable en Plasencia, por su celo en la propagacion de la doctrina de Jesucristo, un cristiano natural de aquella ciudad, llamado BASILIO ó BASILEO, hombre muy instruido, de santas y ejemplares costumbres, y de ardiente fé, que habia logrado con su elocuente y persuasiva predicacion la conversion al cristianismo de gran número de infieles. El gobernador de Plasencia, digno servidor del cruel Emperador Neron, reinante entonces, hizo comparecer ante su tribunal al SANTO BASILIO, pretendiendo obligarle á renegar de Jesus y ofrecer incienso á los ídolos del paganismo; pero BASILIO, desoyendo las promesas y despreciando las amenazas, permaneció firme en la confesion de la fé católica. En su virtud fue encerrado en una lóbrega

prision, creyendo el gobernador que el cruel trato que en ella le darian concluiria por vencer su constancia.

Por esta fecha llegó á Plasencia el Obispo EPITACIO, y bien pronto su predicacion y las muchas conversiones al catolicismo que diariamente conseguia llamó la atencion del Gobernador y escitó su saña y la de sus favoritos. Como BASILIO fue llamado tambien EPITACIO al Tribunal, y como aquel sostuvo la heróica confesion de la fé, despreciando igualmente las ofertas y amenazas, siendo encerrado en el calabozo con BASILIO y atormentado asi mismo con toda clase de privaciones y malos tratamientos. Viendo por fin el gobernador y sus feroces satélites que nada adelantaban, y que el hambre, la sed, la desnudez y los golpes, en lugar de disminuir aumentaban el valor de los dos Santos, los sacaron de la prision y los quitaron la vida en el dia 23 de mayo de uno de los años del último tercio del siglo primero. Los cristianos se apoderaron por la noche de los cuerpos de los dos Santos Mártires y los sepultaron secretamente, quedando ocultas las reliquias hasta el año de 534, en que fueron halladas las de San EPITACIO, no habiéndose logrado encontrar las de SAN BASILIO, por más diligencias que practicaron los cristianos.

A solicitud del Sr. D. Diego Arce y Reinoso, Obispo de Plasencia, y de su Dean y Cabildo, concedió el Sumo Pontífice Inocencio X, por su decreto de 8 de octubre de 1650, que se celebrase la fiesta de los Santos Mártires EPITACIO y BASILIO el dia 23 de mayo en la Iglesia de Plasencia y demás de España.—N.

DIA 24.

San Robustiano, Mártir, *Milanés*, y San Juan Francisco de Regis, Confesor, *Francés*.

BEATO JUAN DE PRADO, MARTIR, ESPAÑOL.

Muy parcos de noticias referentes á este glorioso Mártir español estuvieron los cronistas de la Orden de San Fracisco, á la que perteneció, y no encontramos más abundantes datos en los *Martirologios* y *Flos Sanctorum* que hemos consultado.

En un pueblo de las montañas de Leon, que no nombra ninguna de las referidas obras, vió la luz primera, á fines del siglo XVI, el bienaventurado JUAN DE PRADO, descendiente de familia poco favorecida de bienes de fortuna, pero sumamente honrada y virtuosa. Desde muy niño manifestó un carácter dulcísimo, decidida aficion á las cosas de iglesia, gran deseo de instruirse, y un talento admirablemente precoz. Pasó á Leon á estudiar, haciendo rápidos progresos, especialmente en letras sagradas, pues robustecida con los años su vocacion á la carrera de la iglesia, determinó, con anuencia de sus padres, instruirse para recibir la investidura del sacerdocio. Ordenose, pues, siendo modelo de virtudes y de ardiente deseo por el lustre y engrandecimiento de la Religion cristiana; pero como en el siglo, por mucho que se retrajera de la sociedad y del contacto de las gentes, no podia hacer la solitaria y contemplativa vida que deseaba, se decidió á retirarse á un Convento, y como el más austero y ejemplar en Leon por aquella fecha, eligió el de Franciscos descalzos observantes. Innecesario consideramos manifestar el santo júbilo y placer con que fue recibida por el Prelado de aquel Convento la demanda del seráfico hábito por el ejemplar presbítero JUAN DE PRADO: tanto el Prelado, como la Comunidad entera, consideraron sumamente honrosa la adquisicion de tan instruido y santo varon, y la pretension fue concedida en el momento.

Los hechos de JUAN DE PRADO sobrepujaron en mucho á las esperanzas que en él habia fundado aquella Comunidad, pues nunca pudieron presumir que á tal grado de perfeccion llevase las prescripciones de la primitiva Regla, escediendo en rigorosos ayunos, mortificaciones y humildad á lo prevenido en ella. Vida tan santa y ejemplar, unida á un claro talento, vasta instruccion, persuasiva y fervorosa elocuencia en el púlpito, hizo bien pronto á FRAY JUAN DE PRADO el Religioso más célebre de la comarca, no pudiendo defenderle su retraimiento del mundo y de la sociedad de que esta le prodigase las alabanzas y respetos que tanto merecia.

JUAN DE PRADO, sin embargo, juzgaba que todavía hacia muy poco para merecer un asiento en el Paraiso despues de su peregrinacion por el mundo: determinó, pues, avanzar más en la senda de los merecimientos y servicios en favor de la santa Religion del Crucificado, y para ello solicitó de la Congregacion de *Propaganda Fide* ser nombrado para ir a predicar el Evangelio en Marruecos y en Fez. Obtenido el nombramiento, partió inmediatamente, comenzando su mision con buenos resultados, aunque no muy abundantes, apartando del camino de perdicion en Marruecos á algunos infieles, convirtiéndolos á la fé católica; pero á los pocos dias, temiendo las autoridades que la elocuente y fervorosa voz del Santo cristiano redugese el número de los sectarios de Mahoma, le prendieron, encerrándole en una mazmorra. No usaron en un principio de gran rigor con él los carceleros, y le permitian comunicarse y conversar algunas horas casi todos los dias con los otros presos; más habiendo convertido varios de estos á la Religion católica, y llegado á oidos de la autoridad, no solo se previno á los carceleros que le conservasen en incomunicacion absoluta, sino que empleasen con él toda clase de castigos, hasta que lograran hacerle renegar de su fé y

aceptar las doctrinas de Mahoma. Pero firme el heróico Fraile Francisco, ni la sed, ni el hambre, ni la desnudez, ni los horrorosos golpes y tormentos que le daban diariamente, pudieron hacer la más leve mella en su acrisolada constancia; y cuando los verdugos, cansados de golpearle, se detenian esperando oir temerosas súplicas, precursoras del rendimiento de la víctima, oian asombrados las alabanzas y sagrados himnos que el invicto Mártir entonaba en loor de Jesucristo y de su santísima Madre. Convencido finalmente el gobernador de Marruecos de que nada seria capaz de vencer el heróico valor del Religioso FRAY JUAN DE PRADO, y queriendo aterrar á los que se habian convertido á la fé cristiana para que no trabajasen en su favor, mandó preparar en medio de una plaza una grande hoguera, en la que fue arrojado vivo el Santo siervo de Dios, entregando su pura alma al Divino Criador el dia 24 de mayo del año 1631, á poco más de los 40 de su edad.

El Sumo Pontífice Benedicto XIII le beatificó solemnemente en 1728.—N.

DIA 25.

El sagrado Corazon de María; San Gregorio VII, Papa y Confesor, *Italiano*; San Urbano, Papa y Mártir, *Romano*, y Santa María Magdalena de Pazzis, Vírgen, *Florentina*.

SAN GENADIO, OBISPO Y CONFESOR, ESPAÑOL.

No nos ha legado la historia el nombre ni noticia de la clase social á que pertenecieron los padres de SAN GENADIO, ni tampoco se sabe en qué pueblo nació, solo que correspondia al Obispado de Astorga. Ignóranse del mismo modo las particularidades de sus primeros años y de su educacion, pues la historia comienza diciendo, que deseoso de dedicarse sola y esclusivamente al servicio de Dios, renunció á su familia y bienes, é ingresó en el

santo Monasterio de Ageo, perteneciente á la referida diócesi de Astorga, del que á la sazon era Abad el venerable Padre Arandiselo, bajo cuya sabia y virtuosa direccion aprovechó tanto el discípulo, que bien pronto fue el Monje más ejemplar de aquella santa Casa. Pero GENADIO apetecia más retiro del mundo, más soledad, haciéndose por momentos mayor su deseo de dedicarse á la vida eremítica; y habiendo en el Monasterio de Ageo varios otros que abundaban en tan santas ideas, pidió licencia al Abad Arandiselo para retirarse al yermo con algunos Monjes: obtenido el permiso y la bendicion, se dirigió con doce compañeros á los montes Aquilinos.

Llegó al sitio que honró con su santa planta el esclarecido San Fructuoso, y en el que con tantas penas y fatigas, como digimos en su vida, creó el célebre Monasterio llamado de San Pedro de los Montes, que encontró San GENADIO completamente destruido, cubriendo sus ruinas un bosque de maleza y zarzas, que habian desfigurado por entero la apacible belleza de aquel sitio. Pero queriendo GENADIO morar en donde habian morado y florecido tantos varones dechados de virtud y santidad, y en especial los gloriosos San Fructuoso y San Valerio, determinó limpiar de malezas las ruinas, creando de nuevo sobre ellas, y con sus mismas piedras, el Monasterio de San Pedro de los Montes, que habia hecho desaparecer con muchos otros la terrible y asoladora invasion de los árabes.

Uniéronse á GENADIO y á sus doce compañeros varios jóvenes de la comarca, deseosos de contribuir á tan santa obra, que fue llevada á cabo con heróica constancia, quedando restaurado el Monasterio en ménos de dos años, en el de 895, segun espresaba la latina inscripcion que se puso despues en una piedra, de la cual incluye copia el maestro Enrique Florez en la historia de la iglesia de Astorga. Ranulfo, Obispo de esta á la sazon, nombró á GENADIO Abad

del nuevo Monasterio, nombramiento que fue acogido con la mayor complacencia por sus doce primitivos compañeros y por los varios que habian aumentado el número de aquellos Monges. El Obispo, al mismo tiempo que dió Superior á la Comunidad, mandó que esta observase la Regla de San Benito.

Habiendo contribuido el Rey de Galicia, D. Alonso *el Magno*, varios señores de la corte y muchos habitantes del pais, con limosnas de alguna importancia, y contando GENADIO con muchos brazos dispuestos á trabajar siempre en favor del culto y del lustre de la Religion, determinó edificar otros santos retiros, donde sus muchos discípulos pudieran consagrarse al servicio de Dios y constante contemplacion de la Divinidad. Sin contar diferentes capillas, edificó en aquellos montes, además del ya sabido de San Pedro, el de San Andrés, el de Santiago de Peñalva y el de Santo Tomé, construidos todos y despues habitados y servidos por sus ejemplares discípulos. Adquirió un gran número de libros sagrados, que aunque pertenecientes siempre á la biblioteca del Monasterio de San Pedro de los Montes, servian para la lectura é instruccion de todos los Monges, pasando de unos á otros Monasterios.

Murió por este tiempo el esclarecido y célebre Ranulfo, Obispo de Astorga, y el alto concepto en que el Rey Don Alonso *el Magno* tenia del Abad GENADIO, le hizo poner desde luego el pensamiento en él para conferirle la Silla Episcopal, pensamiento que fue acogido con tanta complacencia por todo el clero y habitantes de la diócesi, como con disgusto de GENADIO cuando le fue comunicado el nombramiento. Pero el grande afecto que profesaba al Rey, y el agradecimiento por los muchos socorros con que habia contribuido para las edificaciones, le obligaron á resignarse á complacerle, y aunque con suma pena, se dispuso á dejar su querido Monasterio de San Pedro de los

Montes. Nombró Abad de él á un santo y sabio Monge llamado Atila, que con el tiempo llegó á Obispo de Zamora, y marchó á tomar posesion de su Sede.

De gran consuelo y alivio en las cargas del gobierno sirvió el Obispo GENADIO al Rey D. Alonso, que nada importante resolvió en los últimos años de su vida sin consultarlo con el prudente y sabio Prelado, á quien llevó en su compañía á varias empresas y espediciones, siguiendo siempre sus sabios y santos consejos. Cual verdadero sucesor de los Apóstoles, desempeñó GENADIO su salvadora mision en la tierra: su celo por la propagacion y engrandecimiento de a Religion católica, y su caridad para con los pobres y enfermos no tuvieron límites, y cuanto dijéramos seria poco para espresar sus sublimes virtudes.

Como el agradecimiento y el cariño que profesaba al Rey D. Alonso fueron los que le obligaron á aceptar e Obispado, tan luego como murió aquel esclarecido Monarca resolvió hacer renuncia de la Sede, y así se lo manifestó á su hijo y sucesor en el cetro de Galicia, el Rey D. Ordoño Quiso este disuadir de su proyecto á GENADIO, y fue dilatando con encargos y pretestos el resolver la peticion; pero en vista del firme propósito é insistencia de GENADIO, accedió á complacerle, aunque pidiéndole que designase la persona, en su concepto, más benemérita y apta para desempeñar el obispado. GENADIO le propuso á su discípulo Fortis, uno de los doce Monges que salieron con él del Monasterio de Ageo, en cuyo sugeto residian todas las circunstancias necesarias para desempeñar dignamente el obispado. Sin titubear aceptó el Rey la propuesta de GENADIO, y libre ya este, se retiró con el mayor júbilo á su querido Monasterio de San Pedro, resuelto á consagrar, como consagró, el resto de su vida á la oracion, á la penitencia y al estudio de las Sagradas Escrituras en el silencio y soledad de los montes.

Desde el año de 915 habia hecho diferentes donaciones á los Monasterios de su creacion, de las cuales tomó acta el *Tumbo negro de Astorga*, consignando en él las diferentes escrituras que acreditan la piedad de este ilustre Prelado. En el mismo año hizo su testamento estendido por Prudencio Sandoval, habiendo asistido al acto del otorgamiento su referido discípulo Fortis, y entre otras cosas, legó al Monasterio de San Pedro su numerosa y selecta biblioteca, con prohibicion absoluta de venderla en todo ni en parte alguna de ella.

Difieren los escritores antiguos en la fecha de su muerte; pero teniendo para nosotros gran peso las razones espuestas por el Maestro Florez en su catálogo de los Obispos de Astorga, inserto en el tomo XVI de *La España Sagrada*, le señalamos como esta, en 25 de mayo del año 936, reinando en Leon y Asturias D. Ramiro II, y ocupando el solio pontificio el Papa Léon VII.

El dichoso tránsito de SAN GENADIO tuvo lugar en el Monasterio de Santiago de Peñalva, llamado tambien del Silencio, por el pequeño rio que baña su falda y que llevaba este nombre. Su santo cadáver fue depositado en un sepulcro de piedra en la capilla del coro, que ensanchada despues por su discípulo Salomon, que sucedió á Fortis en el Obispado, tomó el nombre de capilla de SAN GENADIO, y hasta el Monasterio comenzó á entendérsele más por de SAN GENADIO que por de Santiago. Las reliquias de este Santo han sido siempre muy veneradas y apreciadas, habiendo Dios obrado por ellas infinitos milagros.

En el año de 1603 la duquesa de Alba, Doña María de Toledo, hija del marqués de Villafranca, fundó en la villa de este nombre un Convento de Dominicas descalzas, y deseando enriquecerle con reliquias de Santos, consiguió obtener del Monasterio de Peñalva una gran parte del cuerpo de SAN GENADIO, y huesos de San Urbano y del

Obispo Fortis. Depositadas en preciosas urnas fueron colocadas las santas reliquias en el nuevo Convento de Villafranca; más habiéndose trasladado despues la Comunidad, llevándose las reliquias al de Valladolid, conocido con el título de *La Laura*, puso pleito á las Religiosas la iglesia de Astorga reclamando las reliquias, en el que recayó la sentencia de que entregasen las Monjas la cabeza de SAN GENADIO, que recogió el clero de Astorga, depositándola con gran pompa y alegria en aquella santa iglesia.—N.

DIA 26.

San Felipe Neri, Confesor y Fundador, *Florentina.*

DIA 27.

San Juan, Papa y Mártir, *Florentino.*

DIA 28.

Nuestra Señora de la Luz, y San German, Obispo y Confesor, *Francés.*

SAN JUSTO, CONFESOR, ESPAÑOL.

La iglesia de Vich celebra en este dia la fiesta de SAN JUSTO, confesor, con motivo de poseer sus reliquias, y venir asegurado por constante y muy antigua tradicion que este santo fue natural de aquella ciudad. Se ignoran completamente los hechos y particularidades de su vida, sabiéndose solo que murió en general opinion de santo, opinion que se afirmó cada vez más con milagros que Dios obró por su intercesion, tres de los cuales se consignaron en un himno incluido en el antiguo Breviario manuscrito de dicha iglesia, y que son los siguientes:

«Cayó en cierta ocasion sobre el sepulcro del Santo una pared fuerte y elevada, y cuando todos creian que se hubiese reducido á cenizas aquel precioso tesoro, se encontró sin la más mínima lesion: el mismo prodigio sucedió en otra ruina que cogió la lámpara que ardia delante del sepulcro del ilustre confesor, la que se encontró íntegra, con la particularidad de no haberse apagado la luz: así mismo se dice que se oyeron conmoverse los huesos del Santo primeramente por ciertos niños, y despues por los clérigos de la misma iglesia, de cuya novedad se ignora el motivo. Tambien se sabe por tradicion, que teniendo un sacerdote de conocida virtud la piadosa costumbre de orar por la noche en la iglesia donde se enterró el Santo, vió repetidas veces una luz superior que se dirigia á cierto lugar determinado: refirió el suceso al Illmo. Obispo de Vich, y mandando este cavar en el sitio que indicó el sacerdote, se descubrió una arca con unas letras en la parte superior, que decian: *San Justo*. Halláronse en ella los huesos del siervo de Dios, inclusos en una urna de plata, los que se trasladaron con la mayor solemnidad al altar mayor de la Catedral, donde se conservan en grande veneracion, habiéndose dignado el Señor obrar muchos beneficios en favor del pueblo por la poderosa intercesion de su felicísimo siervo.»

Este Santo, desde tiempos muy remotos, está reconocido como especial protector contra los terremotos, y á él acuden los fieles pidiéndole su intervencion para alcanzar la misericordia divina siempre que ocurren temblores de tierra.—N.

SAN JUSTO, OBISPO DE URGEL, Y CONFESOR, ESPAÑOL.

Este Santo fue hermano del Obispo de Egara, San Nebridio, de quien hablamos en su dia, 9 de febrero; de Justiniano, Obispo de Valencia, y de Elpidio, de Silla desco-

nocida, de todos los cuales hace tan honrosa mencion San Isidoro en sus *Varones ilustres*, diciendo que con sus virtudes, dignidades y escritos ilustraron la España.

De ninguno de los cuatro nos ha dejado la historia noticias detalladas, sabiéndose únicamente que florecieron en la primera mitad del siglo VI, y que San Justo consta como Obispo desde el año 527 hasta 546, durante cuyo tiempo aparece su firma como asistente con tal dignidad á varios Concilios, siendo uno de ellos el II Toledano, celebrado en dicho año 527, reinando Amalarico, al que asistió acompañado de su hermano Nebridio, que juntos habian salido de Cataluña desterrados por combatir las doctrinas de Arrio, que estaban por entonces en su mayor desarrollo.

Dice la historia que pasaron los dos hermanos grandes penalidades y trabajos; pero sin dar detalles y sin decir en qué año volvieron á ocupar sus Sedes. De SAN JUSTO solo se sabe que la ocupaba otra vez en el año de 546, y que asistió al Concilio que se celebró este año en Lérida.

Escribió un comentario sobre los cantares de Salomon, y una carta á Sergio, Obispo de Tarragona, que han sido impresos dos veces, y un sermon á San Vicente, Mártir, que incluye Villanueva en el Apéndice segundo del tomo X de su *Viaje literario*.

La iglesia de Urgel de muy antiguo reza de SAN JUSTO, OBISPO, el dia 28 de mayo.—N.

DIA 29.

San Maximino, Obispo y Confesor, de *Aquitania*.

SAN VOTO Y SAN FELIX, CONFESORES, ESPAÑOLES.

De una noble familia Aragonesa fueron descendientes los dos hermanos VOTO y FELIX, Santos Españoles de este dia. Nacieron en Zaragoza á principios del siglo VIII,

época en que gemia España bajo la cruel dominacion agarena. Distinguíanse ambos hermanos por su piedad religiosa y su infinita caridad para con los pobres, siendo su casa el constante refugio de necesitados y desvalidos.

Era VOTO muy aficionado á la caza, á la que dedicaba constantemente dos ó tres dias por semana. Salió uno, y se dirigió al monte llamado Panno, donde despues se edificó el renombrado Monasterio de San Juan de la Peña, y á poco de internado en aquel sitio, vió un hermoso ciervo; picó al caballo, que salió inmediatamente á la carrera tras el ciervo, el cual, venciendo los obstáculos del terreno con fáciles y elevados saltos, tomó la direccion de la cima del monte, dejando muy atrás á su perseguidor. VOTO, con la voz, con la espuela y con la brida escitaba los brios del caballo, que concluyó por desvocarse, siendo ya impotente la mano y la pericia del ginete para gobernarlo. Conoció el peligro VOTO, y vió su muerte próxima, pues el caballo corria ciego hácia un precipicio á cuyo fondo llegarian ambos hechos pedazos si caian. En tan sublime momento invoca y llama en su amparo al Santo de su particular devocion, San Juan Bautista, y en el momento queda parado el caballo y adheridas las herraduras á las piedras. Apeose VOTO, y puesto de rodillas, dió las más fervorosas gracias á Dios y á su Santo protector San Juan. En seguida, por suprema inspiracion sin duda, determinó reconocer aquel sitio, y en lo más oculto de él encontró una ermita dedicada á su Santo protector San Juan Bautista: entró en ella, y vió en el suelo, al lado del altar, un difunto, cuya cabeza descansaba en una piedra, en la que se leia esta inscripcion: *Yo, Juan, eremita en este sitio, habiendo despreciado al mundo, fundé como pude esta ermita en honor de San Juan Bautista, y aquí descanso en paz.* Cavando con su espada, dió VOTO sepultura al cadáver, «que segun parece fue el de Juan de Atarés, llamado así

por el lugar de su nacimiento, el cual murió santamente el año de 718.»

Regresó VOTO á Zaragoza con ánimo resuelto de dejar el mundo y constituirse en ermitaño, pasando el resto de su vida en aquella ermita cerca de la cual habia sido tan milagrosamente protegido por el cielo. Refirió el suceso á su hermano FELIX, y le manifestó su determinacion, la cual no solo aprobó, sino que la hizo suya tambien el piadoso FELIX, decidiéndose en el acto á acompañar á su hermano y consagrar como él su vida al servicio de Dios en el desierto. En su virtud, pues, realizaron sus bienes en seguida, repartiendo el producto entre los pobres, y marcharon á constituirse en moradores de la ermita de San Juan Bautista. Edificaron dos celdas, y manteniéndose de frutas silvestres, yerbas y raices, pasaban los dias y las noches en oracion y penitencias, imitando á los mas santos y rígidos cenovitas.

No quiso el Señor que quedase oculta la ejemplar santidad de sus rendidos siervos, y á pesar de lo oculto del sitio, fue conocido este asilo de la virtud y frecuentado por muchos fieles devotos que iban á buscar consejos y consuelos de los dos santos ermitaños.

La crueldad que los moros empleaban con los cristianos hizo que muchos dejasen la ciudad y varios pueblos inmediatos y se refugiasen en el monte Panno, al amparo de los consuelos de VOTO y FELIX. Creció prodigiosamente el número de los habitantes del monte, y pareciendo á los dos santos ermitaños que debian utilizar aquellos brazos en favor del Cristianismo, como el Rey D. Pelayo utilizó los cristianos de Asturias, comenzaron á exhortarlos procurando inflamar su corazon de celo por la defensa de las verdades del Evangelio. Sus palabras fueron oidas con el mayor placer, sus consejos adoptados con entusiasmo, y habiendo elegido por jefe á D. García Gimenez, capitan diestro y ca-

ballero poderoso, rompieron los cristianos contra los moros acompañados de los dos santos ermitaños iniciadores de tan heróico proyecto. La proteccion del Todopoderoso, la fé, y el valor que infunde toda buena causa, dieron á los cristianos importantes triunfos, ganando varios pueblos y rescatando muchos cautivos. En vista del buen camino que llevaban los soldados de la Cruz, y considerándose ya innecesarios entre el estruendo de las armas, los hermanos VOTO y FELIX volvieron á su ermita y á su solitaria y penitente vida. Sin la mas pequeña alteracion en sus santas costumbres continuaron hasta su muerte, siendo el primero que entregó su alma al Criador, VOTO, el hermano mayor, cuyo glorioso tránsito tuvo lugar en 29 de mayo de un año hácia la mitad del siglo VIII, siendo sepultado su cuerpo en la misma ermita al lado del de Juan de Atarés por su hermano FELIX, acompañado de algunos cristianos ancianos, que por no ser útiles para la guerra permanecian en el monte. Al poco tiempo falleció FELIX, cuyo santo cadáver fue sepultado junto al de su hermano. No se sabe el dia de su tránsito, cuyo recuerdo se perdió sin duda por celebrarse en el mismo dia 29 de mayo la gloriosa memoria de los dos hermanos.

Espulsados los moros de aquella parte de España, edificaron los fieles el célebre Monasterio para Religiosos benedictinos, titulado de San Juan de la Peña, dejando dentro de la iglesia la ermita que contenia las reliquias de SAN VOTO, SAN FELIX, y del ermitaño Atarés. Las de este fueron consumidas por el fuego en un voraz incendio que destruyó gran parte del Monasterio en el año de 1492, no habiendo padecido nada las de VOTO y FELIX, que fueron vueltas á poner á la veneracion de los fieles en la misma iglesia, reedificada algunos años despues.—N.

SANTORAL ESPAÑOL



Dibujo Parcala   Litª de Escarpizo

SAN FERNANDO (REY DE ESPAÑA.)

DIA 30.

SAN FERNANDO, REY DE ESPAÑA.

En pocas ocasiones hemos deseado tanto como en la presente disponer de páginas bastantes para poder consignar todos los hechos de la gloriosa vida de un Santo, pues en el de este dia descuellan circunstancias y brillan hechos tan especiales, que todo buen español, al tratar de palabra ó por escrito de las sublimes virtudes de su Santo Rey FERNANDO, ha de lamentar por necesidad el no poderlo hacer en la esencia y en las formas tan dignamente como el asunto requiere. Grande es el número de escritores que se han ocupado de este glorioso Santo, ya escribiendo la historia general de España, ya la particular de los reinos en que estuvo dividida, ya la de familias, fundaciones y Monasterios célebres de la antigüedad, y ya tambien ocupándose solo de la vida y reinado de SAN FERNANDO; siendo de estas la más apreciada la escrita por D. Alonso Nuñez de Castro, de la que se hicieron dos ediciones, y á las que puede apelar el que guste tener noticias verídicas y circunstanciadas del Santo Rey español. Nosotros, aunque con harto sentimiento, no podemos más que tocar, y ligeramente, los hechos más remarcables de su vida.

En el año de 1199 contrajo matrimonio la Infanta Doña Berenguela, hermana de D. Enrique I, Rey de Castilla, con su tio D. Alfonso IX, Rey de Leon. Tuvieron cuatro hijos, de los cuales fue el primogénito SAN FERNANDO, al que crió su propia madre, no queriendo fiar ni un momento el cuidado de su hijo á persona alguna. No consta el dia, mes año del nacimiento del Infante D. FERNANDO, ni en qué pueblo tuvo lugar; y el que más dice sobre ello es

el P. Fr. José Alvarez de la Fuente, en su *Sucesion real de España*, en la que se lee: «Nació D. FERNANDO entre las ciudades de Salamanca y Zamora, el año de 1201.»

La educacion del jóven Infante fue la que puede presumirse, y más teniendo en cuenta que su madre, la Reina Doña Berenguela, fue una de las mujeres más distinguidas de su siglo por sus virtudes y talento, y que ella dirigia la educacion de FERNANDO, que desde la más tierna infancia manifestó los grandes dotes de gracia celestial con que le enriqueció el Todopoderoso.

Sin embargo de los cuatro hijos que, como hemos dicho, tenian los Reyes de Leon, D. Alonso y Doña Berenguela, la Silla Apostólica anuló el matrimonio del tio y la sobrina por el grado tan próximo de parentesco que entre ellos existia, volviéndose en su virtud Doña Berenguela á Castilla al lado de su hermano D. Enrique I, quedándose los cuatro hijos en Leon con su padre D. Alonso.

Corria el año de 1217, y en la mañana del dia 27 de mayo se hallaba casualmente en Palencia el jóven Rey de Castilla D. Enrique I aposentado en casa del Obispo, y, para distraerse un rato, salió con otros jóvenes á los corredores y se puso á jugar con ellos al tejo. Dicen unos que, habiendo tirado un tejo al alto, tocó en el tejado, partió una teja, y que un pedazo cayó sobre la cabeza del Rey: otros, que un jóven de la familia de los Mendozas tiró una piedra desde una torre y quebró la teja, cuyo pedazo vino abajo; pero sucediera de uno ú otro modo, el resultado fue que el pedazo de la teja hirió tan gravemente en la cabeza al Rey D. Enrique, que á los once dias murió.

Cuando Doña Berenguela conoció el peligro en que se hallaba la vida de su hermano, y se persuadió de que moriria pronto, mandó á D. Lope de Haro y á D. Gonzalo Ruiz Giron á Toro, en donde á la sazon se hallaba Don

Alonso, Rey de Leon, con el encargo de que le pidiesen de su parte que la enviase á su hijo FERNANDO, para que la consolara de sus penas y soledad siquiera algunos dias. Accedió D. Alonso, y entregó á los comisionados el Infante DON FERNANDO, que llegó al lado de su Madre cuando ya habia muerto su tio D. Enrique, aunque no se habia publicado la muerte, sabiéndola solo Doña Berenguela y el Conde D. Alvaro de Castilla. Así que estuvo al lado de su Madre DON FERNANDO, se publicó la muerte del Rey D. Enrique I, y fue declarada sucesora y Reina de Castilla Doña Berenguela, teniendo lugar su coronacion en la plaza del mercado de Valladolid, desde donde se dirigió acompañada de su hijo DON FERNANDO y de los señores de la Córte á la Iglesia de Santa María, dentro de la cual hizo renuncia de la Corona en favor de su hijo, que desde aquel dia se encargó de la gobernacion de su reino, contando 17 años de edad.

Sabidas estas cosas en Leon, se irritó sobremanera el Rey D. Alonso, pues queria para sí la Corona de Castilla, como patrimonio de su mujer, sin considerar que se habia declarado nulo el casamiento, y que era un hijo suyo el que ceñia sus sienes con la Corona de su madre. Cegado por la ambicion, reunió un numeroso ejército, que, á las órdenes de su hermano D. Sancho, entró en Castilla, llevando á sangre y fuego cuanto encontraba.

Deseando el jóven y piadoso Rey DON FERNANDO evitar la lucha contra su padre, envió embajadores que le hicieran presente la sinrazon de sus pretensiones, y le rogasen que desistiera de una guerra tan injusta y que tantos males necesariamente habia de originar á ambos reinos. Las razonadas y prudentes frases de los embajadores fueron completamente desoidas por D. Alonso de Leon, á lo que contribuyó no poco el hallarse en su Córte los caballeros castellanos, Conde D. Alvaro, y su hermano Don

Fernando, de la casa de Lara, que, ofendidos porque la Reina Doña Berenguela y su hijo DON FERNANDO no les habian encomendado el gobierno del reino, se habian declarado sus enemigos, armando sus vasallos contra su legítimo Rey.

Vista con el mayor dolor por DON FERNANDO la injusta tenacidad de su padre, y habiendo cumplido suplicando como humilde hijo, se resignó á llenar los deberes de Rey y defender á sus vasallos de las tropelias de los leoneses. Reunió inmediatamente un lucido, aunque no muy numeroso ejército, dando el mando de él á D. Lope de Haro, que sin tardanza partió al encuentro de las numerosas huestes de D. Alonso de Leon, á las que encontró cerca de Búrgos y derrotó completamente en dos batallas, á pesar de la gran superioridad de su número.

Vencidos los enemigos de fuera, determinó DON FERNANDO batir á los de dentro, pues los hermanos Laras retenian en su poder, y defendidas por sus partidarios, diferentes villas y lugares. Dirigió contra ellas sus armas el jóven Rey, y en muy poco tiempo se hizo dueño de Muñon, Villorado, Nájera y Navarrete. Estos triunfos, en lugar de acobardar, irritaron más á los dos hermanos, y formaron el proyecto de apoderarse del Rey, para lo cual se emboscaron en un lugar llamado Herrezuela, en donde confiaron poder sorprenderle cuando regresase á Plasencia. Tuvo noticia DON FERNANDO del villano complot fraguado contra él, y el emboscado cayó en su emboscada, pues al llegar el Rey á Herrezuela, mandó cargar sobre ella á sus tropas, y á pesar de la resistencia que opuso Don Alvaro, fue hecho prisionero. Con esta prision hubieran terminado las guerras interiores de Castilla, si el piadoso Rey FERNANDO no hubiera sido tan benigno con los revoltosos hermanos, que haciendo de la necesidad virtud, pidieron humildes perdon al Rey y le entregaron las villas

que retenian en su poder; pero en cuanto el Rey, compadecido y engañado con sus protestas de adhesion, los concedió la libertad, se armaron, reunieron sus parciales, y con el más insano furor rompieron las hostilidades, talando y quemando campos y saqueando pueblos. El Rey se armó inmediatamente contra ellos, y los apretó de tal manera, que tuvieron que refugiarse en el reino de Leon; pero allí trabajaron con tanto empeño y arte cerca del Rey Don Alonso, que le decidieron á emprender de nuevo la guerra contra su hijo. No lograron, sin embargo, su pérfido designio, y la guerra no se empeñó como pretendian, pues conociendo por fin la razon y la justicia el Rey D. Alonso, y comprendiendo los verdaderos intereses de su reino, se ajustó una paz honrosa para el padre y el hijo, que no volvió á ser interrumpida por ninguno de los dos reinos hasta despues de la muerte del Rey de Leon.

Fue tan acerba la pena que al ambicioso é inquieto conde D. Alvaro causó esta paz, que enfermó en seguida, y murió al poco tiempo en el mayor desconsuelo. Fue su cuerpo enterrado en el Monasterio de Uclés. Su hermano D. Fernando huyó á Africa, y murió tambien muy pronto en Eboya, poblacion de cristianos: su cadáver fue traido á España y sepultado en el Monasterio de Fitero.

En el año de 1220, por consejo de su madre doña Berenguela, determinó contraer matrimonio con doña Beatriz, hija del ya difunto D. Felipe, Emperador de Alemania. Marcharon á este reino, encargados de pedir la novia á su primo, el Emperador reinante á la sazon, Federico II, el Obispo de Búrgos D. Mauricio, y Fray Pedro, Abad del Monasterio de San Pedro de Arlanza, quienes, vencidas algunas dificultades que se presentaron al principio para el contrato, trajeron á España la novia, á la cual salió á recibir la Reina doña Berenguela á la raya de Vizcaya, en donde permanecieron ambas algunos dias, dirigiéndose

despues á Búrgos, ciudad designada para verificar en ella los desposorios.

El dia 29 de noviembre de dicho año de 1220, despues de haber oido la Misa, que celebró de Pontifical el Obispo D. Mauricio en la iglesia del Monasterio de las Huelgas de Búrgos, se armó el Rey DON FERNANDO á sí mismo caballero, por no haber persona más elevada que lo armase, segun la ceremonia de aquel tiempo. En el dia siguiente tuvieron lugar con la mayor solemnidad y regocijo los desposorios de DON FERNANDO y doña Beatriz, velándolos el mismo Obispo D. Mauricio.

El constante deseo del jóven Rey de dar latitud y engrandecimiento á la Religion cristiana, le sugirió la idea de hacer la guerra á los moros, cuya vecindad tan perjudicial era para la pureza de las costumbres religiosas de sus vasallos, y pasó los meses de aquel invierno disponiendo lo necesario para entrar en campaña á la primavera próxima, é ir domando la soberbia de los sarracenos, y concluir por arrojarlos del reino. Así que se supo en Castilla la determinacion del Rey, de todas partes acudieron caballeros con sus vasallos á engrosar las filas del ejército Real, para ayudar á su querido Monarca, y tener la gloria de participar de los peligros y trabajos que habia de producir tan santa como difícil empresa. Los principios de la campaña, sin embargo, no pudieron ser más halagüeños y fáciles. Reunido un respetable ejército, se designó la ciudad de Cuenca para plaza de armas, y en cuanto llegó á noticia de Venzuir, Rey moro de Valencia, pasó á la plaza y juró perpétuo vasalleje á DON FERNANDO, siguiendo su ejemplo Mahomad, Rey de Baeza. Estos dos pacíficos triunfos produjeron en el ejército y en Castilla el mayor entusiasmo, porque todos se convencieron de que la guerra contra los moros era una inspiracion divina, y que el Todopoderoso tenia de antemano dispuesta la corona del triunfo para ce-

ñir las sienes del Santo Rey. El éxito robusteció esta creencia, porque las victorias se sucedian sin interrupcion.

En el año de 1231 murió el Rey de Leon D. Alonso IX, padre de SAN FERNANDO, dejando en su testamento bien marcadas pruebas del poco afecto que tenia á su hijo, pues instituyó por herederas del trono á las Infantas Doña Sancha y Doña Dulce.

El derecho que asistia á DON FERNANDO, los consejos de su madre, y de los señores de la corte, y las cartas que recibia de muchas ciudades del reino de Leon, le decidieron á marchar á este, presentándose como su Rey. Fue encontrando la más halagüeña acogida en los pueblos, y se coronó en la ciudad de Toro, distinguiéndola con esta preferencia por haber sido la primera que le escribió reconociéndole por Rey. Habia sin embargo algunas ciudades que seguian la parcialidad de las Infantas Doña Sancha y Doña Dulce, y entre ellas Leon, defendida por D. Diego Lopez de Haro, hijo de Doña Sancha; más queriendo el prudente y piadoso DON FERNANDO evitar la efusion de sangre y los males de una guerra entre cristianos, comisionó á D. Rodrigo, Arzobispo de Toledo, para que acordase con sus hermanas un arreglo pacífico. Túvose una junta en Leon, asistiendo el Arzobispo D. Rodrigo, lo más esclarecido de la nobleza del reino, y los Obispos D. Juan, de Oviedo; D. Nuño, de Astorga, D. Rodrigo, de Leon; D. Miguel, de Lugo; D. Martin, de Mondoñedo; D. Miguel, de Ciudad-Rodrigo, y Don Sancho, de Soria, y quedó acordado que Doña Sancha y Doña Dulce hiciesen renuncia del reino en favor de su hermano D. Fernando, y que este las entregase para alimentos treinta mil ducados por año. En virtud de este acuerdo volvió á juntarse á Castilla el reino de Leon, despues de setenta y tres años de separacion.

«Dueño ya FERNANDO de Castilla y de Leon, convirtió todas sus fuerzas contra los africanos. Por medio de su hijo el Infante D. Alonso, con una partida de gente desbarató un numeroso ejército de Abenuth, Rey de Jerez de la Frontera, victoria que en todo el reino se tuvo por milagrosa, y los mismos moros publicaron que habian visto á Santiago, Patron de las Españas, y á otros Caballeros, cubiertos de resplandor, pelear en el aire en favor de los cristianos. Igualmente se tuvo por milagrosa, y se atribuyó á los méritos del Santo Rey, la valerosa defensa de la Peña de Martos, que hizo la condesa Doña Irene con solas sus mujeres, contra un formidable ejército de agarenos, entreteniéndolos hasta que llegó el socorro. No fue ménos milagrosa la que hizo el Maestre de Calatrava del alcázar de Baeza, á donde volvió con los suyos despues de haberle desamparado de noche, llamado de una resplandeciente cruz que se dejó ver sobre el castillo, y no solo se defendió valerosamente de una multitud de moros que le sitiaban, sino que haciendo una vigorosa salida, los desalojó de la ciudad y se hizo dueño de ella.»

Por este tiempo murió la Reina Doña Beatriz, de la cual le quedaron á DON FERNANDO nueve hijos, y casó en segundas nupcias, á los tres años, con la Princesa Doña Juana, hija de Simon, conde de Poitiers.

Con un celo incansable, y sin ceder jamás á la fatiga, multiplicaba sus victorias el Santo Rey, y al frente de sus tropas hizo tributarios los reinos de Valencia y Granada, y conquistó los de Murcia, Córdoba, Jaen y Sevilla. Cuando entró en Córdoba, supo que doscientos setenta años antes los moros habian hecho llevar en hombros de cristianos las campanas de Santiago de Galicia á Córdoba, para que sirviesen de lámparas en la mezquita, y dispuso que inmediatamente fuesen conducidas á Santiago en hombros de

moros, y colocadas en el primitivo lugar que ocuparon en aquella iglesia.

La toma de la ciudad de Sevilla fue el más glorioso hecho de armas de su época, porque la tenaz y valerosa resistencia que presentaron los moros, dió lugar á que el heróico Rey SAN FERNANDO patentizase al mundo los grandes conocimientos militares que poseia, y que hasta sus enemigos no pudieron ménos de reconocer y ensalzar.

Dos revelaciones celestes tuvo el Santo Rey durante el sitio: una por conducto de San Isidoro, Arzobispo de Sevilla, que se le apareció, asegurándole que aunque á costa de mucho trabajo tomaria la ciudad; y la otra, la que refieren los historiadores del modo siguiente:

«Estaba una noche el religioso Monarca haciendo oracion en un templo de sus reales, delante de la imágen de Nuestra Señora de los Reyes, y oyó una voz que le decia: *En mi imágen de la Antigüa, de quien tanto fia tu devocion, tienes continua intercesora: prosigue, que tú vencerás.* Esta imágen de la Antigüa, por singular providencia del cielo, estaba á la sazon en la mezquita mayor de los moros, en el centro de la ciudad; pero enagenado FERNANDO con el favor que acababa de recibir, sale del templo, atraviesa sus reales, acércase á Sevilla, encuentra en la puerta de Córdoba un hermosísimo mancebo que le encaminó á la mezquita, ábrensele las puertas, adora profundamente la imágen, vuélvese por el mismo camino, y halla en la misma puerta de Córdoba la espada, que al entrar se le habia caido sin advertirlo, porque le sobraba para su defensa la proteccion de la Santísima Vírgen.»

Por este tiempo recibió España un presente del más grande é inestimable valor. Por muerte del Arzobispo Don Rodrigo, acaecida en 10 de junio del año anterior de 1247,

ocupaba la Silla episcopal de Toledo D. Juan de Medina, á quien remitió San Luis, Rey de Francia, primo de SAN FERNANDO, una preciosa caja con reliquias y una carta, que con las reliquias se guarda en el sagrario de la iglesia de Toledo. Hé aquí copia de la carta de remision, espresando las reliquias que la acompañaban:

«Luis, por la gracia de Dios Rey de Francia, á los amados varones en Cristo, Canónigos y todo el Clero de la iglesia de Toledo, salud y dileccion. Queriendo adornar vuestra iglesia con un escelente don, por medio de nuestro amado Juan, verenable Arzobispo de Toledo, y á su instancia, os enviamos algunas preciosas partecicas de los venerables y señalados nuestros santuarias, que hobe del Tesoro del imperio Costantinopolitano; conviene á saber: del madero de la cruz del Señor: una de las espinas de la sacrosanta corona de espinas del mismo Señor: de la leche de la gloriosa Vírgen María: de la vestidura de púrpura del Señor con que fue vestido: del lienzo con que se ciñó al Señor cuando lavó y limpió los pies de sus discípulos: de la sábana con que su cuerpo estuvo sepultado en el sepulcro: de los paños de la infancia del Salvador.

»Rogamos pues, y requerimos en el Señor, á vuestra caridad, que las sobredichas reliquias recibais y guardeis en vuestra Iglesia con la reverencia debida: asi mismo que en vuestras Misas y oraciones tengais memoria benigna de nos. Fecha en Estampas, año del Señor de mil doscientos y cuarenta y ocho, por el mes de mayo.»

El 22 de diciembre de este mismo año, despues de diez y seis meses de sitio, hizo su triunfante entrada en Sevilla el Rey SAN FERNANDO, dirigiéndose lo primero á la iglesia mayor, que de antemano habia sido preparada y bendita, y en la que celebró una solemne Misa el

Arzobispo de Toledo D. Gutierre, que acaba de suceder á D. Juan.

Dando tregua á sus empresas guerreras se dedicó á reedificacion y fundacion de templos, la mayor parte en honor de la Vírgen, de la que siempre fue el más constante y rendido devoto. A la imágen de la Vírgen de los Reyes, que la tradicion nos dice que fue pintada milagrosamente, la puso casa Real, con todos los oficios de palacio, camareras, mayordomos, gentil-hombres, capellanes, reyes de armas y porteros, sirviendo estos cargos los Infantes y los principales señores de la corte.

En la primavera del siguiente año continuó la guerra contra los moros, tomándoles diferentes ciudades y pueblos de Andalucia, y muchos castillos de la costa. Comenzaron á aparecer por entonces en los caminos algunas partidas de ladrones, para la persecucion de los cuales creó compañías de cuadrilleros, con el nombre de Santa Hermandad, llamada hoy en historia la Vieja, para distinguirla de la creada posteriormente con algunas variaciones en su organizacion.

Su constante anhelo por combatir y derrotar á los enemigos de la Religion cristiana le sugirió el pensamiento por el año de 1251 de pasar á Africa á hacer la guerra á los moros, y dispuso la construccion de una numerosa armada; pero atajó la muerte su santo proyecto. Acometiole la última enfermedad, y conociendo su muerte, pidió los Santos Sacramentos, que le administró D. Ramon, Arzobispo de Sevilla. Al entrar el Sacramento en la estancia se echó una soga al cuello, tomó en la mano un crucifijo, se bajó de la cama, y se puso de rodillas en el suelo, y así recibió el santo Viatico. En seguida, puestos los ojos en el cielo, dijo: «El reino, señor, que me disteis, y la honra mayor que yo merecia, te le vuelvo: desnudo salí del vientre de mi madres, y desnudo me ofrezco á la tierra: recibe, Señor mio, mi ánima; y

por los méritos de tu santísima pasion, ten por bien de la colocar entre los tus siervos.»

En seguida volvió al lecho: bendijo á sus hijos y á su mujer, recomendando mucho á esta su primogénito y sucesor D. Alonso, al que dió los más sublimes y santos consejos: pidió perdon á todos los presentes: mandó á los clérigos que cantasen las letanias y el *Te Deun* y al llegar al segundo versículo de este, entregó con la mayor tranquilidad y dulzura su alma al Criador el jueves 30 de mayo del año de 1252, á los 51 de su edad, habiendo reinado treinta y y cinco en Castilla y veinte y dos en Leon. Sus exequias fueron tan suntuosas como correspondia á tan gran Rey; pero lo que más honró su memoria fue el sincero dolor y las copiosas lágrimas de sus vasallos, que lloraron por mucho tiempo su pérdida como la del más tierno y amoroso padre. Su cuerpo fue enterrado en la iglesia mayor de Sevilla donde permanece hasta hoy.

Tuvo el Rey SAN FERNANDO catorce hijos, diez del primer matrimonio, siete varones, y tres hembras: del segundo cuatro, una hembra y tres varones. De los catorce solo uno del primer matrimonio murió en la infancia: todos los demás pasaron de la edad viril.—N.

DIA 31.

Santa Petronila, Virgen, *Romana.*

MES DE JUNIO.

(Por D. Eustaquio María de Nenclares.)

DIA 1.°

San Segundo, Mártir, *Italiano.*

SAN IÑIGO, ABAD DE OÑA, ESPAÑOL.

Descendiente de una noble y acomodada familia de Aragon, nació en Calatayud, á principios del siglo XI, IÑIGO, llamado mas comunmente Eneco en su pais. Desde su infancia manifestó un carácter dulcísimo é inclinaciones las más virtuosas, robusteciéndose con la edad tan recomendables disposiciones. Veinte años contaba apenas de edad cuando quedó huerfano de padre y madre, y deseando emplearse solo en el servicio de Dios, repartió sus bienes entre los pobres y abandonó el mundo, marchando á los Pirineos, y en lo más fragoso de ellos construyó una reducida ermita, en la que se dedicó á la oracion y á la penitencia, manteniéndose de yerbas silvestres. Allí, en la más absoluta soledad, pasó algunos años, al cabo de los cuales determinó hacerse Religioso tomando el hábito en un Convento, para poder orar en el templo delante de sagradas imágenes, frecuentar los Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, oir Misa y escuchar la palabra de Dios, trasmitida por sus ministros desde el púlpito. Eligió el Monasterio de San Juan de la Peña, uno de los más

pos de España, tuvieron la audacia de apelar á Italia, tratando de sorprender á San Ambrosio, que como refulgente sol brillaba entonces en toda la Iglesia. Su plan, como no podia ménos, salió errado; pero aquel gran Padre, con el más santo cálculo é intencion, procuró convencerles pacíficamente, y entró en condiciones de arreglo, ofreciéndoles que serian admitidos á la comunion de los católicos, con tal que condenasen lo malo que habian practicado, y que DICTINIO de ningun modo ascendiese á la dignidad de Obispo, sobre lo cual escribió el Santo á los Obispos de España interponiendo su alta mediacion, y declarando las condiciones de paz que habian ejecutado; pero bien pronto faltaron los priscilianistas á una de las más esenciales, pues con grande aplauso de sus sectarios fue DICTINIO consagrado Obispo de Astorga, asistiendo al acto su padre Sinfosio.

La horrible tempestad para los fieles que este acto produjo, fue seguida de la más deliciosa bonanza; pues como si la dignidad episcopal hubiera gozado de una virtud secreta, comenzó á obrar en la imaginacion de DICTINIO con admirable cambio de ideas que trasmitió á su padre, concluyendo los dos por conocer y confesar sus errores. Gran placer produjo entre los fieles católicos suceso tan fausto; más para asegurar cuanto más pudieran un feliz resultado, determinaron los Prelados en este año de 400 reunirse en nuevo Concilio, como lo verificaron por el mes de setiembre en Toledo. Concurrieron á él Sinfosio y DICTINIO, y abjuraron solemnemente sus errores condenando la doctrina de Prisciliano. DICTINIO pronunció estas palabras: «Oidme óptimos sacerdotes, y corregidme en todo, porque á vosotros toca la correccion, segun lo que está escrito: *A vosotros os son dadas las llaves del Reino de los cielos*. Por lo mismo os suplico que no abrais, no, las puertas del infierno, sino las del cielo. Yo condeno en mí mis-

mo el haber dicho que era una misma la naturaleza de Dios y la del hombre. No solamente os pido la correccion, sino que condeno cuanto dictó mi presuncion en mis escritos. Todo lo desecho, sin esceptuar más que el nombre de Dios. Cuanto se ha leido que sea contra la fé, todo lo repruebo con su autor.» Casi en iguales términos se espresó Sinfosio, y así que éste acabó de hablar, añadió DICTINIO: «Yo sigo la sentencia de mi padre Sinfosio: cuanto él condena, condeno: porque tenemos escrito en el Apóstol, que si alguno predicase otra cosa fuera de lo que se nos ha evangelizado, sea anatematizado: y, por tanto, todo cuanto malo enseñó ó escribió Prisciliano, todo lo condeno con su autor.»

En vista de tan esplícita y terminante confesion y detestacion de errores, resolvió el Concilio que Sinfosio y DICTINIO quedasen revestidos de la dignidad episcopal; pero que mientras no se recibiese la aprobacion del Papa, ó de San Simpliciano, Obispo de Milan, no pudieran dar órdenes sagradas. Con la mayor humildad recibieron el mandato de los Prelados, obedeciéndoles rigurosamente.

Volvieron Sinfosio á su Sede de Orense, y DICTINIO á Astorga, y desde esta época comienzan las glorias cristianas de SAN DICTINIO, que, queriendo borrar las manchas que con sus errores se habia echado á sí mismo, fue un héroe de piedad, caridad y penitencia. Ningun trabajo, ninguna penalidad, ningun desvelo le parecia bastante para servir á Jesus y propagar su salvadora doctrina, ahogando los errores antes propalados; y consagrando toda su ciencia y elocuencia á dar á conocer la verdad del Evangelio, fue hasta su muerte el más firme campeon y el más terrible enemigo de la secta prisciliana.

A media legua de la ciudad edificó un monasterio *dúplice*, de los cuales habia bastante número por aquel tiempo, que tenian habitacion para Monjas y para los Religiosos que las

DIA 2.

San Marcelino y San Pedro, Mártires, *Romanos*, y

SAN JUAN DE ORTEGA, CONFESOR, ESPAÑOL.

SAN JUAN, apellidado de *Ortega* por el sitio en que pasó retirado del mundo gran parte de su vida, nació en el año de 1080 en Quintana-Ortuño, pequeño pueblo perteneciente á la diócesi de Búrgos. Fueron sus padres Vela Velazquez y Eufenia, cuyo apellido se ignora; personas muy apreciadas por sus virtudes, y consideradas por los bienes de fortuna que poseian. Muchos años pasaron deseando tener sucesion, y haciendo constantes votos, promesas y súplicas al Señor y á su Santísima Madre para que les concediera un hijo: el cielo por fin accedió á sus súplicas, dándoles en JUAN el sucesor que ansiaban, y el más preclaro varon de su familia.

Desde la más tierna infancia indicó JUAN lo que seria con el tiempo, y que Dios le habia mandado al mundo para santo ejemplo de los mortales, pues su respetuosa humildad, su caridad infinita y su aficion al templo, á la oracion y á las mortificaciones corporales y privaciones, eran la admiracion de propios y estraños.

Habiendo manifestado su deseo de seguir la carrera de la Iglesia, y reconociendo todos en él una grande capacidad para las letras, lo mandaron sus padres á Búrgos, en donde hizo tan rápidos progresos, que concluyó los estudios mucho tiempo antes de tener la edad para poderse ordenar de Sacerdote. Ordenado que fue, aumentó notablemente la austeridad de su vida y costumbres, considerando que lo que en un seglar podia apreciarse por devocion y virtud, debia considerarse como tibieza en un Sacerdote ministro del

Señor, que estaba obligado á hacer mucho más que el seglar.

Veinte y nueve años contaba de edad el presbítero JUAN VELAZQUEZ cuando murió D. Alonso VI, Rey de Castilla, llamado el Grande; y estando casada su hija doña Urraca con D. Alfonso, Rey de Aragon y de Navarra, llamado el Batallador, se suscitaron grandes alteraciones entre los castellanos y aragoneses, por no querer los primeros sufrir el mando del Rey de Aragon, marido de la heredera del trono de Castilla, doña Urraca. Estalló la guerra con todos sus horrores, y el presbítero JUAN consideró que no le era posible conservar sus costumbres y género de vida en la situacion en que se encontraba el reino, y determinó ausentarse de él. Vendió sus cuantiosos bienes de fortuna, y reservando para sí lo que calculó absolutamente preciso, repartió el resto entre los pobres y emprendió el camino de Tierra Santa. Despues de mil trabajos y penalidades llegó á Jerusalen, donde permaneció algun tiempo regando diariamente con lágrimas de tierna devocion los lugares que el Señor santificó con su gloriosa planta.

Presumiendo que las guerras de Castilla habrian ya terminado, se reunió á otros peregrinos, y en su compañía se embarcó con rumbo á Europa. Levantóse una terrible tempestad, y viendo el inminente peligro de la tripulacion, imploró en favor de aquellos afligidos navegantes la divina misericordia, poniendo por intercesor á San Nicolás, de quien traia una reliquia, con otras varias, ofreciéndole construir en honor suyo una iglesia si salian con bien de tan horroroso peligro. La tempestad calmó en el acto, y á invitacion de JUAN, tripulacion y pasajeros, puestos de rodillas sobre cubierta, dieron las más fervorosas gracias al Todopoderoso y al intercesor San Nicolás.

Todavía continuaba la guerra en Castilla cuando llegó á España el Santo JUAN, por lo cual determinó fijar en

cion del cuerpo: se persuadió de que la vida que necesariamente tenia que hacer, las reuniones á que asistir, y la sociedad que frecuentar, no era lo más á propósito para conservar la pureza en el corazon, y practicar con rigurosa exactitud los preceptos todos de la Religion cristiana, y determinó retirarse del mundo, renunciando á sus pompas y peligroso contacto. Un tio suyo llamado Jeremías, y despues San Jeremias, Mártir, persona de las más acaudaladas de la ciudad, habia, poco antes de este año en que vamos, 848, renunciado tambien al mundo para consagrarse él, su mujer y sus hijos, sola y esclusivamente al servicio de Dios, fundando en una lóbrega soledad de la sierra, á dos leguas escasas de Córdoba, el Monasterio llamado de Tábana ó Tabanense, para Religiosos y Monjas, y á este solitario retiro, y en compañía de su santo tio, determinó ISAAC irse á vivir. Arregló, pues, sus asuntos, haciendo entrega de los caudales que le estaban confiados, y siendo de veinticuatro años de edad, cambió con la mayor alegría sus brillantes trages por el tosco hábito de burdo sayal, y la bulliciosa estancia de Palacio por la silenciosa y estrecha celda.

Las santas disposiciones de ISAAC, y el ejemplo de varones tan eminentes en virtud como Jeremías y el Abad Martin, que estaba por entonces al frente del Monasterio, colocaron bien pronto al jóven Monge en la primera línea de los más observantes, austeros y penitentes Religiosos.

Al mismo tiempo que el amor á Dios, crecia en su corazon y en su mente el amor á sus prójimos, doliéndose de que tantos de estos marchasen ciegos por el camino de la perdicion; y enaltecido su celo por la gloria de Dios y la salvacion de los mortales, fue movido por el que le dió voz en el vientre de su madre para que rompiese el silencio en que permanecian los cristianos, y alzase su acento predicando las verdades del Evangelio, alumbradas por la célica luz que bebió cuando niño. A los tres años, pues, de

su permanencia en el Monasterio Tabanense se despidió de su tio y del Abad, y regresó á Córdoba, para hacer oir su santa voz entre los mahometanos y glorificar en público el nombre de Jesus. Se presentó al juez, y le dijo que su constante deseo era servir al verdadero Dios y ganar para despues de su muerte un asiento en el paraiso; que era cristiano, y que ignoraba los preceptos de la ley de Mahoma; pero que si estos eran tales que eclipsaban la luz de la doctrina cristiana, aceptaria las prescripciones del Alcorán, y renunciaria á las del Evangelio.

Sin comprender el juez que lo que buscaba ISAAC era la discusion de las doctrinas, para compararlas y hacer más resplandeciente la verdad, hizo una enfática esposicion de los principales preceptos del Alcorán, ponderando las delicias que estaban reservadas en la otra vida para los fieles guardadores de las prescripciones del profeta Mahoma. Así que concluyó el juez, le dijo ISAAC: «Mintió ese falso profeta, y os engañó (¡así Dios le maldiga!) pues cercado de abominaciones, pervirtió tantas almas, deputándolas al abismo, donde pagará eternamente las maldades con que, como lleno del espíritu diabólico, y de diabólicos encantos, preparó el vaso de perdicion con que brinda á los suyos. Pues ¿cómo vosotros, que os preciais de sabios, no procurais libraros de semejantes peligros? ¿Cómo no renunciais la peste de sus perversos dogmas, acogiéndoos á la perpétua salud de la Religion cristiana?»

Arrebatado de furor el juez, y mudo por la soberbia que embargaba su voz, dió una terrible bofetada al Santo Monge, accion que ni aun á los moros que estaban presentes les pareció bien, porque sus leyes prohibian que el juez dañase por su mano á ningun delincuente, por grande que fuera su crímen. Pasados algunos momentos, con acento irritado y altivo, dijo el juez á ISAAC: «Acaso estás borracho ó frenético, y por eso no sabes lo que dices:

un puente sobre el rio Najerilla, durante cuya construccion obró el milagro de resucitar un hombre á quien habia matado una carreta cargada de piedras que pasó sobre él.

Sus rígidas penitencias, sus constantes y duros trabajos y su avanzada edad, le postraron en el lecho para acrisolar más su santa paciencia y resignacion con los dolores y penalidades de una larga y angustiosa enfermedad, que acabó la santa existencia en el mundo del ejemplar JUAN DE ORTEGA el dia 2 de junio del año de 1163, á los ochenta y tres de su nacimiento. Dieron sepultura al santo cadáver en la Iglesia fundada por él de San Nicolás de Ortega, haciendo bien pronto el Señor célebre el sepulcro de su amante siervo con repetidos milagros, especialmente en favor de las estériles que recurren á implorar su patrocinio, habiéndose dignado el Señor concederle esta gracia especial, en memoria de haber sido el Santo de padres de esta clase por mucho tiempo. Cada año se celebra su fiesta con gran concurrencia de gentes.

«Dió en el año 1434 D. Pablo de Santa María, Arzobispo de Búrgos, el santuario de Ortega á los Religiosos del Orden de San Gerónimo, con aprobacion del Papa Eugenio IV, y con acuerdo y voluntad de tres Canónigos Regulares que solo quedaban en él: determinaron estos en el de 1474 trasladar el cuerpo del Beato del depósito antiguo al Monasterio, y habiendo concurrido á la traslacion innumerables personas de los pueblos comarcanos, se dejaron ver de repente ciertas avecillas de estraordinaria blancura, que con un suave y alegre susurro cantaban entre las gentes, sintiendo estas al mismo tiempo un olor suavísimo; pero al querer trasladar las venerables reliquias, se quedaron inmóviles de repente. Conocieron todos por este prodigio que era voluntad de Dios que se mantuviesen en la Iglesia de San Nicolás, en la que, pasados algunos años, se

trasladaron del primer sepulcro á más decente lugar: y hecha la inspeccion de las mismas reliquias con este motivo, se halló consumida la carne, íntegros los huesos y fresco el corazon del Beato, que habia sido el centro del más puro amor para con Dios, y de la más ardiente caridad para con los prójimos.»

SAN DICTINIO, OBISPO DE ASTORGA, ESPAÑOL.

Uno de los personajes que más figuran en la *Historia eclesiástica de España* es este Santo, tan célebre por sus malos principios como por sus buenos fines. Fue hijo de Sinfosio, que llegó á ser Obispo, y que conservó esta dignidad muchos años. Ciego partidario Sinfosio de los errores de Prisciliano, educó en ellos á su hijo DICTINIO, que, dotado de un talento estraordinario, fue por algunos años el más temible campeon de las doctrinas del error. Escribió un célebre libro que tituló *Libra*, por estar dividido en doce cuestiones, como la libra romana lo estaba en doce onzas: en él consignó las más horrendas blasfemias, que conmovieron, afligiendo hasta el infinito, el corazon de todos los fieles. Varios escritos refutando los errores de la *Libra* dieron los Prelados católicos, siendo el más notable el que con el título de *Contra mendacium* escribió el gran Doctor San Agustin.

Entusiasmados los priscilianistas con contar en su número á un jóven de tanto talento como DICTINIO, le aconsejaron que se ordenase de Presbítero, consejo que con aplauso general de sus sectarios siguió inmediatamente. Todo esto producia grande pesadumbre y turbacion en los católicos, y especialmente en los Prelados que en el año 396 se reunieron en Concilio en Toledo, primero que allí se tuvo, y despues en Zaragoza, pero sin lograr medio de atajar los males que iba de dia en dia aumentando la doctrina de los priscilianistas. Para vencer á los Obis-

célebres y renombrados de aquel tiempo por la santidad de los virtuosos Monges que lo habitaban. Con gran complacencia fue recibido en el Monasterio, en el que profesó á su debido tiempo, haciendo antes y despues de su profesion la vida más penitente y ejemplar: pero al cabo de algun tiempo pensó que no vivia allí bastante retirado del trato humano, y que no estaba por tanto tan esclusivamente entregado á Dios como él deseaba, y determinó pedir permiso al Abad para volver á la vida del desierto. Concedióselo el Abad, y marchó á fijar su residencia en un espantoso sitio de las montañas de Aragon, donde se dedicó con el mas constante fervor á imitar á los más célebres solitarios de la Tebaida en sus admirables y terribles penitencias.

La fama de la santidad de IÑIGO voló de pueblo en pueblo, siendo más especialmente conocido y admirado en Aragon; y habiendo muerto el Abad García, primero que tuvo el Monasterio de Oña, recientemente fundado por aquella fecha, dispuso el Rey D. Sancho que marchasen al desierto comisionados en busca de IÑIGO y le manifestasen su deseo de que aceptara el cargo de Abad vacante en dicho Monasterio. Ni los primeros ni los segundos comisionados que mandó el Rey pudieron conseguir que IÑIGO dejase el desierto y aceptara el cargo de Abad: pero convencido el Rey D. Sancho de que casi siempre el que ménos solicita un cargo y más le rehuye, es el que mayor aptitud tiene para desempeñarlo, fue él mismo á buscar al Santo IÑIGO, que no pudo negarse á una peticion verbal de tan piadoso y esclarecido Rey. En compañía de este llegó el Santo IÑIGO al Monasterio, recibiéndole la Comunidad con el más inefable placer. Conocidas las dotes del Prelado, está por demás el decir cómo rigió á sus subordinados, á quienes siempre llamó sus hijos, sin que los hechos desmintiesen ni una vez sus dichos. Constantemente enriquecia el Todopoderoso á su amantisimo siervo con dones de gracia, con-

cediéndole hasta el de hacer milagros, especialmente en curaciones de enfermos desahuciados y heridos de golpes mortarles, á los cuales dejaba sanos en el momento. En bienes terrenales tambien le enriquecieron los Reyes de Aragon, D. Sancho y su hijo D. Ramiro, haciendo importantes donaciones de villas, heredades, derechos y privilegios al Monasterio que regia. Llególe por fin la hora para él tan deseada de salir de este mundo: recibió con la mayor uncion y fervor los Santos Sacramentos, exhortó á los Religiosos á la rigurosa práctica de la virtud, y despues de haberlos pedido perdon de las faltas que hubiera podido cometer contra ellos, aunque sin voluntad, entregó su alma al Criador el dia 1.° de junio de 1077.

Su muerte fue muy sentida y llorada: se le hicieron magnificos funerales, y su cuerpo fue depositado en un sepulcro elevado del suelo. El dia 18 de enero del año de 1598, Juan de Baca, Abad del Monasterio de Oña, trasladó solemnemente el santo cuerpo de IÑIGO á una capilla propia, asistiendo á este acto el Rey D. Alonso VII, llamado el Emperador, el Arzobispo de Búrgos, varios Prelados, nobles é inmenso pueblo. El Papa Alejandro III le canonizó, y Gregorio XIII concedió gran número de indulgencias á los que visitasen su capilla. La ciudad de Calatayud le eligió por su Patrono, y conserva una preciosa reliquia, como tambien la villa de Oña. Las diócesis de Calahorra y Búrgos celebraban su fiesta, y el Rey D. Felipe V, en el año de 1739, pidió del Papa Clemente XII pusiese el nombre de SAN IÑIGO en el Martirologio, y estendiese su festividad á toda la Iglesia.

servian. No se sabe con fijeza el año de su fallecimiento: algunos le colocan por el de 409, á poco de la entrada en España de los alanos, vándalos y suevos. El culto de SAN DICTINIO es antiquísimo, pues el Obispo de Astorga, Fortis, en una escritura del año de 925 le llama santísimo, gloriosísimo y poderosísimo Patrono suyo despues de Dios. No consta el sitio en que se encuentra su Santo cuerpo. La tradicion del pueblo dice que está en la iglesia del Monasterio que él edificó, y con referencia á ella lo aseguró así el Papa Alejandro VI en su Bula del año de 1501. Su fiesta la han colocado algunos escritores, y entre ellos Morales, en el mes de setiembre; pero el Calendario perpétuo que para uso de las iglesias de España se imprimió en Toledo, al año de haberse publicado la obra de Morales, la coloca en el dia 2 de junio, lo que aceptaron despues la mayor parte de los escritores á quienes seguimos para la redaccion de nuestra obra.

DIA 3.

Santa Clotilde, Reina, *Francesa*, y

SAN ISAAC, MONGE Y MARTIR, ESPAÑOL.

Uno de los Santos Mártires de que más especial mencion hizo San Eulogio en su *Memorial Sanctorum*, que hemos ya citado diferentes veces, fue del Monge SAN ISAAC, de cuya vida y hechos nos dejó las noticias que andan impresas en diferentes *Santorales*, y que damos cabida en el nuestro.

El Mártir SAN ISAAC fue natural de Córdoba, hijo de padres nobles y muy ricos, y fieles observadores de la Religion cristiana. Concedioles el cielo este hijo, anunciando desde antes que naciese lo grande que habia de ser delante de Dios y de los hombres, pues pocos dias antes de salir al mundo habló tres veces en un dia en el vientre

de su madre. El asombro y pasmo que acometió á esta al oir acentos humanos dentro de su cuerpo fue tal, que no atendió á lo que espresaba la voz de su innato hijo, cayendo desmayada la última vez que ocurrió, y permaneciendo sin sentido muchas horas. El parto, que tuvo lugar en breve, en el año 824, fue muy feliz, y el niño entró en el mundo hermoso y robusto, recibiendo el agua del bautismo y con ella el nombre de ISAAC. Al llegar á los siete años, segun espresa San Eulogio en el prólogo de su citada obra, sorprendió con otro prodigio, no menor que el de hablar en el vientre de su madre. Estando el niño acompañado de una doncella, vióse bajar del cielo un globo de luz, y á presencia de las muchas personas que lo contemplaban, alargó las manos el niño ISAAC, tomó el globo, y acercándoselo á la boca se tragó la luz con que resplandecia, desapareciendo el globo.

Con un amor y ternura imposible de espresar, criaron y educaron sus padres á ISAAC, dándole los maestros más distinguidos que habia en la ciudad, que era en aquella época la más ilustrada de España. Grandes progresos hizo en poco tiempo en las ciencias y artes, sobresaliendo en el conocimiento de la lengua arábiga, que poseia con la mayor perfeccion. Sus grandes conocimientos y su distinguida posicion social le dieron entrada en Palacio, y le fue confiado, siendo todavía muy jóven, el cargo de Exceptor ó Almojarife, segun los árabes, destino muy distinguido y de gran importancia entonces, porque teniendo á su cargo la administracion y recaudacion de los caudales públicos, recaia siempre en persona de gran representacion social y responsabilidad efectiva por sus riquezas.

Ancho campo de brillo y de placeres brindaba el mundo al jóven ISAAC, cuya posicion y fortuna era envidiada por la mayor parte de los habitantes de Córdoba, y quizá era él el único que veia la perdicion del alma en la eleva-

otra provincia su residencia, y para esto eligió el despoblado que habia á la falda del monte llamado entonces Idubeda, y despues de Oca, por la antigua ciudad del mismo nombre á que pertenecia, situada en el camino de Santiago. De toda aquella desamparada y solitaria comarca, lo más fragoso era el sitio conocido por *Ortega* ú *Ortiga*, llamado así por la espesura de ortigas de que por todas partes estaba obstruido, y este fue el sitio que prefirió para pasar su vida consagrado á la oracion y á la penitencia. En la eleccion de este sitio influyó tambien el deseo de ser útil á sus semejantes, procurando auxiliar y defender á los peregrinos y viajeros que se dirigian á Santiago, y que eran frecuentemente acometidos y robados por los salteadores de caminos que abundaban por aquellos contornos. Y queriendo cumplir la promesa que hizo á San Nicolás en la mar, y de una manera que la Iglesia en honor de aquel Santo tuviese doble importancia, por el consuelo y auxilio que á los desgraciados pudiera proporcionar, determinó construirla en la Ortega, agregándola una hospedería para peregrinos y transeuntes.

Creyó JUAN (á quien desde aquella fecha comenzaron á designar con el sobrenombre de *Ortega)* que no debia proceder á limpiar el terreno necesario para la edificacion ni dar principio á esta sin licencia del Rey, la cual pidió, y habiéndola alcanzado se constituyó en el sitio, y comenzó por sí mismo á rozar y arrancar las ortigas y malezas que cubrian el terreno, y á ir buscando el firme para echar los cimientos á su santa fundacion. Temieron los ladrones que si daba JUAN cima á su empresa, tendrian que abandonar aquel sitio tan á propósito para sus criminales ocupaciones, y comenzaron no solo á injuriarle é insultarle á cada hora, sino que por la noche inutilizaban todo el trabajo que durante el dia habia hecho el Santo. Con inalterable paciencia sufria este los insultos y perjuicios; y conociendo que la

consumacion de todas las obras buenas depende de la voluntad de Dios, y que la de los hombres es de todo punto impotente contra aquella, no desmayó ni un momento, ni dejó de trabajar con la misma fé y confianza que el primer dia. Esto, unido á sus amonestaciones y consejos, produjo el arrepentimiento de muchos salteadores, que se apartaron de la senda del crímen que venian siguiendo, y los restantes marcharon á otros puntos, dejando en paz á JUAN DE ORTEGA, que, auxiliado y ayudado por algunos piadosos cristianos de Santiago y su comarca, tuvo el inefable placer de ver concluida una pequeña Iglesia en honor de San Nicolás con una grande hospedería.

Por este tiempo pasó á visitar á Santo Domingo de la Calzada, ocupado tambien en piadosas construcciones, con el cual estuvo algunos dias ayudándole en sus santas faenas, regresando despues á continuar las suyas.

Las heróicas virtudes de JUAN DE ORTEGA, su vasta instruccion, y su dulzura y amabilidad para dar lecciones y consejos, le rodearon muy pronto de virtuosos jóvenes determinados á renunciar al mundo y dedicarse al servicio de Dios bajo la direccion de tan santo maestro. En vista de ello, determinó pedir al Papa Inocencio II, reinante por aquellos años de 1138, se dignase recibir bajo su proteccion aquel establecimiento, y Su Santidad espidió un Breve aprobando la creacion del Monasterio, llamado de San Nicolás de Ortega. Los Religiosos que en seguida poblaron aquella Santa casa, llevaron por espacio de trescientos años el nombre de Canónigos reglares de San Agustin.

Dedicose con sus discipulos á obras de utilidad pública. Reedificó el puente construido por Santo Domingo de la Calzada, cerca de Logroño, y que habia inutilizado el Ebro; hizo la calzada que hay entre Agés y Atapuerca, y la que desde este punto conducia al Monasterio; construyó

pues siendo sentencia irrefragable de nuestro gran profeta (á quien has injuriado) que sean castigados los que digan mal de él ó de su ley, has tenido la audacia de vilipendiarle.» A lo que contestó SAN ISAAC: «Ni el vino ni otra enfermedad me privan de la razon: muéveme el celo de la justicia, de que carece vuestro profeta y vosotros, y por eso os espongo la verdad. Si por esta fuere necesario dar la vida, abrazaré la muerte con semblante sereno, y no apartaré mi cuello del alfanje, pues sé que el Señor dijo: *Dichosos los que padecen persecuciones por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.*»

Mandó el juez que encerrasen en el calabozo al heróico cristiano, y en seguida dió cuenta al Rey de lo ocurrido en el tribunal, para que dispusiera lo que se habia de hacer con el preso: el Rey mandó que, sin perder tiempo, fuese muerto en público, cuya sentencia fue ejecutada en aquel mismo dia, miércoles 3 de junio del año de 851, siendo degollado en el anfiteatro. El santo cuerpo fue llevado á la otra parte del rio, y colgado allí de los pies en un palo, para escarmiento y terror de los cristianos, á quienes muy lejos de acobardar esta muerte, inflamó sus corazones, aumentando su valor para confesar la fé, como lo ejecutaron siete, uno francés, San Sancho, y seis españoles, de los cuales hablaremos en su dia, 7 del mes actual, en el cual alcanzaron la palma del martirio, siguiendo su ejemplo otros casi inmediatamente.

El 12 formaron los moros una grande hoguera al lado de los palos en que estaba colgado el cuerpo de SAN ISAAC, y de los otros mártires que le imitaron y siguieron en la muerte, y todos los cuerpos fueron reducidos á cenizas, y estas arrojadas al rio.

Veinte y siete años de edad contaba SAN ISAAC cuando fue consumado su glorioso martirio: fue el primero que salió del Monasterio Tabanense para confesar la fé pública-

mente; el primero que, sin ser acusado ni compelido, se decidió espontáneamente á impugnar la supersticion y los errores del mahometanismo. Tantos siguieron su heróico ejemplo, que llegaron los moros hasta trabajar cerca de los cristianos influyentes para que contuviesen las confesiones espontáneas, pues ellos no podian ménos de quitar la vida á los que tal hicieran, y comenzaron á temer que tantas muertes produjesen diferentes y graves males en la administracion, en la poblacion y en la religion de su reino.

«En el domingo que se siguió al martirio, manifestó el cielo lo grato que le habia sido el sacrificio de ISAAC, pues acabando de decir Misa un Sacerdote del mismo Monasterio Tabanense, de que habia salido el Santo, y quedándose adormecido, vió en el sueño á un jóven hermosísimo que venia de la parte de Oriente, y traia en la mano una esquela de mucho resplandor, la que tomó el Sacerdote, y vió que decia: *Así como nuestro Padre Abraham ofreció á Dios en sacrificio á su hijo Isaac, del mismo modo* SAN ISAAC *ofreció ahora á Dios sacrificio por sus hermanos.*»

DIA 4.

San Francisco Caracciolo, Fundador, *Italiano,* y Santa Saturnina, Vírgen y Mártir, *Francesa.*

DIA 5.

San Bonifacio, Obispo y Mártir, *Inglés.*

DIA 6.

San Norberto, Obispo, Confesor y Fundador, *Aleman.*

DIA 7.

SAN PEDRO; SAN WISTREMUNDO; SAN SABINIANO; SAN HABENCIO; SAN VALABONSO, Y SAN JEREMIAS, MARTIRES, ESPAÑOLES.

Como digimos el dia 3 de este mes, al ocuparnos de SAN ISAAC, la heróica confesion de este y su gloriosa muerte, lejos de acobardar á los cristianos, los animó á seguir tan sublime ejemplo. Á los dos dias se presentó en el Tribunal un jóven llamado Sancho, que fue igualmente sacrificado al furor de los sarracenos. Era francés, de la Galia Comata, y habiendo sido cautivado por los moros, le condujeron á Córdoba, donde consiguió la libertad, y hasta ser colocado en Palacio como soldado del Rey moro; pero siendo cristiano de pura fé, que hicieron más esclarecida las lecciones de su maestro San Eulogio, y entusiasmado con el ejemplo de San Isaac, renunció á todo lo de este mundo, y se presentó á confesar la fé, buscando la gloriosa palma del martirio, cuyo ejemplo siguieron inmediatamente los seis Santos Mártires de este dia. A San Eulogio, testigo de sus triunfos, se deben las noticias que hoy tenemos de estos gloriosos Mártires, que dejó consignadas en su *Memorial de Santos*, base de las actas que contiene el tomo X de la *España Sagrada*, en su primer apéndice.

«PEDRO, sacerdote, dice, natural de Ecija, ciudad considerable en la Andalucia, en otro tiempo llamada Astigi, y Pablo, diácono de Niebla, antiguamente Elepla, en la misma provincia, habian venido en su juventud á Córdoba con el objeto de instruirse en las letras Humanas y Sagradas: el amor á la virtud que ardia en el corazon de ambos, y el deseo de buscar asilo para conservar invio-

lable la inocencia libres de los peligros del mundo, les hizo conducirse á la escuela de un gran siervo de Dios, llamado Frugel, superior del Monasterio de Santa Maria de Cateclara, pequeña poblacion situada al Occidente de Córdoba; y los fecundos talentos é incesante aplicacion en el estudio les dió á conocer, bajo la direccion de tan insigne maestro, la verdadera inteligencia de las Santas Escrituras y el mérito de las virtudes cristianas. SABINIANO, originario de Frogran, en el territorio de Córdoba, del lado de las montañas, se habia consagrado á Dios en un Monasterio de la diócesi, donde hacia muchos años que observaba la vida austera, contemplativa y penitente de un perfecto Religioso. WISTREMUNDO era un jóven de Ecija, como el Sacerdote PEDRO, nuevamente profeso en la Abadia de San Zoilo, de Armelata, Almelato ó Guadalmelato, situada en las montañas desiertas al Septentrion de la misma Córdoba, donde se hallaba tambien SABINIANO retirado. HABENCIO, natural de Córdoba, vivia dedicado enteramente al servicio del Señor en el Monasterio de San Cristóbal, situado en la misma ciudad, sobre la ribera del Guadalquivir, tan retirado del comercio de los hombres, que solo se dejaba ver por una ventana pequeña de los que venian á visitarle. JEREMÍAS, natural de Córdoba, hombre poderoso y de la primera nobleza, casado con Isabel, señora de grande mérito, despues que vivió en el mundo sirviendo á Dios con toda su familia con una piedad ejemplar, habiendo fundado dos Monasterios, uno para hombres y otro para mujeres, cerca de Tábana, poco distante de la ciudad, se retiró á uno con sus hijos, y al otro su mujer con sus hijas, con el laudable objeto de atender solamente al negocio importante de la salvacion.

»Todos los seis referidos bienaventurados se hallaban en Córdoba en tiempo que Abderrhaman y sus ministros querian forzar á los cristianos á que renunciasen la fé de

Jesucristo, y abrazasen los crasos errores de la secta mahometana; pero armados todos de aquel valor y espíritu que constituye el carácter de los héroes cristianos, siguiendo el ejemplo de los ilustres Mártires San Isaac y San Sancho, se presentaron al juez árabe, y le manifestaron que á sus corazones animaban los mismos sentimientos que á sus hermanos, y empezaron á predicar públicamente la Religion y fé que profesaban, asegurando que solo en ella hay vida, felicidad y salvacion para los hombres.

»Estimó el juez árabe por el mayor atentado resolucion tan generosa, y advirtiendo en la santa comitiva que era una la voz, el alma y el objeto, hizo caer contra todos una misma sentencia de muerte, mandando que los decapitasen; pero irritado sobremanera contra el venerable anciano JEREMÍAS, á causa de algunas espresiones que vertió llenas de fuego contra el falso profeta al tiempo de la confesion, quiso que antes que sufriese el último suplicio despedazasen su cuerpo los verdugos con crueles azotes, en cuyo castigo murió gloriosamente. Conducidos los cinco al lugar de la ejecucion de tan injusta providencia, se iban alentando mútuamente á padecer por defensa de la fé, mostrando en sus semblantes una alegría tan estraordinaria como si fuesen convidados á un gran festin. Por último, el dia 7 de junio del año de 851 fueron degollados, logrando por este medio la corona del martirio, por la que habian suspirado tanto tiempo. No satisfecho el furor de los bárbaros con este castigo, despues que tuvieron sus venerables cuerpos atados á unos palos algunos dias, los quemaron y arrojaron sus cenizas al rio Guadalquivir, para que los cristianos no pudieran tributarles la veneracion correspondiente.»

DIA 8.

San Salustiano, Confesor, *Italiano.*

SAN EUTROPIO, OBISPO, ESPAÑOL.

En este dia coloca el Martirologio Romano á SAN EUTROPIO, que murió por los años del Señor 608, ignorándose la fecha cierta de su glorioso tránsito, como igualmente la de su nacimiento, y el punto fijo donde este tuvo lugar, sabiéndose solo que fue natural de la provincia cartaginense, y que comenzó á brillar perteneciendo ya como Monge al Monasterio llamado *Servitano*, fundado por San Donato, entre Sagunto y Cartagena, para Monges agustinos, con la cooperacion y ayuda de una piadosa, ilustre y muy rica señora llamada Alinicea.

San Isidoro, en sus *Varones Ilustres*, capítulos XLII y XLV, es el escritor que más se ha ocupado de SAN EUTROPIO, encomiando la gran ciencia y virtudes de este esclarecido discípulo de San Donato. Su gran renombre comenzó por el año de 584, estando á su cargo la Abadía del Monasterio Servitano, y cuando más encarnizada se hallaba la persecucion de los arrianos contra los católicos. Renombre que llenó con su fama toda España á los cinco años despues de verificado el Concilio III de Toledo. El licencioso desórden que se habia introducido en las costumbres, hizo creer á los Prelados muy necesario el reunirse en Concilio, y buscar remedios contra los males que aquejaban á la cristiandad. Reuniose efectivamente en Toledo el año de 589, al que asistieron setenta y un Obispos, y siendo solo Abad SAN EUTROPIO, tan elevada era la idea que todos tenian formada de su ciencia y prudencia, que, á pesar de hallarse presente el sabio Eufemio, de Toledo, y Masosea, de Mérida, Presidente del Sínodo, fue nombrado EUTROPIO, en

compañía de San Leandro, para el arreglo de los veinte y tres cánones que establecieron para la disciplina eclesiástica.

Habiendo vacado al poco tiempo la Silla episcopal de Valencia, por voto unánime del pueblo y del clero, y gustosa aprobacion del Rey Recaredo, fue nombrado Obispo de aquella Sede el virtuoso y sabio EUTROPIO, que empleó el resto de sus dias en trabajar sin tregua ni descanso por el lustre y engrandecimiento de la Religion cristiana, combatiendo las doctrinas de Arrio, y dispensando la más paternal y solícita proteccion á los pobres y desvalidos.

De sus escritos solo queda noticia de una epístola á Liciniano, Obispo de Cartagena, acerca del crisma en el Bautismo, y otra á Pedro, Obispo Ercavicense, sobre la observancia monacal. Esta corre impresa en el tomo XV de la *Biblioteca de los Padres*: de la otra no hay más noticia que la dada por San Isidoro, al hablar de ella calificándola de *muy útil*.

DIA 9.

San Primo y San Feliciano, Mártires, *Romanos*.

DIA 10.

San Críspulo y San Restituto, Mártires, *Romanos*, y Santa Margarita, Reina de Escocia, *Alemana*.

DIA 11.

San Bernabé, Apóstol, *Hebreo*.

DIA 12.

San Onofre, Anacoreta, *Egipcio*.

SAN JUAN DE SAHAGUN, CONFESOR, ESPAÑOL.

Juan Gonzalez de Castrillo y Martinez es el nombre de pila de este célebre y glorioso Santo español conocido por SAN JUAN DE SAHAGUN, sobrenombre con que se le distingue por el lugar de su nacimiento.

Varios años llevaban de casados Juan Gonzalez de Castrillo y Sancha Martinez, vecinos nobles y acomodados de la villa de Sahagun, perteneciente al reino de Leon, á principios del siglo XV, sin haber disfrutado la alegría de tener sucesion, que ambos deseaban cada dia con más anhelo, y que incesantemente pedian al Todopoderoso y la Sacratísima Vírgen con rendidas súplicas y fervorosas oraciones, haciendo novenas y otros obsequios á diferentes Santos, para que interpusieran cerca del Señor su poderosa mediacion. Oyó Dios por fin los ruegos de Juan y de Sancha, y les concedió la sucesion que tanto anhelaban en un hermoso y robusto niño, que completó la felicidad de aquel virtuoso matrimonio, que despues tuvo diferentes hijos.

El primero, nacido en Sahagun en el año de 1419, fue JUAN, nuestro Santo español de este dia, á quien crió su madre cuidándole con el esmero que es de presumir despues de haberle deseado con tan vivas ansias y de haber venido al mundo notablemente bello, y con las condiciones más adecuadas para atraerse el amor de cuantos le veian. Era paciente al infinito, cariñoso y amable con todo el mundo, y con una comprension que, desde los pocos meses de su estancia en el mundo, fue admirada de propios y estraños.

Al paso que se desarrollaba su agradable figura, desarrollábase tambien su superior inteligencia, siendo el más aprovechado de todos los niños del pueblo, de quienes era un segundo maestro, repasándoles las lecciones y enseñán-

doles lo que ignoraban. Pero en lo que más se distinguia era en las reprensiones, exhortaciones y consejos que les daba, brillando en todas sus ideas y frases una admirable piedad cristiana y una prudencia y prevision que dejaba admirados hasta á los ancianos. Congregaba con frecuencia á sus condiscipulos en un sitio solitario, aunque apacible, en las afueras del pueblo, y subido sobre una piedra que allí habia, los exhortaba á que sirviesen á Dios, que no jurasen ni blasfemasen, que no pecasen jamás, y que obedecieran en todo á sus padres, maestros y mayores, respetasen mucho á los ancianos y tuvieran por hermanos á todos los prójimos, especialmente á los pobres, con los que debian siempre partir su pan y sus bienes.

Manifestada tan abiertamente su innata predisposicion á la virtud y su vocacion á dedicarse solo y esclusivamente al servicio de Dios, le destinaron sus padres á la carrera de la Iglesia, para lo cual asistia al estudio de las sagradas letras al Monasterio de Religiosos Benedictinos que habia en aquella villa, en el que poco despues ingresó en clase de alumno.

Las buenas relaciones de su padre le facilitaron alcanzar la capellanía de Codornillos, de pingües productos, en la que pusieron un sacerdote que la sirviera retribuido por su cuenta, destinando la diferencia entre lo que producia y lo que abonaban al sacerdote á los gastos de la carrera del estudiante JUAN; pero acometieron al corazon de este tales escrúpulos por disfrutar de una renta que no ganaba, y más procedente de cosa tan sagrada, que á pesar de los consejos de su familia y las persuasiones de la mayor parte de sus conocidos, renunció al beneficio, con el que juzgaba estar cometiendo un criminal abuso.

Entre los familiares de D. Alonso de Cartagena, Arzobispo de Búrgos, habia un pariente cercano de JUAN, y propuso al padre de este llevarlo al servicio del Arzobispo,

donde recibiria una doctrina y enseñanza tan elevada y sublime como lo eran las costumbres, ciencias y virtudes de aquel Prelado. Pareciole muy bien al padre; más no quiso sin embargo resolver sin consultar la voluntad de su hijo: pero habiéndole sido á este tan grato como á su padre el proyecto de su tio, contestó que con grande alegría y reconocimiento aceptaria cualquier puesto en casa de tan ilustre Prelado. Este, por su parte, que tenia ya muy recomendables noticias de la virtud y precoz talento del jóven estudiante, admitió con la más grata satisfaccion á su servicio, á quien tantos dias de gloria prometia dar á su patria.

Instalado JUAN DE SAHAGUN en el Palacio arzobispal de Búrgos, continuó su ejemplar y estudiosa vida, captándose bien pronto el más tierno afecto del Prelado y de todos los familiares. Hallándose adornado de cuantos conocimientos en sagradas letras pueden requerirse para desempeñar cumplidamente la dignidad del sacerdocio, y habiendo cumplido la edad necesaria, le ordenó su ilustre protector, y le agració con una canongía y un beneficio de Tenebuis. El Abad del Monasterio de Sahagun, en donde habia hecho sus primeros estudios, le donó en prueba del singular cariño que le profesaba una rectoría y dos capellanías. Aceptó JUAN DE SAHAGUN todos estos favores, tanto por no parecer ingrato al cariño de sus favorecedores, cuanto porque estos bienes le proporcionaban satisfacer en parte su constante anhelo de socorrer á los pobres, de quienes siempre fue amantísimo padre, protector y amparo. Más, á pesar de todo, su rígida conciencia comenzó á decirle al poco tiempo que no debia retener unos cargos que le era de todo punto imposible servir personalmente, y usar de su renta, aunque fuese tan santamente como lo hacia. Por otra parte, desde que se vió revestido de la dignidad sacerdotal, deseaba observar una vida más evangélica y

constituirse en perennes tareas para la salvacion de las almas.

Con tales pensamientos, pues, determinó hacer renuncia de los cargos con que habia sido agraciado y dejar el Palacio arzobispal. Mucho sintió esta determinacion de JUAN su afectísimo protector el Arzobispo; pero los proyectos eran tan beneméritos, tan santos y tan beneficiosos á la Religion, que nada pudo oponer para separar á JUAN de su propósito. Conservó solo este ejemplar sacerdote una capellanía de escasos productos, en la iglesia de Santa Agueda, llamada vulgarmente de Santa Gadea, y con licencia del Arzobispo se retiró de su inmediata servidumbre y del Palacio.

En esta iglesia comenzó á dedicarse al púlpito, en el que tan célebre fue, y desde el cual tantos triunfos y glorias consiguió para la Religion cristiana. Pero conociendo, como todo buen sacerdote, que no basta predicar, sino enseñar con el ejemplo; que la palabra, por ardiente que parta de los labios del orador, llega fria é ineficaz á los oyentes, si el que la pronuncia adolece de los defectos que afea y pretende corregir, se constituyó en la más ejemplar vida, observando con el mayor rigor la humildad, la modestia y la pobreza evangélica.

Alabado y bendecido de los fieles, continuaba su salvadora mision en aquella iglesia, haciéndose cada dia más célebre y admirable como predicador, cuando llegaron á su noticia los horrorosos disturbios de que era víctima la poblacion de Salamanca, producidos por la enemistad é insano rencor de dos familias de aquella ciudad: los Monroys y los Manzanos. Dos hermanos de la familia de los Manzanos dieron muerte alevosa á dos hijos de doña María de Monroy, señora de carácter tan duro y de corazon tan valeroso, que era conocida por *la Brava*.

Persuadidos los matadores de que la madre de los muer-

tos no era mujer que dejase sin venganza un hecho semejante, huyeron en seguida de Salamanca. Doña María, sin omitir gasto, gestion ni fatiga alguna, se dedicó á averiguar el paradero de los Manzanos, y habiendo sabido por fin que se habian refugiado en Portugal, se disfrazó de militar y marchó á su encuentro: dió con ellos, y por su misma mano los mató y cortó las cabezas, llevándolas á Salamanca en la punta de una lanza, y colocándolas en seguida por trofeo sobre el sepulcro de sus hijos. La familia de los Manzanos era tan poderosa en bienes y amigos, como la de doña María de Monroy, y el choque producido por la ruidosa venganza de doña María fue terrible. Mediaron las autoridades, y pudieron evitarse más desgracias; pero el odio y el rencor quedó más ardiente en los corazones, trascendiendo sus efectos y las enemistades á todos los vecinos de la poblacion, que se dividió en dos bandos. La accion de doña María, como todos los hechos, especialmente los ruidosos, buenos ó malos, encuentran siempre quien los califique de heróicos y quien los tenga por criminales: la divergencia de opiniones produce la cuestion, esta la enemistad, y de la enemistad á la lucha no hay más que un paso, dado el cual, la lucha entre dos bandos fuertes es duradera y sanguinaria. Y éralo por este tiempo en Salamanca la de los dos partidos en que se dividió la poblacion, no pasando un dia sin que ocurriese alguna muerte. «Ningun vecino vivia seguro en su hogar, y mucho ménos cuando salia por las calles; alcanzando esta infelicidad y desórden aun á las mismas iglesias. No habia más ley que la fuerza, ni más justicia que la pasion, ni más recurso que vencer ó pagar con la vida á la venganza del enemigo. Compadecido SAN JUAN DE SAHAGUN de tamaña desventura, é inspirado del cielo, determinó emplear en su remedio el talento de la predicacion que Dios le habia comunicado. Marchó, pues, á Salamanca, y en el primer sermon que se le ofreció predicar,

que fue en la festividad de San Sebastian, Mártir, en su propia iglesia parroquial, fue tanto el ardor con que declamó contra los vicios que la dividian, contra el odio, la enemistad y la venganza, que desde luego le miraron como á otro Jonás, censor severo de las abominaciones de Ninive.

»Halláronse presentes al discurso los colegiales del mayor de San Bartolomé, fundado por D. Diego Anaya, Obispo de Cuenca en el año de 1410, y admirando el fuego apostólico del orador, le rogaron que admitiese la beca de capellan en el mismo colegio, para seguir con mayor comodidad su carrera. Hízolo así JUAN: se incorporó en el colegio, recibió los grados mayores en aquella Universidad, y repartió su tiempo con un tan exacto órden, que sin hacer falta á las tareas del estudio, se empleaba infatigable en el ejercicio de su ministerio sacerdotal por todas las iglesias de la ciudad. Pero como no fuese posible desatender varias ocurrencias en el interior del colegio, que le parecian estorbar sus designios en favor de los prójimos, ó á lo ménos no hacerlo con toda franqueza y libertad, para darse todo á este objeto, que era el principal de sus atenciones, despues de tres ó cuatro años que habia vestido la beca, se retiró á casa de un venerable sacerdote, llamado D. Pedro Sanchez, en cuya compañía vivió diez años, continuamente ocupado en la direccion de las almas por medio del púlpito y el confesonario, y en la asistencia de los pobres, sin otra renta que la de tres mil maravedises que le contribuia la ciudad en calidad de su predicador.»

Cayó gravemente enfermo, con la dolorosa enfermedad conocida vulgarmente por mal de piedra, sin que ningun remedio fuese bastante para calmar sus violentos padeceres, opinando todos los facultativos que no habia más remedio que hacerle la operacion. Negóse JUAN por algun tiempo á dejarse operar; pero instado por sus amigos y

por muchos devotos, á quienes tenia muy desconsolados la dolencia del Santo sacerdote, tanto por el sentimiento que les causaban sus padeceres, cuanto por estar privados de oir su elocuente voz en el púlpito, se resolvió á ponerse en manos de los médicos y sufrir la cruenta operacion, ofreciendo al Todopoderoso, si le sacaba bien de ella, abandonar por completo el siglo y hacerse Fraile. La operacion fue ejecutada con el mayor acierto, y al poco tiempo se halló JUAN completamente curado y restablecido de sus sufrimientos, y cumpliendo con el mayor placer la promesa que hizo al Señor, tomó el hábito de Religioso en el Convento de San Agustin de Salamanca, el dia 18 de junio de 1463, contando cuarenta y cuatro de edad.

A pesar de que su carácter sacerdotal, sus virtudes y su ciencia le daban tan alta consideracion, que desde el Prelado hasta el último novicio le miraban con el mayor respeto, y quisieron relevarle de ciertos penosos cargos, ninguna consideracion ni exencion aceptó, haciendo el noviciado más ejemplar, humilde y penitente que se habia visto hasta entonces en el Convento. Su ciega obediencia, su puntual asistencia á los divinos oficios, al coro y á los deberes de novicio, su continua oracion, sus terribles penitencias, ademas de las mortificaciones ordinarias de la Regla, tenia admirados á los más penitentes y perfectos Religiosos. El dia de San Agustin del año siguiente, 1464, hizo la solemne profesion, y en seguida fue nombrado maestro de novicios, cargo que desempeñó con gran gloria suya y de la Religion por los notables discípulos que sacó en virtudes y ciencia, y que dejaron á la posteridad honrosa memoria del Convento de San Agustin de Salamanca. Pero el trabajoso cargo de maestro de novicios no le impedia ni un solo momento cumplir con todos los demas deberes de un perfecto Religioso, de los que nunca se dispensó el más mínimo.

«Todos los dias celebraba Misa, con tanta ternura y devocion, que empleando muchas horas en ella, llegó el caso de no haber quien le ayudase, y de mandarle por obediencia el Superior que abreviara para no ser molesto á los oyentes. Obedeció JUAN por algun tiempo; pero conociendo que se le privaba de muchos consuelos celestiales que ínterin la accion del sacrificio le dispensaba el Señor, suplicó humildemente al Prior que le alzase el precepto por justas causas. Obligó este á declararlas, y lleno de una santa confusion le dijo ser porque Jesucristo en carne humana se le manifestaba visiblemente en aquel acto, unas veces con las señales de su pasion y otras glorioso, enseñándole varios misterios, é instruyéndole sobre lo que habia de predicar. Oyó lleno de asombro el Prelado la genuina y sencilla relacion de nuestro Santo, y ordenó que en adelante le asistiesen los ministros de la sacristía.

»Muchos de Salamanca habian llevado á mal que el Santo se hiciese Religioso, temiendo que, segun la costumbre de las Religiones, le trasladarian á otro Convento, privando á Salamanca del Apóstol que Dios le habia enviado para remedio de su ruina. Avivaba esta pena la esperiencia dolorosa de haber visto renacer los bandos en el tiempo que fue novicio, y que no habia esgrimido contra ellos la ardiente espada de la divina palabra. Pero todos estos temores fueron vanos, porque sus Prelados no quisieron privar á la ciudad del don que Dios la habia concedido, ni el Santo dejó por ser Religioso de emplearse con nueva fuerza y vigor en sus antiguos sermones. Comenzó á combatir de nuevo el ódio, la enemistad y los sangrientos délitos y horrorosos sacrilegios en que aquellos vicios precipitaban á los ciudadanos. Como el Santo habia cobrado nuevas fuerzas y vigor con el estado religioso, se esplicaba con más vehemencia contra la fealdad de sus vicios y contra la libertad y tiranía de los revoltosos. Esto le concilió gravísimas pe-

sadumbres, que si pusieron en peligro su vida, no pudieron contrastar su fortaleza y su constancia, porque Dios le libró de todas ellas con visibles prodigios, que contribuyeron no poco á recomendar su santidad. En cierta ocasion se imaginó un magnate que habia hablado con injuria suya en uno de los sermones: resentido como de una ofensa verdadera, buscó asesinos para que le vengasen, quitándole la vida, ó lo ménos le hiriesen de forma que le sirviese de escarmiento. Quisieron ejecutar el impio proyecto al salir el siervo del Señor de la Iglesia de Santo Tomás; pero al primer impulso de acometerle quedaron inmóviles, pasmados, y los brazos sin actividad, hasta que reconociendo su error, y postrados á los pies del Santo, le pidieron perdon.

»Pero entre todos los casos que dieron en qué ejercitar la paciencia de este siervo de Dios, y manifestaron los portentos con que el cielo auxiliaba su predicacion, librándole milagrosamente de los atentados y persecuciones, merece un lugar muy distinguido el que le sucedió con D. García de Toledo, duque de Alba. Fue el Santo á predicar á esta villa, y hablando en el discurso del sermon de la conducta de los grandes, afeó en gran manera la tirania con que oprimian á sus vasallos cargándolos con insoportables tributos y gabelas. Afeoles además de esto el terror con que fomentaban y sostenian los bandos, declarándose protectores de los partidos. Entendió el duque que lo habia dicho por él, y en presencia de varios caballeros dijo al Santo cuando fue á despedirse:

«Padre: bien habeis soltado hoy vuestra lengua; y pues »habeis hablado descortés y atrevidamente, no seria mucho »que se os diese el pago de vuestro loco decir por esos ca»minos.» Respondió el Santo lleno de mansedumbre: «Señor, »el oficio de predicador no es decir lisonjas, sino la verdad »de Jesucristo: todos los males que me puedan venir son »mucho menores que el detrimento de mi alma. Yo no he

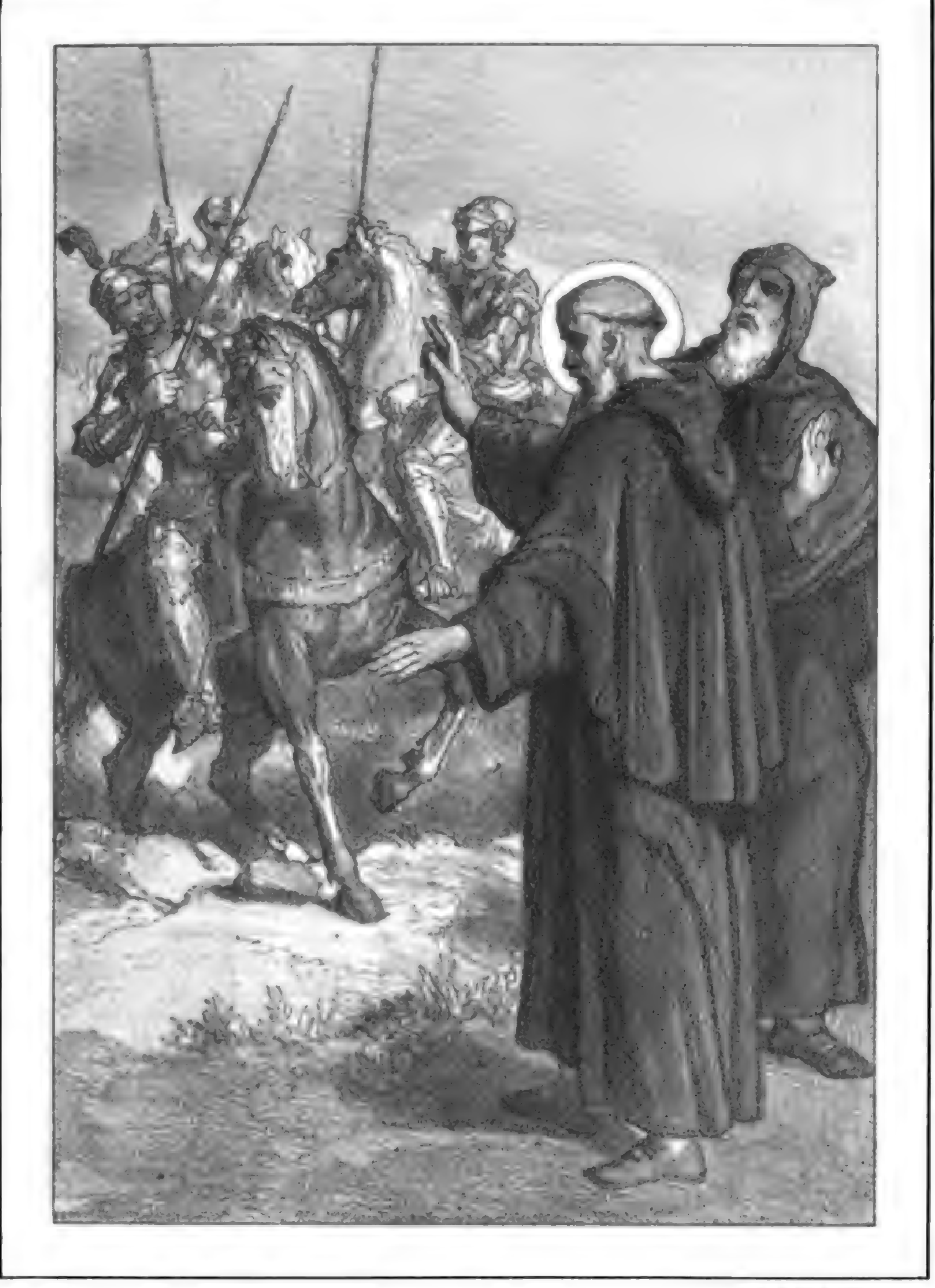
»intentado ofender á persona alguna, sino cumplir con mi »ministerio apostólico, declamando contra los vicios. Dios, »que está en el cielo, ve la inocencia de mi corazon, y en él »confio que sabrá defenderla.»

»Dicho esto se despidió del duque y demás caballeros, y tomó el camino de Salamanca. Unas palabras que habian de producir la confusion y arrepentimiento, irritaron más el enojo del duque, quien mandó á los criados que tomasen caballos y armas y saliesen al camino á matar á aquel Fraile. Pusieron en ejecucion la órden de su amo, y alcanzando al Santo en un sitio despoblado, conoció su compañero sus perversas intenciones, y las dió á entender al Santo con temor. Este, lleno de confianza en la bondad divina, le respondió sin alterarse:

«No tengais cuidado, hermano, ni os asusteis al ver tan »cerca de vos los caballos y las lanzas, que si Dios está con »nosotros, ninguna fuerza hay en este mundo que pueda »dañarnos ni en un cabello de la cabeza.»

»Verificóse así, porque apenas los desalmados escuderos, enristradas las lanzas, quisieron poner por obra sus sacrílegos intentos, cuando tanto los caballos como los caballeros se quedaron parados por divina virtud, y agitados de una convulsion tan violenta, que los puso en términos de perder la vida. Conocieron inmediatamente que aquel era castigo con que el cielo vengaba la atrocidad de su delito. Dieron voces al Santo, pidiéndole perdon, y que les socorriese en aquella miseria, á las cuales acudió SAN JUAN DE SAHAGUN, y echándoles su bendicion, concedió la sanidad y la vida á los que venian en ánimo de quitársela. A la misma hora que esto sucedia en el campo, padecia el Duque en su pueblo una fatiga y convulsion, que le llevaba por puntos al último estremo. Llegaron los escuderos, refirieron lo que les habia pasado; una luz sobrenatural le manifestó al Duque todo el horror de su delito;

SANTORAL ESPAÑOL



Dib.º Barcala   Lit.ª de Escarpizo

SAN JUAN DE SAHAGUN.

y enviando mensajeros al Prior de San Agustin, le pidió encarecidamente que le enviase el Santo Fraile JUAN, bien cierto de que si tardaba no le hallaria con vida. Condescendió el Prior á esta súplica: entró el Santo donde estaba el Duque, el cuál, luego que le vió, se arrojó de la cama, se puso á sus pies de rodillas, confesando su culpa con lágrimas, y pidiéndole que alcanzase de Dios misericordia. El Santo le consoló, le dió saludables consejos para lo futuro, y haciendo oracion por él, quedó repentinamente sano. Dió el Duque muchas gracias á Dios por tan grande beneficio, y al Convento de San Agustin de Salamanca muchas limosnas, entre ellas un zamarro y unos corporales, que se conservan todavia.»

A las sublimes virtudes con que cielo dotó á SAN JUAN DE SAHAGUN, y á la singular proteccion que le dispensaba, juntó el don de la profecía, y de penetrar los más ocultos sentimientos del corazon humano, gracia divina que probó en repetidísimas ocasiones. Predicaba una vez en la iglesia de San Lázaro de Salamanca, y comenzaron á profanar el templo con dicterios y amenazas entre sí algunas personas que estaban enemistadas. Dirigiose desde el púlpito el Santo á los voceadores y profanadores de la casa del Señor, mandándoles que callasen y renunciasen á sus iras, pronosticándolos que el primero que intentase volver á turbar la paz en el templo quedaria muerto en el acto. Pronóstico que se verificó en seguida en uno que levantó la voz, quedando los demás aterrados y confundidos.

Pasando otro dia por una calle se le acercaron algunas mujeres para besarle la mano, y á una de ellas le dijo por lo bajo: *No te la quiero dar porque estás endemoniada.* Turbose estraordinariamente la mujer y siguió al Santo: así que llegó al Convento se echó á sus pies, y le suplicó que la esplicase las palabras que la habia dicho. SAN JUAN la dijo

que sabia que ella tenia una hija, y el propósito de matarla porque habia sido deshonrada por un jóven y se hallaba en cinta. La mujer, anegada en llanto, confesó que era cierto; pero que renunciaba desde aquel momento á consumar el asesinato; que se arrepentia de todo corazon de su criminal intento, y que le rogaba la absolviese de su culpa. SAN JUAN la echó su bendicion, y la consoló diciéndola que el jóven se casaria con su hija, y vivirian juntas, honrada y tranquilamente. Lo cual así se verificó.

Larga tarea, aunque muy grata, seria el referir los infinitos sucesos parecidos á este en que resplandeció el don de profecía del glorioso SAN JUAN DE SAHAGUN; pero la índole y dimensiones de nuestra obra nos impide, aunque con sentimiento, poderlo verificar, y con tanto más motivo, cuanto que así de este Santo como de todos de los que ya nos hemos ocupado, y de los que restan para el completo del *Santoral Español*, tenemos reunidas cuantas noticias han dado todos los escritores antiguos y modernos.

Tampoco podemos hacer relacion completa de los prodigios que obró este santo por el dominio que el Señor le concedió sobre las aguas, que en mil ocasiones le respetaron á él y á sus protegidos. Caminaba una vez hácia Salamanca, de vuelta de Alba, donde habia predicado aquel dia, y abstraido en profunda meditacion, cayó en el rio Tormes, cerca de un molino. Los que le vieron caer acudieron inmediatamente á su socorro; pero al ver que se habia sumergido, le contaron por muerto, tanto por la profundidad, como porque, arrastrado por la corriente, tenia que tropezar con tres molinos que molian á aquella hora, contra alguno de los cuales dejaria de existir. Pero con la mas admirable sorpresa de las muchas personas que habian acudido, salió de las guas sano y salvo y con las ropas secas.

Otro dia, pasando por una calle de Salamanca, oyó los

lastimeros ayes y lamentos de una mujer que pedia auxilio para sacar de un pozo un hijo que se le habia caido en él. Acudió inmediatamente el Santo, echó la bendicion al pozo, y metió dentro de él la punta de la correa de su hábito: las aguas crecieron en el instante, levantando sobre ellas al niño, que se agarró á la correa y salió sin la mas pequeña lesion.

Estos milagros están consignados en el proceso de su canonizacion.

En humildad y obediencia á sus Prelados, fue siempre de lo mas rígido y observante, y bastará para comprenderlo el siguiente muy conocido hecho de su vida:

«Tuvo necesidad de ir á su pueblo para arreglar algunos asuntos de familia, y le pidió licencia al Prior por el número de dias que él consideró suficientes; pero espiró la licencia sin que hubiese terminado los negocios, produciéndole esto el mayor apuro y desconsuelo. Era el asunto interesante y deseaba concluirlo, y envió á Salamanca una persona de su familia para que pidiera prórroga á su Superior; pero mientras el mensagero no regresó con la prórroga, se metió en un cuarto, sin salir, comunicar con nadie ni ocuparse más que de orar, por creer que seria falta de obediencia á su Prelado el ocuparse de asuntos de ninguna clase habiendo terminado ya la licencia que para ello tenia.»

Quiso por fin el Señor premiar tantas virtudes llamándole á su seno despues de sesenta años de su estancia entre los mortales, y para manifestar hasta el último la predileccion con que miraba á éste su gran siervo, permitió que muriese por predicar contra la deshonestidad como el Bautista; pues se tiene por cierto é indudable que le envenenó una mujer lasciva y poderosa, de cuyos torpes lazos habia librado el Santo á un caballero por medio de la predicacion.

El dia 11 de junio del año de 1479 entregó su pura alma al Criador, quedando su rostro risueño y hermoso, y todo el cuerpo flexible y despidiendo un gratísimo olor. Despues de tenerle varios dias á la espetacion pública para contentar la devocion de los infinitos fieles que concurrieron á venerarle, le dieron sepultura en la iglesia de su Convento de San Agustin de Salamanca. La opinion de santidad en que murió, la robustecieron bien pronto los repetidos milagros que tuvieron lugar al lado de su sepultura, á donde conducian enfermos desahuciados, ciegos, mancos, cojos y tullidos, que recobraban instantáneamente la salud. El sepulcro de SAN JUAN DE SAHAGUN ha sido visitado por personas de la más alta gerarquía en diferentes épocas, y ante él oraron la Reina Doña Isabel, Don Fernando V, Don Cárlos V, y los Reyes Don Felipe II y III, que fueron los que más contribuyeron á que se tratase de su beatificacion y canonizacion, y á que se trasladaran las santas reliquias del primitivo lugar á la Capilla de Nuestra Señora, de la cuál se pasaron en el año de 1569, con gran pompa y distinguida concurrencia, á otra dispuesta en forma de tabernáculo.

Los procesos justificativos se pusieron en estado el año de 1525, y se reasumieron en 1545, continuados bajo diferentes Sumos Pontífices á instancias de los Reyes de España y de los Religiosos de San Agustin. En el año de 1572 fue beatificado por el Papa Gregorio XIII, y en 9 de junio de 1601 concedió Clemente VIII que pudiera celebrarse su oficio por todo el clero secular y regular de Salamanca, cuya concesion estendió despues á la provincia de Eremitas Agustinos de Castilla, y pueblos de Sahagun y Cea. Sin embargo de estas concesiones, no se detuvo la prosecucion de la causa hasta la canonizacion por su Santidad Alejandro VIII, que con las solemnidades de costumbre tuvo lugar en 16 de octubre del año de 1690, al mismo tiempo que

la de San Pascual Bailon, San Lorenzo Justiniani, San Juan Capistrano y San Juan de Dios.

SAN JUAN DE SAHAGUN escribió unas confesiones de su vida, y notas marginales en la *Biblia* y en la *Suma Bartolina.*

DIA 13.

San Antonio de Pádua, Confesor, *Portugués*, y

SAN FANDILA, MONGE Y MÁRTIR, ESPAÑOL.

En la antigua y célebre ciudad de Acci, hoy Guadix, vió la luz primera por los años de 820 este Santo Mártir, de cuyos ascendientes no nos ha legado la historia noticia alguna: solo se sabe por el repetidamente citado *Memorial de los Santos*, escrito por San Eulogio, que siendo sus padres personas muy acomodadas, y deseando la instruccion de su hijo, le enviaron á Córdoba, en donde pasó los primeros años de su vida dedicado al estudio con grande aprovechamiento. Las santas ideas que habian inculcado en la mente de FANDILA sus cristianos padres, su predisposicion natural á la perfeccion católica, y la educacion que le habian dado los virtuosos y sabios maestros á quienes estuvo confiada su enseñanza, dispusieron su ánimo á pensar solo en la salvacion de su alma, dedicándose esclusivamente al servicio de Dios. Para hacerlo más de lleno, libre de las tentaciones y distracciones que siempre presenta el mundo viviendo en contacto de la sociedad en grandes poblaciones, resolvió retirarse á un Monasterio y tomar el hábito de Religioso. Se informó prolijamente de la vida que se hacia en varios de ellos, y como el más rígido observante de la disciplina monástica, eligió el Tabanense, fundado, como ya hemos dicho repetidamente en esta obra, por San Jeremías Mártir, á dos leguas de Córdoba. Con gran placer le recibió el Abad Martin, que desde luego comprendió cuánto de honra habia

de añadir el nuevo Monge á la santa celebridad de que ya gozaba el Monasterio. No se equivocó en su cálculo el Abad Martin, pues bien pronto fue admirado FANDILA por su ejemplar y penitente vida, avanzando cada dia más en el camino de la perfeccion. Su grande humildad le hacia considerarse indigno del sacerdocio; pero creyendo al mismo tiempo que el negarse decididamente podria considerarse como un acto de desobediencia á su Prelado, tomó las Sagradas Ordenes y ascendió á la dignidad de Monge Sacerdote.

Llegó la fama de la santidad de FANDILA á todos los Monasterios de la provincia de Córdoba, y todos desearon abrigar en su seno á tan ejemplar varon, y que puesto á su frente les rigiese con la ciencia y virtud, que tan alto habia levantado su nombre. FANDILA resistia las invitaciones de unos y otros; pero tanta fuerza emplearon de súplicas y recomendaciones los Monges del de San Salvador para que aceptase el cargo de Abad, que tuvo que ceder y ponerse al frente de la Comunidad de aquel Monasterio, que regido por tan sabio y santo varon, y con una Comunidad ansiosa de la perfeccion, adquirió muy luego el renombre de que le hacia merecedor la virtudes de sus moradores.

Encendido de fuego celestial, arrebatado por el amor de los bienes celestiales, y teniendo por preferible morir pronto para pronto vivir en el Señor, que gozar de la vida de la tierra, bajó un dia á Córdoba y se fue ante el juez á predicarle la verdad del Evangelio, patentizándole la falsedad del profeta Mahoma, y anunciándole las terrible penas que él y los infieles padecerian en el infierno si no se convertian al verdadero dogma. Prendiéronle en seguida y le encerraron en un lóbrego calabozo, donde además de cargarle de grillos y cadenas, le hicieron sufrir el más feroz tratamiento, hasta que el Rey dispuso su muerte, sentenciándole á ser degollado; sentencia que se llevó á cabo

en la mañana del 13 de junio del año de 853. Su santo cadáver fue colgado en un palo, al otro lado del rio, de donde le quitaron una noche los cristianos, dándole sepultura dentro de la ciudad.

Hacen mencion de este Santo el Martirologio de Usuardo, el Romano, y otros varios muy antiguos, y la ciudad de Guadix guardó la fiesta de este Santo desde el año de 1594, siendo Prelado de la diócesi el Obispo Fonseca, en cuyo tiempo se creó tambien una célebre Cofradía, dedicada al culto y honra de SAN FANDILA, protector de los que padecen mal de corazon.

DIA 14.

San Basilio el Magno, Obispo, Doctor y Fundador, *Asiático.*

SAN ANASTASIO, SAN FELIX Y SANTA DIGNA, MARTIRES, ESPAÑOLES.

El heróico ejemplo de San Fandila, Santo español de ayer, alentó tanto á los cristianos, que en seguida fueron presentándose varios confesando la fé. Tres héroes del cristianismo verificaron los primeros, al siguiente dia de la muerte de San Fandila, la confesion pública que les proporcionó la gloriosa corona del martirio.

ANASTASIO, que fue el primero que murió, era natural de Córdoba: sirvió y estudió en la iglesia de San Acisclo, llegando á ordenarse de Diácono; pero deseoso de vida más retirada y penitente, tomó el hábito de Monge en el Monasterio Tabanense, llegando en esto á la dignidad de Sacerdote.

SAN FÉLIX, segun dice San Eulogio en el libro III de su *Memorial de los Santos*, era natural de Alcalá de Henares y descendiente de Africanos. En Asturias, á donde pasó sin que se sepa con qué objeto, fue instruido en la Religion cristiana, que abrazó con la mayor fé y entusiasmo, to-

mando á poco tiempo el hábito de Religioso en un Monasterio de aquella provincia, del cual pasó al cabo de algun tiempo al Tabanense de Córdoba.

Desde el Monasterio habian ido los dos á la ciudad, con el fin de predicar la doctrina de Jesus y combatir los errores de los mahometanos, y habiéndose presentado al juez fueron ambos sentenciados á muerte, cuyas sentencias se llevaron á cabo con intermedio de algunas horas, siendo decapitado ANASTASIO en las primeras horas de la mañana del 14 de junio del año 853 y FÉLIX pasado ya el medio dia.

A las tres de la tarde de este mismo tuvo lugar el triunfo de la Vírgen Santa DIGNA, natural de Córdoba y Religiosa del Monasterio Tabanense, en donde moraba con su Fundadora la venerable Isabel, mujer de San Jeremías. Era la jóven DIGNA un perfecto dechado de virtudes y de una humildad tal, que no estaba contenta si no ocupaba el peor lugar y la consideraban la última y más despreciable de la Comunidad, diciendo constantemente á sus compañeras: «No me llameis DIGNA sino indigna, porque el nombre debe corresponder á lo que soy.» Pero como los humildes son como las aguas, que tanto como bajan se elevan, la profunda humildad de DIGNA la elevó á la gloria de morir por la fé católica, para lo que el Señor confortó su alma, infundiéndola el valor necesario por medio de una revelacion divina. Estando durmiendo una noche, se le apareció una hermosa doncella vestida de blanco que traia en la mano un precioso ramo de rosas y azucenas. Preguntóla DIGNA quién era y qué queria, y la hermosa jóven la contestó: «Yo soy Agueda, que en otro tiempo dí la vida por Cristo entre muchos tormentos, y ahora vengo á darte parte de estas flores sanguinolentas. Recíbelas y pelea con valor por el Señor, pues las que me quedan he de darlas á otras, que despues de tí saldrán de este lugar.» Recibió DIGNA las flores y desapareció la doncella.

Desde aquel momento el más ardiente deseo de DIGNA era morir Mártir, y pasaba los dias rogando al Señor le proporcionase pronto la ocasion de consumar su deseo. La noticia de la muerte de San Fandila la decidió á imitar su ejemplo, y dejando el Monasterio marchó á Córdoba y se presentó al juez, ante el cual hizo la más esplícita y entusiasta confesion de la fé católica. El juez la sentenció en el acto á ser decapitada, como lo habian sido ANASTASIO y FÉLIX, y como ellos fue ejecutada, poniéndose los tres Santos cadáveres de los Mártires de aquel dia colgados por los pies en palos, puestos al otro lado del rio, en los que permanecieron hasta que fueron consumidos por las llamas de la hoguera, que como dejamos dicho, formaron los moros para quemar los restos de los Santos Mártires que hizo su insano furor, y cuyas cenizas arrojaron al rio, para privar á los cristianos de aquellas preciosas reliquias.

DIA 15.

San Vito y San Modesto, *Sicilianos*, y Santa Crescencia, *Ramana*, Mártires.

SANTA BENILDE, MARTIR, ESPAÑOLA.

En Córdoba, dichosa cuna de tantos heróicos cristianos Mártires por confesar la fé, nació esta Santa, segun dice San Eulogio. Observando con el mayor rigor y celo los santos preceptos del Evangelio, habia llegado casi á la ancianidad, deseosa y dispuesta siempre á dar la vida por amor á Jesucristo. Retirada se hallaba en oracion y vertiendo copiosas lágrimas por los terribles males y dura persecucion, que, como dejamos dicho, pesaba sobre los cristianos, cuando llegaron á sus oidos las voces y ahullidos de la inmunda plebe de mahometanos que conducian al suplicio á los Mártires de que hemos dado noticia en el dia anterior. Exaltado el celo religioso de BENILDE con aquel es-

pectáculo de inmarcesible gloria para los conducidos á la muerte, y de horroroso é inmundo padron para los verdugos, salió á la calle y comenzó á predicar y confesar la fé. Metiéronla en la cárcel, y á la mañana siguiente, es decir, en tal dia como hoy, la echaron á la calle dejándola en libertad, tomando su heroismo religioso, su predicacion y confesion por un pasagero rapto de locura; pero firme la admirable BENILDE en su propósito de imitar á los gloriosos campeones de la fé, que por ella habian dado su sangre en los dias anteriores, se dirigió al tribunal, y con un valor que solo puede inspirar la Divina gracia, dijo á los jueces: « ¡Desdichados, habeis dado la muerte á los que deseaban enseñaron la verdad! Ahora vengo yo á que, conociendo vuestro error, confeseis conmigo, que solo Jesucristo es Dios verdadero, que vive y reina en trono de majestad y gloria, igual al Padre y al Espiritu Santo. » Llenos cada dia más los fieros corazones de los jueces de insano furor y rabiosa saña, la sentenciaron á muerte en el acto, siendo la heróica BENILDE degollada en seguida en este dia 15 de junio del año 853, en el que celebra su fiesta la iglesia de Córdoba.

Su santo cuerpo fue tambien colgado en un palo como los de los Mártires de los dias anteriores, y quemado al mismo tiempo que ellos, recibiendo en su seno las aguas del Guadalquivir las cenizas de estos héroes del cristianismo.

DIA 16.

San Marcelino, Obispo y Mártir, y San Quirico y Santa Julita, Mártires, *Asiáticos*.

DIA 17.

San Manuel y Compañeros Mártires, *Persas*, y el Beato Pablo de Arezo, Confesor, *Florentino*.

DIA 18.

San Márco y San Marceliano, Mártires, *Romanos*, y

SAN CIRIACO Y SANTA PAULA, MARTIRES, ESPAÑOLES.

Las actas de estos dos esforzados adalides del cristianismo, dice Petano y Mazariegos, han padecido la misma desgraciada suerte que la de tantos otros que dieron su sangre en defensa de la fé que profesaban. Los tiranos, que conocian bien que la sangre derramada por Jesucristo era una fecunda semilla que producia multiplicados los frutos, llevaban su furor hasta el empeño de pretender borrar del mundo su memoria. Para lograrlo hacian esquisitas diligencias en busca de las actas de los Mártires, que paraban por lo comun en poder de los Lectores de la Iglesia, y en cuanto las tenian en su poder las reducian á cenizas. Pero todas las astucias de los ministros del averno no han podido jamás triunfar de los decretos de la Divina Providencia, que por modos maravillosos ha conservado la memoria de los esforzados soldados de Jesucristo. Así ha sucedido con los Santos Mártires CIRIACO y PAULA, nobles ciudadanos de Málaga, cuya historia, sacada de varios escritos y breviarios antiguos, es como sigue:

Los Emperadores Diocleciano y Maximiano, contemplando que la seguridad de su imperio consistia en esterminar radicalmente el nombre de cristiano, suscitaron una persecucion tan cruel y violenta en todas las provincias sujetas al imperio, que en el espacio de un mes dieron su vida gloriosamente por la fé diez y siete mil cristianos de todas calidades, edades y sexos, de lo cual puede inferirse cuán copioso é incalculable seria el número de Mártires en el tiempo de diez años que duró la sangrienta persecucion.

Entre todas las provincias en que entonces estaba dividido el mundo, se señaló España, tanto por la multitud de los que derramaron su sangre, como por la atrocidad de los tormentos con que fue probada su constancia. Todas las cárceles y calabozos se veian llenos de esforzados confesores de la fé; en los tribunales y ante todos los jueces se oia publicar con fortaleza el nombre y la doctrina de Jesucristo; los ídolos del paganismo eran despreciados y escupidos en presencia de los jueces y de los verdugos, en el acto mismo de estar armadas sus manos de la sangrienta espada y de los desgarradores garfios; y la tierra se veia sin tregua empapada de la sangre que se ofrecia valerosamente en testimonio de la verdad. En esta época de desolacion, tuvo lugar en Málaga el glorioso triunfo de los héroicos cristianos CIRIACO y PAULA.

Llegó á esta ciudad el cruel perseguidor del nombre Santo, y habiendo hecho las acostumbradas diligencias para descubrir los que seguian las banderas del Crucificado, supo que se distinguian entre ellos CIRIACO y PAULA. Creyendo el inícuo juez que venciendo á estos ó haciendo un horrible castigo escarmentarian los demas, y se apartarian de una creencia que él tenia por supersticiosa, mandó prenderlos y presentarlos en el tribunal. Comparecieron los Santos y sufrieron el interrogatorio de costumbre. El interés que tenia el tirano en seducir á dos personas, cuyo ejemplo seria muy poderoso para con los demas cristianos, le sugirió la idea de hacerlos las más deslumbradas promesas de honores y riquezas; pero constantes los Santos en la fé que profesaban, se mantuvieron invencibles despreciando toda clase de proposiciones. Viendo, pues, el juez que sus artes y astucia no producian otro efecto que dar más lustre y esplendor al heroismo de estos dos ilustres cristianos españoles, mandó que empleasen en ellos los verdugos los más atormentadores castigos. Todo el furor de los verdu-

SANTORAL ESPAÑOL



Lit.ª de Esnarpiza

SAN CIRIACO Y SANTA PAULA.

gos, y la dolorosa ejecucion de los tormentos, fue muy inferior á la gracia y fortaleza con que el Todopoderoso dotó en este trance á sus leales siervos; y viendo el juez que él y sus satélitos eran impotentes para vencer la admirable resistencia de los dos Santos, mandó sacarlos fuera de la poblacion y que los matasen á pedradas.

Tuvo lugar este martirio el dia 18 de junio del año del Señor 300. No se sabe fijamente el lugar del martirio, y dónde fueron despues sepultados. Con respecto á lo primero, dice el P. Roa, que la muerte acaeció cerca del rio, y la multitud de piedras que allí se encuentran lo hacen presumible, porque facilitaba la ejecucion de la sentencia. Con respecto á lo segundo, dice que es presumible que en el mismo sitio estuviese en lo antiguo el sepulcro de estos Santos. Funda su conjetura en una antigua tradicion, conservada en la ciudad y su comarca, de haberse visto en dicho sitio en diversos tiempos unas luces milagrosas, con que parece que el cielo queria distinguir aquel lugar en que los Santos Mártires habian conseguido tan gloriosa victoria. Poseida despues Málaga por los mahometanos, se estinguió enteramente la memoria del sepulcro de CIRIACO y PAULA; pero siempre conservaron los fieles el recuerdo de sus Santos Mártires, el cual tomó nueva y mayor vida por los años de 1487, en tiempo de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel. Estos gloriosos Monarcas, deseando librar á España del yugo de los sarracenos, proyectaron la conquista de Granada, en donde tenian reconcentradas los moros todas sus fuerzas. Estando en Córdoba los Reyes Católicos haciendo los preparativos para su grande y gloriosa empresa, aconsejó á la Reina Isabel el Santo Religioso Fray Juan de Carmona que ofreciese construir una Iglesia en honor de los Santos Mártires de Málaga SAN CIRIACO y SANTA PAULA, y que estuviese segura de que por su intercesion concederia Dios una victoria completa y la conquis-

ta de aquella ciudad. La piadosa Reina asintió á la propuesta, y aunque por entonces no pensaba en la conquista de Málaga, hizo el voto á los Santos Mártires. Conquistada la ciudad, y despues todo el reino de Granada, comunicaron los Reyes Católicos tan fausta nueva al Sumo Pontífice reinante entonces, Inocencio VIII, dándole detallado parte de todo, y la Reina en particular, de la promesa que habia hecho á los Santos Mártires de Málaga, á cuya proteccion creia deber, no solo la conquista de esta plaza, sino del resto del reino. Su Santidad escribió una tiernísima y espresiva carta á los Reyes, en la que los certificaba que la ciudad de Málaga habia sido consagrada con la sangre de SAN CIRIACO y SANTA PAULA, de la misma manera que lo fue Jerusalen con la de San Estéban. Edificose el templo en honor de estos Santos, y los malagueños los tomaron por sus patronos, celebrando su fiesta con la mayor solemnidad todos los años.

SAN GERMAN, SAN PAULINO, SAN JUSTO Y SAN SICIO, MARTIRES, ESPAÑOLES.

Estos cuatro gloriosos Mártires fueron naturales de un pueblo llamado Pera, en el Ampurdan, perteneciente en aquel tiempo á la España Tarraconense. Convertidos á la fé católica recibieron, siendo muy jóvenes, el agua del Bautismo, y con el más ardiente celo religioso observaban todos los preceptos del Evangelio. Eran muy hábiles albañiles, y se dedicaron ademas á tallistas, en cuyo arte sobresalieron muy pronto, logrando ganancias crecidas que repartian entre los pobres. El ejemplo de su santa vida obró grandes beneficios en favor del cristianismo, pues muchos se convirtieron á él, especialmente todos los individuos de su numerosa familia, que aun permanecian idólatras. Muertos sus padres, continuaron viviendo juntos

sin casarse, y dedicados á su piadosa y ejemplar vida, tan grata al Todopoderoso, que para manifestarlo al mundo se dignó obrar repetidos milagros por conducto de sus amantísimos siervos. Esto levantó tanto la fama de los cuatro Santos, que de contínuo se veian rodeados de admiradores y por todas partes oian sus alabanzas. La humildad de estos jóvenes sufria con ello un constante tormento, y de comun acuerdo determinaron ausentarse, huyendo de los aplausos y gloria mundana, por la que tanto otros se afanan y desvelan. Marcharon primero á Monells, donde permanecieron algun tiempo, pasando despues á Gerona, á cuya puerta hallaron al entrar un hombre anciano y ciego que pedia limosma. Socorrieron al anciano, y al mismo tiempo le dijeron: «En nombre de Jesucristo, levántate y camina.» Lo cual verificó inmediatamente el anciano con pasmosa agilidad, dando las más fervorosas gracias al Todopoderoso, marchando detras de sus favorecedores.

Reinaban á la sazon Diocleciano y Maximiano, fieros enemigos de los cristianos, quienes habian enviado á España, para que persiguiese y esterminase á los cristianos, á su digno representante Daciano, como ya hemos dicho en diferente sitios de esta obra, el cual nombró á Rufino teniente suyo en la provincia Tarraconense. Llegado Rufino á Gerona, y luego que supo la grande habilidad que tenian nuestros Santos para obra de talladura, les llamó y dijo: « Tengo entendido sois hábiles tallistas, y deseo que hagais ciertos dioses romanos, para que los adore todo el pueblo.» Respondió el glorioso SAN GERMAN en nombre de todos, y dijo: « No hay más que un solo Dios verdadero, que es Jesucrito: los demás son demonios. Yo me maravillo nos digas que hagamos tus dioses; idea bien baja das de lo poco que valen. » Oyendo esto Rufino, mandó que los llevasen á la cárcel y que no se les diera alimento alguno, para que muriesen de hambre. Pero un ángel del Señor

vino á la misma cárcel y les consoló con estas palabras: «Caballeros de Jesucristo, no temais, el Señor no os abandonará.» Y habiéndolos socorrido desapareció.

«Admirado del prodigio, Rufino mandó á los ocho dias sacarlos de la prision y que fuesen cruelmente azotados con pelotas de plomo; y vueltos á la cárcel, el Señor cerró sus heridas. Despues de tres dias volvió á llamarlos, y les dijo: «¿Cómo sois tan locos, que no adorais á nuestros dioses, »sabiendo os cuesta la vida?» Entonces los Santos Mártires contestaron á una voz: «Loco eres tú, y desventurado »miembro de Satanás: nosotros creemos en Jesucristo, y »nunca adoraremos otro dios sino á él.»

»Viendo Rufino la constancia de los Santos, hizo traer un tribunal delante del portal de Valltenebrosa, y sentado en él, dió la sentencia siguiente: á GERMAN, que decia que Dios era Padre Omnipotente, y su Hijo unigénito, le quebrasen la cabeza con una piedra y martillo; á PAULINO, que decia que Cristo habia muerto en una cruz, fuese degollado; á JUSTO, que afirmaba que Cristo era Cabeza de la Iglesia, le cortasen la suya; y SICIO, que decia que Cristo, nuestro bien, envió el Espíritu Santo sobre sus Apóstoles en lenguas de fuego, fuese quemado.

»Llenos de alegria los Santos, dieron gracias al Señor que les dispensaba la singular ventura de morir por su amor y doctrina. Y estando ejecutándose la bárbara sentencia, se oyó una voz del cielo que dijo: «Preciosa es y dichosa de»lante del Señor la muerte de sus Santos.» Oyendo esto Rufino, cayó al suelo temblando, y mandó cerrar el portal á piedra y cal, y el pueblo huyó á sus casas.

»Algunas mujeres devotas vinieron de noche y dieron supultura á los sagrados cuerpos de los Santos Mártires en lo que es ahora iglesia de San Félix. Posteriormente, en la conquista de Gerona, se trajeron á la Iglesia Catedral, y se

colocaron en el altar de Nuestra Señora. Ultimamente, se edificó una capilla en honor de estos benditos Mártires, con sepulcro para cada uno de ellos, costeado todo por la piedad de D. Arnaldo de Monrodon, Canónigo de la Seo de Gerona, quien trajo de Roma esta historia.»

BEATO ALONSO RODRIGUEZ, ESPAÑOL.

El dia 25 de julio del año de 1531 nació en Segovia, siendo cabeza de la Iglesia el Papa Clemente VII, y Rey de España el invicto Emperador Cárlos V, el célebre Jesuita BEATO ALONSO RODRIGUEZ, conocido en varios pueblos de la provincia de Segovia por SAN ALONSO *el Segoviano*, y en Mallorca, donde murió, por SAN ALONSO *el Jesuita*. Fueron sus padres D. Diego Rodriguez y doña María Gomez, descendientes ambos de nobles y acomodadas familias y de reconocida virtud. Once hijos concedió la Providencia á este virtuoso matrimonio, siendo ALONSO el segundo en el órden de nacimiento, y el primero en santidad y en gracias celestiales, que reveló al mundo desde la infancia, y de que daba más señales y prodigiosas muestras á medida que avanzaba en edad.

Doce años contaria apenas, cuando una casualidad llevó á hospedarse en su casa á dos Padres Jesuitas, que quedaron no poco admirados y complacidos de la santidad de ALONSO. Conferenciaron largamente con él, aprobando y robusteciendo su inclinacion á la Iglesia, y aconsejaron al padre que no retardase ni un momento el aprobar la vocacion y secundar los deseos de su virtuoso hijo. Gustoso accedió D. Diego, y á los pocos dias le envió á la Universidad de Alcalá de Henares, recomendado al P. Villanueva por los dos Padres Jesuitas y por diferentes personas notables de Segovia. Le aceptó inmediatamente por discípulo el Padre Villanueva, y comprendiendo muy luego el gran par-

tido que podia sacar de un jóven tan religioso, aplicado y dispuesto, le consagró el cariño más paternal, teniéndole constantemente á su lado, y deleitándose en emplear en su instruccion un tiempo que tanta gloria para la cristiandad y tanta honra para él habia de producir.

Poco, sin embargo, duraron los deliciosos goces de ALONSO, dedicado al estudio y á la contemplacion, y corta fue tambien la satisfaccion del maestro, viendo los rápidos adelantos de su discípulo, porque al año de la estancia de este en Alcalá llegó la triste nueva de la temprana muerte de su padre, y la órden de su madre de regresar en seguida á Segovia.

Llegó ALONSO á esta ciudad, y púsose al frente de la casa, como hijo mayor, por haber fallecido el primero que tuvieron sus padres. La falta de salud no permitia á la madre cuidar de nada, y las hermanas de ALONSO, por su inesperiencia y corta edad, no podian suplir á la madre, por lo cual trató esta de emplear toda su influencia para conseguir que ALONSO contrajese matrimonio. Resistió por mucho tiempo el hijo, porque este estado estaba en abierta oposicion con sus inclinaciones y deseos; pero viendo el triste estado de la salud de su madre, que se agravaba tanto más, cuanto que por atender á la casa se olvidaba del cuidado que necesitaba su persona, se decidió á hacer el sacrificio de complacerla, por ver si conseguia alargar su vida, procurando pagar de este modo algo de lo que nunca pueden satisfacer los hijos á los que despues de Dios les dieron el ser.

El cielo bendijo la union de ALONSO, concediéndole esposa cristiana, recatada, noble y cuidadosa, y dos hijos, que eran las delicias de sus padres y de toda la familia; pero en cambio esperimentó grandes pérdidas en su hacienda, que iba desapareciendo de dia en dia. A este sentimiento se unió el de la prematura muerte de una hija, pri-

mer fruto del matrimonio, y el de la de su mujer, que ocurrió inmediatamente.

A poco de morir su mujer, acordó ALONSO con su madre vivir separados, aunque en la misma casa. La madre habitaria una parte del edificio, acompañada de las dos únicas hijas que le quedaban, y que habian hecho voto de castidad, que guardaron religiosamente toda su vida, y ALONSO con su hijo ocuparia la otra parte del edificio. Seis años observaron sin interrupcion este género de vida, al cabo de los cuales murió doña María, edificando á todos con su santa resignacion y la imperturbable paciencia con que sufria los dolores del alma y del cuerpo.

Muerta su madre, se dió á considerar profundamente ALONSO el efímero valor de las cosas humanas, y las constantes vicisitudes á que están espuestos á cada momento los mortales; y fijando su vista en el cielo, determinó apartarse completamente de todo pensamiento terrenal, y dirigir solo sus cuidados á la eterna felicidad, procurando conseguir con la virtud y la penitencia un puesto en el Paraiso. Dió principio á esta nueva vida haciendo confesion general con el P. Juan Bautista Martinez, de la Compañía de Jesus, uno de los primeros y más célebres predicadores de aquella época. Tres años de constante oracion y rigurosa penitencia se siguieron á la confesion, que verificó el dia de Nuestra Señora de las Nieves, entregando todo su corazon y su amor á esta dulcísima Madre, y conservando desde entonces invariable la costumbre de recibir cada ocho dias el Sacramento de la Penitencia.

Acercábase la Semana Santa de este año, 1569, y prosternado ante el altar, meditaba sobre la muerte y pasion de Nuestro Señor Jesucristo, inundándosele el rostro de copiosas lágrimas al considerar lo que el Divino Redentor sufrió, dando su preciosa y pura sangre por los pecadores, y traspasado el corazon de dolor, esclamó: «Juro, mi Dios

y Señor Jesucristo, morir mil veces, entregándome, si es necesario, á los más crueles tormentos antes que ofenderos ni una sola vez de obra ni de pensamiento. Y si vos, Señor, que teneis presente siempre á vuestra vista lo pasado, lo presente y lo porvenir, veis que el único y querido hijo que tengo, creciendo en edad, os ha de ofender, ó á Vuestra Santísima Madre, ruégoos humildemente, Señor, que le quiteis al punto la vida, porque prefiero verle difunto que ingrato á nuestro Divino Redentor.» Aquella misma noche le mostró en un sueño á su hijo difunto, y al mes justo le llevó para sí, lo que prueba que Dios aceptó la ofrenda.

Las variadas y deliciosas visiones que recreaban su corazon y su mente mientras permanecia en oracion, le hacian que fuese dedicando la mayor parte del dia á la contemplacion de las cosas divinas. Rezando el Rosario, solia ver que á cada *Ave María* se formaba en el aire una hermosísima rosa blanca, que elevándose al cielo desaparecia en la altura, y á cada *Pater noster* una rosa encarnada, que tomando igual direccion desaparecia de la misma manera.

Estando en oracion una noche se le apareció Jesucristo acompañado de muchos Santos, entre los cuales distinguió á San Francisco, al que tenia especial devocion. Apartose un poco de los demás el Seráfico Padre, y le preguntó: «¿Por qué lloras tanto, ALONSO?» A lo que este respondió: «¡Cómo no quereis, oh Padre, que llore, si la menor culpa venial debe llorarse toda la vida!» Aprobó el Santo la respuesta, y desapareció la vision.

A tan singulares favores de Nuestro Señor Jesucristo sucedieron otros no ménos notables de su Divina Madre, á la que amaba nuestro ALONSO con especialísima ternura. Un dia de la Asuncion, despues de haber comulgado con fervorosa preparacion, retirose del templo, y recogido en su aposento, púsose de rodillas á dar gracias á la Vírgen

por sus infinitas bondades, y arrebatado en espiritu al mundo, se halló en la gloria rodeado de ángeles. Vió y sintió que María Santísima, acompañada de San Francisco y del ángel de su guarda, le tomaba de la mano y le ofrecia al Padre Eterno, el cual le recibió con singular agrado.

A estas visiones se siguieron algunas otras que le decidieron á dedicarse completamente á la Iglesia. Hizo renuncia de lo poco que le quedaba en favor de sus hermanas, y pidiendo limosna y á pie se dirigió á Valencia en busca de su antiguo confesor, el P. Luis de Santander, Rector á la sazon del Colegio de PP. Jesuitas de aquella ciudad.

Con el mayor anhelo se dedicó al estudio, siendo la admiracion de sus maestros y el ídolo de sus condiscípulos, por su cristiandad, por su virtud y por el especial cuidado que se tomaba en dirimir las cuestiones que siempre se promueven en reuniones de estudiantes.

La conducta de muchos de estos en general, y la particular de uno de ellos, que se le hizo sumamente sospechosa, le sugirió la prudente idea de huir de los peligros del mundo, tomando un seguro asilo contra las asechanzas de Luzbel, y ninguna le pareció tan conveniente como la Compañía de Jesus. Pero su edad iba madurando, le faltaba mucho que estudiar para poder llegar al sacerdocio, y se decidió á ingresar en la Compañía en la clase de coadjutor temporal. Dios dispuso sin duda las cosas de este modo para que ALONSO fuese el modelo de hermanos coadjutores, y que esta clase tuviera tambien su representante en la celestial corte.

Firme en su propósito, se dirigió á Aragon, y se presentó al Provincial, P. Antonio Cordovés. Recibiole este muy bien, y despues de examinarle un gran rato, quedó altamente satisfecho y muy contento con que la Compañía de Jesus contase en el número de sus individuos á un hombre tan recomendable como ALONSO. No pensaron del mismo

modo los demas Padres de la Compañía, pues sin descender á exámen de ninguna clase, y ateniéndose al físico y á la edad del pretendiente, se opusieron á su ingreso por su debilidad corporal y por su mucha edad. Era esta efectivamente algo avanzada para comenzar el noviciado, pues rayaba ya en los cuarenta años, y la presencia prometia poca robustez para las ocupaciones y cargos de los coadjutores. Su estatura era corta, y lo parecia aun más, por llevar siempre la cabeza baja y el cuerpo algo encorvado: estaba ademas sumamente delgado, y tan pálido, que le llamaban generalmente en Valencia *el estudiante oleado*. Sus facciones no atraian tampoco, pues la boca, si bien no era deforme, era bastante grande y un poco torcida: los ojos los tenia casi constantemente encendidos é irritados por el continuo llanto, y su cabeza conservaba solo algunos cabellos sobre las sienes. Los que se prendaran, pues, únicamente de la robustez corporal y buena presencia, no podian en verdad aceptar gustosos á ALONSO; pero el P. Provincial, que habia sondeado el pecho del pretendiente y encontrado un tan gran fondo de virtud y santidad, un talento tan claro y poco comun, y una razon tan esclarecida, no podia ménos de desearle ya para su Compañía, é instó tanto á los demas Padres, que al fin accedieron al ingreso de ALONSO, que se verificó pocos dias despues, el 31 de enero de 1571.

A los ocho dias de su ingreso en la Compañía, fue enviado al Colegio de San Pablo de Valencia, en el cual estaba establecido el noviciado, donde permaneció seis meses haciendo la vida más ejemplar, y edificando á todos los Padres y novicios con su santo celo y sus sublimes virtudes.

Fundábase por este tiempo un Colegio de la Compañía de Jesus en la isla de Mallorca, y entre los elegidos para que sirviesen de santo fundamento á aquella Comunidad fue ALONSO uno de los primeros; eleccion unánime, porque no se ocultaba ya á ningun Padre de la Compañía de Jesus

cuánto de honra habia de darle el hermano coadjutor ALONSO RODRIGUEZ.

Llegó á Mallorca dentro del mismo año de 1571, algo enfermo, porque la navegacion, aunque corta y feliz, habia hecho grande impresion en su débil naturaleza. En este estado, sus tormentos fueron grandes y constantes por el temor que llegó á concebir de ser despedido de la Compañía por inútil. Más su Divina protectora, María Santísima, alivió las dolencias de su cuerpo y de su alma, y le permitió ver lucir el dia 5 de abril de 1573, en el que, cumplidos ya los dos años de noviciado, pronunció los votos de costumbre, enagenado de la mayor alegría.

Ocupado en ayudar á la fábrica de la iglesia, en acompañar á los Padres y en arreglar algunos departamentos y oficinas del Colegio, pasó otros doce años, al cabo de los cuales, y teniendo ya cincuenta y cuatro de edad, hizo los votos de coadjutor formado, en manos del Visitador del mismo Colegio, P. Alonso Roman, pronunciándolos en el mismo dia y al propio tiempo que su grande amigo é imitador el hermano Diego Ruiz.

Fue nombrado portero del Colegio, cuyo cargo desempeñó con la mayor paciencia y exactitud, sin haberse verificado ni una sola vez que se enfadase, á pesar de los muchos chascos que frecuentemente le daban, como á sus antecesores, los muchachos, y particularmente los estudiantes, llamando y escondiéndose, ó escapando en seguida. Si alguno, al ver su precision y exactitud en el cumplimiento de las órdenes de su Superior se enojaba con él, le pagaba el enojo encomendándole á Dios y rogando por él. Baste para prueba de esta verdad lo que sucedió con un Padre, á quien con motivo de hallarse enfermo visitaba un pariente con licencia especial del Superior.

Rogaba nuestro ALONSO constantemente á Dios por la salud de dicho Padre, y el Señor se lo mostró un dia

ya difunto. Al siguiente fue á visitar al Padre, como de costumbre, su pariente; más como fuese acompañado de otro, y la licencia no fuera más que para una persona, los detuvo el hermano ALONSO hasta avisar al Superior. Sabido esto por el enfermo, parte por su genio, y parte por lo mucho que le desazonaba la enfermedad, dió una áspera reprension á ALONSO. No solo sufrió este con la mayor resignacion y humildad la reprension del Padre, sino que sin detenerse, en cuanto acabó de hablar, marchó á rogar por él á Dios, el que se le volvió á mostrar, además de difunto como la anterior vez, hinchado ya y en principio de putrefaccion, como si hiciera algunos dias que hubiera fallecido, y dijo Dios á ALONSO: *De este modo estaria ya el enfermo si no fueran tus oraciones, y por ellas le concedo todavia algunos años de vida.*

Fue singular y casi inimitable en contrariar los gustos y deseos como hombre, y mortificar sus sentidos. Para dar que sufrir á su paladar no perdia ocasion en el refectorio, hasta tal grado, que más de una vez puso en grave riesgo su salud y aun su vida. Al coger una mañana el hortelano calabazas tiernas para la comida, mezcló con ellas, inadvertidamente, algunos cohombros ó coloquintadas, que fueron echados en la olla sin repararlo el cocinero. Ni este ni sus ayudantes probaron la olla aquel dia, y sin que nadie se apercibiese de lo que contenia, fue servida en el refectorio. ALONSO no habia tomado del *ante* ó principio de frutas con que acostumbraban en el Colegio á comenzar la comida, y principió por el plato que seguia, que era la olla. Notó en seguida el fuerte amargor y horrible gusto de ella; más por no perder la costumbre de mortificar su gusto dando al paladar lo que más podia ofenderle y repugnarle, continuó comiendo, hasta que un Padre probó el plato, y arrojando presuroso lo que habia llevado á la boca, esclamó: *Mors est in olla!* El Superior mandó retirar inmediatamente la comi-

da, que ni aun los animales deméstícos quisieron probar; pero la órden de retirada no fue tan pronta que no hubiera podido ALONSO comer ya lo suficiente para que le produjera una enfermendad, que le tuvo postrado en cama muchos dias, y que le hizo contraer un dolor de estómago que, más ó ménos intenso, le duró toda su vida.

Las mortificaciones que otros le proporcionaba las llevaba con una paciencia y resignacion tal, que es imposible esplicar ni debidamente encarecer, y para probarlo consignaremos aquí un hecho que fue muy público y sabido en Mallorca, y del que quedó larga memoria.

Entre los barberos encargados de la rasura del Colegio habia uno, jóven, inquieto, díscolo, y de muy mala intencion. Habíale amonestado alguna vez santa y dulcemente nuestro ALONSO, procurando hacerle comprender el mal camino por que marchaba, y cuánto comprometia la salvacion de su alma. El mozo, tanto por resentido de estas observaciones de ALONSO, cuanto por probar la certeza de su proverbial resignacion, se propuso atormentarle, y ver si podia conseguir siquiera alguna señal de disgusto ó impaciencia para publicarla y desacreditarle, en venganza de las reprensiones que le habia dado. Pero á pesar de las cortaduras, pellizcos y apretones que le prodigó, no pudo conseguir impacientar al sufridísimo ALONSO. No contento sin embargo el vengativo mozo con la primera prueba, continuó satisfaciendo su cruel instinto, no obstante que sus compañeros se lo afeaban. Y sabe Dios hasta qué punto hubiera llegàdo la feroz complacencia del barbero, si por las señales constantes del rostro de ALONSO no hubieran sospechado algo los Superiores y puesto pronto remedio, despidiendo al barbero, que no tardó mucho en esperimentar el castigo del cielo por su crueldad, pues á los pocos dias, en una quimera que tuvo con varios mozos de su clase y costumbres, uno de ellos le dió un palo en el brazo derecho rom-

piéndosele por la parte superior, y antes del año de este suceso, que le dejó manco, le mataron á puñaladas fuera de Mallorca.

En cuanto al voto de pobreza, llevó hasta tal punto su rigurosa observancia, que para escribir sus confesiones, memorias y pláticas utilizaba los pedazos de papel que hallaba por el suelo, y de los que sin embargo no hacia uso sin licencia del Superior. Así es que la mayor parte de los escritos hallados despues de su muerte lo estaban en hojitas desiguales, cosidas de manera que se perdiese poco papel y quedara más terreno que utilizar para el escrito.

Su castidad fue tan estremada, que desde que entró en la Compañía se asegura que no miró á la cara á ninguna mujer, ni aun á la Vireina de la Isla, de quien tantas deferencias siempre mereció, y á pesar de su esquisita castidad, en el campo de ella fue donde más batallas le presentó Satanás. Siete años casi sin interrupcion fue combatido por el infierno, segun él mismo refiere en su *Cuenta de conciencia*, escrita para su Superior. Siete años de horrible lucha, durante los cuales aparaciánsele casi diariamente los demonios en figuras humanas de uno y otro sexo, practicando aquellas acciones que ellos saben son más eficaces para incitar la humana flaqueza. Mucho ofendian la púdica vista del casto ALONSO semejantes escenas, y aunque pretendia cerrar los ojos, no podia conseguirlo, porque uno de los súbditos de Luzbel le tenia con los dedos sujetos los párpados. Desconfiando de sus propias fuerzas, y afianzado en Dios, resistia con incansable teson las tentaciones, y viendo los habitantes del infierno que no podian vencerle, se vengaban en darle crudísimos golpes. A estos, como á todo, resistia valerosamente nuestro ALONSO con tal constancia, que asegura en su referida *Cuenta de Conciencia*, que aquellas y mayores penas y dolores hubiera padecido hasta el fin del mundo por no ofender al Señor. Y no quedaba

rendido tras tantas peleas, no: ántes por el contrario la lucha aumentaba su fé y su valor, y tan luego como los demonios le soltaban, escupialos á la cara, y haciendo la señal de la Cruz los gritaba: *¡Arrodillaos, indignos, y adorad la Santa Cruz, diciendo tres veces: Adorámoste, Jesus!* Y añadia: *In nomine Jesu omne genuflectatur, cœlestium, terrestrium et infernorum.* No se olvidaba Dios de su siervo; y aunque al principio del combate, para aquilatar más su virtud, se le escondia, al fin le reforzaba con nuevas y cada vez más deliciosas consolaciones.

Viendo los espíritus malignos que no podian hacer mella en este casto varon, determinaron juntar todas sus fuerzas y dar el asalto general. Estando, pues, ALONSO recogido en oracion, le mostró Dios el conciliábulo donde estaban dándose las instrucciones y discurriendo todos los medios para vencerle. No se arredró por ello el corazon del valiente soldado de Jesus; pero, sin embargo, haciendo á Dios presente su flaqueza contra tan poderosos enemigos, le pidió su ayuda: imploró tambien el auxilio de su dulcísima Madre, rogándola fervoroso que le concediese la gracia y fortaleza necesaria para poder sufrir todas las penas del infierno en este mundo, antes que caer en el más leve pecado y perder la bienaventuranza en el otro. Llegada la hora determinada en el conciliábulo, que era la media noche, entraron en el aposento de ALONSO las tropas infernales con grande alegría y algazara, por que venian seguras de su triunfo. Cercáronle todos, y dieron fuego á la batería de pensamientos incentivos y abominables representaciones, con tal ímpetu, que en un momento se encontró ALONSO anegado en un proceloso mar de concupiscencia. Mas no bastando todos los infernales recursos á vencer su constante pecho, y convencidos aquellos espíritus inmundos de la inutilidad de sus artes, apresaron con férreas y desgarradoras manos á su victima, le arrojaron

desde la cama en medio del aposento, donde con crueles golpes horriblemente laceraron su cuerpo. En tan gran cúmulo de penas, fervoroso invocaba á Dios; pero este no acudia. La Madre de las misericordias, en quien otras veces habia hallado pronta proteccion y consuelo, tampoco se presentaba. ¿Cómo estaria el corazon de ALONSO, viéndose con el cielo cerrado, el infierno abierto, y su carne y sentidos coligados contra la fortaleza de su alma?... Mas en medio de tantas tribulaciones y desgarradoras angustias, nada le atormentaba tanto como el temor de su flaqueza, y lo poco que le quedaba de fuerza para resistir. Cuánto padeció en esta batalla, se inferirá de lo que él mismo dice refiriendo este suceso: «¿A qué compararemos los trabajos que pasé por no consentir con lo que querian los demonios? ¿A la muerte? Poco es por cierto, porque muchas muertes quisiera pasar cuando me viera acosado de los malignos espíritus, antes que verme en tan grandes peligros de perder á mi Dios. Muchas veces me hallé para morir y reventar por la grandeza del trabajo. Y tomára por buen partido verme en un fuego tan grande como una ciudad, quemándome vivo en medio de él, y que todo el mundo se ocupaba en atormentarme, y que todas las fuerzas del fuego estuviesen donde yo estaba para que la pena fuera mayor. Todo esto aceptara y pasara con la gracia de Dios, por verme libre de ofenderle, y perder la joya que mis enemigos procuraban quitarme.»

Lo que agradaria al Señor la pureza de ALONSO, y los cruentos combates que habia sufrido por conservarla, se comprende por los milagros que por su mediacion obró, antes de morir y despues de muerto, para librar de los tormentos de la concupiscencia y la lascivia á diferentes personas que se hallaban combatidas por el demonio de la carne, y que con devocion y confianza se encomendaron á ALONSO, ó llevaban alguna reliquia ó prenda que él habia usado.

Fue un constante modelo de obediencia, á la que llamaba el camino mas breve para llegar á la cumbre de la santidad. Meditando una vez sobre las palabras del proverbio *Mens justi meditabitur obedientiam*, y aplicándolo á su ocupacion de portero, se preguntó á sí mismo: «Si el Superior te mandase que no abrieras la puerta, y llegase el Rey con su guardia á decir que la abrieras, ¿qué harias? Despues de pensarlo un rato, se contestó, que aunque hubiese de costarle la vida, no faltaria á la órden recibida. No tardó en presentarse ocasion de manifestar cuán resuelto estaba á anteponer á toda clase de consideraciones la obediencia á su Superior.

Habíase de ejecutar por los estudiantes del Colegio una funcion, á la cual fueron convidados el Virey D. Luis Vique y su hermano el Obispo, Cabildos, Religiones y nobleza de la Isla, y para que la gente de ménos importancia, pero convidada tambien, no obstruyera el paso con anticipacion, impidiendo la entrada á tan distinguidas personas, por no haber más que una puerta, ordenó el Superior á ALONSO que no se apartase de ella ni abriera absolutamente á nadie hasta tal hora. Llegaron un poco antes el Virey y el Obispo, y en cuanto los divisó la guardia los anunció, mandando desde fuera al portero, nuestro ALONSO, que abriera; pero como la hora marcada por el Superior no habia sonado todavía, cuantas instancias hicieron fueron inútiles, y ni ALONSO se movió de su sitio, ni abrió. No faltó quien oyendo lo que pasaba avisó al Superior, que presuroso corrió á la portería y mandó abrir, disculpándose con aquellos señores de la tardanza con la rigurosa obediencia del portero. El Virey y el Obispo, muy lejos de darse por ofendidos, hicieron los mayores elogios de la obediencia del virtuoso ALONSO, diciendo al mismo tiempo al Superior que le envidiaban el tener á sus órdenes personas que tan estricta y precisamente cumplian con sus deberes.

Dos meses no serian pasados aun desde la referida ocurrencia, que hizo mucho ruido en Mallorca, pues apenas se concebia por aquel tiempo que hubiera un hombre capaz de oponerse á los pasos del Virey y de su hermano, cuando estando reunidos algunos Padres y Hermanos, entre los que se hallaba ALONSO, en el cuarto del P. Rector, le ocurrió á este hacer una nueva prueba de la obediencia de aquel. Versaba la conversacion sobre lo mucho que padecian los cristianos en las Indias, especialmente los encargados de propagar el conocimiento de los Misterios de nuestra Santa Religion, y dirigiéndose el P. Rector á ALONSO, le dijo: «¿Cómo el hermano nunca ha pedido ir á Indias? ¿Ha de ser todo estarse aquí sin hacer nada?—Yo, Padre, respondió ALONSO, no soy ni valgo para nada; pero si conviniese, y me enviase, partiria gustoso, fiado en que Dios lo mandaba.—Pues váyase á Indias, que yo se lo mando, dijo el Rector.»

Oidas estas palabras con alegre rostro, besó la mano al Rector, y salió del cuarto: fue al suyo, se cubrió, tomó la capa, y bajó á la portería; pero el portero de noche le hizo presente que sin licencia del Superior no podia dejarle salir. Subió ALONSO por ella, y el Rector le mandó suspender por aquella noche la salida, diciéndole que él pensaria el dia en que habia de emprender la marcha, y se lo avisaria.

Fue sumamente devoto de la Misa: nada le estorbaba para acudir á ella con puntualidad, y la oia ó ayudaba con tal recogimiento y uncion, que su presencia aumentaba la devocion de las personas que se hallaban en el templo. Una, de señalada virtud, declaró á su confesor que cuando el hermano ALONSO ayudaba á Misa despedia rayos de luz que salian de su rostro y se dirigian hácia el cielo.

La particular devocion que le distinguió por la Vírgen

Santísima, y la eficacia con que siempre recomendó á cuantos hablaba la devocion á esta Señora, le valió tantos favores de la divina recomendada, que prolongaríamos demasiado esta relacion si hubiéramos de consignarlos todos, porque apenas hubo trabajo ni penas en la vida de ALONSO, que fue por cierto bien fecunda de ellos, en que no acudiese presurosa á consolarle y aliviarle la Inmaculada Reina de los Angeles.

En un dia de gran calor fue llamado un Padre de la Compañía para que se llegase al castillo de Belver, situado á corta distancia de Mallorca, á confesar á un enfermo. El P. Matías de Borrasa fue el designado por el Superior, y este eligió á ALONSO para que le acompañase: lo verificó en seguida, á pesar de lo muy molesto que le era el andar, tanto por su debilidad, como por su avanzada edad, y por lo que padecia de las piernas, en las que tuvo constantemente desde muchos años antes hasta su muerte diferentes y dolorosas llagas. Caminaba el Padre delante, aunque despacio, para que ALONSO le pudiera seguir; pero iba este ya tan dolorido y fatigado, inundaba de tal modo el sudor de su rostro y todo su cuerpo, y era tal su angustia, que conoció que le era imposible continuar, y que antes de terminar la cuesta por donde marchaban tendria por lo ménos que descansar un poco para reponer las fuerzas. No queria incomodar al Padre haciéndole detener; no queria tampoco que esta detencion pudiera perjudicar al penitente enfermo que aguardaba al confesor para que curase las dolencias de su alma, y parecíale ademas que era contra obediencia el pedir dispensa de ella ni un momento, cuando era su principio, en absoluto, que se debe morir antes que faltar ni de pensamiento á la obediencia. En este apuro, como en todos, acudió á su constante amparo y protectora María Santísima, que descendió inmediatamente de su celeste trono, y con un finísimo lienzo, enjugó

el rostro de ALONSO, refrescando al mismo tiempo su cuerpo, dando á su atribulada alma deliciosa calma y consuelo, y regenerando sus fuerzas de tal modo, que llegó al castillo de Belver tan ágil y descansado como si acabara de levantarse de un mullido lecho.

Como todo verdadero siervo de Dios, no se contentaba con tener para sí seguras prendas de salvacion eterna, sino que ardientemente las deseaba para el prójimo, y repetidas veces dijo á su confesor que tendria el mayor placer en que, sin ofender á Dios ni perder su amor, le condenase á que su cuerpo sufriera por toda la eternidad los dolores y tormentos del infierno, si haciéndolo redimia de estas penas al género humano. No omitia, pues, diligencia, trabajo ni fatiga que pudiera producir la salvacion de un alma y la mayor gloria de Dios, y no fue escasa su Divina Majestad en proporcionarle tan deliciosas satisfacciones.

Profetizó muchas cosas en diferentes ocasiones, dejando absortos con el resultado á cuantos lo supieron, y precisando á que tuvieran qne reconocer y confesar los incrédulos que la vista del Supremo Hacedor alcanza á todas partes, y que así ve lo pasado y lo presente, como lo que ha de suceder hasta el dia del juicio final.

De muchas profecías, todas cumplidas, podríamos hacer mencion; pero no daríamos con ello mas importancia al tesoro de virtudes y gracias representado por ALONSO. Señalaremos, sin embargo, algunas, para que tambien sean conocidos hechos de esta clase, y queden consignados en su biografía.

Veíase un caballero muy principal de Mallorca perseguido y encausado por falsos testimonios que le habian levantado sus enemigos. Habíase remitido la causa á la corte, y escribíanle de esta dándole muy malas noticias, porque sus enemigos tenian á su favor un alto personage, que

sabia cubrir con tupida gasa la verdad de los hechos y la inocencia del caballero. Era confesor de este el P. Rector del Colegio, al que el caballero habia rogado alguna vez que encargase á ALONSO pidiera á Dios que se descubriese la verdad, y que quedase reconocida su inocencia. No veia llegar este ansiado suceso, y por no molestar al Padre Rector no habia vuelto á producir su peticion con referencia á ALONSO; pero temblando por su honra y su libertad, en vista de las últimas noticias recibidas de la corte, atribulado y angustioso se dirigió al referido P. Rector, su confesor, y le rogó que diera inmediatamente á ALONSO el encargo de interceder con Dios por él, porque sus asuntos iban muy mal. Deseoso el P. Rector de consolar á su penitente, llamó á ALONSO, y en presencia de él repitió el encargo que ya le tenia dado. Contestó ALONSO que ya habia cumplido el mandato, y que lo que restaba que hacer era dar las gracias á Dios por haberle escuchado, que muy pronto cesaria la persecucion, y luciria clara como la luz del dia la inocencia del caballero. Atónito quedó este al escuchar á ALONSO, y apenas podia creer lo que sus oidos percibian; pero tanta fé habia sabido inspirarle la virtud del hermano coadjutor, que desde aquel momento se consideró dichoso, si bien impacientaba su pecho el anhelo por que se realizase cuanto antes la profecía de ALONSO. No se hizo esperar mucho: antes de terminar aquel mes recibió el caballero nuevas de la corte, en las que le participaban que, habiendo muerto el personage que patrocinaba á sus contrarios, comenzaba á verse clara la verdad, y muy pronto luciria mas resplandeciente que nunca su honor y su inocencia. Y así efectivamente sucedió.

Pocos meses despues de este suceso, iba á embarcarse para Cataluña el P. Juan de Aguirre, y fue revelado á ALONSO, por la Vírgen, que la embarcacion primera que

saliese del puerto para aquella costa seria apresada por una escuadrilla de moros con que forzosamente tenia que tropezar en el camino. Suplicó á la Virgen que le permitiera avisárselo al P. Rector, y, obtenida la venia, lo verificó inmediatamente. El P. Rector no dudó un momento en dar el más completo asenso á las palabras de ALONSO; mandó suspender el viaje al P. Aguirre, y la embarcacion que salió no volvió á aparecer ni á saberse nada de ella.

Finalmente, en otra ocasion todo el Colegio se hallaba angustiado y afligidísimo por haber corrido la voz de que el P. Provincial y cuantos le acompañaban habian caido en el poder de los moros, dando mas fuerza á esta noticia el haberse visto á lo lejos unas galeotas moras que remolcaban otro buque desarbolado. ALONSO únicamente estaba tranquilo, lo que chocó á todos, y muy especialmente al P. Rector, que no pudo ménos de significarle su estrañeza, y la admiracion que le causaba el que no tomase parte en la pena de los individuos de la Compañía por la desgracia ocurrida. ALONSO, aunque con el respeto y humildad de que tan esclavo fue siempre, contestó al Padre Rector que su corazon no estaba afligido ni apenado porque no habia motivo para ello, puesto que habia visto arribar con toda felicidad á Barcelona el barco que llevaba al P. Provincial, y habia tambien visto á este y á toda la tripulacion pisar sanos y salvos el puerto. Las noticias que llegaron á los pocos dias confirmaron lo dicho por ALONSO.

Uno de los milagros que mas ruido metió en vida de ALONSO, por la circunstancia de repetirse por espacio de mucho tiempo, fue el conocido en todo Mallorca con el nombre de la *Silla venturosa*.

Mateo Mas, vecino de Mallorca, jóven muy cristiano y piadoso, tenia á su padre enfermo hacia mucho tiempo. Acercábase la época del cumplimiento de Iglesia, y le

aconsejó Mateo llamar á un P. Jesuita para que le confesase, á lo que accedió gustoso el enfermo. Llegose Mateo al Colegio, y en seguida dispuso el Superior que marchase un Padre á confesar al enfermo. El nombrado se hizo seguir de ALONSO, pues era tan apetecida su compañía, que todos le elegian para recrearse con su edificante conversacion. Llegados á la casa, entraron en la habitacion del enfermo: el Padre se puso á desempeñar su sagrado ministerio, y el coadjutor ALONSO se retiró y sentó á la distancia conveniente para que las palabras de la confesion no pudiesen llegar á su oido. Al siguiente dia, el enfermo se agravó de manera que fue terminantemente deshauciado por cuantos médicos le vieron, de los cuales, el que más, le daba tres dias de vida. Desesperanzado, pues, Mateo de poder salvar á su querido padre por los recursos de la ciencia humana, apeló á la divina, poniendo su ardiente fé por intermediaria la santidad de ALONSO. Envolvió á su padre en las ropas de la cama, y le sentó en la silla que ALONSO habia ocupado. Y ¡oh prodigio! con tan asombrosa rapidez comenzó á aliviarse el enfermo, que aquella misma noche fue solo y por su pie á la cama, y al siguiente dia oyó la primera Misa en el Colegio de Padres Jesuitas. La noticia de este patente milagro corrió de casa en casa por todo Mallorca, y llegó á la de un caballero principal, cuya esposa se hallaba en aquel momento de parto; pero se habia presentado este tan mal, que estaban todos convencidos de que se verificaria la muerte antes que el alumbramiento. Oir la noticia del milagro de la silla, y correr veloz como un rayo el esposo de la señora á casa de Mateo Mas, y suplicarle que le prestara la silla, fue obra de un instante, y de pocos más el feliz parto de la señora, despues de que la colocaron en la silla. Sucesos iguales se repitieron infinitas veces, y apenas estaba nunca la silla en casa de su dueño.

D. Jaime Bastard, presbítero y beneficiado de la catedral de Mallorca, padecia una antigua y cruelísima asma, que acababa su vida por momentos, sin encontrar en nada no solo remedio, sino ni alivio alguno. Uno de los hermanos de D. Jaime, que fue luego Jesuita, y que conocia á muchos Padres y hermanos de la Compañía, pudo conseguir que le dieran una escofieta que usaba ALONSO. Se la puso inmediatamente á su hermano, que quedó en seguida tan tranquilo y tan profundamente dormido, que llegaron á creerle muerto. Le despertaron, y aquella propia mañana celebró una Misa en el Colegio en accion de gracias por la merced recibida.

El dia 8 de diciembre de 1587 estalló en Mallorca una tempestad tan horrible, que, aterrados todos los habitantes, corrian á lo más retirado y bajo de las casas, porque el huracan derribaba las chimeneas, cruces y veletas, destrozando muchos pisos superiores. Las Comunidades se reunieron á orar y pedir al Todopoderoso que aplacase su ira; pero la tormenta y sus estragos no disminuian. En tan angustioso estado se dirigió el P. Rector á ALONSO, y le mandó que se adelantase en la tribuna é implorase la gracia del Eterno y de su Santísima Madre en favor de los habitantes de la Isla. Hízolo ALONSO, y á los pocos minutos de estar postrado de rodillas en la tribuna cesó el huracan, se alejó la tempestad, y los rayos del sol más claro y esplendoroso volvieron la paz y la tranquilidad al pecho de los atribulados habitantes de Mallorca.

Á principios del año de 1604 su naturaleza se resintió notablemente: le quitaron todo trabajo, quedando encargado solo de acompañar á los Padres cuando iban á desempeñar sus sagrados ministerios cerca del Colegio. Así continuó seis años, hasta el de 1610, desde el cual ni aun esto pudo ya hacer por sus muchos achaques y gran debilidad. Durante los siete restantes que el Señor le concedió de

vida, fueron muy pocas las veces que salió á la calle, y estuvo completamente relevado de toda clase de cargo y trabajo; sin embargo, los dias que se sentia un poco aliviado, ayudaba á barrer, á fregar los platos y á limpiar las verduras.

Conociendo sin duda Satanás por esta época que la última hora de ALONSO se acercaba, y desesperado de que no pudiese el infierno saborear tan deliciosa alma, comenzó de nuevo sus persecuciones, y como años antes habia hecho, le rodeó de nuevo de los mas halagüeños incentivos para caer en tentacion. ALONSO, siempre constante en la pureza y la virtud, resistió fuerte y heróico á toda clase de tentaciones, é incólume y puro salió tambien de las nuevas é infernales pruebas.

En compensacion de las repugnantes y aflictivas visiones con que le atormentaba Satanás, la Sacrosanta Reina de los cielos le deleitó presentándole diferentes veces á sus hermanas Juliana y Antonia rodeadas de gloria: le mostró una procesion de ángeles formada para recibir al P. Bartolomé Coc, cuando este estaba espirando, y le enseñó, gozando de las dichas celestiales, las almas del P. Juan Rico, y las de los hermanos, sus íntimos amigos, Diego Ruiz y Marco Antonio Puchdorfila.

Entre tormentos y consuelos, penas y alegrías, pasó, cayendo y levantado, hasta fin de mayo de 1617, en que se metió en cama para no volver á levantarse. Cinco meses permaneció en ella, tres sin moverse de un lado, sufriendo horrorosamente, aunque con la mayor paciencia y santa resignacion, los acerbos dolores producidos por las infinitas llagas que comian sus carnes. Ocho dias antes de morir recibió con la mayor alegría y complacencia la Extremauncion, despues de la cual comulgó todavía dos veces. Tres dias antes de morir desaparecieron todos los dolores, y su rostro comenzó á hermosearse de una manera notable,

permaneciendo como absorto sin atender á nada, ni contestar á los que le hacian alguna pregunta. Conservaba dia y noche los ojos cerrados, y si alguna vez los abria, paseaba un instante su vista mirando con inefable contento á todos los que se hallaban presentes, y los volvia á cerrar en seguida.

A la madrugada del dia 31 de octubre de 1617 se presentó el estertor, síntoma de la agonía. Corrió la voz por el Colegio, y todos los individuos de él se apresuraron á rodear el lecho de ALONSO, echando sobre sus manos y cuello los rosarios, para conservarlos como una preciosa reliquia. A la media hora de haberse presentado la agonía abrió los ojos, miró con singular cariño á todos, se fijó en seguida en un Crucifijo que habia en la pared, y pronunciando el dulce nombre de Jesus, le entregó su alma á los 86 años, 3 meses y 5 dias de su edad.

Así que cundió por Mallorca la noticia del fallecimiento del hermano ALONSO, fue notabilísima la conmocion de toda la ciudad, y era admirable ver la honra que al cadáver de un humilde coadjutor de la Compañía de Jesus, que en vida no tuvo ni letras ni autoridad alguna, le dispensaba á porfía todo el estado eclesiástico, y desde el Virey hasta el más ínfimo del pueblo. Tanta gente acudió á tocar rosarios y cruces al cuerpo de ALONSO, que no bastando para tomar y devolver estas prendas los Padres del Colegio, fue necesario que los ayudasen algunos Religiosos de Santo Domingo.

No es de pasar en silencio lo que ocurrió con un clérigo, antes de sacar el cadáver de ALONSO de la iglesia. Hallábase contemplando el afan y devocion con que toda clase de personas se apresuraba á besar los pies y manos del difunto, y murmuraba afeando que ante el cuerpo de un lego hincasen la rodilla y le besasen las manos los sacerdotes; más viendo que todos lo hacian, y no atreviéndose á llamar sobre

sí la atencion, y tal vez una pronunciada enemistad, se hincó de rodillas tambien, aunque disgustado, y resuelto á besar el Crucifijo que el difunto tenia entre sus manos, y de ningun modo las manos de este. Así lo verificó, y en el instante mismo hirió su vista un gran resplandor, que dejándole deslumbrado le hizo balancear, y hubiera caido al suelo si no le hubieran sostenido algunas de las personas que se hallaban á su lado. En este estado le presentó Dios á ALONSO rodeado de gloria, oyendo al propio tiempo las celestiales voces de los ángeles que entonaban himnos de alegría por la entrada de ALONSO en el reino de los cielos. Esta vision produjo tal efecto en el corazon del clérigo, que pidiendo perdon á Dios por su soberbia momentánea, humilde besó las manos y los pies del cadáver, y no se separó de él hasta que le retiraron de la iglesia. Hizo pintar en una tabla esta vision, y decia públicamente, despues de mucho tiempo, que á ella creia iba á ser deudor de la salvacion de su alma, y que los mejores ratos que tenia eran los que pasaba en santa contemplacion delante de la pintura, ú orando arrodillado junto al sepulcro de ALONSO.

Las exequias se hicieron con una solemnidad inusitada, asistiendo todas las Comunidades religiosas, cabildos, nobleza, y un inmenso número de pueblo. Duraron los nocturnos hasta pasadas las nueve de la noche, sin que la gente permitiera dar sepultura al cuerpo, y para verificarlo hubo necesidad de correr la voz de que no se le enterraba hasta el dia siguiente. Creido esto, fue despejándose la iglesia, y á la media noche quedó enterrado el cadáver en una pequeña bóveda, al lado del Evangelio del altar, en la capilla de la Vírgen, de quien tan devoto y favorecido fue ALONSO durante su vida.

Diferentes milagros sucedieron en el mismo dia de su muerte, y consignaremos los dos que más presentes quedaron por mucho tiempo.

Una mujer poco devota, y de condicion altiva y voluntariosa, habia encargado á su marido que la trajera un corpiño ó ajustador que tenia mandado hacer. El marido, hombre muy devoto y admirador de ALONSO, supo al salir de su casa la muerte de este, y que su cadáver estaba espuesto en la iglesia, y como el que le dió la noticia y otros muchos corrió al templo á tocar su rosario al cuerpo del virtuoso Jesuita. La afluencia de gentes le obligó á emplear más de dos horas en aguardar antes de poder conseguir su deseo. Regresó por consiguiente á su casa mucho más tarde de lo que habia dicho á su mujer, y de lo que la impaciencia dc esta deseaba. Preguntole dura y bruscamente el motivo de su tardanza, y manifestole la verdad el marido, en la persuasion de que causa tan justa templaria la cólera de su mujer; pero esta, muy lejos de moderar su insana rabia, llegó á permitirse decir que ella era primero que ver un muerto y buscar una reliquia que para nada serviria; y tomando groseramente de las manos de su marido el corpiño le colocó en su cuerpo; pero en el acto de tratar de abrocharlo, sus pechos tomaron un tamaño estraordinario, se endurecieron como si fuesen los de una estatua de mármol, y se fijaron en ellos unos dolores tan agudos, que la hacian prorumpir en los más desgarradores gritos. Diferentes médicos fueron llamados en seguida; pero cuanto dispusieron fue inútil: los dolores acrecian, y la mujer estaba próxima á sucumbir. En este estado acércase á ella su marido y la aconseja que pida perdon á Dios y á ALONSO, y suplique á este interceda en su favor. Tocada la mujer en el corazon por las palabras del marido, pide á este el rosario que habia tocado al cuerpo de ALONSO, se le pone sobre los pechos, y contrita y fervorosa implora la misericordia divina por intercesion de ALONSO. Los dolores no fueron mitigándose, sino que desaparecieron instantáneamente, los pechos volvieron al tamaño y flexibilidad natu-

ral, y la mujer se encontró en seguida tan buena y sana como cuando su marido salió de casa en busca del corpiño.

El otro milagro no menos notable tuvo lugar á pocos pasos del Colegio, y á la caida de la tarde del dia igualmente del fallecimiento de ALONSO.

Salian de la iglesia, despues de orar delante del cadáver, de haber besado sus manos y sus pies, y haber tocado á unas y otros sus rosarios, la virtuosa y devota doncella Gerónima Sumier y su madre: la calle por que iban estaba casi cuajada de la gente, ya que salia, ya que se dirigia al templo del Colegio: venia por una calle inmediata un carro, cuyas mulas, espantadas con la mucha gente que las rodeaba, no podia ya contener el carretero, y al dar vuelta á la esquina Gerónima con su madre, se encontró la primera frente á las mulas, sin tener recurso ninguno para evitar el ser victima de ellas. Un grito general de espanto lanzaron todos los que veian la desesperada situacion de la jóven; pero por cima de aquel unánime y aterrador grito se elevó la dulce y suplicante voz de Gerónima, esclamando: «¡ALONSO, *sálvame!*» Las mulas derribaron y hollaron su cuerpo, y una rueda pasó por encima de él, destrozando toda su ropa esterior é interior; pero en su cuerpo ni la más leve señal quedó de las pisadas de las mulas ni de las ruedas del carro. Se levantó Gerónima del suelo como si nada la hubiera sucedido, y sin el menor dolor ni molestia continuó andando en medio de la multitud, que atónita y asombrada la acompañó hasta su casa.

Constante fue muchísimo tiempo la concurrencia de fieles en la capilla que guardaba el cuerpo de ALONSO, é inmenso el número de Misas que diariamente se mandaban decir en ella, y las novenas que se hacian. Las paredes se cubrieron en muy pocos dias de ofrendas y tablas de milagros, y todo el afan de los devotos de ALONSO era que se colocase su retrato en la capilla, á lo que se oponian por

modestia del Colegio el Rector y demas Padres de él. Pero insistiendo en su propósito los solicitantes, se dirigieron al Illmo. Sr. D. Fray Simon Bausa, Obispo á la sazon de Mallorca, el cual otorgó en seguida la licencia, y en su virtud los Doctores D. Pedro Onofre Veri y D. Gerónimo Dezcallar, canónigos de la Santa Iglesia de Mallorca, acompañados de algunos caballeros devotos del hermano ALONSO, pusieron su retrato en la capilla antes de pasados seis meses de su dichoso tránsito.

Informado el papa Urbano VIII de las raras virtudes y contínuos milagros que Dios obraba por medio del venerable hermano ALONSO RODRIGUEZ, y deseoso de ponerle en el catálogo de los Santos, espidió en la acostumbrada forma el rótulo en órden á su beatificacion, el cual fue recibido en Mallorca y en Segovia con grandes fiestas y regocijos en el año de 1627. Clemente XIII aprobó las virtudes en grado heróico de este venerable hermano en 25 de mayo del 1760, y en el de 1825 Leon XII elevó á Beato al bienaventurado ALONSO RODRIGUEZ.

DIA 19.

San Gervasio y San Protasio, Mártires, *Milaneses*, y

SAN LAMBERTO, MÁRTIR, ESPAÑOL.

Representando á los Emperadores Diocleciano y Maximiano, y encargado por ellos de perseguir y acabar con los cristianos, se halla en España el Presidente Daciano, á fines del siglo III. Uno de los artículos de los aterradores y sanguinarios decretos que dió, prevenia que todo el que tuviese algun sirviente, libre ó esclavo, cristiano, lo presentase inmediatamente para que renegara públicamente de la fé, ó fuese muerto. LAMBERTO era esclavo, en Zaragoza, de un rico idólatra, que le ocupaba en los trabajos del campo. Obediente el idólatra á los mandatos de Da-

ciano, en nombre y representacion de sus Emperadores, fue á buscar á su esclavo LAMBERTO, que se hallaba segando, y le comunicó el decreto que se acababa de publicar, exhortándolo á que renegase. LAMBERTO le manifestó, que lo primero para él era la ley de Dios, y que no negaria ni disimularia que era cristiano si se presentaba en el tribunal. LAMBERTO era muy inteligente labrador, y sus servicios eran de grande utilidad á su amo: temió este perder tan buen servidor si se presentaba al juez y confesaba su religion, y para impedirlo se valió de cuantos recursos le sugirió su imaginacion, haciendo á LAMBERTO las proposiciones más beneficiosas y las promesas más seductoras; pero todo lo despreció el fiel cristiano, diciendo á su amo que se cansaba en valde, pues aunque le dieran el cetro de Emperador no se apartaria ni un instante de los preceptos del Evangelio. Resolucion tan firme irritó hasta lo sumo al amo, que persuadido ya de que no podria conservar á su inteligente esclavo, quiso ahorrar trabajo á los verdugos, y desenvainando el acero él mismo cortó la cabeza á su esclavo LAMBERTO.

Tuvo lugar este hecho hácia los años del Señor de 300, poco más ó ménos, y en este dia 19 de junio, en el cual comenzó á celebrar la fiesta de su glorioso Mártir la Iglesia de Zaragoza.

DIA 20.

San Silverio, Papa y Martir, *Romano*, y

SANTA FLORENTINA, VÍRGEN, ESPAÑOLA.

Severiano, caballero de ilustre linage y abundantes bienes de fortuna, vecino de la ciudad marítima de Cartagena, correspondiente á la provincia de Murcia, fue el venturoso padre de los llamados cuatro Santos de Cartagena,

Leandro, Fulgencio, Isidoro y FLORENTINA. Tanto el padre como los cuatro hijos profesaban la Religion cristiana; pero la madre, á quien unos llaman Turtura y otros Teodora, sin poderse asegurar cuál de estos nombres llevaba, ó si tenia otro, como descendiente de godos profesabá las ideas de Arrio. Las doctrinas religiosas del padre y de los hijos escitaron la saña de Leovigildo, Monarca reinante á la sazon, decidido partidario y protector de la heregía arriana, y Severiano con toda su familia fue desterrado de Cartagena. La madre, como arriana, pudo quedarse en su pais natal; pero no solo prefirió á ello el seguir á su marido y á sus hijos, sino que ingresó en el gremio del cristianismo, aceptando por completo la doctrina de Jesus. De modo, que el destierro que se presentó como una desgracia, se convirtió en dicha, pues llevó al seno de aquella familia la paz y armonia que le proporcionaba la Religion cristiana, cuyos dulces y consoladores preceptos todos ya seguian.

La infancia de FLORENTINA fue en un todo igual á la de sus admirables y gloriosos hermanos, porque sin duda el Señor quiso elegir esta familia para contener los males que rápidos propagaba la heregía, y colocó en las filas avanzadas del cristianismo á los cuatro heróicos hermanos, refulgentes antorchas de la verdadera luz del Evangelio.

Muertos en Sevilla prematuramente los padres de estos Santos, á causa de los disgustos y trabajos materiales del destierro, se encargó Leandro, que era el mayor de los cuatro, del cuidado de los otros tres, y en especial de FLORENTINA, porque su sexo, además de su tierna edad, la constituian en el ser más débil de la familia. Con tan amoroso, aprovechado y santo maestro, y con la predisposicion natural de que Dios habia dotado á la discípula, bien pronto fue un modelo de virtudes, admirando con ellas á cuantos la trataban, y con una instruccion además, tanto

más sorprendente en aquellos tiempos, cuanto que carecian de ella la inmensa mayoría de los hombres.

La belleza, virtud y talento de FLORENTINA, fijaron las miradas y los pensamientos de los más ilustres jóvenes de Sevilla y de sus familias, deseosas de contar en su seno tan admirable jóven; pero aunque varios se la pidieron en matrimonio á sus hermanos, constantemente negó FLORENTINA su consentimiento, agradeciendo las distinciones de que era objeto, pero manifestando que queria consagrarse solo á Dios. Gozosos sus hermanos aprobaron tan santa determinacion, y practicaron inmediatamente las diligencias necesarias para que se realizasen los deseos de su hermana de retirarse por completo del siglo, lo cual verificó sin tardanza, entrando Religiosa en un Monasterio de San Benito, situado en las afueras de la ciudad de Ecija, á orilla del rio Genil, sitio conocido por *Nuestra Señora del Valle.*

Apenas cundió la nueva por España, muchas doncellas nobles, animadas con el ejemplo de FLORENTINA, acudieron á ella para que las recibiese en su compañía, y á tal número llegaron en breve tiempo las pretendientas, que se se vió precisado el Ordinario de Ecija, bajo cuya direccion vivian, á fundar otro Monasterio en la misma ciudad, para satisfacer los deseos de tantas jóvenes atraidas por la fama de santidad de FLORENTINA. Pero no bastando aun los dos Monasterios, San Leandro, amplificador del Instituto, acudió con gruesas sumas para otras fundaciones, imitándole en seguida sus hermanos San Fulgencio y San Isidoro, y hasta el Rey. Llegó FLORENTINA á alcanzar cuarenta Monasterios, en los que vivian más de mil Religiosas con subordinacion al principal de Ecija, y á la Santa como á Prelada general de todos ellos.

«No es decible el gozo de SANTA FLORENTINA al ver cumplidos sus deseos, y que se hallaba ya desembarazada de todos los estorbos para consagrarse del todo á Dios. Dábale continuas gracias por haberla elegido por su esposa, y á fin de corresponder por su parte agradeciendo tal fineza, soltaba las riendas á su espíritu, entregándose á todas las obras que conocia ser de su mayor agrado, y haciendo una vida tan ejemplar, que más parecia de ángel que de humana criatura. Para radicarla más en la vida espiritual, la envió su hermano San Leandro un libro que compuso, cuyo objeto es hacer patente el desengaño de todo lo caduco y perecedero, haciendo ver cuán despreciables son las riquezas y vanidades del mundo miradas á buena luz, y que todo cuanto ofrece á la vista con apariencia de gusto y deleite es una falsa y momentánea imágen de felicidad. Tambien compuso el Santo y la envió otro libro ó tratado acerca *de la institucion de las Vírgenes,* en el que la anima á la perseverancia de la vida monástica, con admirables elogios de la pureza virginal, manifestando, que los que por castidad perpétua se consagran á Dios, pasan al estado de ángeles, aun viviendo y conversando entre los hombres. En la misma obra puso el Santo una fórmula ó modo de vivir arreglado á la regla del Patriarca San Benito; pero añadiendo ó quitando algunas particularidades que le parecieron convenientes al tiempo y á la ocasion, quedando, no obstante, austerísima, hasta que algunos años despues la mitigó San Isidoro. Algunas de aquellas reglas son las siguientes: Total incomunicacion con los seglares: clausura tan rigurosa, que solo con el cargo de Fundadoras podian salir á otros Conventos, y esto con facultad del Obispo: pobreza absoluta, sin propiedad ninguna, vistiéndose y sustentándose todas del comun: vestido de lana pobre y burdo: abstinencia perpétua de carnes, vino y toda clase de licores: ayunos rigurosos, y siempre escasísima racion: disciplinas diarias:

oracion tambien diaria y larga: lecturas en Comunidad de libros devotos, ocupándose al mismo tiempo en alguna labor, y la ociosidad completamente desterrada.»

Su hermano Isidoro, Arzobispo ya de Sevilla, la envió tambien los dos preciosos libros que escribió para ella; el uno acerca de la Vida, Pasion y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y el otro sobre la vocacion de las gentes.

Con su natural virtud y santidad, y con las potentes armas que le proporcionaban sus hermanos, llegó la Abadesa FLORENTINA al más alto grado de perfeccion, cuyo ejemplo era seguido constantemente por las numerosas jóvenes á quienes puso en la verdadera senda del Paraiso.

Vida tan eminentemente santa, fue recompensada en el mundo con los grandes goces que Dios proporcionó á su virginal y rendida sierva, poniendo á sus tres amados hermanos en la cumbre de la perfeccion humana, honrados, queridos y respetados universalmente.

Sin descuidar ni un dia, ni una hora, el cuidado de sus subordinadas, continuó la Santa Abadesa su salvadora mision, hasta que el Señor la llamó á su seno para darla el celeste premio por sus admirables virtudes.

No se conoce con fijeza la fecha de la muerte de SANTA FLORENTINA. Unos la colocan en 14 de marzo, otros en 20 de junio y otros en 1.° de setiembre del año 633: nuestro Calendario la pone en 20 de junio, al que seguimos por no tener datos más valederos en contrario. Su santo cadáver fue sepultado en el Monasterio de Nuestra Señora del Valle de la ciudad de Écija, donde permaneció hasta la invasion de los moros. Los cristianos, amenazados del feroz acero sarraceno, al abandonar á Écija se llevaron el cuerpo de la SANTA FLORENTINA y de su hermano San Fulgencio á las montañas de Guadalupe, escondiéndolos cerca de la villa de Berzocana, á la que se trasladaron despues,

reinando D. Alfonso XI. Deseosa Cartagena de poseer alguna parte de las reliquias de sus Santos, recurrió suplicando esta gracia al Rey D. Felipe II, por cuyo mandado se sacaron en 1593 algunos huesos de los mayores, destinando la mitad al Monasterio del Escorial y la otra mitad á Cartagena.

DIA 21.

San Luis Gonzaga, Confesor, *Piamontés*, y San Eusebio, Obispo, *Sirio.*

SAN INOCENCIO, OBISPO, ESPAÑOL.

Pocas noticias encontramos de este santo Obispo de Mérida. Al ocuparse de él el escritor Pablo, diácono, en su libro de las *Vidas y prodigios de los Padres* que florecieron en aquella ilustre ciudad, es tan parco, que solo nos dice: «que despues de la muerte del venerable Masona, sucedió en aquella episcopal un varon de suma sinceridad y de una humildad profundísima, llamado INOCENCIO, nombre verdaderamente espresivo de la justificacion de su conducta, pues siempre se manifestó inocente en todas sus acciones y sus palabras. Así lo manifestó el Señor con los repetidos milagros que se dignó obrar por la poderosa intercesion de tan insigne Prelado, especialmente en la escasez de lluvias, en cuyos casos, cuando concurrian los fieles acompañados de él á las Basílicas de los Santos á implorar la Divina Misericordia, alcanzaba INOCENCIO el apetecido beneficio, sin que quedase alguna duda de que era debido á las fervorosas oraciones y á las abundantes lágrimas del humildísimo y sencillo Obispo, que lleno de virtudes murió en grande opinion de santidad. Su cuerpo fue depositado en una capilla poco distante de la insigne Virgen Santa Eulalia de Mérida, con los cuerpos de San Renovato, de San Félix y Masona, donde concurrian los fieles á venerar

los sepulcros de estos ilustrísimos Prelados; pero se perdió la memoria de este lugar venerable con motivo de la ocupacion de Mérida por los agarenos en la irrupcion que hicieron en España. Recuperada aquella ciudad del poder de los bárbaros, se hallaron las reliquias de los dichos con las de otros Santos en el templo de Santa Eulalia, en tiempo de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel, las cuales se colocaron en un precioso relicario junto al altar mayor, donde se les tributa el culto correspondiente, y se celebra la fiesta de su traslacion en la dominica cuarta de la Cuaresma.»

DIA 22.

San Paulino, Obispo, *Francés*; San Acacio, *Armenio*, y 10,000 compañeros, Mártires.

DIA 23.

San Juan, Presbitero y Mártir, *Italiano*.

DIA 24.

La Nativida de San Juan Bautista en Judea, y

SAN JUAN PORTUENSE, ERMITAÑO, ESPAÑOL.

Como de varios que preceden, carecemos tambien de noticias detalladas acerca de este Santo, debido tanto á la escasez de escritores que hubo en los primeros siglos de la Iglesia, como á la pérdida de los manuscritos que se conservaban en las iglesias, que perecieron con ellas durante la dominacion de los sarracenos.

San JUAN PORTUENSE nació á principios del siglo IX, en un pueblo de Galicia, del que no nos han legado el nombre los historiadores. Le educaron sus padres con esmero, inculcando en su mente los preceptos de la Santa Religion de Jesucristo que ellos profesaban; y practicando con ad-

mirable perfeccion todas las virtudes, llegó á la edad juvenil sin separarse de su familia.

Dominaban por entonces en España los sectarios de Mahoma, y las costumbres de los cristianos comenzaban á resentirse del mal ejemplo, tomando la impureza crecidos vuelos, y conociendo JUAN los inumerables peligros de que estaba rodeado un corazon juvenil, y sin esperiencia de los hombres y las cosas, determinó huir de la sociedad y conservar su pura alma para consagrarse solo á la contemplacion de lo divino. Con este animo, pues, salió una noche secretamente de su casa, se dirigió á las montañas, y eligió de ellas el punto mas solitario y fragoso, tomando por morada, para el resto de su vida, una pequeña cueva que en aquel sitio encontró. Dedicado á la oracion y á las más rigidas penitencias, y sin tomar otro alimento que raices, yerbas y agua, pasó en aquel sitio cuarenta y dos años, al cabo de los cuales descansó en el Señor el dia 24 de junio del año 876. Su santo cadáver fúe recogido por sus devotos, conservándose despues completo, incorrupto y exhalando suavísima fragancia.

En muchos pueblos de Galicia y Portugal tienen gran devocion á este Santo ermitaño, cuyo favor y proteccion invocan en sus males y desgracias, habiendo los fieles devotos esperimentado muchas veces grandes beneficios, remedios y consuelos por su intercesion.

DIA 25.

Santa Orosia, Vírgen y Mártir, *de Bohemia;* San Guillermo, Confesor, *Piamontés;* San Eloy, Obispo, *Frances,* y

SAN FELICES, CONFESOR, ESPAÑOL.

Con respecto á este Santo, dice Petano y Mazariegos:

«Debemos á San Braulio las noticias de este Santo, y

son las siguientes:—En un pueblo antiguo de la Rioja llamado Bilibio, vivia, en el siglo V, FELIX, varon muy esclarecido en santidad y doctrina, dado por Dios para que fuese luz y consuelo de la Rioja en aquellos tiempos turbados y calamitosos en que comenzaba á sentir España el yugo de los bárbaros que se habian apoderado de ella. Por testimonio del mismo San Braulio consta que ya era pública la santidad de FELIX, cuando San Millan, á los veinte años de edad, fue llamado de Dios á la perfeccion cristiana por los años 493. Tuvo Millan noticia de que en el Castillo Bilibio vivia FELIX, ermitaño de muy santa vida, y deseoso de emprender con su ejemplo y direccion el camino de la virtud, le buscó y se sometió á él para que le enseñase á salvarse. Con las lecciones de tan buen maestro, instruido Millan en la ciencia de los Santos, alentado para correr por la senda angosta, lleno de riquezas del cielo, volvió á su patria. Esta es la memoria que Braulio dejó de nuestro SAN FELIX, cuyas virtudes no dibujó con más estension por no ser éste el objeto de su escrito; pero en el provecho que á San Millan hizo su compañía, se ve como un bosquejo de lo que era su Santo director. No se sabe fijamente el año en que murió SAN FELIX: su muerte fue en el castillo de Bilibio, en cuyo oratorio lo sepultaron, y se conservó venerado de aquellos naturales hasta el año 1090.

»La agregacion de Bilibio y sus montes á la villa de Haro, que se hizo por donacion del Rey Don Alonso en el año de 1225, dió motivo á que se pensase en trasladar las reliquias de SAN FELIX al Monasterio de San Millan. Este mismo pensamiento habia tenido ya el Rey D. García para trasladar el Santo cuerpo al Monasterio de Nájera, y dió la comision á García, Obispo de Alava; pero al primer golpe que dió para abrir el sepulcro, fue apartado de él con una fuerza oculta, y quedó con la boca torcida: siguióse una

récia tempestad, que le hizo desistir al Obispo de su empeño.

»Son muchos los prodigios que ha obrado el Señor por intercesion de su siervo SAN FELICES, los cuales han contribuido al singular culto y veneracion en que son tenidas sus sagradas reliquias. Hallábanse estas junto al cuerpo de San Millan, en una arca de plata rodeada de piedras de cristal y de otras muy preciosas, segun el gusto del tiempo en que se hizo.

»El dia 25 de junio del año 1607 fue trasladada á la iglesia parroquial de Santo Tomás, Apóstol, de la villa de Haro, una insigne reliquia de SAN FELICES y colocada en el altar dedicado á su nombre. En este mismo le celebra solemne fiesta aquella villa como á su Santo Patrono.»

DIA 26.

San Juan y San Pablo, hermanos, Mártires, *Romanos*.

SAN PELAYO, MARTIR, ESPAÑOL.

Corria el año de Nuestro Señor Jesucristo 921, y dueños los mahometanos de la mayor parte de España, suspiraban por el resto, robando y talando los pueblos de cristianos fronterizos á los dominados por ellos, y no omitiendo medio alguno de vejar y atormentar á sus habitantes. Reinaba en Córdoba Abderramen, tercero de este nombre, y sus soldados recorrian sin interrupcion las tierras de los cristianos cometiendo toda clase de crímenes. D. Ordoño II, Rey de Leon y Asturias, y D. Sancho I, de Navarra, cansados de sufrir tan constantes vejaciones, se pusieron de acuerdo y determinaron juntar sus fuerzas y tratar de poner dique á los atropellos de los musulmanes. Reunieron, pues, un pequeño ejército y salieron en persecucion de las partidas dedicadas á molestar y robar á los cristianos. Favorable fue la fortuna á estos en los primeros encuentros;

pero levantaron los moros un numeroso ejército, que alcanzó al de los cristianos cerca de la Junquera, derrotándole casi completamente, y haciendo muchos prisioneros, siendo de este número los esclarecidos Obispos Hermoigio, de Tuy, y Dulcidio, de Salamanca, que con el más valeroso celo por el bien de la cristiandad habian seguido al ejército de Ordoño y D. Sancho, y que fueron conducidos á Córdoba con los demas compañeros de infortunio.

El Obispo Hermoigio, natural de Tuy, tenia en esta poblacion la mayor parte de su noble y rica familia, que se cubrió de luto y triste duelo al saber la desgracia de su pariente. Pero queriendo hacer por él algo más que verter lágrimas, determinó que uno de los hermanos del Obispo pasara á Córdoba bien provisto de oro, para comprar á cualquier precio su rescate. Sin perder tiempo se puso en camino el hermano, acompañado de varios criados, y llevando consigo á un hijo, llamado PELAYO, segun la mayor parte de los autores, aunque tambien se le da en la historia el nombre de *Pelagio* y de *Payo*.

Fue PELAYO desde la infancia una criatura admirable por su singular hermosura, que hacian más recomendable las relevantes dotes que le distinguian. Era la personificacion de la dulzura, de la paciencia, de la humildad, y tan amante de la Religion cristiana, en que fue criado, que desde muy tierno infante aprendió todos los rezos, himnos y cánticos que usaban los cristianos entonces, sin que se le pasase ni un solo dia sin practicarlos.

Llegados á Córdoba, comenzó el hermano del Obispo Hermoigio las gestiones para lograr el rescate de este; pero el Rey moro no quiso solo dinero en cambio de la libertad del Obispo; exigió además de la suma en que convinieron, la devolucion de varios vasallos suyos que tenian prisioneros los cristianos en diferentes puntos. Accedieron el Obispo y su hermano, comprometiéndose á librar

á lós moros designados por el Rey, dejando en rehenes hasta que estos llegasen á Córdoba al niño PELAYO, que contaba entonces poco más de diez años de edad. Partieron el padre y el tio, y quedó prisionero en Córdoba PELAYO, lleno de gozo, aunque sumido en una prision, por ser útil á su querido tio y venerado Obispo.

Elevando de contínuo tiernas preces al cielo, y entonando religiosos y sentidos cánticos de alabanza á Dios, á la Vírgen y á los Santos, pasaba los dias en su triste prision, deseando, sí, volver al seno de su querida familia; pero sin impacientarse por la tardanza, aunque iba prolongándose demasiado.

Más de tres años habian trascurrido desde la partida de su padre y tio, sin haber vuelto á tener noticia de ellos, y sin el más leve consuelo ni auxilio humano, cuando con motivo de un reconocimiento que hicieron en las prisiones, fue visto PELAYO por algunos inmediatos servidores del Rey, que quedaron altamente sorprendidos de la estraordinaria belleza de aquel niño. Habláronle, y su admiracion se redobló al oirle espresarse con un juicio y prudencia que era imposible poder esperar en tan temprana edad, y de la cual llevaba pasada una buena parte en un encierro, sin comunicarse más que con gentes groseras é insociales.

Tan encantados de la belleza y talento del niño PELAYO quedaron los moros, que aquel mismo dia hicieron conversacion de él en Palacio, y habiendo llegado á noticia del Rey, mandó que llevasen á su presencia el cautivo, pues queria ver aquello que llamaban maravilla de hermosura.

Fueron inmediatamente en busca de PELAYO, le llevaron vestidos para reemplazar á los que hacia más de tres años usaba sin remudar, le lavaron y asearon, quedando el niño de tan perfecta belleza, como no habia visto jamás ninguno de los que admirados le contemplaban.

Notablemente se sorprendió tambien al verle el Rey,

que le recibió estando comiendo. Le acercó cariñoso á sí, le dió á probar algunos manjares, quedando tan prendado del jóven, que no disimuló los torpes deseos que inflamaban en aquel momento su corazon. Para ganar, pues, el afecto de PELAYO, le dijo con la mayor dulzura y amabilidad:

«Chico, serás lleno de honras si negando á Cristo reconocíeres á Mahoma como verdadero profeta. Ya ves cuánta es la grandeza y opulencia de nuestro reino. Yo te colmaré de riquezas, oro, plata, galas y joyas. Tú escogerás á quien mejor te parezca de mi casa para que te sirva. Tendrás casas en que vivir, caballos para pasearte y delicias de que gozar. Además de esto, sacaré de la cárcel á los que tú quisieres, y si gustas traer á tus padres á esta ciudad, serán llenos de honores.

»Todo eso ¡ah Rey! es nada, dijo PELAYO. Yo soy cristiano, lo fuí, y lo seré: nunca negaré á Cristo, pues cuanto prometes se acaba, y Cristo, á quien yo adoro, no tiene fin, como no tiene principio; pues con el Padre y el Espíritu Santo es un Dios único y verdadero, que nos crió de nada, y todo lo mantiene y gobierna con su poder.

»Mientras tanto, se acercó el Rey al hermoso jóven, y queriéndole tocar deshonestamente, dijo el Santo: *Quita, perro*: ¿Juzgas que soy yo alguno de tus afeminados? A este tiempo rompió el vestido que le habian puesto, declarándose luchador en la palestra, y resuelto á morir gloriosamente por Cristo antes que vivir torpemente con el diablo entre inmundicias.

»Creyó el Rey que esto seria alguna fogosidad de muchacho, y que luego se pasaria; por lo que le entregó á sus confidentes, para que blandamente le fuesen persuadiendo á que negase á Cristo y abrazase la pompa de las reales promesas. Pero fortalecido desde lo alto el castísimo jóven,

despreció cuanto acá abajo podia lisongear el sentido, mostrándose cada dia más firme en confesar á Jesucristo, y que eternamente le daria culto.

»Viéndose el Rey despreciado por el niño, y que todo su poder y arte no podia contrarrestar aquella fortaleza, mudado el amor en indignacion, esclamó irritado de furor: «Colgadle en las garruchas de hierro, levantándole y ba- »jándole de arriba á bajo tenazmente, hasta que, ó niegue »á Cristo, ó arroje el alma del cuerpo.» Con la irritacion del Rey, prontamente se irritaron todos, y pusieron por obra la sentencia. Sufrió el valeroso confesor aquel duro tormento, con ánimo invariable é intrépido, dispuesto á mayores penas, hasta asegurar la última de dar la sangre y vida por Jesucristo.

»Esta constancia del invencible mártir estimuló al Rey á la última venganza, mandando cruelmente que le hiciesen tajadas y arrojasen los trozos en el rio. Obedecieron los inhumanos ministros la bárbara sentencia, cumpliéndola con espantosa crueldad. Cortaban las purísimas carnes del inocente niño con tal ahinco y complacencia, como si fueran á disponer un banquete de esquisitos manjares; y realmente cada partícula de aquella tierna víctima era un sacrificio sumamente agradable á los cielos, sazonado con mil gracias del Espíritu Santo.

»Entre tan crueles tormentos perseveraba intrépido el invencible confesor de Cristo, derramando su sangre por el que redimió al mundo con la suya. Clamaba pidiendo á Dios que le librase de manos de los enemigos: y habia valor en el verdugo para descargar la espada sobre las manos que levantaba hacia el cielo el inocente niño. Imploraba este al mismo por quien sufria tan escesivas penas: continuaba el verdugo con el rigor; perseveraba el mártir en sufrir: imploraba al Señor: prometíale y llamábale al cielo para la corona; y cortándole el verdugo la

cabeza, subió el espíritu á ser coronado entre los ángeles con guirnaldas de Virgen y de Mártir. Empezó el sangriento combate á la *hora sétima* y acabó á la *décima* (que contando desde salir el sol por San Juan, corresponde desde nuestra una y media á dos y media), dia de domingo 26 de junio, año 925, siendo el niño de trece años y medio.

»Cumplieron los ministros la sentencia de arrojarle en el rio; pero los cristianos afinaron su devocion en buscar las santísimas reliquias, á que dieron honorífica sepultura, colocando la cabeza en la iglesia de San Cipriano y el resto en la de San Ginés.»

En el año de 967 fueron llevadas á Leon las santas reliquias de SAN PELAYO, y depositadas en la iglesia de un Convento de Monjas de San Benito, que dedicó al nombre de SAN PELAYO el Rey D. Ramiro III, donde permanecieron hasta el año de 1053, en el cual se llevaron para definitiva y perpétua estancia á la ciudad de Oviedo, colocándolas con gran pompa y festejos en la santa y apostólica iglesia Catedral.

La memoria del Mártir SAN PELAYO es muy honrada y venerada en España, especialmente en Castilla y Galicia, donde ha habido muchos templos, y todavia se conservan algunos bajo su advocacion. Las actas de este glorioso martirio se conservan en el Monasterio del Escorial, y hay copias en Toledo y Tuy.

Se cree por tradicion seguida constantemente en la comarca de Tuy, que el terreno donde estuvo el Monasterio de Religiosas Benitas, titulado de San Payo, en Albeos, á una legua de Creciente, y seis de la ciudad, era de la propiedad de la familia del Mártir SAN PELAYO, y que en la Bancallosa del Valle de Miñor estuvo la casa solariega del Santo.

SAN HERMOIGIO, OBISPO Y CONFESOR, ESPAÑOL.

En este mismo dia es la conmemoracion del Obispo SAN HERMOIGIO, tio, como hemos dicho, del Mártir San Pelayo, de quien acabamos de hablar: fue tambien natural de Tuy, y siendo de la misma familia, por demás está el decir que fue noble y rico. Nada se sabe de sus primeros años, pues la primera mencion que hace de él la historia es en el año 915. El Rey de Leon y de Asturias, Don Ordoño II, habia cedido á HERMOIGIO un terreno á legua y media de Pontedelimia, en territorio de Tuy, en el cual edificó HERMOIGIO el Monasterio de San Cristóbal de Labrugia, el que cedió por escritura firmada en primero de setiembre del referido año de 915 al Monarca: este le donó á la santa iglesia de Lugo, y con este motivo y desde esta fecha comienza la mencion de SAN HERMOIGIO, siendo ya Obispo de Tuy.

Sabemos por lo referido en la biografía de su sobrino San Pelayo, que siguió al ejército reunido de los Reyes D. Ordoño y D. Sancho, que habiendo sido hecho prisionero por los moros en el año 921 le llevaron cautivo á Córdoba, y que fue rescatado por su hermano, quedando su sobrino Pelayo en rehenes mientras no regresasen á Córdoba los moros designados por su Rey, que tenian prisionero los cristianos. Las causas que impidieron remitir los moros á Córdoba para librar al Santo niño Pelayo, se ignoran completamente: pero invencibles ó muy difíciles de vencer serian indudablemente, cuando personas tan allegadas, interesadas y bondadosas como HERMOIGIO y su hermano, dejaron tres años y medio á tan cercano y amado individuo de la familia sumido en la miseria en las lóbregas mazmorras sarracenas.

Dedicado con infatigable celo al bien moral y material

de su diócesi, sin ninguna ocurrencia que merezca especial mencion, pasó HERMOIGIO desde su regreso á Tuy, hasta que llegó á esta ciudad la noticia del martirio de Pelayo. La impresion que le hizo esta nueva, y el deseo de imitar en perfeccion cristiana á su heróico sobrino, le sugirió la idea de retirarse del mundo, y en la soledad del claustro dedicarse solo á la contemplacion de lo divino, á la oracion y á la penitencia. Oponíanse á su proyecto sus parientes y sus diocesanos: hicieron cuanto pudieron por conservar un Prelado tan virtuoso, y en el que tenian un seguro y constante amparo para todos sus trabajos y necesidades; pero cuantos ruegos emplearon unos y otros fueron insuficientes para vencer la resolucion de HERMOIGIO. Renunció, pues, la Silla episcopal en el año de 925, y se retiró al claustro. Dicen unos que ingresó en el Monasterio de Riva de Sil, y otros que marchó desde luego al de San Cristóbal de la Brugia, fundado por él, lo cual creemos más probable. En este murió por el año 942, siendo enterrado en él. Las guerras y constantes trastornos que por tantos años ocuparon la mente de sus paisanos, hicieron perder la memoria del sitio de su enterramiento. El existir en aquella iglesia un sepulcro elevado del suelo, hizo creer al público, despues de restablecida la paz, que allí se encerraba el cuerpo de SAN HERMOIGIO, y en el año de 1560 pasó á visitarlo y á las demás iglesias de la diócesi, el Arzobispo de Braga, á quien esta entonces pertenecia; pero no habiendo podido por mas diligencias que practicó averiguar á quién pertenecia aquel sepulcro, mandó profundizar el terreno y que quedase á sepultura rasa, puesto que para permanecer elevado sobre el pavimento no habia razon ninguna justificada.

DIA 27.

El Santísimo Corazon de Jesus, y

SAN ZOILO Y COMPAÑEROS MARTIRES, ESPAÑOL.

De todos los Breviarios antiguos que tratan de SAN ZOILO, escrito antiguamente *Zoyl* y *Zoelo*, ninguno demuestra haberlo sido con presencia de actas tan verídicas como el toledano del año de 1493, aunque por lo reducido y breve de las lecciones solo pone parte de ellas. Pero hállanse estas en legendarios antiguos, manuscritos en pergamino, que se guardan en la Santa iglesia de Toledo, cajones 30 y 36, números 21 del primero y 2 del segundo, las cuales fueron copiadas por el doctor Infantas, á peticion del maestro Enrique Florez, cuando este se ocupaba en la redaccion y confeccion de su monumental obra *España Sagrada*.

De ellos y del himno cuarto de Prudencio, al que se debe en gran parte la perpetuidad de la memoria de SAN ZOILO, resulta que este glorioso Mártir era natural de Córdoba, descendiente de una familia muy ilustre y rica, y que debió nacer hácia fines del siglo III, pues murió, siendo todavía muy jóven, en el año 300 de Jesucristo.

Con respecto al número de sus compañeros de martirio no andan acordes los escritores antiguos, difiriendo en el número y en los nombres: pero habiendo aceptado el ilustradísimo maestro Florez lo sentado por los Padres Antuerpienses, no podemos nosotros ménos de aceptarlo tambien, fijando el número de veinte, por este órden y con estos nombres: Crescente, Julian, Nemesio, Frantria, Primitivo, Justino, Statheo, Novatiano, Clemente, Marcelino, Zeddino, Félix, Venusto, Marcelo, Itálico, Lello, Capiton, Tinno, Timarco ó Tusco, y Silvano.

Pero es de advertir que no consta muriesen en el mismo dia que SAN ZOILO, ni le acompañasen y presenciaran su martirio Los Breviarios antiguos, como fecha de la muerte de estos Mártires, llamados compañeros de SAN ZOILO, señalan únicamente la de «la mayor fuerza de la persecucion contra los cristianos, y este tiempo (el de la muerte de SAN ZOILO) parece el más verosímil, por haber sido el más furioso, y juntamente porque la mencion hecha por Prudencio no permite recurrir á tiempo más moderno.»

Muy jóven era era todavía, como hemos dicho, y ya se habia captado el aprecio general por las recomendables circunstancias que en él concurrian, y, en especial, por su juicio y madurez, su cortesanía y afable trato, y por una caridad sin límites. Profesaba la Religion católica, guardando con el más santo y escrupuloso celo los preceptos del Evangelio; y á pesar de los terribles decretos de los Emperadores, no lo hacia tan de secreto que no lo supieran las autoridades de Córdoba, que, por fin, concluyeron por obrar como de sus feroces corazones podia esperarse.

La posicion social del jóven ZOILO, y el afecto con que le distinguia la mayor parte de la poblacion, así cristiana como gentil, hizo concebir recelos al Presidente, y temió que la Religion cristiana, teniendo persona tan simpática y querida en su seno, tomase demasiada importancia y comenzara á atraer á los adoradores de los ídolos, menguando los servidores del Emperador. En su virtud determinó hablar al jóven cristiano, procurando ganarle con halagos y promesas, y si no podia conseguirlo, concluir con él, librándose de un contrario que tanto daño podia hacer. Llamole, pues, y con acento dulce y afable rostro le dijo: «Hasta ahora, hermano muy amado, has tenido pervertidos por infame consejo los primeros años de tu vida, y es razon perdonarte, por no lograr todavía la prudencia y madurez que no toca á tu edad; pero de aquí adelante no

debes quebrantar las santas leyes de los Emperadores, sino mirar por tu reputacion, no sea que por tí padezca algun borron de infamia la nobleza de tu esclarecido linage; especialmente cuando siguiendo mis consejos puedes gozar honores y ser dignamente ensalzado en Palacio. ¿Por ventura no fueron ensalzados nuestros antepasados por el culto de los dioses, que hacen subsistir hasta los mismos elementos? Los cristianos, al contrario, ¿no han sido confundidos con mil miserias? ¿No fueron unos crucificados, otros atados á troncos y asaeteados, por haber despreciado el culto de los dioses? Tú sin duda has errado por ignorancia, y en fuerza de esto he tenido por bien disculparte con clemencia, pues no es razon que pierdas la flor de tu famosa juventud, ni que se proceda contra la gloria de tu nobleza, como si fueras de linage vil y desconocido.» A esta astuta y falsa peroracion contestó ZOILO: «Hasta aquí, oh juez, he guardado silencio oyendo tus lisonjas; pero ya debo corresponder á mi fé, si mandas que responda. Qué mucho persigan los infieles á los fieles, si no temieron condenar al Redentor del mundo, aunque no conociéndole; pues segun está escrito, si le hubieran conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria. Y Él mismo previno á sus discípulos: «Si á mí me persiguieron, tambien os perseguirán á vosotros.» Por lo que acordándose de esto los Apóstoles, iban á padecer gozosos de que los tuviesen por dignos de sufrir contumelias por el nombre de Jesus. Así tambien los mártires padecieron escarnios, azotes, cárceles y tormentos; pero fueron sacados de la tierra, y lavaron en la sangre del Cordero sus estolas. Más los que con palabras blasfemas asienten al culto de los ídolos por el deseo de gozar de esta vida perecedera, pierden de un modo irreparable la esperanza de la vida eterna, segun el Apóstol, cuando dijo, «que si solo esperamos en esta vida, somos los más miserables de los hombres.» «A los que seguis la secta de no sé qué

Cristo, dijo el presidente á ZOILO, no se os ha de responder con palabras, sino con tormentos, porque es tal vuestra ceguedad, que ni aun quereis mirar por vosotros mismos: y así escoge cuál juzgas mejor, ó vivir con nosotros honoríficamente, si sacrificas á los dióses sempiternos, ó morir torpemente con los réprobos, á fuerza de diversos suplicios, si desprecias las imperiales dignidades.» Intrépido y constante SAN ZOILO, respondió: «Cuanto más persigas mi cuerpo, que por ahora se sujeta á tu brazo, tanto más se acrecienta y ensalza mi gloria, que desprecia tus amenazas; pues el Señor nos dejó mandado en su Evangelio, que no temamos á los que solo pueden quitar la vida del cuerpo y no del alma, sino al que tiene poder de perder el alma y el cuerpo dándoles pena eterna. Nuestros tormentos se han de acabar en breve; pero los vuestros sabemos todos los fieles que no han de tener fin.»

Estas palabras echaron completamente por tierra el proyecto del Presidente de ganar con promesas ó amenazas la voluntad del heróico cristiano, y convencido de que no lograria vencer tan admirable constancia, pensó ya solo en atormentarle del modo más cruel, tanto para vengar su derrota, cuanto para intimidar á los cristianos. Mandó que fuese azotado, lo cual se ejecutó en el acto con cuerdas rematadas en cabezas de clavos. Abundante sangre corria de las desgarradas carnes del santo Mártir, que con rostro apacible y sereno recibia los furiosos golpes que le asestaban los verdugos, teniendo la vista elevada al cielo y entonando cánticos en loor de Jesucristo. El furor del Presidente subia de punto á medida que veia aumentarse la celestial complacencia y alegria del heróico cristiano, y dijo á los verdugos que inventasen algun castigo más doloroso que los conocidos, para atormentar y vencer la firmeza de aquel invencible soldado de la Cruz. Entonces, uno de los verdugos abrió con un agudo y cortante acero

la espalda de ZOILO, y metiendo la mano por la ancha herida, le arrancó los riñones, obrando el Señor en favor de su heróico siervo el milagro de conservarle la vida, con el mayor asombro de todos los circunstantes. Este prodigio, en lugar de abrir los ojos y aclarar la mente del tirano, para reconocer y confesar la omnipotencia del Dios de los cristianos, escitó su rabiosa furia á tal punto, que olvidado de los deberes de juez, se apropió los de verdugo, y desenvainando la espada, se arrojó sobre el santo Mártir y le cortó la cabeza, mandando á los verdugos que limpiasen las cárceles de presos cristianos, que fueran quitando la vida á todos, y que los sepultasen, como igualmente á SAN ZOILO, mezclados con los cuerpos de los gentiles, para que no pudiesen los cristianos conocerlos y sacarlos.

Desde el año de 300, en que tuvo lugar el glorioso martirio de SAN ZOILO, hasta el de 613, permanecieron sus santas reliquias sin veneracion de los fieles por ignorarse el sitio fijo que las guardaba. En este año, reinando Sisebuto, y siendo Obispo de Córdoba Agapio, segundo de este nombre, quiso el Señor dar á la veneracion pública el Santo cuerpo de ZOILO, y durante dormia una noche el Obispo le reveló el sitio que ocupaba. A la mañana siguiente refirió Agapio la revelacion que en sueños habia tenido, y acompañado de todo el clero y gran número de fieles, pasó al lugar revelado, en el cuál fue efectivamente encontrado el Santo cadáver, que llevaron y colocaron honoríficamente en la iglesia de San Félix. Pareciendo despues este templo al Obispo Agapio demasiado pequeño para lo que su devocion deseaba, ensanchó notablemente la iglesa edificando á su continuacion un grandioso Monasterio con habitacion para cien Monges.

Mantúvose en Córdoba y en la iglesia de su título el cuerpo de SAN ZOILO hasta el siglo once. A fines de este el Conde D. Gomez Diaz y su mujer Teresa fundaron un

Monasterio para Monjes Benitos en el pueblo llamado Carrion de los Condes. Pocos años despues de la fundacion, pasó su hijo el Conde Fernan Gomez á ayudar con sus fuerzas al Rey de Córdoba para vencer á los revoltosos que se habian sublevado contra él. Dominada la revolucion por el Rey con la coöperacion y ayuda del Conde D. Fernan, se despidió este del Soberano de Córdoba, el cual quiso pagar sus servicios con ricos presentes; pero el Conde le manifestó que nada aceptaria, porque abundaba en oro y riquezas, y que de cuanto encerraban las tierras de los musulmanes solo deseaba el cuerpo de SAN ZOILO para enriquecer con tan preciosa reliquia el Monasterio que habian fundado sus padres. Otorgole tan especial gracia el Rey, y con inesplicable gozo se hizo cargo el Conde D. Fernan del cuerpo del Santo Mártir ZOILO, y del de San Félix, que tambien le dió el Rey, y los llevó á Carrion de los Condes, en donde constantemente han permanecido desde aquella fecha en dos arcas de plata muy antiguas, metidas en nichos del retablo en el altar mayor.

Infinitos son los milagros que el Señor obró por intercesion de SAN ZOILO; y á peticion de San Pedro Venerable, historió los más conocidos el Monge Rodulfo, perteneciente al Monasterio de San Zoilo, cuyo manuscrito se guarda en Carrion de los Condes. En la imposibilidad de incluir relacion completa de todos ellos en este libro, nos resignaremos á consignar solo los siguientes, copiados al pie de la letra del tomo X de la *España Sagrada*, del Padre Maestro Enrique Florez:

«Hubo en Vasconia un pobre tan comprimido de miembros que no podia salir á pedir limosna sino arrastrando. Determinó comprar un borriquillo con las limosnas que juntó, para ir á visitar al Apóstol Santiago, y puesto ya en Carrion se le murió el jumento. Fue tanta la

aflicción del pobre, que lloraba sin consuelo, y viédole uno tan afligido, le dijo, que en aquel lugar estaba el cuerpo de SAN ZOILO, el cual tenia tanto mérito delante de Dios, que nadie acudia á su intercesion sin esperimentar el consuelo; y así que se encomendase á él y confiase. En efecto, acudió el miserable como pudo á la iglesia del Santo, y postrándose en oracion, recibió una perfecta sanidad.

»Durmiendo una mujer incautamente se le entró en el cuerpo una culebra; y conociendo despues el peligro de su vida, la llevaron á la iglesia de SAN ZOILO, y haciendo oracion la sobrevino un vómito de sangre, en que arrojó la perjudicial sabandija y quedó buena.

»Otra mala mujer no queria guardar la fiesta de SAN ZOILO, haciendo burla de los que la observaban, y ella andaba muy armada con la rueca. Reprendiola una vecina suya, natural de la villa de la Calzada, y no queriendo desistir de trabajar, se la torció el brazo en que tenia el uso, pegándose contra la espalda; y conociendo por el castigo su pecado, obró Dios segundo milagro, restituyendo el brazo al estado natural, despues que arrepentida se valió de la intercesion del Santo.

» Un dia en que el cielo estaba muy sereno, se levantó una fuerte tempestad de truenos y relámpagos, que obligó á los Monges de San Zoilo á refugiarse á la iglesia, y viendo que caian granizos como pedernales, pedian á Dios que conservase los frutos de los campos. Sacaron la urna de las reliquias de SAN ZOILO, y repentinamente cesó todo el granizo, quedándose como péndulo en el aire.

»Un vascon, llamado Vidal, llegó á ser maltratado del diablo, de resultas de unos malos cantares en que se deleitaba, quedando debilitado en todo el cuerpo y sin oido. Llaváronle á SAN ZOILO, y celebrando Misa, recobró entera sanidad, alabando á Dios en su Santo.

» Los criados de unos soldados dieron en meter, ya de

noche, ya de dia, sus caballos en los sembrados del Monasterio de San Zoilo, y aunque los Monges los amonestaron, no quisieron desistir; pero saliendo el cielo á vengar y contener la injusticia, se cayeron muertos cuatro de los caballos que pacian, con lo que procuraron bien los demás huir de aquel pasto mortífero.

»El sétimo es más portentoso: pues negando unos judios que el Santo hubiese sido causa del castigo, se atrevió uno á decir que él habia de meter su caballeria en los sembrados de SAN ZOILO, sin recelo de que fuese poderoso para hacerla mal. Así lo hizo; pero tambien el Santo le dió su merecido, pues teniendo el judío el ramal de un gran mulo dentró del sembrado, á poco que pació se cayó muerto. Huyó confuso el infiel; pero concurriendo el pueblo, sucedió otro milagro: de que los judios detestasen su perfidia, glorificando todos á Dios por las maravillas de su Santo.

»Poseída del enemigo una mujer de las familias que pertenecian á la posesion de SAN ZOILO, era tanta su furia, que aun atada apenas podian sujetarla tres hombres. Balaba como oveja, ladraba como perro, y remedaba los cantos de las aves. Llegó el dia de la fiesta del Santo, en que era grande el concurso de toda aquella tierra, y llevándola á la iglesia, rogaba por ella todo el pueblo, tanto más, cuanto más la maltrataba el enemigo. Salió el cuerpo del Santo para la procesion, y al llegar á la puerta del Monasterio, pusieron á la infeliz debajo de las andas, y al punto salió el diablo de su cuerpo, dejando un olor muy pestífero. Glorificó á Dios y al Santo todo el pueblo: y el mismo Monge que esto escribe se halló presente.»

DIA 28.

San Leon II, Papa y Confesor, *Griego*, y

SAN ARGIMIRO, MARTIR, ESPAÑOL.

De la antigua ciudad del reino de Córdoba, llamada Egabro, hoy Cabra, fue natural este Santo Mártir español, que nació á fines del siglo VIII, de padres cristianos, nobles y poseedores de grandes bienes de fortuna. Llegado á la edad de comenzar los estudios, pasó á Córdoba, en donde muy pronto se hizo conocer por su talento y sus apreciabilísimas condiciones. Muy querido y apreciado de cuantos le trataban, continuó estudiando por algunos años, y tal crédito de ciencia y prudencia alcanzó, que á pesar de la diferencia de costumbres y religion, le consultó diferentes veces el Rey Mahomad sobre asuntos graves de su gobierno, nombrándole al fin Censor, cargo que aparece en la historia revestido de grande importancia, aunque no se saben con fijeza las atribuciones que le competian, y qué autoridad representaba además de juez de los cristianos, en cuyo cargo encontramos funcionando á los Censores.

Con notable equidad y pureza, y á completa satisfaccion de cristianos y moros, desempeñó por mucho tiempo sus importantes funciones el virtuoso ARGIMIRO; más para él se fue haciendo cada dia más insoportable esta distincion, que le obligaba á estar en contínuo contacto con los moros, constantes opresores y tiranos sangrientos de los cristianos. Determinó, pues, apartarse por completo, no solo de los sectarios de Mahoma, sino de toda clase de mundana sociedad, y retirado á un Monasterio dedicarse á ganar con la oracion y la penitencia la salvacion de su alma. Con sorpresa general de los habitantes de Córdoba hizo renuncia del cargo de Censor, y tomó el hábito de

Religioso, se cree que en el Monasterio Tabanense, aunque no consta de una manera absoluta.

No le dejaron mucho tiempo en paz los enemigos de la Religion cristiana, pues habiéndose recrudecido la persecucion contra los fieles, y queriendo varios moros hacer méritos y demostrar á Mahomad su celo por la honra del Profeta Mahoma, acusaron á ARGIMIRO de hablar mal de este en público y en secreto.

Mucho alteró al Rey la acusacion, porque las grandes simpatías con que ARGIMIRO podia contar en la ciudad, hasta entre los moros, y su mucho talento, le hacian un enemigo terrible. En su virtud, pues, dió inmediatamente órden al juez para que llamase á su presencia á ARGIMIRO, y agotando todos los recursos de amabilidad, dádivas, promesas, amenazas, castigos y tormentos, procurase hacerle renegar de Jesucristo, ó por lo ménos no confesarle en público y hablar en contra del Profeta Mahoma.

Sin perder tiempo mandó el juez soldados en busca de ARGIMIRO, que á las pocas horas le llevaron preso al tribunal. El juez, poniendo en práctica las instrucciones del Rey, agotó todos los medios que le sugirió su mente para vencer á ARGIMIRO; pero todas sus gestiones fueron inútiles; ARGIMIRO no se prestó á nada que pudiera rebajar un átomo la pureza de un fiel servidor de Jesus. En vista de ello dispuso el juez que fuese conducido á la cárcel y cargado de cadenas; y él pasó á dar cuenta al Rey del resultado de la comparecencia del cristiano. El Rey ordenó al juez que tuviese en la prision algunos dias á ARGIMIRO dándole un duro trato; que luego le volviera á interrogar en el tribunal, y si continuaba tan irreducible le atormentasen de la manera que él creyera conveniente, y le matasen por último si insistia en la confesion pública de su Religion.

Con estricto rigor cumplió el juez las órdenes de su dig-

no Monarca: ARGIMIRO continuó en la prision cargado de cadenas, y recibiendo solo la cantidad de alimento indispensable para conservar la vida, y despues de algunos dias fue llevado ante el juez. Los trabajos sufridos, muy lejos de entiviar la fé del heróico cristiano, le habian robustecido é inflamado con todo el valeroso fuego celestial que constantemente acompañó en las últimas horas de su existencia humana á los gloriosos Mártires del Cristianismo; y con la misma firmeza desdeñó las promesas y los halagos, que la furia y las terribles amenazas del juez. Como último recurso mandó éste á los verdugos que colocaran al Santo Mártir en el *caballete* y le dieran tormento, el cual sufrió ARGIMIRO con rostro complaciente, y pronunciando con sonora y plácida entonacion alabanzas y gracias al Señor. Convencido finalmente el juez de su impotencia para vencer tal héroe, mandó que le quitasen la vida traspasando su cuerpo con una espada, lo que se verificó, dejando de existir para el mundo el glorioso ARGIMIRO á más de sesenta años de edad, el dia 28 de junio del año 856.

Su cuerpo fue colgado de un alto palo en las afueras de la ciudad, donde permaneció algunos dias. Un piadoso Monge, acompañado de algunos sacerdotes, se apoderó de él, dándole sepultura en la iglesia de San Acisclo, junto al sepulcro de este y de San Perfecto. Posteriormente fue trasladado á la iglesia parroquial de San Pedro.

DIA 29.

San Pedro y San Pablo, Apóstoles, *Hebreos.*

DIA 30.

La Conmemoracion de San Pablo, Apóstol, y San Marcial, *Hebreo.*

FIN DEL PRIMER TOMO.

INDICE

DE LOS SANTOS QUE CONTIENE EL TOMO PRIMERO (1).

A

B

(1) Los que van de letra cursiva son los Españoles.

C

D

E

F

G

H

I

J

L

LL

M

N

O

P

Q

R

S

T

U

V

W

Z

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.


BIBLIOTECA DE MONTSERRAT
13020100017761



